

La innovación retrógrada.
Literatura mexicana,
1805-1863

Christopher Domínguez Michael

LA INNOVACIÓN RETRÓGRADA.
LITERATURA MEXICANA,
1805-1863

Christopher Domínguez Michael

LA INNOVACIÓN RETRÓGRADA.

LITERATURA MEXICANA,
1805-1863



EL COLEGIO DE MÉXICO

M860.5

D673in

Domínguez Michael, Christopher

La innovación retrógrada : literatura mexicana, 1805-1863 /
Christopher Domínguez Michael -- 1a. ed. -- Ciudad de México :
El Colegio de México, 2016.

653 p. : il. ; 23 cm

Incluye bibliografía e índice onomástico

ISBN 978-607-462-924-8

1. Literatura mexicana -- Siglo XIX -- Historia y crítica. 2.
Autores mexicanos -- Siglo XIX -- Historia y crítica. I. t. II. ser.

Primera edición, 2016

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 Ciudad de México

www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-924-8

Impreso en México

CONTENIDO

Nota introductoria	9
Antesala con el muy vetusto don Marcelino	17
1. Retrato	17
2. Reseña	33
3. Reacción de los mexicanos	56

PRIMERA PARTE

INGENUOS Y SENTIMENTALES, 1805-1827

I. La Arcadia de México	77
1. La batalla contra los “clasiquinos”	77
2. El año de 1805	87
3. Vistazo al maestro	108
4. El fraile Navarrete y su breve tiempo	116
5. Poetas del <i>Diario de México</i>	132
6. La serpiente en el paraíso	153
II. Lizardi, el Apolo de las banquetas	167
1. Artillería contra los árcades	168
2. Insurgentes en sordina	181
3. Buena y mala suerte de un clásico	191
4. El Superperiquillo	203
III. La posteridad de un antiguo	225
1. La perra fama de fray Servando	225
2. Descubrimiento y esencia de las <i>Memorias</i>	231

SEGUNDA PARTE
LA GUERRA PERPETUA, 1828-1863

IV. La antigüedad moderna	249
1. La era de Bustamante	249
2. El nacimiento de la historia liberal	267
V. El fin de la innovación retrógrada	287
1. En lo alto de la pirámide, el joven Heredia...	287
2. <i>Jicoténcal</i> , la novela enigmática	307
3. El cosmopolita repudiado	331
4. Muerte en la Grecia mexicana	362
VI. La maqueta de Jerusalén	383
1. Dioscuros: Pesado y Carpio	383
2. La leyenda dorada de la Academia de Letrán	405
3. 1847 o el año del fin del mundo	448
VII. Maestros liberales	473
1. El viaje a Oriente de Guillermo Prieto	473
2. Arte, ciencia y escándalo de la necromancia	500
3. De la amistad en la vida y en los libros:	
Fidel y El Nigromante	539
4. <i>El diablo en México</i> y otros visitantes	559
Conclusión	585
Bibliografía	615
Índice onomástico	635

NOTA INTRODUCTORIA

La innovación retrógrada es la primera entrega de un ensayo sobre la literatura mexicana del siglo XIX. Consideré que a partir de la derrota del Imperio de Maximiliano en 1867 y la fundación, poco después, de la revista *El Renacimiento*, en enero de 1869, por Ignacio Manuel Altamirano, con la explícita intención de dotar por fin a México de una “literatura nacional”, se abría un periodo cuya riqueza excedía mi capacidad de síntesis, sobre todo porque aquella vocación nacionalista generó, paradoja muy propia de aquel siglo, que México se convirtiera en una de las capitales de un movimiento internacional, el modernismo, no pocas veces acusado, en ambas orillas del Atlántico, de “extranjerizante”. Así, una segunda entrega cubrirá, partiendo de la poco conocida literatura escrita bajo el Imperio de Maximiliano hasta el choque de los modernistas con la Revolución mexicana (1863-1913), esa segunda cincuentena, también conocida como “porfifisecular” —como diría Guillermo Sheridan—, por ser el tiempo de don Porfirio y de la atmósfera aromatizada del fin de siglo XIX, que en mi opinión terminó entre nosotros con la Decena Trágica.

La obra, como se anuncia en la “Antesala”, empieza con la presencia, importantísima, de la poesía mexicana en la *Antología de poetas hispanoamericanos* que hiciese Marcelino Menéndez Pelayo para la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América, la primera mirada crítica internacional, con ánimo de totalidad, recibida por nuestras letras y tarea, además, de uno de los principales críticos literarios europeos en el tránsito entre los siglos XIX y XX. Pasada esa antesala dejo a don Marcelino y retomo la narración desde el principio, cuando los poetas árcades se agruparon en el *Diario de México* en 1805.

Me he limitado a las figuras en verdad esenciales, que el lector conocerá o reconocerá, desde fray Manuel Martínez de Navarrete, junto con sus amigos, hasta el olvidado novelista Fernando Orozco y Berra, pasando por la vida y la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi, de fray Servando Teresa de Mier y de historiadores como Carlos María de Bustamante, José María Luis Mora, Lorenzo de Zavala y Lucas Alamán, forjadores de literatura en una época en que ésta no se constreñía al verso y a la ficción. Me ocupó también de otro crítico literario mal conocido, José Gómez de la Cortina, en su tiempo, famoso conde. Está, antes que él, el importantísimo poeta y crítico, cubano y mexicano, José María Heredia, cuya vida entre nosotros algunos historiadores literarios han considerado accidente, mientras que a mí me parece sustancia. Cuantas veces fue necesario me ocupé de autores no mexicanos, pero de influencia sin la cual nuestra literatura es inexplicable (es el caso de Meléndez Valdés, peninsular de Badajoz), pues creo en la literatura mundial y sus zonas de irradiación. Hablo, naturalmente, de los poetas José Joaquín Pesado y Manuel Carpio, y de aquellos jóvenes autores que crecieron a la sombra de la llamada Academia de Letrán en 1836, como Ignacio Rodríguez Galván y Fernando Calderón. Tras ellos me ocupó sólo del primer Guillermo Prieto, dada la longevidad de su vida y las dimensiones de su obra, y de Ignacio Ramírez, El Nigromante, a quien sigo hasta su muerte en 1879, invadiendo un poco los terrenos del siguiente periodo; concluyo después con prosistas como Juan Díaz Covarrubias, Nicolás Pizarro y el primer Manuel Payno, el autor de la versión original de *El pistol del diablo*, en vísperas de la invasión estadounidense de 1847, el trauma central, junto con las idas y venidas del inefable general Santa Anna, en la trayectoria de nuestros atareados maestros liberales.

La innovación retrógrada. Literatura mexicana, 1805-1863 no hubiera sido posible sin el doctor Javier Garciadiego Dantan, quien como presidente de El Colegio de México me invitó en 2010 a integrarme al programa de investigadores asociados de una institución que ha sido la primera en ofrecerme, crítico autodidacta como soy, su generosa cobertura académica. Al doctor Garciadiego, mi emotiva gratitud.

Termino esta nota haciendo constar otras gratitudes. Solicitando información sobre Heredia me topé con la amistad de quien lo sabe todo sobre su paisano, Alejandro González Acosta, mexicano y cubano como el poeta fallecido en 1839, quien sin ninguna restricción compartió conmigo documentos y saberes. Tedi López Mills me auxilió con la traducción de un fragmento poético del doctor Young, y Fabienne Bradu me abrió el acervo del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, permitiéndome conocer las novedades, que son muchas, en torno a los poetas árcades, estudiados por Esther Martínez Luna. El filósofo y poeta Josu Landa, finalmente, me sacó de urgentes apuros conceptuales.

En la Universidad de Chicago, donde fui profesor visitante entre 2013 y 2014, tuve la suerte de conocer a la profesora Laura Gandolfi, especialista en Payno, quien compartió conmigo su curiosidad erudita. Desde la Argentina, Matías Serra Bradford se metió a las bóvedas de la Biblioteca Nacional en Buenos Aires para transcribir para mí el registro de los poetas mexicanos en la antología pionera, casi desintegrada según me cuenta, que hiciese Juan María Gutiérrez de la poesía de América Latina, en los años treinta del siglo XIX. En Buenos Aires, lo mismo que en Coyoacán, Elías Palti, el historiador argentino que ha redescubierto para los mexicanos un siglo XIX bien distinto al que creíamos conocer, me condujo, nada menos, que a la lectura de *La guerra de 30 años* (1851), de Orozco y Berra, acaso la gran novela nuestra de aquella época. A todos ellos, incluyendo a mi fiel asistente Astrid López Méndez, les doy las gracias, exculpándolos de todo lo demás, que corre bajo mi responsabilidad.

A la memoria de José Luis Martínez

Nada hay tan dulce como recorrer, después del triunfo, los campos de lucha y hacer justicia imparcial a aquellos a quienes se hirió o se maltrató en el ataque. Estas suertes de amnistías tienen mayor encanto en asuntos literarios, y el espíritu, cuya principal propiedad es comprender, disfruta de un placer singular al darse cuenta, después del hecho, de lo que antes había negado y de lo que destruyó.

SAINTE-BEUVE, "Delille", en *Retratos literarios* (1844)

ANTESALA CON EL MUY VETUSTO DON MARCELINO

1. RETRATO

No ha habido en la historia de la lengua española crítico literario que pueda compararse con Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), dueño de una época que, afantasmada, se prolongó hasta pasado el medio siglo xx a través de los conciliábulos de hispanistas, las academias de la lengua y sus aletargadas sociedades correspondientes, los actos solemnes de reafirmación de la Hispanidad. En fecha tan tardía como 1959 y a más de un siglo de su nacimiento, Francisco Monterde, quien poco después sería director de la Academia Mexicana de la Lengua, aseveraba que era difícil apartarse del rumbo de las opiniones de Menéndez Pelayo.¹ Pero ya desde su muerte, desesperados por librarse de su influencia pero sin saber bien a bien cómo hacerlo, los entonces jóvenes Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes coincidían en que sólo Menéndez Pelayo había estado a la altura estética exigida por la experiencia literaria.²

Ha sobrevivido, no sé si bien o mal, don Marcelino a las tres maldiciones que han oscurecido su posteridad. La primera le cayó a él como consecuencia del estancamiento de toda la literatura española, relegada, por razones cuya discusión están en el centro de la propia obra de Menéndez Pelayo, a un rincón intelectual de

¹ Francisco Monterde, *La literatura mexicana en la obra de Menéndez Pelayo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958, p. 64.

² Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 305.

Europa durante casi doscientos años, desde el final del Siglo de Oro hasta que las generaciones del 98 y del 27, y en medio de ellas, Ortega y Gasset, acabaron de recuperar la escena. Relegación o derrota que Menéndez Pelayo atribuía, lo mismo que muchos de sus rivales, a la Ilustración, a sus antecedentes más que a su desenlace. La diferencia es que él —como más tarde, ambiguamente, Miguel de Unamuno— hallaba más o menos gloriosa esa derrota: hija de una guerra internacional que la muy católica España, aun derrotada, no podía haber rehuido.

Con las muertes de Calderón de la Barca en la vieja España y de sor Juana Inés de la Cruz, en la Nueva, ambas a fines del siglo xvii, casi se extinguió el gran fuego del ingenio de la lengua española. De él quedaban fosforescencias, fuegos fatuos, si acaso incendios localizados fáciles de extinguir, brasas. Nada comparable a la *Vida de Samuel Johnson*, de Boswell, a la poesía de Novalis o de Hölderlin, a los *Pensamientos* de Leopardi, al *Cándido* de Voltaire, a la crítica de arte de Diderot, a las baladas líricas de Wordsworth y Coleridge, a las novelas de Stendhal y Balzac se escribió en español durante ese largo periodo de vientre seco que sólo termina verdaderamente con la aparición de *La Regenta* en 1884. Y el joven Menéndez Pelayo, orlado con una leyenda plena en todos los prodigios de la precocidad, se presenta en 1876 con *La ciencia española*, urgido de regeneración. Diez años antes de que aparezcan las grandes novelas de Clarín y Benito Pérez Galdós, Menéndez Pelayo pone el ejemplo. La madurez de la literatura española había llegado: España tenía un crítico. Pero no le sirvió de mucho tenerlo ni le duró demasiado el gusto.

La segunda maldición le cayó encima a Menéndez Pelayo veinticinco años después de su muerte. Lo convirtieron, los vencedores nacionalcatólicos y fascistas de la Guerra Civil de 1939, en el teólogo armado de la cruzada contra la República, esta última convertida en la verdadera “conclusión”, en el remate, de la *Historia de los heterodoxos españoles* que Menéndez Pelayo empezó a publicar a sus veintiséis años, en 1881. Tradicionalista autodefinido como “católico a machacamartillo” y martillo de herejes en su juventud,

y luego crítico europeísta como lo han sido pocos, con la *Historia de las ideas estéticas en España* (1883) procreó una quimera mitológica. Para entrar en materia, a España, Menéndez Pelayo escribió una monstruosa introducción de 2 500 páginas que es una de las mejores historias de la literatura occidental. Pero nunca llegó, exhausto, a culminarla: la pobretona literatura española de los siglos XVIII y XIX lo deprimió y su empeño gigantesco quedó como argumento contra su propio propósito de demostrar todo lo que España podía ofrecer y ocultaba, en filósofos de la estética. Pobreza bien paradójica, pues ya fuese gracias a los árabes o en contra de su yugo, la española fue una de las primeras literaturas europeas en armarse de un concepto, más defensivo que ofensivo, de “literatura nacional”, como lo muestra Fernando Cabo Aseguinolaza, en una obra reciente.³

Lo mismo le había ocurrido a don Marcelino, con su primer libro, *La ciencia española*, vasto inventario de los desconocidos sabios españoles y de sus inventos científicos que, según la autorizada opinión del histólogo Santiago Ramón y Cajal, lograba convencer al público de que, en efecto, muy poca ciencia había dado España a lo largo de su historia.

Menéndez Pelayo fue literalmente expropiado por los franquistas. Por iniciativa del ministro de Educación (y crítico literario también) Pedro Sáinz Rodríguez, en 1938 fueron expropiados sus derechos de autor para que el Estado hiciese una edición nacional del sabio santanderino convertido en padrino de la cruzada. Levantaron una muralla que dejase a la otra España en el destierro, quedando guardada y resguardada la España negra para la cual Menéndez Pelayo sería el Sagrado Corazón del que podía alimentarse eternamente la autarquía intelectual.

Podría abrirse un caso, como el de Nietzsche y el nazismo, con don Marcelino y sus falsificadores, quienes desde que fue cadáver embalsamaron un santón donde había un crítico literario acos-

³ Fernando Cabo Aseguinolaza, *Historia de la literatura española*, 9. *El lugar de la literatura española*, Barcelona, Crítica, 2012, pp. 69-70.

tumbrado a cambiar de opinión y a ejercer esa rareza entre quienes hablamos y pensamos en español: el ejercicio de la autocrítica sin el sofocante espectáculo de la autoflagelación pública.

En un libro noble que captura en su brevedad todo el espíritu de una obra, *Menéndez Pelayo, crítico literario. Las palinodias de don Marcelino* (1956), Dámaso Alonso no sólo insiste en la forma en que el santanderino se rehizo de sus opiniones ultramontanas de juventud y del estilo enfático, propio del terror blanco, que le era característico, sino en cómo corrigió varias cosas, templando liberalmente su ortodoxia: su condena de la poesía popular, su incompreensión de Heine, su horror por la literatura alemana. Y así como Alonso se ilusionaba pensando en que su propia generación, la del 27, hubiera hecho variar a don Marcelino en su execración de Góngora, yo creo que en 1936, tras algunos requiebros, Menéndez Pelayo habría aborrecido, como la aborreció Unamuno, la sedición contra la República. Esa individualidad, intempestiva y universal de Menéndez Pelayo la intuyó, desde que ambos eran jóvenes, Clarín: a los “neocatólicos”—como se les llamaba a los tradicionalistas— “el mejor día se les escapa, pese a las alabanzas inmoderadas, y acaso por ellas. Se les escapará el día que advierta que el incienso está envenenado. [...] porque entre ellos y él, a pesar de las apariencias, hay abismos”.⁴

Una tercera maldición proviene del carácter anticuado, anti-moderno (entendiendo por modernidad, en este caso, a la vanguardia y su tiempo), del juicio literario de Menéndez Pelayo, quien no quiso leer ni comprender la nueva literatura de su tiempo, ignorando (ya diremos por qué) al modernismo hispanoamericano y a su equivalente antagónico en la Península, la Generación del 98. Quedó así como un Matusalén recorriendo en círculos concéntricos los tiempos antiguos: sus veintitantos tomos de *Orígenes de la novela* (1905) española no alcanzan a llegar al tomo dedicado a Cervantes, y su *Antología de poetas líricos castellanos* (1890) se detiene, sádicamente, en Juan Boscán, antes del Siglo de Oro. Lo

⁴ Leopoldo Alas, *Solos de Clarín*, Madrid, Alianza Editorial, 1971, p. 38.

más lejos en el tiempo que llegó el crítico, quien había decidido expresamente ser como Taine y Renan y darle como ellos la espalda a la literatura de su tiempo, fue al examinar a la condesa de Pardo Bazán, a su amigo liberal Juan Valera, a Galdós. Para que lo oyeran los vivos, prefería el diálogo con los muertos. Por eso su crónica del romanticismo termina en 1885, con la muerte de Victor Hugo, en quien veía a un poeta de lo grotesco, a un precursor, se diría, del surrealismo.

Así, Menéndez Pelayo resultó obsolescente por partida triple: por ser el crítico que apagaba la luz y cerraba la puerta en la historia de una literatura, la española, tenida por lengua muerta; por haber sido ungido por los letrados del general Franco para remachar el carácter ultracatólico y antimoderno de su victoria en 1939; por su desdén por todo aquello que oliese a siglo xx, incluso lo que, no tan tarde en lo decimonónico, lo anunciaba. No es extraño así que las historias anglosajonas y francesas de la crítica literaria sigan ignorando a Menéndez Pelayo, remitido al corral del hispanismo, pese a lo que dijeron de él Benedetto Croce y George Saintsbury, contra la evidencia de que privar a la literatura europea de Menéndez Pelayo es como quitarle su Sainte-Beuve a los franceses, su De Sanctis a los italianos, su Brandes a los escandinavos.⁵

En el conjunto marcelinesco, la *Antología de poetas hispanoamericanos* (1892-1895) ocupa un sitio raro. Transformada, quitándole la muestra antológica y conservando el generoso estudio, en una *Historia de la poesía hispanoamericana* en 1911, es una obra casi contemporánea pues el recorrido se detiene con el propio siglo xix: bastaba con morirse para aparecer en ella. Dada la notoriedad, casi una jefatura espiritual, de Menéndez Pelayo era obligado que la Real Academia Española le encargase, para festejar el IV Centenario del Descubrimiento de América y de la colonización española en 1892, una antología conmemorativa de la poesía es-

⁵ Véase, por ejemplo, el ofensivo, por escueto, resumencillo que hace René Wellek de Menéndez Pelayo en el tomo vii de su inconclusa *Historia de la crítica literaria* (Gredos) terminada de publicar en 1992.

crita en castellano más allá del Atlántico. Fue aquella festividad el culmen del ánimo hispanista. En ella se propuso la celebración de un Día de la Raza no guardada sino hasta 1914 y se escucharon loas operáticas a la empresa española, magnificada por la paz y el progreso de la Bella Época. Las repúblicas hispanoamericanas, además, parecían haber dejado atrás el caos intestino propio del siglo XIX, la reconciliación con la Madre Patria menudeaba en todos los discursos y España se mecía en la calma chicha de la Restauración apenas unos años antes del desastre de 1898 cuando al perder, en guerra con los Estados Unidos, las islas de Cuba y de Filipinas, los intelectuales españoles se descubrieron súbitamente arruinados y se echaron a llorar. En un contraste dibujado por Pedro Salinas, ese llanto tan propio de la Generación del 98 desentonaba con las melodías universalistas, despreocupadísimas, cantadas y silbadas por el modernismo desde América.

Menéndez Pelayo, recomendado por Valera, aceptó el encargo y lo llevó a cabo con el puntilloso rigor que le era propio, terminando de publicar la *Antología de poetas hispanoamericanos* en 1895.⁶ Más allá de lo obligado que se sintiese el crítico erudito al aceptar una encomienda que formaba parte de su proyecto, al final fallido una década más tarde, de presidir la Real Academia, aquilatando y dejando a un lado la parte política de la empresa, que era la reconquista conmemorativa intentada por los súbditos de la regente María Cristina, el libro importa mucho. Pero se habla poco de la *Antología* hispanoamericana de don Marcelino y de la *Historia* en que se convirtió. No se valoran lo suficiente esas mil páginas que el gran crítico de la lengua, el historiador de los *Heterodoxos* y de las

⁶ Alfonso García Morales, “De Menéndez Pelayo a Laurel. Antologías de poesía hispanoamericana y de poesía hispánica (1892-1941)”, en A. García Morales (ed.), *Los museos de la poesía. Antologías poéticas modernas en español, 1892-1941*, Sevilla, Alfar, 2007. Véase también Carlos M. Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, y Carlos Guzmán Moncada, *De la selva al jardín. Antologías poéticas hispanoamericanas del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

Ideas estéticas le dedicó a nuestra literatura, y las razones son obvias, fatalísimas.

La *Antología de poetas hispanoamericanos* apareció justo en el momento en que se está dando la llamada con todo oropel, pompa y circunstancia a la segunda independencia de América gracias al “libertador” Rubén Darío, quien en esos años ya usaba la palabra “modernista” no sólo como vocablo sino para adjetivizar. En 1896 aparecen sus *Prosas profanas* y a lo largo de los siguientes años todo cambia en el español de América y su poesía. Menéndez Pelayo, para empezar, tomó la decisión, como muchos antólogos en todo tiempo y lugar, de excluir a los autores vivos de la *Antología de poetas hispanoamericanos*, y para hacerlo se respaldó en una academia que aspiraba al imperio de la lengua y batallaba por desterrar rencores y suspicacias. Esa decisión sacaba a los modernistas del libro, prevención razonable en 1895 pero que en 1911, cuando con poquísimos cambios de fondo, la *Antología de poetas hispanoamericanos* apareció convertida en *Historia de la poesía hispanoamericana* resultó catastrófica para el futuro del crítico en América.

La prudencia académica aducida por Menéndez Pelayo la desmintió él mismo cuando en 1908 seleccionó y publicó *Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana*, en las cuales tampoco aparece la primera guardia modernista, compuesta por quienes ya eran cinco difuntos: Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, José Asunción Silva y José Martí. La fe antimodernista, en la cual murió, de Menéndez Pelayo había quedado impresa en el mismísimo *Diccionario de la Real Academia*, cuya entrada al respecto la había redactado él mismo en 1898: “*Modernismo*, m. Afición excesiva a las cosas modernas, con menosprecio de las antiguas, especialmente en arte y literatura.”⁷

En 1895 los modernistas respetaban demasiado al académico Menéndez Pelayo como para quejarse con mucho ruido de la ex-

⁷ Guillermo Díaz Plaja, *Modernismo frente a Noventa y Ocho*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1951.

clusión, pero en 1911 las quejas cayeron por su propio peso: al excluirlos, Menéndez Pelayo se retrataba a sí mismo como un crítico caduco. Supongo también que los modernistas, y de allí los sentimientos encontrados de Darío y compañía hacia el asunto, le encontraron su lado conveniente al desdén: la *Antología de poetas hispanoamericanos* cerraba una época tan pobre y anacrónica de la poesía hispanoamericana, que dejaba a los modernistas, a todas luces, en la condición adánica de fundadores e inventores. Este privilegio se reforzaba gracias a la reticencia de los nuevos poetas peninsulares para embarcarse abiertamente en la aventura modernista. Los Antonio Machado, los Valle-Inclán, en un signo del trastorno de los tiempos, les dejaron la escena a los parientes pobres de América, por más que creyesen que se les salían las plumas de indio por debajo del sombrero de embajador, según le espetó Unamuno, famosamente, a Darío.

No es que en España se ignorase lo que estaba sucediendo en el otro lado del Atlántico: más bien se le temía, al grado que Valera había anunciado la buena nueva de Darío reseñando elogiosamente *Azul* en 1889, en aquel ensayo donde destacó —no necesariamente como reproche— el “galicismo mental” del nicaragüense, a sus ojos más francés que todos los afrancesados de España juntos.⁸ Darío mismo y don Marcelino se habían conocido en 1892 y simpatizaron, al grado de que el nicaragüense escribió tres artículos en *La Nación* de Buenos Aires expresando cariño y reconocimiento por el crítico y por su *Antología* pese a reprocharle, en ella, la ausencia de los poetas vivos. Al gesto, Menéndez Pelayo sólo pudo corresponderle a Darío convirtiendo una alusión de 1895 en el reconocimiento, explícito en 1911, de que sobre su “copiosa producción”, llena de “innovaciones métricas”, “mucho tendrá que escribir el futuro historiador de nuestra lírica”.⁹

⁸ Juan Valera, *Cartas americanas* (1888), en *Obras completas*, III. *Correspondencia. Historia. Política*, Madrid, Aguilar, 1958, p. 291.

⁹ García Morales, “De Menéndez Pelayo a Laurel”, *op. cit.*, y Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, I, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948, p. 206n.

La *Antología*, como lo señalan exhaustivamente García Morales y Carlos Rama, formó parte de un fallido intento de reconquista intelectual que se fue al garete con la guerra de Cuba, atizada justo cuando terminó de aparecer el florilegio, pero en defensa de Menéndez Pelayo debe decirse que su “tradicionalismo” no le alcanzó para excluir a ningún poeta hispanoamericano de importancia previo al modernismo. Nunca he leído a nadie que pueda negar aquello que Valera le decía en una carta del 18 de septiembre de 1892 a don Marcelino: en la poesía hispanoamericana anterior a Darío todo “es nuestro y aun lo imitado de Francia ha pasado por aquí”.¹⁰

Lo que estuvo llegando al escritorio de Menéndez Pelayo fue, en buena medida, aquello que le enviaban las academias correspondientes, engorro suficiente, por cierto, para que se decidiese a no meterse en el relajo de incluir a los impacientes autores vivos, ávidos de una doble consagración, la de la Real Academia y la de don Marcelino. Pero más allá del escamoteo del boyante y bullicioso modernismo, Menéndez Pelayo, haciendo la lectura de cuatro siglos, no debió tener grandes motivos para dudar de esa subordinación. Excepción hecha de la obra de Sarmiento, cuya radical originalidad Menéndez Pelayo subraya a la vez espantado y sorprendido o del reconocimiento que se hace del contacto directo de Esteban Echeverría con la fuente romántica francesa en 1830, contacto creador de un buen poeta que no pasó de regular doctrinario, toda la literatura española en América estaba, más allá del antiespañolismo declamatorio de muchos de sus profetas y panfletarios, obsequiosamente subordinada al modelo peninsular. No era, además, como se creía en la Ciudad de México o en Buenos Aires o en Santiago de Chile, un acto volitivo empezar con una nueva literatura: descreía don Marcelino de los pronunciamientos literarios improvisados a semejanza de los militares y por ello, también, el fin del mundo cacareado por Darío le habrá parecido improbable. Como fuese, la minoridad de la literatura española hasta 1870 condenaba

¹⁰ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo, 1877-1905*, edición de Miguel Artigas Ferrando y Pedro Sáinz Rodríguez, Madrid, Espasa-Calpe, 1946.

a los hispanoamericanos a una eterna infancia de la que la sacó, justamente, el modernismo.

La *Antología de poetas hispanoamericanos*, como síntesis histórica, es notable y en muchos sentidos equivale al esfuerzo realizado de resumir a Europa entera en la *Historia de las ideas estéticas en España*. No se había hecho antes, ni en la América Latina ni en España nada parecido, y a Menéndez Pelayo sólo le faltó una conclusión que retratase el conjunto, compuesto por los estudios dedicados a cada una de las regiones literarias decisivas: México y América Central, donde comienza el repaso, y la Argentina y el Uruguay, donde termina. En medio, Cuba y Santo Domingo, Colombia y Venezuela, Perú y Bolivia, Chile.

Las páginas dedicadas al siglo XVI, sobre todo a *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, están entre lo mejor de la obra de Menéndez Pelayo: una comprensión absoluta de lo que es y lo que no es el género épico. Son soberbios los retratos de los poetas no grandes, aclara el crítico, sino perfectos en su género: el de Andrés Bello, que lo fue, dice don Marcelino pese a haber sido polígrafo entendido en tantas cosas nobles y útiles, cosa rarísima; el del ecuatoriano José Joaquín de Olmedo, con ese par de páginas fabulosas en las que se nos muestra cómo fue Bolívar, nada menos, quien al leer “La victoria de Junín” (1825), le pidió prudencia y sentido de proporción a su poeta épico, lo cual equivale a que Eneas le corrigiera la plana a Virgilio.

También me encanta el elogio del cubano de vida mexicana y crítico fundador de nuestra literatura, José María Heredia, destacado entre los líricos de su época por “En el teocalli de Cholula” (1820), el poema creador de la perdurable recreación romántica de lo prehispánico, horror y fantasía, en tanto que “antigüedad moderna”, o el extraño caso de Rafael Landívar, cuya *Rusticatio mexicana* (1782) quizá sea el último gran poema escrito en latín de toda la literatura.

No hay crítico que no se crezca ante los escritores que admira, y para Menéndez Pelayo “los príncipes de la poesía del Nuevo Mundo” son Bello, Olmedo y Heredia. E igualmente, la distancia aca-

démica, la extrañeza incluso, le permitía hablar con una sinceridad infrecuente de escuchar para los críticos hispanoamericanos, brutales cuando trataban de exterminarse por razones políticas y bobalicones en la exaltación del vate amiguérrimo. Muchísimos versificadores exaltados en su patria, salen trasquilados en la *Antología de poetas hispanoamericanos*: si Menéndez Pelayo no los descarta por la mendacidad de sus ideas, es porque les concede tenerlas “nobles y simpáticas”, pero las “frases hechas” y las “imágenes marchitas” les garantizarán, dice el crítico, el más completo olvido.

Lo malo es malo para el crítico y lo peor, peor. Como es natural, se ensaña con los poetastros a los cuales les tenía ojeriza ideológica, como el pobre fraile chileno Camilo Enríquez, y suele descartar toda la poesía de circunstancias políticas, por enfática y empalagosa. El romanticismo —en particular el mexicano pues aseguraba que lo nuestro era lo clásico— le proporciona el solaz del escarnio y lamenta, verbigracia, que Manuel Carpio haya escogido, “de todos los malos epítetos que puedan darse a la luna”, el más infeliz de todos, el de *redonda*.¹¹ “El sueño del tirano”, de Fernando Calderón, un romántico cuya exclusión de la *Antología de poetas hispanoamericanos* dio de qué hablar a los académicos mexicanos que la reseñaron y a quien ya había alabado Heredia en su principal revista, la *Miscelánea*, le divierte por ser una composición ejemplar de “los disparates esparcidos en nuestros periódicos románticos” en la cual “no faltan, por supuesto, ni los dientes rechinando, ni los cárdenos labios, ni el gigantesco fantasma circundado de fuego que muestra al tirano con dedo descarnado una espantosa sima llena de llamas, por entre las cuales los demonios asoman la cabeza y prorrumpen en horrendas carcajadas para saludar al réprobo”.¹²

Pese a que como historiador literario se ve obligado a ponderar talentos muy menores y a escuelas literarias enteras, no tiene más remedio que mencionarlas cuando por afición y gusto no lo hubiera hecho, son raras, en la *Antología*, las alabanzas gratuitas, obliga-

¹¹ Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, I, *op. cit.*, p. 142.

¹² *Ibid.*, p. 122.

das o interesadas, de las que nos libramos pocos críticos. No se privó de ellas don Marcelino como ocasional y con frecuencia lamentable comentarista de la actualidad literaria española o peor aún, de la santaderina.

Menéndez Pelayo no tenía nada de castizo ni casticista en la vulgar acepción que por esto entendían tantos escritores continentales, académicos de la lengua o ganosos de serlo, quienes pedían disculpas cuando usaban mexicanismos o argentinismos o peruanismos en sus novelas o en sus poemas y lo hacían sonrojándose, culposos de decir malas palabras. En los estudios de la *Antología de poetas hispanoamericanos*, Menéndez Pelayo va al grano de la lengua siempre guiado por su gusto clasicista, y de la poesía le interesa su eficacia en la forma, su equilibrio clasicista. De hecho, Henríquez Ureña le reprocha no haberse desprendido “de modo terminante” de la retórica, pero aclara que es imposible creer que sus juicios sean los de un retórico.¹³

No le concedió a la literatura de acá un rango autónomo y no encuentro con qué razones críticas o estéticas, además de las políticas, podía hacerlo sin incurrir en demagogia. No creía gran cosa Menéndez Pelayo en la idea romántica de literatura nacional, pero no porque fuera muy moderno, sino porque era muy antiguo: en efecto, como dicen sus críticos, su noción, tan amplia, de literatura española —que incluía desde Séneca hasta los portugueses de 1870, adoptando a los catalanes y a todos los hispanoamericanos— era demasiado laxa, y no sólo eso: era un anacronismo imperial. Para él, la expansión del español en el Nuevo Mundo era un fenómeno idéntico al helenismo y a la latinidad, que regaron por el mundo las semillas del griego y del latín. Por ello, en su versión del clasicismo español (que para él engloba al portugués) era tan importante la *Antología* hispanoamericana.

Pese a todo y contra lo que se sostiene reiteradamente, don Marcelino trató a los hispanoamericanos como iguales. Quizá, como

¹³ Pedro Henríquez Ureña, “En torno a Azorín” (1920), en *Obra crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 226.

dijo Reyes tras pensársela mucho, “nunca logró entender por completo el espíritu americano”,¹⁴ porque Menéndez Pelayo no era americano sino español y hablaba con toda la autoridad del cano-nista. Tampoco entendió, no se diga a Góngora y al gongorismo, sino a tantos de sus aborrecidos heterodoxos. A los hispanoameri-canos nos tenía como hermanos legítimos pero muy menores en edad. No quiso ver nuestra bastardía o nuestro desarraigo, según se crea. Nos “reconoció” con ímpetu de patriarca: acaso se le puede ver como un abuelo condescendiente, ablandado por la vasta des-cendencia, pero no acusarle del desdén propio del padre irrespon-sable y fugitivo. El racismo invertido de los años veinte del siglo pasado subrayará, en voces como la de José Vasconcelos y Ricardo Rojas, lo que supuestamente separa a la literatura hispanoamerica-na de la española: que si encarnamos a la Raza Cósmica, que si somos Indoamérica o representamos a la utopía en acto.

Semejantes, quizá, en infortunio, víctimas, tanto o más que los peninsulares, de la “derrota” de España en el xvii y el xviii, le pa-recemos a Menéndez Pelayo. Un erudito que había espigado, en la *Historia de las Ideas estéticas en España*, al pintor Rafael Mengs o a Ignacio de Luzán para evitar o aminorar una comparación ne-gativa de estos filósofos estéticos con Diderot y Lessing, no podía darse el lujo de juzgar con el rasero de lo que después se llamaría “subdesarrollo cultural” a la poesía hispanoamericana. Pero tam-poco mima a nuestros poetas ni pasa del desprecio al delirio de admiración: se toma con prudencia nuestro exotismo porque la propia España, por haber sido el imperio central en Europa y ya no serlo, sufría de la conmiseración curiosa que sólo los “exóti-cos” provocamos.

No le inventa una progenie propia a lo hispanoamericano, pero traductor de Horacio, Menéndez Pelayo jamás despreciaría lo pa-gano por serlo y descarta las literaturas indígenas americanas como fuente, principalmente, porque ignora sus lenguas. Las ignoraba él

¹⁴ Alfonso Reyes, “Tres siluetas de Ruiz de Alarcón” (1918), en *Obras com-pletas*, vi, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 126.

tanto como la inmensa mayoría de los peruanos o los mexicanos que se sentían legatarios de esa antigüedad. Al antiespañolismo cerril de tantos hispanoamericanos lo enfrenta con coraje e ironía, como cuando se burla de José Victorino Lastarria, aquel literato chileno que sólo quería conservar, de lo español, la lengua que le parecía lo no civilizado por antonomasia. ¿Y por qué conservarla, parece preguntarse don Marcelino? ¿Por qué no prescindir de ella y escribir en araucano o en náhuatl o en francés? Y dado que nunca dejó de ser un francófono (*misógalos*, les decían a la manera del conde Alfieri a esos fóbicos), Menéndez Pelayo no se cree la dulce historia de la prematura influencia francesa en la literatura hispanoamericana. Hasta bien entrado el romanticismo, los poetas en América (no los juristas o los políticos) no llegaban más allá de Víctor Hugo (que era suficiente, lo cual explica la famosa expresión de Borges, tan repetida, de que la suya, la huguesa, fue toda una literatura). Leían nuestros vates, avergonzados, como no queriendo, a los clásicos y a los comerciales españoles.

En la *Antología de poetas hispanoamericanos* son varias las ocasiones en que al crítico lo fatiga la jurisdicción impuesta —la poesía— e invade, por ventura, otras zonas. Le queda claro que la hispanoamericana es una literatura orlada por libros como *La Araucana* (pese a haber sido Ercilla español), “Silva a la agricultura de la zona tórrida” de Bello, el *Fausto* (1870) de Estanislao del Campo, y por algunos otros de sor Juana Inés (no tantos, según él), Gertrudis Gómez de Avellaneda, José Eusebio Caro, Ventura de la Vega Olmedo, José Joaquín Pesado, Echeverría, Heredia, etc., pero también aquella en que aparecieron, excluido Juan Ruiz de Alarcón y su teatro (pues nada en él es americano, según Menéndez Pelayo), la *Gramática de la lengua española* (1847) de Bello, *Amalia*, la novela de José Mármol (1851), el *Facundo* (1852) de Sarmiento, clásicos, en prosa, de toda la lengua.

Pero el límite fatal, en doble sentido, llega. De la Argentina (por mucho su preferida entre las literaturas hispanoamericanas) alcanza a incluir a José Hernández (1834-1886), aunque en 1895 no sabía si el supuesto payador había muerto. En cuanto a México, la

Antología termina con los Manueles, Acuña (quien se suicida en 1873) y Flores (muerto en 1885) y con José Rosas Moreno, fallecido en 1883. De Cuba, el indianista José Fornaris (1827-1890). De Colombia, la *Antología* finaliza con José González Camargo, autor de *Un viaje de la luz* (ni Menéndez Pelayo entonces ni yo, mientras redacto y busco en la red, encuentro sus datos). En el caso de Uruguay, con un tal Alejandro Magariños, muerto en 1893 y poco recordado como poeta. Hay un abismo infranqueable, se comprenderá, entre los poetas, excepción hecha del autor de *Martín Fierro* (1872-1879); malos, regulares o desconocidos que se alcanzaron a morir a tiempo para cerrar la *Antología de poetas hispanoamericanos* y sus relevos muertos poco después: el mexicano Gutiérrez Nájera, los cubanos Martí y Del Casal, el colombiano Silva, el uruguayo Julio Herrera y Reissing.

La *Antología de poetas hispanoamericanos* queda obsoleta al aparecer, convertida en el paisaje académico de un mundo polvoriento poblado de medianías: patricios latinizantes, liberales pseudo-clásicos, jurisconsultos soñadores, aguachirles de héroes patrios, “románticos majaderos” (como decía Henríquez Ureña), estudiantes empachados de metafísica, sensualistas vergonzantes, bucólicos pendencieros, en fin, en ella reinaban todos los maestros “del huarache espiritual”, “poetas pepitos, poetas rotos para decirlo a la manera mexicana”, como los llamará después, despectivísimamente, el joven Reyes.¹⁵

Un poco de mala suerte tuvo Menéndez Pelayo en 1895, pero su obsecación sólo se entiende dada la naturaleza de su rechazo al modernismo, que era doble: un antigongorismo y, en consecuencia, un antisimbolismo que le hacían pensar que esa parte de la poesía occidental, desatada por Góngora e imperante en la segunda mitad del siglo xx, era sólo “manchas de color” y “mera sucesión de sonidos”. Alonso dice que al execrar a Góngora como padre asaz involuntario del “nihilismo poético”, el santanderino cometió un

¹⁵ Alfonso Reyes, *Árbol de pólvora* (1925-1936), en *Obras completas*, xxiv, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 277-279.

error paralelo al de algunos simbolistas que se creyeron herederos del autor de *Soledades*. “La aberración extrema de Góngora”, dice Menéndez Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas en España*, “tiene mucha semejanza con los modernos poetas decadentes, nacidos de la degeneración del Romanticismo...”¹⁶

“Mayor era el pecado de los culteranos”, continua diciendo ya con saña, pues “Góngora se había atrevido a escribir un poema entero (*Soledades*), sin asunto, sin poesía interior, sin afectos, sin ideas, una apariencia o sombra de poema, enteramente privado de alma. Sólo con extravagancias de dicción (*verba et voces practereaque nihil*) intentaba suplir la ausencia de todo, hasta de sus antiguas condiciones de paisajista. Nunca se han visto juntos en una sola obra tanto absurdo y tanta insignificancia. Cuando llega a entenderse, después de leídos sus voluminosos comentarios, indígnale a uno más que la hinchazón, más que el latinismo, más que las inversiones y giros pedantescos, más que las alusiones recónditas, más que los pecados contra la propiedad y limpieza de la lengua, lo vacío, lo desierto de toda inspiración, el aflictivo *nihilismo* poético¹⁷ que se encubre bajo esas pomposas apariencias, los carbones guardados por tantas llaves”.¹⁸

Aberrentes, entonces, le parecían a Menéndez Pelayo no sólo los del Siglo de Oro, sino Baudelaire, Mallarmé, Rimbaud y con ellos todos los simbolistas y los decadentes, incluyendo a la escuela de Darío y a todos los españoles —agrega Alonso muy triste— empapados de modernismo, tanto en su acepción hispanoamericana como en aquella referida al “movimiento moderno”: Jiménez, Machado, el mismo Unamuno. Don Marcelino, supone Alonso, hubiera acabado por comprender la nueva literatura. No podía hacerlo de otra manera quien había comenzado su carrera en Horacio,

¹⁶ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, 1, edición facsímil, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1994, pp. 807-808.

¹⁷ *Ateísmo* le llamaba Cascales (nota de M. Menéndez Pelayo).

¹⁸ Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, 1, *op. cit.*, pp. 907-908.

cultivando la belleza como fin último. En tanto, había innovado en otra cosa, quizá más importante, concluye Alonso: hacer la historia literaria de una literatura que carecía de ella.

2. RESEÑA

La pobre consideración que Menéndez Pelayo tenía de Góngora nos permite entrar de lleno al capítulo mexicano, el primero de la *Historia de la poesía hispanoamericana* en que se transformó en 1911, casi intacta, la *Antología de poetas hispanoamericanos*. El genio de la raza se preserva en Norteamérica gracias a México, empieza diciendo, obvia y galante, la antología. Es Menéndez Pelayo, acto seguido, quien sugiere que los primeros libros genuinamente hispanoamericanos son las *Cartas de relación*, de Hernán Cortés, “escritas con la nerviosa sencillez propia de los grandes capitanes”, y el resto de las historias de la Conquista, incluida “la ruda y selvática” de Bernal Díaz del Castillo, le parecen más poéticas que cualquier poema, pues “la realidad histórica excede toda ficción”. Esta aseveración marcelinesca no suele reconocérsele como el anverso simétrico de la vindicación preferida por el siglo xx para exaltar a la “nueva” literatura hispanoamericana, su carácter de hazaña de tan real, maravillosa. Así que aquello del “realismo mágico” es concepción más vieja de lo que parece.

Si la Conquista es un acontecimiento supranovelesco, el Nuevo Mundo posee, en sí mismo, un exceso, una sobrenaturalidad, como lo muestra la poesía de Bernardo de Balbuena (1562-1627), “en rigor, el primer poeta genuinamente americano, el primero en quien se siente la exuberante y desatada fecundidad genial de aquella prodigiosa naturaleza”.¹⁹ Como a Manuel José Quintana, el neoclásico español al que tenía en gran estima y a quien cita como autoridad en Balbuena, al crítico de Santander lo impresionaba lo inmenso, lo dilatado, lo feraz, de América, virtud que trastornaba a sus poetas

¹⁹ Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, I, *op. cit.*, p. 46.

y, de alguna manera, los perdía. Se notará, leyendo las primeras páginas sobre México de la *Antología de poetas hispanoamericanos*, que Menéndez Pelayo asume y admite tópicos de larga vida entre los escritores del continente, algunos de los cuales, sobre todo cuando su influencia se fue borrando, se sorprenderían de aparecer atados a esa antiquísima compañía.

Cita Menéndez Pelayo a algunos peninsulares que escribieron sobre la Nueva España, como Eugenio Salazar de Alarcón (hacia 1530-1602), miembro de la Audiencia de México de 1581 a 1589, corresponsal del “divino” Fernando de Herrera y el primer poeta en introducir el vocabulario indígena a su elogio de lo americano, un buen ejemplo de los valores un tanto rudos que el crítico prefería, satisfecho de hallar escritores capaces, pese a pecar acaso de “realismo prosaico”, de “llamar a las cosas por su nombre sin perifrasis ni eufemismos retóricos”, siguiendo “la manera blanda y apacible de Garcilaso”.²⁰

Menéndez Pelayo creía equivocadamente que Salazar de Alarcón, a su vez prosista magnífico, había sido el antólogo de las *Flores de baria poesía*, recopiladas en la Ciudad de México en 1577 y sólo editadas en 1980. Pero consultando el manuscrito, depositado en la Biblioteca Nacional de Madrid, de este primer florilegio mexicano que reúne lo mismo a poetas locales que españoles, Menéndez Pelayo se dio cuenta de la influencia del sevillano Gutierre de Cetina (1520-1557), poeta muerto en un lance de amor bajo el balcón de una dama en Puebla, el cual inundó la Nueva España de poemas suyos y de su escuela. Se lamenta el crítico de que el país casi no haya dejado huella en la obra de Cetina. Pero se alegra, al contrario, de que Juan de la Cueva (1543-1612), un disidente que anuncia al romanticismo, con sus tres años de residencia en la Ciudad de México, la haya comparado, no siendo el primero ni el último, con Venecia. Escribe don Marcelino sus páginas novohispanas bien auxiliado por la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, la de Joaquín García Icazbalceta, acabada de aparecer en 1886.

²⁰ *Ibid.*, p. 25.

El paso al Nuevo Mundo era una aventura aparejada con la educación imperial, y eso el crítico nunca lo pierde de vista. De las exequias de Carlos V cantadas por Francisco Cervantes de Salazar en 1560 a la ignota temporada mexicana de Mateo Alemán, pasando por Hernán González de Eslava (a don Marcelino le interesa el dramaturgo, no el poeta), el crítico resalta a los escritores peninsulares en la misión de educar una nueva tierra que al “acaudalarse” con lo indio, engrandece, en clave criolla, al Imperio español.

Había, en la Nueva España, según dijo González de Eslava, “más poetas que estiércol”, refiriéndose a la fiera con que una multitud de poetas se disputaban los premios en los certámenes, belicosidad vanidosa y pecuniaria que, por cierto, persiste en el México del siglo XXI. Pero entre esa turba se destaca, en la *Antología de poetas hispanoamericanos*, a Francisco de Terrazas (1525-1600) como “el más antiguo poeta mexicano”, el prototípico hijo de conquistadores nacido en México, llamado, pero se lo impidió la muerte, a cantar las hazañas de Cortés. Menéndez Pelayo se sorprende de que se tuviese al poeta Terrazas —según se dijo en un elogio fúnebre— como un personaje tan grande como el conquistador. Leyendo las octavas que restan de aquella imitación de Ercilla titulada “Nuevo Mundo y Conquista”, el crítico prueba, con la saludable lengua de Terrazas, el mayor talento de los novohispanos para el idilio que para la épica, al grado que juzga al magnífico Balbuena como un “Teócrito americano”. Eso es una constante en el capítulo mexicano de la *Antología de poetas hispanoamericanos*, en el cual se presupone que para épica, entre nosotros, fue suficiente con la Conquista.

El idilio se convierte en una suerte de pasaje espiritual del país caracterizado por una simplicidad de estilo “artificiosa pero no amanerada”, según dice don Marcelino. Con mayor ímpetu y precisión que Menéndez Pelayo, en el siglo pasado, los historiadores insistirán en la extravagancia de esas visiones idílicas desprendidas no sólo de Balbuena, a quien considera más mediterráneo que realmente americano, sino de Salazar de Alarcón, capaz de dibujar los lagos

del Valle de México como sedes de una ciudad acuática a la veneciana gobernada por virreyes vestidos de pastores, quienes consagraban al dios Pan su bosque de Chapultepec.²¹

Menéndez Pelayo consideraba natural que a los poetas nacidos en la Península la visita a la Nueva España los tornara idílicos, mientras que para el criollaje, más aun, basta y sobra con el resto de los géneros líricos. Menéndez Pelayo habrá visto en América otro paraíso perdido, aquel en que pudo refugiarse la poesía tan amada por él, la de Garcilaso. Pero muy rápido se le acaba al crítico esa soñadora prehistoria de la literatura de la Nueva España.

Nótese que Menéndez Pelayo fue un archienemigo de la Edad Media y del elogio romántico de lo medieval —lo cual no casa del todo con la imagen del retardatario tradicionalista—, y por ello no le reprocha a América, ni a la Nueva España, su falta de historia. Se lamentaría, según yo lo creo, de que aquella literatura prebarroca (y para él, antibarroca por antífrasis y profecía) haya durado apenas un suspiro, el del Renacimiento, el más profundo de todos los suspiros capaces de conmover al santanderino.

Pero llega el Barroco (Menéndez Pelayo fue de los primeros en aplicar el concepto de origen artístico a la literatura), la expulsión del paraíso, y la Nueva España quedará manchada por una plaga más de versificadores que de poetas, de la que no se librarán nadie en el dominio de la lengua. La ejemplificará en México Carlos de Sigüenza y Góngora, “uno de los más lóbregos y entenebrecidos de la escuela”, varón ilustre que merece una palmada en la espalda del crítico por haber honrado como humanista a su universidad y su país. No sé si don Marcelino sabía del parentesco entre nuestro Góngora y el suyo tan aborrecido pero no le habría extrañado olisquear la mala sangre.

“Lo que había realmente era muy mal gusto literario y mucha afición a ridículos esfuerzos de gimnasia intelectual”, dice fastidiado don Marcelino y remata asegurando que “para nuestro objeto,

²¹ José Joaquín Blanco, *La literatura en la Nueva España. Conquista y Nuevo Mundo*, México, Cal y Arena, 1989, p. 160.

la poesía mexicana del siglo xvii se reduce a un solo nombre, que vale por muchos: el de sor Juana Inés de la Cruz".²²

Los elogios que sor Juana le merece a Menéndez Pelayo hoy nos parecen pocos y avaros. Pero publicados en 1893 parecieron inusuales o desmesurados, hijos de la buena voluntad del crítico hacia la primogénita Nueva España. Dice Menéndez Pelayo:

En tal atmósfera de pedantería y de aberración literaria vivió Sor Juana Inés de la Cruz, y por su aparición algo tiene de sobrenatural y extraordinario. No porque esté libre de mal gusto, que tal prodigio fuera de todo punto increíble, sino porque su vivo ingenio, su aguda fantasía, su varia y caudalosa, aunque no muy selecta doctrina, y sobre todo, el ímpetu y el ardor del sentimiento, así en lo profano como en lo místico, no sólo mostraron lo que hubiera podido ser en otra educación y en tiempos mejores, sino que dieron a algunas de sus composiciones valor poético duradero en absoluto. Pocas son, a la verdad, las que un gusto severo y escrupuloso puede entresacar de los tres tomos de sus obras.²³

Basta con echarle un ojo a alguno de los recorridos de Antonio Alatorre por la fama y fortuna de sor Juana para aquilatar la activa reticencia de Menéndez Pelayo. Veamos: en *El Periquillo Sarniento* (1816), la tardía novela picaresca de José Joaquín Fernández de Lizardi, aparece sor Juana, episódicamente, como un personaje cómico-fabuloso de reputación literaria incierta. Otro novelista, Manuel Payno, asegurará en 1854 que a la monja jerónima se le apareció la Virgen de Guadalupe tras pedir al cielo clemencia por las inundaciones de 1629, ocurridas diecinueve años antes del nacimiento de la poetisa. Menos ignorantes y también a mitad del siglo xix, Francisco Zarco y José María Lafragua le reconocen algún talento poético a sor Juana, sin que ello sea suficiente para re-

²² Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía...*, *op. cit.*, pp. 62-65.

²³ *Ibid.*, p. 67.

comendarla como lectura, siendo como fue, la pobre, víctima “del mal gusto que entonces dominaba en España”.²⁴

Los polígrafos liberales Ignacio Manuel Altamirano e Ignacio Ramírez no se andaban por las ramas: uno, en 1871, recomienda “dejarla quietecita en su sepulcro”, y el otro, en 1874 dice:

Si rebajo hasta el mérito vulgar de nuestras supuestas glorias nacionales es porque ha llegado el tiempo de decir la verdad a nuestros jóvenes escritores y artistas: nuestros tesoros son pobreza: [...] A igual altura se encuentran Netzahualcóyotl y el Arca de Noe, nuestros casimires y Sor Juana y Carpio.²⁵

Incluso, lamenta Alatorre, George Ticknor, autor de una *Historia de la literatura española* (1849), que fue la primera profesional en su género, no se tomó la molestia ni de verificar el lugar de nacimiento de sor Juana, dándola por natural de Guipúzcoa. Las primeras vindicaciones decimonónicas de sor Juana, ajenas al horror imperante del verdadero o pretendido gongorismo en México y en España, vinieron de la Argentina gracias a un crítico pionero, Juan María Gutiérrez (en 1865), y de Ecuador, merced a Juan León Mera (en 1873).²⁶

Pocos años antes de que apareciera la *Antología de poetas hispano-americanos*, a José María Vigil y a Francisco Pimentel, críticos mexicanos los dos, se les ocurrió “salvar” a sor Juana afirmando que sólo “Primero sueño” —su gran poema, por ella amado y que entusiasmará al siglo xx— estaba lamentablemente contaminado de gongorismo, mientras que algunas de sus canciones, como las imitacio-

²⁴ Antonio Alatorre, “Introducción”, en Amado Nervo, *Juana de Asbaje. Contribución al centenario de la Independencia de México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 15.

²⁵ Ignacio Ramírez “El Nigromante”, *Obras completas*, VIII. *Páginas sobre Ignacio Ramírez*, investigación, compilación y selección de David R. Maciel y Boris Rosen Jélomer, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989, p. 285.

²⁶ Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía...*, *op. cit.*, pp. 18-20.

nes del *Cantar de los cantares* intercaladas en “El divino Narciso”, le parecen a Menéndez Pelayo tan bellas y tan limpias de “afectación y culteranismo” que las rescata, dice, por ser más propias del siglo xvi que del xvii. De igual manera quedó arrobado el crítico ante “los versos de amor profano de Sor Juana [que] son de los más suaves y delicados que han salido de pluma de mujer”.²⁷

Si Alatorre ve el vaso medio vacío, yo lo encuentro medio lleno. Es notorio, lo prueba él, que el conocimiento que Menéndez Pelayo tenía de la poesía sorjuanesca era a la vez pobre y presuntuoso, que es lo mismo que Dámaso Alonso le reprocha en relación con Luis de Góngora. Pero pese a encontrarla secuestrada por la sociedad literaria de su tiempo y en su calidad de víctima de su maestro novohispano, el enfático y pedante Sigüenza y Góngora, Menéndez Pelayo coloca a sor Juana en el corazón del siglo xvii, sitio del cual ya no se moverá. Durante los años siguientes, hasta la vindicación modernista que hará Amado Nervo con *Juana de Asbaje* (1910), los comentaristas mexicanos tenderán a respetar, al menos, el lugar para ella concedido a regañadientes por Menéndez Pelayo.

“Con Sor Juana termina, hasta cronológicamente, la poesía del siglo xvii”, dice don Marcelino tomando aire para denunciar lo peor, ocurrido durante la segunda mitad del xviii, cuando “triumfa la reacción clásica o seudoclásica que exagerándose como todas las reacciones, va a caer en el más trivial y desmayado prosaísmo”.²⁸ Pero ya no se detiene mucho en denunciar la decadencia de una decadencia, los últimos estertores del “gongorismo mexicano” (conviene el crítico en usar ese gentilicio aun para lo escrito antes de 1821), de la cual apenas se salva una *Hernandía* (1755), rapsodia en honor de Cortés escrita por el tehuacano Francisco Ruiz de León, quien todavía no había olvidado, se nos dice, el arte de hacer octavas. Martha Lilia Tenorio, la discípula dilecta de Alatorre, concuerda con que algo hay en efecto de gongorino en el citado Ruiz de

²⁷ *Ibid.*, pp. 74-75.

²⁸ *Ibid.*, pp. 79-80.

León. Ella misma, en *El gongorismo en la Nueva España* (2013), encuentra pocos rastros de verdadero gongorismo en la tardía Nueva España. Había parodia culterana vulgarmente llamada de forma peyorativa *gongorismo* en poetas de principios del XIX, como José Manuel Sartorio y Ramón Roca, nada más.²⁹

Las cosas, de tan malas, no podían sino mejorar y algo de calor regresa a los pies de don Marcelino gracias a la reacción clásica de los jesuitas arrojados a Italia por Carlos III en 1767, entre los cuales se menciona a Diego José Abad y Francisco Javier Alegre, quienes, empero, no se podía antologar nada porque los padres cultivaron no la poesía española, sino la latina. Pero Menéndez Pelayo, el autor de *Horacio en España*, no se aguanta las ganas de descartar casi todos los poemas latinos modernos porque son “literatura de colegio, que tiene siempre algo de artificial y falsa”, la cual incluye, pese al “primor de detalle” a Abad, aunque haya sido superior “a la turba de versificadores latinos que en su tiempo pululaban”.³⁰

Tras ponderar la traducción de la *Iliada* que hiciera Alegre, “una especie de centón de todos aquellos pasajes en que Virgilio imita a Homero, sin advertir que lo hace Virgilio no como de intérprete, sino con libertad de poeta”, Menéndez Pelayo examina otra traducción de Alegre, la de los tres cantos primeros del *Arte poética* de Boileau, “rimada en silva con mucho garbo, facilidad y viveza”.³¹

Tarda en despedirse don Marcelino, pero se despide de aquella “literatura de colegio” hecha lejos de la Nueva España por los jesuitas desterrados en Italia, y lamenta que en sus paisanos la distancia hiciera mella de su influencia. Los mexicanos de entonces entraron bajo otra influencia, la de la “llamada restauración del *buen gusto*” emprendida por los dieciochescos peninsulares, como Luzán, Nicolás Moratín, José Cadalso, Tomás Iriarte, Félix de Samaniego y Juan Meléndez Valdés, de inmediato imitados en América “así en sus buenas cualidades como en sus defectos”.

²⁹ Martha Lilia Tenorio, *El gongorismo en la Nueva España*, México, El Colegio de México, 2013, pp. 236 y 262-263.

³⁰ Alatorre, Introducción a *Amado Nervo, Juana de Asbaje*, op. cit., p. 83.

³¹ Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía...*, op. cit., p. 87.

Menéndez Pelayo, sin dedicarle mayor atención, da por ocurrida la Independencia. Fue una bofetada de guante blanco que seguramente recibieron sus buenos lectores mexicanos con resignación, pues no se necesitaba ser un nostálgico del Imperio español, como el crítico de Santander, para entender que ni 1810 ni 1821 significaron mayor modificación en el derrotero estético de los escritores desde entonces, propiamente, mexicanos. Un periodista revolucionario como Fernández de Lizardi escribía fábulas, como se lo dictaba la tendencia española, mientras que el clérigo y famoso predicador Sartorio, distinguido por su “fervor patriótico”, escribió “*siete tomos de versos sagrados y profanos*” de los cuales —dice Menéndez Pelayo citando la *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México desde la Conquista hasta nuestros días* (1885) de Francisco Pimentel— han de sacarse “sólo algunas perlas de aquel estiércol”.³²

Mucho mayor respeto le merece a Menéndez Pelayo la obra de fray Manuel Martínez de Navarrete, el poeta del *Diario de México*, el último de los poetas virreinales y el primero de los mexicanos, según lo ha juzgado la opinión crítica aun antes de la publicación póstuma de sus *Entretencimientos poéticos* en 1823. Navarrete, mayoral de la Arcadia Mexicana, fue fidelísimo a la poesía bucólico-pastoril e imitador de todo aquello que en Juan Meléndez Valdés era indigno de imitación, dice don Marcelino subrayando que los versos sensuales y odas eróticas de Navarrete, “religioso irreprochable”, son “insípidos, triviales y empalagosos”. Sus “anacreónticas sólo resultan agradables cuando, en vez de cantar el deleite, celebra los prestigios de la música o los encantos de la inocencia”.³³

Ya volveremos extensamente sobre Martínez de Navarrete no sin antes subrayar la eficaz disculpa historicista que don Marcelino tomó de José Zorrilla, su principal fuente crítica sobre México. Dijo el poeta y dramaturgo español al tratar de juzgar con equili-

³² *Ibid.*, p. 95n.

³³ *Ibid.*, pp. 96-97.

brio al fraile Navarrete: “Los defectos de sus obras son los de su tiempo, y sus bellezas y excelencias le son propias y personales.”³⁴

Prosigo con el resumen del capítulo mexicano de la *Antología de poetas hispanoamericanos* con la intención de situar nuestra literatura en la crítica de la lengua y regresar, desde 1893, hasta donde sea necesario. Tras reconocerle méritos en “el sentido del número y de la armonía”, a Martínez de Navarrete lo señala como un pasable poeta moral y sagrado aunque haya sido un lírico de baja intensidad. No fue un “versificador intachable”, pues abusaba “quizá por defecto de la pronunciación americana” de la sinéresis, dice Menéndez Pelayo, quien todavía creía en la antipática quimera de la superioridad del español peninsular.

Tras dedicarle bastantes párrafos a Martínez de Navarrete, el antólogo al fin aborda su tema revolucionario y la singularidad de la Independencia novohispana para decir que de esa guerra huyeron las musas, pues a México no le faltaba la desgracia sino la épica. La Conquista no requirió de otras musas pues Clío, celosa, la había hecho entera, mientras que la Independencia —dibujada de un solo y justo trazo marcelinesco— fue un cruel drama político, una comedia de equivocaciones. En “algunos momentos de lucha” se encontraron “acentos varoniles” en ciertos poetas, como Andrés Quintana Roo, Francisco Manuel Sánchez de Tagle, Francisco Ortega, según la nómina de bardos insurgentes recogida por Menéndez Pelayo, que desde aquella *Antología* no ha variado gran cosa. El crítico los pone a todos bajo la égida de Quintana, el maestro peninsular de la oda patriótica. No le falta razón a don Marcelino, pero como yo no soy español aseguro que algunas veces los discípulos americanos de Quintana lo superan, por desmelenados y hasta por cursis.

³⁴ *Ibid*, p. 98. Sus palabras, joya del pensar historicista, dicen que los crímenes de la Conquista no son de España, sino del tiempo. Proviene de los versos de Manuel José Quintana, donde le sugiere a América que diga: “Yo olvidaría / el rigor de mis duros vencedores: / su atroz codicia, su inclemente saña / crimen fueron del tiempo y no de España.” Véase también José Zorrilla, *México y los mexicanos*, edición de Pablo Mora, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000, p. 46.

México, cree Menéndez Pelayo, nació, más que ninguna otra república del sur, sin ganas de vivir, horrizado por la orfandad de la Independencia, buscando más la ataraxia bucólica que la épica, sin el libertador Bolívar y sin un Olmedo que gloriase su supuesta epopeya. Considera superior (quién no) a Sánchez de Tagle sobre Quintana Roo, aprecia, por ser imitación feliz de Milton, “La Venida del Espíritu Santo” del republicano Ortega, “ingenio de medio vuelo” pero capaz de “cierta gravedad y precisión teológica de frase, pero el conjunto resulta pesado y palabrero, sobre todo, por un larguísimo razonamiento del demonio”.³⁵

El humor de Anastasio de Ochoa y Acuña, cuya poesía festiva (epigramas, letrillas y poemas jocosos) provoca “estrepitosas carcajadas” en sus lectores mexicanos, deja frío a don Marcelino, quien sospecha que el ruido “debe de tener algo de local y transitorio” porque los críticos mexicanos “llegan a compararle con Góngora y Quevedo”. A Ochoa y Acuña, mejor leído y valorado por críticos contemporáneos nuestros que por Menéndez Pelayo, le sigue, en su repaso, el dramaturgo nacido en México pero de obra literaria del todo peninsular, Manuel Eduardo de Gorostiza (1789-1851), quien como comediógrafo versificador apenas le place, por divertido. Recuérdese que para el crítico el arte dramático era, en principio de cuentas, poesía. Y la de Gorostiza, aunque ahuyentaba el tedio, no era “modelo de buen gusto ni de buen tono”, carecía de “dicción castiza” y fue un copista fiel del “estilo usado en las tertulias madrileñas de la clase media de su tiempo”, prosaica y baladí.³⁶

Se guarda don Marcelino la artillería pesada para usarla contra el romanticismo, “gran revolución literaria” compuesta de dos cosas distintas, el subjetivismo o individualismo lírico y el sentimiento arqueológico e histórico. Del primer tipo dice que “podía ser transplantado sin dificultad a América, y lo fue en efecto, si bien los románticos americanos, con la excepción muy brillante de al-

³⁵ Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía...*, *op. cit.*, p. 104.

³⁶ *Idem.*

gún colombiano y de algún argentino, cayeron en una imitación aún más servil y más estéril de lo que había sido la de los llamados *clásicos*. Habían cambiado los modelos: no eran ya Horacio ni Quintana, pero estaban Byron, Víctor Hugo, Espronceda, Zorrilla y aun García Tassara y Bermúdez de Castro, con la desventaja en los imitadores románticos de ser mucho menos cuidadosos de la dicción y del buen orden y concierto de las ideas que los *clásicos*, como gente que tomaba por inspiración el desorden, por bizarría la incorrección gramatical, por muy profundas las cosas a medio decir, por rasgos de genio desbordado las más incoherentes extravagancias”.³⁷

Si la importación del poeta desmadejado y desmedrado le parece infecunda a Menéndez Pelayo, el crítico literario europeo que no siendo romántico juzgó con mayor libertad al romanticismo, es más categórico aun de cara a la leyenda sobre la cual se levantaba toda la literatura americana, pero sobre todo la de México y acaso la del Perú. El párrafo es largo, su eco sonó a lo largo de todo el siglo xx y todavía habrá a quien disguste:

El otro elemento romántico, el de la poesía histórica, el arte novelesco y legendario de Walter Scott, de Víctor Hugo en *Nuestra Señora*, del duque de Rivas y de Zorrilla, era enteramente inadecuado a la poesía americana, y fue gran temeridad y error querer introducirle en pueblos niños, cuyos más antiguos recuerdos históricos no pasaban de trescientos años; porque claro está que las tradiciones y los símbolos de los aztecas y de los incas tan exóticos son para la mayor parte de los americanos como para nosotros y las vicisitudes de sus antiguas monarquías sólo pueden interesarles en aquel pequeño grado de curiosidad en que interesan a los franceses las hazañas de los antiguos galos, o a nosotros los españoles, las de los celtas e iberos, que en remotísimas edades poblaron nuestro suelo. La literatura americana es literatura colonial, literatura de criollos; no es obra de indios ni de descendientes de indios; si alguno ha habido, y

³⁷ *Ibid.*, p. 118.

si alguno hay a la hora presente, entre sus cultivadores, que tenga ese origen más o menos puro, la educación y la lengua lo han españolizado y le han hecho entrar en el orden espiritual de las sociedades europeas. Nadie piensa ni puede pensar como indio entre los que manejan la pluma y han recibido una educación liberal, cuyos principios esenciales son los mismos en todas las naciones que forman la confederación moral llamada *Cristiandad*, separada por inmensos abismos de cualquier género de barbarie asiática, africana o americana prehistórica. La misma simpatía con que hoy se mira a las razas indígenas y se execra la atrocidad de quienes las destruyeron, los mismos principios morales que, más o menos exagerados o desquiciados, suelen guiar a los cantores de Moctezuma y de Guatimozín, son principios de caridad cristiana y de humanidad filosófica, de todo punto incompatibles con *civilizaciones* que tenían por una de sus bases los sacrificios humanos. Sin negar, por lo tanto, que la circunstancia de ocupar los mismos territorios, de convivir en aquellas partes con los restos de la población indígena, y aun de haberse mezclado más o menos con ella, pueden hacer más interesantes estos asuntos para los americanos que para los europeos, todavía han de reconocer que cuando los tratan lo hacen con entusiasmo menos sincero que el que sintió Ercilla delante de los araucanos, y con el propósito puramente literario y pintoresco de un Chateaubriand, por ejemplo, en *Átala* y en *Los Natchez*.³⁸

El romanticismo mexicano quedaba sentenciado a la impotencia de imitar a la literatura europea, no pudiendo guarecerse a la sombra de “la poesía de las catedrales góticas y de los castillos feudales”, ya fuese leyendo a Walter Scott o a Zorrilla. Hizo más prosélitos, se concluye en la *Antología de poetas hispanoamericanos*, el romanticismo en Cuba y en América del Sur. México, sentencia, es “país de arraigadas tradiciones clásicas, a las cuales por uno y otro camino vuelve siempre”.³⁹ Este juicio hará escuela en nuestra críti-

³⁸ *Ibid.*, pp. 118-119.

³⁹ *Ibid.*, p. 120.

ca moderna: de él proviene la afirmación de Henríquez Ureña acerca del carácter crepuscular de la poesía mexicana, lo mismo que la teoría del clasicismo mexicano de Jorge Cuesta.

Los heraldos del romanticismo siempre mueren jóvenes y el caso de los mexicanos, con Fernando Calderón e Ignacio Rodríguez Galván, desaparecidos ambos antes de 1845, no es la excepción. Uno, anota Menéndez Pelayo, tenía talento dramático y el otro, talento lírico. Calderón carecía de gusto, era tremebundo y sabía poco de teatro pese a conocer bien a los románticos españoles; mejor escritor lo fue el desdichado Rodríguez Galván, dueño de “una amargura y un pesimismo que nada tienen de convencionales, y que se acrecentaron grandemente con el espectáculo de anarquía y desenfreno político en que vivía su patria”. Y como ejemplo de las admoniciones de Rodríguez Galván se cita una escena de *El Privado del Virrey* mientras que “*El buitre* es de lo más selecto y chistoso que produjo el realismo truculento y antropofágico”.⁴⁰

Había repetido Menéndez Pelayo, al explicar el fracaso del romanticismo, lo dicho ante el siglo xvii novohispano:

Los recuerdos del descubrimiento y de la conquista, tan interesantes y poéticos en sí, tan aptos para causar maravilla y extrañeza, tampoco podían servir de base a una poesía arqueológico-romántica, por demasiado históricos y demasiado cercanos. La realidad conocida aquí hasta en sus menores detalles y consignada prolijamente en tantas crónicas y relaciones originales, parece que corta el vuelo a las invenciones de la fantasía, que tiene más bien por el natural dominio las edades misteriosas y crepusculares, cuyo sentido se alcanza más por intuición poética que por prueba documental. Ni el drama, ni la epopeya, ni la novela, parecen formas adecuadas para trasladar lo que con mucho más intensidad de vida habla a la imaginación en las páginas de Fernández de Oviedo, de Bernal Díaz del Castillo o del Inca Garcilaso. La poesía de la conquista española y de la resistencia bárbara, ni aun en manos de un

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 124-125.

gran poeta [Ercilla] que tenía la ventaja de haber ejecutado con la espada lo mismo que contaba con la pluma, pudo producir otra cosa que una admirable crónica rimada.⁴¹

Pese a ello, de forma imprevista, reconoce don Marcelino que la “Profecía de Guatimoc”, de Rodríguez Galván, “es sin disputa la obra maestra del romanticismo mexicano” y la incluye, entera y pese a su extensión, en su *Antología*. Está en ella el poeta “en el momento más feliz de su inspiración. Si hubiera escrito siempre así, le faltaría poco para ser gran poeta. La parte descriptiva de esa composición no queda enteramente oscurecida por los mejores trozos de Heredia en ‘En el Teocalli de Cholula’”.⁴²

Desigual e inspirado, Rodríguez Galván, le permite hablar de quien pudo ser su maestro, el cubano Heredia, uno de sus poetas hispanoamericanos preferidos, “mayor poeta que ninguno de los citados, pero poeta clásico en medio de sus libertades e incorrecciones, al modo en que la palabra clásico se entendía en España a fines del siglo XVIII”. Heredia habría contribuido “a retrasar, o más bien a impedir el triunfo de la invasión romántica” y dejar la mesa puesta para otro par de poetas, ellos sí, según don Marcelino, protagonistas —dada su influencia social, religiosa y literaria— del renacimiento de la poesía en México: José Joaquín de Pesado y Manuel Carpio, muertos los dos antes de 1861. Ambos, se congratula, fueron muy cristianos y “de allí su preferencia por los temas bíblicos”, aun cuando Pesado, antes de ser ardiente controversista ultramontano en la vejez, fue liberal en su juventud.⁴³

Ante Pesado y Carpio, Menéndez Pelayo se siente comprometido a lamentar la fiereza de las Leyes de Reforma y su consecuencia, el desdén de la nueva generación por aquel par de respetables vates, a la vez clásicos y cristianos, lo que para el crítico era la mejor combinación. Vuelve Menéndez Pelayo al gusto innovador que anun-

⁴¹ *Ibid.*, p. 120.

⁴² *Ibid.*, p. 126.

⁴³ *Ibid.*, pp. 128-129.

cia con barrer su mundo y advierte que el sesgo político-religioso, en la escuela del tomista Balmes, poseído por Pesado y Carpio, es lo que los ha vuelto, en primer lugar, antipáticos.

Pero es imperativo, para Menéndez Pelayo, ratificar su lamento antimodernista de cara al público que recibe su *Antología* en 1893:

A ese motivo no literario se añade, sin duda, el cambio de gusto que en México se ha verificado en los últimos años, la reacción que en la mayor parte de los literatos jóvenes se advierte contra la poesía que motejan de culta y académica, y la tendencia cada vez más sistemática, no a crear una literatura nacional, que por ninguna parte acaba de aparecer, sino a huir de los antiguos modelos latinos, italianos y españoles, para entregarse con supersticiosa veneración al culto de la novísima literatura francesa.⁴⁴

La “literatura nacional” —insisto en que el crítico no usaba el concepto tal cual lo entendían los románticos— sólo puede aparecer, según Menéndez Pelayo, en términos dinásticos, imperiales, como continuación de la latinidad, el italianismo del Renacimiento, la tradición española. Los modernistas, “sectarios fanáticos”, se colige, llevan la literatura a no ser nacional, es decir, a perderse en la superstición como ocurrió en los tiempos del gongorismo. En defensa de Pesado, el crítico pierde la paciencia:

Pesado, por su importancia de jefe de escuela, por los aventajados, aunque escasos discípulos que todavía siguen su manera, por el gusto enteramente español de sus versos, por su respeto a todo género de tradiciones, ha tenido que ser la primera víctima de aquellos sectarios fanáticos, que alardeando de mucha independencia literaria, son los primeros en no respetar la legitimidad de todas las formas que en el proceso del arte se han sucedido, distinguiendo entre ellas lo bello y permanente de lo accidental y transitorio.⁴⁵

⁴⁴ *Ibid.*, p. 129.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 131.

Nunca se repuso Pesado, el principal poeta mexicano del XIX para Menéndez Pelayo, de aquella victimización y del capítulo mexicano de la *Antología*, cuyas páginas dedicadas a cuidarlo del olvido deben ser las más extravagantes de leer para quien desdeñe el clasicismo marcelinesco. Don Marcelino saca a colación la dignidad de Pesado como imitador clásico, es decir, traductor honrado y perseverante, virtud que le acarreó la acusación, a veces veraz, de plagiarlo. Pero pone en prenda don Marcelino a fray Luis de León y a Leopardi, quienes como el mexicano, dizque legaron más páginas traducidas que propias y no por ello dejan de “ser dos de los mayores líricos del mundo, y quizá no hubiesen llegado a la plenitud y a la perfección de la forma, si no se hubieran sometido a este duro y largo aprendizaje de luchar cuerpo a cuerpo con los modelos”.⁴⁶

Pesado no tenía “una centella de genio lírico” como ellos y no deja de ser “un estimable poeta de segundo orden”, composición que refleja un procedimiento muy propio de los críticos: engrandecer a un escritor al medirlo con los más grandes para dejarlo caer, sin piedad, desde la altura a la que momentáneamente se le elevó. Además, la comparación refleja que por más que Menéndez Pelayo cultivase la idea imperial de la literatura de España y su irradiación hacia la otra orilla del Atlántico, no dejaba de ser un crítico europeo cuyo mundo empezaba en el *Cantar de los cantares*, en Horacio y Teócrito, pasaba por Garcilaso y la *Jerusalén* de Tasso y se terminaba en Chénier, Manzoni y Lamartine, todos ellos autores que el mexicano Pesado leía, traducía, imitaba y a veces (acaba por confesar al fin su defensor no sólo literario sino político), plagiaba.

Invirtió mucho Menéndez Pelayo en abono de Pesado, a quien estimaba, aun cuando fuese pobre en lenguas (no sabía ni francés ni griego). Y en un juicio que paradójicamente está más cerca del temple de Ezra Pound que del de la originalidad romántica, don Marcelino defiende al imitador y al copista de poetas clásicos y clasicistas que fue Pesado, hacedor de “hurtos honestos” al estilo de Virgilio y capaz, por ello, de llevar a cabo la “transfusión de la poe-

⁴⁶ *Ibid.*, p. 130.

sía antigua en las venas de la poesía nueva”. El ignorante, afirma, ve en tareas como la de Pesado “un centón y una cadena de plagios, y se admirará de que hayan llegado a merecer la admiración de la posteridad hombres que apenas tienen un verso original, cuando es tan fácil disparatar originalmente, hablando del sol y las estrellas, o del amor y la muerte, o de la libertad y la tiranía”.⁴⁷

Una vez que aprovechó la oportunidad de exponer, merced a Pesado, su idea clasicista de la traducción y de la imitación, Menéndez Pelayo pasa al examen de las poesías originales del mexicano, las cuales le parecen menos interesantes que sus versiones de las palabras de Salomón y de David. Como poeta amoroso lo censura por doméstico, porque el amor ardiente que Pesado sentía por su mujer, “simpático y laudable”, resultó en versos que, contados en todos los tonos, olvidaban “que no todo lo que es natural y honrado es siempre materia poética”.⁴⁸ Lo apreciable en Pesado, se dirá más adelante en la *Historia de la poesía hispanoamericana*, es su anacronismo: como idealista amoroso se lo debía todo al petrarquismo y no a los seudoclásicos del XVIII ni a Lamartine. Tampoco le gustan sus largas meditaciones filosóficas y morales y hasta se atreve con el chascarrillo: son abstracciones “verdaderamente *pesadas*”.⁴⁹

Compara a Pesado, en este punto, con sus americanos predilectos y en demérito general de toda la poesía continental, nos asegura que aunque el mexicano no escribió un poema como la “Silva a la agricultura de la zona tórrida”, el “La victoria de Junín” o “En el Teocalli de Cholula”, excluidas estas composiciones “inmortales y características”, poca cosa quedaría de la obra de Bello, Olmedo y Heredia. Menos inspirado, varonil y grandilocuente que estos “príncipes”, Pesado,

que no llega nunca a donde ellos en sus grandes momentos, está menos expuesto a caer [...] Su inspiración es más tibia, pero menos sujeta a intermitencias. Se le puede leer seguido; prueba durí-

⁴⁷ *Ibid.*, p. 131.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 137.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 138.

sima a que pocos poetas resisten. No despierta casi nunca grande admiración, pero sí respetuoso afecto. Es cierto que vive mucho de la poesía ajena, pero con el buen tino de acudir siempre a los más puros y saludables manantiales.⁵⁰

Lo que parecía un elogio se va transformando en una pesadilla. A don José Joaquín se le hubiera ido el alma al suelo al ver que el crítico se extendía con su obra con cruel delectación morosa: cuando lo aprueba, es por su medianía. Dice que lo más original de Pesado es lo más mexicano y alaba el “fácil y risueño pincel” con que pinta paisajes de Córdoba y Orizaba, escenas campiranas y pueblerinas, pero lo remata al instante al reprenderlo por acudir, diríase, a la turbia laguna del aztequismo, por intentar “la creación de una poesía indígena, traduciendo y glosando (a decir suyo) cantares de más o menos sospechosa autenticidad, entre los cuales están las famosas poesías del rey Netzahualcóyotl, y otras anónimas. Semejante trabajo no puede ni debe estimarse como traducción; es cosa probada que Pesado no conocía lenguas indígenas”.⁵¹

El aztequismo de Pesado es “una inocente broma literaria, de una poesía popular mexicana casi tan auténtica como la poesía lírica de la *Guzla*, de Mérimée”. Lo suyo, en ese género, no era muy azteca sino tomado de Horacio y de los libros sapienciales. Concluye don Marcelino: Pesado “era poeta bíblico de segunda mano, porque no sabía hebreo, y poeta clásico de segunda mano, porque no sabía griego”.⁵²

A Carpio, médico distinguido que empezó a escribir poesía a los cuarenta años, Menéndez Pelayo le reconoce la asiduidad de su trato con las Sagradas Escrituras, junto a su curiosidad por las investigaciones arqueológicas, entonces pioneras, sobre Egipto, Nínive y Babilonia. Lo tardío hace de Carpio “un piadoso, docto y simpático escritor”, un poeta lógico y maduro pero prosaico y verboso, rehén, a veces, de malo, pésimo gusto, dado al

⁵⁰ *Ibid.*, p. 139.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 139-140.

⁵² *Ibid.*, pp. 140-141.

más pródigo despilfarro de la vena descriptiva. Es de los poetas más exteriores que pueden hallarse. Hasta la religión tiene en él más de pomposa y magnífica que de íntima. Por temperamento y por sistema excluía del arte toda idea que no se presentase vestida de formas concretas y sensibles, y le hacía consentir únicamente en el prestigio de una sucesión de imágenes que halagan y deslumbran los ojos; descripciones continuas y sin tasa, de armas, de jae-ces, de vestiduras ostentosas, de festines, cacerías y combates; el valle del Mar Muerto, el palacio y trono de Faraón, la desolación de Babilonia y Jerusalén. Tanta luz y tanta pompa derramadas por igual en todas las partes de la composición y en todas las composiciones; tanta insistencia en detalles pintorescos, que no tienen todos el mismo valor poético, acaban por producir singular monotonía, pobreza verdadera, en medio de la acumulación de tantos tesoros [...] Sus cualidades poéticas son evidentes, aunque no sean de primer orden. Sin ser romántico, participa algo de la brillantez del color y del lujo asiático de imágenes que introdujo aquella escuela [...] un reflejo de la prosa de Chateaubriand pasó a sus versos. No es pequeño mérito, por otra parte, haber sentido con tanta intensidad la poesía de los Sagrados Libros, y haber trasladado alguna parte con cierta grandiosidad épica y con mucho estudio del arte de la palabra.⁵³

Menéndez Pelayo hace un alto en el camino y se cura en salud de las previsibles heridas en la hipersensibilidad de los mexicanos que causaría su severidad ante Pesado y Carpio. Quizá antes ya se le había tachado de ignorante por los patriotereros reacios a la autocrítica de un crítico internacional y respinga:

El conocimiento de la literatura mexicana no es ninguna ciencia misteriosa y reservada para algunos privilegiados. Yo, ni a Pesado ni a Carpio, he conocido nunca más que por sus versos, los cuales creo entender lo mismo que todos los demás versos compuestos en mi

⁵³ *Ibid.*, pp. 143-144.

nativa lengua castellana, y juzgado por la impresión que su lectura me ha producido, no puedo menos que declarar que Pesado vale a mis ojos más que Carpio, así en elegancia y armonía como en variedad de tono; que su cultura clásica me parece más varia y escogida y su gusto mucho más firme, y que si la reputación de Carpio ha sido menos combatida, lo debe a no haber dejado detrás de sí la suma de odios y rencores políticos que todavía se ceban en la memoria de Pesado. Ni tampoco puede decirse que haya más originalidad en Carpio, que puso en verso páginas enteras del *Itinerario de París a Jerusalén*, de Chateaubriand; lo que hay es más amaneramiento, de donde resulta la ilusión de que tiene más estilo propio.⁵⁴

Puestos en su lugar Pesado y Carpio, poco le queda qué decir a don Marcelino de la poesía mexicana del siglo XIX: menciona a José Bernardo Couto, claudica ante la memoria de Alejandro Arango y Escandón, recién fallecido director de la Academia Mexicana y halaga a Rosas Moreno, por tierno y lírico, “que fue también liberal y tampoco fue romántico”. Recuérdese que se ha comprometido a hablar sólo de muertos, lo cual, se lamenta Menéndez Pelayo excluye de su recorrido a Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano.

Por ello, antes de cerrar tanto la *Antología de poetas hispanoamericanos* como la *Historia de la poesía hispanoamericana* con ese par de “ingenios malogrados” que fueron Acuña y Flores, retrata al único difunto entre los belicosos maestros liberales: Ignacio Ramírez, El Nigromante, lo cual le sirve para ratificar su desdén por las Leyes de Reforma en México y, ácidamente, recordar que comparar a un mexicano con un francés es arriesgarse a un inequitativo cambio de moneda:

Por la serie de hechos expuestos hasta aquí, se habrá inferido que en México la condición de literato *clásico* va generalmente unida a la de conservador en política, y a la de neocatólico, ultramontano,

⁵⁴ *Ibid.*, p. 144.

o como quiera decirse, en todo aquello que toca a las relaciones y conflictos entre la Iglesia y el Estado; al paso que los escritores que militan en los partidos liberales, propenden más bien a la libertad romántica. Esta regla no es tan general, sin embargo, que no tenga algunas excepciones, y baste por todas la del famoso jurisconsulto por su seudónimo de *El Nigromante*, sectario del ateísmo y del positivismo más crudos, corifeo de la política más radicalmente revolucionaria, uno de los principales fautores y ejecutores de las llamadas *Leyes de Reforma* que sancionaron el despojo y venta de los bienes del clero.⁵⁵

El Nigromante no asusta mucho a quien fuera joven y combativo “neocatólico”, acostumbrado a lidiar con enemigos feroces. Partidario de la independencia literaria sólo fue teóricamente, en sus póstumas *Lecciones de literatura* (1884), pues como versificador “este indígena de raza pura” tuvo “más timidez académica que genio”. Con todo, dado que poco tenía de romántico Ramírez (y no fue “indígena puro” como se creía entonces), concita la amistad crítica de don Marcelino, quien acaba perdonándole extravagancias e inconsecuencias por el fondo de estoicismo cristiano, por desgracia difuminado, que encuentra en algún poema de Ramírez dedicado al amor de viejo, tópico predilecto del volteriano mexicano, profesado, como sabemos, a Rosario de la Peña, musa no sólo del infortunado Acuña, sino de El Nigromante y otros poetas.

De Acuña y Flores dice:

cantor el primero de las evoluciones de la materia conforme al novísimo sentido de las escuelas naturalistas, y cantor el segundo de la pasión carnal sin reticencias ni velos. Uno y otro eran poetas de verdad, y prescindiendo de los temas habituales de sus cantos, no hay duda que su temprana muerte ha sido para la literatura mexicana una calamidad casi irreparable.⁵⁶

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 148-149.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 152-153.

Acuña le pareció dueño de la “genialidad lírica más potente” en la poesía mexicana. Pero esa potencia “no llegó a traducirse en acto” en el caso de este estudiante de medicina, “saturado del materialismo de las mesas de disección [...], agresivo y feroz en su pomposo ateísmo de colegio, y al mismo tiempo un alma candorosa e infantil, llena de ternuras y arrobamientos; idólatra de su madre, y enamorado de su novia”.⁵⁷

Bárbaro y periodístico (introdutor en la poesía mexicana, agregó yo, de neologismos y composiciones de palabras que molestaban a don Marcelino y poco después se volvieron del todo usuales), Acuña no tuvo tiempo de educarse, siendo por ello “modelo peligrosísimo” para la juventud. Destaca, obviamente, el “Nocturno” y “Ante un cadáver”, este último,

una de las más vigorosas inspiraciones con que puede honrarse la poesía castellana de nuestros tiempos. Acuña era tan poeta que hasta la doctrina más áspera y desolada podía convertirse para él en raudal de inmortales armonías. Sentía aquel género de embriaguez materialista que es el alma de la inspiración de Lucrecio y de la de Diderot en el *Sueño de D'Alembert*.⁵⁸

De Flores, le satisface decir a Menéndez Pelayo que no era incrédulo, pero resalta “la voluptuosa languidez, la enervadora molición”, rara en una poesía americana capaz de conservar su “castidad nativa” pues “rara vez se abate a tan vil tarea como la expresión del deleite sensual por el deleite mismo”, como sí ocurre, agrega, entre los poetas portugueses y brasileños.⁵⁹

Leyó mucho —demasiado— Flores a Musset, lo cual lleva a don Marcelino a hacer otra comparación salvaje, pues

lo que Alfred de Musset tiene de gran poeta no es la calentura sensual, sino la grandeza de la pasión, que le hace entrever los más

⁵⁷ *Ibid.*, p. 153.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 155.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 157.

hondos misterios del corazón humano, y levantarse a una esfera trascendental y casi religiosa, desde el estercolero de la orgía en que nos muestra sus llagas. Flores no tiene nada de esto, o tiene muy poco, y por eso es un poeta de segundo orden, un mero poeta erótico en la acepción menos noble del vocablo.⁶⁰

El capítulo mexicano de la *Antología* termina con una resignada admonición antimodernista:

Aunque estos dos poetas [Manuel Acuña y Manuel M. Flores, se entiende] sean de ayer, comienzan ya a pertenecer a la historia. Las cosas van tan de prisa en América, que la alentada y briosa generación literaria que vino a la escena después de la caída del Imperio, y que se había formado principalmente con la obra de Victor Hugo y demás corifeos del romanticismo francés, comienza ya a ser sustituida por un brillante grupo de poetas jóvenes, que traen ideales artísticos muy diversos, y en los cuales predomina el gusto de los *parnasianos* franceses y de algunos modernos poetas italianos. ¡Ojalá que tal tendencia, favorable siempre a la pulcritud y al esmero en la técnica, no degenera, como en Francia ha degenerado, en pueril diletantismo, y que al seguirla, los novísimos poetas americanos aciertan a conciliarla con los que de ellos exige la tradición poética española, y con el respeto a las primitivas fuentes de toda poesía!⁶¹

3. REACCIÓN DE LOS MEXICANOS

El recelo contra la *Antología de poetas hispanoamericanos* de Menéndez Pelayo no vino de los modernistas. Llegó, como suele ocurrir en literatura, del bando propio, o del que se suponía lo era, de la Academia Mexicana. Caso único en el libro, sobre México hubo don Marcelino de explicarse con una “Posdata” donde daba cuenta

⁶⁰ *Ibid.*, p. 159.

⁶¹ *Ibid.*, p. 161.

de sus vacaciones de verano en su solar de Santander, de donde, habiendo recibido el encargo de antologar los poemas de la América hispánica, regresó en septiembre de 1893, con la parte dedicada a México, Guatemala y Cuba, misma que redactó “valiéndome exclusivamente de mis propios libros y de los de algún amigo”, este último, muy probablemente, Valera. De regreso a Madrid, Menéndez Pelayo se encontró con una sorpresa. Con “exquisita cortesía” y también, yo agregaría, con exceso de celo, preocupadísima de que la antología marcelinesca no fuera a contrariar los gustos e intereses propios, la Academia Mexicana había impreso, para “mayor comodidad” de don Marcelino, con un tiraje de seis ejemplares, su propia antología. Obedecían y obsequiaban los mexicanos a la petición girada por la Real Academia a todas las academias americanas para que proveyesen a Menéndez Pelayo de materiales y consejos con el propósito de que hiciese una antología conmemorativa “consensuada”, como se diría hoy.

De 470 páginas, esta *Antología de poetas mexicanos* cuya primera edición personalizada, foliada a lápiz, había sido enviada a Madrid, se publicó tal cual en 1894, como versión alternativa y complementaria a la de Menéndez Pelayo. En su “Posdata”, don Marcelino le cuenta a sus lectores que la *Antología* mexicana incluye a poetas muertos y poetas vivos, estos últimos en número de cuarenta y seis, de los cuales la mayoría nos son familiares, aunque a algunos se les recuerda en las historias literarias más como dramaturgos, prosistas o narradores. Los vivos fueron, a saber: Altamirano, José Tomás de Cuéllar, Salvador Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera, Ipandro Acaico (seudónimo de monseñor Ignacio Montes de Oca, obispo de San Luis Potosí), José López Portillo y Rojas, Laura Méndez de Cuenca, Manuel José Othón, Joaquín Arcadio Pagaza, Porfirio Parra, José Peón Contreras, Juan de Dios Peza, Prieto, Manuel Puga y Acal, Vicente Riva Palacio, Justo Sierra, Francisco Sosa, Luis G. Urbina, Jesús E. Valenzuela y Rafael de Zayas Enríquez.

Tras felicitarse por la excelencia de algunos poetas mexicanos vivos, Menéndez Pelayo insiste en que lo suyo son los muertos y anuncia que “de la *Antología* mexicana he tomado, para añadirlos

a la mía, composiciones de dos poetas” cuya noticia de su muerte ignoraba. Se trata de Ramón Isaac Alcaraz (1823-1886) y de Juan Valle (1838-1869), vate ciego de tendencias liberales, a quienes la súbita inclusión marcelinesca de nada les sirvió en cuanto a la posteridad de sus empeños.⁶²

Acto seguido pasa don Marcelino a examinar sus diferencias con la selección mexicana. No están en la suya ni Hernán González de Eslava, ni la poetisa Isabel Prieto de Landázuri (excepción hecha de sor Juana, en el libro de Menéndez Pelayo no hay mujeres, mientras que en el impreso mexicano aparecen, siguiendo a la Décima Musa, otras tres) ni el gran Heredia por ser españoles de nacimiento los primeros y cubano el tercero. Defiende su creencia en “la inferioridad de su mérito lírico” en los casos de Wenceslao Alpuche, Calderón y Sánchez de Tagle. A un tal José de Jesús Díaz, ni siquiera lo había oído nombrar. Menciona la vida y obra de José Gómez de la Cortina, conde de la Cortina, destacando su labor como gramático y crítico. Habla también de Manuel Peredo y del políglota José Sebastián Segura, muerto en 1889, e incluye, de propina, un poema suyo titulado “Confianza en Dios”.

Ya convertida de *Antología* en *Historia*, en 1911, dirá de ella don Marcelino en el preámbulo:

Esta obra es, de todas las mías, la menos conocida en España, donde el estudio formal de las cosas de América interesa a muy poca gente, a pesar de las vanas apariencias de discursos teatrales y banquetes de confraternidad. En América ha sido más leída, y no siempre rectamente juzgada. Quien la examine con desapasionado criterio, reconocerá que fue escrita con celo de la verdad, con amor al arte, y sin ninguna preocupación contra los pueblos americanos, cuya prosperidad deseo casi tanto como la de mi patria, porque al fin son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos. No soy yo: es la Historia quien suscita a veces desagradables recuerdos.⁶³

⁶² *Ibid.*, p. 165.

⁶³ *Idem.*

Examinemos la *Antología de poetas mexicanos* recibida por don Marcelino en edición particular. Así podremos comparar, en contraste con la “Reseña” que hemos hecho de la antología marcelinesca, lo que la opinión que la Academia Mexicana y sus críticos tenían de la poesía nacional. El estudio preliminar era una “Reseña histórica de la poesía mexicana”, firmada por José María Vigil (1829-1909), bibliotecario, pionero en el estudio de la literatura indígena e historiador célebre (y malquerido por los conservadores) por haber escrito los tomos de *México a través de los siglos* (1889) dedicados a la Reforma, la Intervención y el Imperio, en los cuales cuenta en términos partidistas y hagiográficos la hazaña liberal de su propia generación.

En fin, Vigil (quien no había leído el capítulo mexicano de Menéndez Pelayo) comienza su reseña presumiendo que la poesía novohispana se escribía en tres lenguas: náhuatl o mexicana, castellana y latina, exageración que hoy llamaríamos “multiculturalista” pero que don Marcelino habría aprobado con cierta benevolencia. No está Vigil, debe decirse, entre quienes con Balbuena y otros pioneros del patriotismo criollo exageraban el número y la calidad de los versificadores novohispanos, y de cuya obra nos ha llegado muy poco. Vigil, lamentando la mediocridad intelectual de la Nueva España, dice que si Juan Ruiz de Alarcón no se hubiese ido a la Villa y corte, “habría malgastado su nombre en fruslerías insustanciales, y en unión de ellas su nombre habría alcanzado tal vez el mismo riguroso destino que la mayor parte de sus coterráneos”.⁶⁴

A Vigil le parece poco el legado del siglo xvi. Menciona, desde luego, a Cervantes de Salazar, a Terrazas, a Antonio Saavedra de Guzmán (*El peregrino indiano*, 1599), a Eugenio de Salazar y a pesar de no ser un antiespañolista extremo entre los liberales, desliza su lamento de que la Nueva España estaba sujeta no al esplendor, sino a la incuria de los poseedores de libros, a la polilla, a las inun-

⁶⁴ José María Vigil, “Reseña histórica de la poesía mexicana” en *Antología de poetas mexicanos* (1894), preámbulo de Francisco Monterde, 3ª ed. facsímil, México, Ediciones del Centenario de la Academia Mexicana, núm. 3, 1979, p. 5.

daciones, tal cual lo denunció García Icazbalceta, cuyo rescate monumental de la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* hizo mudar (y en mucho) la percepción negrísima que los liberales tenían de la Nueva España.

Enumera Vigil, sin mayor esfuerzo crítico, a Sigüenza y Góngora, a Luis de Sandoval y Zapata y a otros muchos poetas novohispanos, aprisa, con tal de llegar al fanal de sor Juana Inés, puerto de resguardo. Exalta a la heroína humanista, y aunque en algo comparte el desdén propio de Menéndez Pelayo (“algunas veces la monja de San Jerónimo pagó tributo al mal gusto que dominaba en su época”), Vigil la tiene, como todo mundo, por la única cima de la literatura mexicana. Desdeña el siglo XVIII por “el grado de decadencia a que había llegado la poesía española [...] una pésima influencia en la literatura mexicana, que bebía en las mismas fuentes que aquella”, y todo este preámbulo lo dedica Vigil a un dudoso elogio que a mí me parece la anatomía de una monstruosidad:

Hija de la poesía castellana, la mexicana desconoció esa época de ensayos y tanteos que caracterizan la infancia de las artes; nació adulta, por decirlo así, con las galas y madurez que la fuente de donde procedía había alcanzado en la corte de los monarcas españoles. Los géneros cultivados aquí correspondían en un todo a los modelos que de allá nos llegaban; nuestros ingenios se inspiraban en los mismos ideales, y sus producciones ofrecían idéntico aire de familia, como una de las ramas que se sustentan con la savia del mismo tronco.⁶⁵

Sin infancia, la literatura mexicana algo tendría entonces de monstruosa, artificial, convencionalmente adulta desde su nacimiento, de alguna manera, tarada. Ello contrasta con el entusiasmo idílico, garcilasiano, que Menéndez Pelayo encuentra en la primitiva Nueva España de los conquistadores, antes de la corrupción traída por los gongoristas. Reconoce Vigil, respaldándose en la autoridad de Pimentel, autor de esa primera historia crítica de la

⁶⁵ *Ibid.*, p. 7.

literatura mexicana que don Marcelino tenía en tan poca estima, que pese a que el Descubrimiento y la Conquista estimularon el color local mexicano, “las condiciones sociales en que vivían” los novohispanos, “el círculo estrechísimo en que giraba su inteligencia no debían dar otro resultado” que la mediocridad y la pedantería. Como liberal, no puede Vigil sino condenar a la colonia como un sistema uniforme que organizaba, mutilándola, la vida individual y colectiva. “Todas las ciencias vivían”, dice Vigil al retratar una sociedad sin vigor de pensamiento pues le faltaba la libertad de palabra, “en pacífico consorcio a la sombra de la Teología: el Estado y la Iglesia, ligados estrechamente, formaban un solo poder pronto a sofocar la relación unísona entre la ciencia y la creencia”.⁶⁶

Aquella situación oscura se mantenía gracias a la conspiración de la lejanía, al aislamiento, a los cuales se agregaban los aires de revolución estrellándose en “los muros de la Inquisición de Madrid”. Y los pobladores del virreinato, divididos en una sociedad en vías de formación, apenas si entrevieron el sentimiento religioso y el sentimiento patriótico, atemorizados por la frase de sor Juana, “Yo no quiero ruido con la Inquisición”. Para Vigil y para dos generaciones de escritores liberales, esa era la divisa que resumía la esencia de la colonia.

No era Vigil, como ninguno de los liberales, un aztequista y creía en el derecho de los criollos a convertirse en una “verdadera aristocracia” capaz de hacerse de la dirección del nuevo país. Ese mundo perdido, esa ausencia de antigüedad, privaba a la literatura mexicana de la naturalidad biológica de la infancia, la adolescencia y la juventud, gradaciones más o menos positivistas ausentes, por ejemplo, en la mirada de un Menéndez Pelayo:

La civilización superior planteada por la conquista, más que la fuerza material, había sellado definitivamente el ciclo precolombino: las creencias cristianas, si bien alteradas con los restos de añejas supersticiones, oponían obstáculo inseparable a una reacción ple-

⁶⁶ *Ibid.*, p. 31.

namente idolátrica, y el goce de ventajas antes desconocidas amortiguaba hasta cierto punto las penalidades de su nueva situación, y alejaba el deseo de restablecer antiguos cacicazgos en que los macehuales eran presa del más desenfrenado despotismo.⁶⁷

Si estaba agotado el ciclo precolombino, si era imposible alguna resurrección de los ídolos, si el siglo XVI no era una edad de oro, a Vigil no le quedaba sino exagerar la madurez cultural de la Nueva España en vísperas de la Independencia, beneficiada por la “renovación literaria” llegada desde España gracias al influjo de la generación de Meléndez Valdés y Jovellanos, prolongada en esta orilla por Martínez de Navarrete, Sánchez de Tagle, Ochoa y Acuña. Contradictorio, tan pronto como reconoce ese viento renovador, ese contagio ilustrado y su influjo de naturalidad y sencillez, se burla de los temas arcádicos. Y condena el mal gusto de la “primera manifestación de nuestra poesía patriótica”, la producida en la Nueva España tras la Invasión francesa de 1808 y por la cautividad de los Borbones que le siguió. Tras dar los nombres de aquellos versificadores de oportunidad que condenaron desde el obligado anonimato la empresa transpirenaica de Napoleón, dice Vigil que

entre todas aquellas composiciones no aparece una sola que merezca siquiera el calificativo de mediana: la hipérbole llevada hasta la extravagancia; la adulación en descomunales proporciones; el odio que caía en el ridículo a fuerza de exageración, y todo en un lenguaje prosaico, duro, rastrero a la vez altisonante y pedantesco, tal es, en conjunto, esa literatura de forzado *patrioterismo*, abortada al calor de estériles esfuerzos.⁶⁸

A Vigil no le gusta gran cosa el tardío siglo XVIII ni lo que de ello resulta, la poesía patriótica de la Independencia, pero por consideraciones políticas y cálculo historicista está obligado a respaldarla,

⁶⁷ *Ibid.*, p. 33.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 35

pruritos de los cuales quedaba libre Menéndez Pelayo. Pero uno y otro piensan lo mismo: sólo “la erección de México en Estado independiente” le daba a la musa patriótica “asunto digno en que inspirarse”. Así, los Quintana Roo, los Ortega, los Sánchez de Tagle saludan “con entusiasmo pindárico la nueva era de libertad que tantas dichas anunciaba”.⁶⁹

La Independencia, pese a todo, libera al gusto mexicano de la “uniformidad inalterable” de la colonia, lo cual es una mentira que Vigil difunde pues poco cambia tras 1821, salvo por la irrupción de los temas patrióticos, en la profesión neoclásica de todos los poetas mexicanos. Vigil dibuja, para los primeros años del México independiente, una literatura dividida —como ocurría en España y *grosso modo*, también en Francia— entre quienes se mantienen fieles a los clásicos, con la vista fija en “los modelos bíblicos y grecolatinos”, y los espontáneos (léase románticos, palabra cuyo uso Vigil pospone para el siguiente periodo) regidos por los modernos a la francesa, influidos (paradójicamente) por Shakespeare, Byron y Goethe. Los clásicos, dice Vigil, se refugian en un “templo gótico” y los románticos prestan oído al movimiento de los pueblos, sensibles a los “vientos de la contradicción”, a la vez escépticos, socializantes y pesimistas. No aclara Vigil lo dicho por Menéndez Pelayo: que en el México independiente, contrario a lo ocurrido con el romanticismo alemán o en la Francia anterior a Luis Felipe, los clásicos suelen ser conservadores y los románticos pasan por liberales, que era como debían ser las cosas, según propuso Stendhal en 1820.

El arrobamiento romántico y su “poesía enfermiza” se produce en México, según Vigil, como resultado del horror de las desgracias políticas, la anarquía imperante, del desencanto público. A “las hipérboles del romanticismo” ha sucedido la calma que, reflexiva y profunda, ilustraría a los escritores de los últimos años del XIX, los del Porfiriato, más apegados a la realidad pese a las “radicales denegaciones del filosofismo positivista”.⁷⁰

⁶⁹ *Ibid.*, p. 38

⁷⁰ *Ibid.*, p. 40.

Los nombres que ofrece Vigil en su reseña histórica son los mismos que barajaba paralelamente don Marcelino: tras los poetas patrióticos, Heredia, como primeros románticos Rodríguez Galván y Calderón con sus “atrevidas innovaciones dramáticas”, y luego, como contraste, el teatro de Gorostiza y más tarde el materialismo reformista de Ramírez junto con el sonado caso del suicida Acuña. Entre los tradicionalistas destaca a los inmutables Pesado y Carpio, y a algunos de sus amigos religiosos y académicos.

Entre los contemporáneos de Vigil apreciados por él (y que en este capítulo de poco nos sirven dado que estamos contrastando la visión de don Marcelino con la de los críticos mexicanos) están Prieto, el español Casimiro del Collado, Altamirano, José María Roa Bárcena, Vicente Riva Palacio, el obispo Montes de Oca, Luis Gonzaga Ortiz, Joaquín Arcadio Pagaza, José Peón y Contreras, Justo Sierra, Parra y Juan de Dios Peza. Con precaución, enumera Vigil (quien redacta su ensayo dirigido a los ojos de Menéndez Pelayo en 1891) a los modernistas y a quienes sin serlo de origen han acabado por acompañarlos en la nómina: Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, Luis G. Urbina y Gutiérrez Nájera.

La conclusión teórica de Vigil es tristonca como toda su reseña. Se adhiere a la tesis herderiana, vulgarizada por el romanticismo, de que la poesía “es el producto más natural y espontáneo en la vida de un pueblo”. Pero la Colonia, nacida en México de la Conquista, emasculó a los pobladores aborígenes con “una civilización impuesta y peregrina” de la cual sólo podían sacar provecho los criollos, quienes se nutrieron hasta donde pudieron de los restos de las lenguas indígenas, sin modificar el habla castellana. Aislado del mundo por su estrecha ligazón a España, México siguió de cerca el movimiento literario de la metrópoli, al grado que “los rasgos esenciales se han mantenido y nuestra literatura continúa obedeciendo a los cánones que la formularon en el siglo xvi”.⁷¹

Vigil, un liberal a la antigua que se batía contra el positivismo, propone lo siguiente:

⁷¹ *Ibid.*, p. 47.

no tenemos, pues, una poesía original en la acepción estricta de la palabra; pero la cuestión de nacionalidad debe considerarse desde un punto de vista más elevado. No es la comunidad de raza, de civilización, de costumbres y de lengua lo que confunde de tal suerte a los pueblos que acabe por identificarlos en una personalidad indivisible, sobre todo, cuando entre ellos median circunstancias que los diferencian naturalmente. Si México, lo mismo que las demás posesiones de España en América, llegó a constituir un Estado independiente, fue en tanto que poseía las condiciones necesarias para realizar una empresa de tal magnitud; es decir, que el hecho no fue más que la manifestación concreta de necesidades fácticas e ineludibles. Podemos, pues, establecer esta verdad enteramente clara y sencilla: México, sin desconocer la noble precedencia de su civilización, representa una nacionalidad perfecta, en cuanto que vive de su propia vida social y política. Siendo así, no es ya difícil fijar la verdadera connotación de la palabra *nacional*, en la cual se desenvuelven y subordinan los elementos étnicos y morales que informan a la sociedad presente, puesto que todo lo que pertenece a México es nacional, es mexicano, y por consiguiente, la poesía, nacida y desarrollada en su seno, puede y debe llevar aquella denominación.⁷²

El silogismo (o el intento mostrenco de silogismo) de Vigil, menuda manera de resolver el conflicto de precedencia entre nación y literatura, universalidad y particularismo, termina amparándose en que los ferrocarriles que se construyen en México no por haber sido inventados originalmente por los ingleses dejan de ser mexicanos. Y así la poesía. A Vigil le falla, sobre todo, la primera proposición: da por hecho que México es una nación. Creo comprender por qué se ahorra la explicación: no era fácil, a fines del XIX, ponerle edad a la nación mexicana. ¿Era vieja como el Imperio de los aztecas del cual se apropiaban los liberales más acérrimos o era joven e inexperta, recién nacida apenas con la Independencia, sietemesina y mal equipada para la vida, como la consideraban los conservadores?

⁷² *Idem.*

Poseemos, concluye Vigil, “una poesía propia, una historia literaria nacional, pobre si se quiere, pero harto comprensiva para el filósofo” pese a haber sido, en la Colonia, creyente, candorosa, “sumisa hasta los alambicamientos de la lisonja, ligera a veces hasta descender a la puerilidad” y pese a haberse desquiciado con el vértigo de las revoluciones.⁷³

Un poquito menos obsecuente resultará José María Roa Bárcena (1827-1908), un conservador al cual los liberales habían perdonado tras someterlo a dos años de prisión por haber estado entre quienes le fueron a ofrecer la corona de México a Maximiliano. El romántico Roa Bárcena encabezó la comisión académica que le preparó a Menéndez Pelayo la antología mexicana, la de los seis ejemplares. Tras toda esa historia de idas y venidas, se publicó, en las *Memorias de la Academia Mexicana*, la reseña crítica que en septiembre de 1893 hizo Roa Bárcena de la antología de don Marcelino, en lo que venía a ser la posición oficial y última de los académicos mexicanos.

Antes de examinar el comentario de Roa Bárcena, algo de chismografía literaria no hará mal para acabar de calibrar las relaciones de don Marcelino con la literatura mexicana, y para ello recurro a las conclusiones, amargas, de Alatorre, quien delató la servil hipocresía con la cual trataron el asunto nuestros académicos. Monseñor Montes de Oca, el obispo que firmaba sus poesías arcádicas como Ipanandro Acaico, contó, en su prólogo a las *Obras poéticas* (1913) de Roa Bárcena, el dolor del susodicho al ver que don Marcelino no sólo violó el acuerdo de las academias sobre la presencia de poetas vivos en la *Antología de poetas hispanoamericanos*, sino fingió no haber recibido el libro que para él prepararon expresamente los mexicanos, llegado el ejemplar a Madrid en febrero o marzo de 1892, seis meses antes de que Menéndez Pelayo se retirara a trabajar en Santander.⁷⁴

⁷³ *Ibid.*, pp. 48-49.

⁷⁴ Antonio Alatorre, “Menéndez Pelayo y los poetas mexicanos: una escaramuza crítica” (1959), en *Ensayos sobre crítica literaria*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993 y 2001, pp. 151-159.

Muertos ya don Marcelino y Roa Bárcena, el deslenguado fraile agustino Manuel F. Miguélez le contó su versión al preguntón obispo de San Luis Potosí: que harto de “la falta de verdadera inspiración y la sobra de antiespañolismo de muchísimos poetas mexicanos”, el crítico habría preferido ignorar el envío desde México, contaminado lo mismo de jactancia provinciana y de liberalismo oficial. El agustino Miguélez sugiere que don Marcelino, quien conocía “de sobra” la poesía mexicana, detestaba el ignaro entusiasmo que los “escritores de América” despertaban en el Ateneo de Madrid (dominado por Unamuno y sus amigos), cebados por la utilidad política acarreada por los festejos del IV Centenario. Miguélez, dice Alatorre, sostenía crudamente lo que Menéndez Pelayo dijo con seca cortesía a lo largo de su *Antología de poetas hispanoamericanos*: que los mexicanos se engañaban creyendo que su literatura requería de sabiduría arcana para ser descifrada. Y también es Alatorre quien se pregunta si los argentinos, cuya poesía admiraba don Marcelino y cuya academia había dado muestras de independencia o beligerancia, habrán sido tan obsequiosos con la Real Academia como lo fueron, tan fallidamente, los mexicanos.

Alatorre concluye citando una carta que da cierta veracidad a los dichos de Miguélez, escrita por don Marcelino a Juan Estelrich en 1907, en la cual se quejaba de los “ridículos” congresos iberoamericanistas, “refugio de todos los cursis de Madrid y de los pájaros tropicales que por aquí se descuelgan”.⁷⁵ Es decir: a Menéndez Pelayo, protagonista del tardío afán hispanoamericanista de la monarquía española en 1892, no lo cegaba la encomienda oficial y se aferraba a su convicción de que aquella poesía mexicana en la medida de lo posible vindicada en su *Antología de poetas hispanoamericanos*, no merecía tanto celo de parte de sus académicos. Y los “pájaros tropicales” descolgados por Madrid ya eran, en 1907, Rubén Darío y sus modernistas, quienes habrían de tomarse la revancha.

En 1893, cuando Roa Bárcena reseñó la *Antología marcelinesca* él mismo ya conocía lo esencial del caso: los límites de la generosi-

⁷⁵ *Ibid.*, pp. 158-159.

dad crítica del polígrafo santaderino, dispuesto a reconstruir la poesía mexicana sin recurrir a los autores vivos que con indudable interés habían aspirado a ser tomados en cuenta. Roa Bárcena tragó aceite y disertó sobre lo bueno y lo malo de dejar fuera de una antología a los autores vivos. Tras hablar de la Biblia y de Homero, el literato mexicano confiesa desolado:

No hemos podido figurarnos ni por un momento, que México ofreciera el rarísimo espectáculo de un poeta de primer orden. Si en tan sublime compañía quizá sólo figuran en lo moderno en Europa lord Byron, Goethe, Schiller, Victor Hugo, Manzoni y Leopardi, en España, destacan sólo Quintana, Gallego y Núñez de Arce y en México, tras Sor Juana, Navarrete y Pesado.⁷⁶

No contento con enlistar a Martínez de Navarrete y a Pesado en calidad de pajes de sor Juana, Roa Bárcena no respinga: sus compatriotas están lejos de ser inferiores a quienes Menéndez Pelayo tenía por príncipes de la poesía hispanoamericana. “Silva a la agricultura de la zona tórrida”, “La victoria de Junín” y el apóstrofe a la “Oda al Niágara”, del cubano, son piezas de primer orden, reconoce Roa Bárcena, no obstante sus defectos, que sor Juana, dice, también los tiene. Algunos de los “Ratos tristes”, del fraile Navarrete, lo mismo que el Pesado bíblico y paisajístico, le parecen, al defensor de la causa mexicana, que “compensan e igualan, si no superan, el mérito reconocido a Bello, Olmedo y Heredia”.⁷⁷

Pertrechado en una nota a pie de página, Roa Bárcena se desquita: hizo mal Menéndez Pelayo en antologar “La Divina Providencia” de Martínez de Navarrete pues es mejor “El alma privada de la gloria”. El famoso poema de Bello le parece poco original, además de larguísimo y dependiente hasta el plagio de Virgilio y Horacio lo mismo que de algunos poetas castellanos. Y el canto dedicado

⁷⁶ José María Roa Bárcena, “Antología de poesías de México”. en *Memorias de la Academia Mexicana*, IV, México, 1895-1899, pp. 385-405.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 395.

por Heredia al Niágara, “que los profesores de retórica ofrecían a nuestra juventud de hace cincuenta años como obra perfecta y admirable” no excitó el entusiasmo de Roa Bárcena, ni entonces ni ahora, resultándole su factura poética “desaliñada y defectuosa”.⁷⁸

En cuanto a la intención de demeritar al ecuatoriano Olmedo, el crítico mexicano propone la “Oda a la Patria”, cantada por Manuel María Flores con motivo de la victoria sobre los franceses del 5 de mayo de 1862 en Puebla, “incluida en la colección que remitimos a España”, ignorada, obviamente, por Menéndez Pelayo. La oda de Flores, dicho sea de paso, es lamentable y tanto más lo es que ése fuera el gran punto crítico de Roa Bárcena para apoyarse contra don Marcelino y su antología. En cuanto a Calderón, respalda Roa Bárcena el desdén marcelinesco y le propone, tras lamentar que peque de gongorista, a Agustín F. Cuenca. De Acuña hubiera preferido algo del género jocosero en vez de las antipáticas declaraciones materialistas del suicida. Defiende el uso que Carpio hacía del epíteto *redonda*, pues “si aplicado a la tierra puede ser vacuo, aplicado a la luna puede significar que está llena”.⁷⁹ Sin comentarios.

Eso fue todo lo que pudo decir la Academia Mexicana de la *Antología de poetas hispanoamericanos*, de Menéndez Pelayo, apenas algo más que una queja contrariada por la mansedumbre. Más triste aún resultaba el haber confiado la defensa de la poesía mexicana a quien en apariencia no estaba en mejores condiciones de hacerla, Roa Bárcena, sólo porque se había carteadado con Menéndez Pelayo en 1889-1890. El crítico español, en carta al otro de sus correspondientes mexicanos, el obispo Montes de Oca, había exaltado la traducción que Roa Bárcena hiciera de *Mazeppa*, de lord Byron. Para cerrar el lamentable expediente tenemos a Francisco Monterde, en su opúsculo de 1958, felicitándose de lo “comediada” que fue la defensa hecha por Roa Bárcena de la poesía mexicana del siglo XIX.⁸⁰

⁷⁸ *Ibid.*, p. 396.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 405.

⁸⁰ Monterde, *La literatura mexicana en la obra de Menéndez Pelayo*, op. cit., p. 29.

En ésas estábamos en 1893. Menéndez Pelayo le dedica la primera parte de su *Antología* hispanoamericana, como debe de ser, a la poesía de México; lo hace ejerciendo una lectura de conjunto que había estado ausente en toda la crítica anterior, pero sin permitirse concesiones a la vanidad de los académicos mexicanos. Lo hace, y no pudo haber sido de otra manera, desde la perspectiva histórica de su clasicismo imperial. Pero en ese fin de siglo, un Menéndez Pelayo trabaja, él mismo, desde una múltiple posición de inferioridad. Casi nadie en Europa le hubiera concedido entonces rango de gran crítico europeo a don Marcelino, pues ni los propios españoles tenían motivos para pregonar su literatura, ni mucho menos la hispanoamericana, más allá de la obcecación en su tradicionalismo. Antes de esa crisis de 1898 que acabaría por ser el acicate de un renacimiento intelectual que a Menéndez Pelayo ya no le tocaría protagonizar, la condescendencia con la que los críticos españoles miraban hacia Hispanoamérica se reflejaba en el ya viejo desprecio con que los europeos veían a España y se repetía, degradado, en el probado autodesprecio con que los mexicanos juzgaban su literatura, del cual las reseñas de Vigil y Roa Bárcena son muestras contundentes.

La respuesta más enérgica contra Menéndez Pelayo y su antología vino casi veinte años después mediante una de las conferencias del joven Reyes en el Ateneo de la Juventud, en 1911. Conferencia que, en los hechos, no tuvo lugar: programada para el 25 de marzo, se suspendió por falta de quórum pues los ateneístas andaban preocupados y distraídos con las crisis ministeriales que precedieron a la caída de Porfirio Díaz. Lo digo para subrayar que con Menéndez Pelayo y su *Antología* también terminaba una época mexicana.⁸¹

Titulada “El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX”, aquella conferencia resultó ser uno de los ensayos críticos menos complacientes que Reyes escribió y uno se pregunta qué clase de crítico

⁸¹ Pedro Henríquez Ureña, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 182.

hubiera resultado ser de no haber desechado, tras la tragedia de 1913 cuando perdió la vida el general Bernardo Reyes, su padre, ese tono polémico y hasta sarcástico. Tan es así que, una vez convertido en don Alfonso, Reyes no cumplió la oferta de continuar hasta el presente su crítica paisajística, tal cual lo lamentó en 1950.⁸²

Más que el paisaje mexicano, lo que a Reyes le importa es otro paisaje, el dibujado por don Marcelino, al cual, tras reconocerle su señorío y agradecerle que mirase hacia América, lo zarandea por sus elogios, sobre todo, de Pesado y Carpio. Ofendido por el comentario marcelinesco de que el primero habría sido preterido por ser conservador, Reyes le aclara al gran crítico que de las opiniones políticas de Pesado ya nadie se acuerda. “Más fáciles, menos tenebrosos, por fortuna, son los motivos que deciden del olvido de los poetas” y tras darlos, Reyes se pregunta, “¿cómo podrá pretender el venerable pontífice de las letras españolas que la patria toda acuda a recoger el don efímero de las poesías mediocres en los fríos labios de un cadáver?” Pesado también le parece *pesado* como a don Marcelino y peor aún, baldado por esos “honrados plagios” que el santanderino le festeja, el representante mexicano de “ese clasicismo de impostura, inventado para auxilio de las academias claudicantes, en los momentos justamente en que comenzamos a entender la vieja literatura española como algo más profundo y más libre que sus estrechas imitaciones contemporáneas!” Y el “inarmonioso y pedestre” Carpio, quien le hace pareja a Pesado como dióscuro en aquel firmamento “descolorido y prosaico”, fue un torpe aficionado que tomó del más alto de los ejemplos, la Biblia, lo poco bueno que alcanzó a componer, según dijo Reyes en un juicio matizado más tarde.⁸³

La *Antología* de Menéndez Pelayo fue una osada empresa de restitución, un sueño imperial —prolongar la latinidad en la hispanidad— que escritores como el propio Reyes continuarían, arropa-

⁸² Alfonso Reyes, “El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX” (1911), en *Obras completas*, I, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, pp. 193-245.

⁸³ *Ibid.*, pp. 220-221.

dos en otra retórica y en otra política, pocos años después. Antes de desarmar la bomba de tiempo modernista que acabaría por dejar en ruinas a la *Antología de poetas hispanoamericanos*, deben reconocerse sus enormes virtudes, antes de descalificarla —lo cual se hizo y se hace— como la obra reaccionaria y conservadora de un erudito deseoso de renovar la dominación de España sobre sus ex colonias, manteniendo intacta, además, la subordinación de la literatura hispanoamericana a la metrópoli.

El tantas veces maldecido Menéndez Pelayo, ni siquiera justificado del todo por su muerte precoz en 1912, se negó a abordar el tren del siglo xx, dejando desvencijada no sólo a su propia *Antología de poetas hispanoamericanos*, sino a buena parte de nuestra literatura decimonónica, muerta en la raya del modernismo. Su gusto clasicista lo perdió. Y puede reprochársele, además, el no haber tenido otro, pues ha habido críticos dotados, como si fueran los cinco sentidos, de varios gustos. No fue su caso.

Esta obra mayor, a la cual se le escamotea su precedencia al hacer de la literatura del Descubrimiento y de la Conquista un sustrato idílico muy semejante a “lo real maravilloso” fincado mucho después, fue un primer corte de caja ante el cual los viejos críticos mexicanos y la academia que los representaba oficialmente, no estaban en condiciones de reaccionar. Los modernistas, suspicaces y cortesés, la dejaron pasar: los tiempos nuevos eran los suyos y el librote de don Marcelino, les cubría la espalda. Tan es así que la verdadera respuesta contra el clasicismo de la *Antología de poetas hispanoamericanos* quedó postergada para la siguiente generación y le tocó hacerla a Reyes, quien entendía la esencia del espíritu modernista sin ser un sicofante de su poesía.

La respuesta más articulada, de las motivadas por la *Antología de poetas hispanoamericanos*, había sido el silogismo de Vigil: la poesía hecha en México es, en virtud de ello, mexicana. Arrastraba Vigil una culpa fantasma que atravesará toda la angustiada reflexión nacionalista sobre la literatura mexicana (o cualquier otra de orígenes semejantes). Se trata de la idea genética de que la lengua española, por no ser natural del territorio, es “un instrumento prestado” sólo

nacionalizable mediante un silogismo y asunto del todo irresoluble dado que nunca nadie se propuso seriamente, en México, recurrir a alguna de las lenguas indígenas para sintonizar la lengua con la nación y el territorio, como lo querían varias doctrinas románticas. Algunos argentinos, se recordará, confiaron (o se temieron, según el caso) en que la inmigración masiva, durante el tránsito entre el xix y el xx, crearía un idioma nacional argentino, ilusión ajena a la condición de la Nueva España, como hija primogénita de la Hispanidad, condición imperial que era una obviedad para un Menéndez Pelayo. Fuera de la ruta de las grandes migraciones europeas finiseculares, ajeno a una “hispanización” del sur de los Estados Unidos que sólo comenzará tras la Revolución de 1910, terco en su indianismo, en su españolidad indígena, ése era el México atisbado por un conservador peninsular como don Marcelino, país no muy distinto al que conoció, como residente, medio siglo atrás, un liberal español como Zorrilla. Para ellos —como también para muchos de los propios mexicanos— había algo milagroso en la sobrevivencia de México, capaz de soportar la separación de España, la pérdida de la mitad de su territorio a manos de los voraces vecinos protestantes del norte en 1847 y resistir con fortuna la Intervención francesa entre 1863 y 1867.

No me parecía apropiado iniciar una historia de la literatura mexicana sin hablar de cómo veía la crítica internacional, desde el privilegiado mirador de un gran crítico europeo como Menéndez Pelayo, a esa parte nuclear de una literatura que es su poesía. Visto en el espejo, más imperial que universal, qué duda cabe, de la *Antología de poetas hispanoamericanos* de don Marcelino, aparecía, de cuerpo entero, nuestra deformidad, un aspecto monstruoso que los escritores mexicanos fueron los primeros en notar, ocultándolo o presumiéndolo, para exorcizarlo. Sólo así podemos empezar, si es que no se han fatigado, desde el principio.

PRIMERA PARTE
INGENUOS Y SENTIMENTALES
1805-1827

Habiendo tomado únicamente medio litro de vino de mesa, me había comportado hasta entonces con moderación. Los señores, en cambio, se hicieron traer otro mejor que no dejaron de ofrecerme también a mí. Después de haber tratado de numerosos asuntos del día, la conversación derivó hacia temas más generales y se planteó esta pregunta que nunca dejará de repetirse mientras haya escritores en el mundo: si la literatura está en ascenso o en descenso, si avanza o retrocede. Esta cuestión, en cuya respuesta pocas veces coinciden viejos y jóvenes, principiantes y retirados, se debatió animadamente, aunque sin que prevaleciera necesariamente la intención de alcanzar un acuerdo.

A mí me parece que las literaturas tienen estaciones que se alternan entre sí, como la naturaleza, que desatan ciertos fenómenos y se suceden una tras otra. Por eso no creo que se pueda elogiar o censurar en términos generales toda una época literaria. Me desagrada especialmente que la gente ensalce y alabe ciertos talentos que surgen al hilo del tiempo en que viven, mientras vilipendia y oprime otros. A la garganta del ruiseñor la estimula la primavera pero también al gazarate del cuco. A las mariposas que tanto complacen a la vista y a los mosquitos, que tanto disgustan a la sensibilidad, los invocan idénticos calores estivales. Si realmente asimiláramos esto, no tendríamos que escuchar una y otra vez las mismas quejas cada diez años, y no desperdiciaríamos tan a menudo el vano esfuerzo que nos cuesta aniquilar alguna que otra cosa que nos desagrada.

GOETHE, *Poesía y verdad*, XII (1811-1833)

I

LA ARCADIA DE MÉXICO

No puede razonablemente suponerse que unos hombres tan sensibles como los antiguos, hubiesen carecido de ojos para contemplar la naturaleza y de talento para pintarla, si no los hubiera cegado alguna causa poderosa. Pues bien; esta causa era la mitología que poblaba el universo de elegantes fantasmas, despojaba a la creación de su gravedad, de su grandeza y de su soledad. Fue preciso que el cristianismo viniese a expulsar ese pueblo de faunos, de sátiros y de ninfas, para devolver a las grutas su silencio y su magia a los bosques.

CHATEAUBRIAND, *El genio del cristianismo* (1802)

1. LA BATALLA CONTRA LOS “CLASIQUINOS”

Las no muy numerosas historias de la literatura mexicana suelen comenzar con el año de 1805 y ésta no será la excepción. En aquel año, el 1 de octubre, nació el *Diario de México*, el primero del país, cuya edición se prolongaría hasta el 4 de noviembre de 1817. Ese periódico no sólo antecedió al levantamiento de 1810, considerado como el inicio de la Independencia, también atravesó buena parte de la guerra y reflejó, así fuese con opacidad debido a la censura previa (ejercida, a veces, por los virreyes en persona), los escasos alcances y las frustrantes consecuencias de la breve libertad de prensa decretada en 1812.

El *Diario de México* se componía con tipos móviles de metal que iban siendo formados por los cajistas letra por letra, palabra por palabra, línea por línea, página por página en prensas de madera,

siguiendo un procedimiento no muy distinto al usado a partir de 1539 por la primera imprenta de la Nueva España, la de Juan Pablos. El *Diario de México* causó gran expectación al aparecer y llegó a tener 685 suscriptores en 1805, cifra que se fue desplomando hasta tener sólo cuarenta y ocho abonados en 1810. Por cada ejemplar deben calcularse unos cinco lectores o escuchas de la lectura pública en cafés, tertulias y fondas, dado que las ciudades novohispanas eran abrumadoramente analfabetas en comparación con las principales ciudades europeas o las colonias que habían constituido no hacía mucho los Estados Unidos. Tiró el *Diario de México*, en sus mejores años, que fueron los tres primeros, según todos sus estudiosos, unos ochocientos ejemplares diarios, cantidad disminuida a trescientos al final de su trayectoria.¹

Fue iniciativa y obra, el *Diario de México*, de Jacobo de Villaurrutia (1757-1833), natural de Santo Domingo, de Juan Wenceslao Sánchez de la Barquera (1779-1840) y de Carlos María de Bustamante, todos independentistas y este último discursero e ideólogo del caudillo José María Morelos, autor del *Cuadro histórico de la revolución de la América mexicana* (cuya publicación se inició en 1823) y mago inventor del nacionalismo mexicano. Todo el primer medio siglo en la historia de la literatura nacional podría llamarse la Era de Bustamante. Y en el *Diario de México*, lo que es más importante, prohibió Bustamante una verdadera escuela de poetas, todavía novohispanos, que traían a México, con cierto retraso pero

¹ La bibliografía sobre Martínez de Navarrete, la Arcadia y el *Diario de México* ha crecido mucho en pocos años y de toda ella me he servido. Destacan los trabajos de Esther Martínez Luna, *Estudio e índice onomástico del Diario de México. Primera época (1805-1812)* (2002); *Fray Manuel Martínez de Navarrete. Ediciones, lecturas, lectores* (2004); *Bicentenario del Diario de México. Los albores de la cultura letrada, 1805-2005* (2009) y *El debate literario en el Diario de México (1805-1812)* (2011), publicados por el Instituto de Investigaciones Filológicas y el Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México. Rosalba Cruz Soto, "Panorama histórico del *Diario de México*: un periódico en busca de la modernidad", en Martínez Luna (ed.), *Bicentenario del Diario de México, op. cit.*, pp. 259-306.

con inusual entusiasmo, una atractiva forma de literatura neoclásica del orden pastoril, bucólica y arcádica.²

Así que la literatura mexicana, según la mayoría de los historiadores, nació antes que el país bautizado como México y nació hecha, para bien y para mal, con esa escuela a la vez académica y periodística que fue, según acabaré por concluir, un movimiento caracterizado por la innovación retrógrada, el concepto propuesto por Villemain en 1840. Había, desde luego, diferencias entre los fundadores. Significativamente, Jacobo de Villaurrutia apostaba por introducir en el periódico la reforma fonética y ortográfica que más tarde impondría Andrés Bello en Chile, a lo que se opusieron un Bustamante siempre más conservador y con él, un virrey muy preocupado por todo lo que se publicaba en el *Diario de México*.³

Los poetas de la Arcadia de México, como se llamó esa sociedad a imitación de sus antecesoras en Italia y en la Península Ibérica, acicateados por fray Manuel Martínez de Navarrete hicieron del *Diario de México* un periódico, en buena medida, literario durante toda su primera época, terminada en 1812. La Arcadia y su periódico establecieron una conexión del todo nueva con un público lector que alimentaba la publicación con cartas, noticias y poemas recibidos en buzones colocados con ese propósito en los estancos de tabaco de la Ciudad de México. Los puntos de venta del *Diario de México* eran, a la vez, oficinas móviles de su redacción. La peligrosidad política de semejante sistema acarrió, muy pronto, la suspicacia de las autoridades y fue prohibido.⁴

² Aunque los conceptos pastoral, bucólico y arcádico aparecen juntos y combinados en la inmensa literatura dedicada al tema, procuraré llamar “pastoril” al género en su sentido más amplio, usando “bucólico” cuando proviene de manera evidente del griego Teócrito y “arcádico” a lo heredado visiblemente del romano Virgilio y de sus *Bucólicas*. Los poetas pastoriles solían escribir anacreónticas (derivadas de Anacreonte) e idilios o églogas.

³ Carlos María de Bustamante, “Hay tiempos de hablar y tiempos de callar” (1833), en Andrés Henestrosa, *Carlos María de Bustamante*, México, Senado de la República, 1996.

⁴ Martínez Luna, *El debate literario en el Diario de México (1805-1812)*, op. cit., p. 21.

Este inicio brillante, a plena luz del día y encarnado en lo entonces moderno, de nuestra poesía, provocó escaso orgullo entre los románticos mexicanos y sólo alguna consideración entre los historiadores extranjeros. A lo largo de los siglos XIX y XX se nos ha hecho creer, dicho sea sin eufemismos ni cortesías, que la poesía mexicana nació medio muerta, obra de imitadores sin talento, autores capaces de ser tiernos y melancólicos o de firmar sátiras “nauseabundas, tabernarias y asquerosas”, como lo afirmaron Guillermo Prieto y José Tomás de Cuéllar.⁵ Se les tenía por parientes pobres e ignaros cuya menesterosa vida se les disculpaba sólo cuando en casos como los de Francisco Sánchez de Tagle o Anastasio de Ochoa y Acuña, abonaron a su debatido talento lírico algún mérito cívico mayor como cantores y simpatizantes de la Independencia. Sólo Manuel Payno, en su llorona presentación del romanticismo en México en agosto de 1842, prologando las poesías del zacatecano Fernando Calderón, se apiada del “candor insustancial” del fraile Navarrete y reconoce que se convertía en un verdadero poeta cuando lo tocaba la religión o “el amor ardiente”.⁶

El dramaturgo y crítico español José Zorilla (1817-1893), residente en México entre 1854 y 1866, en *México y los mexicanos* (1855) dejó un resumen de lo que los románticos pensaban de Martínez de Navarrete y compañía, a los cuales condenaban en su totalidad como “neoclásicos”, utilizando con pocos escrúpulos esa etiqueta que, sin embargo, es la menos inapropiada, pese a que hoy sabemos que el siglo XVIII combinó, entre varios ingredientes, al roció con el prerromanticismo.

Ese repudio de los románticos contra los neoclásicos quedó bien resumido en una brevísima sátira de José de Espronceda (1808-1842), “El pastor clasiquino” (1835), en la cual el pastor Clasiqui-

⁵ Martínez Luna, *Fray Manuel Martínez de Navarrete*, *op. cit.*, p. 65.

⁶ Manuel Payno, prólogo a Fernando Calderón, *Obras poéticas* (Parnaso Mexicano, 1844), edición facsimilar, presentación y apéndices de Fernando Tola de Habich, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, p. VII, Col. Ida y Regreso al Siglo XIX.

no no es otra cosa que un empleaducho madrileño de la Real Hacienda, enamorado de su ama de llaves, a la cual tiene por una Clori, el diminutivo pastoril por excelencia que remitía a la diosa griega de las flores. A ella le escribe égoglas justificadas por Aristóteles y copiadas de Juan Meléndez Valdés, estropicio causado por la idea, ridiculizada por Espronceda, de que a los “clasiquinos” les parecía muy grato hermostear a la naturaleza mientras pastoreaban sus manadas de borregos. En el trazo de Espronceda el único borrego era, simplemente, el poeta.⁷

A la hora, que siempre llega teñida de misericordia, de perdonarle la vida a Martínez de Navarrete, Zorrilla parafrasea, como lo notó Menéndez Pelayo, a Quintana con aquello de que los crímenes, en este caso estéticos, pertenecen a la permisividad de la época y no a los pobres poetas que los perpetran. “Sólo los genios”, dice Zorrilla en una joya del criterio historicista, “destinados por Dios a regenerar sus siglos” pueden escapar de la servidumbre ante esa época y ello no fue el caso de Martínez de Navarrete, quien creía, con Boileau, “que Dios, la Virgen y los santos y los ángeles del cielo cristiano no podían ser jamás tan poéticos como Júpiter, Venus y las demás creaciones del mundo pagano”. Esa creencia orilló a Martínez de Navarrete a incurrir en “mil aberraciones casi heréticas [...] que hoy nos parecen ridículas porque las hemos visto a la luz de la razón y de la lógica, pero que en el gusto de la época de Navarrete autorizaba y embellecía, y sobre cuyas aberraciones pasaban los teólogos, porque los de entonces en general ni entendían ni se curaban de poesía ni de bellas artes”.⁸

Como buen romántico, Zorrilla, el autor de *Don Juan Tenorio*, considera superior su interpretación del cristianismo a la de los neoclásicos y hace la campaña de su generación contra la anterior. Pese

⁷ José Zorrilla, *México y los mexicanos*, edición de Pablo Mora, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000, p. 46. Lo que se conoce con ese título es el capítulo mexicano de *La flor de los recuerdos*, México, Imprenta del Correo de España, 1855.

⁸ *Idem.*

a no haber podido “romper las trabas del mal gusto de su tiempo”, Zorrilla reconoce al fraile Navarrete como un buen versificador y hasta como un “poeta filosóficamente profundo”.⁹

La reseña de José María Heredia, quien en la primera gran revista literaria del México independiente, la *Miscelánea*, aparecida en Tlalpan y luego en Toluca, donde habló de “la celebridad bien merecida” de Martínez de Navarrete resultó ser un regalo envenenado, pues empieza dándole su lugar para rematar su nota de mayo de 1832 diciendo que el fraile no destacó en ninguno de los muchos géneros en los cuales probó su lira. Heredia subrayó lo que ya era un lugar común: la ternura de ese vate sin mundo quien para los mexicanos, al gloriarse de él, sólo reconocían

la primacía de antigüedad entre los poetas pertenecientes a la nueva, a la grande era de la independencia: carácter poético perfectamente adaptado al *Virginibus puerisque* del epígrafe: todo reclama este obsequio a favor del tierno, del candoroso, del delicado Navarrete, cuyos versos son en realidad traviosos e inocentes, como los juegos de los niños, y púdicos y halagüeños, como la hermosura de las vírgenes.¹⁰

Los elogios a medias de Heredia no pasaron inadvertidos porque, pese a ser de origen cubano su autor, era el primer crítico conocedor de la literatura moderna que se escribía en México y el desprecio de los románticos mexicanos por Martínez de Navarrete, que después serían ridiculizados de manera semejante, continuaría. El historiador Manuel Orozco y Berra sostendrá más o menos lo mismo que Zorrilla en su *Diccionario universal de historia y geografía* (1855), insistiendo en un cargo, que Menéndez Pelayo repetirá, muy severo, junto con Francisco Pimentel en su *Historia crítica*

⁹ *Ibid.*, p. 47.

¹⁰ José María Heredia, *Miscelánea. Periódico crítico y literario*, edición, estudio preliminar, notas e índice analítico de Alejandro González Acosta, con la colaboración de Margarita Báez Jiménez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, p. 436.

de la literatura y las ciencias en México: la sinéresis. Por su ignorancia de la prosodia oficial castellana, Martínez de Navarrete, decían, pecaba gravemente contra ésta “al no hacer la debida separación de la ocurrencia de las vocales como otras tantas sílabas distintas”, lo cual se debía a una tara lingüística propia, según decían, del español aindiado de los mexicanos y otros hispanoamericanos. Llegó el día en que el pecado de sinéresis, por lo demás de origen andaluz, recibió el perdón de la academia.

Ese párrafo contra la impericia de Martínez de Navarrete como versificador no es ni de Pimentel ni de Orozco y Berra, sino de un remoto “escritor extranjero”, como califica a Heredia, sin dar su nombre, Francisco Sosa en sus *Biografías de mexicanos distinguidos* (1884). En su *América poética* (1846-1847), impresa por *El Mercurio de Valparaíso* y primera de las antologías poéticas del continente, publicada en fascículos a lo largo de cuarenta y tres entregas, el polígrafo, crítico y letrado argentino Juan María Gutiérrez antologará generoso una veintena de las poesías de esa “alma noble”, como llama al guardián del convento de Tlalpujahua. En México la *América poética* la reseñó Prieto. Pero es Menéndez Pelayo quien atribuye al “exaltado americanismo” de Gutiérrez “la desafortada hipérbole” de comparar a Martínez de Navarrete con fray Luis de León, y llama a no profanar “los nombres de los grandes poetas en obsequio de las medianías estimables”.¹¹

Heredia no incurre en la contradicción habitual de la crítica romántica al perorar contra los “clasiquinos”: se les reprochaba el neoclasicismo, anticuado y burdo, de sus ideas al tiempo que se les exigía que respetasen la preceptiva neoclásica que los románticos se jactan de aborrecer. Y era mentira lo dicho por Zorrilla que la gente del *Diario de México* fuese ignorante de la preceptiva: eran duchos en las *Lecciones sobre la retórica y las bellas artes* (1783) de Hugh Blair, obra más recreada y traicionada que traducida, por José Luis Munárriz, en 1798, lo mismo que en otros tratadistas franceses y

¹¹ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, I, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948, p. 98.

españoles, como lo prueba Esther Martínez Luna, cuyo rico expediente sobre Martínez de Navarrete y su generación, *sigo*.¹²

Las cosas más horribles sobre Martínez de Navarrete las había dicho un poco antes el joven Prieto en un artículo aparecido en *El museo mexicano* en 1844, donde reprocha a los árcades no haber hecho lo que él y su generación acabarían por hacer, bien y mal: la fundación de una “literatura nacional”. En ese mismo año, inaugurando el Ateneo Mexicano, se quejaba José María Lafragua de que antes de 1821 nuestra literatura no tenía carácter porque la sociedad misma no lo tenía.¹³

Ese raquitismo lo denunciaba Prieto:

La Arcadia mexicana era una tertulia de amantes de la literatura; pero les sucedió lo que más tarde aconteció en política: muchos nombramientos de mayores y pastores, mutuas alabanzas propagadas por la imprenta, y en sustancia serviles imitaciones de la corrompida literatura española [...] ¿Ignoraban estos hombres eminentes que ellos pudieron y debieron haber sido los legisladores del idioma, los restauradores del buen gusto, los padres de la poesía mexicana?¹⁴

Más allá de exigirle a los árcades las peras del olmo, es decir, que pensarán como románticos, Prieto, con tino, se imaginaba que la “semibarbarie azteca”, omitida del todo por los árcades en su elogio del terruño, le habría interesado mucho a Macpherson o a Chateau-

¹² Martínez Luna, *El debate literario en el Diario de México*, *op. cit.*, pp. 52-53.

¹³ José María Lafragua, “Carácter y objeto de la literatura”, en Jorge Ruedas de la Serna (ed.), *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, p. 75.

¹⁴ Guillermo Prieto, “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana” (1844), en *La patria como oficio. Una antología general*, edición de Vicente Quirarte, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación para las Letras Mexicanas–Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, p. 356.

briand. Y sin dar su nombre, Prieto caricaturizaba al fraile como “un Batilo de calzón corto y peluca, escribiendo en la arena requiebros; un Menalcas que andaba a salto de mata por una Cloris incivil y desdenosa; las flores naciendo donde pisaban Filis y Clorila; y los cánticos a los lunarillos, a los falderos, a las palomas, a los polluelos, ésta era aquella candorosa poesía escrita sin fe y sin sentimiento”.¹⁵

Todavía en 1874, José Olmedo y Lama, autor de la ficha dedicada a Martínez de Navarrete en los *Hombres ilustres mexicanos*, lo defendía, a medias, por haberse opuesto al gongorismo, disculpando el exceso de alusiones mitológicas en su obra porque había vivido, este fraile poeta, ajeno a la novedad traída por Chateaubriand y Hegel, quienes demostraron “la superioridad artística del cristianismo sobre el politeísmo”.¹⁶

Menéndez Pelayo, desde su *Antología de poetas hispanoamericanos*, le dio cristiana sepultura a Martínez de Navarrete, esa “medianía estimable” cuya agridulce posteridad siguió preocupando a los críticos mexicanos. Luis G. Urbina, autor de la introducción a la *Antología del Centenario* (1910), tras pintar un bonito retrato del franciscano muerto en Tlalpujahuá, aclara que “entre los adornos de una retórica muy convencional y artificiosa, como la que entonces constituía el primer elemento poético, se sorprenden en Navarrete expresiones vivas, enérgicas, animadas y sinceras”.¹⁷ Pedro Henríquez Ureña, quien había participado en la *Antología del centenario* confeccionando las fichas biobibliográficas, lo menciona con algún respeto, mientras que es el joven Alfonso Reyes, cuya inquina

¹⁵ *Ibid.*, p. 355.

¹⁶ Citado por Martínez Luna en *Fray Manuel Martínez de Navarrete, op. cit.*, p. 68.

¹⁷ Justo Sierra, Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel, *Antología del Centenario. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de independencia*. Primera parte, 1800-1821 (1910), México, Secretaría de Educación Pública, 1985, p. xxi (edición facsimilar). En 1946 Antonio Castro Leal reunió en un tomo aquella introducción y otro ensayo, de 1917, sobre un tema similar: *La vida literaria de México y la literatura mexicana durante la guerra de Independencia*, México, Porrúa, 1946.

reservaba contra los maestros románticos, a quien le toca ser más cariñoso con los bucólicos poetas del *Diario de México*.

La crítica del siguiente siglo fue más considerada con los árcades, reconociéndolos con celo arqueológico, a veces y con urgencia ideológica en su calidad, más temporal que otra cosa, de antecesores de la guerra de Independencia. En 1929 se imprimieron, al fin, los *Poemas inéditos* de Martínez de Navarrete, edición que Bustamante había preparado, junto con sus utilísimos apuntes biográficos, en 1818. Y un año antes, Carlos González Peña, en su *Historia de la literatura mexicana* (1928), reconoció a Martínez de Navarrete como “el restaurador de la poesía lírica”, copiando la frase con la que en España los románticos le reconocían lo suyo a Meléndez Valdés. Martínez de Navarrete, como su maestro, habrían sido más que imitadores: lectores de cultura latina familiarizados, además, con Garcilaso y Lope.¹⁸

Pero el primero en tomarse en serio, en los años cuarenta del xx, al fraile novohispano, fue Monterde, presentándolo como un “prerromántico”, categoría superior capaz de despejar algunos problemas y de causar otros: les reconocía a los neoclásicos una capacidad de mutación que se les regatea al tenérseles como estatuas sólo justificadas en su medida de ancestros de algo creído por definición superior, el romanticismo. Reproducida por todos los estudiosos, la imagen esencial de Monterde dibuja a Martínez de Navarrete, incierto, penumbroso, entre el ocaso y la alborada del romanticismo.¹⁹

¹⁸ Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*, México, Porrúa, 1964, p. 90.

¹⁹ Francisco Monterde, “Navarrete en el prerromanticismo”, en *Cultura mexicana, aspectos literarios*, México, Intercontinental, 1946. En dos ocasiones anteriores al menos, con el mismo argumento, se ocupó Monterde de Martínez de Navarrete, según lo registra Martínez Luna: en el prólogo a *Poesías profanas* (1939) y en su tesis de maestría (*Fr. Manuel de Navarrete y sus poesías profanas en el prerromanticismo*). Otras ediciones de la obra de Monterde son *Aspectos literarios de la cultura mexicana* (edición de Evodio Escalante, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987) y *Figuras y generaciones literarias* (edición de Jorge Von Ziegler e Ignacio Ortiz Monasterio, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999).

2. EL AÑO DE 1805

El menosprecio de los románticos por la literatura posterior a las muertes de Rousseau y Voltaire, ambas ocurridas en 1778, y el inicio espectacular, con *Hernani*, de la revuelta romántica francesa en 1827, fue común a todo el orbe literario. Ha persistido al grado que Ruth Wold, la historiadora que sacó al *Diario de México* del panteón hemerográfico, firmaba en 1970 un párrafo que reproduzco, pese a su esquematismo, por ser muy expresivo de la opinión secularmente establecida sobre la literatura de ese periodo:

Un grupo poético de finales del siglo XVIII, se propuso “restablecer el buen gusto” literario en España. Por tal se entendía el establecimiento de reglas precisas para cultivar cualquier género, a la manera de las sentadas por Boileau en Francia. Desgraciadamente, los restauradores del buen gusto cayeron en el extremo opuesto: el prosaísmo. Era difícil encontrar un poeta lírico con talento en Francia, España o México. A los líricos, incluidos los del *Diario*, les caracterizaba una falsa elegancia, la obediencia a las formas y usos tradicionales, una inspiración y entusiasmo de acuerdo con una fórmula, la afectación y el sentimentalismo. Sólo en algunas ocasiones se encuentra algo de originalidad. La égloga pastoril o idilio, uno de los tipos de poesía favoritos del *Diario*, ilustra bien la fría elegancia de la poesía. Los escritores mexicanos utilizaban como modelos inmediatos a José de Cadalso, y especialmente a Juan Meléndez Valdés, entre los españoles e incluso a Manuel de Navarrete, la figura de su grupo.²⁰

Pero antes de hablar más de fray Manuel y de su maestro Meléndez Valdés quisiera glosar, entreteniéndome, lo dirimido en Europa durante las primeras décadas del XIX para así juzgar con justicia, esa justicia que tanta falta les ha hecho, a los árcades de la fenecien-

²⁰ Ruth Wold, *El Diario de México, primer cotidiano de Nueva España*, Madrid, Gredos, 1970, p. 19.

te Nueva España. Para ello usaré, principalmente, lo recabado por Menéndez Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas en España*. Veamos el furor con que los románticos (refiriéndome a ellos, también, en el más amplio sentido de la palabra) pensaban de aquel “siglo sin poesía”, el XVIII, del que venían saliendo.

Todavía a mediados del XIX, Désiré Nisard, uno de los primeros historiadores literarios profesionales, definía al espíritu francés como lo dimanado del cartesianismo, la monarquía de Luis el Grande, la oratoria de Bossuet, la preceptiva de Boileau. Esa tiranía, de la que se burla acremente don Marcelino, le fue impuesta al mundo entero, con su idea de buen sentido, orden, proporción y elocuencia. Los dieciochescos franceses eran esclavos de su Gran Siglo, el XVII, e internacionalizaron esa servidumbre, todo lo *pindarizaban* y cuando se trataba de escribir una epopeya patriótica se iban, no a Carlomagno o a Roldán, sino a buscar en la genealogía de Héctor el troyano. El famoso neoclasicismo no se impuso, ciertamente, sin resistencias. Quejas como la de Théophile de Viau merecen transcribirse (“Los cristianos nada tienen que ver con Apolo ni con las musas; ni los versos de hoy, que no se cantan al son de la lira, se deben llamar líricos, ni los otros versos heroicos, puesto que no estamos en el tiempo de los héroes, y todas esas imitaciones serviles no pueden causar placer ni provecho a ningún buen entendimiento”)²¹ pues, aunque proferidas en 1621, aún eran actuales en 1820 porque Occidente entero estaba harto de los imitadores de Demóstenes y Virgilio. Recomendaba Théophile —le hablo de tú porque no le hicieron caso— escribir a la moderna, pues la invocación a los paganos y a sus musas no sólo era profana sino ridícula, incluso cuando la hacían poetas imaginativos y espirituales como Ronsard.

Aquellos “modernos” franceses, los primeros que hubo, no se impusieron sobre la opinión y perdieron la querrela con los antiguos en favor de la libertad de invención, por haber preferido, según

²¹ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, II, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1993, p. 591.

otro de los derrotados, “hacer ramilletes de flores humildes tomadas de mi propio jardín” que adornarse con plumas ajenas. La escuela duró tres siglos y seguimos siendo sus víctimas. Pero debe decirse, antes de seguir, que el neoclasicismo español, guste o no guste, fue mucho menos imitativo de lo francés de lo supuesto común y perezosamente; se nutrió de un clasicismo endógeno, cultivado en el Barroco, como lo sabe todo buen o atribulado lector de Góngora.

Incluso, como lo cree Russell P. Sebold, es difícil afirmar que las fábulas de Iriarte se deriven de las de La Fontaine, o ignorar que el honrado Luzán cita muy pocas veces en su *Poética* a Boileau o mencionar cuáles fueron exactamente las obras teatrales francesas que imitaron los españoles: Moratín el joven, estrella en 1806 con *El sí de las niñas*, viene de Tirso de Molina, no de Molière. Cadalso, buen ejemplo de prerromántico por haber sido ilustrado, se jactó, en sus *Cartas marruecas* (1789), de que el genio clasicista de Francia provenía del castellano y del par de siglos de oro españoles. Otros ilustrados, como Juan Pablo Forner en sus *Exequias de la lengua española* (1782), lamentaban vivir en el siglo del remedo, en el cual “hacer versos hoy en España equivale a encadenar dicciones y cláusulas medio francesas: con decir está dicho todo”.²²

La decadencia literaria de España, que la hubo, pues si buscamos algún genio literario escribiendo en español entre sor Juana y Pérez Galdós no lo encontraremos, fue obra propia, una extenuación doméstica que se ufano de morir pidiendo escasa ayuda. No resultó de la imitación francesa, pero ese cargo persiste como condena extemporánea del neoclasicismo español. Más copiones e imitadores que los neoclásicos fueron sus acusadores los románticos españoles.

Cuando despreciamos a poetas como Martínez de Navarrete o a su maestro Meléndez Valdés, lo hacemos por razones estéticas e

²² Russell P. Sebold, “Contra los mitos antineoclásicos españoles”, en *Papeles de San Armadans* (Madrid-Palma de Mallorca), vol. xxxv, núm. 103, octubre de 1964, pp. 177-184; Juan Pablo Forner, *Exequias de la lengua española* (1782), Madrid, Espasa-Calpe, 1950, p. 69.

históricas fatales, pero también por ignorancia. Lo “virgilioso” nos produce repelús porque, como dice el poeta y narrador mexicano Fabio Morábito en su bello ensayo sobre el bucolismo, el pastor, como figura literaria, no está facturado para dialogar, actúa como mero trasmisor de un discurso, nunca parece cumplir con las obligaciones que solemos esperar de un personaje creador.²³

También es un asunto que ha acabado por ser de ignorancia nuestra: a menudo ni siquiera sabemos quiénes son los personajes mitológicos que citan como si fueran no sólo sus hermanos o sus primos, sino hombres y mujeres de la más absoluta actualidad, casi periodísticos. *Las aventuras de Telémaco* (1699), el libro didáctico escrito por el arzobispo Fénelon para educación de los jóvenes príncipes y uno de los libros más traducidos en el planeta hasta 1914, ahora sólo puede ser disfrutado por especialistas o por esas raras personas actualmente versadas en las humanidades clásicas. El resto de los lectores, hace más de un siglo privados de la cultura griega y latina como el sustento de la educación, encontramos fastidiosa una literatura que nos obliga a recurrir a los diccionarios mitológicos cuando en 1805 era popular, tan popular que el *Diario de México* la tenía como su principal oferta de ilustración y entretenimiento. Casi treinta años después, Heredia, en la *Miscelánea*, una revista ya moderna de literatura, insistía publicando “Cartas sobre la mitología”, angustiado porque las nuevas generaciones, ignaras debido a los trastornos revolucionarios, pudieran perder ese saber. Lo perdieron. Lo perdimos.

De los tiempos de la Revolución francesa, y aquí retomo a Menéndez Pelayo, sólo un poeta, el enorme André Chénier, guillotinado él mismo, supo hacer “la transmisión copiosa de la sangre antigua en las venas de la poesía nueva” y escribió versos que, publicados póstumamente en 1819 y cuya fama llegó hasta el romanticismo mexicano, sobrecogieron al público y le aseguraron la posteridad de la crítica. Pero el “neohelénico” Chénier fue una ex-

²³ Fabio Morábito, *Los pastores sin ovejas*, México, El Equilibrista, 1995, p. 64.

cepción. Los antiguos, en 1789, dice don Marcelino, fuesen autores motejados de bárbaros como Esquilo o tomados en tanto modelos insuperables (Tíbulo y Propercio), sólo valían si se parecían al canon del Gran Siglo. Sólo valían si se parecían a Racine y a Boileau. Eran falsos antiguos y falsos clásicos.

Ya casi regresamos a nuestro año liminar de 1805, pero antes de llegar escuchemos, otra vez, a Menéndez Pelayo. La Revolución francesa, cuyo inesperado horror hizo enmudecer a los admiradores de los *philosophes* en la Nueva y en la vieja España, que habrían esperado la prudente evolución filantrópica del despotismo ilustrado, agudizó la pasión de los neoclásicos, tenidos por fríos, desdeñosos y calculadores, por ser estatuas parlantes. En pocas como en la literatura y la pintura, la Revolución fijo y profundizó con tamaña vehemencia los rasgos heredados del Antiguo Régimen. Hablando de los oradores de la Convención revolucionaria, dijo don Marcelino que aquellos tigres, “sedientos siempre de humana sangre, hablaban como alumnos de retórica en día de certamen”, pues habiendo “caído todo lo humano y lo divino, todavía quedaba en pie la regla de las tres unidades. Mucho más tiempo costó a los franceses derribar la monarquía de Boileau que la de Luis XIV”.²⁴

Colapsado por la Revolución, el edificio neoclásico acabó por ser incendiado por las nuevas generaciones, al grado que cuando Victor Hugo hizo su célebre prólogo al *Cromwell* en 1827, de todo aquello sólo quedaban cenizas. Con la misma inclemencia de Voltaire persiguiendo a Shakespeare o de los españoles y novohispanos obsesionados con borrar a Góngora de la faz de la tierra, los neoclásicos de todas las especies sufrieron la más resuelta abominación. Un ejemplo: el abate Delille, traductor de Virgilio y poeta lo mismo en francés que en latín, versificó una enciclopedia entera, y era la vieja estrella de la literatura francesa cuando Napoleón se coronó a sí mismo. En 1837, Sainte-Beuve decía que Delille era la clase de adversario que una vez que el crítico malhería en el campo de batalla, daba gusto salvar de la muerte. Ni eso ha ocurrido: del abate

²⁴ Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas*, II, *op. cit.* p. 650.

sólo se acuerdan los especialistas y conseguir sus libros, aun recorriendo las librerías de viejo que pululan en internet, no es fácil.

La condena no sólo alcanzó a los “pelucos” sino a renovadores ya románticos como Chateaubriand o Madame de Staël, almacenados tras su muerte entre las momias literarias del imperio. A él, que cristianizó el paganismo con *El genio del cristianismo* (1802) y restauró el prestigio literario de la Iglesia católica justo cuando el emperador de los franceses le devolvía sus derechos terrenales mediante el Concordato de 1804, no le fue reintegrada su condición como gran clásico europeo hasta la coincidencia, en el calendario, del bicentenario de la Revolución francesa y la caída del Muro de Berlín, en 1989. Ella, Madame de Staël, “la sultana del pensamiento” que dio de alta el concepto de “literatura” tal cual lo seguimos usando con *De la literatura* (1800), abandonó la segunda fila a la cual estaba condenada como amante de Benjamin Constant cuando los liberales recuperaron el terreno perdido, en el último trecho del xx, frente al marxismo.

“La literatura de los antiguos es, entre los modernos, literatura trasplantada”, concluirá Menéndez Pelayo, destacando lo difícil que era encontrar, hacia 1805, algo nuevo diferente al zurcido de retazos en el manto de Racine. Paul-Louis Courier, traductor del griego y panfletista virulento, lamentaba la prostitución de los antiguos en los salones de los modernos y oía bien claras las carcajadas de los extranjeros, ya entrado el xix, al ver tragedias francesas donde los cortesanos Agamenón, Aquiles y Orestes ardían de pasión por sus primas, en los salones. Tan condenada estaba esa literatura que de sus grandes estrellas poéticas no queda gran cosa: nadie lee a Ossian, a Gessner y a Young, representantes de tres de las grandes escuelas neoclásicas: la épica, el idilio bucólico-pastoril y la poesía sepulcral.

El primero, Ossian, ni siquiera existió: supuesto Homero de los escoceses, habría compuesto poesía épica en tiempos remotísimos y resultó ser una mistificación obra de James Macpherson (1736-1796), quien engañó a media humanidad, en la cual estaba incluido el doctor Samuel Johnson, el gran crítico literario de su siglo. Aquella célebre impostura se llamó, en su primera entrega, *Frag-*

ments of Ancient Poetry Collected in the Highlands of Scotland (1760), de la que Macpherson alegaba ser sólo traductor, atribuyendo esa antigüedad portentosa a Ossian, legendario guerrero y bardo, el hijo de Fingal. La mentira de Macpherson tuvo poco predicamento en la Nueva España, y cuando llegó el momento de mitificar, a la manera romántica, a los guerreros aztecas — a partir de 1821 ésa será la intención de Bustamante— la hora ossiánica ya había pasado.

Mayor suerte tuvo Salomon Gessner (1730-1788), suizo de lengua alemana, quien conquistó al mundo con sus *Idilios*, aparecidos entre 1756 y 1772, representativos de una poesía pastoral de la cual salieron los cromos dizque alpinos que adornarían las casas, en adelante, de la clase media. Hubo una época en que visitar a Gessner en su cantón natal de Zurich era tan apetecido como dejarse ver por Ferney saludando a Voltaire. Buen burgués que había sido librero, Gessner producía industrialmente imitadores porque, como lo dice Paul Van Tieghem en *Le Prérromantisme. Études d'histoire littéraire européenne* (1924-1947), esta clase de escritores mediocres, al encarnar la familiaridad del presente, no pueden sino ser imitados sin descanso. Los grandes escritores, insiste Van Tieghem, no se dejaron influir ni por Gessner ni por Young: su huella es invisible en Herder, Goethe o Novalis.

Fiel a la moda, el *Diario de México* anunció, por ejemplo, una de las muchas traducciones de Gessner al español, la de *La muerte de Abel o El fratricidio* (1803), libro que Mariano José de Larra todavía veía expuesto en las librerías de Madrid hacia 1835. Pero Gessner no dejaba de ser un autor mal visto en la Nueva España, por su muy contenido erotismo o por la libertad que se tomaba con las tramas bíblicas. Gessner, también en el *Diario de México*, fue utilizado por Sánchez de la Barquera, como ejemplo de que, más allá de la versificación, había poesía en la prosa.²⁵ Friedrich Schiller, en una

²⁵ Martínez Luna, *Estudio e índice onomástico del Diario de México*, *op. cit.*, p. 58. Y en *El debate literario en el Diario de México (1805-1812)*, también de Martínez Luna, se menciona que Gessner estaba prohibido (p. 125).

página de *Poesía ingenua y sentimental* (1798), probablemente leída por los árcades novohispanos, le reprochaba a Gessner su indecisión entre la poesía y la prosa, culpándolo de temer que el verso lo alejara demasiado de la naturaleza real y que la poesía le hiciera perder su vuelo poético. Volveremos sobre esa impresión. Con todo, los historiadores de la literatura española, “heterodoxa y prerromántica”, como la califica José Luis Cano, conceden que convertido el idilio de Virgilio y Teócrito en “una decoración de escayola, fue Gessner uno de los pocos que supieron inyectar nueva savia al género, dando ternura y autenticidad a sus personajes”,²⁶ a lo cual no pudieron permanecer indiferentes “almas sensibles”, como las de Melchor Gaspar de Jovellanos, Meléndez Valdés o Nicasio Álvarez de Cienfuegos.

Finalmente, Edward Young (1683-1765), caso muy curioso. Nadie, nunca, ni Anatole France ni Ernest Hemingway en los siglos recientes, ha perdido el crédito de la posteridad como lo perdió Young, cuyo nombre sólo suele recordarse porque el entonces casi desconocido pintor, grabador y poeta William Blake hizo, en 1797, unas soñadoras ilustraciones para *Night Thoughts on Life, Death, and Immortality* (1742-1745). De las quinientas ilustraciones hechas por Blake sólo cuarenta acompañaron la edición.

Antes de que su larga vida le permitiese triunfar con esa obra —diez mil versos blancos en nueve libros—, el ministro anglicano Young fue una versión inglesa del abate de corte, deshonesto y pendenciero, afiebrado escritor de alabanzas y poemas didácticos, bien conocido entre los poderosos y poco apreciado por sus contemporáneos, al grado de que es el único de los poetas ingleses sobre el cual, en su *Vidas de los poetas ingleses* (1779-1781), el doctor Johnson no pudo o no quiso escribir, delegando la tarea en un caballero llamado Herbert Croft. Fue Young, empero, un tratadista literario muy interesante, un apóstol de la originalidad al atreverse a decir que “cuanto menos copiemos

²⁶ José Luis Cano, *Heterodoxos y prerrománticos*, Madrid, Júcar, 1974, pp. 215-216.

a los autores famosos de la Antigüedad” más lograremos parecernos a ellos.²⁷

Pero el reverendo Young es recordado porque se las arregló para hacer de su vida una leyenda en la cual habiendo perdido en menos de un mes a su mejor amigo, a su esposa y a su hija, se habría convertido en un filósofo cristiano experto en los misterios de la muerte. Young versificó en su “Noche tercera”, por ejemplo, la historietta de que muerta su bella hija Narcisa en la Francia del mediodía y negándose los bárbaros católicos a darle cristiana sepultura por ser protestante la muchacha, él mismo, ya viejo, habría cargado el cadáver por las tinieblas de la noche hasta encontrar un sitio descampado donde él mismo la enterró, teniendo como únicos testigos sus lágrimas y sus plegarias. Escribe Young:

¡Negada la asiduidad del polvo para esparcirse por encima!
 Caridad de la que gozan sus perros.
 ¿Qué podía yo hacer? ¿Qué auxilio? ¿Qué recurso?
 Con piadoso sacrilegio una tumba hurté,
 con profana poesía a esa tumba ofendí;
 ¡Remiso en el deber, cobarde en el dolor!
 Más como asesino suyo que amigo, avancé
 con suave paso furtivo, y embozado a fondo
 en la oscura medianoche, susurré aquello
 que resonaría en sus reinos,
 ya ni transcribo su nombre, cuya tumba perforaría los cielos.²⁸

²⁷ René Wellek, *Historia de la crítica moderna (1750-1950). La segunda mitad del siglo XVIII*, Madrid, Gredos, 1969, p. 132.

²⁸ Traducción de Tedi López Mills. El original dice así: “Denied the charity of dust to spread / O’er dust! a charity their dogs enjoy. / What could I do? what succour? what resource? / With pious sacrilege a grave, I stole / With impious piety that grave I wronged; / Short in my duty, coward in my grief! / More like her murderer than friend, I crept / With soft-suspended step, and, muffled deep / In midnight darkness, whispered my last sigh. / I whispered what should echo through their realms, / Nor writ her name, whose tomb should pierce the skies.” Edward Young, *The Poetical Works*, I, Londres, 1813, p. 50.

La estampa era la más leída de los *Night Thoughts* y no sólo se convirtió en un tópico de la cultura popular; pinta de cuerpo entero a Young, cuya poesía gozaba del prestigio añadido, fácil de comprender para los actuales asiduos al cine, de provenir, en este caso con falsía, de “la vida real” y no de la ficción, de ser un *biopic*. Lo autobiográfico, orlado por el cultivo de lo sincero y lo sentimental, fue la principal oferta de los prerrománticos a su público. El yo lírico le narra el poema a un tercero, Lorenzo, que representaba al duque de Wharton, mecenas de Young.

Ello no quiere decir que *Night Thoughts* (en realidad el más exitoso representante de una escuela de poetas sepulcrales ingleses entre los que destacaron, precedentes o imitadores, Parnell, Hervey y Gray) sea un poema ilegible. Es clásico y comercial a la vez. Está lleno de una libertad inconcebible antes que él en la horaciana lírica inglesa representada por Pope, pues el reverendo combina la vulgarización del pensamiento grecolatino sobre la muerte (hay lo suficiente de los presocráticos y de Lucrecio en él) con reflexiones sinceras, meditaciones metafísicas sueltas pero no deshilvanadas, y ocurrencias muy del agrado de un lector común de cuya existencia Young se dio cuenta antes que nadie, componiendo un poema sentimental, a la vez accesible y elevado, que fue un verdadero alimento, de sabor muy doméstico, para sus miles de lectores en todo el mundo. Ello no quiere decir que Young, admirado por Voltaire, no hubiese sido víctima de burlas aparatosas, muchas de ellas provenientes del público lector menos complaciente con las convenciones en vigor. Por ejemplo, Clément de Dijon, un crítico anti-ilustrado, rechazó al género en su totalidad pues la noche misma como tema poético era uniforme, monótona, predecible, mientras que la forma era monstruosa, “una rapsodia lúgubre” donde la lírica servía al silogismo, un presidio retórico en el cual Young purgaba cadena perpetua.²⁹

²⁹ Paul Van Tieghem, *Le Prérromantisme. Études d'histoire littéraire européenne*, II, Ginebra, Slatkine, 1973, pp. 178-179, 181; Goethe, *Poesía y verdad*, XII.

El del reverendo Young fue el *Eclesiastés* adaptado por un poeta merecedor como pocos del título de precursor del romanticismo: nadie amplió tanto como él la idea que el público tenía de lo que era o debería ser un poeta. Además, Young fue la pieza de resistencia del traductor Le Tourneur, quien adaptó el poema, conocido desde entonces en Francia como *Les nuits d'Young* (1769) al gusto neoclásico y extirpó las opiniones antipapistas, haciendo de su versión aquella de la cual brotaron todas las traducciones a las lenguas romances y eslavas. Especialista en *best-sellers*, Le Tourneur también tradujo a Shakespeare y a Ossian. Fue, también, el responsable de divulgar en el continente la palabra *romántico*, como aquella referida “a los paisajes que despiertan en el alma afectos tiernos e ideas melancólicas”.³⁰

En una época tenida por ímpia, Young era el ideal para quienes querían “sentir” a la moda sin arriesgarse bebiendo tragos más fuertes o tóxicos: prefiguraba el gusto romántico por la muerte sin incurrir en la truculencia barroca, el materialismo mecánico o el ateísmo, que detestaba. En los años treinta del XIX en México, el crítico literario tradicionalista, José Justo Gómez, conde de la Cortina, habría admitido el pudor de Young como la frontera donde deberían detenerse los ardorosos y nuevos románticos.³¹ Lo macabro (que lo distingue del gótico prerromántico propio de varios de sus colegas sepulcrales) le era ajeno y Young, practicante de una religiosidad racionalista, deploraba los arrobos del misticismo. En el París de la Restauración, Sainte-Beuve, casi niño, recitaba a Young. En la provincia novohispana o en Madrid, debieron sentirse enervados por el reverendo, uno de los poetas, previsiblemente, más citados en el *Diario de México*. La noche triste, como dijo Francesco de Sanctis, el gran crítico italiano de ese siglo, se abrió paso gritando y llorando como un niño recién nacido.

³⁰ Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, op. cit., p. 1025.

³¹ José Justo Gómez, “Fantasía”, en María del Carmen Ruiz Castañeda, *El conde de la Cortina y ‘El Zurriago Literario’*, México, Cuadernos del Centro de Estudios Literarios, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974, p. 56.

La popularidad internacional de *Night Thoughts* fue comparable con la del *Werther* y su eco se escuchó también de la lengua española, en la cual la versión francesa de Le Tourneur fue traducida al español nada menos que por Juan de Escóiquiz en 1798. El canónigo Escóiquiz, quien fuera el preceptor de Fernando VII y cortesano prominente en las malandanzas de aquel rey, decía traducir del inglés no sólo a Young sino a Pope, pero Van Tieghem, la autoridad en prerromanticismo, no lo cree. Y Escóiquiz, como Le Tourneur, recreaba con toda libertad lo que traducían, modificando sin asomo de duda o de legitimidad los originales. Le daban una manita de gato neoclásica a todo. Digamos, así, que el Young del canónigo zaragozano se aleja tanto del original como la versión en cine, con Orlando Bloom, de *Los tres mosqueteros* tiene ya una semejanza remota con la novela de Alexandre Dumas.

De la famosa “Noche tercera”, Escóiquiz se ahorra la traducción de la anécdota pues su edición estaba “expurgada de todo error” y la grave acusación anticatólica le parecía impublicable al canónigo. Demasiada insistencia en la tumba, era, por otro lado, poco ortodoxa, paganizante, podía expresar poca fe en la resurrección de la carne. Prefiere ofrecerle a sus lectores el alimento espiritual de las lamentaciones del ficticio Young tras el entierro salvaje de Narcisa. Es notoria la simplificación efectuada por Le Tourneur y Escóiquiz; cruzando el canal de La Mancha, Young pierde mucho de su espesura nórdica, propiamente “romántica” y sólo se preserva su carácter de divulgador piadoso y meditabundo.³²

³² Así termina Escóiquiz, quien compactó las noches en sólo trece siguiendo el plan de Le Tourneur, su versión de la “Noche tercera” de Young: “Tu nombre, del poniente hasta el paraje / Donde nace la aurora, / Haré que con sus versos se renueve / Tu memoria borrada / En los pechos sensibles, / De profundo suspiro acompañada. / Aun el lozano joven divertido, / Dejando sus placeres en olvido / Algún lado, dará señales visibles / De compasión, pasando silencioso / Y pensativo, lejos del ruidoso / Concurso a recorrer la amarga historia / De tus hados fatales / Y llorar tiernamente tu memoria / Entre los monumentos sepulcrales.” [*Obras selectas de Eduardo Young, expurgada de todo error y traducida del inglés al castellano por Don Juan de Escóiquiz...*, Madrid, Imprenta Real, 1797 pp. 99-100].

En fin, que el poema de Young se paseó por la Península a través de las obras de José Cadalso (con las *Noches lúgubres*, de 1789-1790) y de Meléndez Valdés (autor de un *Tristemo, diálogos lúgubres sobre la muerte de su padre*, manuscrito perdido) y tuvo, en el fraile novohispano Navarrete, a uno de sus lectores, quién lo hubiera creído, perdurables. Todavía alcanzó a manifestarse Young en un admirador de su moralidad protestante, Fernández de Lizardi, quien lo menciona en la primera parte de *El Periquillo Sarniento* y tituló *Noches tristes y día alegre* (1818) a su corrección caritativa y optimista de Cadalso. De hecho, Young nunca se extinguió: mutó en otro leidísimo poeta, Alphonse de Lamartine, quien comienza así una de las partes de su *Jocelyn* (1836): “Nuit funeste!”.

Los franceses han cuidado de su Lamartine, quien no en balde escritor francés, quiso ser presidente de la República: tiene sus calles, sus monumentos provincianos, su tomo en La Pléiade, su boletín de admiradores, una tropilla de profesores remunerados por el Estado y ocupados en el mantenimiento de su obra. Los ingleses, más acordes con el pragmatismo del *Eclesiastés*, han dejado que el doctor Edward Young, el poeta inglés más celebrado del siglo XVIII, pague su vanidad con el polvo.

Pero ya nos ocuparemos más tarde de Lamartine, tan admirado por los románticos mexicanos. Quizá no vuelva yo a hablar de Young en este libro. En su recuerdo invoquemos al viejo Goethe, quien le clavó una estaca en el segundo *Fausto* (1832), disculpándolo a él y a sus congéneres de no poder asistir a la fiesta en el Palacio Imperial:

Los poetas de la noche y de las tumbas se hacen excusar porque en aquel preciso momento están ocupados en una interesantísima plática con un vampiro recién resucitado, de la cual podría originarse quizá un nuevo género de poesía. El heraldo se ve precisado a admitir tales excusas, y, entrando evoca la Mitología griega, que aun bajo su moderna máscara, no pierde su carácter y su encanto.³³

³³ Johann Wolfgang von Goethe, *Fausto*, edición de M.J. González y M.A. Vega, traducción de J. Roviralta, Madrid, Cátedra, 1987, p. 259.

Concluuyamos: una vez que bajó la marea en el mundo que había regido Napoleón, esa literatura, escrita en una época obsesionada por la imitación y no por la originalidad, fue juzgada como una ruina de Poussin, una suerte de liturgia paralela y mnemotécnica regida por academias vetustas, inscripciones de ocioso desciframiento y arcadias banales. El romanticismo, nutrido por Ossian, Gessner y Young, los borró de su armorial prefiriendo como ancestro a Rousseau. Pero para que ello ocurriera y sus consecuencias fueran irreversibles hubo de entrar de lleno la segunda década del XIX. En 1808, cuando Madame de Staël escogió a Wilhelm Schlegel como preceptor de sus hijos abriendo los hogares al romanticismo, éste era todavía una novedad nórdica ajena a los países del mediodía, a la latinidad.

¿Qué se conocía de todo aquello a través del *Diario de México*? ¿Eran tan neoclásicos aquellos premexicanos en sus lecturas? Gracias a Wold y a otros indexistas algo sabemos de los libros anunciados, mentados y reseñados en aquel primer periódico de la Nueva España entre 1805 y 1808. Empecemos por los grecolatinos, de los cuales la oferta librera en español se componía esencialmente de Aristóteles, Anacreonte, Cicerón, del Plutarco traducido al francés por Dacier y retraducido. Destacaba Virgilio, de quien Bustamante traduciría los primeros libros de la *Eneida*, pero para publicarlos mucho después, en 1830. En el *Diario de México* no se anuncia a la venta ningún Homero aunque el bardo ciego es citado con mucha frecuencia junto con Ovidio y Virgilio.³⁴

Sin mencionar a los teólogos y sus obras grandes o menudas, mercado en el que también competían autores locales, en español se leían, tras el Quijote, a santa Teresa de Jesús, a fray Luis de León, a Juan Luis Vives, al padre José Francisco de Isla (más como teólogo moral que como satírico de los frailes gerundianos), a Feijoo y su *Teatro crítico universal*, a Alonso de Ercilla (la vieja *Araucana*

³⁴ Wold, *El Diario de México, primer cotidiano de Nueva España, op. cit.*, pp. 181-194 y 225-228; Martínez Luna, *Estudio e índices onomásticos del Diario de México, op. cit.*

era muy popular), a Vicente Espinel y su picaresca *Vida del escudero Marcos Obregón*. De los contemporáneos peninsulares, destacan Meléndez Valdés, por supuesto, Forner (*Los discursos filosóficos sobre el hombre*, 1787) y no muchos más, contra lo previsible. Circulaban menos los versos sueltos de Quevedo que sus *Sueños* en la edición de Torres Villarroel y abundantes novelas populares de inspiración rousseauiana escritas por autores españoles. En los índices no se registra ninguna obra en venta de Góngora, lo cual prueba el éxito de la desgongorización emprendida con tanto celo durante medio siglo. Y se le menciona poco, al autor del *Polidemo*, en el *Diario de México*. Se compraba y se leía, a su vez, mucho teatro: *El sí de la niñas*, de Leandro Fernández de Moratín, estrenada apenas en 1806, fue un gran éxito que no impidió la circulación constante de obras del Siglo de Oro, sobre todo, las de Lope de Vega.

A principios del XIX se leían bastantes novelas en las principales ciudades de la Nueva España: el *Tom Jones*, de Fielding, en inglés o traducida, las muy populares de Richardson, *Los viajes de Gulliver*, las *Cartas*, de lady Montagu y las escritas por lord Chesterfield para su hijo. Se vendía a Gibbon en inglés y a Isaac Newton en latín. Del alemán, retraducido del francés, sólo aparece Kotzebue, con *El año más memorable de mi vida*, novedad europea de 1804. Había una buena oferta de gramáticas y diccionarios, pero la obra crítica más socorrida en aquellos años era el tumbaburros de Blair.

La literatura francesa, naturalmente, era la más anunciada y los *best-sellers*: *Jacques el fatalista* de Diderot, *Atala* de Chateaubriand, *Gil Blas* de Lesage, *Mon bonnet, la nuit* de Sébastien Mercier, *Les nuits de Paris* de Rétif de la Bretonne. Se vendían, parece que bien, Bousset y Boileau. De los autores novohispanos, el *Diario de México* anunciaba a cronistas de Indias de la segunda generación, como Fernando Alvarado Tezozómoc, al ilustrado guadalupano Lorenzo de Boturini, la *Storia Antica del Messico*, de Clavijero y las *Instituciones teológicas* de Francisco Javier Alegre, entre los jesuitas expulsados en 1768 y de los ilustrados, a José Antonio Alzate. Entre los más contemporáneos cuyos impresos ofrecía el diario, estaban al-

gunos de la casa, como Bustamante, muchos folletinistas políticos y moralizadores, el poeta sagrado José Agustín de Castro (*Miscelánea de poesías sagradas*, 1797) o *La portentosa vida de la muerte* (1792), de Joaquín Bolaños, una novelota churrigueresca anticuada en un siglo. Debe decirse, contrastando la lista de lo anunciado para venderse en el *Diario de México* con los índices onomásticos, que aquello generosamente anunciado no necesariamente se mencionaba o se reseñaba, como era el caso de Chateaubriand.

Los poetas y críticos del *Diario de México*, según lo ha mostrado Martínez Luna, se autorretrataban en las páginas de su periódico, imitando lo que habían hecho casi un siglo atrás los editores ingleses de *The Rambler*. En esas piezas, como lo hacía Jacobo de Villaurrutia, el principal “proyectista” entre ellos, se jactaban de saberse de memoria al abate Barthélemy, a Platón, a Condillac, a Adam Smith. De gustos más castizos era Mariano Barazábal, otro de los *habitués* del diario, quien no sólo seguía al moderno Tomás de Iriarte, sino leía y releía sus Garcilasos, sus Ercillas, sus Lopes, sus Calderones, sus Quevedos. Casi todos, como queda claro expresamente en un artículo de Sánchez de Tagle, se proponían el perfeccionamiento de ese arte menor dedicado al vino y al amor que es su ocupación preferida.³⁵

¿Qué se concluye de todo esto? Que la cultura clásica y castellana de los hacedores del *Diario de México*, lo mismo que su público, era sólida y extensa, comparable, al menos, a la de Madrid y Sevilla. Que su aparición, en 1805, formó parte de un fenómeno mundial: el auge de las revistas literarias y filosóficas que buscaban y encontraban un público activo y letrado. El *Athenaeum* de los románticos alemanes floreció entre 1798 y 1800, la *Edinburg Review* fue fundada en 1802 y circuló junto con muchas publicaciones misceláneas inglesas de su tipo y en Francia, entre el Consulado y el Imperio, el *Journal des Débats* alcanzó en esos años su esplendor literario. Pero todo ello no resultó suficiente para que, al transfor-

³⁵ Martínez Luna, *El debate literario en el Diario de México (1805-1812)*, *op. cit.*, pp. 126 y 288.

marse en México la Nueva España madurara una literatura del nivel de la que se hacía en Berlín, París o Londres.

Poco después de 1805, Schiller habrá muerto dejando *Guillermo Tell*, Goethe publicará la primera parte de su *Fausto* y Ugo Foscolo sus *Sepulcros*, Wordsworth reunirá sus poemas completos y Hölderlin, antes de refugiarse en un asilo de Tubinga, dejará algunos de sus versos más prodigiosos y Kleist empezará a oler la pólvora del pistoletazo de su suicido romántico. Ajenos a ese desorden, los lectores del *Diario de México* tenían por libro favorito *Las aventuras de Telémaco* (1699), de Fénelon, lo cual deja muy claro que la pedagogía mundana del neoclasicismo del Gran Siglo seguía en su esplendor en la Nueva España. Víctima de la mil veces lamentada “ilustración insuficiente”, nuestro país literario permanecía impertérrito ante el hecho de que el novelón de Fénelon había sido sustituido por los de Rousseau, cuyo nombre, como el de Voltaire, sólo aparecía en el periódico novohispano a la hora de la invectiva o de alguna traducción modosa.

No es que no se leyera en la Nueva España y en la metrópoli (donde la situación no era muy distinta) a los *philosophes*, sino que se hacía bajo cuerda fuera del siglo, concebido “el siglo” como el lugar donde se enfrentaban las viejas ideas con las nuevas. Es más: yo creo que se les leía mucho, obsesiva y tristemente, como el mensaje venido de otro mundo. Con certeza, los mismos librereros que vendían a Fénelon ofrecían a trasmano panfletos políticos a favor y en contra de la Revolución francesa, mismos que se convirtieron en un alud de impresos antinapoleónicos tras 1808, habida cuenta de que antes de la invasión Bonaparte era aplaudido, por el concordato, como restaurador de la religión católica. Por ello, tiempo después, no será sorprendente que el cura Hidalgo, el padre de la Independencia, resulte ser un afrancesado pero del siglo XVII, que la conspiradora Leona Vicario se entretuviese traduciendo a Fénelon antes de su proceso en 1813, que fray Servando Teresa de Mier llegue a París, en 1801, nutrido de una cultura eclesíastica feneloniana, es decir, atrasada en cien años.

Aquella literatura no estaba en desventaja por ser neoclásica sino por ser una literatura sin crítica. Sin crítica moderna. Ése era su

talón de Aquiles. A la innovación retrógrada le cuesta la crítica: la delata. Henríquez Ureña lo decía cuando subrayaba que el *Diario de México* reprodujo fragmentos de Lessing y de Winckelmann, aunque no se sabía “intrepretar a los antiguos” ni escuchar “la voz pujante de renovación lanzada por el genio alemán”.³⁶ Poco rastro de la actualidad literaria queda en las páginas de ese periódico. En vez de Madame de Staël se citaba al marqués de Saint-Aubin y su *Traite de l'opinion* (1733), una historia de la filosofía leída en su remota juventud por Rousseau.³⁷

Discusión literaria había, y mucha. Les preocupaba el plagio, visto como un pecado menor por algunos de los polemistas, lo cual prueba que la noción de originalidad romántica no se abría paso tan fácilmente. Jovellanos, el más influyente de los ilustrados españoles, lo había justificado en *El delincuente honrado*, mientras que Martínez de Navarrete, en esto y en algunas otras cosas más belicoso que sus maestros peninsulares, satirizó contra los plagiarios. Buena parte de las discusiones y de las pullas ocurrían entre los partidarios de una versificación ajustada a las reglas de la preceptiva clásica, a la manera de Meléndez Valdés y aquellos otros quienes, siguiendo las novedades de Quintana, deseaban mayores libertades.

Había entre los árcades, también, el prurito de ser modernos, y dedicarse a la musa bucólica les parecía prenda de modernidad cuando se trataba más bien de innovación retrógrada. A Fernández de Lizardi, el enemigo público número uno de la Arcadia, lo tundieron en 1811 y no fue el peor de los insultos aquél con el que Juan María Lacunza, uno de los árcades más militantes, quiso rematarlo como “un poeta impenetrable y misterioso, digno del siglo y del estilo del negro Góngora”.³⁸

³⁶ Pedro Henríquez Ureña, “Traducciones y paráfrasis en la literatura mexicana en la época de la independencia” en *Estudios mexicanos*, edición de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 205.

³⁷ Leonardo Martínez Carrizales, “Comunidad retórica y república literaria” en Martínez Luna (ed.), *Bicentenario del Diario de México*, *op. cit.*, pp. 32-33.

³⁸ José Joaquín Fernández de Lizardi, *Amigos, enemigos y comentaristas*, 1-1 (1810-1820), edición de María Rosa Palazón, México, Universidad Na-

Esa generación, la primera de escritores novohispanos que vivió al calor polémico de una revista literaria, dedicó muchas páginas de su periódico, a través de réplicas y contrarréplicas firmadas por criptónimos sólo familiares para los más empecinados de nuestros filólogos y anticuarios: Barueq, El Aplicado, El tío Carando, Mr. Churripampli, Abdomelich, El Moscón... Como la ha documentado fiel, desesperadamente, Martínez Luna, la censura, la crítica, la sátira fueron temas recurrentes en el *Diario de México*. Tuvieron sus hacedores el talante necesario para distinguir la crítica de la lisonja y con frecuencia los árcades fueron más lejos, al ser los primeros mexicanos en preguntarse sobre la naturaleza de la lírica, los límites de la imitación, el papel de lo imaginativo. No les faltaba humor e ironía: en buena lid de camaradería literaria, se llevaban fuerte.

Dos poetas, Ramón Roca, al cual se le descalificaba —a cada rato— por su origen español, y Ochoa y Acuña, quien comprendía bien la crítica y acabaría por ser uno de los escritores más completos de la primera República, destacaban, por su invariable defensa del rigor y su horror por la improvisación, en el conjunto de los polemistas avecinados en el *Diario de México*. El granadino Roca, enemigo del mal gusto expresado en epigramas tontos, satirillas insulsas, décimas chabacanas y sonetos ridículos, fue un buen conocedor de la lírica castellana y está lejos de ser un esclavo de la preceptiva, como lo eran la mayoría de los censores, es decir, de los poetas aparecidos para censurar los versos de sus colegas.³⁹

Conociéndolos mejor, gracias a la reciente investigación hemerográfica, los árcades resultan ser algo distintos a la noción precaria, inexacta, que de ellos se hicieron varias generaciones de críticos

cional Autónoma de México, 2006, p. 30. La polémica de Lacunza y Lizardi es comentada por Norma Alfaro Aguilar, “José Fernández de Lizardi entre la utilidad e inutilidad de la sátira: polémica en el *Diario de México*” en Martínez Luna (ed.), *Bicentenario del Diario de México*, *op. cit.*, p. 81.

³⁹ Martínez Luna, *El debate literario en el Diario de México*, *op. cit.*, p. 216.

mexicanos que los leyeron poco, mal documentados y predispuestos desfavorablemente por la mala prensa con la que los románticos los desprestigiaron. Sin duda alguna, como muchos de los periodistas literarios que en Europa fueron sus contemporáneos, quienes hicieron el *Diario de México* en las postrimerías de la Nueva España eran, aquí, la primera comunidad letrada distante del poder político y de la Iglesia.

Para los árcades, la guerra iniciada en 1810 tras las noticias de la invasión napoleónica y el secuestro del reyecito Fernando por los herejes franceses, debió ser una catástrofe cuya consecuencia, una década más tarde, fue aún peor que la sangre y el plomo, esa desintegración del Imperio español en América que nadie deseaba. Algunos tomaron partido por la Independencia, otros, como el capitán Roca (un antiguo gobernador de las Californias quien habría muerto hacia 1820), el más sólido de los polemistas del *Diario de México*, fueron realistas y ello les costó el olvido. Todos, como lo ha probado Luis Miguel Aguilar en *La democracia de los muertos. Ensayo sobre la poesía mexicana, 1800-1921* (1988), escribieron, a la hora de la verdad política, mala poesía patriótica.

Y como críticos, los árcades fueron poca cosa. Tras compartir durante algunas semanas el entusiasmo provocado por la excavación realizada por Martínez Luna y sus socios en las minas del *Diario de México*, me rindo ante vieja evidencia: la lengua española no tenía manera de producir, hacia 1805, un lector de poesía como Schiller, y pese al ímpetu de algunos de los duelistas novohispanos, de la puntería de sus estocadas, ninguno se acercó a escribir o siquiera a pensar un libro como las *Exequias de la lengua española*, de Forner, en mi opinión el gran libro crítico escrito en la península durante el ocaso del siglo XVIII. Y toda la preceptiva de la Arcadia queda sepultada, como veremos, por la amplia, aunque fuese superflua, cultura de ese gran “inculto” que fue Fernández de Lizardi.

Morábito dice en *Los pastores sin ovejas* que en la poesía bucólica, desde las *Bucólicas* hasta la propia *Arcadia* de Sannazaro, “el espacio ha tomado el aspecto de una monografía escolar, de una mi-

niatura. Se ha suprimido la masa, la repetición monótona. Se ha suprimido la descortesía”.⁴⁰ En la página, redundantemente bucólica, sobre los arcades y su periódico, escrita por Reyes en 1913, yo encuentro una estampa escolar:

Al comenzar el siglo XIX se fundó el *Diario de México*. Fue el centro literario de la época. Lo escribían poetas menores y escritores modestos. Todos los días aparecía el pequeño pliego con las alegrías del ingenio. Aquél era un mundo artificioso y amable. Los literatos se ocultaban bajo seudónimos y cultivaban la ironía y los géneros cómicos. El periódico aquel posee tanto sabor local, tantas enseñanzas de la vida contemporánea, que parece que lo aderezaban en vista de la historia. Como tenía sello literario, reflejó intensamente la fisonomía nacional de aquel instante. Se aprende más de la época leyendo sus artículos y versos, que no sus noticias. El arte es la verdadera realidad. Entre los doctores y letrados de entonces no aparece aún ninguna figura propiamente excelsa, aunque sí muchas decorosas. Mientras zumba, en los Seminarios, el ruido de las abejas de la cultura oficial, aquella legión laboriosa llena la metrópoli de epigramas. A veces, de la provincia, coreadas por la fama vernácula, llegan poesías de un desconocido, de un fray Manuel de Navarrete. Sus versos se publican en el *Diario de México* de cuando en cuando. Como ha ocultado su nombre, surgen discusiones sobre quién puede ser. Sus obras son comentadas con probidad. Al fin, los metropolitanos acatan al desconocido y le dan entrada en el cenáculo literario, grupo más o menos numeroso que se junta, noche a noche, a charlar en las librerías.⁴¹

Pareciera ser, la de Reyes, una verdad poética o una imagen primordial irreductible a los esfuerzos posteriores de la investigación literaria. Es curioso o es triste que en su jardín bucólico, poetas

⁴⁰ Fabio Morábito, *Los pastores sin ovejas*, op. cit., p. 31.

⁴¹ Alfonso Reyes, “Un recuerdo del *Diario de México*” (1913) en *Obras completas*, I, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, pp. 345-356.

convertidos en los pastores que dibujaban, los árcades se obstinan en la inmovilidad.

Insisto: no estamos solos ni somos originales en el desconcierto ante una sensibilidad, la de la poesía neoclásica practicada por Martínez de Navarrete y compañía, del todo ajena a los lectores nacidos, incluso, en el siglo xx. Fue el dicitario de una época que barrió no sólo con nuestros árcades, sino con Delille, Macpherson, Gessner, Young y Meléndez Valdés. Tan arduo de lograr es que un estudiante mexicano de literatura disfrute hoy día de Martínez de Navarrete como que lo haga, con los contemporáneos de éste, algún escolapio europeo. Si se les quiere entender no basta con leerlos en esas fotocopias impresas y encuadernadas a pedido del cliente que se venden en internet, es necesario, como en pocos casos, hacer un viaje al pasado con el *kindle* lleno, bien equipados de clásicos anotados y diccionarios de mitología. Pero nuestros “clasi-quinós”, a simple vista, parecen monótonos y simples, pero no lo son: su literatura, como aquella narrada y expuesta por Fénelon en *Las aventuras de Telémaco* oculta, tras su inteligibilidad, una comprensión absorbente de Homero, Virgilio u Ovidio, de la cual carecemos. Pero fueron falsos modernos, los árcades. No sólo no estaban al día sino resultaron incapaces de competir por hacerse contemporáneos de su prójimo futuro, los románticos. Vivían aquellos neoclásicos rodeados de estatuas parlantes que acabaron por enmudecer.

3. VISTAZO AL MAESTRO

Martínez de Navarrete y los árcades fueron admiradores fervientes de Juan Meléndez Valdés (1754-1817) y es imposible entenderlos sin conocerlo: la literatura es mundial. Tuvieron por modelo al primer poeta español del siglo xviii, lo cual, para tantos de sus predecesores románticos y modernos, no es decir mucho. Quizá, se quejaba Azorín, a la literatura hispánica e hispanoamericana de aquella época se le ha cargado demasiado la mano. Se olvida la parado-

ja del neoclasicismo subrayada por Menéndez Pelayo, la de haber estado sujeto a “una técnica literaria inflexible, fincada en la admiración de ciertas obras de la antigüedad, mal entendidas por lo común”. Pero con “esa preceptiva falsa o incompleta, y de todas suertes opresora de la libertad artística y el arranque genial” se hicieron obras maestras, no sólo universales, concluye don Marcelino, sino populares.⁴²

A mí, que soy de gusto neoclásico, me encantan David, Ingres, Gluck, Thorvaldsen. Y, además, porque es de mala suerte hablar mal de Boileau y de sus reglas, me he esforzado leyendo a Meléndez Valdés, criado en el ambiente librepensador de Salamanca, discípulo de Cadalso y de Jovellanos, magistrado desde 1789, desterrado en su propia tierra y luego en Francia, por afrancesado, donde murió. La viuda temió que los estudiantes de medicina en Montpellier desenterraran su cadáver para disecharlo. Los restos mortales del poeta tardaron mucho en volver a España, hasta 1866.

Dando tumbos, tardaba en terminar una posteridad, la de Meléndez Valdés, baldada doblemente: por ser el clásico poético de un siglo tenido por medianísimo y, además, políticamente despreciado por haberse avasallado, tras no pocos vericuetos, ante el rey José en 1809. Humanitarista, adversario de la tortura como alcalde del crimen, Meléndez Valdés fue de los ilustrados cuya influencia y moderación les hizo aterrarse ante la Revolución francesa y, por ello, participar ateridos, con celo, en el cerco sanitario con que el reino de Carlos III quiso protegerse de la epidemia en el vecindario. En sus papeles, toda referencia a los hechos franceses fue cuidadosamente borrada.

Pero a este magistrado, al cual su biógrafo más amistoso llama “pánfilo” por su ingenuidad ilustrada pero también por confundir una y otra vez la prudencia con la cobardía, la historia lo alcanzó en 1808 y ha sido tenido como ejemplo del doble juego infortunado: loando a Fernando VII, al rey francés, y a Fernando VII otra

⁴² Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, 1, *op. cit.*, p. 996.

vez. Con nadie quedó bien Meléndez Valdés, ni vivo ni muerto. Junto al lucreciano abate Marchena y a Juan Antonio Llorente, el crítico de la Inquisición, completó don Juan el grupo de los “tres traidores” retratados haciéndole la corte al hermano de Napoleón enviado a reinar en España. De ese trío de grandes escritores españoles que se afrancesaron, don Juan ha sido el más difícil de revivir. De nada de esto pudo enterarse, recuérdese, su fiel lector novohispano: el fraile Navarrete había muerto en 1809.

Gracias al inventario realizado por Georges Demerson, sabemos lo que había en la biblioteca de Meléndez Valdés: mucho siglo XVII francés, como será el caso de los lectores novohispanos del *Diario de México*, mientras que los libros de Voltaire, obviamente leídos y releídos no aparecían en los catálogos. Tenía todo Rousseau y todo Alexander Pope, el poeta inglés que en mucho inspiró a los franceses en materia de neoclasicismo. “El dulce Batilo”, como se le conocía en la Arcadía española, no sabía inglés y de las *Noches*, de Young, aunque tenía su ejemplar en lengua original, se servía recurriendo a la versión francesa de Le Tourneur, letrado que como ya se dijo, más que traducir recreaba y ha de ser considerado como un autor más.

Acusado como poeta del “pecado nefando” del galicismo, Meléndez Valdés, en efecto, escribió siempre el francés con faltas de ortografía y cuando le tocó ser consejero de Estado del rey José, demostró poco oído para entenderlo y mala voluntad para hablarlo. Fue el más castizo de los afrancesados. Su formación literaria más que neoclásica, resulta rococó, imbuido del sentimentalismo de Saint-Lambert, el amigo de Rousseau, su poeta favorito. El libro importante de Meléndez Valdés apareció en 1785, sus *Poesías*, y desde entonces lo que agregó a su obra de quinientas piezas, siendo mucho, no fue sustancial. Prefirió, entre las muchas formas que cultivó con maestría, el romancillo octosílabo y empujado por Jovellanos (digámoslo a la española) pasó de la descripción campestre. Éste lo instó a salirse de lo pastoril para afrontar los temas graves del funcionamiento del mundo: Dios, la noche, la soledad, el campo contra la ciudad, el invierno como temporada de medi-

tación, el otoño de la vida, la amistad de los libros, la fortuna, la vanagloria. Esos son los temas mayores acometidos por el poeta.

No hay acuerdo en si el mejor Meléndez Valdés es el arcádico, devolviéndole al español la llaneza perdida de los tiempos de Garcilaso, como lo creen quienes lo ven antecediendo a Wordsworth en un género pastoril destiñéndose de mitología, o sí es cierto, como lo sentenció don Marcelino cuando se hartó de “las estupideces de los pastorcitos”, que Meléndez Valdés será recordado por la gravedad de su filosofar poético. Antonio Alcalá Galiano, en un claro ejemplo de los agravios del romanticismo ante la grosera “irrealidad” arcádica, se quejó de que “sus campos huelen a ciudad” en esa poesía sin invención y es inverosímil encontrar a amigos suyos, como el ilustre e ilustrado Jovellanos, disfrazados de pastores. La mejor de sus églogas, “Batilo”, dice Alcalá Galiano en 1845, “es una repetición en versos lindos, fáciles por lo demás, fluidos, sonoros, de pensamientos comunes todos, y algunos de ellos falsos, sacados de las poesías bucólicas de todas las naciones y edades”.⁴³

Se admiran unánimemente, eso sí, las anacreónticas de Meléndez Valdés y se le concede haber puesto a la poesía en español a las puertas del romanticismo,regonero del “fastidio universal” tal cual lo muestra “A Jovino. El melancólico”, su homenaje, en 1794, al propio Jovellanos, justamente.⁴⁴ Algo de lo dicho en ese poema he de transcribir —allí donde el melancólico huye del sol y de la noche— porque a nosotros nos suena huero y convencional pero en ese entonces sabía a tónico novísimo de enervamiento:

El sol, velando en centelleantes fuegos
 su inaccesible majestad, preside
 cual rey el universo, esclarecido
 de un mar de luz que de su trono corre.
 Yo empero huyendo de él, sin cesar

⁴³ Antonio Alcalá Galiano, citado en Leopoldo Augusto de Cueto, *Poetas líricos del siglo XVIII* (1869), Madrid, Atlas, 1952, p. 69.

⁴⁴ Georges Demerson, *Don Juan Meléndez Valdés y su tiempo*, II, Madrid, Taurus, 1970, pp. 271-275.

llamo la negra noche, y a sus brillos cierro
 mis lagrimosos fatigados ojos.
 La noche melancólica al fin llega,
 tanto anhelada: a lloro más ardiente,
 a más gemidos su quietud me irrita.
 Busco angustiado el sueño: de mí huye
 despavorido; y en vigilia odiosa
 me ve desfallecer un nuevo día,
 por él clamando detestar la noche.⁴⁵

Profesó Meléndez Valdés un deísmo sentimental lleno de tolerancia y benevolencia, lo cual le permitía el ambiente relajado de la última mitad del siglo XVIII en España, donde el dominio de la Inquisición se había tornado simbólico, más preocupado en conservar el respeto público por el trono y el altar, que por perseguir las ideas nuevas, siempre y cuando éstas no fueran extremas, es decir, mientras no entrasen de lleno en el dominio de la verdadera crítica moderna. Esa política entró en crisis con la decapitación de Luis y María Antonieta: Carlos IV escogió a los más “filosóficos” de sus poetas para combatir, en primera línea, la apostasía venida de Francia y probar de ese modo su contrición. Antes de ello, el Dios relojero de Voltaire se las arreglaba para respetar la observancia del catolicismo español.

La buena ley de Meléndez Valdés, su afecto de ilustrado por un mundo que estaba bien hecho, lo convirtió en un renovador de la poesía en el terreno de la elegía, de la ilustración, de lo moral, de lo filosófico. Con él desaparecen las imitaciones del gongorismo y de la poesía española, gracias a su influjo, van retirándose la tramoya y el atrezo de la mitología griega. Baja el telón sobre las estatuas de los dioses y quedan los pastores. Zagalas y pastores representan lo simple, lo hermoso, lo armónico. En Meléndez Valdés opera una

⁴⁵ Juan Meléndez Valdés, *Poesías selectas*, edición, introducción y notas de J.H.R. Polt y Georges Demerson, Madrid, Biblioteca Clásica Castalia, 2001, p. 200.

transición entre las Arcadias italianas y francesas, para las cuales el campo era una convención que permitía que actuaran poetas, ciudadanos, amantes y lo idílico-pastoril como expresión de la Naturaleza, a la cual se le consideraba más un verdadero lugar de perfección moral que un mero teatro. Lo rocó se volverá rousseauniano, auténtico, tarde o temprano.⁴⁶

De los muchos poemas meléndezvaldesianos apropiados para ilustrar su poética, yo escojo la oda anacreóntica xxviii, titulada “De Dorila” (c. 1775), porque expresa algo que repugnó a los románticos, y aún a nosotros, del horizonte neoclasicista: su idea de que el mal, cuando se presenta, es sólo un retraso en el tictac del reloj universal. El tema de esta anacreóntica, de la cual el poeta estaba muy orgulloso en particular, es la pérdida de la virginidad por una violación a campo abierto:

Al prado fue por flores
la muchacha Dorila
alegre como el mayo,
como las Gracias linda.
Tornó llorando a casa,
turbada y pensativa,
mal trezado el cabello
y la color perdida.
Pregúntanla qué tiene,
y ella llora afligida;
háblanla: no responde:
ríñenla: no replica.
Pues, ¿qué mal será el suyo?
Las señales indican
que cuando fue por flores
perdió la que tenía.⁴⁷

⁴⁶ Rinaldo Froldi, *Un poeta iluminista: Meléndez Valdés*, Milán, Istituto Editoriale Cisalpino, 1967, p. 56.

⁴⁷ Meléndez Valdés, *Poetas selectas, op. cit.*, p. 160.

Esta anacreóntica, a su vez, muestra lo esencial del carácter rococó de la poesía de Meléndez Valdés, que según Demerson, tuvo

el gusto por la simetría y por la variedad; la preferencia por las formas curvas y ligeras; la predilección por lo delicado, pequeño, íntimo y elegante; el erotismo juguetón; el empleo de una mitología “reducida a pequeñas dimensiones domésticas”, decorativa sin trascendencia; y una calidad huidiza relacionada con la gracia y con el juego y cuyo fondo es la inocencia —inocencia muchas veces ambigua, o perdida o añorada.⁴⁸

No en balde Cupido, dice Demerson, era el símbolo predilecto del rococó: un niño alado como figuración de lo sensual, eso era en Meléndez Valdés, el deseo erótico que aludiendo a veces a lo sexual, adrede lo deshumanizaba al situarlo en el mundo arcádico. Otro problema con Meléndez Valdés y su poesía está en lo mal que digerimos, desde el romanticismo, el plagio. Incluso a los ojos del siglo XVIII, donde la noción de la propiedad intelectual estaba lejos de estar establecida e imperaban pocos escrúpulos en cuanto a lo que era propio de un autor y lo que se glosaba o se traducía, Meléndez Valdés queda a deber, como cuando copió una traducción francesa de *La creación*, el oratorio de Haydn, le agregó cosas a placer, propias o de Milton, cuyo *Paraíso perdido* le parecía empático con el material copiado. Hubiera hecho pasar por propio el resultado en España de no haber ocurrido, en la víspera de la *première* francesa de la obra de Haydn, el 20 de diciembre de 1800, un atentado contra el primer consul, que hizo demasiado famosa a la obra.

Si en los discursos político-morales de Meléndez Valdés se escucha el eco de Rousseau, como es natural matizado por el moderantismo de un poeta que también fue magistrado, en su poesía los préstamos de Saint-Lambert y Gessner (o de los traductores al francés del suizo que escribía en alemán) registran todas las varie-

⁴⁸ *Ibid.*, p. 43.

dades de la apropiación: la simple reminiscencia, la copia de un detalle, de una imagen completa, la mezcla de diferentes hurtos para sazonar un resultado que se antoje propio o, de plano, la traducción literal.

Según Pedro Salinas, uno de los poetas que ajustó cuentas con él, a Meléndez Valdés le tocó aclimatar a Anacreonte en España, como a otros les tocó hacerlo, durante el XVIII, en Suecia o en casi todos los confines de Europa. Se trataba de imponer poesías breves donde el Amor, el Vino y la Amistad se presentaran alegóricamente, como en sueños, atraídos por las palomas y los ruiseñores. De la anacreóntica pasó Meléndez Valdés al bucolismo, que no es exactamente lo mismo, y en el cual tenía el respaldo de la tradición española a la cual abrumó con las minuciosas descripciones campestres tan propias de la Ilustración en las cuales, más que un poeta, parece un coleccionista declamando la riqueza de sus gabinetes. Pero Meléndez Valdés, según Salinas, percibió lo subjetivo y lo elevó hacia un diálogo con la naturaleza más propio del romanticismo, palabra que apareció, no se olvide, para designar algo antes no perceptible en el paisaje natural. Y según Salinas, es en el romance lírico y casi novelesco donde don Juan, rozando lo autobiográfico, se acercó más a lo romántico.

Juzgado en su tiempo como “un peligrosísimo ejemplo de libertades poéticas”, Meléndez Valdés se impuso con una rapidez tan absoluta que se olvida su carácter renovador, bien distinta al libreto de la poesía correcta de su tiempo contra la que se rebeló, la de Tomás de Iriarte y sus secuaces. Lo que era nuevo se tornó canónico y comercial, menudearon las “anacreónticas sin anacreontismo”, dirá Salinas. Una nueva sensualidad se vació de su contenido, destacándose por sus guiños y manierismos, por la infección de diminutivos que llegó al abuso grotesco.

¿Fue Meléndez Valdés, entonces, sólo un versificador? Sí, pero no sólo fue ese “versificador de pensamientos, aunque no extravagantes, ordinarios” y “no mero imitador” que juzgó Alcalá Galiano. Fue un poeta, quién lo negaría, desprovisto de originalidad en una época donde ésta no era considerada ni esencial, certidumbre

escamoteada por sus críticos románticos. Su rutina logradísima de versificador le fue reconocida en Francia en 1797 y pese a carecer de invención propia, Meléndez Valdés hizo que la poesía española hablara filosóficamente siendo inferior no sólo a sus modelos contemporáneos sino a los viejos maestros españoles: Boscán, Garcilaso, fray Luis de León, los Argensola.⁴⁹

Nunca un simple versificador ha sido tan influyente, y esa influencia condujo en hombros a la poesía de la lengua española hacia otro siglo, como lo prueba la obra entera de Martínez de Navarrete, su fiel imitador novohispano. Pero no se olvide que en el siglo XVIII imitar, más que copiar, significaba emular.

4. EL FRAILE NAVARRETE Y SU BREVE TIEMPO

Siempre se sabe lo suficiente de un poeta gracias a sus poemas, y fray José Manuel Martínez de Navarrete, nacido el 18 de junio de 1768 en la villa de Zamora, en el actual Michoacán, no es la excepción. Pero gracias a Bustamante, a Monterde y al suertudo Manuel Toussaint, es posible reconstruir algo de la vida de quien fuera el último poeta notable de la Nueva España y el primero, según sus contemporáneos, de los poetas mexicanos.

Tardó un poco, para una época que alentaba las vocaciones tempranísimas, en decidirse Martínez de Navarrete por ingresar a la orden franciscana, a la cual llegó tras entretenerse un lustro como ayudante de comercio en la Ciudad de México, en la cual habría hecho estudios profanos de álgebra, geometría y dibujo, estos últimos en la Academia de San Carlos. En el apunte biográfico que prelude los *Poemas inéditos*, compuesto por Bustamante a partir de una lectura de lo que hay de autobiográfico en los versos navarretianos y de los testimonios de quienes alcanzaron a conocer al fraile, también se dice que en esos años de formación, Martínez de

⁴⁹ Demerson, *Don Juan Meléndez Valdés y su tiempo*, op. cit., pp. 308-309.

Navarrete se dio tiempo para tomar lecciones hasta de esgrima y danza, lo que abonó, según Monterde, en la ligereza de su poesía.⁵⁰

Es notoria en Martínez de Navarrete, dadas la confianza con que leyó a Meléndez Valdés y a los traductores de Young, una formación literaria hecha previamente fuera del claustro en el que profesó el 7 de agosto de 1787. Ello ocurrió en Querétaro, donde también enseñó latín. Fue destinado después a la Recolección de Nuestra Señora del Pueblito, donde padeció de pleuresía. La salud quebrantada acompañó sus estudios de filosofía, iniciados en Celaya y complementados con la lectura de los líricos españoles, de fray Luis de León y Lope de Vega a Quintana. Martínez de Navarrete fue muy infeliz estudiando la filosofía peripatética, es decir, la escuela de Aristóteles. Prefería componer odas y tocar la guitarra, según cuenta Bustamante, quien alcanzó a entender que al talento natural del fraile Navarrete le faltó, desde siempre, el último espaldarazo del rigor. “Faltóle un Gravina a este Metastasio de Michoacán”,⁵¹ dice Bustamante, lamentando que nuestro poeta lírico no hubiera sido educado desde niño, como el gran libretista, por un árcade mayor, como lo fue Gian Vincenzo Gravina para el autor de *La clemencia de Tito*.

Desde provincia, lejos del círculo que hacía el *Diario de México*, Martínez de Navarrete decidió otra cosa: no bastándole ser maestro de sí mismo lo fue, fugazmente, de todo un grupo literario. Asombró a los poetas de la Ciudad de México, quienes lo nombraron, por el gusto, la imaginación y la dulzura de sus poemas, por “su inteligencia en el idioma”, mayoral de la Arcadia de México. Eso fue el 23 de abril de 1808, según se hizo público poco después en el *Diario de México* pero la posteridad empezó pronto para el poeta: el 19 de julio de 1809, estando en el cénit de su fama, murió Martínez de Navarrete en el Real de Minas de Tlalpujahuá, de cuyo convento había sido nombrado guardián.

⁵⁰ Carlos María de Bustamante, “Apuntes biográficos y notas” a los *Poemas inéditos*, en Martínez de Navarrete, *Entretencimientos poéticos*, II, México, Porrúa, 1991, p. 241.

⁵¹ *Ibid.*, p. 244.

Había llegado el fraile Navarrete a Tlalpujahua tras peregrinar por otros conventos, como los de Silao y Tula, donde, tras haberle ocultado a sus superiores su oficio de poeta, empezó a beneficiarse de su celebridad en la capital. Justificó entonces su vocación con versos religiosos y composiciones políticas de circunstancias, como las redactadas, en 1807 y en 1808, en memoria de Francisco Primo de Verdad (lo cual no deja dudas de las simpatías autonomistas del poeta), en honor de Carlos IV, por la abolición que había decretado de la tortura y de Fernando VII, a quien suponían, desde la Nueva España, resistiendo la invasión napoleónica. Esta última composición, un canto en octavas, le valió un reconocimiento póstumo de la Real Universidad de México el 19 de octubre de 1808, consistente en un par de medallas de oro y cuatro de plata. En memoria del poeta muerto, Bustamante, a quien Martínez de Navarrete le debió casi toda su fama y fortuna, donó las preesas al convento franciscano de Querétaro. Iban “en un monetario que semeja una pirámide con dos inscripciones”, una castellana obra de Bustamante y su traducción latina, hecha por otro poeta, José Manuel Sartorio.⁵²

Lo que sabemos de la vida de Martínez de Navarrete nos permite imaginar a un joven borracho de literatura, tal cual lo muestra la variedad de su poesía y el encono satírico que la acompañó. Contó, en su desigual lucha por ser poeta en un medio hostil, con buenos amigos, como su protector desde los tiempos del noviciado, otro religioso llamado Vicente Victoria, a quien apodaba “Sileno” y le dedicó varias poesías, o como fray José María Carranza, ex provincial de su orden, quien prohijó su vocación lírica.

Huérfano de padre y obligado por su madre a profesar para hacerse de un beneficio eclesiástico, Martínez de Navarrete, caso raro, se impuso sin que casi nadie de sus admiradores lo conociese personalmente, al grado que su identidad fue materia de discusión en el *Diario de México* hasta que los editores aclararon quién estaba tras las iniciales *FMN* (Fray Manuel Navarrete) o simplemente *N*,

⁵² Bustamante, “Apuntes biográficos y notas”, *op. cit.* p. 251.

según indica Martínez Luna. Bustamante se carteaba con el poeta al menos desde antes de enero de 1806, cuando se publicaron “Las flores de Clorila”, la primera de las 170 colaboraciones de Navarrete en el *Diario de México*. Desde noviembre del año anterior, además, Sánchez de la Barquera, uno de los jefes del periódico, empezó la promoción de los versos de un lírico al que se consideraba, por su dulzura, émulo de Meléndez Valdés.⁵³

Es probable que su fama decidiese la publicación de sus versos en el *Diario de México*, y no al revés. Bustamante así lo admite, recordando que fue el mismo Martínez de Navarrete quien, abrumado por el éxito, decidió dar a conocer su identidad, temeroso de ser tomado por un impostor o de que sus versos fuesen publicados y deformados sin su autorización. En breve terminó la anomalía, según le contó Carranza a Bustamante, de que “un favorito distinguido de Apolo”, “un sabio moderno”, se empeñase en permanecer oculto del mundo.⁵⁴

Muerto de una infección urinaria, aunque descolorido, según Bustamante, por la dañina atmósfera de los conventos, Navarrete creyó ser víctima de “la enfermedad habitual de hipocondría”⁵⁵ y así lo manifestó en “Ratos tristes” (1806), su largo poema autobiográfico. Aunque este fraile-poeta cumplió con su obligación de despedirse piadosamente de su estado religioso, dejando la estampa edificante de quien muere lleno de humildad y amor a Dios, sabemos, gracias a los papeles revelados por Toussaint en 1940, que la suya fue la doble vida de un fraile a duras penas contenido en su hábito, preso en la ambigüedad, protección y estigma que éste traía consigo a principios del siglo XIX.

“El divino talento” de Martínez de Navarrete fue reconocido por escritores y lectores del *Diario de México* desde el principio. “Las flores de Clorila” habían sido escritas mucho antes —en 1798— y estaban “dedicadas a Fileno”. Llevaban un epígrafe latino de Pro-

⁵³ Martínez Luna, *Fray Manuel Martínez de Navarrete*, *op. cit.*, p. 91; Monterde, “Navarrete, en el prerromanticismo”, *op. cit.*, p. 77.

⁵⁴ Bustamante, “Apuntes biográficos y notas”, *op. cit.*, p. 247.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 245.

percio. Los primeros versos causaron sensación por motivos que podemos explicar con alguna falsa erudición pero cuyo *sentimiento* nos será siempre en buena medida ajeno. Así decían:

¿Preguntarás acaso,
Lector, si en mis acentos
Tienen parte los dioses
Que cuidan de los versos?

Respondo que ninguna;
Sino que el rostro bello
De una hermosa muchacha
Ha templado mi ingenio.

Clorila, sí, Clorila
La pastora que quiero
Inflama mis versillos
Con su amoroso fuego.

¿Para qué son de Apolo
Inspirantes reflejos,
Si me influye más suave
La luz de sus ojuelos?

¿Pues que si de sus labios,
De sus labios risueños
La sonrisa imagino?...
Heliconas no quiero.

Lejos de mí el Parnaso
Que ya para hacer versos,
Sí, lector mío, á Clorila,
A Clorila me atengo.⁵⁶

⁵⁶ Martínez de Navarrete, *Entretenimientos poéticos*, I, *op. cit.*, pp. 28-29.

La inspiración mitológica del género pastoril, diluida por Meléndez Valdés hasta dejarla en una nomenclatura apenas capaz de contener los sentimientos “románticos” del lector fluía casi en libertad, agradecida por tomar forma mediante los “versos sabrosos”, según él los llamaba, de Martínez de Navarrete. El poema entero (fueron dieciséis odas aparecidas número tras número del *Diario de México* en esa primavera del año seis) presentaba a un pastor implorando a Cupido el retorno de la inspiración perdida de sus canciones infantiles a Clorila. Acto seguido, tras materializarse el querube flechando pastores, es Clorila, ninfa griega mencionada por Ovidio y asociada a la diosa Flora, la que se aparece y le da una flor a Silvio, su amante, quien saldrá bien librado de la envidia de los pastores y de los malos augurios. Y es que como dice Morábito, “la geografía arcádica recuerda esas estampas escolares en donde la fauna y la flora de un determinado ambiente geográfico (selva, desierto, bosque, montaña, etc.) aparecen reunidas en un solo punto —por ejemplo, el abrevadero de un río—, no bajo la árida forma de un catálogo (aunque de un catálogo se trata) sino de un universo sorprendido en un territorio reducido.”⁵⁷

Reconocemos en la meliflua trama lo que ya nos disgustaba en Meléndez Valdés: “insinceridad”, monotonía, simetría hechiza con golpes de métrica, según concluye Wold.⁵⁸ Disfrutamos también la facilidad de la expresión lírica del fraile zamorano, un versificador muy inferior a su maestro español pero a la vez más libre y tierno, poseedor de una rusticidad que entre bucólicos, los más artificiales y artificiosos de los poetas, llegó a ser virtud. Es difícil, en cambio, percibir la excitación provocada por las odas amatorias ofrecidas por Martínez de Navarrete a sus lectores y en este caso, el medio formaba parte del mensaje. A comienzos del XIX, el público literario conocía la licencia extrema (no sólo circulaba aquí y allá, a trasmano y en trastienda, la sátira sexosa sino la novela libertina) probable en una aurora más tarde conocida como romántica, don-

⁵⁷ Morábito, *Los pastores sin ovejas*, op. cit., p. 30.

⁵⁸ Wold, *El Diario de México, primer cotidiano*, op. cit., p. 45.

de lo mórbido y sentimental se mezclaron con tanto éxito. Pero lo nuevo era que éste fuese poesía por entregas, fácil, eufónica, “democrática”, difundida diariamente por un periódico que colectivizaba las intimidades y volvía públicos sentimientos reservados, antes de 1805, a la lectura dilatada, privada, trabajosa, de novelas. No era lo mismo comprar, apartar o leer una traducción de *La nueva Eloísa* que al fraile Navarrete en el *Diario de México*.

El neoclasicismo, en Gessner y en Young, en Meléndez Valdés y en Martínez de Navarrete, era inteligible, proveedor de una poesía no sólo didáctica sino refinada, popular en un sentido acorde con la ampliación de la masa de lectores que a la vez se buscaban y se encontraban a sí mismos en los periódicos. No soy, desde luego, el primero en notarlo: nunca antes en la historia literaria de la lengua española y pocas veces en lo sucesivo, habían aparecido, simultáneamente y dependientes uno del otro hasta lo indisociable, un poeta y su periódico, al grado que la pronta muerte del fraile Navarrete casi casi condenó al *Diario de México* a la inanición literaria.

La novedad de la poesía de Martínez de Navarrete fue esencialmente erótica y Menéndez Pelayo, en su *Historia de la poesía hispanoamericana*, no me deja mentir. Antes de vindicar “su sentido del número y de la armonía”, lo reprende en términos severos:

Por mucho que se conceda al convencionalismo arcaico y bucólico propio de aquella época y de aquel sistema literario, todavía parecen impropias de un religioso de tan severa observancia como la de San Francisco tantas colecciones de odas eróticas: *Las flores de Clorila*, *La música de Celia*, *La pollita de Clori*, *A Clori en el lecho*.⁵⁹

Es noticioso ese erotismo, entendido más allá de la exaltación pagana de lo natural: el de Martínez de Navarrete es arrobo ante el cuerpo de la amada que en las odas deploradas por don Marcelino, se expresa con una claridad que debió excitar, insisto, a los lectores del *Diario de México*, congraciados ante un liberador dispuesto a cantar así:

⁵⁹ Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, I, op. cit., p. 96.

Deja tu lecho, zagaleja mía,
 Tu dulce pecho do en quietud reposa
 El albo cuerpo como suave rosa,
 Que embalsama la fértil pradería.⁶⁰

En Martínez de Navarrete no sólo hay manos albas y ebúrneas “Que diestramente pulsan/El órgano sonoro/De las cantoras musas”, sino conciencia de la transgresión habida en “un bastardo amor”, perceptible por ejemplo, en su “traducción de unos versos de Angelo Poliziano en cinco odas anacreónticas”, en la cual, según nos lo muestra Toussaint, todas las estrofas latinas comprometedoras fueron sustituidas por puntos suspensivos, en un guiño evidente a todo aquel que conociera el apasionamiento del poeta renacentista. La versión completa, autoinculpatória, estaba entre los documentos del amigo anónimo de Navarrete. Todo ello era muy osado en 1805.⁶¹

Aguilar, el mejor lector que ha encontrado la poesía de Martínez de Navarrete, desentraña su erotismo y ve en él, paradójico, su límite como poeta:

A Navarrete no sólo le cantan las sirenas del erotismo disfrazadas de pastoras: estas sirenas son también literarias, salen del mismo género bucólico y se esconden en la puerilidad de los escenarios pastoriles. Su lucha con ellas, y su rechazo o entrega posterior, dan el punto de tensión en su poesía. Navarrete pone los diques o se hace amarrar al poste ya que cayó al agua. Tal cosa entorpece sus poemas.⁶²

⁶⁰ Martínez de Navarrete, *Entretenimientos poéticos*, I, *op. cit.*, p. 113.

⁶¹ Manuel Toussaint, “Nuevos aspectos en la biografía de fray Manuel de Navarrete”, *Revista Mexicana de Literatura*, año 1, núm. 2, septiembre-octubre de 1940. [Edición facsimilar del Fondo de Cultura Económica, México, 1982, pp. 225-234]. El artículo, despojado de sus indispensables notas, aparece reproducido en Toussaint, *Antología*, edición de Arnulfo Herrera, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011, pp. 159-166.

⁶² Luis Miguel Aguilar, *La democracia de los muertos. Ensayo sobre poesía mexicana, 1800-1921*, México, Cal y Arena, 1988, p. 30.

El problema con él, leemos en *La democracia de los muertos*, de Aguilar, es el sabotaje de un poeta contra sí mismo. A su inconsecuencia, que Martínez de Navarrete sólo podía evitar de haber sido un rebelde romántico, debemos lo más incitante de su obra:

Cupidos que no sirven para flechar, ninfas que se vuelven brujas, pastoras que no pueden disfrutar de su inocencia, jardines amenos que permiten la entrada a viejas rencorosas, juguetillos inmanejables porque quien invita al juego acaba volviéndose él mismo un juez insufrible que altera las reglas cuando ni Clori ni su lector han entrado al juego todavía. Pero en efecto se puede jugar con estos poemas: basta no hacerle caso al Navarrete que no quiere jugar y quedarse con el que sí quiere.⁶³

“El sueño alegórico” (1807), uno de los poemas navarretianos preferidos por Aguilar, le es más que suficiente al crítico para demostrar la “candorosa” insuficiencia del franciscano. Este canto en octavas enfrenta al poeta (o a su yo lírico) al “enigma de sus males”, lo cual, tratándose de un sueño y cuantimás, de un “sueño alegórico”, no le parece suficiente para reprimir sus efusiones. Si entiendo bien a Aguilar, el poeta se cura en salud pero se reprime mal y al final el mensaje queda clarísimo: el apasionado narrador cae en brazos de las ninfas que “Me ponen en sus brazos / Cual incauta avecilla en muchos lazos”. Los lectores del *Diario de México* seguramente entendieron lo mismo que nosotros:

¿Quién habrá que resista á una hechicera
Tan dulce en sus políticas funciones?
Brindóme, ¡ay cielos! y á la nueva instancia,
De sus frutos comí en abundancia.⁶⁴

Amable de leer sería la poesía de Martínez de Navarrete si sólo fuera pastoril y no erótica, pero el conjunto de la obra tal cual la

⁶³ *Ibid.*, p. 33.

⁶⁴ Martínez de Navarrete, *Entretencimientos poéticos*, I, *op. cit.*, p. 188.

dio a conocer la edición póstuma de 1823, sumada a la revisión de la vida literaria de la Arcadia en el *Diario de México*, presenta una mayor variedad: “no todo fue bucolismo en Navarrete”, afirma Aguilar, y al registro pastoral ha de agregarse la poesía civil junto a la religiosa, “impuesto sobre la renta de la musa profana”, que es, según la opinión unánime, lo peor de una obra desprovista como pocas de inspiración religiosa. Las ninfas y sus jardines le tocan el corazón porque formaron parte de su vida real: la literaria. La Divina Providencia, Felipe de Jesús el mártir mexicano, la Virgen María, por mencionar algunos de sus encargos, no le decían nada, pues eran las verdaderas convenciones a las que se sometía de vez en cuando por su oficio de clérigo. Hijo del devoto siglo XVIII novohispano, el fraile Navarrete fue el menos cristiano de nuestros poetas.

Como Meléndez Valdés, este fraile amplió su obra hacia el dominio de la meditación filosofante sobre la vanidad de las cosas del mundo, conmovido, dijo Monterde, por los temas abstractos de la inmortalidad y la libertad, asomándose a los confines del humanitarismo, preocupado en las fatigas del campesino. Pero no llegó nunca a esa poesía protosocial como la del madrileño Cienfuegos, otro discípulo, muy espeso, de Meléndez Valdés, con el cual ha sido comparado sin mayor razón. Nada que ver Martínez de Navarrete con el gran Ugo Foscolo, quien llegó a escribir *Los sepulcros* nada menos, porque estaba indignado por las leyes republicanas que aplicadas en el reino de Italia por los franceses en 1806, prohibían la erección de monumentos particulares a los muertos. La muerte, para fray Manuel, nada tenía de *política*, no competía a la ciudad. La muerte, tampoco, lo llevaba como a Foscolo al periplo histórico-mitológico de quien visita, en *Los sepulcros*, los túmulos de los héroes homéricos, de Miguel Ángel, de Maquiavelo, de Alfieri. Porque carecía de conciencia histórica tal cual la concebimos nosotros, Martínez de Navarrete nunca llegó a ser un romántico.

Pese a todo, el acercamiento navarretiano a lo sepulcral es interesante. “Ratos tristes” es, con mucha probabilidad, el primero de los poemas mexicanos donde un poeta intenta una autocrítica líri-

ca. La muerte, hoy lo sabemos, de una de sus enamoradas lo llenó de desconsuelo y como le ocurrió a contemporáneos suyos, como Cadalso o Novalis, la pena lo hizo renunciar a su primer manera literaria, al estilo de su juventud. Sin temor a aventurarse demasiado lejos, el poema puede ser leído como prerromántico por la impostación de vejez, pues Martínez de Navarrete, quien cumpliría cuarenta años en 1808, superaba la edad de Cristo, frontera que para los románticos era el comienzo del ocaso de una vida que el fraile observa desde “la mortal hipocondría”, febrilidad ajena al neoclasicismo. Menos original es el menosprecio, en la dedicatoria de “Ratos tristes” de las “grandes ciudades” a favor del “tono que-relloso, propio de las profundas soledades” donde el poeta, retirado en la naturaleza, meditaría acerca de la muerte, tema propio de la vieja “alabanza de aldea y menosprecio de corte”, tan castellana.

La Arcadia de las Doris y de las Cloris, en “Ratos tristes”, es cosa del pasado y el poeta hipocondríaco ya no canta “De los pastores / Inocentes amores; / Ya no canta las simples zagalejas / Coronadas de flores / Tras de blancas ovejas”.⁶⁵ Pese a no considerarse, como Timón de Atenas, un misántropo, el poeta, al mirar el prado bucólico le da las gracias a sus amigos fieles y recuerda a sus muertos, a sus padres queridos, a los que trae a cuento junto con una hermana para rebajar y diluir el verdadero dolor, comprometedor, de la pérdida amorosa, ése que remite a aquella cuya voz se repite en sus llantos:

Ilusión agradable; pero vana,
Pues el golpe violento
De tu muerte temprana
Acabó con tu vida y mi contento.⁶⁶

La poesía sepulcral se detiene, en “Ratos tristes”, ante la losa, “la puerta tenebrosa del sepulcro”. No destacan las tumbas ni los cadá-

⁶⁵ Martínez de Navarrete, *Entretenimientos poéticos*, II, *op. cit.*, p. 12.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 40.

veres, nada tiene que ver con los diálogos en prosa de las *Noches lúgubres* de Cadalso, quien le debe menos a Young, incapaz de ser macabro, de lo que se dice. Consta que Martínez de Navarrete sí leyó los versos, más convencionales, de Cadalso. Lo que le interesa, al fraile, es hacer oír su lamento ante la vanidad de las cosas desplegado como autocrítica del entusiasmo pastoril al que debía su celebridad en el *Diario de México*. Y si se compara “Ratos tristes” con lo que hicieron Escóiquiz y Le Tourneur con Young, persiste la impresión de que Martínez de Navarrete es más un modernizador del viejo bucolismo castellano que un acólito de la poesía sepulcral.

Desconocemos la cronología exacta de la obra navarretiana porque sus editores la publicaron a su gusto: inmediatamente después de “Las flores de Clorila” salieron los “Ratos tristes”, equilibrando el *Diario de México* su oferta del nuevo poeta con poemas lóbregos y versos bucólicos. Gracias a los papeles descubiertos por Toussaint se infiere que habiendo sido publicados “Ratos tristes” en el *Diario de México* en 1806, lo fueron poco después de haber sido escritos por un poeta doliente y apesadumbrado, siendo casi contemporáneos estos versos de aquello que evocan mientras que la poesía feliz, propiamente pastoril, la escribió Navarrete antes de 1802, a fines del siglo XVIII.

El pacato don Marcelino prefiere al Martínez de Navarrete fúnebre contra el calenturiento fraile, y yo también, preferencias cuya discusión nos habla de un poeta en plenitud. Sus desmayos, su grosería prosaica, sus meras imitaciones ya fueron subrayadas por toda la crítica y no insistiré más. Más que en la perspectiva de Monterde, la del tránsito inevitable entre ser neoclásico y empezar a ser romántico, yo encuentro en el fraile a un insomne que entre más busca dormirse con el romanticismo, éste, como el horizonte, se vuelve inalcanzable. Así son algunos entre los postreros neoclásicos, eternos prerrománticos. Pero fue un aplicado sepulturero del abominado barroco gongorino, muy hijo de su tiempo, lo cual garantiza, si no el genio, al menos el talento. Pero junto al “sátiro” fraile Navarrete tenemos, también y como último aspecto, a un satírico. Y la sátira, según dice Thomas G. Rosenmeyer, el

estudioso de la lírica pastoril europea, es una de las pocas salidas posibles del mundo bucólico. Antes de morir, Navarrete vio abrirse esa puerta.⁶⁷

“Todo lo que intentó al margen de su bucolismos y como poesía ocasional ofrece muestras de una versificación llena de agilidad y agudeza”, dice Aguilar de Martínez de Navarrete. “Destacan sobre todo sus sátiras con una ferocidad que a veces recuerda a Salvador Novo. Los poetas del momento usaron la sátira, de preferencia, como corrector de costumbres; Navarrete fue el único que la dirigió contra el gremio literario”.⁶⁸

Cita Aguilar el “Vejamen al descubrimiento de cuatro poetas-tras” que dice, memorablemente:

Mojar quiso alucinado
De Helicon en las espumas
Un “cagatinta” sus plumas,
Aunque escribiente “pelado”:
 Pero ya ha visto el letrado,
Cuando las aguas penetra,
Que su audacia sólo impetra
Un humor que mal le pinta,
Porque un pobre “cagatinta”
No hace en el parnaso “letra”.⁶⁹

Se admira Aguilar, y yo con él, de la vivacidad con la que el fraile combatió a “los poetastros”, proponiéndose su “exterminación total” de una canalla compuesta por caballos, yeguas y burros que relinchaban en verso. Gracias a Toussaint sabemos los nombres reales de algunos de estos hijos de vecino, versificadores vecinos de Querétaro. Entre ellos destacó Martínez de Navarrete al “mordedor más insolente”, al cual le preguntó:

⁶⁷ Thomas G. Rosenmeyer, *The Green Cabinet. Theocritus and the European Pastoral Lyric*, Oakland, University of California Press, 1969, p. 212.

⁶⁸ Aguilar, *La democracia de los muertos*, op. cit., p. 34.

⁶⁹ Martínez de Navarrete, *Entretenimientos poéticos*, II, op. cit., p. 107.

¿Cómo, siendo caballo, allá en tu oriente
 Te me volviste perro en un instante?
 Metamórfosis tal, que si la expongo
 De caballo y de perro haré un diptongo.⁷⁰

A nuestro fraile, entonces, no se le reconoció como mayoral de la Arcadia sólo por la belleza de sus versos o por su tierno predominio de fraile enamorado de la rusticidad, capaz, junto con sus amigos, de emprender la innovación retrógrada que devolvía la literatura novohispana a los rústicos tiempos pregongorinos. Fue un inclemente jefe de escuela, un poeta satírico capaz, como dice Aguilar, de sostener las treinta y cinco octavas de “Azote de pegasos” en un mismo tono sin embarrarse con los insultos proferidos.

De Martínez de Navarrete, muerto en el cénit de su fama, quedó “una leyenda blanca” de sacerdote enamorado beatamente de la belleza: sin ser recordado como “sátiro” cuyo apetito sexual atrae a las ninfas o en tanto que poeta satírico. Fue hecho estatua por los árcades, en una época de estatuaria, y la estatua, neoclásica en su versión novohispana, es decir, piadosa, clemente, racional, se quedó por allí, abandonada porque todos corrieron hacia otro lado, dispersados por la guerra y la revolución.

Fue 1808 año de la invasión francesa allá y del intento, acá, del virrey Iturrigaray por hacer de la lealtad del virreinato un gesto de autonomía, fue seguido por 1810 con el pavor ante la rebelión de Hidalgo y su despiadada represión; luego vinieron la Constitución de Cádiz y sus libertades fugaces, apareció otro cura guerrero, Morelos, y los lectores y los admiradores del fraile se dividieron, previsiblemente, en realistas e independentistas. El Imperio de Iturbide, la república y la paz, entre 1820 y 1823, permitieron que se voltease a ver a la estatua del primer poeta y allí estaba, donde la dejaron: no era tan vieja pero parecía remotísima, el obsoleto testimonio de un paraíso perdido, la “cultilatinoparla” Nueva España que en 1805 había estrenado, casi al mismo tiempo, un periódico, el *Dia-*

⁷⁰ Aguilar, *La democracia de los muertos*, op. cit., pp. 34-35.

rio de México y un poeta, el puro y sensible fray Manuel Martínez de Navarrete.

La leyenda sufrió, como ya hemos visto, el acoso de una crítica severa, desconfiada, prejuiciosa, hasta insultante, y a ello se agregó en 1940 el descubrimiento hecho por el crítico de arte colonial y anticuario Manuel Toussaint, quien publicó los papeles que revelaban la verdadera historia de amor oculta en la poesía del fraile Navarrete. Se había equivocado don Marcelino cuando, curándose en salud antes de regañarlo por escribir versos indignos de un sacerdote, lo disculpaba de padecer “el más leve asomo de inspiración sensual”. Según un manuscrito titulado *Libro Nuevo de todas las cosas y otras muchas más*, pergeñado en Querétaro por autor desconocido y publicado después de la primera edición, la de 1823, de los *Entretenimientos poéticos*, Martínez de Navarrete tuvo hijos —uno de ellos fue el Melito de sus poemas— con dos mujeres distintas y muy hermosas. Ambas eran de Celaya, una de las cuales lo atormentó y le dio motivo de escribirle versos quejosos. También se afirma que el poeta tuvo “amores escandalosos” con una religiosa de Santa Clara llamada Dolores Viteli, monja profesa y vicaria de coro.

El chismoso, por las notas que escribió a los *Entretenimientos poéticos*, tenía un conocimiento muy detallado de la obra del poeta. Se dice sobrino de un tal Manuel Iturriaga y yo creo que si el autor de todo el manuscrito es uno solo, este amigo memorioso y filólogo aficionado debió ser Sileno, el compañero de Martínez de Navarrete en el noviciado. Como fuese, esta persona, por iniciativa propia o del fraile, empezó a enviarle los poemas al oidor Villaurrutia, uno de los jefes del *Diario de México*, y fue esa persona la que impidió “la corrupción de sus poesías”, es decir, quien cuidó editorialmente de la obra.

Clorila se llamó en vida Josefa Camargo y murió en 1806, según le informó Martínez de Navarrete al autor del documento. Juntos habían visitado a Clorila, en 1802, y “se conocía que era hermosa a pesar de estar bastante flaca y descolorida y criando”. En “Ratos tristes” se deja ver la “fuga” provocada por la furia de Antonio Lorenzo de Horge, alcalde de Querétaro y “gallego muy tonto”, quien habría

tenido razones, familiares o sentimentales, para echar a la ninfa de la ciudad en 1799 como castigo por sus amores con Martínez de Navarrete. En cuanto este señor dejó la alcaldía regresó Clorila.⁷¹

No es que el expediente revelado por Toussaint cambie demasiado nuestra impresión de la poesía navarretiana, pero la incomodidad de la carne le da al personaje otra espesura y a través de ésta sus versos salen del “gabinete verde”, como lo llama Rosenmeyer, de la Arcadia, para perder esa pátina prefabricada e industrial que nos aleja tanto de ellos. Cuando se disculpaba Toussaint de “aclarar la leyenda blanca” de Martínez de Navarrete, tenía cierta razón al decir que “casi siempre, cuando el artista no alcanza las alturas del genio, necesitamos que su vida venga en ayuda de su obra, como es el caso de Navarrete, nuestra ‘distinguida y apreciable mediocridad’ que dijera Menéndez Pelayo”.⁷²

De Martínez de Navarrete, en efecto, no podría decirse, como de Shakespeare, que su verdadero nombre fue Shakespeare, como apuntó Borges al desdeñar las averiguaciones de quién fue el bardo. En ese caso sería sólo apasionante y ociosa aventura erudita, saber si atrás de las Filis, Clorilas, Filenas, Celias o Ciparis había identidades reales de señoras, de señoritas, de niñas o hasta de muchachos. Aquella poesía, la del fraile Navarrete, como la de Meléndez Valdés, era un juego de máscaras y la convención indicaba la ficción, aceptada de grado por el lector, de que tras la máscara no hubiera rostro alguno. Pero no pasó en vano el romanticismo y el descubrimiento, accidental, del *Libro Nuevo* de Querétaro hace posible, gracias a la silueta comprometida de Martínez de Navarrete, empezar más atrás, en el verdadero albor del siglo, la prehistoria de nuestra poesía romántica.

Fue muy afortunado el descubrimiento de Toussaint, porque de no haber aparecido el testimonio de que “Clorila, Melito, Silvio, etc., fueron seres de la vida real que intervinieron en las emociones del poeta”, como él lo señala, la imagen del fraile Navarrete hubie-

⁷¹ Toussaint, “Nuevos aspectos de la biografía de fray Manuel de Navarrete”, *op. cit.*, pp. 231-235.

⁷² *Ibid.*, p. 258.

ra permanecido estática, una estatua neoclásica en la más vetusta visión del asunto, ajena al trajín nuestro, porque los modernos (y los posmodernos, supongo) somos lo que somos por lo que conservamos de románticos: para nosotros la vida sigue siendo un drama de la personalidad. Martínez de Navarrete, algo más que nuestro fraile “clasiquino”, lo adivinó y según el manuscrito queretano, habría escrito al margen de una de sus odas: “Júpiter en la mitología es el Padre de las Musas; aquí lo es Apolo: si los griegos soñaron con su cabeza, yo sueño con la mía.”⁷³

5. POETAS DEL *DIARIO DE MÉXICO*

La historia se ha contado varias veces: el *Diario de México*, el breve reino del fraile Navarrete sobre la poesía novohispana y la Arcadia mexicana, nacieron casi al mismo. La secuencia fue la siguiente: un entusiasta del género hizo publicar en el *Diario de México*, el domingo 10 de noviembre de 1808, una “Cantinelá” enviada desde el puerto de Veracruz en la cual saludaba “a los de la Arcadia mexicana”, entre los que menciona, y que vale la pena recordar, a Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, más importante como personaje público y animador que como poeta, a José Manuel Sartorio (1746-1829) y a Francisco Manuel Sánchez de Tagle (1782-1847). El autor, poeta bien modesto que “versificaba a troche y moche”, firmaba como “El Pastor Guindo” y fue, según Henríquez Ureña, “un guardalmacenes del Real Cuerpo de Artillería” llamado Juan José de Güindo, quien saludaba así a sus admirados poetas de la capital:

Dichosos compañeros,
Amables y entendidos
Que con vuestros cayados
Vivís ahí tranquilos.⁷⁴

⁷³ *Ibid.*, pp. 264-265.

⁷⁴ Martínez Luna, *Fray Manuel Martínez de Navarrete, op. cit.*, p. 89.

El Pastor Guindo evidenció a una sociedad de poetas que tras jugar algunas semanas con que si salían o no a escena, anunciaron su constitución como la Arcadia de México, en el *Diario de México*, el 16 de abril de 1805. La presidían los poetas José Mariano Rodríguez del Castillo (de Guanajuato) y Juan María Lacunza (muerto en 1821 y padre de un par de literatos figurantes en el medio siglo), y otros de sus miembros fueron Anastasio de Ochoa y Acuña (1783-1833), Mariano Barazábal (nacido en 1772) y Ramón Quintana del Azebo, a los que se sumaría, comenzando 1806 y como ya vimos, el fraile Navarrete.

A la presentación escrita por Rodríguez del Castillo (Amintas), en la cual ya se encriptaba a algunos poetas bajo los seudónimos de Delio, Damón, Batilo y Anfriso, le siguió otra nota, más seria, la del editor Bustamante, en la cual se hacía eco de la invitación de Amintas “a los ilustres poetas que brillan en el periódico [para que] tuvieran la bondad de asociarse a nuestra pequeña Arcadia” y la respaldaba como editor, indicando que “el diarista aprueba desde luego esta especie de academia, como estímulo poderoso para adelantar en todo tipo de composiciones”.⁷⁵

La Arcadia de México es quizá el último capítulo de una historia comenzada cuando en torno a la reina Cristina de Suecia, establecida en Roma tras haber abrazado el catolicismo, se reunió una corte de poetas reformadores encabezados por Crescimbeni y decididos a hacer de la dulce tierra inventada por Virgilio una realidad, al menos, literaria. Tras la muerte de la reina conversa, en 1690, la Arcadia romana, en su honor, se oficializó. Con las *Bucólicas* en la mano, estos poetas combatieron a Giambattista Marino y a su escuela, decadente y alambicada, conceptuosa, plena en grageos y espejismos. Es natural que el movimiento empatase, en España y después en América, con la reacción antigongorina.

Aquella primera Arcadia, la de Roma, tuvo en Ludovico Muratori, con *Della perfetta poesia italiana* (1706) y en Gravina, con *Della ragon poetica*, a sus principales teóricos, pero para entender

⁷⁵ *Ibid.*, pp. 89-90.

el impacto del teatro bucólico y de la máscara pastoril, más que a la novela o a la poesía, hay que irse a la ópera y escuchar y mirar, *Acis y Galatea* (1731) de Haendel, *Febo y pan* (la cantata BWV 201 de J.S. Bach), *Orfeo y Euridice* (1762) de Gluck y *El adivino de la aldea* (1752), de Jean-Jacques Rousseau, todas ellas concuerdan en letra y en espíritu con lo que se dijo de Metastasio, a quien musicalizaron Scarlatti, Haendel, Pergolesi, Cimarosa y Mozart. Metastasio, el famoso poeta lírico alumno de Gravina, avasalló a su siglo, el XVIII, al grado de que “poca poesía ha habido en el mundo con una afinidad tan grande con las condiciones de su tiempo” como la tuvo la pastoril al recitarse, al escenificarse.⁷⁶ José Guilherme Merquior, como historiador que fue de la literatura brasileña, tan arcádica, recalcó esa genealogía:

La Arcadia neoclásica no fue una creación del intelecto ilustrado, y sí un fruto de la sensibilidad rococó, oportunamente asimilado por la Ilustración. Los árcades leían, desde luego, a los enciclopedistas y a otros pensadores avanzados; pero sus poemas reflejan, tanto o más que la crítica literaria de un Voltaire, la musicalidad de los libretos de la ópera italiana. El principal autor de melodramas de su tiempo, Metastasio (1698-1782), musicalizado por Scarlatti, Haendel, Pergolesi, Cimarosa y Mozart, diluía la dramaticidad barroca de la tragedia raciniana en el verso lánguido y cantáble de las pastorales eróticas de Tasso, Guarini y Martino, y con esa metamorfosis nada ilustrada, se convirtió en el árcade más influyente del siglo. La reforma arcádica de los neoclásicos purgó a la literatura del ornamento mecánico, del virtuosismo mecánico que infestaba a las obras del Barroco epigonal en Italia, España y Portugal. “*Inutilia trincat*” —corta las cosas inútiles— es el lema de la poética neoclásica. Mas esa dieta estilística, que por un lado contribuyó a desterrar la verbosidad, por otro cercenó a la imaginación poética de su sustancia propia.⁷⁷

⁷⁶ Ernesto Masi, “I melodrammi metastasiani” (1886), en *Antologia della critica e dell'erudizione*, Nápoles, Francesco Perrella, 1913, p. 650.

⁷⁷ José Guilherme Merquior, *De Anchieta a Euclides. Breve história da literatura brasileira*, Río de Janeiro, Livraria J. Olympio, Editora, 1979, pp. 23-24.

Y es que los ideales de la Arcadia, según nos recuerda Gilbert Highet en *La tradición clásica* (1949), que sigue siendo el tratado ineludible al respecto, fueron reales y prácticos durante el Barroco y el neoclasicismo, para las clases altas:

Las pastorcitas de porcelana de Dresde y la granja juguete de María Antonieta en el Petit Trainon nos parecen ahora infantilmente artificiales, pero se acercaban más a la realidad que las descomunales óperas acerca de Jerjes y las descomunales pinturas murales en que se representaba a su Alteza Serenísima como Augusto o como Hércules. La Arcadia significaba una huida a un arte más puro, lejos de la sombría solemnidad de cortes y templos. Su más notable avatar estuvo en Italia.⁷⁸

La Arcadia romana se proponía ilustrar éticamente al público, librándolo del “mal gusto”, que elevado a la categoría de perversión moral había corrompido a la poesía italiana, entregándola, también, al dominio francés en una actitud interpretada como “nacionalismo” incipiente, según dice Jorge Ruedas de la Serna, nuestro especialista en los árcades novohispanos, brasileños y portugueses, quien encuentra similar énfasis en la Arcadia mexicana.⁷⁹

El arcadismo tuvo en el mundo de habla portuguesa un componente de disidencia política y autonomía literaria más osado en Lisboa, cuya Arcadia se fundó en 1756 y en el Brasil, donde destaca la figura del arcádico rebelde Tomás Antônio Gonzaga, que en Madrid o la Ciudad de México. Los árcades portugueses combatieron al marqués de Pombal a mediados del siglo y en Minas Gerais los brasileños constituían focos de libre pensamiento y emancipa-

⁷⁸ Gilbert Highet, *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, I, traducción de Antonio Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, pp. 282-283.

⁷⁹ Jorge Ruedas de la Serna, *Arcadia. Tradición y mudanza* (1995), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, y *La formación de la literatura nacional (1805-1850)*, I. *Prolegómenos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011.

ción política. Y gran importancia tuvo acá la lectura que hiciera Miguel Hidalgo y Costilla, el padre de la patria, de otro cura, Luís António de Verney, el árcade e iluminista portugués.⁸⁰

En la Nueva España los editores del *Diario de México* se decantaron, primero, por la autonomía con el virrey Iturrigaray y después de 1812 algunos lo hicieron por la Independencia, pero sería arduo de comprobar que Martínez de Navarrete y su claqué de poetas fuesen ilustrados, librepensadores o revolucionarios. Los árcades, como buena parte del mundo criollo en 1805 lo era, también fueron muy guadalupanos. Extraño hubiera sido que el principal grupo de periodistas y poetas no recurriese al manto protector de la Virgen de Guadalupe.

La Arcadia romana fue una empresa de restauración que se propuso volver a la supuesta simplicidad de los tiempos de Augusto, cuando imperaron Virgilio, Horacio y Tito Livio, epicúreos desdeñosos del lujo, la riqueza y el poder. El escudo arcádico era la flauta del dios Pan con las guirnaldas de las ramas de laurel y pino, su sede estaba en un bosque del Janículo, una de las siete colinas de Roma, y sus miembros tomaban nombres de pastores griegos, lo cual inundó la poesía mundial de legiones de poetas con seudónimos o criptónimos de ese orden. Highet también hace constar que la profusión de semejantes sociedades en Italia y más allá, provocó que se oyera “un largo balido que resonó desde los Alpes hasta Sicilia”,⁸¹ según se quejaban los malquerientes de la Arcadia.

Esta ostentación de antiaristocratismo propia de la Arcadia fue bastante aristocrática. Su enorme éxito, visible al grado de constituirse en una suerte de masonería que dominó todo el siglo XVIII, logró que celebridades literarias ajenas a la ortodoxia literaria pas-

⁸⁰ Jorge Ruedas de la Serna, “De zagales y mayores. Notas para la historia de la Arcadia de México”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (comps.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, 1. *Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 111-115.

⁸¹ Highet, *La tradición clásica*, 1, *op. cit.*, p. 283.

toril, como lo fueron Goethe, Voltaire o Rousseau, compartieran los valores arcádicos en general: naturalidad, estilo directo, estudiada espontaneidad. Los plebeyos, el tercer Estado, hicieron suyo el temperamento (algo más que una moda) arcádico y a fines de la centuria se había convertido en distintivo, más que de la aristocracia, de la cultura popular. Árcades como los novohispanos ya no tenían nada de aristocráticos ni de aristocratizantes. Además, sobreactuaban menos que los fundadores del espíritu arcádico, como Jacopo Sannazaro o Jorge de Montemayor, en el siglo xvii. La onda expansiva de Rousseau los había convertido en poetas que, si no eran “auténticos”, sentían serlo.

Nuestra Arcadia no tuvo tiempo de transformarse en un verdadero cenáculo o en una academia formalmente compuesta, como lo advierte Ruedas de la Serna, quien, pese a ello, la caracteriza con justicia como la primera asociación literaria mexicana sin nexo orgánico con la Iglesia (pese al caso de Martínez de Navarrete y a la importancia del cura Sartorio entre los árcades) y notoria por no haber invitado a apadrinarla al virrey o a la virreina, que años o décadas atrás habrían sido convidados de rigor a una reunión de ese orden. No sabemos si llegaron a reunirse los árcades y queda claro que el nombramiento del fraile Navarrete como su mayoral fue una decisión honorífica a la cual no siguió, por su muerte, la llegada del poeta a la Ciudad de México en busca de su cayado. Pero por ser tardía, nuestra Arcadia resultó ser, aunque de manera agónica, más moderna que sus predecesoras romanas o ibéricas al quedar asociada a la novedad del periodismo.

Repasemos a los poetas más notorios de la Arcadia y, sobre todo, lo que escribieron durante los años inaugurales del *Diario de México*. Aguilar descarta entre los buenos a José Agustín Castro (1730-1814), tras examinar algunos de los desarrollos que logró del lado “geórgico” de Virgilio. Tampoco le interesan al crítico quintanarroense los politizados fabulistas del periodo, todos ellos, dice, rehenes de Iriarte, como el célebre Luis de Mendizábal (“no hay noticias de su vida fuera de las literarias”, decía la *Antología del Centenario*). Encuentra más sustancia, empero, en Sartorio, en Ochoa,

en Sánchez de Tagle. Wold, por el contrario, le da cierto lugar a Barquera (uno de los editores, también aficionado a los versos), a Barazábal, por sus fábulas, a Lacunza, el padre, amigo de los salmos, a Rodríguez del Castillo, uno de los más prolíficos en el *Diario de México*, al muy hábil versificador Quintana del Azebo.

“Sartorio”, afirma Aguilar en un retrato al cual nada tengo que agregar,

fue el primer poeta con público y éxito de México, o para decirlo con Carlos María de Bustamante, era dueño de una popularidad romana, al grado de que cuando se promulgó la Constitución Española y lo nombraron elector de la Parroquia de San Miguel, la multitud salió a las calles a aclamarlo. Fue uno de los pocos sacerdotes que se negó a predicar contra los insurgentes y la Inquisición ordenó que lo aprehendieran, cosa que habría ocurrido de no ser porque la condesa de Regla intercedió en su favor. Al triunfo de la Independencia, como todos estos poetas, Sartorio optó por Iturbide y no le negó su apoyo cuando se proclamó emperador; al término del Imperio estuvieron a punto de expulsarlo de México y esta vez lo que intercedió a su favor fue su propia vejez y cierto aire de indefensión. Vivió en México hasta su muerte, y en 1832 se publicaron sus *Poesías sagradas y profanas*.⁸²

El romántico Heredia lamentó en aquel año, en *Minerva*, la última de sus revistas literarias, esa edición pues la modestia de Sartorio, “no le permitió publicar en la vida la colección de sus obras poéticas, aunque un sujeto rico le ofrecía costear la edición; y así protestamos que el rigor de nuestra crítica no se dirige al venerable Sartorio sino a su menguado editor, que *en prueba de gratitud* ha puesto en ridículo su memoria, con sacar a luz una infinidad de futelezas que el autor jamás hubiera pensado imprimir.”⁸³

⁸² Aguilar, *La democracia de los muertos, op. cit.*, p. 39.

⁸³ José María Heredia, *Minerva. Periódico literario*, presentación, notas e índices de María del Carmen Ruiz Castañeda, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, p. 19.

Se encendía Sartorio, según lee Aguilar, en sus versos a la Virgen y es imposible no encontrar un erotismo rayante con una blasfemia a la vez popular e involuntaria. Las musas profanas no le habrían dado a Sartorio tanta pasión y sustancia, tamaño abrasamiento. El fuego mariano de este sacerdote fue más lejos y “ningún poeta entretenido con las Cloris y las Silvias llegó a los límites involuntarios de Sartorio”. Se admira Aguilar de la versatilidad de su estro:

Le hizo poemas a todo lo que se le ponía enfrente, desde un perro llamado “El terrible” que amenazó morderlo al subir las escaleras en la casa de una dama hasta la lucha y victoria de un perico contra otro perro. A su comadre, a su ahijado, a su casera; un epigrama en latín a un amigo para enviarle una perrita; y poemas de ocasión siempre dirigidos a la Virgen: ya fuera para pedirle que no hubiera más terremotos o para agradecerle su salvación cuando estuvo a punto de ahogarse en una presa. Algunos de estos poemas son tan tontos que conservan cierto poder hipnótico.⁸⁴

Tan poco considerado como Aguilar se mostraba Urbina con Sartorio hace un siglo, juzgándolo “inagotable, constantemente fofo y chabacano”, calificando muchos de sus versos como “ensayos de un párvulo en una pizarra escolar”.⁸⁵ Urbina, junto con los críticos posteriores, le agradecen al padre Sartorio su devoción guadalupana, que unos juzgan mística (y se equivocan, como bien dice Aguilar) y otros meramente himnica.

Dijo Sartorio de los pies de la Virgen:

Déjame dar mil besos
A esos hermosos pies que me enamoran
Pies puros, pies ilesos
Pies que postrados ángeles adoran;
Pies que triunfantes con desnudo vivo
Hollaron de la sierpe el cuello altivo.

⁸⁴ Aguilar, *La democracia de los muertos*, op. cit., pp. 45-46.

⁸⁵ Urbina, *La vida literaria en México*, op. cit., p. 61.

Y en un juguete que con razón admira a Aguilar, el padre Sartorio no tiene empacho en manifestarse envidioso de quien mamó de los virginales senos:

Algunos, ¡oh qué gloria!,
Tuvieron esta dicha
(Si esta dicha no es mala,
Los tengo en esto envidia).
De esta leche mamaron:
Y de amor quedarían
Ebrios afortunados
*Con tan dulces caricias.*⁸⁶

Siempre se cita el epitafio que a sí mismo se dedicó este predicador, cuya reproducción es una costumbre en nuestras historias literarias que no voy a infringir:

Oculto bajo esta
Losa triste y funesta
Yace el pobre Sartorio.
Fue orador; aplaudióle su auditorio,
Más nunca ha predicado
Mejor que ahora callado.
La muerte, en fin, su asunto fue postrero;
Oye el sermón, y vete, pasajero.⁸⁷

Poeta de otra envergadura fue Anastasio de Ochoa y Acuña. Repito sus fechas: 1783-1833. Estudió filosofía en el Colegio de San Ildefonso y publicó su primera composición, satírica, a los veintitrés años en el *Diario de México*, y de haber vivido en una época que no se hubiese visto colapsada por un sismo histórico como lo fue la Independencia, habría recibido toda clase de honores acadé-

⁸⁶ Aguilar, *La democracia de los muertos*, *op. cit.*, pp. 40-42.

⁸⁷ Ruedas de la Serna, "De zagales y mayorales", *op. cit.*, p. 116.

micos, traductor como fue de las *Heroidas* de Ovidio, en versión muy del gusto de Menéndez Pelayo y de Henríquez Ureña, y de algunas cosas de Racine, Fénelon, Boileau, Alfieri y Beaumarchais. Fue también comediógrafo y novelista cuya obra en buena medida está perdida. Murió el michoacano en la Ciudad de México, durante la epidemia de cólera, un 4 de agosto.

“Nadie, entre los mexicanos de su tiempo”, dijo Henríquez Ureña comentando la traducción en romance endecasílabo que de Ovidio hiciera Ochoa,

poseía la percepción que él, siquiera escasa, de la belleza antigua, por lo menos en la poesía latina, única en que se ocupó. En sus mejores pasajes, logra reproducir el *tono* de las ideas y de los sentimientos antiguos no menos que la clara y pulcra viveza de las imágenes, sin acudir, como tantos otros, a la imitación de la *manera* con que los poetas castellanos de los siglos de oro interpretaron a los latinos.⁸⁸

Prefirió Ochoa a Pope contra Meléndez Valdés, dice Aguilar. El modesto y a la vez significativo título de su libro (*Poesías de un mexicano*), publicado en Nueva York en 1828, algo dice del sitio inaugural en el que debemos situarlo. Pero aquel poeta que a Menéndez Pelayo, en su *Historia de la poesía hispanoamericana*, no le hacía gracia, asombrado de por qué hacía reír a los mexicanos, tuvo un buen defensor en Urbina, quien escribía en 1910:

Aquí y allá se sorprenden, en Ochoa, rasgos de aquel generoso humor del soldado español [Baltasar del Alcázar], y también alienos, reminiscencias y parodias, del agrio y punzante Góngora, y de Quevedo el truhanesco y desenfadado burlador. Las festivas caricaturas de Ochoa son, por lo general, muy mexicanas, muy regionales, hechas algunas veces sobre frases y modismos locales, de que aún se conservan huellas en nuestras conversaciones familiares.

⁸⁸ Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos, op. cit.*, p. 201.

Ochoa no logró que se despegasen en franca risa los labios adustos de Menéndez Pelayo. No comprendió este crítico eruditísimo la razón de las estreptosas carcajadas que nos arranca la lectura del satírico mexicano. Y es que el célebre polígrafo no puede darse cuenta, como nosotros, de la fácil y encantadora naturalidad, de la precisión y del tino con que está retratada nuestra vida social, y con que están pintadas, a líneas caricaturescas, las gentes coloniales: el currutaco pedantesco, la coqueta pitarriquita, la doncella descocada, el perverso cócora, la vieja emperifollada, el rábula mentecato.⁸⁹

Ya no provocará carcajadas, Ochoa, pues la vida popular hace rato que dejó de ser una manifestación “licenciosa” aprobada por amplitud de espíritu democrático y popular, para ser canónica y tras el costumbrismo decimonónico, lo “muy local” que este poeta les parecía, para bien a Urbina y para mal a don Marcelino, dejó de serlo. Sus méritos son otros, los que destacó Aguilar, los de su papel como poeta de la Independencia, irreverente ante Fernando VII y consciente, el primero, de que aquélla fue una guerra de masas hecha por héroes desconocidos. Y como observador de tipos urbanos, tal cual lo resalta Urbina, tuvo su mérito Ochoa, como se ve en este epigrama:

Pasó la virgen María
 Por la calle principal,
 Que llaman del hospital,
 Con general alegría.

Hubo cortinas, aseo,
 Mucho riego, mucha flor,
 Y en zapatos de color
 Mil devotas... del paseo.⁹⁰

⁸⁹ Urbina, *La vida literaria en México, op. cit.*, p. 244.

⁹⁰ Anastasio de Ochoa y Acuña, *Poesías de un mexicano*, selección y prólogo de Mauricio Molina, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1987, p. 106.

Como poeta bucólico, Ochoa y Acuña fue célebre por haber convertido la anacreóntica en *pulqueóntica*, como dice Aguilar: tuvo su chiste sustituir al vino, clásico y clasicista, por el pulque, aunque no fue el primero en hacerlo en los dominios pastoriles pues el suizo Gessner ya había vindicado, en semejante alhelí patriótico, la cerveza. Insiste Aguilar en que Ochoa y Acuña fue más lejos, incurriendo en la parodia de la parodia y llegado el momento, le dedicó una anacreóntica al agua y aún más: hizo tierno escarnio de Meléndez Valdés y de Martínez de Navarrete. Este par había dedicado sendos poemas a las palomas y a las pollitas, siguiendo el consuelo de Catulo dirigido a Lesbia por el deceso de su gorrión. Ochoa y Acuña prefirió cantarle a Jazmín, el perro faldero de Silvia.⁹¹

Fue malicioso Ochoa y Acuña sin padecer del arrepentimiento o la torpeza del fraile Navarrete en esos lances. Su bucolismo es más atrevido y paródico. En “A Eucaris”, según Aguilar, Ochoa y Acuña le pide a Eucaris “que le niegue los favores que ya le concedió —es decir, que se dé más a deseo— para un mayor disfrute erótico”:

Tu seno, Eucaris bella
He oprimido dos veces,
Y dos me has rechazado,
Mas fue sin ofenderte.

Tú del amante robo,
Tan sólo te enrojeces:
¿Enrojecerte sólo
Cuando enojarte puedes?⁹²

Más que un poeta mexicanista, Ochoa y Acuña tuvo la madurez para hablar de su país y de la Ciudad de México (él había nacido en Huichapan, en lo que hoy es Hidalgo) con la naturalidad de un

⁹¹ Aguilar, *La democracia de los muertos*, op. cit., pp. 54-55.

⁹² *Ibid.*, p. 55.

verdadero poeta paseándose por sus lares: San Cosme, San Ángel o los campos poblados por “un millón de magüeyes” aparecen en sus versos alejándose de los pastores, usados sólo como referencia de escuela: Ochoa es el proyecto de un poeta caminante a lo Wordsworth. En sus letrillas, acaso lo mejor de su obra, no se contuvo. La coquetería había abandonado, posesión de lo urbano, el jardín encriptado de las zagalas y los pastorcitos. Veáse este fragmento de su epigrama XVI:

Del niño vendado
 Cante otro las tramas,
 Que yo de la moda
 Canto las chuladas.
 Que se muestre tan urbana
 Clori, que aun oyendo misa
 Con su abanico y su risa
 Salude á tantos ufana,
 Y deje de ser cristiana
 Por ser marcial refinada;
 ¡Ay, que chulada!

Que toda la pierna enseñe
 Dorila al subir al coche,
 A toda luz, no de noche
 Sin que tal moda desdeñe
 Y en hacerlo así se empeñe
 Adrede y por ser mirada;
 ¡Ay, que chulada!⁹³

Si con Ochoa y Acuña, Clori y Dorila llegan a la ciudad, la Arcadia se politizó con Sánchez de Tagle. No sin incertidumbre simpatizó con los insurgentes y al final, en 1821, redactó el acta de la Independencia, le escribió una oda a Iturbide y murió como polí-

⁹³ Ochoa y Acuña, *Poesías de un mexicano, op. cit.*, p. 61.

tico conservador tras haber sido diputado, senador y gobernador. Debutó en el *Diario de México* traduciendo un himno de Anacreonte, el compuesto en honor de Baco, que había leído en *Le voyage du jeune Anacharsis en Grèce*, de Barthélemy, abate cuya obra fue muy pronto traducida al español. Más tarde ofreció una versión de la “Oda primera” de Horacio.

Tiempos más pacíficos habrían sido para Sánchez de Tagle la invitación para concentrarse en la vertiente filosofante de Meléndez Valdés, pero la guerra lo obligó a probarse, abundante, en la poesía cívica y militar, compartiendo sus preocupaciones con españoles como Álvarez de Cienfuegos y Quintana, del cual, dice Aguilar, fue más un contemporáneo que un imitador. A los liberales peninsulares, como a Sánchez de Tagle, en la Nueva España, 1808 los sacó del neoclasicismo, arrojándolos a una tierra de nadie que aún no era romántica. Pero siempre que pudo, dice Aguilar, este poeta volvió a Anacreonte para confirmar que lo suyo habría sido cantar al amor de no haberse interpuesto la guerra: a veces da la impresión de que en lo épico, como en la más citada de sus “Odas heroicas”, que relata la salida de Morelos del sitio de Cuautla, lo erótico se transfigura en lo histórico. Y en efecto, antes de la extinción del *Diario de México* como revista literaria, a Sánchez de Tagle le daba por el amor, por la melancolía, por “La infelicidad humana”, como el título que, en opinión de Wold, fue su esfuerzo más ambicioso. Cito un fragmento que a mí me impresiona más que los pánfilos poemas humanitaristas de Meléndez Valdés:

¿Por qué recela
De un hombre otro hombre?...
La tierra desaparece
Bajo la humana sangre que lo inunda;
¡Ay! un millón expira
De hombres, y el otro impávido lo mira.
Cadáveres los pueblos se tornaron;
De lamentos los ayeres se poblaron;

Baja a la tumba fría
 Del orbe la mitad en un solo día.
 Y macilenta la otra se levanta,
 Y con la sangre y muerte
 Plácida se divierte,
 Y en medio de los ayes baila y canta:
 Llama su acción victoria,
 Y el que fue más feroz, tiene más gloria...⁹⁴

Agustín, el hijo de Sánchez de Tagle, al publicar sus *Obras poéticas* (1852) lamentó que su padre haya quemado buena parte de sus poesías en 1833. Les daba a los poetas de entonces por hacer quemazones culpígenas, nos lo recuerda Aguilar, pensando en la hoguera que había hecho el fraile Navarrete con algunas de sus poesías eróticas. De la Arcadia de México, quedemos en ello, Martínez de Navarrete es el principal poeta pastoril y Sartorio el legítimo enamorado de la Virgen, mientras que Ochoa y Acuña es la literatura latina y la letrilla castellana puestas al servicio de la ciudad y sus gentes, y Sánchez de Tagle, el épico y el melancólico, el primer estremecido ante la Historia.

¿Merece capítulo aparte el resto de la poesía insurgente y contra-insurgente, no toda escrita por arcades, aquella que escribieron a lo largo de la década que va del alzamiento de Hidalgo en 1810 a los Tratados de Córdoba en 1821, los independistas y realistas? Me parece que no. Al respecto fue muy concluyente Menéndez Pelayo en la *Historia de la poesía hispanoamericana* y creo que más vale citarlo cuando habla de las “raras circunstancias que concurrieron en la separación de México, nunca tuvo allí esta poesía del patriotismo americano ni la unanimidad en el sentir, ni la grandeza, la valentía y el arranque que tiene en el cantor de Junín y en otros poetas de América del Sur”.⁹⁵

⁹⁴ Wold, *El Diario de México. Primer cotidiano de Nueva España, op. cit.*, pp. 53-54. Modernicé la ortografía del poema.

⁹⁵ Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, 1, *op. cit.*, pp. 99-100.

Concluye don Marcelino con el asunto:

La Revolución de México no tuvo su Olmedo, porque tampoco tuvo su Bolívar. Faltó allí la unidad épica que tuvo la guerra del Sur. Iturbide y los que con él hicieron el Plan de Iguala no eran los mismos que habían acaudillado el movimiento popular de Dolores: nada tenían que ver con las turbas fanáticas que habían seguido a sus curas rurales, a los Hidalgos y Morelos. Eran, al contrario, los realistas de la víspera, los que, en nombre de Fernando VII, habían vencido y fusilado a los primeros insurgentes; los que ahora, en odio de la Constitución de Cádiz, deshacían su propia obra, y ponían bajo el pabellón de las Tres Garantías la custodia del régimen antiguo. Este dualismo, que sólo en los primeros momentos pudo paliarse, este pacto entre enemigos irreconciliables, llevaba consigo el germen de innumerables calamidades intestinas, que muy pronto comenzaron a desarrollarse, quitando a la Revolución desde el primer momento todo carácter de unanimidad y de concordia, lo cual, unido a la intervención del elemento indio, y a la manera feroz y sanguinaria con que generalmente se había hecho la guerra por ambas partes hizo que las Musas huyesen amedrentadas del campo de batalla o exhalasen sólo acentos débiles y roncós.⁹⁶

Más allá del patriotismo de don Marcelino y de su interés por desvincular al menos a la Nueva España del matricidio, es notoria la ausencia en la Independencia de México de un poeta de la estatura de Olmedo, además de que la solución al conflicto pactada por Iturbide fue vista como anticlimática por los liberales que reescribieron la historia, pues se tornó vodevilesca muy pronto. Pero gracias a la coronación de don Agustín como emperador, casi todos los escritores locales tuvieron un episodio iturbidista, compartiendo el entusiasmo de la voluntad general y del cual se arrepintieron como pudieron. Ése fue el caso de Sartorio, Fernández de Lizardi, Sánchez de Tagle, Ochoa y Acuña, Quintana Roo y Fran-

⁹⁶ *Idem.*

cisco Ortega (1793-1849), quien se desdijo con una elocuente oda condenando al efímero Agustín I, en la cual lo apostrofa así:

¿No miras, ¡oh caudillo deslumbrado!,
 Ayer delicia del azteca libre,
 Cuánto su confianza,
 Su amor y gratitud has ya perdido?⁹⁷

Desde que Menéndez Pelayo emitió su veredicto ha habido, hasta donde yo sé, una sola lectura correctiva, la de Aguilar y a ella me confío. En *La democracia de los muertos*, se insiste en la originalidad de Ochoa y Acuña, poeta omitido en la impresentable *Poesía insurgente* (1970), de Ramón Martínez Ocaranza.⁹⁸ Se felicita también que don Anastasio haya sido el único de aquellos bardos que vio más allá de los héroes convertidos en villanos (Fernando VII, Iturbide) y presentó “a la inmortal y heroica muchedumbre” como protagonista de la guerra, esos “mil y mil héroes” despreciados.

Mayor importancia le concede Aguilar a Roca, el instruido literato español, él mismo árcade con el seudónimo de Marón Dáurico, a quien regañaban los árcades criollos en el *Diario de México*, autor de uno de los poemas más impresionantes de la guerra que, para contrariedad de Urbina, quien comentó el caso en su estudio preliminar de la *Antología del Centenario*, es una oda al general Félix María Calleja, virrey en 1813, por haber arrasado a los insurgentes en Zitácuaro. Bustamante, en el *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, describe a Roca como “un joven que acababa de llegar con grandes recomendaciones de España por su talento y grande aplicación”, pues “compuso varios poemas, y unas octavas

⁹⁷ Sierra, Urbina, Henríquez Ureña y Rangel, *Antología del Centenario*, II, *op. cit.*, p. 629.

⁹⁸ Esta antología panfletaria, curiosidad de interés para una historia literaria del comunismo mexicano, fue hecha por este poeta michoacano carente de la menor preparación crítica para hacerla. De manera insólita, la UNAM la reeditó en 2010, dizque corregida. Se cumplió el Bicentenario de la Independencia sin una edición mínimamente confiable de la poesía insurgente.

en que canta la ruina de Zitácuaro que consagró a Calleja como pudiera Lucano dedicar a Nerón un poema del incendio de Roma”. Cobarde y no otra cosa fue este poeta militar, quien, según concluye Bustamante, “conoció que no había nacido con las disposiciones de Garcilaso, ni de Ercilla, que tan bien tocaba la lira de Apolo, como vibraban la espada de Mavorte, sino con las de Horacio Flaco, que espantado con el ruido de las espadas de los legionarios de Roma en la batalla de Filipos se estremeció, regresó a la capital del mundo antiguo, y se dedicó a cantar las virtudes del augusto aunque adulándolo bajamente; de este mundo obró nuestro hombre, y acreditó con el canto de las ruinas de Zitácuaro que tenía numen, belleza y fuego para pagar la gracia de Calleja que desde entonces lo hizo su consultor, y dispensó todo favor para obrar contra los americanos”.⁹⁹

Urbina, enfrentado a la dificultad de decir que el mejor poema bélico del periodo lo escribió un autor del bando contrario, es justo: tras notar que el historiador Bustamante se equivoca pues, la de Roca, es “una silva de marcada entonación quintanesca” y no está compuesta en octavas, admite que el militar traía de España la superioridad de quien estaba expuesto a la influencia bienhechora de las novedades poéticas.¹⁰⁰

En el fondo, Aguilar, pese a su cauto progresismo, coincide con Menéndez Pelayo: los poetas que decidieron cantarle a la Independencia, como la inmensa mayoría de los criollos novohispanos, no estaban sinceramente convencidos de su bondad y consideraban con amargura lo alto del costo en sangre y destrucción en relación con las enigmáticas ventajas de ser una nación independiente cuando lo que se deseó, tanto en 1808 como en 1821, fue una autonomía que no estaba en condiciones de garantizar el imperturbable declive del Imperio español, carente de un candidato viable a venir a ocupar el trono vacante de México.

⁹⁹ Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, II, edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica–Instituto Cultural Helénico, 1985, pp. 33-41.

¹⁰⁰ Urbina, “Estudio preliminar”, *Antología del Centenario*, op. cit., p. CCXVI.

Esa ambigüedad se nota en los versos, algunos intercambiables, como la oda a Calleja, de Roca, que hubiera sido muy semejante estando dedicada, pocos años después, a Iturbide. El primer poema patriótico mexicano y el modelo de todos los que siguieron, “Dieciséis de septiembre”, de Quintana Roo, escrito en loor de un Iturbide profetizado en el sacrificio de sus predecesores, describe a Morelos y a Hidalgo sin decir algo de ellos que no pueda ser suscitado, a la manera neoclásica, por cualquier otro héroe tratado a la manera neoclásica de Alfieri o Quintana. Ni siquiera Sánchez de Tagle logra darle una apenas perceptible pátina de individuación a Morelos en su oda heroica sobre el sitio de Cuautla. Véase si no:

El genio del pavor, en negra nube,
 Sobre los labios puesto el dedo frío,
 Abre los ojos más y más, y en vano
 Busca cuerpo en las sombras, ó algún ruido
 Su atenta oreja, que otro no percibe
 Que de su pecho el desigual latido.
 ¡Ay de Morelos! ¡ay de la aguerrida
 Gente, que en mil encuentros sostenidos
 De honor llenaron á la cara patria,
 Su sien ornando del laurel divino!
 Cuautla termina sus heroicas vidas;
 Cuautla sepulta su valor invicto.
 ¡Júbilo cuánto para el valor opuesto!
 ¡Cuánto placer á su feroz caudillo!
 Ellos locos dirán: “No se rindieron,
 Mas de nuestro valor víctima han sido”.¹⁰¹

El énfasis dramático y vindicatorio, en Roca como en Sánchez de Tagle, “un poeta civilizador” según Aguilar, viene del poeta liberal español Quintana, es decir, de la épica antinapoleónica de 1808, común

¹⁰¹ Sierra, Urbina, Henríquez Ureña y Rangel, *Antología del Centenario*, II, *op. cit.*, p. 608.

a todos los españoles, los de la Península y los americanos. La generación de símbolos propios, “identitarios” vendría después de 1821, cuando la orfandad obligue a los primeros escritores mexicanos, encabezados por Bustamante, a nutrirse de un aztequismo al cual, finalmente, se le invierte el signo y pasa de ser horror pagano a gloria imperial. Antes de ello, Ortega, rimador de “Numa con Moctezuma”, había ido más lejos en “La venida del Espíritu Santo” (1817-1819), poema de inspiración miltoniana apenas aprobado por Menéndez Pelayo. Nos cuenta Aguilar cómo, en ese poema, “Moloc ya se había hartado de sangre hebrea y anduvo por regiones diversas y apartadas de la tierra sembrando eficazmente el fanatismo, hasta que llegó a México antes de la conquista y la evangelización. Moloc gustó entonces de la sangre azteca y para efectos de aclimatación tomó la forma de un ídolo conocido”, es decir, Huitzilopochtli. Antes que Heredia, quien hizo negra pintura de los sacrificios humanos en las adiciones postreras de “En el Teocalli de Cholula”, aparecido en 1820, Ortega había tomado nota.¹⁰² La noche romántica, sepulcral a lo Young, era poca cosa para los pretendidos descendientes de otra noche, tenida por verdadera, la de la caída de México-Tenochtitlán. Desde el olvidado poeta Ortega hasta José Juan Tablada y Carlos Fuentes, en novelas aparecidas con regularidad hacia finales del siglo xx, el tema de la resurrección de los ídolos aztecas, que con su terror de ultratumba, “nos” regeneran, es una constante en la literatura mexicana.

Los árcades, ellos mismos como poetas y en su función de regentes del gusto literario, desde el *Diario de México* no estaban en condiciones poéticas de hacer de la guerra de 1810, “su guerra”, por natural indecisión política ante una catástrofe de separación como la que se les vino encima en 1821 y por lo lejanos que estaban, desde la arcádica Ciudad de México, de comprender qué significan clérigos rebeldes como Hidalgo y Morelos. Inclusive Quintana Roo, el único poeta que participó en la guerra, redactor ciceronesco de las proclamas y declaraciones de la Junta de Zitácuaro y del Congreso de Chilpancingo, y uno de los intelectuales cercanos a

¹⁰² Aguilar, *La democracia de los muertos*, op. cit., p. 80.

Morelos, fracasó al comprender “poéticamente” al llamado “Siervo de la Nación”. No es que a México, como dijo Menéndez Pelayo, le faltara la épica. Lo que no había aún era romanticismo: los versificadores, también durante la Revolución francesa, fracasaron al inventar una nueva lengua poética capaz de imitar, recrear y sublimar lo que estaba ocurriendo. Por ello, el popularismo de Ochoa y Acuña, la inoportuna elegancia de Roca, el filosofismo de Sánchez de Tagle, la pesadumbre de Ortega, nos saben a tan poco. Si acaso opusieron a la poesía de la guerra, la anacréontica, a la oda, el idilio. Con una mano borraban lo que escribían con la otra.

Sin asociarse a la guerra de Independencia, los árcades quedan como poetas pacíficos y desinteresados, violentados, como tantos hombres, por la historia. Leamos la página que sobre la Arcadia escribiera Reyes en 1913 y comparémosla, después, con la conclusión de Aguilar en *La democracia de los muertos*:

Y bien: modestos como eran, aquellos escritores nunca abdicaron de su cualidad literaria para dirigirse al público. Tenían fe en el espíritu. Sabían que la crítica, entendida como debe ser, como comentario de la vida humana, es de interés general. No fracasaron, a pesar de que el público tenía, entonces, menos anhelo de cultura que hoy. El *Diario de México* duró doce años; acabó por azares políticos, por ser mal negocio. Los diaristas sabían que, aunque el libro es el verdadero asilo de la literatura, junto a la discusión del día —que ciega y ensordece—, junto a la noticia reciente —que embarga el ánimo—, junto al torbellino de las insanas cosas de la calle, el periódico debe ofrecer, como por compromiso moral, un consejo desinteresado, es decir: algunos párrafos de literatura, que vengan a ser diariamente, en el ánimo de los lectores, como un templado y saludable rocío.¹⁰³

Menos compasivo se mostraba Aguilar en 1988 cuando al condensar la experiencia común de aquellos poetas como “árcades e

¹⁰³ Reyes, “Un recuerdo del *Diario de México*”, en *Obras completas*, I, *op. cit.*, p. 346.

insurgentes”, pedía que “la poesía de la era de Navarrete y de la época de la Independencia” fuese más “entendida” que “valorada” por su “innegable condición de precursora”:

Opacidad, rigidez y pobreza es lo que distingue a la poesía mexicana que se escribió entre principios del siglo XIX y un poco más allá de su década de los treinta. Nada parece quedarnos más lejano que esa dicción trabada entre el engolamiento heroico y la puerilidad bucólica, entre la pomposidad reiterada y la cursilería diminutiva; sus ceremoniales poéticos parecen un despliegue fallido de voces huecas y escenarios de cartón mientras su naturalidad, lo que quisieron ser sus sencillos juegos bucólicos, se vuelve un torneo de sensiblería y falsa gracia.¹⁰⁴

Se publicó, en fin, mucha poesía en el *Diario de México*: cívica, satírica, religiosa, filosófica, un poco en la proporción en que estos subgéneros se presentaban en la obra de Meléndez Valdés. Se hicieron, casi diariamente, poemas de circunstancias, fábulas usadas para ejercer la crítica literaria, al estilo de las de Samaniego, o para moralizar siguiendo el camino de las de Tomás de Iriarte. Pero lo que imperó fue el idilio pastoril, más en su versión arcádica (que viene de las *Bucólicas* de Virgilio) que en su aspecto bucólico, originalmente, el modo más solitario y libre, individualista, del griego Teócrito. Concluamos observando la manera en que la muchedumbre —según Morábito más peligrosa para el pastor que la soledad porque delata la escasez de espacio propia del bucolismo— invadió, con su guerra y revolución, la tierra de nuestros arcades.

6. LA SERPIENTE EN EL PARAÍSO

La muestra argumental de la poesía publicada en el *Diario de México*, tal cual la hizo Wold, nos presenta un mundo autosuficiente, la Arcadia, donde la égloga pastoril o idilio avasallaba el gusto poético.

¹⁰⁴ Aguilar, *La democracia de los muertos*, op. cit., pp. 99-100.

De los mil quinientos poemas publicados por el *Diario de México* entre 1805 y 1812, más de la quinta parte, cuatrocientos veinte, fueron pastoriles. Las fórmulas eran, más o menos, las siguientes:

El héroe y la heroína, amantes, eran pastores y pastoras. Con frecuencia, el pastor, tras una felicidad absoluta, quedaba desolado por el abandono de la pastora, quien prefería a un rico caballero. El abandono lo hacía llorar desesperadamente o retirarse, apenado, al bosque. Sufría de celos, revivía escenas felices de antaño, invocando al arroyo o al céfiro como testigos de su tristeza. En algunas ocasiones, no muchas, el pastor se declaraba curado de su tristeza, ufandándose de que la pastora no lo volvería a atrapar.

Así ocurre en la mayoría de los números del *Diario de México*, partiendo de la base, según Wold, de que se publicaba al menos un poema por número. Son frecuentes las triangulaciones: Armida ama a Tirsi que adora a Silvio, quienes se enamoran en el bosque, en una pradera con flores, durante la primavera, sentados a la orilla de un riachuelo o junto a una fuente. En tres poemas, publicados lo mismo en 1808, 1809 o 1812, se hacían los pastores promesas de felicidad, simbolizadas esculpiendo sus iniciales en la corteza de los robles, tejiendo guirnaldas o invocando, solamente, a la naturaleza como testigo. Todo ello ocurría mientras un rebaño de ovejas pastaba alrededor.¹⁰⁵

Como lo ha estudiado el poeta Morábito en *Los pastores sin ovejas*, pareciera que en la Arcadía sólo se deambula y detenerse es un absurdo. Es un territorio donde no hay verdaderos retornos y es inexistente la angustia por el regreso a casa. El mundo está reunido en su totalidad ante el pastor y no es extraño por ello que Polifemo, el de Teócrito y el de Góngora, tenga un solo ojo. Esta vista monofocal, estrecha, provocó, antes del rechazo del género por el romanticismo, que el doctor Johnson fuese muy severo con John Milton por *Lycidas* (1637), elegía pastoral donde se pide la ayuda de las musas para rememorar a un estudiante de Cambridge, aho-

¹⁰⁵ Wold, *El Diario de México. Primer cotidiano de Nueva España, op. cit.*, pp. 18-23.

gado. Le parecía, a Johnson, un poema donde “no hay naturaleza, porque no hay verdad; no hay arte, porque no hay nada nuevo. Su forma es la de un poema pastoril, fácil, vulgar y por lo tanto, repugnante: las imágenes que puede suministrar se desgastaron hace tiempo; y su improbabilidad inherente impone en todo momento la insatisfacción sobre el espíritu”.¹⁰⁶

De ser alegórica la representación miltoniana, advertía Johnson en ese capítulo, el dedicado a Milton en las *Vidas de los poetas ingleses*, poco vale ante significados tan inciertos y remotos. Le parece ridículo al doctor que los dioses se pregunten entre sí dónde está Lycidas, pues “quien de tal suerte se aflige no despertará ninguna simpatía”. Pero defecto mayor encuentra el doctor que esas “ficciones insignificantes” aparezcan entremezcladas con “las verdades más tremendas y sagradas” que nunca deberían ser “contaminadas con combinaciones tan irreverentes”. Impío le parece que Milton, acaso haciéndolo de manera inconsciente, haga de sus pastores eclesiásticos y los convierta en “superintendentes” de un rebaño cristiano.

La crítica hecha por Johnson al *Lycidas* de Milton nos sirve porque entona ese desconcierto moderno ante lo bucólico-pastoril. A los poetas empeñados en manifestación privilegiada del neoclasicismo, se les pregunta, incesantemente y de maneras distintas, por qué recurren de forma sistemática a esos pastores que nunca existieron, creaturas artificiales y fantásticas de dudosa eficacia. Se discutió, durante todo el periodo, si era suficiente con que los pastores fueran ficciones alegóricas prestándole sus nombres, provenientes de Teócrito y Virgilio, a los sentimientos del poeta en turno, fuese Milton o nuestro fraile Navarrete.

A veces se asumía, dada la perseverancia de los mitos de la Edad de Oro confundidos con lo arcádico, pues una y otra cosa no son exactamente lo mismo, que en la Antigüedad clásica sí existieron los Lycidas, los pastores y sus zagalas. Aquello, si fue realidad en

¹⁰⁶ Samuel Johnson, *Vidas de los poetas ingleses*, edición de Bern Dietz, Madrid, Cátedra, 1988, pp. 191-192.

tiempos precristianos, dejó de serlo. Herder concedía que en la Arcadia había un valor moral, un paraíso para las esperanzas y para los anhelos, pero agua azucarada y estanca ajena a la claridad de las fuentes antiguas.

Desde fines del xvii, al menos, todo el mundo estaba de acuerdo, por supuesto, que nada tenían que ver los pastores con la vida real en el campo: Fontenelle bromeaba con que los idilios estaban habitados por los campesinos residentes en el parque de Versalles, es decir, por la corte de la monarquía francesa. Pero el mismo Fontenelle, partidario de los modernos en la querrela contra los antiguos, dijo en su *Digresión* de 1688 que Teócrito era notablemente inferior a “los campesinos de Versalles” porque no había sabido idealizar la naturaleza y sus personajes carecían de idealismo. A Menéndez Pelayo semejante atrevimiento le repugnaba: sobajar a Teócrito al nivel de las ridículas pretensiones del “idealismo de salón” de “modernos” como Fontenelle.¹⁰⁷

Gessner, el famoso poeta idílico, tenía como todo escritor que se respete la obligación de defenderse como *realista* y argüir que algo de realidad había en lo suyo pues, suizo, se había inspirado en la libertad republicana de los pastores de su tierra. Goethe, en *Poesía y verdad*, su autobiografía que fue apareciendo por entregas entre 1811 y 1833, se burla de las ideas literarias pregonadas por los suizos y a las cuales tanto se atendía en su juventud: lo de Gessner era, nos cuenta, tenido unánimemente como lo novedoso y lo útil, como si imitar la naturaleza fuera un absoluto. ¿No estaba, acaso, se preguntaba Goethe, la naturaleza llena, también, de absurdo e indignidad? ¿Podía la poesía imitarla como se suponía que lo hacía un sólo género de la pintura, el paisajístico?

Diderot prefería darle por su lado al género, que debía ser aceptado como un cuento capaz de otorgar consuelo. Era una evasión que a algunos les placía, como al tirano Robespierre que *descansaba* leyendo a Gessner, y a otros les hartaba, como al doctor Johnson y a

¹⁰⁷ Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, I, *op. cit.*, p. 1005.

tantos otros cuyos testimonios hemos recogido hasta la exageración. Inverosímil, afeminada y absurda se llamaba a esa escuela en el *British Critic*, en 1802, en una opinión compartida por Coleridge, cuya poesía y la del resto de los lakistas fue un intento exitoso de transfigurar la ansiedad por lo idílico, tan propia del siglo de Rousseau en poesía moderna, es decir, romántica. Highet va más lejos, en clave *whig*, denunciando un género que la corte francesa volvió “asqueroso” dado el contraste con la miseria campesina. Sólo con Wordsworth, concluye el autor de *La tradición clásica*, cayó en desuso la imitación, fuese servil o creativa, de griegos y latinos.¹⁰⁸

En la *Poesía ingenua y sentimental* (1796), Friedrich Schiller se acercó mucho a resolver los problemas planteados por lo bucólico-pastoril, distinguiendo lo ingenuo, que es naturaleza, de lo sentimental que es aquello que busca ser naturaleza. Así, Schiller detectaba la contradicción principal de lo idílico: si se admitía que era una poesía ingenua, ¿cómo era posible que expresase las maneras de un siglo tan artificioso como el XVIII?

Schiller contribuyó mucho a sacar a la Edad de Oro de la historia y sus fatalidades, rechazando que ésta estuviera necesariamente al principio y al final de los tiempos y admitiendo que la representación poética de la vida pastoril expresaba inmutabilidad en la existencia de los pueblos y de los individuos. Cada hombre tiene su propia Edad de Oro, que recuerda con más o menos fervor según opere en su carácter el elemento poético, es decir, lo sentimental: la experiencia misma ofrece bastante de la pintura que tiene al idilio por tema. Pero el problema está en la inutilidad pedagógico-didáctica del idilio, capaz, según Schiller, de curar “al ánimo enfermo pero no de alimentar el sano”. Por ello, pensaría yo, tuvo Rousseau tanto éxito, ilusionando a los hombres y las mujeres con una forma práctica, educativa, que permitiese el regreso, mediante lo sentimental, al estado de naturaleza. Léase el *Emilio*, escúchese *El adivino de aldea*.

¹⁰⁸ Van Tieghem, *Le Prérromantisme*, op. cit., pp. 224-225; Highet, *La tradición clásica*, op. cit., pp. 176-177.

Pese al genio y arte que pudieran tener, los idilios pastoriles no pueden satisfacer a plenitud “al corazón y al espíritu”, dice Schiller, porque en ellos se extraña al individuo. “Un pastor de Gessner”, remata, “no puede entusiasrnos como naturaleza ni por la fidelidad de la imitación, pues para esto es un ser demasiado ideal, ni puede tampoco satisfacernos como un ideal por la infinitud de la idea, pues para esto es una criatura demasiado insignificante”. Por ello, malamente, agrada a cierta clase de lector al conciliar dos condiciones opuestas, lo ingenuo y lo sentimental. Ese defecto, concluye Schiller, se expresa finalmente en la duda formal que aquejaba a Gessner, indeciso entre la prosa y la poesía.¹⁰⁹

Ha habido, así, dos maneras de entender a los poetas de la Arcadia de México. Examinemos la primera, a la que llamaré *el elogio de los árcades como ingenuos*.

Ésta, condescendiente, los bendice en la ingenuidad, artesanos adiestrándose en el taller básico de la poesía nacional y no sólo en éste, sino en el origen vacilante de la mexicanidad. De Menéndez Pelayo a Reyes y de éste a estudiosos actuales como Ruedas de la Serna, con diversos grados de duda o de emoción, se retrata a los árcades entusiasmados con el descubrimiento a la vez torpe y gozoso de la hora matinal de la patria, ufanándose de sus bellezas y encontrando en lo bucólico-pastoril la forma otorgada por su época para esa expresión ingenua.

A cada cual su Edad de Oro: en su *Historia de la poesía hispano-americana*, don Marcelino encontró que en el Nuevo Mundo se pudo, merced al soplo redentor de la Conquista y al aliento imperial de la Cruzada, encontrar una tierra de promisión libre de la degradación gongorina de la lengua, tierra rústica donde los espíritus de Boscán y de Garcilaso de la Vega vagaron hasta que los alcanzaron las sombras románticas, pues para el erudito de Santander, lo que mal empieza con Góngora termina mucho peor con

¹⁰⁹ Friedrich Schiller, “Sobre la dignidad y la gracia”, en *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental, y una polémica entre Kant, Schiller, Goethe y Hegel*, traducción de Juan Probst y Raimundo Lida, Barcelona, Icaria, 1985, pp. 124-125.

Victor Hugo. Aprueba Menéndez Pelayo, en la Arcadia mexicana, una reacción saludable contra el “prosaísmo gárrulo, ramplón y casero” y en ello aparece bien dispuesto a vindicar, en lo que se puede, al fraile Navarrete, cuya ingenuidad ya había sido exaltada, recordemos, en 1846, por el crítico argentino Gutiérrez.

Reyes, a quien le caían tan mal los “maistros” románticos, escritores improvisados contra los cuales él y Henríquez Ureña tenían que anteponer su propia primicia como eruditos profesionales y prosistas civilizados, es en cambio tierno con los poetas del *Diario de México*, a quienes antes de 1810 encuentra dueños de una última y modesta visión de Anáhuac. Reyes, además, detestaba la violencia revolucionaria y por ello tuvo el tino, a la vez ilusorio y documental, de dibujar al cura Hidalgo como un árcade, lo cual redimía a la guerra de Independencia de sus crímenes de sangre y ventilaba, en calidad de perseverante “región más transparente del aire” a la Nueva España, que al entrar en contacto con la Historia parió al nuevo país, de lo cual se desprende una extrapolación consiguiente, inevitable: la de creer que toda la Nueva España fue una Arcadia.

“No puedo nombrar al padre Hidalgo, en ocasión que de Virgilio se trata, sin detenerme a expresar el encanto propiamente virgiliano que encuentro en su figura”, escribió Reyes en su “Discurso por Virgilio” en 1932. Los amigos de Hidalgo, nos cuenta Reyes, lo llamaban “el francesado”, es decir, “el izquierdista, el hombre de nueva sensibilidad”, que como los pastores de las *Bucólicas* era gente de letras, un filósofo aldeano, conversador y “párroco afable” con “espíritu de empresa” que en vano quiso implantar en México sus “bellos sueños de agricultor”, con “el cultivo de las vides, la industria vinícola y la cría del gusano de seda”. Hidalgo se ofrece, a los ojos de Reyes, como “un alma sana en un cuerpo sano” capaz de darle al origen parricida y violento de México un sustrato arcádico. Y concluye: “Así sucede que al Padre de la Patria lo mismo podemos imaginarlo con el arado que con la espada, igual que a los héroes de Virgilio”.¹¹⁰

¹¹⁰ Reyes, “Discurso por Virgilio” en *Obras completas*, xi, *op. cit.*, pp. 167-168.

Reyes no se engaña, víctima de las revoluciones mexicanas, al ofrecer la justificación capital tan necesaria para quien conoce profundamente la desolación en vidas y haciendas dejada por Hidalgo:

No nos engañe su dulzura: un fuego interior lo va consumiendo, que pronto habrá de incendiar la comarca entera. La historia, con una sonrisa, ha querido poner, en lo más sagrado de nuestro culto nacional, la imagen del hombre más simpático, más ágil de acción y pensamiento, amigo de los libros y de los buenos veduños, valiente y galante, poeta y agricultor, sencillo vecino para todos los días y héroe incomparable a la hora de las batallas.¹¹¹

Ese maridaje virgiliano entre poesía y agricultura ha impulsado toda una lectura de la Arcadia de México, grupo pacífico pero no trivial de escritores, que en sus modestos trabajos de poesía neoclásica habría almacenado con energía, en una suerte de colmena prodigiosa, la potencia de la emancipación. México tendría, en esta versión, una pequeña y no despreciable Edad de Oro guiada por el cayado del fraile Navarrete que abonó, en el autonomismo del *Diario de México*, el sustento de la literatura nacional, haciendo como que escribía versos para Cloris y compañía, con una mano, mientras que la otra, inocente pero no inadvertida, hacía patria despreciando a la ciudad virreinal y su remedo de corte, dispersando en el aire un perfume a México que sólo unos pocos percibían. La otra mano del tañidor, diría W.H. Auden. No en balde Martínez de Navarrete muere en el límite profético de la cronología, en 1809.

No le falta verdad a esta visión que convierte a los fundadores en venerables ingenuos que no buscaban la naturaleza porque ellos mismos la encarnaban, como diría Schiller. Esta visión nos consuela del horror histórico, otorgando al tiempo previo a la hecatombe la vigencia de una Arcadia habitada por inocentes poetas en estado de naturaleza, entre los cuales habría estado, nada menos, el mercurial padre Hidalgo. Estos “primeros mexicanos” habrían reabier-

¹¹¹ *Ibid*, p. 168.

to, sin llegar al extremo de una “tropicalización”, el arcón de la poesía novohispana a los mexicanismos usando las palabras *ixtle*, *tilma*, *jacal*, *petate*, *pulque*, etc., que presentían el bautizo de una nueva nación tras haber estado orgullosos, ufanos criollos, del Nuevo Mundo. Esta visión resulta cómoda para el historiador interesado en sincronizar la historia de la literatura con las mitologías del nacionalismo moderno.¹¹²

Aceptándose la fundación política de México en 1821 o incluso en 1810 como una verdadera frontera literaria, los árcades y su periódico se convierten en un corte histórico, paradójicamente revolucionario, con las letras novohispanas, permitiendo empezar la narración de la “literatura nacional” con un auspicioso año I. La novedad —común a todo el planeta literario, por cierto— de la Arcadia de México como una asociación ajena al cetro y al altar, abonaría en la tesis de que gracias al fraile Navarrete y a sus amigos habría terminado en la Nueva España la “literatura colonial” (en el sentido en que la entendería no un Edward Said sino un Alfonso Reyes) para dar paso a un estadio superior: “la literatura nacional” concebida en unos términos gramscianos que al proponer un “sistema literario nacional”, como lo hace Ruedas de la Serna, apenas si recupera el aliento del nacionalismo literario del XIX.

Pero la peculiaridad de una Arcadia independiente, germen a la vez de sociedad civil republicana y de identidad mexicana, es sólo relativa si se recuerda que los patrones del *Diario de México*, Villaurrutia y Bustamante, estuvieron ligados al ayuntamiento criollo que apoyándose en el virrey Iturrigaray trató, en 1808, de hacer autónoma la Nueva España. Además, como veremos, el trato dado por los árcades a Fernández de Lizardi, un verdadero *outsider* que intentó en 1812 hacer uso efectivo y directo de la libertad de prensa decretada por la Constitución de Cádiz, sin filigranas, habla del moderantismo y de los compromisos de una Arcadia que de polí-

¹¹² Jorge Ruedas de la Serna, *Los orígenes de la visión paradisíaca de la naturaleza mexicana* (1987), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010; *La formación de la literatura nacional (1805-1850)*, 1. *Prolegómenos*, *op. cit.*; *Arcadia. Tradición y mudanza* (1995), *op. cit.*

ticamente inocente tenía poco. A los pastores, como diría Morábito, no es que no les guste tener rey sino que prefieren “una corte sin rey, pero abrigada por el rey, en donde el rey se ha escondido discretamente”.¹¹³

Veamos la otra cara de la moneda, *la condena de los árcades como sentimentales*: quienes creyeron —sigo sirviéndome de Schiller— que los árcades eran no ingenuos sino sentimentales porque no eran naturaleza pero pretendían, falsarios, hacerse pasar como tal, fueron los románticos del XIX mexicano que recuperarían, en su desprecio por los “clasiquinos” que tan lastimeros y lastimosos les parecían, toda la batería reunida por Johnson contra el *Lycidas* miltoniano. Y con los cargos de facilismo, vulgaridad, anacronismo, improbabilidad e impiedad actualizaron una acusación ya presente durante toda la pelea antibucólica, acusación que con el ímpetu social y realista, nacional y popular del romanticismo devino en una verdadera condena a muerte: los árcades perpetraron una literatura artificial y corrompida que se evadió de la dramática realidad de la Nueva España volcada en lucha por su Independencia, extremo que tendría su héroe en Fernández de Lizardi.

En esta visión los pastores, en su irrealidad y con su no realismo, resultan ser unos impostores y la Arcadia entera, un cogullo de versificadores sobajados en la imitación: una prueba de la decadencia generalizada del Imperio español y de su literatura castellana. Además, los elogios sucesivos y serviles que hiciera un Meléndez Valdés de Carlos IV, del valido Godoy, de Fernando VII, de José Bonaparte, confirmaban la creencia, viva desde los tiempos renacentistas, de que pocos géneros se prestaban tanto, por su irresponsabilidad alegórica, a la adulación del poderoso como la égloga pastoril, culpable de ser no sólo “asquerosamente” indiferente a los sufrimientos del campesino, sino la poesía más cortesana de todas las poesías cortesanas.

Para la causa contra los “clasiquinos” puede contarse con los europeos hartos del neoclasicismo y, ya lo hemos visto, con los argu-

¹¹³ Morábito, *Los pastores sin ovejas*, op. cit., pp. 57-58.

mentos de todos aquellos que despreciaron y pretirieron al siglo XVIII, “el menos español de los siglos” (Ortega y Gasset), prefiriendo, en su lugar, al Renacimiento (era el caso de Menéndez Pelayo) o a los siglos de oro (el Barroco fue la edad consentida, entre las varias de la literatura de la lengua, por los poetas y profesores vicesímicos, al grado que a fines del siglo pasado, ser o parecer poeta “neobarroco” era una virtud). Con la excepción de Reyes y pese a las palinodias de Urbina y Monterde, la gran mayoría de los críticos mexicanos compartió, prolongándolo, el desdén romántico (recuérdese lo que ya cité de Heredia, Zorrilla y Prieto) por los árcades hasta que llegó la lectura de Aguilar en 1988 y la de investigadores universitarios como Martínez Luna, ya en el nuevo siglo.

Es notoria mi pretensión de ponderar ambas visiones, la *ingenua* visión idílica de la Arcadia como protonación lírica, contra la politizada y demagógica mirada que rechaza lo *sentimental* en el esfuerzo neoclásico, asociándolo a una decadencia política, religiosa y estética. Esta última asociada a cierta idea de progreso y más historicista que la primera, pues toda idea de decadencia literaria asume un grado de progresismo. El sentimentalismo que los románticos encontraban en los neoclásicos provoca, a su vez, la vindicación de la escuela propia. La muy anecdótica Academia de Letrán, fundada por los románticos en 1836, sustituiría a la Arcadia, falsa cuna según el relato romántico, como el verdadero origen moral y retórico de la literatura mexicana.

A la distinción entre la poesía ingenua y la poesía sentimental agregaría yo otra, desarrollada por Rosenmeyer, para quien imperan dos modos en la tradición pastoril: contra el modo bucólico se presenta el modo hesiódico. Este último concentra todo aquello que lo bucólico no es: rústico y agrario, remite a *Los trabajos y los días* de Hesíodo y asocia la tierra con el trabajo. Es una tradición, según Rosenmeyer, activista y realista que exalta no al pastor concebido como un poeta en trance permanente de autorrevelación y narcisismo, sino al campesino, quien no tiene tiempo para los placeres atribuidos a los pastores, sujeto como está al inclemente calendario de las estaciones. Inclusive, para Morábito, simpatizante

del bucolismo, la figura sudorosa del campesino sería hasta una parodia del poeta-pastor. Virgilio mismo entendió bien la distinción y por ello, junto a las *Bucólicas*, propuso las *Geórgicas*, que son, en su mayoría, hesiódicas.¹¹⁴ Otro camino, que no podemos seguir ahora pero comienza con Rousseau alcanzará su cénit, aquí, con la literatura de la Revolución mexicana, un siglo después de la Arcadia: será la síntesis que explora la posibilidad de un bucolismo verdaderamente campesino.

El modo hesiódico apela a Ponos, el espíritu que en la mitología griega representa el esfuerzo, el trabajo y la fatiga. Nada más lejano a este epicentro del dolor que lo pastoril, reino de la delectación morosa, de los placeres sencillos, de un sufrimiento que ni destruye ni fortalece, el mundo del *otium*. Lo bucólico, corazón del neoclasicismo, no es ni trágico ni histórico, negaciones intolerables para una edad revolucionaria, como la iniciada en 1789 y viva hasta bien entrado el siglo xx. El romanticismo se apropió de lo trágico-histórico y en buena medida lo inventó. Por ello, cuando vemos asomarse a un “verdadero” Martínez de Navarrete, un hombre que amó y sufrió y escribió poesía para sublimarse, aquellos entre sus lectores todavía educados por la duradera escuela romántica, despertamos y creemos encontrar, con él, a una personalidad “real”, capaz de “evadirnos de la evasión” y sacarnos de la Arcadia. Creemos encontrar en Martínez de Navarrete a un Heredia, él sí, moderno, romántico, amante comprobado y revolucionario arrepentido.

El cura Hidalgo puede ser a la vez arcádico y hesiódico, agricultor en la paz y profeta incendiario, la contradicción propuesta por Reyes para que seamos nosotros quienes lo juzguemos. La poesía de tipo romántico que a los románticos les hubiera gustado ver escrita por los árcades dada la inminencia de la catástrofe de 1810 y que muchos de ellos acabaron por escribir, en uno y otro bando, durante la guerra de Independencia, es hesiódica y pretende ser épica. La épica, en el siglo xix, no puede ser sino social, revolucionaria, trágica y romántica, todo aquello que el bucolismo no es,

¹¹⁴ Rosenmeyer, *The Green Cabinet*, *op. cit.*, pp. 18-36.

incapaz de atraer la simpatía ideológica de los modernos. Siempre, desde entonces, que se le pide a un poeta “compromiso” se le impele a abandonar la Arcadia, arrojándolo desde el ocio supuesto en el que vive y versifica hacia el dolor, hacia el negocio de la historia.

El talón de Aquiles del idilio bucólico-pastoril, como lo olfateó el doctor Johnson, es la cercanía de la guerra. Pero no necesita ir tan lejos: Urbina, en *La literatura mexicana durante la guerra de Independencia* (1910), dijo que si aquella “poesía desmedrada y pulida enmudeció, fue porque ante el espectáculo de la insurrección sufría un instántaneo asombro que la vigorizó poco después e hizo que se le agolpara la sangre al corazón”.¹¹⁵

Nos recuerda también Rosenmeyer que Virgilio no sólo percibe la angustiada vida en la verdadera ciudad, la del dolor y el trabajo, como una amenaza para la Arcadia sino presente, en la égloga IV, “algunos vestigios” del “antiguo engaño, que impulsarán a afrontar a Tetis con navíos, a ceñir con murallas las ciudades y a abrir los surcos en la tierra”.¹¹⁶

El mundo bucólico no es necesariamente la Edad de Oro anterior a la historia, según lo explica la lectura cuidadosa hecha por Rosenmeyer de Teócrito, Lucrecio y Virgilio. Por ello, Schiller le negó al género pastoril toda virtud educativa, por ser sentimental sin ser verdaderamente ingenuo. Por ello, también, el verdadero educador de esa última generación de novohispanos fue Fernández de Lizardi, un escritor en apariencia menos moderno que nuestros árcades porque lo bucólico no es el pasado absoluto ni encarna el futuro de nadie, es una excepción liberadora y egoísta. Es artificio, es falsa naturaleza.

Siguiendo ese paralelismo, esa noción no historicista sino caracterológica, es posible abandonar la idea de que para que la literatura mexicana naciera, muriendo la virreinal, hubo de haber una edad de la inocencia. Si al género pastoril lo han amado muy pocos

¹¹⁵ Urbina, *La vida literaria de México, op. cit.*, p. 367.

¹¹⁶ Rosenmeyer, *The Green Cabinet, op. cit.*, pp. 22-23; Virgilio, *Bucólicas*, IV, pp. 30-35, traducción de Tomás de la Ascensión Recio García, Madrid, Gredos, 2000, p. 21.

críticos modernos (pero varios de los más grandes: Sainte-Beuve, Cyril Connolly y William Empson), es porque se le considera una escapatoria posible, la evasión a la cual no se puede renunciar, la utopía al alcance de todo poeta, la negación radical de la épica y sus trágicas consecuencias románticas. El poeta bucólico reclama el derecho a una dosis alarmante de indiferencia ante la suerte colectiva y se le concede, aunque sea con desagrado. Posee este temperamento neoclásico, podemos decirlo medio en broma con Rosenmeyer, cierta similitud con el *nouveau roman* pues el poeta bucólico describe sin dramatizar y asume que su punto de vista es universal: nadie dice quién es el poeta, se presume que todo el mundo, divinamente, ve y sabe.

Por sus pretensiones ahistóricas que llegan a ser una segunda naturaleza, la Arcadia suele ser abandonada, durante generaciones y generaciones, por los lectores y por los poetas, dejada al amparo de sus pastores, quienes una buena mañana, como ocurre en el famoso cuadro de Nicolas Poussin, se topan con la lápida que dice en latín: *Et in Arcadia ego* (“Hasta en la Arcadia me encuentro”, según la versión de Highet). La frase quiere decir que la muerte, y yo agregó, con ella, el negocio entero de la historia (con la sátira ciudadana, la guerra civil y la revolución, la picaresca) es una amenaza sin la cual no se explica la Arcadia, el supremo invernadero.

II

LIZARDI, EL APOLO DE LAS BANQUETAS

En fin, nos sentamos a la mesa muy alegremente. Mis poetas principiaron a hablar de sí mismos, y alabarse. El uno citaba con vanidad los grandes y las señoras a las que era agradable su musa; el otro, vituperando la elección que una academia de literatos acababa de hacer de dos sujetos, decía modestamente que debían haberle elegido; los demás discurrían con la misma presunción. Mientras comía me asesinaron con versos, y con prosa; cada uno de ellos citaba según su turno algún trozo de sus escritos; el uno lee un soneto, el otro declama una escena trágica, otro lee la crítica de una comedia, y el cuarto, queriendo a su vez leer una oda de Anacreonte traducida en malos versos españoles, es interrumpido por sus compañeros, que le dice se ha servido de un término impropio. El autor de la traducción defiende lo contrario, de aquí nace una disputa, en la cual todos los ingenios toman partido. Las opiniones se dividen, los disputantes se acaloran y llegan a las injurias. Sin embargo pase; pero estos furiosos se levantan de la mesa, y se dan de puñaladas. Fabricio, Escipión, mi cochero, mis lacayos y yo en qué nos vimos de ponerlos en paz. Cuando se vieron separados salieron de mi casa como de una taberna; sin darme la menor excusa de su impolítica.

LESAGE, *Historia de Gil Blas de Santillana* (1797)

Me he reído muchas veces a mi solas de ver el empeño que han tomado mis émulos en querer hacerme sabio y silencioso, que ésta ha sido la porfía más temeraria con que han procurado echar a rodar mi paciencia.

TORRES VILLARROEL, *Vida* (1743)

1. ARTILLERÍA CONTRA LOS ÁRCADES

Sí se tratara de escoger una fecha en que la Arcadia de México quedó, retrospectivamente, condenada, ello ocurrió el 17 de enero de 1814. Ese día, en uno de los suplementos de *El Pensador Mexicano*, su periódico personal publicado casi desde que la Constitución de Cádiz decretó la libertad de prensa, Fernández de Lizardi firmó una de sus más trascendentales autodefensas en un asunto no estrictamente literario que resultaría el colofón de sus respuestas a los ataques de los árcades, incesantes desde 1811.

En un diálogo entre “un petimetre y un arquitecto, pasado en una cafetería”, alguien llamado Quidam había defendido la pintoresca belleza de la Ciudad de México contra la desafección mostrada por Fernández de Lizardi, quien colaborador eventual y huésped a disgusto del *Diario de México*, se atrevió a dudar del sentido común invertido en el remozamiento de la Catedral metropolitana. Antes de responderle a Francisco Palacios, un poeta conocedor de arquitectura (aunque para el agraviado era un albañil que debería dedicarse a escribirle versos “a Deidamia, Clori, Artemisa o a quien se le antojare”),¹ Fernández de Lizardi abordó el asunto de los seudónimos. Quidam quiere decir precisamente “uno, alguno, o designación indeterminada”, lo cual le dio motivo para arremeter contra la manía de los seudónimos que los árcades encontraban tan sugerente y graciosa. “Salga usted al frente, firmese, describáse, que el escribir anónimo no le puede honrar nunca”, le espetaba un periodista que haría de su apodo, el Pensador, precisamente, su honra.²

¹ José Joaquín Fernández de Lizardi, *Obras*, III. *Periódicos*, edición de Jacobo Chencinsky y Luis Mario Schneider, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, p. 518.

² Fernández de Lizardi, *Obras*, III. *Periódicos*, *op. cit.*, p. 485. Sobre esta polémica, véase Mariana Ozuna Castañeda, “Fernández de Lizardi y las páginas del *Diario de México*. Polémica sobre las letras nacionales”, en Esther Martínez Luna (ed.), *Bicentenario del Diario de México. Los albores de la cultura letrada 1805-2005*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, pp. 99-101.

Tras pintar su raya, una vez más, frente a la lambisconería habitual en los árcades, Fernández de Lizardi entró en materia. Más consciente de lo que la crítica le ha concedido de estar librando la batalla contra los “clasiquinos”, escribió la primera nota exasperada contra el pintoresquismo en México. Quidam hacía el encomio turístico (Stendhal todavía no popularizaba la expresión) del pueblo de Ixtacalco, elogiando las canoas en las que se paseaban “gentes de primer rango, que ya por sus músicas, ya por la excelencia de sus trajes” decoran lisonjeramente una ciudad abundante en “virtuallas, flores y semillas”, mismas que dejan “persuadidos a los extranjeros de que es difícil se halle otra ciudad tan bien abastecida y provista, muy principalmente por todo lo que proporciona la fertilísima tierra caliente”.³

Acusado de preocuparse más del horario de los carros recolectores de basura que de la Ciudad de los Palacios construida por los virreyes, Fernández de Lizardi, al defenderse, todavía no recurre al “realismo” que haría tan desagradable de leer y de oler, para todo un siglo, *El Periquillo Sarniento*, su primera novela, comenzada a aparecer en 1816. Le basta con ridiculizar a su antagonista, quien prolongó la polémica interminablemente. A Fernández de Lizardi le daba “risa” su adversario, el ufano y ufanista Quidam, quien comparaba Ixtacalco con La Granja y El Escorial:

Los europeos que han visto aquéllos y éste han de tener a usted por un tonto, y más cuando leen que en el paseo de la orilla hay “quintas hermosas, bosques alegres, hortalizas inmensas y floresta”, cuando no ven sino cuatro casuchas regulares, algunas chinampas, ningunos bosques y bastantes potreros encenegados; usted, cuando vió esa Arcadia deliciosa que nos pinta, sin duda acababa de salir del café; pero yo ni otros jamás hemos hallado en tal paseo sino la sencillez común del campo, sin pizca de aquel ornato delicado, artificioso y

³ José Joaquín Fernández de Lizardi, *Amigos, enemigos y comentaristas*, 1-1. (1810-1820), edición de María Rosa Palazón Mayoral *et al.*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 154.

sorprendente que halla en los paseos de la Europa; ya se ve; usted, a las mugrientas indias que vienen en sus chalupitas a vendernos sus coles y nabos nos las quiere figurar unas Pomonas y Amalteas.⁴

No he podido encontrar párrafo, de aquel entonces, que refleje de manera tan maliciosa el desprecio contra la Arcadia acumulado durante décadas, desprecio que pasaba, en plena guerra civil (Morelos fue informado oportunamente, tanto del apresamiento como de la liberación de Fernández de Lizardi, en 1813), de la retórica a la política. Lo arcádico dejaba de ser una artificialidad para convertirse en una falsificación. Tan conscientes estaban los árcades de la fragilidad de su nativismo que, por eso, intentaron “nacionalizar” la anacreóntica con lo que Aguilar llama la “pulqueóntica”, en la cual destacó, con más donaire que ellos, el propio Fernández de Lizardi. Pero todo aquello, los intentos por encomendarle a la Virgen de Guadalupe una “verdadera” Arcadia mexicana devinieron en un fallido “reino de profilaxis”, un esfuerzo fallido por inventarse un paraíso terrestre, según dice María Rosa Palazón Mayoral, la editora de las *Obras* de Fernández de Lizardi, quien ha continuado con brío la batalla contra los “clasiquinos”.⁵

Parecería decir Fernández de Lizardi que a los poetas, críticos y redactores del *Diario de México* no les bastaba con habitar una Arcadia imaginaria sino pretendían ofrecerla como una bella mentira para ocultar ese potrero encenegado que era la Nueva España y su capital, urgida de reformas. Ese paraíso necesitaba de la serpiente de la sátira. “Yo no soy árcade, ni inglés ni Batilo, ni Bato, sino un pobre criollo”: así se presentaba Fernández de Lizardi al decir que él no ofrecía ni Pomonas ni Amalteas, es decir, a la reina de la fruta y a la nodriza de Zeus, sino a esas “mugrientas indias” como las llamaba sin recato.⁶

⁴ Fernández de Lizardi, *Obras*, III. *Periódicos*, *op. cit.*, p. 490.

⁵ Fernández de Lizardi, *Amigos, enemigos y comentaristas*, I-1, *op. cit.*, p. XLVII.

⁶ Fernández de Lizardi, *Obras*, XIV. *Miscelánea, bibliohemerografía, listados e índices*, edición de Felipe Reyes Palacios, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997, p. 152.

Antes del desenlace, la extinción del *Diario de México* en 1817, abandonado por sus poetas y dócil ante el aparente fracaso de la Independencia y en plena Restauración fernandina, tocó a los árcades lanzar la primera piedra y salir a cazar al lépero Fernández de Lizardi, identificándolo con el pasado, una especie de recaída populachera del gongorismo. De él se dirá que es “un poeta impenetrable y misterioso, digno del siglo y del estilo del negro Góngora”.⁷ Lo repito: ya no había gongorismo por ningún lado y significativamente quedaba como un insulto. Convertido tempranamente Fernández de Lizardi, con *El Pensador Mexicano*, en el periodista revolucionario que había unido, novedad radical que la Ilustración les adeudaba a los novohispanos, la literatura con la política, la grafo-manía con la patria, los falsos modernos no sólo resultaron anticuados, sino retardatarios, políticamente tibios.

Veremos cómo ocurrió ese trueque de atributos.

El 31 de octubre de 1811, Juan María Lacunza, utilizando el seudónimo arcádico más prestigioso, Batilo, el usado en la Península por Meléndez Valdés, publicó un “Palo de ciego” en el *Diario de México*. El Batilo criollo se quejaba de que un tal “don JFdeL”, cuyas iniciales podían confundirse con las suyas propias en ese mismo diario en cual era firma protagónica, era, junto con otros “poetas bastardos”, un “bochorno” para una “América, mi patria, donde empezaba ya a brillar el buen gusto en todo género de literatura”.⁸

Lamentaba Lacunza la circulación profusa de una multitud de impresos injuriosos de “los ingenios de nuestra tierra” e insistía en que *La verdad pelada*, el poema de Fernández de Lizardi de veintinueve estrofas motivo de su escándalo, podía creerse de su autoría y con ese pretexto, “para destruir esa conjetura”, iniciaba su batalla estética que se prolongó varios días y en la que intervinieron Ochoa y Acuña, y Rodríguez del Castillo. El primero, entre los árcades que con mayor desparpajo combinaba lo bucólico con lo popular, trató de contemporizar, pero el segundo, bajo el seudónimo de Mostaza,

⁷ Fernández de Lizardi, *Amigos, enemigos y comentaristas*, I-1, *op. cit.*, p. 36.

⁸ *Ibid.*, pp. 3-4.

incurrió en la amenaza. Advirtió a los defensores de Fernández de Lizardi —en una polémica cuya arena era la sección de correspondencia del *Diario de México*— que más valía que se les bajaran “los humillos de escritor” y pidieran perdón si no querían ser contados “entre la fertilísima cosecha que hay en el día de autorcillos ramplones y miserables, como el de *La verdad pelada*, etcétera, que dejo en el tintero, de donde no debían haber salido”.⁹

Aparte de ensañarse con la mala versificación lizardiana (saña con mala conciencia pues Lacunza reconoce que la suya propia no está exenta de yerros), los “cultilatinoparlos” del *Diario de México* condenan una literatura venal vendida sin recato en la calle —el voceo del diario les parecía muy vulgar—, ajena a su control y al del órgano oficial del gobierno, *La Gaceta de México*. “Es vuestra merced”, le espeta, “el coplero más idiota que calienta el sol, indigno aun de la crítica, y sólo merecedor de ser el Apolo y oráculo de los poetas que tienen su Parnaso en las banquetas de la Plaza Mayor de esta capital”.¹⁰

Fernández de Lizardi, se figura Palazón, era un grajo o zanate, una avecilla rapaz combatiendo a los “cisnes” de la Arcadia, que en realidad eran los pollitos del idilio, la gente decente ofendida porque con “unos cuantos papirotazos se habían retratado los males de la patria”.¹¹ Que con la literatura callejera se ganase dinero era visto como la suprema denigración de la altura apolínea que la poesía debía conservar, según el rancio neoclasicismo de Lacunza, respaldado con una cita de Boileau: “los más nobles pensamientos, y los versos más bien limados, no pueden agradar el entendimiento, cuando hieren el oído”.¹²

El autor de *La verdad pelada*, remata Lacunza, divulga “las expresiones bajas e indecentes” de los aguadores, las cocineras y los pillos, desacreditando, por pútrida, a la nación. Y por si algo faltara, un verdadero conservador ajeno a la Arcadia, el canónigo José

⁹ *Ibid.*, pp. 15-16.

¹⁰ *Ibid.*, p. 30.

¹¹ *Ibid.*, p. XLIII.

¹² *Ibid.*, pp. 15-16.

Mariano Beristáin de Souza, regañó a Fernández de Lizardi por pretender lo imposible, la reforma urbana, lo llamó “hombre bobo, que entre los bobos del mundo”, y le preguntó, “¿quién diablos le metió a usted en el caletre la ridícula idea de refutar abusos envejecidos?, ¿piensa usted, desdichado, que el oficio de reformador de errores comunes es cosa de enchíleme otra?”¹³

La dimensión del ataque de los árcades, política y retórica, hablaba de la importancia de Fernández de Lizardi, un factótum del periodismo de oposición que dará al traste con la libertad de imprenta por abusar de ella, provocando que el virrey Venegas la revocara, tras una vigencia de sesenta y tres días, el 3 de diciembre de 1812. Meses después, inclusive, el nuevo virrey, Calleja, informaba al ministro de Gracia y Justicia en Madrid del periodismo lizardiano como combustible de la subversión en la capital. También Los Guadalupes, la sociedad secreta que respaldaba a la insurgencia, lo mencionaba con frecuencia en sus comunicaciones: lo hicieron con entusiasmo hasta que El Pensador denunció la violencia independentista. Obsérvese lo que Los Guadalupes le escriben a Morelos el 13 de diciembre de 1813: “vea lo que nos injuria su autor, cuya debilidad conocimos desde que estuvo preso la última vez”.¹⁴

La relevancia del debate con los árcades hizo que Bustamante, uno de los directores del *Diario de México*, se viera obligado a intervenir justificando a Fernández de Lizardi. En ésta, la primera gran defensa que recibiera quien ya era conocido, en significativa transferencia del nombre de su periódico al apodo de su persona, como “El Pensador Mexicano”, reconocía Bustamante su desconcierto inicial al leer sus papeles, mismo que se trocaba en admiración al encontrar en éstos “invención, una crítica oportuna y moderada, fluidez en la poesía, juicio sólido, lenguaje sencillo y perceptible, naturalidad, giros poéticos, rasgos históricos, una copia de instrucción nada vulgar”.¹⁵

¹³ *Ibid.*, p. 105.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 123 y 135-136.

¹⁵ *Ibid.*, p. 19.

Bustamante, cuya relación conflictiva con Fernández de Lizardi nunca abandonará ese fondo de admiración originaria y quien en 1813 andaba remontado con Morelos, exalta a quien empeñado en corregir los vacíos públicos, es el

Juvenal de nuestros días; he aquí un hombre que reúne lo útil con lo dulce, que ridiculizando reprende y enseña, y presentando sus producciones al público, bajo el título de un refrán vulgar, o de un dicharacho *de bodegón*, atrae y engolosina al pueblo bajo, lo empeña en su lectura, lo familiariza con las ideas de lo justo y decente, y acaso saca más provecho con sus lecciones que algunos predicadores en el púlpito. Este hombre tiene ciencia de mundo, conoce el corazón humano, le habla en un lenguaje perceptible, y no puede tachársele justamente ni de bufón, ni de petulante, ni de obsceno, vicios en los que por lo común incurren muchos escritores.¹⁶

¿Quién era, pues, ese hombre que volteaba de cabeza a la Arcadia y la dividía? Había nacido José Joaquín Fernández de Lizardi el 15 de noviembre de 1776, en la Ciudad de México, hijo de criollos (el padre, médico) y nieto de un librero poblano. Creció en Tepotzotlán, cuyo templo de San Francisco Javier, joya churrigueresca, habría conservado viva, según algunos entusiastas como Agustín Yáñez, el alma barroca en el escritor, rodeado como estaba del neoclasicismo y su régimen de terror estético. Familia modesta pero ya perteneciente a la clase media, la suya le garantizó estudios secundarios y universitarios, ingresando sin graduarse al Colegio de San Ildefonso, donde estudió con provecho un lustro que terminó en 1798. Casado en 1805, se ayudó con la dote de su mujer y en 1808 apareció su primera colaboración literaria, un verso celebratorio en loor de Fernando VII, una “Polaca” horrible y ripiosa.

Leyendo algo de su poesía puede entenderse esa otra clase de innovación retrógrada que representó. Sus poemas son muy irregulares y en el registro satírico y popularista, lo supera, mejor me-

¹⁶ *Ibid.*, pp. 18-19.

trificada, la poesía de Ochoa y Acuña, pero éste carece del temple temerario de Fernández de Lizardi, un verdadero crítico social que combina dos afluentes que sin él hubiesen permanecido separadas: el educacionismo del siglo XVIII, la famosa Ilustración que apenas aparece en los árcades, y el popularismo del Siglo de Oro que en él se preserva no tanto gracias a Quevedo sino a un digno heredero del autor de *Los sueños*, Diego de Torres Villarroel, cuyas líneas escogió para apadrinar, con un epígrafe, *El Periquillo Sarniento*. Y si esta combinación lizardiana de lo viejo con lo nuevo tuvo tanto éxito fue porque compartió, con otros independentistas más radicales como el cura Hidalgo o fray Servando Teresa de Mier, el elogio del cristianismo apostólico, del primitivismo religioso y de la pobreza evangélica.

Pese a que incurrió en todos los anacronismos de la poesía circunstancial, “política, artificiosa y falsa, servil hasta cuando es sincera”, junto a él, según dijo Jacobo Chencinsky, Sartorio (a quien le tocaría hacer la censura oficial contra una comedia de Fernández de Lizardi en defensa de los francmasones en 1822) es ñoño, Martínez de Navarrete, demasiado delicado y Sánchez de Tagle, frío en su claridad.¹⁷ Y es que parece mentira que cosas “tan viejas” como las letrillas, sonetos, odas, octavas y quintillas suenen novedosas y chispeantes tan pronto uno empieza a leer, sin prejuicios fatigosos, el conjunto de su poesía. Basta con ver los índices selectivos de géneros y formas métricas que acompañan la edición de sus *Obras*, dirigidas por Palazón Mayoral y uno de los trabajos señeros de la erudición mexicana, para convencerse de que este versificador acaso regular fue el más versátil e enciclopédico de los poetas de su siglo.

En sus versos, Fernández de Lizardi inventa las máscaras mexicanas y convierte a las castas en caracteres costumbristas, en otros hace la crítica política de la violencia revolucionaria de Hidalgo y sus “insurgentes sordinos”, o se azota en defensa de la imagen divi-

¹⁷ Jacobo Chencinsky, “Estudio preliminar” a J.J. Fernández de Lizardi, *Obras*, I. *Poesías y fábulas*, edición de J. Chencinsky y Luis Mario Schneider, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963, p. 40.

na de la Guadalupana y despliega la cartografía de la ciudad en “México por dentro, o sea guía de forasteros” (1812) en unos versos que hermanan a Bernal Díaz del Castillo y Bernardo de Balbuena con Salvador Novo y Efraín Huerta, al decir, “si vas Fabio, a la ciudad (puesto que eres tan payo), mis tales cuales avisos, no te parecerán vanos”. Versificando, como en todo, Fernández de Lizardi copia, pega, inventa, mezcla, yerra. Puede ser ingenuo, primerizo, torpe, descuidado, pero es incansable en su búsqueda léxica. Muchas de las palabras, castizas o indígenas, que recoge, mexicanismos y arcaísmos, neologismos o barbarismos, persistieron y persisten en los libros y en las calles durante un buen trecho en la lengua del país: *manchincuepa*, *librejos*, *inaveriguable*, *petequías*, *diligencias*, *trapitos al sol*, *escrupulizando*, *refresco*, *basilisco*, *currutaco*, *chambón*, *guaje*, *tepalcate*, *pilón*, *gachupines*... Otras son latinismos sorprendentes por su propiedad y rigor etimológico, según lo ha certificado hasta la Academia. El mejor español de su época, sabroso y visionario, lo escribió El Pensador.¹⁸

Nunca como en él lo popular ha resultado tan balsámico porque en Fernández de Lizardi lo popular no es, como lo creyó honradamente el nacionalismo literario, la momificación de una caracterología, es decir, la invención de lo mexicano (aunque algo hay de eso) sino el encuentro, fascinante, entre el lenguaje y el mundo, una inmensa realidad civilizada (es decir, citadina y ciudadana) registrada por primera vez por un autor nuestro. La apoteosis del asunto no ocurrirá, ni siquiera en *El Periquillo Sarniento*, sino en la sátira periodística de El Pensador, una de las cumbres de la literatura decimonónica en español. Pero leer la poesía no es una mala manera de penetrar en la cueva de Fernández de Lizardi y admirarse ante sus tesoros.

Veamos *La verdad pelada*, el pliego suelto que causó el escándalo de Lacunza y de sus amigos. Los lizardianos son versos moralizado-

¹⁸ Salvador Díaz Cíntora, “Las obras del Pensador como fuente lexicográfica”, en María Rosa Palazón Mayoral (ed.), *El laberinto de la utopía. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación para las Letras Mexicanas–Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 323.

res que denuncian a las mujeres ligeras de cascos paseándose por la ciudad exhibiendo su belleza con poco recato y así poniéndose en peligro de convertirse en prostitutas, tal cual se especifica en *Perico y la verdad*, la continuación de *La verdad pelada*. La sátira moralizadora de El Pensador es ambigua: le preocupaba como a nadie la mala educación de las mujeres y por ello escribió *La Quijotita y su prima* (1819, 1831-1835), la más pedagógica de sus novelas. Pero también era un poeta galante que a veces censuraba con un ojo lo que había admirado con el otro. Alternando cada seis versos el llamado de “la moda” con las supuestas ridiculeces de la vejez censora de la libertad de las costumbres, describe estas premoniciones criollas de la Dama de las Camelias pasándose por el Portal de Mercaderes:

¿Que los pechos desabroche
el túnico deshilado,
que se trasluzca aun de noche
el muslo, y tan ajustado
esté que al subir el coche
se le vea la pierna toda?
Es la moda

¿Más que la madre corrija
tan insolente descaro,
a lo menos porque a su hija
no sea que le cueste caro
y que a toda la casa aflija?
*Estas son ridiculeces
y vejeces.*¹⁹

¹⁹ Fernández de Lizardi, *Obras, I. Poesías y fábulas, op. cit.*, p. 124. Hay otra edición basada en un manuscrito descubierto recientemente en la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California en Berkeley: *Un manuscrito inédito de poesías de José Joaquín Fernández de Lizardi: estudio de la literatura en manuscrito en el México de la Independencia*, edición de Nancy Vogeley, México–Berkeley, Universidad Nacional Autónoma de México–University of California, 2003.

En *Perico y la verdad*, una vez pasada la dura polémica y rematándola, de mal humor, Fernández de Lizardi fue más franco, advirtiendo sobre las funestas consecuencias de la prostitución en los hombres casados:

Con tres dioses muy aprisa
 lidian éstos: ¡rara escena!
 Cupido les brinda risa,
 Venus de llagas los llena,
 Mercurio los martiriza,
 y al hospital los retira.
*¿Es mentira?*²⁰

Para moralizar, denunciando el libertinaje, El Pensador no puede sino servirse de una libertad de imprenta a la que recurre compulsivamente. Y a diferencia de otros, a veces grandes del reino que escribían poesía satírica y la lanzaban al arroyo con la intención de que pareciera obra anónima o popular, todo pliego, poema, artículo o novela de Fernández de Lizardi va firmado, ya con su nombre y apellido, ya con su conocido seudónimo. En su conocida defensa de la sátira, escribió:

La sátira es del error
 justo azote cada rato;
 ella es mi gustoso plato,
 que hay mucho que corregir.
 ¡Qué tal! ¿empiezo a escribir?
*¿Compadrito, suelto el gato?*²¹

Los árcades no entienden la novedad de Fernández de Lizardi como poeta callejero. Se equivocaban por completo, además, creyendo su lenguaje un retorno descamisado al gongorismo: en él, la

²⁰ *Un manuscrito inédito, op. cit.*, p. 41.

²¹ Fernández de Lizardi, *Obras*, I. *Poesías y fábulas, op. cit.*, p. 245.

riqueza léxica, la música de la calle, simplifica la poesía novohispana. A diferencia de los árcades, usuarios de una jerga neoclásica para lectores cómplices, Fernández de Lizardi aspira a un número mayor de lectores, aunque no sea a esa gran masa analfabeta identificada con la etiqueta del pueblo que le atribuyeron como público los románticos del XIX y los nacionalistas del XX: sí, a una emergente clase media para la cual el *Diario de México* ya era una lectura literaria insuficiente en días de guerra. Definiéndose como “un entrometido y un murmurador”, Fernández de Lizardi acabó por decir que Lacunza en su “Tercer diálogo crítico. El crítico y el poeta” (1811) no tenía “ni entendimiento ni memoria”:

ni es erudito, poeta, ni estudiante,
y así no es mucho caiga a cada instante
en mil anacronismos,
alegorías impropias, solecismos,
malas medidas y conceptos fríos.²²

Sí percibe Bustamante, en cambio, lo que está pasando, el advenimiento de una nueva literatura, obra de El Pensador, un versificador acaso menos preciso que los árcades y ayuno de la cultura de seminario presumida por el fraile Navarrete o por Ochoa y Acuña, pero dueño del temperamento crítico requerido para ser moderno incluso cuando era anacrónico, nutriéndose vorazmente y escribiéndolo sin cesar en todas las maneras y medios. Al concluir su defensa pública de Fernández de Lizardi, votando por lo atinado de una literatura popular como la suya, Bustamante refuta a quienes desprecian el uso de lo chocarrero y de lo burlesco:

¿Pues qué?, ¿todas deben tener la medida y la gravedad del discurso de Catón contra César en el Senado? Que forme entonces un pue-

²² Fernández de Lizardi, *Obras*, x. *Folletos (1811-1820)*, ed. de María Rosa Palazón Mayoral e Irma Isabel Fernández Arias, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, p. 19.

blo tan estoico como aquel magistrado, modelo de una circunspección ridícula. Si habla nuestro escritor a una multitud ignorante, dejémosle proporcionarse a su rusticidad y abandono. ¿Cómo me probará que cede en mengua de una nación escribir bajo el título de un refrán, o de un nombre burlesco? ¿Desmereció algo la española con sus Quevedos, Cervantes e Iriartes?, ¿desmereció por un Quijote, un Gerundio, un Wanimoa?²³

“Si algún extranjero culto viene a México, se sorprenderá”, dice Bustamante, de la gritería contra Fernández de Lizardi, pero si es sabio, lo admirará. Y creyendo compadecerlo lo retrata como el primer escritor profesional porque vive de lo que escribe, como autor y

hombre honrado, a quien la suerte (siempre cruel con los buenos), después de haberle quitado sus bienecillos, lo ha reducido al doloroso estado de escribir para mal comer, prefiriendo hacerlo así antes que buscar el pan en una banca de juego, amancillando su alma con la fullería y el delito vergonzoso. Figúrome ver (y esto no se entienda comparación), a la gloria de nuestra literatura, al sabio Miguel de Cervantes, a aquel que no se sentó delante de Apolo ni aun sobre su propia capa, porque no la tenía, sumido en una miserable guardilla [*sic*], escribiendo para entretener el hambre, y malbaratar sus obras, sin que hubiera quien se acordase de él, sino para zaherirlo e insultarlo en la miseria.²⁴

Concluye Bustamante apostándole a “que nuestra posteridad, más justa que nosotros”, estimará dignamente al autor de esos papelillos ridiculizados en el *Diario de México* a lo largo de aquellos años. Pero es la propia participación de Fernández de Lizardi en la guerra de Independencia, las dudas del intelectual ante una crisis histórica de la cual a la vez es crítico y actor, la que nos devuelve una

²³ Fernández de Lizardi, *Amigos, enemigos y comentaristas*, 1-1, *op. cit.*, p. 20.

²⁴ *Ibid.*, p. 24.

imagen suya aun más compleja y estimulante, que el retrato lastimero con el cual Bustamante quería consagrar al público con él.

2. INSURGENTES EN SORDINA

Este grafómano —decía José Luis Martínez que sus periódicos habrán sido suficientes para mantener trabajando a todas las imprentas de la capital durante quince años— fue pobre, honrado y valiente pero estuvo lejos de ser el héroe sin mácula descrito por sus primeros apologistas que, como Luis González Obregón, peregrinaron en busca de sus huesos —su tumba desapareció muy rápido del cementerio adyacente a la iglesia de San Lázaro— como quien husmea la simiente de la nacionalidad. Contra la versión oficial de la Independencia, que tras la caída del emperador Iturbide empezó a glorificar a la insurgencia de Hidalgo y Morelos, está el constitucionalismo de El Pensador, su persistente paciencia de reformador, como lo ha subrayado Felipe Reyes Palacios, uno de sus lectores más perspicaces.

Desde 1811, en el “Aviso patriótico a los insurgentes en sordina”, Fernández de Lizardi, preso político poco después por defender la libertad de imprenta, había denunciado el vandalismo insurgente contra los “españoles europeos” y pregonado una solución unitaria al deseo de autonomía de la Nueva España. Esta posición, no se olvide, era la de todos los liberales americanos, a quienes decepcionó el invariable colonialismo impreso, el año siguiente, en la Constitución de Cádiz. A quienes en las ciudades apoyaban una insurgencia dada al bandidaje, los increpaba así:

El nombre de insurgentes no les toca
 en mi juicio a estos pobres de derecho;
 el de ladrones, sí, pues sólo aspiran
 a robar los villorios indefensos.
 ¿Y es posible señores insurgentes,
 a la sordina, que no advertís esto?

¿Aún queréis proteger la causa inicua
 de estos fascinerosos y sangrientos,
 iguales a otros de quienes decía en prosa
 Cicerón lo que yo en verso?
 “Ya son los delitos de estos hombres
 dignos de tolerancia y sufrimiento;
 ya pasan de lo humano sus maldades,
 y límites no tienen sus excesos;
 no piensan ni maquinan otra cosa
 que el homicidio, el robo y el incendio.”
 ¿Qué tal; encaja bien el textecillo?
 Pues ahí viene otro como anillo en dedo.
 Insurgentes sordinos (que a vosotros
 se dispara este fárrago), ¿qué es esto?²⁵

Una década después, firmado el Plan de Iguala en 1821, que da fin a la guerra y formaliza la Independencia en los términos católicos y monárquicos (todavía se le ofrecía la corona a un príncipe Borbón) aceptados por la inmensa mayoría de los novohispanos, Lizardi condena sin vacilar lo que había sido la “guerra de independencia” desatada por Hidalgo, el caudillo que según confesaba él mismo en su manifiesto, nos lo recuerda El Pensador, había actuado engegucido. A la insurgencia, dice, la protagonizaron:

Arrieros, caporales, vaqueros, cocheros, uno que otro abogado sin blanca y tal cual clérigo desesperado. He aquí nuestros famosos generales, y nuestras subordinadas y aguerridas tropas, las más de veces, forajidos pobres y de incautos alucinados sin disciplina, orden, armas, auxilios ni subordinación. Los efectos siempre corresponden a las causas, y esta regla de la naturaleza no puede fallar en asuntos políticos. De aquí es que todo ha sido intrigas, delaciones, robos, depredaciones, asesinatos, y últimamente, la ruina de América. Aquí no ha reinado ni reinará entre muchos de los que se llaman *defen-*

²⁵ Fernández de Lizardi, *Obras*, I. *Poesías y fábulas*, op. cit., p. 141.

sores de la patria, otra cosa o sistema sino el del orgullo, la ambición, la envidia, la rapiña, la venganza o el miedo. ¿Me podrán desmentir? Es imposible.²⁶

Y El Pensador da nombres de aquellos héroes y villanos participantes de la ruinosa insurrección de América: Nicolás Bravo, Hermenegildo Galeana, Morelos, Xavier Mina. Héroe y villano, aunque en grado menor, resultó ser también el propio Fernández de Lizardi, quien en 1825 solicitó y obtuvo una pensión como capitán retirado por sus servicios a la insurgencia. La comisión estatal que le otorgó el estipendio se hizo de la vista gorda ante el hecho notorio de que El Pensador, como lo hemos visto, había hecho pública su posición, su prosa y en verso, contra la insurgencia. Dieron por buena la versión del solicitante de quien habiendo sido en 1810 subdelegado interino en Taxco, es decir, un funcionario virreinal, colaboró quién sabe de qué manera con los insurgentes, según lo atestiguaron un par de camaradas de la hora, cuya honradez fue puesta en duda por sus adversarios en 1825. Es un hecho, además, que en los últimos años de su vida, tras ser nombrado redactor de la *Gaceta del Gobierno* del presidente Guadalupe Victoria, El Pensador empezó a modificar el relato de su vida política para hacerla coincidir con la versión oficial en la cual, para espantar el fantasma de Iturbide, el comienzo de la “verdadera Independencia” empezó a fecharse con el cura Hidalgo, en 1810. Con ese propósito, Fernández de Lizardi escribió una obra de teatro (*El grito de libertad en el pueblo de Dolores*, 1827), un verdadero “auto sacramental” patriótico que debería reponerse cada 15 de septiembre.²⁷ En ese año y con esa pieza queda fundada la leyenda escolar y patriótica del Grito de Dolores dado por Hidalgo esa noche tal cual se enseña y se celebra hasta la fecha.

²⁶ “Chamorro y Dominiquín. Diálogo jocoserio sobre la Independencia de las Américas”, en Fernández de Lizardi, *Obras*, xi. *Folletos (1821-1822)*, edición de Irma Isabel Fernández Arias, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, pp. 123-124.

²⁷ Fernández de Lizardi, *Obras*, xiv. *Miscelánea, op. cit.*, pp. 82-108.

Pero volviendo a la comisión que le concedió su pensión al veterano y enfermo periodista en 1825, lo que ésta ignoraba era la correspondencia secreta en 1810 cruzada entre el entonces poco conocido Fernández de Lizardi y el mismísimo virrey Venegas, descubierta en 1964 por Jefferson Rea Spell. Resulta que la colaboración de *El Pensador* con los insurgentes fue una auténtica “periquillada”, como la llama Reyes Palacios, es decir, una mentira picaresca propia del héroe de su famosa novela. Consistió en sugerirle al virrey que para evitar una incursión sangrienta de parte de los rebeldes se les engañara recibéndolos con vítores y fiestas. Le escribió Fernández de Lizardi al virrey que “en la funesta hipótesis de que nos oprima la fuerza, cederemos unas pocas horas en lo exterior por evitar mayores desgracias; pero éste será un homenaje de farsa; pues como dije, nuestras almas son de Dios y nuestros corazones de nuestro augusto Fernando”.²⁸

En la ferocidad de una guerra civil hasta por humanitaria puede pasar la impostura de *El Pensador*; lo impropio, sobre todo para quienes se empeñaron en santificarlo, fue, como lo dijo Reyes Palacios, haberle mentido al gobierno republicano en aras de obtener una canonjía. Haya pasado lo que haya pasado en Taxco, Fernández de Lizardi hizo más por la Independencia que batallones enteros: eso debieron pensar quienes lo pensionaron. Es cosa de leerlo a lo largo de su década prodigiosa.

Fueron nueve los periódicos publicados por Fernández de Lizardi entre 1812 y 1827, todos de poca duración pero cifra engañosa si se consideran los más de trescientos folletos, panfletos, suplementos y pliegos sueltos que escribió en torno a cada uno de sus periódicos, entre los cuales el más célebre fue, sin duda, *El Pensador Mexicano*. La esencia de este periódico fue la exaltación de la libertad de imprenta, el bien supremo para este “hijo de la Constitución de Cádiz”, como lo llamó Urbina en la *Antología del Centenario* de 1910.

²⁸ Felipe Reyes Palacios, prólogo a Fernández de Lizardi, *Obras*, VIII. *Novelas. El Periquillo Sarniento*, I y II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, pp. xxvii-xxviii; las cartas están en Fernández de Lizardi, *Obras*, XIV. *Miscelánea, op. cit.*, pp. 329-335.

Homenajeando a esa libertad —a la cual despojaba, por precaución, del privilegio de ser absoluta—, todo lo demás venía junto con pegado y hablar de los impedimentos a ese ejercicio liberador era

denunciar los males prevalecientes después de trescientos años de coloniaje: las trabas a la agricultura, la industria y el comercio, el opresivo exceso de impuestos, la exclusión de los nacionales de ciertos empleos y los privilegios que, en cambio, gozaban los peninsulares y los criollos, etcétera, causas que señalaba como origen de la insurrección que tenía asolado al país.²⁹

El Pensador Mexicano es, más allá de su importancia política y periodística, una de las cumbres de la prosa decimonónica en nuestra lengua. Destaca la variedad de puntos de vista, la forma en que Fernández de Lizardi utiliza el disimulo, la sátira, el ataque directo, la elusión; es culto sin ser inútilmente erudito, como lo son los buenos educadores, y saca sus latines cuando la ocasión lo amerita, no transigiendo nunca en rebajar el nivel de su escritura en atención a la supuesta baja instrucción de su público. Y una de las razones, moral y retórica, por la cual abogaba *El Pensador* por la libertad de imprenta, según leemos en uno de los primeros números del periódico, era para imponer en la plaza pública libertades que evitasen la calumnia anónima, reduciendo “las sátiras particulares y los libelos para los mordaces, las expresiones cáusticas para los sanguinarios, y escritos ponzoñosos para los protestantes”.³⁰

Fue uno de los novohispanos mejor informados de su tiempo, conocía bien, quizá demasiado bien, el siglo XVII, que para ellos era el de Fénelon y el de Lesage, pero a diferencia de los escritores de origen eclesiástico, como el poeta Martínez de Navarrete o el doctor Mier, había leído sin las anteojeras eclesiásticas a la Ilustra-

²⁹ Jacobo Chencinsky, prólogo a Fernández de Lizardi, *Obras*, III. *Periódicos*, op. cit., p. 11.

³⁰ Fernández de Lizardi, *Obras*, III. *Periódicos*, op. cit., p. 41.

ción francesa, aunque la condenase a veces, como lo hacían entonces casi todos en lengua española. Su preferido fue naturalmente Rousseau, aunque corregido, dado el resquemor que sus excesos soberanistas causaron en católicos liberales como Fernández de Lizardi, quien desde *El Pensador Mexicano* cultivó, como prosista, la claridad y el sentido común sin que ello fuese en detrimento de la riqueza coloquial y doméstica de su español, escrito para que entrara en todas las casas y complaciera a hombres y mujeres (lo cual era una novedad absoluta), letrados e iletrados. Se ha insistido mucho en que la disposición tipográfica de los periódicos lizardianos, lo mismo que la de *El Periquillo Sarniento*, estaba diseñada expresamente para su lectura en voz alta. Ese mecanismo mediante el cual un alfabetizado arropaba a los analfabetos convirtió, según Palazón, a la tipografía en escuela de primeras letras y hasta de oratoria, gracias al uso de itálicas para enfatizar o la incidencia en el diálogo para rotar a los lectores.³¹

La vocación pedagógica de Fernández de Lizardi, sus artimañas de periodista ansioso de vivir de su público y ofrecerle todo un catálogo de curiosidades, calendarios y vaticinios, le da a la obra periodística una sabrosa actualidad que remite a los buenos escritores españoles del siglo XVIII, que como Feijoo o Forner, junto a los cuales, pese al retraso de medio siglo, no desmerece. Se disfrutaban especialmente sus diálogos, tanto aquellos en que le respondió a los árcades como el muy famoso que escribió, entre el humanitario Heráclito y el misántropo Demócrito en 1815, redactado, dicho sea de paso, al amparo de un epígrafe de sor Juana Inés de la Cruz, a la cual *El Pensador* no ignoraba del todo, a diferencia de los “cultilatinoparlos” árcades, tan despreciadores de la Décima Musa.

Léase la frescura y la eficacia de este fragmento, como ejemplo de cómo echó Fernández de Lizardi a pelear en la calle su cultura clásica:

³¹ Palazón Mayoral, estudio preliminar en *El laberinto de la utopía, op. cit.*, p. 19.

HERÁCLITO: A esas disputas dio más lugar tu risa imprudente que mi llanto mesurado.

DEMÓCRITO: Cada viejo alaba su bordón; pero lo cierto es que yo logré hacer más prosélitos que tú. Sí, en efecto, yo tengo más secarios de mi doctrina, más son los que se ríen que los que lloran; más son los que miran con desprecio y aun complacencia las desdichas del género humano, que los que las sienten y compadecen.

HERÁCLITO: Eso es verdad, pero no prueba que porque tengas más secuaces sea más segura tu doctrina. El egoísmo hace que el hombre, teniendo satisfechas sus pasiones, vea con serenidad las calamidades ajenas; pero esto lo hace el hombre egoísta, el vil, el corrompido; no el sensato, no el sabio no el virtuoso, no el buen ciudadano; y como el mundo abunda en pícaros y necios, antes que en sabios y hombres de bien, de ahí es que tú tienes más sectarios que yo, pero no mejores.

DEMÓCRITO: Eso es problemático.

HERÁCLITO: ¿Qué problemático bárbaro, cuando es más claro que la luz, y no hay niño que no sepa que el número de los necios es infinito?

DEMÓCRITO: Pues sea lo que fuere, yo he salido a espaciarme y a respirar un aire más fresco que el que corre por los lúgubres países que habitamos; no he salido a oír sermones ni a ponerme a disputar sobre boberas. Confieso que tengo harta necesidad de desahogarme; pero a trueque de no sufrir el martilleo de tu conversación, tendré por menos malo estar me con los demonios que acompañado de semejante mueble. Bien que ya he hallado un medio para salir a pasearme, y salir sin ti.

HERÁCLITO: ¿Y cuál es?

DEMÓCRITO: Ir a buscar las sombras de Quevedo y Cervantes que tienen un natural jovial, y con ellas me mantendré de buena gana.³²

A las sombra de los siglos de oro (aunque insisto, el vino de los Quevedo le llega rebajado con las aguas de Torres Villarroel, según

³² Fernández de Lizardi, *Obras*, iv. *Periódicos*, edición de M.R. Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1970, p. 243.

lo notó Beristáin, su primer crítico), Fernández de Lizardi escribió muchas páginas de *El Pensador Mexicano* y de los periódicos que lo sustituyeron en 1815 y 1816: la *Alacena de Frioleras* y los *Cajoncitos de la Alacena*. Leamos un ejemplo del Fernández de Lizardi más ilustrador y ciudadano, menos gongorino, quien tras citar *El perro y la calentura* (1625), que el novohispano cree obra de Quevedo cuando en realidad lo fue de Pedro Espinosa, arremete contra los boticarios, sus peores enemigos:

Cuanto más necesario es el remedio y cuanto mejor prueba en una peste, tanto más lo encarecen los boticarios; y lo encarecen hasta el extremo de no querer vender medios ni reales, según es la estimación en que lo ponen y la miseria que dan; y así hemos visto en esta época subir a la *magnesia* a lo que nunca se creyó. El cremor de tártaro no se ha quedado atrás; pero ¿qué digo?, dio la vulgaridad fomentada por los boticarios en que el vinagre llamado de *los cuatro ladrones* era un excelente específico para precaverse de las fiebres; con esto lo buscaban con ansia los más ignorantes, ¡pues quien creerá! Inmediatamente cobró el tal vinagre una estimación increíble.³³

Y finaliza ese suplemento de *El Pensador Mexicano*, de septiembre de 1813, con una queja contra los médicos que recetan en latín, no por loor de clásica erudición sino “para ocultarle al paciente la calidad y nombres de las drogas que se ministran”. Pero ya para ese entonces, *El Pensador Mexicano* había sido reducido a sólo publicar curiosidades o trivialidades como consecuencia de los siete meses de cárcel con los cuales Fernández de Lizardi pagó su creencia en la todopoderosa libertad de imprenta.

El 3 de diciembre de 1812, en el número nueve de *El Pensador Mexicano*, nuestro polígrafo cometió lo que para la mayoría de los comentaristas fue una pasmosa ingenuidad, la de exigirle al virrey Venegas, tras adularlo cumplidamente por ser ése el día de su cum-

³³ Fernández de Lizardi, *Obras*, III. *Periódicos.*, *op. cit.*, p. 288.

pleaños, la derogación del bando que permitía a los comandantes militares aprehender y juzgar a los clérigos revolucionarios. Apelaba *El Pensador*, tan ilustrado en otros puntos, a tradiciones muy antiguas que dieron a la guerra de Independencia su carácter de cruzada católica, las mismas que llevaron al doctor José María Cos a rebelarse tras la bandera rojinegra de religión y fueros o al dominico Mier a rechazar, contra casi toda evidencia y sin éxito, su condición de fraile para escapar de su propia orden religiosa. Pedir esa inmunidad eclesiástica era aferrarse al mundo anterior a la expulsión de los jesuitas, a las reformas borbónicas y a la Revolución francesa. Así reconvenía el periodista al virrey:

Vuestra excelencia, señor, no tiene jurisdicción alguna sobre los eclesiásticos, ni los mismos reyes, aunque sean sus vasallos, esto está demostrado por los santos padres, los concilios y cánones, y por toda la autoridad de la iglesia. [...] Revoque vuestra excelencia ese bando que ha sido la piedra de escándalo en nuestros días, y lloverán sobre vuestra excelencia las bendiciones de Dios, el pueblo lo colmará de elogios y su nombre será *grande* en lo futuro. Constantino fue grande porque exaltó a la iglesia y honró a sus ministros; Teodosio fue grande porque se sujetó a ellos [...] Está escrito, señor, que es de hombres sabios mudar de consejo. En nada se ultraja con esta revocación la autoridad real, ni menos de vuestra excelencia. Castíguese en buena hora los eclesiásticos delincuentes; pero castíguese en regla.³⁴

Durante las prisión de su hacedor, *El Pensador Mexicano* siguió publicándose sujeto a la censura impresa del canónigo Beristáin, que remata cada número con su imprimátur. Y preso estaba todavía Fernández de Lizardi cuando publica, a la llegada del nuevo virrey, Félix María Calleja, una proclama felicitándose del advenimiento. Ello ocurrió el 4 de marzo de 1813, como clarísima prueba de que el prisionero había sido doblegado y se retractaba, apos-

³⁴ *Ibid.*, p. 87.

tando por salvar su libertad y su oficio. Liberado el 1 de julio, reanuda la publicación de su periódico aunque en breve vacila en sus propósitos de enmienda y el 12 de octubre se suma a las críticas liberales de la abolida Inquisición, por anticristiana, aprovechándose de que ésta se encontraba abolida por el régimen constitucional. Quizá entonces recibió una última advertencia y durante todo 1814, en *El Pensador Mexicano* privó la agenda menuda de profecías, vaticinios y calendarios así como el ataque expreso de las he-rejías de la “libertad de conciencia”, artículos escritos y firmados por Lizardi contra su propia conciencia. En un clima de linchamiento antilizardiano desde las páginas del *Diario de México*, transcurren esos meses, aquellos en los cuales se concentra en la polémica literario-arquitectónica con los árcades.

El 4 de mayo de 1814 Fernando VII restablece la monarquía absoluta y decreta nula la obra de la Constitución de Cádiz, acto al cual le siguió, en diciembre, el restablecimiento del tribunal de la Inquisición. Esta vez, a través de sus nuevos, efímeros y baladíes periódicos, Fernández de Lizardi asume que el horno no está para bollos y, según resume Chencinsky, se dedica, en broma o en serio, en verso y en prosa, a la crítica social, costumbrista y moralizante, ocupándose de “las corridas de toros, los malos amigos, el comportamiento en las iglesias, la educación, la forma de vestir en la gente, la mendicidad, la situación de los leprosos, los riesgos del juego”.³⁵ Así empieza a prepararse para la siguiente etapa de su carrera, la que emprendió en contra de su voluntad como novelista popular y a la cual deberá, como siempre ocurre, su equívoca fama.

Antes de la publicación de *El Periquillo Sarniento*, como bien lo subraya Chencinsky, la posición de Fernández de Lizardi era, por ambigua, peligrosa. En su papel como solitario representante del liberalismo en la Ciudad de México, ha debido de jugar con la censura, con la cárcel y con la Inquisición, en un estira y afloja que lo desprestigia no sólo con los realistas sino con los insurgentes, pues

³⁵ Chencinsky, prólogo a *Obras*, III. *Periódicos*, op. cit., p. 13.

situado en la retaguardia, ha oscilado entre exigirle al virrey Venegas se abstenga de juzgar militarmente a los clérigos rebeldes y en aclamar la llegada al poder del nuevo virrey Calleja, el temible sitiador de Zitácuaro.

Ideológicamente, dueño de un periódico que debe sobrevivir y no del pórtico de una academia filosófica, El Pensador aparece lo mismo como un ilustrado tan radical como lo permiten las circunstancias que en calidad de defensor reticente del catolicismo contra las innovaciones, lo cual lo muestra, ante todos, sospechoso de escasa o fluctuante integridad. Siendo muy severo, Chencinsky lo retrata oscilante entre “el quijote ingenuo” y el “escritor temeroso y claudicante”, dividido entre un “Pensador que se atreve” y otro “que concede. Éste extiende una cortina de ramplonería y pedantería para ocultar lo evidente: que no cree nada de lo que dice”.³⁶

Yo lo entendería de otra manera: en su ejercicio de la libertad de conciencia, Fernández de Lizardi es el primero de nuestros intelectuales, en una ciudad ya moderna (es decir, posterior a 1789) que combina, según lo permite el reino de lo posible, la moral de la responsabilidad con la moral de las convicciones, lo cual nos muestra el retrato de un hombre excepcional en sus miedos, en sus valentías, en su arrojo y en su prudencia. Y si a ello se suma la agría (y a la vez, por qué no decirlo, relajante) disputa literaria contra los árcades (atravesados, sin duda, por similares contradicciones políticas), resulta natural que sólo en el terreno, entonces virgen, de la novela podía, como ocurrió, sobrevivir y trascender Fernández de Lizardi.

3. BUENA Y MALA SUERTE DE UN CLÁSICO

Alfonso Reyes decía que Fernández de Lizardi había tenido la “buena suerte de haber novelado el primero en nuestro país”. “El romance del Periquillo”, insistía Reyes, “es amado sin ser leído —mu-

³⁶ *Ibid.*, p. 15.

cho menos gustado. Pero la gente vulgar, siempre complicada, cree que gusta de él”.³⁷

La suya, me parece, fue más mala que buena suerte: *El Periquillo Sarniento*, una novela regularmente justificada por la poderosa personalidad política e intelectual de El Pensador acabó por ser una lápida para su posteridad. Se expresó, lo hemos visto, usando forma ya agotada en la literatura europea de su tiempo pero que le alcanzó para volverlo el fundador de la novela hispanoamericana.

El último gran éxito, de público y de crítica, de la picaresca había sido, casi un siglo atrás, una novela francesa (el *Gil Blas de Santillana*, 1715-1735), de Alain-René Lesage (1668-1747), caso curioso y hasta humillante para los españoles. Imperó la idea, durante buena parte del siglo XVIII, que dado el detallado españolismo del novelón de Lesage, ésta no podía sino ser un plagio de la picaresca española, al grado que su traductor, el padre jesuita expulsado en Italia, Francisco José de Isla, la tituló, burlescamente, como las “Aventuras de Gil Blas de Santillana robadas a España, y adoptadas en Francia por Mr. Le Sage: restituidas a su patria y a su lengua nativa por un español celoso que no sufre se burlen de su nación”.³⁸

Nunca se pudo comprobar semejante plagio, ni en la Península ni en Francia, donde hasta Voltaire creyó a Lesage plagiarlo de la *Vida de Marcos de Obregón* (1618), de Vicente Espinel, y hubo de ser Sainte-Beuve quien la declarase en 1850 “el más francés de todo los libros”, lectura que le encantaba por ser tonificante, realista. Hoy el *Gil Blas* es despreciado: pero un Dostoievski lo amaba. El asunto del *Gil Blas de Santillana* importa no sólo por ser la novela que más influencia tuvo sobre Fernández de Lizardi y su *Periquillo Sarniento*, sino porque ilustra el ocaso de la literatura española entre el XVII y el XIX: nutriéndose de fuentes picarescas españolas y también de cronicones de los reinos de Felipe III y Felipe IV, el libro de

³⁷ Alfonso Reyes, “*El Periquillo Sarniento* y la crítica mexicana” (1916), en *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 169.

³⁸ Alain-René Lesage, *Gil Blas de Santillana*, traducción y prólogo de Francisco José de Isla con un estudio de Sainte-Beuve, México, Porrúa, 1973, p. ix.

Lesage se impone en la Península vendiéndole a los españoles una forma que habiendo sido suya, les abandonaba y regresaba tras “un baño de pureza” en las aguas del neoclasicismo francés, al grado que creer en el saqueo cometido por Lesage fue asunto propio del mal-trecho honor nacional hasta que un ilustrado como el padre Isla, quien llevaba casi veinte años muerto cuando salió su traducción en 1797, lo afrontó. Que el *Gil Blas de Santillana* se convierta en 1816 en modelo de *El Periquillo Sarniento* y la dilatación de esa influencia durante la primera mitad del XIX pues los últimos capítulos, póstumos, de la novela lizardiana no aparecen sino hasta 1831, son cosas que dicen mucho sobre la innovación retrógrada tan característica del final de las letras virreinales. Una novela francesa tenida por española acaba apadrinando a la novela hispanoamericana. Ir hacia atrás y encontrarse en el futuro: en ese movimiento pendular coinciden los árcades, Fernández de Lizardi, el doctor Mier.

¿De qué va el *Gil Blas de Santillana*? Hijo de un escudero y de una ama de llaves, Gil Blas deja a los diecisiete años la casa paterna para irse a estudiar a la Universidad de Salamanca. El azar picaresco se le impone en el camino y acaba siendo reclutado por una banda de ladrones posesionados de una cueva maravillosa, de los cuales se libra salvando a una dama cautiva, galantería que lo conduce a la prisión. El reencuentro, ya en libertad, con un compatriota lo salva a medias, convirtiendo a Gil Blas en criado de canónigo y después de un médico loco, el doctor Sangrado, que mata a sus pacientes de tanto sangrarlos, como es obvio. De Valladolid a Madrid, pasará por una compañía de actores hasta corromperse como favorito del duque de Lerma, lo cual permite a Lesage pintar un cuadro histórico de la decadencia española posterior al reinado de Felipe II. Tras regresar a Oviedo, su ciudad natal y ver morir a su padre, Gil Blas, otra vez en la corte, se vuelve ahora favorito del conde-duque de Olivares. Habiendo enviudado, conoce a Doro-tea y se casa con ella en una doble boda, en la cual también se casa la hija que tuvo de su primer matrimonio.

Las aventuras de Gil Blas tienen un final feliz, como las de Pedro Sarmiento, alias El Periquillo Sarniento, la creatura de Fernández de

Lizardi, pero sin las ínfulas históricas de Lesage, muy francés —según los franceses— por ser autor de una novela histórica situada más en la corte que en los caminos. Al contrario, la vida del último pícaro importante de la literatura española contada por Fernández de Lizardi narra una existencia marginal, lejana del poder que no sólo termina con la redención del Periquillo sino con una ganancia póstuma, la de haber fundado un costumbrismo: es imposible no leer esta novela desde México, aun padeciéndola, sin sentirse emocionado por su *autenticidad*, cualquier cosa que esta palabra signifique. Eso, en un Fernández de Lizardi que nunca llegó a ser romántico ni a columbrar qué era la novela de su tiempo, él no lo podía intuir. Además, leyó e imitó el *Gil Blas de Santillana* creyéndolo retraducción al español de la obra de un peninsular desconocido.

¿De qué trata *El Periquillo Sarmiento*? Con el propósito de legarle a sus hijos la historia completa de su vida, con afán moralizante, Pedro Sarmiento la cuenta, empezando desde sus primeras letras hasta su graduación de bachiller de artes. Tan pronto sale al mundo, Periquillo escoge las previsibles malas amistades, es enviado a una hacienda donde se encuentra con el proverbial amigo de la infancia, quien contribuye a enredarlo con Poncianita, su primer amor. Expulsado del refugio en el campo, Periquillo prueba como novicio, sin éxito ni vocación y abandona el convento fingiendo una enfermedad. Muere, decepcionado de él, su padre y poco después, su madre. Convertido en jugador compulsivo, Periquillo se encuentra con Juan Largo, uno más entre quienes lo confirman en su camino de perdición. Pasa un par de meses en el hospital, se enamora de la hermana del escribano Chanfaina y acaba por dar en la cárcel, donde aparece su benefactor, don Antonio, hombre decente injustamente preso quien le da una perdurable lección de virtud.

Nuestro pícaro trabaja de ayudante de barbero y de boticario hasta que se topa con el doctor Purgante, trasunto del doctor Sangrado del *Gil Blas de Santillana*, quien le enseña esa ciencia tenida por Fernández de Lizardi por truculencia y que le permite a su personaje impostar un título de medicina. Habiéndose ganado un billete de lotería, Periquillo conoce una breve prosperidad hasta

que dilapida sus haberes, se mete con una cocinera y enviuda. Se inicia entonces como ladrón para acercarse al mayor de sus crímenes cuando intenta desvalijar el cadáver de una mujer en una iglesia. La hace de ciego y se convierte, en provincia, en un corrupto ayudando de juez. Denunciado ante la justicia y acusado de delitos propios o ajenos, Periquillo es desterrado a Manila. Allá en el Oriente se regenera, y al cumplir sus ocho años de condena decide regresar a la Nueva España, retorno interrumpido por un naufragio que le da la oportunidad de engañar a los pescadores chinos que lo rescatan, haciéndose pasar por un conde. Descubierto, el impostor se convierte en criado de un chino con el cual logra regresar a México, donde tras variadas peripecias delincuenciales y aleccionadoras, incluido un intento de colgarse, consigue trabajo honorable y se enmienda en definitiva auxiliado por los ejercicios espirituales. Reaparece don Antonio, su benefactor, con cuya hija se casa, tiene tres hijos y al final hereda sus bienes. Periquillo le da, a su *alter ego* Fernández de Lizardi, los cuadernos donde deja su historia para consuelo e ilustración de sus hijos.

A la trama, hinchada, superflua, tierna, de esta novela en cierta medida autobiográfica, debe sumarse su carácter de guía de naturales y forasteros. Como bien lo señala Spell, el investigador estadounidense que tanto hizo por fijar al autor y a su obra, *El Periquillo Sarmiento* despliega un mapa amable, vistoso y preciso de la Ciudad de México en el otoño del virreinato, en el cual “vagabundeando por la ciudad, que conocía tan bien, el pícaro hace frecuente mención de sus calles, plazas, conventos, iglesias, cárceles, mesones, etc., dándoles siempre sus nombres propios, todos auténticos”. A ello se suma un recorrido por sus inmediaciones (Cuautitlán, Ixtacalco, Ixtapalapa, San Agustín de las Cuevas, hoy Tlalpan, y San Ángel) lo mismo que por Tixtla (el Taxco del subdelegado Fernández de Lizardi), el puerto de Acapulco, Río Frío, Tula, incluida la escapatoria a las Islas Filipinas y el paso, tras el naufragio, por una isla fabulosa.³⁹

³⁹ Jefferson Rea Spell, prólogo a Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarmiento*, México, Porrúa, 1959, pp. VII-VIII.

La mala crítica de esta novela no buena pero sí notable empezó casi de inmediato como una reacción natural al mistificado personaje en que Fernández de Lizardi se empezaba a convertir, por buenas y malas razones, en las vísperas del México independiente. El encono de los árcades contra el popularismo lizardiano se transfirió, además, a los críticos de *El Periquillo Sarniento*, que encontraron en la novela una extrapolación monstruosa del mal gusto, la vulgaridad y el prosaísmo ya condenado desde 1811, en su poesía.

El canónigo Beristáin, que como censor leía toda la literatura virreinal, fue el primero en ofrecer una opinión donde se apreciaba juntos al periodista y al novelista. Escribió el canónigo en su *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional* (1816-1821):

Ingenio original, que si hubiera añadido a su aplicación más conocimiento del mundo y de los hombres, y mejor elección de libros, podía merecer, si no el nombre de “Quevedo americano”, al menos el de “Torres Villarroel mexicano”. Ha escrito varios discursos morales, satíricos, misceláneos, con los títulos de *Pensador mexicano* y de *Alacena de frioleras*; y tiene entre los dedos la *Vida de Periquito Sarniento* [sic], que, según lo que he visto de ella, tiene semejanza con la de *Guzmán de Alfarache*.⁴⁰

En 1819 apareció en el *Noticioso General* una extensa crítica de *El Periquillo Sarniento*, que en sí misma es una de las primeras reseñas literarias propiamente dichas en la historia de nuestra literatura. La firmaba Manuel Terán, quien desde finales del año anterior había emprendido, en ese periódico (donde encontramos, y no es casualidad, a veteranos del *Diario de México* como Sánchez de la Barquera), una suerte de revisión general de los escritos de El

⁴⁰ El título completo del compendio de Beristáin es *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional o Catálogo y Noticia de los Literatos que, o nacidos o educados o florecientes en la América Septentrional Española, han dado a luz algún escrito, o lo han preparado para la prensa*. La cita proviene de Reyes, “*El Periquillo Sarniento* y la crítica mexicana”, *Obras completas*, IV, op. cit., p. 172.

Pensador que será, en buena medida y durante décadas, el modelo de toda la polémica antilizardiana.

El Periquillo Sarniento le parece a su crítico “una obra disparatada, extravagante y de pésimo gusto. [...] Es un romance o fábula escrita con feo modo bajo un plan muy mal inventado, estrecho en sí mismo”.⁴¹ Terán va más allá del horror que a los poetas del *Diario de México* les producía la exhibición de la vulgaridad y encuentra la novela aburridísima, exponiendo un argumento nuevo que considera incompatibles la fluidez narrativa con la prédica de sermones moralizantes. El moderno arte de novelar (Walter Scott había publicado *Waverley* en 1814 y ésta no sería traducida en México hasta 1832 por Heredia) empezaba a inspirar el juicio de los lectores. Escribió Terán:

El arte que gobierna toda la obra es el de bosquejar cuadros asquerosos, escenas bajas para contemplarlas muy despacio, predicar enfadosa y difusamente y sacar al fin una moralidad trivial, como la única que puede dar de sí el escrutinio de las últimas prostituciones de la canalla: no da un paso Periquillo sin que moralice y empalague con una cuaresma de sermones. Está en todo muy de manifiesto que las variedades de la acción se determinan expresamente para depositar en ellas la doctrina, y así la férula del maestro se ve tan tirante en toda esta obra como por los ojos de un muchacho de la escuela. Éste es abreviadamente y por mayor el análisis de la acción. Veamos el estilo.⁴²

Acto seguido (habría qué investigar quién fue verdaderamente Terán) nuestro primer reseñista le otorga a Fernández de Lizardi un reconocimiento que ya no lo abandonará, el de haber sido el padre del género en Hispanoamérica: “Cervantes dijo en un prólogo que era el primero que había *novelado* en lengua castellana, y la circunstancia de ser nuestro autor el primero (y quiera Dios que

⁴¹ Fernández de Lizardi, *Amigos, enemigos y comentaristas*, I-1, *op. cit.*, p. 298.

⁴² *Ibid.*, pp. 299-300.

el último) que novela en el idioma de la canalla, lo hace tan original como aquel.”⁴³

El reparo de Terán acabaría por contar a favor de *El Periquillo Sarniento*, reconocido desde entonces como la piedra de fundación del realismo novelesco pues “novelar en el idioma de la canalla” se convirtió en característica que separaba a los antiguos de los modernos en las primeras décadas del XIX. Seguramente ése no fue el propósito crítico de Terán, más ligado todavía al romance que a la novela pero sus argumentos, desechada la comparación con el atildado Gil Blas, ya no son propiamente neoclásicos. A Terán, *El Periquillo Sarniento* le parece, un monstruo nuevo al cual no relaciona con la abominable escuela barroca:

La manía de explicar dilata enfadosamente sus periodos; cada frase determina el sentido de la que la antecede, y él recorre exactamente para fijar la acepción de la palabra. Difuso y relajado le parece que para persuadir es necesario presentarnos la idea con cien construcciones diferentes y por poco quisiera definirnos cada vocablo en forma de diccionario. Las digresiones son extravíos de donde no vuelve hasta que él mismo se siente con fatiga y agotado. [...] el autor de *Periquillo* se esclavizó él mismo, y se ciñó a la empresa de hacer un romance con toda la frialdad de un comentario. Como en las ciencias y arte se necesitan métodos a que reducir los objetos en que se versan, en las obras morales se deben buscar las clases a que pertenecen. Yo no habré de colocar al *Periquillo* en la que le corresponde en el orden del romance; pero es una ocurrencia bien fácil compararlo al *Gil Blas de Santillana*. Se halla que fuera de la mira general de enmendar las costumbres por medio de la sátira y lo ridículo. Estas dos obras no se pueden acercar para buscarles rasgos de semejanza.⁴⁴

A diferencia de Lesage, Fernández de Lizardi ha cruzado la frontera del buen gusto, internándose en “lo cómico bajo” que “imita

⁴³ *Ibid.*, p. 42.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 301-302.

las costumbres de la plebe y puede tener el mérito del chiste, la verosimilitud y descripción”. El desdén lizardiano por el honor de los notables y de los poderosos irrita a Terán casi tanto como el desprecio del orden neoclásico presumible en la mente de sus lectores:

El público de Nueva España es el concepto de este autor una congregación de parvulitos, y él una vieja cuentera, dispensada de toda regla y arte por la imbecilidad de sus oyentes. ¿Qué utilidad puede encontrar el común en que un escritor obre desatinadamente sin más guía que su capricho y por medios arbitrarios con fin *dice* de ilustrarnos? Luego, lo que se escribe con regla y gusto es perdido e insuficiente para nosotros. Un hombre célebre ha dicho que los romances venían a ser la última lección que se podía dar a una nación corrompida, y ahora se nos da a entender que aun ésa es ineficaz para nosotros. ¡Ya perdimos hasta el uso del buen lenguaje! Así se nos trata no en las obras del calumniador Paw, sino en los escritos de un compatriota que se ha decorado con el título de Pensador Mexicano.⁴⁵

Que Fernández de Lizardi hable el “idioma de la canalla”, a Terán le parece una antigualla ofensiva. Es curioso que uno de quienes lo elogiaron entonces, el políglota poblano José Luis Montaña (1755-1820), destacara como virtuosa la combinación lizardiana entre las antiguas glorias castellanas y la modernidad implícita en renovar el léxico. Montaña, versado en griego, latín y náhuatl, le rogaba a los lectores de *El Pensador* que le agradecieran “a nombre de todos los amantes de la patria, porque continúa el loabilísimo y antiguo proyecto de enriquecer al mezquino idioma castellano con algunas voces que no se conocían hace diez años, y que no han llegado a noticia de la Academia Española”.⁴⁶

Fernández de Lizardi, que un día sí y otro también, se defendía de todos los ataques, también lo hizo de la crítica de Terán y contra

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 306-307.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 502.

lo que piensa Reyes, lo hizo bien, con suficiencia. Había quedado establecida la comparación con Cervantes y ello lo alegraba: “No trato de comparar mi obra con la del gran Cervantes; lo que hago es valerme de su *Quijote* para defender mi *Periquillo*.”⁴⁷

La puesta en contexto (y en escena) de *El Periquillo Sarniento* para juzgarlo con la debida justicia requiere de empezar por el principio. No estaba pensando Fernández de Lizardi, al escribir lo que pasaría por ser la primera novela hispanoamericana, en hacer, en pureza, una novela como las que estaba publicando Scott, a quien quizá ni conocía. El Pensador se estaba sirviendo de una forma archiconocida y vieja, la narración picaresca, para continuar, por otros medios, con el periodismo político que la Restauración en España y la derrota de la insurgencia en la Nueva España le hacían imposible ejercer. Pero como lo advierte con tino Reyes Palacios, la escuela de la sátira convirtió a Fernández de Lizardi en un escritor capaz de escribir una novela absolutamente distinta a las muy pocas que se habían intentado, previamente, en la Nueva España. Para Reyes había una gran distancia entre *El Periquillo Sarniento*, “una copia mediocre de un buen modelo”, y las grandes obras de la picaresca española, pero el costumbrismo, una novedad romántica, colocaría, me parece a mí, a la novela de Fernández de Lizardi, entre otros aspectos, en el lado de los modernos.⁴⁸

Al talento costumbrista afilado en las fatigas periodísticas, agrega Fernández de Lizardi otra característica que siendo ilustrada (es decir, ya entonces antigua por varias décadas) acabaría por hacerlo moderno, la manía educacionista. Las digresiones pedagógicas, que le molestaban a Terán y nos molestan a nosotros, le dieron a *El Periquillo Sarniento* una actualidad periodística tan eficaz que se volvió literaria, la impronta de un escritor ansioso por dialogar con un público al cual no consideraba, como lo creía erróneamente Terán, ni parvulario ni imbécil.

⁴⁷ Fernández de Lizardi, *Obras*, xiv. *Miscelánea*, op. cit., p. 207.

⁴⁸ Felipe Reyes Palacios, prólogo a Fernández de Lizardi, *Obras*, viii. *Novelas. El Periquillo Sarniento*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, pp. viii-ix.

Tras descartar al *Guzmán de Alfarache*, la gran novela picaresca de Mateo Alemán de 1599, como modelo del *El Periquillo Sarniento*, Reyes Palacios retoma el nexo, ya establecido como vimos por Terán, con Lesage y su *Gil Blas*, destacando la poda realizada por El Pensador de toda la truculencia barroca. El novohispano es un moralizador ajeno a la complacencia de la picaresca áurea con la marginalidad casi política de la delincuencia y sus crímenes, mismos que en *El Periquillo Sarniento* no dejan de ser inocentadas porque carece del todo de malicia. Sería imposible encontrar en Fernández de Lizardi algo similar a la complicidad de Guzmán de Alfarache en la prostitución de su propia esposa.

Muy lejano estaba El Pensador, lo subraya Reyes Palacios, del catolicismo de la Contrarreforma, obsesionado por la culpa, el pecado y el arrepentimiento. Todo esto se conserva, en sus cuatro novelas, “reblandecido” pues “Lizardi se entrega de lleno, por una parte, a proclamar la compatibilidad de la fe con los avances de la ciencia, y a combatir en consecuencia toda forma de oscurantismo. Y por la otra, a señalar la necesidad de participación del cristiano (ya no súbdito sumiso, sino ciudadano con derechos) en los asuntos civiles, que deben estar, lógicamente, separados de los religiosos”.⁴⁹

Nuestro autor, agrega Reyes Palacios, compartía con el padre Isla, traductor del *Gil Blas de Santillana*, la idea de que una novela debía ser instructiva y divertida, aunque hubiese diferencias entre los caracteres de Gil Blas y de Periquillo, aquel calculador y moralmente ambiguo hasta el final, éste salvado, catequizado y redimido por completo. Para el Periquillo, a la Rousseau, el hombre es bueno por naturaleza y es la sociedad la que lo corrompe, aunque El Pensador y quienes le siguieron corregían la fórmula de Jean-Jacques dando al “medio”, que será el abracadabra de los naturalistas a fines del XIX, una importancia capital. Pero ni Lesage, crecido en un mundo religioso dividido entre la extrema observancia jansenista y las libertades jesuíticas, ni Mateo Alemán, hijo de la Contrarreforma,

⁴⁹ *Ibid.*, p. xi.

habrían compartido, devotos del pecado original, la máxima rousseauniana seguida en *El Periquillo Sarniento*.

Si Lesage aristocratizó el género, al convertir su novela en un depósito del lenguaje popular, Fernández de Lizardi demuestra estar en otro siglo. Mucho se ha escrito sobre las escasas ambiciones artísticas lizardianas, su mera instrumentalización pedagógica de un género y su gusto por el sermón, pero no se ha insistido lo suficiente en la excelencia de varios capítulos, donde aparece el mejor Fernández de Lizardi, el satírico político convertido en un narrador bien dotado. Cuando yo me dejé, al fin, llevar por su prosa, en el ejemplar apollado de una edición baratísima, pasé un par de tardes estupendas. Esa edición, la de 1884, incluye además treinta láminas de una simplicidad burda que expresa el proceso de escolarización experimentado por *El Periquillo Sarniento* durante el siglo XIX. Para encontrar al moderno en Fernández de Lizardi he de mirarlo, siguiendo el apunte del viejito Urbina, con la fidelidad de los grabados antiguos, a menudo disléxicos, y penetrar en la profundidad de imágenes frecuentemente imposibles de mirar si no es llevados de la mano por la prosa lizardiana.

Si la novela es mala, el libro es bueno. Insisto. Es sabrosísimo, sobre todo el capítulo que cuenta las penurias de Periquillo en la prisión, sometido por los otros presos a una lluvia de meados, pasaje que une a Quevedo con José Revueltas, el de *Los muros de agua* y el de *El apando*, picaresca carcelaria que se cuenta entre las buenas páginas del realismo mexicano. Y al hacerlo rescatar moralmente, a Periquillo, por don Antonio, Fernández de Lizardi, apelando al viejo principio del relato dentro de un relato esboza una segunda novela, a su vez ejemplar, sobre las malandanzas de la virtud.

Si capítulos enteros de *El Periquillo Sarniento* son magníficos, la lectura general de la novela ha acarreado tópicos que Reyes Palacios ha descartado, no sólo el del ascendente directo de la picaresca española clásica, sino otros que, como veremos enseguida, difundieron los románticos y los nacionalistas. Uno de ellos explica qué se entiende por el tan llevado y tan traído carácter popular de *El Periquillo Sarniento*, que sólo procede si se identifica al pueblo con

“la delgada clase media” a la cual pertenecen tanto el héroe lizar-
diano como su creador, quien entre 1798-1810, sus años oscuros,
aquellos en que carecemos de información biográfica, debió de
sufrir peripecias del orden picaresco. Su aventura ilustra el riesgo al
cual estaba sometida aquella nueva clase de hundirse en “el panta-
no social” de los vagabundos y los léperos.⁵⁰

Escrito desde la clase media y para la clase media, *El Periquillo Sarniento*, sugiere Reyes Palacios, no pudo dirigirse sino episódica-
mente a ese pueblo bajo que lo habría tenido, según cuenta la le-
yenda, por un héroe familiar. Sólo había treinta mil alfabetizados
en la sociedad colonial, para los cuales escribió Fernández de Lizar-
di de manera generosa y perseverante. Los lectores de *El Periquillo*,
y lo sabemos gracias a las listas de los suscriptores a la primera y
segunda edición de la novela, con alguna excepción nobiliaria, fue-
ron “bachilleres, curas de pueblo, subtenientes, frailes y muchos
'dones' —con el don a modo de sonaja o cascabel— que confor-
maban de manera típica el estrato criollo medio”. Escenas que han
conmovido a quienes han sostenido el verdadero carácter popular
de *El Periquillo Sarniento*, como aquélla en que “los obreros de una
fábrica de puros” le pagaban a alguien para que les leyese “los
papeles de El Pensador” debieron ser excepcionales, habida cuenta,
además, que quien divulgó esas escenas fue, naturalmente, el pro-
pio Fernández de Lizardi.⁵¹

4. EL SUPERPERIQUILLO

El Pensador no fue un quimérico alfabetizador de la plebe ni tam-
poco un independentista irreprochable: son raros los individuos de
ese carácter en las épocas de revoluciones. Él lo sabía cuando dijo,
en 1821, que “en las conmociones populares siempre llevan la peor

⁵⁰ Reyes Palacios, prólogo a *Obras*, VIII. *Novelas. El Periquillo Sarniento*, I
y II, *op. cit.*, pp. XIX-XX.

⁵¹ *Ibid.*, pp. XX-XXI.

parte los egoístas. El que arrastró coche, arrastra cadena; el que mandó degollar, es degollado; y el que no se pensaba da la ley”.⁵²

Con *El Periquillo Sarniento* se fundó una literatura. La novela incomodó a las autoridades casi tanto como los periódicos lizardianos, al grado que el virrey Apodaca prohibió, a mediados de 1816, que continuara apareciendo por entregas, de tal forma que la primera edición quedó trunca (se habrán tirado sólo unos 200 ejemplares calcula Fernando Tola de Habich)⁵³ y sólo hasta 1830-1831, ya muerto el autor, apareció una edición completa. Es probable que la prohibición de Apodaca se debiera al capítulo I de la tercera parte en que, en Manila, el Periquillo diserta contra la esclavitud. Tal parece que Fernández de Lizardi evadió la prohibición haciendo circular copias manuscritas destinadas, también, a no defraudar a los suscriptores.⁵⁴

Interrumpida la publicación de *El Periquillo Sarniento*, Fernández de Lizardi escribió otras tres novelas, lo cual ratifica, si faltase, su disposición a indagar, retrocediendo, en el género moderno por antonomasia: *Noches tristes y día alegre* (1819, 1831), *La Quijotita y su prima* (1818-1819) y *Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda* (1832). Se trata de tres libros que aparecieron, en su momento, truncos o póstumos, como ilustrando las dificultades de alumbramiento de la novela en México.

Noches tristes y día alegre es una imitación, según lo dice el autor en el “argumento o idea” de su libro, de las *Noches lúgubres* de Cadalso, obra a su vez inspirada en las *Noches* del doctor Young. Así como el canónigo Escóiquiz “corrigió” al poeta de la noche traducéndolo a la lengua del catolicismo, El Pensador prefirió escribir una variación del tema con semejantes intenciones ortodoxas. En

⁵² Fernández de Lizardi, “Chamorro y Dominiquín. Diálogo jocoserio sobre la independencia de América” en *Obras*, XI. *Folletos (1821-1824)*, op. cit., p. 109.

⁵³ Fernando Tola de Habich, “Estudio preliminar” a *El Año Nuevo de 1837*, I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, p. CI.

⁵⁴ Reyes Palacios, prólogo a *Obras*, VIII. *Novelas. El Periquillo Sarniento*, I y II, op. cit., p. XL.

1818, en la sombría atmósfera de la Restauración, con cualquier cambio político en la suerte de la Nueva España pareciendo muy lejano en el horizonte y con *El Periquillo Sarniento* censurado, el periodista decidió dar una señal de ortodoxia. No le costó mucho trabajo: todos los independentistas (en el grado que lo hayan sido) fueron católicos ortodoxos en materia de fe: sus diferencias estaban en el gobierno político eclesiástico de la Iglesia. No se podía ser cristiano de otra manera en esos tiempos, como dijo Urbina. Había eso sí, tanto en el protojansenismo de Hidalgo como en el jansenismo político del doctor Mier, una resistencia cuya heterodoxia quería nutrirse, fantasiosa, en el cristianismo apostólico o preconstantino. Ello daba pie a un novedoso afán ecuménico, como el que le permite a Fernández de Lizardi, en *La Quijotita y su prima*, felicitar a los poetas sepulcrales de la Pérfida Albión: “Las obras de los célebres ingleses Young y Harvey nos ahorran de amontonar nombres de protestantes en cuyos escritos brilla, como en los dos primeros, la moral más sana y arreglada al Evangelio de Jesucristo.”⁵⁵

Mientras que Young había enterrado a su hija, Cadalso desentierro a su amada en *Noches lúgubres* y El Pensador hace que su héroe se encuentre, por casualidad, el cadáver de su amantísima esposa antes de que sea desvalijado por un ignaro y necesitado, aunque al final honrado, sepulturero. El Teófilo de Fernández de Lizardi, en contraste con el Teódato cadalsiano, es bonísimo de principio a fin, incapaz de extravío, víctima de una prisión injusta que provoca la huida y muerte de su esposa. “El día alegre” es un colorín-colorado-este-cuento-se-ha-acabado donde Teófilo se reencuentra a sí mismo bajo la mirada paternal de un verdadero sacerdote, es decir, un *cura*, curador de almas. La concesión hecha por Fernández de Lizardi al gusto sepulcral no es mucha y tan sólo la “Noche tercera”, que cuenta una historia paralela, introduce un tema más higiénico que mórbido: la necesidad de saber hacer la césarea para alcanzar a bautizar al hijo nonato de una mujer muerta. *Noches tristes y día*

⁵⁵ José Joaquín Fernández de Lizardi, *La Quijotita y su prima*, introducción de María del Carmen Ruiz Castañeda, México, Porrúa, 1967, p. 210n.

alegre es apenas una novela. Es una rectificación, como dice Reyes Palacios, del diálogo lírico de Cadalso y un malhadado intento de apropiarse de esa nocturnidad que le era ajena: “Qué pródiga es la adjetivación, pero al mismo tiempo que pobre; tratando de ser convincente, acumula en numerosa sucesión las palabras *triste, terrible, negro, espantoso, cruel*, etcétera. Como mal actor, copia la pose ajena sin ser capaz de hallar el sentimiento que le da vida”.⁵⁶

Escribió Fernández de Lizardi ese librito para demostrar lo buen cristiano que era, y es cosa ardua encontrar algún verdadero indicio prerromántico en *Noches tristes y día alegre*, pues lo que le corrige el novohispano al español es justamente el encaprichamiento individualista de Teófilo, sustituyéndolo por la pedagogía de la caridad.

No estaba imbuido El Pensador de la socarronería con que Goethe miraba en esas fechas a la ya vieja poesía sepulcral, cuyos vampiros, el de Weimar, se complacía en ahuyentar. Tampoco agrega nada a la autobiografía de El Pensador, pues su encarcelamiento de 1812 parece corresponder más a las escenas carcelarias padecidas por Periquillo que al lamento, en tono youngiano, de Teófilo al pisar la prisión, que no a pocos comentaristas les da risa: “Depósito de la iniquidad, hónrate con que un hombre de bien pise tus umbrales esta vez.”⁵⁷

Más intransitable aún, por su desmesurado y machacón carácter pedagógico, es su tercera novela, *La Quijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencias de novela*, considerada por Carlos González Peña, un crítico presente en las conferencias del Ateneo de la Juventud, “el más abominable sermón de que las letras nacionales tienen memoria”.⁵⁸ Es el más progresista e ilustrado de los libros lizardianos en la medida de ser el primer gran alegato hispanoamericano por la plena instrucción de las mujeres, una demanda en la

⁵⁶ Reyes Palacios, prólogo a *Obras*, VIII. *Novelas. El Periquillo Sarmiento*, I y II, *op. cit.*, p. xxxiv.

⁵⁷ *Ibid.*, p. xxxiv.

⁵⁸ Carlos González Peña, “El Pensador Mexicano y su tiempo” en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, p. 78.

que el *Diario de México* insistía desde su primera época sin que ello significase alterar la tradicional dedicación de las mujeres al hogar. A ello se suma, pues *La Quijotita y su prima* es la historia, en efecto, de dos primas, una virtuosa y otra corrompida, Pudenciana y Pomposa, la inquina lizardiana, legible en su sátira en verso, de las “coquetas, pirraquitas, currutacos, cócoras”, especímenes urbanos a quienes El Pensador despreciaba tanto o más que los poetas del *Diario de México*, como se comprueba en la polémica de 1814.

Si Fernández de Lizardi demostraba en *Noches tristes y día alegre* su familiaridad con Young (vía Le Tourneur y el canónigo Escóiquiz), *La Quijotita y su prima* es un depósito de sus lecturas neoclásicas, como las de Fénelon (por su *Tratado de la educación de las hijas*, 1687), de Jean-Baptiste Blanchard y de Antoine-Léonard Thomas, un par de pedagogos dieciochescos propagandistas de la instrucción de las mujeres. Con ese noble propósito, Fernández de Lizardi hace gala, en *La Quijotita y su prima*, de su biblioteca: Feijoo, Teodoro Almeida, Quintiliano, Juvenal, Plutarco, Cicerón y San Jerónimo. Aspirando a que las mujeres lo leyesen, galantemente se cuida El Pensador, tal cual lo anota María del Carmen Ruiz Castañeda, de no citar en latín, como lo hace en *El Periquillo Sarniento*.⁵⁹

Acaso lo más simpático en *La Quijotita y su prima* sea Pomposa, una anticipación de Madame Bovary cuya presentación en la sociedad de los lectores debió ser novedosa en los años treinta del XIX, que fue cuando en verdad circuló la novela. La heroína descarriada de El Pensador, que termina prostituyéndose tras un mal matrimonio con un conde impostor (otro de los tópicos lizardianos),

lee mucho mucho y desordenadamente, de preferencia novelas; su educación vana y pedantesca la incapacita para discernir en sus lecturas lo bueno de lo malo. Las novelas le llenan la imaginación de fantasmagorías y la incapacitan para situarse en el terreno de la realidad. Víctima de un concepto equivocado de su papel en el

⁵⁹ María del Carmen Ruiz Castañeda, introducción a *La Quijotita y su prima*, *op. cit.*, p. XIV.

mundo llega a creerse la vengadora de su sexo y cae en una especie de donjuanismo femenino.⁶⁰

Siendo *La Quijotita* —así llamada porque entonces, antes de la idealización efectuada por Miguel de Unamuno a fines de aquel siglo se consideraba “quijotesco” a todo lamentable orate— la menos estimada de las novelas lizardianas, *Don Catrín de la Fachenda* (1832) goza de mejor prensa. Notoriamente, Fernández de Lizardi quiso demostrarse a sí mismo y a sus críticos que podía escribir una verdadera novela sin incurrir en el fárrago tratadístico (la *Quijotita*), la imitación edificante (*Noches tristes y día alegre*) o el desorden picaresco (*Periquillo*). El resultado fue, según Spell, “la más artística de sus cuatro novelas” que

traza la vida de un *catrín* —tipo que correspondía al currutaco español— que, cayendo de mal en peor por sus creencias falsas y extravagantes, llega finalmente al término de sus malaventurados días. Se ve siempre en ésta, como en sus otras novelas, que el intento del autor es censurar vicios y defectos; pero aquí logra más artísticamente su fin, porque en vez de valerse de la moralización, como en tantas otras ocasiones, se vale de la sátira, en la que descuella una fina ironía. Predomina en ella, igualmente, el realismo, no sólo en el retrato del protagonista sino también en el escenario en que actúa éste, captado admirable y selectivamente, con menos detalles que el *Periquillo*, ciertos aspectos de la vida de la época.⁶¹

Agustín Yáñez decía que “Don Catrín es a *Periquillo*, lo que *Quijotita* a su prima: el fondo oscuro en que se destaca el proceso victorioso de la educación.”⁶² Esta vida novelesca que pretendió ser

⁶⁰ *Ibid.*, p. xvii.

⁶¹ Jefferson Rea Spell, prólogo a J.J. Fernández de Lizardi, *Don Catrín de la Fachenda y Noches tristes y día alegre*, México, Porrúa, 1959, pp. x-xi.

⁶² Agustín Yáñez, “El Pensador Mexicano” (1945), en *Fichas mexicanas*, presentación de José Luis Martínez, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, p. 93.

a la vez el complemento y la negación de la del clasemediero Periquillo, le parece a Palazón Mayoral “la más lozana, la que conserva una prosa más límpida que fluye sin trabas, la que goza de mejor salud literaria, o sea, la más próxima estilísticamente a las novelas del siglo xx”.⁶³

Atildada, a mí no me gusta mucho *Don Catrín de la Fachenda*, porque al podar su vegetación verbal y meter en cintura su manía educacionista, su fervor tratadístico, Fernández de Lizardi se traicionó a sí mismo. Es la menos imperfecta de sus novelas, qué duda cabe, pero careciendo, además, de la carga autobiográfica de *El Periquillo Sarniento*, *Don Catrín de la Fachenda* es solamente un tipo bien logrado, y la vida silvestre, desordenada, desgarrada que se trasmite en las aventuras de Periquillo aquí está ausente y en ese sentido, contra lo sostenido por Palazón Mayoral, es más fácil sentirse contemporáneo, como lector, del lépero que del catrín.

No lo cree así la lectora más conocedora de *El Pensador*, para quien

en tanto se trata de una semblanza o autorretrato dictado a un amanuense por un currutaco, o afectado, en las modas, sin mayores complicaciones psíquicas, él mismo y el resto de sus personajes son explícitamente símbolos. No podía ser de otra manera. El que presume de su belleza y galanura se llama Precioso; el que rebasa los límites permisibles, Tremendo; el que se atiene a las posibilidades circunstanciales, Moderato; el que actúa bajo los dictados de la conciencia moral, Justo; Tarabilla es el demagogo; el inteligente estafador, Sagaz; el ingenuo que no rebasa las fronteras del *statu quo* es Simplicio. Don Catrín mismo sólo es un elegante que carece de nombre propio, o sea, de una individualidad que permita distinguirlo de la gente de su misma ralea. Sólo tenemos un pleonismo: es el petimetre, catrín y vanidoso o fachenda. Paradójica-

⁶³ María Rosa Palazón Mayoral, presentación de *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998, p. 11.

mente, este procedimiento de simbolización nos ofrece personajes más próximos a la realidad que El Periquillo Sarniento o Pomposa o Pudenciana, o Eufrosina, o Matilde y demás figuras de las otras narraciones novelescas lizardianas.⁶⁴

El relativo fracaso de Fernández de Lizardi como novelista está en el centro de su éxito como fundador de la literatura mexicana. Sus apologistas durante la época romántica no ignoraron la imperfección de sus creaciones, pero prefirieron honrar al padre fundador. En 1844 Prieto hizo, contra los árcades, la defensa de El Pensador, pues

a este último, aunque la pedantería y la falta de conocimiento de la época en que escribió, y la sociedad a que se dirigía, ha negado los lauros que se merece como filósofo, como poeta y como literato que ha hecho más bien a la sociedad en que vivió; su obra titulada *El Periquillo* se ha juzgado por la forma, por la superficie, desatendiéndose del hombre que solo y auxiliado de su vasto talento conspiraba contra todas las preocupaciones, luchaba con ellas, y desafiaba, en una liza desventajosa, al fanatismo y a los intereses envejecidos.⁶⁵

Casi un cuarto de siglo después, Altamirano, aunque consideraba a la novela “el monumento literario del siglo XIX” todavía dudaba, increíblemente dado que escribe en 1868, si el género, “Proteo de la literatura” era “grandioso o indicaba la decadencia de la civilización”. En balde Heredia, en la *Miscelánea*, en 1832 había abierto el debate, con motivo de Scott, sobre los pros y los contras de la novela, el nuevo género, por moderno. Para Altamirano, en cambio, la novela es sólo “el libro de las masas”, y en ese sentido *El Peri-*

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 11-12.

⁶⁵ Guillermo Prieto, “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana”, en *La patria como oficio. Una antología general*, edición de Vicente Quirarte, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación para las Letras Mexicanas–Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, p. 357.

quillo Sarniento, obra del “patriarca de la novela mexicana” cumplía con el requisito porque “no hay un mexicano que no la conozca, aunque no sea más que por las alusiones que hacen frecuentemente a ella nuestras gentes del pueblo”. Según Altamirano, “El Pensador se anticipó a Sue en el sentido de los misterios sociales” y fue un “profundo y sagaz observador, aunque no dotado de una instrucción adelantada, penetró con su héroe en todas partes para examinar las virtudes y los vicios de la sociedad, y para pintarla como era ella a principios de este siglo, en un cuadro palpitante, lleno de verdad y completo, al grado de tener pocos que lo igualen”.⁶⁶

En opinión de Altamirano, Fernández de Lizardi había dejado de ser aquel “Apolo de las banquetas” injuriado por los árcades para convertirse en el “apóstol de pueblo”, amado y venerado con ternura gracias a su genio de anatómico porque muestra

las llagas de las clases pobres y de las clases privilegiadas, revela con un valor extraordinario los vicios del clero, muestra los estragos del fanatismo religioso y las nulidades de la administración colonial, caricaturiza a los falsos sabios de aquella época y ataca la educación mezquina que se daba entonces; entra en los conventos, y sale indignado a revelar sus misterios repugnantes; entra en los tribunales, y sale a condenar su venalidad y su ignorancia; entra en las cárceles, y sale aterrado de aquel *pandemonium*, del que la justicia pensaba hacer un castigo arrojando a los criminales en él, y del que ellos habían hecho una sentina infame de vicios; sale a los pueblos y se espanta con su barbarie; cruza los caminos y los bosques y se encuentra con bandidos que causan espanto; por último desciende a las masas del pueblo infeliz, y compadece su miseria y le consuela, haciéndole entrever una esperanza de mejor suerte, y se identifica con él en sus dolores y llora con él en su sufrimiento y en su abyección.⁶⁷

⁶⁶ Ignacio Manuel Altamirano, “Revistas literarias de México”, en *Escritos sobre literatura y arte*, I. *Obras completas*, XII, edición de José Luis Martínez, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2011, pp. 57-58.

⁶⁷ *Ibid.*, pp. 58-59.

Altamirano, en el fondo, seguía pensando como los árcades, es decir, que el estilo vulgar de Fernández de Lizardi se debía a su defectuosa instrucción aunque lo justificaba, pues sin “sus alocuciones bajas y alusiones no siempre escogidas”, no habría sido comprendido por el pueblo mexicano y éste no se habría identificado con él. Pertenecía El Pensador, como adelantado, a la escuela moderna, dice, la de Eugène Sue y Victor Hugo, debiéndose contar a *El Periquillo Sarniento* junto a *Los misterios de París* y *Los miserables*, por su realismo (aunque Altamirano se cuida de usar esa palabra). Fernández de Lizardi, concluye Altamirano, era el puente que unía a Cervantes y a la novela picaresca española (incluida en ella el *Gil Blas*) con la literatura contemporánea.

En un discurso leído en el Liceo Hidalgo, en 1872, Ignacio Ramírez, El Nigromante, irá aun más lejos, efectuando su canonización laica del “más humilde, aunque el primero de nuestros panfletarios”:

El Pensador Mexicano fue el diablo para la época colonial, en nuestra patria; Hidalgo, el guerrero, fue una máquina de combate; Lizardi, el analizador, fue el rayo que al mismo tiempo destruye e ilumina; Hidalgo rompió las cabezas; Lizardi las arregló de nuevo. Sólo el cráneo fósil de Balcárcel se conserva entre los restos paleontológicos en el desagüe de Huehuetoca.⁶⁸

Como en tantos otros asuntos, Urbina, en su estudio preliminar a la *Antología del Centenario*, en 1910, trató de poner orden y medida en la memoria de El Pensador, admitiendo como válido el disgusto de los árcades ante un autor, “sucio hasta el asco” cuyo “estilo es llano hasta la chabacanería; su tendencia a la observación y a la imagen naturalista, lo lleva a ser exacto hasta la grosería” porque lo

⁶⁸ Ignacio Ramírez “El Nigromante”, “Discurso en honor de don José Joaquín Fernández de Lizardi”, en *La palabra de la reforma en la república de las letras. Una antología general*, edición de Liliana Weinberg *et al.*, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación para las Letras Mexicanas–Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, p. 297.

suyo es la brocha gorda, “la facultad de los escenógrafos”, misma que le permite esbozar “una muchedumbre popular que cruza por la linterna mágica de un risueño e intencionado evocador”.⁶⁹

Pese a ello, para Urbina

es realmente digna de estudio y reflexión la manera del Pensador; su procedimiento. Se trata, en cierto modo, de un folclorista espontáneo, que hizo de refranes, locuciones y giros populares, una literatura especial, genuina y característica, tan apropiada a las circunstancias, que ninguna otra supo encontrar el camino para llegar más pronto al alma de la muchedumbre.⁷⁰

Contrasta Urbina a Fernández de Lizardi, una vez más, con los árcades y acaba fallando, pese a todo, a favor del novelista:

Mientras los literatos de gabinete, los letrados universitarios formulaban y conformaban su literatura de acuerdo con los preceptos de la retórica pulcra, fría y severa de entonces, mientras las altisonancias del lenguaje, la morbidez escultural de la cláusula, la forzada trasposición, el retorcido hipérbaton, la construcción latinizada, el academismo, en fin, el atildado academismo seudoclásico, llenaban los escritos realistas e insurgentes, el Pensador torcía el rumbo, desnudaba su estilo de la pedante ornamentación churrigüesca, y hacía entrar, naturalmente, su pensamiento en la forma baja, en la expresión prosaica, en la ramplonería familiar y casera. Es cierto que tan lejos estaban del arte los academistas como el sencillo imitador del habla popular; pero éste, sin pretenderlo quizás, orientaba el movimiento literario hacia una senda nueva, más amplia y de horizonte más dilatado.⁷¹

⁶⁹ Luis G. Urbina, Estudio preliminar de la *Antología del Centenario*, I, *op. cit.*, pp. CXXI-CXXII. Copio de la edición facsimilar de la Secretaría de Educación Pública (1985) y me permito modernizar la ortografía de Urbina, eliminando también sus itálicas tan intrusivas.

⁷⁰ *Ibid.*, p. CXXXII.

⁷¹ *Ibid.*, pp. CXXXII-CXXXIII.

Publicaba Urbina su balance general de la literatura mexicana en la víspera de la Revolución de 1910, y aquel “ambiente levítico” que creía propio el antólogo modernista de lo ocurrido cien años atrás, volvería. Al identificarse con la Reforma, con los Prieto, los Ramírez y los Altamirano, la crítica nacionalista, con el novelista Yáñez al frente, elevó aún más al Pensador, convertido en un espécimen de padre Adán de cuya costilla surgirán todos los grandes creadores mexicanos, el grabador José Guadalupe Posada, el pintor Diego Rivera, el músico Carlos Chávez... Examinemos la gran arenga dedicada por Yáñez en 1945 a El Pensador, patriarca y profeta, “bandera y piragua” de “la esencialidad mexicana”:

Los mastines alargados e infecundos de una crítica todo lo erudita que se quiera, pero anémica de valores humanos y sin arraigo en el subsuelo de la esencialidad mexicana, muerden y tiran de la esclavina y el olán, una raída capa siglo diecinueve, patrimonio del más constante y, por ello, el más desgraciado escritor mexicano. Quien la desdeña por burda y sencilla, quien por su escaso valor artístico y por ser una mala imitación de las buenas capas españolas, quien por astrosa, desaliñada y vulgar; éste censura el desgarbo con que su dueño la lleva y el que la arrastre por calles, plazas, mesones y garitos; embozado en ella, el hombre parece a muchos un sermoneador inaguantable o un pedagogo, mas le niegan categoría de literato y afirman que intentar la crítica literaria sobre sus papeles, aparte de perder el tiempo, no llevaría a ninguna labor digna de mención, porque son papeles con exceso de prosaísmo, falta de unidad armónica y abundancia de términos llanos; tras elogiarlo sin medida, un buen viejecito confiesa que el hombre de la capa tiene sus defectos y olvida las reglas del estricto comportamiento; aquél se burla de quienes suponen que la posteridad atribuyó al embozado el mote de Pensador porque lo era; y el que más allá, coetáneo del azaroso escritor, reparando en la amplitud generosa de la capa y en el húmedo barro que la decora, zahírela de canalla.⁷²

⁷² Yáñez, “El Pensador Mexicano”, en *Fichas mexicanas*, op. cit., p. 67.

El lector atento notará las referencias a Urbina y a Reyes, los críticos cuyas reticencias ante El Pensador lamenta mucho Yáñez porque *El Periquillo Sarniento* debe ser considerado a la vez como un libro patrio y un tipo nacional a la altura del *Martín Fierro* (1872) y de *Don Segundo Sombra* (1926), los clásicos argentinos. Es más: Yáñez lo contrasta, en su picardía mexicanísima, con el *Babitt* (1922) de Sinclair Lewis, romo y aburguesado carácter estadounidense. Hombre y circunstancia, tónica y naturaleza se alinean a la perfección tanto en Fernández de Lizardi como en el propio Periquillo, su doble, un vencedor de destinos, saltimbanqui de vidas, fiel araña que reconstruye aventuras sobre fracasos, de quien puede decirse, como de la patria dijo López Velarde, nieto incivil e insigne de El Pensador que vive “al día, de milagro, como la lotería”.⁷³

En una argumentación muy poderosa contra la herencia entera del neoclasicismo y el romanticismo, que compartirá probablemente casi toda la opinión literaria de la segunda mitad del xx, Yáñez afirma que el Barroco es “la gran aventura de la belleza en las tierras mexicanas”. El Pensador, heredero de las novelas picarescas aparecidas cuando el Barroco peninsular decaía, “tuerce aquellas influencias” para hacer la exégesis de lo mexicano. No es que Yáñez ignore lo endeudado que estaba El Pensador con los Lesage y con los Fénelon: justifica cualquier influencia el resultado final, la originalidad en su opinión primordial, de *El Periquillo Sarniento*. Importa lo nacional, no lo universal.⁷⁴

Además, el barroquismo lizardiano es para Yáñez una síntesis de cristianismo e Ilustración, romanticismo y nacionalismo, realismo y hasta naturalismo. No pertenece Fernández de Lizardi, aclara Yáñez al proponerlo como el verdadero moderno, a la rebeldía anárquica ni al sentimentalismo de Goethe en el *Werther* ni al de Chateaubriand en *Atala*, pero sí al universo de los educadores que van del viejo Defoe y su *Robinson* hasta el *Emilio* rousseauiano. Piensa Yáñez en los grandes estilos intemporales, como lo es el Barroco en

⁷³ *Ibid.*, p. 69.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 72.

su apreciación (o en la de Eugenio d'Ors), y desdénia los mezquinos conflictos generacionales entre clásicos y románticos.

Al hacer su elocuente vindicación del barroco y convertir a El Pensador en su intemporal exponente, Yáñez logra lo que ningún lector previo de *El Periquillo Sarniento* había conseguido: reivindicarlo sin mácula y sin disculpas, asociando al barroquismo con la mexicanidad, abuso de confianza al cual es difícil resistirse. Detestado por los árcades y por todos aquellos demoledores, en ambas orillas del Atlántico, del supuesto “verbo gongorino”, apenas tolerado por los románticos, visto con mucha distancia por los modernistas y por Reyes, lo barroco novohispano se salvará íntegro, gracias al nacionalismo de Yáñez, en la obra lizardiana.

La solemnidad de Yáñez, que convierte a *El Periquillo Sarniento* en una suerte de relato de fundación, es empática con la de Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* (1950). Para decirlo en los términos del poeta, en el origen del laberinto pero con el hilo en la mano que permite salir de él, estaría el Periquillo, figura trágica y no cómica, según Yáñez. Su “espontaneidad” le parece mexicanidad en potencia, asociada, por qué no, a ciertos principios románticos de egocentrismo, retorno a la naturaleza y fe en la bondad natural. Su humorismo, edificante, es una vacuna moral lo mismo contra “la sátira corrosiva y fría de los enciclopedistas” que contra la sombría parada romántica.⁷⁵

El de Yáñez es un Superperiquillo.

El pelado lizardiano, dice arrebatado, es superior al pícaro, cobarde y mendaz, y al lépero, alevoso y montonero. El pelado conserva su pureza, “el culto de la vergüenza, y la soberbia de su pobreza, de su desnudez”. Más aún: el pelado

es el mexicano en estado de naturaleza y, para mayor connotación, el tipo representativo de nuestro mestizaje; predominando en sus venas la sangre indígena, actualiza las vivencias aborígenes; por otra parte, la sangre extranjera lo induce a nuevos territorios de la vida

⁷⁵ *Ibid.*, p. 73.

y la cultura; lo español lo ha injertado el cristianismo, pero también la soberbia y la predisposición picaresca, ansias desconocidas de libertad, un sentido del decoro muy inmediato al concepto castellano de honor, voliciones de atuendo y rebeldía, sutilezas y anarquismo, complejidad y vagabundeo, intuición de la dignidad personal y agudización del realismo como forma a priori de la conciencia.⁷⁶

Auténtico eslabón perdido entre el sentimiento de inferioridad propuesto por Samuel Ramos (*El perfil del hombre y la cultura en México*, 1932) y el solitario en su laberinto de Paz, el Superperiquillo, síntesis barroca y mexicanidad primordial carece, también, de problemas con el lenguaje. Su mal gusto es algo más que realismo. “No hay pues vulgaridad —en sentido peyorativo— sino justeza del lenguaje” en el idioma lizardiano, dice Yáñez, contrariando la hiriente calificación de Reyes en el sentido de que “el romance del *Periquillo*” es cosa vulgar para gente vulgar. Acaso el último reticente ante El Pensador haya sido, lo cual es frecuente, uno de quienes le debían más: Mariano Azuela, quien juzgó “simoníaca”, es decir, propia de la venta de falsas reliquias a costa de la fe, la manía de los intelectuales por alabar el aburrido ingenio popular del cual *El Periquillo Sarmiento* era persistente muestra.⁷⁷

Para Yáñez, la aparición del pelado encarnada por Fernández de Lizardi requería otra manera de escribir y

literariamente su empleo no se reduce a la caracterización de tipos —empeño propio de un realismo superficial— ni a sostener la congruencia entre el personaje y sus formas de expresión; se trata de algo más profundo, tanto, que llega a la hondura humana en donde las operaciones del entendimiento, del sentimiento y de la voluntad, se identifican con determinados signos; la zona definitiva y misteriosa donde el logos es imagen y palabra al mismo tiempo,

⁷⁶ *Ibid.*, p. 83.

⁷⁷ Mariano Azuela, “Cien años de novela mexicana” (1943-1947), en *Obras completas*, III, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 584.

y por serlo, las modificaciones del *ethos* tradúcense en modificaciones lingüísticas, algunas veces tan absolutas, como lo sea la transformación espiritual, que, en el caso del mestizaje, explica los cambios de la lengua castiza operados por la nueva realidad.⁷⁸

Yáñez apela a la esencia que une al *ethos* y al logos para librar a Fernández de Lizardi de sus maledicentes casticistas, galicistas y neoclásicos, convirtiéndolo en el principio de un misterio mestizo, el de la mexicanidad, y por ello no le es suficiente con alabar a *El Periquillo Sarniento* sino que vindica hasta a *La Quijotita y su prima*, donde los modos lingüísticos le otorgan “vigoroso relieve psicológico” a los personajes. Concluye Yáñez:

En un rincón del mundo, adelantándose a Quasimodo, Germinal y Naná, un escritor mestizo hacía hablar —con la vieja rudeza de los dos Arciprestes, de Celestina y Sancho, de Lazarillo y el Buscón—, a los payos y malvivientes que despiojaban sus lacerías bajo el sol de México [...] Envolvámonos en la capa del Pensador mexicano”.⁷⁹

Como todas las exageraciones oportunas, la de Yáñez seduce. Hubo de pasar la Revolución mexicana y desplegarse, gracias a ella, un tipo nuevo de nacionalismo literario (donde el genio herderiano se disuelve en lo indecible heideggeriano) para que Fernández de Lizardi tuviese, al fin, un lector comprometido y algo más que ello, un verdadero mitificador, en Yáñez, cuya arenga sigue siendo el ensayo capital sobre *El Periquillo Sarniento* y su autor. A un nacionalista literario como Yáñez, no se olvide, le gusta lo que Fernández de Lizardi tiene de absoluto, encarnador de una verdad a la vez racional y natural, lingüística y popular, sobre la cual puede bautizarse una nación. El autor de *El Periquillo Sarniento* une, no divide.

⁷⁸ Yáñez, “El Pensador Mexicano”, *op. cit.*, p. 85.

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 86 y 106.

El resultado de la querrela contra los árcades, en la cual El Pensador pasaba como el antiguo, acabó por ser desolador para los poetas del *Diario de México*. Faltaba mucho, sin duda, para que el romanticismo se impusiese doctrinalmente a partir de 1836 y se estableciese la identificación, falsa en la Nueva España y en muchas otras partes, del neoclasicismo con la contrarrevolución, pero El Pensador, convertido en fundador de la literatura nacional por los románticos, empezó desde 1811 con su larga y meritoria campaña para merecer esos laureles. Había clavado una estaca en el corazón del vampiro “clasiquino” que le impediría, en adelante, salir por las noches en busca de lo sepulcral y vivir de día haciéndose pasar por pastor rodeado de sus zagalas sin recibir la acusación infamante de evadido, enajenado, señor de la torre de marfil ajeno al lenguaje de las acequias malolientes y mal trazadas.

También faltaba tiempo, aunque no tanto, para que Fernández de Lizardi, el crítico de los pintoresquismos bucólicos quedara fatídicamente representado por el costumbrismo decimonónico, como el pintoresco ante el Altísimo. En 1945, como lo hemos visto, Yáñez acabó por hipostasiar a *El Periquillo Sarniento*, trascendiendo esa etapa: el nacionalismo de la Revolución mexicana le otorgaba a Fernández de Lizardi un estatuto ontológico como inventor nada menos que de los mexicanos, extrañas creaturas.

Pese a que sus cuatro novelas (recapitulo: *El Periquillo Sarniento*, *Noches tristes y día alegre*, *La Quijotita y su prima*, *Don Catrín de la Fachenda*) pueden ser juzgadas irrefutablemente como mostrencas, fueron libros notables, cada uno a su manera, porque dejaron abiertos, desbrozados, varios caminos: aunque dejó mal enterrada a la vieja picaresca española permitió su descomposición al aire libre gracias al tramposo *Gil Blas de Santillana*, habilitando moralmente el lenguaje popular y creando una perdurable tipología de caracteres nacionales que resultaron ser discernibles para una cantidad difícil de precisar de lectores de periódicos o, con ellos, de escuchas analfabetos. Al ganarse a esa influyente minoría letrada, El Pensador pintó el mundo que ésta quería habitar, retratando, indelebles, cárceles, seminarios, casas de juego, calles y plazas; trató

de hacer poesía sepulcral y sumarse a la estética moral de los sentimientos, utilizó la novela como tratado educativo y puso en la palestra pública la cuestión de las mujeres. Las preocupaciones educativas de Fernández de Lizardi son un capítulo aparte —no sólo instrucción femenina sino orientación de los padres, higiene, parvulario, oficios mecánicos y reforma universitaria— que lo colocan como el puente entre la Ilustración y las primeras empresas, llevadas a cabo hasta finales de aquel siglo, del socialismo utópico en México.⁸⁰

Una vez que vio agotada la libertad de prensa, *El Pensador* practicó la crítica pública y la autocrítica creativa, intentando corregir, en cada nueva novela, aquello que ostensiblemente fallaba en lo anterior. Ninguna de sus novelas se parece a las que escribirían los grandes autores del siglo XIX, y aunque visto desde nuestros días como narrador es remotísimo, como escritor, él, quien tanto contribuyó a popularizar el nombre de México para el nuevo país, es, también, el primer mexicano.

Poeta regular, fabulista malo, dramaturgo panfletario, Fernández de Lizardi, lector de los modernos del siglo XVIII pero sobre todo de los del XVII polemizó, sin cansancio, como un crítico debe hacerlo. Creyó en la vida constitucional —él, el hijo de la Constitución de Cádiz— sin dejarse enajenar por la violencia profética ni por la guerra civil, y enemigo de las supersticiones, este devoto de la educación fue el primer liberal en el siglo del liberalismo. Y lo fue hondamente, pues como no pueden sino hacerlo los verdaderos liberales, dudó de los dogmas rousseauianos. “Yo me río”, dirá antes de morir, “de la decantada soberanía del pueblo: esto es pintado”.⁸¹

Figura central en la historia del periodismo en español, sus lectores lo eligieron a lo largo de tres lustros como un contemporáneo en la ciudad, es decir, cuyos personajes hablaban, vestían y pensaban como su público o como quería serlo. No llega a ser romántico, pero de no haber estado *El Pensador* para deformar a Lesage

⁸⁰ Jesús Hernández García, “Fernández de Lizardi: educación y construcción nacional”, en Palazón Mayoral (ed.), *El laberinto de la utopía, op. cit.*, p. 303.

⁸¹ Fernández de Lizardi, *Obras*, VI. *Periódicos*, edición de M.R. Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975, p. 191.

con el aliento de nuestra plebe urbana o darle una vuelta de más al doctor Young, nuestro romanticismo se hubiera retrasado aún más. Más que Martínez de Navarrete, el doctor Mier o Bustamante, quien define al público y el estilo heterodoxo, escatológico y anacrónico de su época es Fernández de Lizardi, quien trata de ser sentimental sin creérselo y es ingenuo en la facilidad con que hace de lo que se llamará después mexicanidad, una segunda naturaleza.

En sus últimos años, la vida de El Pensador fue aún más agitada que de costumbre, pues la Independencia volvió todavía más acuciantes los problemas políticos y eclesiásticos planteados desde el inicio de su vida pública, como lo prueban sus últimos periódicos: *El Conductor Eléctrico* (1820), *El Amigo de la Paz y de la Patria* (1822), *El Payaso de los Periódicos* (1823), *El Hermano del Perico que Cantaba la Victoria* (1823) y *Conversaciones entre el Payo y el Sacristán* (1824-1825). En este último, ya publicado durante el gobierno de Guadalupe Victoria, el primer presidente de México, combate El Pensador ya con un brío ideológico que anuncia la Reforma a la Iglesia católica, pidiendo el gravamen de los bienes del clero y la disminución de los frailes.

Invitado por Iturbide se había hecho cargo de las prensas del Ejército Trigarante en Tepetzotlán, el solar de su infancia. Rompió con Iturbide, cuya metamorfosis en tirano ilustró tras haber confiado en que le cedería el trono a alguno de los Borbones desempleados. Convertido en republicano, se solidarizó, en septiembre de 1822, con los diputados puestos presos por el súbito emperador, entre los cuales estaba el doctor Mier. Su *Defensa de los francmasones*, publicada el 22 de febrero de 1822, le acarreó una excomunión de veintidós meses, que terminó sin que Fernández de Lizardi admitiese delito alguno y sin que pidiera la absolución. De la libertad de imprenta, El Pensador pasaba a la libertad de conciencia.

Ya había sido encarcelado El Pensador en marzo de 1821 por haber defendido, todavía bajo el gobierno virreinal, la Independencia; y en 1823 y 1824, convertido en el demonio para la opinión bienpensante de la nueva república y rechazado como azufroso o apestado, visitó la cárcel en otras tres ocasiones, orgulloso de sus

ideas galicanas que pretendían sustraer al México cristiano del dominio político romano.

Tras el polémico reconocimiento que le hiciera el gobierno republicano, “la tisis pulmonar y la melancolía” minaron la salud de Fernández de Lizardi, quien murió el 21 de junio de 1827, a las cinco de la mañana, en la calle del Puente Quebrado, hoy República de El Salvador. Se confesó, aunque no recibió el viático. Lo acompañaba Pablo de Villavicencio (1782-1832), “El Payo del Rosario”, su amigo y camarada periodista. Dicen que el cadáver fue expuesto al público para auventar las consejas de que murió endemoniado y fue enterrado con los honores de capitán retirado. En su “lápida pensaba grabar el epitafio” que él mismo pidió, “entre chanzas y veras en su *Testamento*: ‘Aquí yacen las cenizas de El Pensador Mexicano, quien hizo lo que pudo por su patria.’”⁸²

La última muestra del ingenio satírico de Fernández de Lizardi está en su *Testamento*, dirigido a los fanáticos en general, los frailes y clérigos gerundios que habían predicado infamias y calumnias en su contra, pieza llena, además, de consejos jocosos al gobierno de la joven república. Entre sus “Mandas forzosas” estaba que

a la hora de mi muerte no atormenten más mi espíritu con gritos intempestivos, jesuseos de ahorcado, llantos en la pieza, conjuros contra diablos y otras diligencias que suelen tenerse ensayadas para esa hora. Tales gritos, alharacas y zambras ridículas, al pobre enfermo, si es tímido y escrupuloso, y a esto agrega sus puntas de fanático, lo asustan, acobardan y acaban de hacerlo morir; y si no es fanático, ni tonto, lo incomodan con recitaciones frías, mal concebidas y peor dichas, sin gracia, sin unción, sin fuego y sólo son sonsonetadas y por costumbre. Un sacerdote sabio en este caso vale más que mil agonizadores necios.⁸³

⁸² Palazón Mayoral, prólogo a Fernández de Lizardi, *Obras*, xiv. *Miscelánea*, *op. cit.*, p. x.

⁸³ Fernández de Lizardi, *Obras*, xiii. *Folletos (1824-1827)*, edición de María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 1050.

Toda Arcadia, decía Menéndez Pelayo, es el paraíso sin la serpiente. Quiso decir: sin esa serpiente que es el pecado. Pero, ¿realmente puede haber un paraíso sin la amenaza de la serpiente? Y si la modernidad es alejarse del pecado original, como pregonó Baudelaire, para desconsuelo de don Marcelino los árcades nunca son satisfactoriamente modernos. A José Joaquín Fernández de Lizardi, los que se creían modernos lo consideraban un antiguo, pero sospechaban —amigos, enemigos y comentaristas— que era, como lo fue, una novedad radical porque él fue nuestro primer moderno, pese a toda la innovación retrógrada que paradójicamente invirtió para llegar a serlo. Lo es por su laicismo, por su afición democrática por el público, por sus afanes de novelista, por su mexicanidad (buscar la identidad nacional es una de las obsesiones más declaradamente modernas). Pero su modernidad, recuérdese, es aún tosca, “totalitaria”: El Pensador se asume, sin mácula, como encarnación plena de la Opinión y a ésta nuestro panfletista la presume, unívoca, como el conjunto de las sanas costumbres que configuran el Bien popular, tradición ajena al error, a la variedad de opiniones, a lo que mucho después se conocerá como pluralismo y que a la muerte de Fernández de Lizardi se adueñará, como nos lo recuerda Elías Palti, fatalmente de la joven y extraviada república.⁸⁴

Él, ni ingenuo ni sentimental, aunque a veces parezca una cosa o la otra, interrumpe el intercambio de las máscaras, danza de los vampiros, entre los ingenuos y los sentimentales. Es él, el creador de *El Periquillo Sarniento*, con su cristianismo ilustrado bien dispuesto a ignorar el pecado original, quien introduce en la Arcadia a la serpiente que provoca la otra caída: la caída en la historia.

⁸⁴ Elías Palti, *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX. (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 70-71.

III

LA POSTERIDAD DE UN ANTIGUO

Fray Servando fue el primer escapado, con la necesaria fuerza para llegar al final que todo lo aclara, del señorío barroco, del señor que transcurre en voluptuoso diálogo con el paisaje. Fue el perseguido que hace de la persecución un modo de integrarse. Desprendido, por una aparente sutileza que entrañaba el secreto de la historia americana en su dimensión de futuridad, de la opulencia barroca para llegar al romanticismo de principios del siglo XIX, al fin realiza un hecho, toca la isla afortunada, la independencia de su país. El paisaje del señor barroco, navegando con varia fortuna, se había volatilizado con lentitud que pocos asimilaban. Fray Servando es el primero que se decide a ser el perseguido, porque ha intuido que otro paisaje naciente viene en su búsqueda, el que ya no contaba con el gran arco que unía al Barroco hispánico y su enriquecimiento en el Barroco americano, sino el que intuye la opulencia de un nuevo destino, la imagen, la isla que surge de los portulanos de lo desconocido, creando un hecho, el surgimiento de las libertades de su propio paisaje, liberado ya del compromiso con un diálogo mantenido con un espectador que ya era una sombra.

LEZAMA LIMA, *La expresión americana* (1955)

1. LA PERRA FAMA DE FRAY SERVANDO

El 14 de agosto de 1817, a las dos de la mañana, fray Servando Teresa de Mier (1763-1827) ingresó a la cárcel secreta del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, en la Ciudad de México, la misma que había sido escenario, el 12 de diciembre de 1794, de su célebre sermón en el cual pregonó que el apóstol santo Tomás había

evangelizado, mucho antes de la llegada de los españoles, a los indios americanos. Estaba preso una vez más, como lo había estado tantas veces en las casas y conventos de su orden religiosa, la dominica, donde se había pretendido sin mayor éxito reducirlo al silencio y a la oración. Para el fraile oriundo de Monterrey, en 1817 se presentaba la oportunidad, inesperada, de redactar una defensa de su vida entera, llamado a cuentas tras haber sido detenido como “vicario general” de la expedición liberal e independentista del guerrillero navarro Xavier Mina.¹

Es problemático hablar de fray Servando al hacer historia literaria y detenerse en sus albores decimonónicos, pues sus llamadas *Memorias* —compuestas de una *Apología* y de una *Relación*— no aparecieron sino en 1865, cuando el novelista Manuel Payno presentó una edición con el título de *Vida, aventuras, escritos y viajes del doctor D. Servando Teresa de Mier*. Las memorias servandianas se convertirán, gracias a Henríquez Ureña (que incluye fragmentos en la *Antología del Centenario* en 1910) y a Reyes (prologuista de una edición madrileña en 1917), en una novedad editorial que entusiasmó, durante los años de la Revolución mexicana, a la dispersa generación del Ateneo de la Juventud. Más tarde, un contemporáneo de los ateneístas, el narrador colonialista Artemio de Valle-Arizpe hará, con *Fray Servando* (1933 y 1951), la primera de las sucesivas novelizaciones de la vida servandiana, nutriéndose libremente de las *Memorias*. Tras el medio siglo, una vez iniciada, con Edmundo O’Gorman y Antonio Castro Leal, la lectura académica de las obras del teólogo y aventurero revolucionario también conocido como el doctor Mier, serán un par de notables escritores cubanos y con ellos el *boom* latinoamericano, quienes convertirán las *Memorias* en uno de los libros canónicos del realismo mágico y de lo real maravilloso. Me refiero a José Lezama Lima y a Reinaldo Arenas, novelizador supremo de la vida servandiana con *El mundo alucinante* (1968).

¹ Naturalmente tomo como base de este capítulo mi propia *Vida de fray Servando* (México, Era, 2004), en cuya segunda edición actualizada, corregida y aumentada, para su próxima aparición he estado trabajando.

Por póstumas, las *Memorias* de fray Servando están, sin estarlo, en el fin casi exacto de la literatura novohispana y en el albor de la mexicana, por haber sido escritas en 1819. Son un corazón secreto cuyo latido quizá percibieron no sólo los poetas de la Arcadia sino Fernández de Lizardi, admirador y defensor del doctor Mier, víctima como él del efímero imperio de Iturbide. Pero ni los árcades del extinto *Diario de México* ni El Pensador leyeron las *Memorias*, cuya irradiación forma un capítulo posterior de la historia de nuestra literatura. Para sus contemporáneos, que asistieron fascinados al protagonismo de Servando al regresar definitivamente al país en 1822, el fraile fue un personaje formidable. Su amigo (siempre generoso y servicial) el historiador Lucas Alamán, de ideas tan distintas a las suyas, lo describirá así:

Era el padre Mier la mezcla más extraña de las más opuestas calidades: republicano decidido y enemigo de los monarcas, era por otra parte aristócrata por inclinación, y se suponía descendiente de Quauhtemotzin y emparentado con todas las familias más ilustres de Méjico, habiendo reclamado al leerse el acta de la sesión en que se presentó en el Congreso, porque en ella se llamaba simplemente don Servando Mier y no “don Servando Teresa de Mier”, por ser el “de” antepuesto al apellido, carácter distintivo de la nobleza. Censor austero de los abusos de la corte de Roma, decía ser prelado doméstico del Papa, por cuyo empleo y por habersele hecho creer que había sido nombrado arzobispo de Baltimore, usaba un traje particular con el que llamaba la atención, por este mismo carácter ligero y aun extravagante, lo hacía bien recibido en todas partes, y habiéndose declarado contra el Imperio de Iturbide, el nuevo monarca no tenía enemigo más acérrimo ni que mayores daños le causase.²

² Lucas Alamán, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, v, introducción de Moisés González Navarro, México, Instituto Cultural Helénico-Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 644.

Antes, en 1816, el muy conservador canónigo Beristáin de Souza, de quien ya hemos tenido noticia como crítico de los árcades y censor de Fernández de Lizardi, dibujó el siguiente retrato de Mier en la víspera de su regreso tras más de veinte años de destierro. Ilustra a la perfección la fama de Servando en los círculos literarios de la Ciudad de México, en los que se creía cosa del pasado el protagonismo del fraile, que en esas fechas se preparaba desde Londres para juntarse con Mina en su expedición. Reproduzco todo el párrafo de la *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional*, de Beristáin, una antología en fascículos coleccionables que se siguieron publicando después de la muerte del canónigo en 1817:

Ingenio tan brillante como superficial, que si a las velas de la imaginación y al espíritu que las movía hubiera acompañado el lustre de la madurez y juicio competente, habría corrido con felicidad por el espacioso mar de las ciencias y del mundo. Pero ligero, vacío e inconstante, sin reflexión ni consejo caminó siempre con desgracia y peligro hasta naufragar ignominiosamente en Londres, donde prófugo de los dominicos de España ha empleado su pluma contra el gobierno español, y en favor de la rebelión infame de su patria, teniendo la imprudencia propia de comprometer, no sé si calumniosamente, los nombres de sus mismos protectores. Ya en México había dado el año de 95 [*sic* por 1794] entre otras más privadas, una prueba pública de su carácter novelero, predicando a presencia del virrey y del arzobispo, de la audiencia y de los magistrados, de los españoles y de los indios en el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, un sermón en que quiso dar en tierra con la antigua y venerable tradición de la prodigiosa aparición de la virgen María al neófito Juan Diego en el cerro del Tepeyac. Fue por eso enviado a España y confinado en el colegio correccional de los Rodrigos [*sic* por los Toribios]. Del cual salió para cambiar la túnica y casulla del orden de predicadores por la sotana y el birrete del clérigo regular. Sirvió allí de capellán en los ejércitos de los españoles contra Bonaparte, y por algún tiempo se hizo digno del amor de la península afligida, y aun de la consideración del gobierno. Mas al fin violen-

to con seguir el camino de la gloria, mudó de ideas y de domicilio y no hallando seguridad en la patria de sus abuelos pasó a buscarla en la de los Robertzones.³

De la noticia de Beristáin, más o menos bien informada, colegimos que el canónigo daba por cierto, equivocadamente, que Mier había dejado totalmente de ser fraile para hacerse clérigo regular, trámite que no probaba haber llevado a cabo en Roma, en 1804. Ignoraba también pasajes enteros de la biografía de Servando, que no empezarán a conocerse cabalmente hasta la publicación de sus *Memorias*, por ejemplo, su participación como testigo del ocaso, tras el concordato entre Napoleón y el papa, de la Iglesia constitucional en Francia, con cuya cabeza, el obispo Grégoire, Mier tomó contacto y el cual sería su guía intelectual. Se acuerda Beristáin del escándalo de la predicación antiguadalupana, a fines de 1794, causa del destierro y de las persecuciones sufridas por Mier, pero no menciona que el tozudo fraile había logrado llevar su caso a la Real Academia de Historia, la cual, en 1800, lo disculpó de haber cometido alguna herejía no sin regañarlo por su peregrina y obsoleta ocurrencia de regresar el reloj a los tiempos de los sermones barrocos. Se conocía, según deducimos del párrafo de Beristáin, el acre antiespañolismo del doctor Mier, uno de los propagandistas más virulentos y perdurables de la Leyenda Negra pero se le concedía que, viendo invadida por los franceses a una nación a la cual tenía por madrastra, arrimó el hombro para combatirlos como capellán del ejército valenciano. Había discutido fray Servando con el tolerante José María Blanco White, en las *Cartas de un americano* publicadas en *El Español*, polémica de 1811-1812 de la que salieron unidos el poeta sevillano y el predicador novohispano en su aborrecimiento del despotismo español, aunque acaso Beristáin ignoraba que entre los testigos de las sesiones de las Cortes de Cádiz, de

³ José Mariano Beristáin de Souza, *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional (1816-1821)*, II, México, 1957, p. 126. Citado por Domínguez Michael, *Vida de fray Servando*, *op. cit.*, p. 489.

la cual saldría la Constitución liberal de 1812, estaba fray Servando. Del puerto gaditano saldría rumbo a Londres, donde lo ubica Beristáin, en la víspera de su regreso a la Nueva España.

Ingenioso, brillante, vacío, ambicioso, novelero, lo que fuese, el doctor Mier era ya una leyenda pero apenas se le conocía como autor, ya que sólo había publicado una *Historia de la revolución de la Nueva España antiguamente llamada Anáhuac* (1813), que muy pocos habían leído en México, lo mismo que su célebre sermón cuyo tema, a la vez peligroso y obsoleto en 1794, cobraría una universalidad revolucionaria una vez pactada en 1821 la Independencia: merced a santo Tomás apóstol, México era una nación cristiana desde los tiempos más remotos, antecedente argüido por Mier para descartar la principal fuente teológica del dominio español sobre América. Pero Bolívar, lo mismo que amigos o discípulos de fray Servando, como Lucas Alamán y Bustamante, habiendo leído la *Historia* servandiana de 1813 —misma que modernizaba un poco con un apéndice el barroquismo de la tesis original que en 1794 le transmitió a Mier el anticuario José Ignacio Borunda— no consideraban del todo descabellada su hipótesis de la predicación precolombina. No fue sino hasta 1868 cuando aquella predicación se convirtió, para El Nigromante, en motivo de una disertación humorística sobre la ignorancia de nuestros antiguos, aunque perteneciesen, como Servando, al panteón liberal.

La *Historia* es indispensable como pieza justificatoria de la independencia hispanoamericana. Fue el doctor Mier el primero en usar para ella la palabra *revolución* y su libro, documentado y prolijo, es una muestra pionera de la conversión de la antigua crónica de Indias en historia narrativa. También es periodismo político al pormenorizar el fallido intento del virrey Iturrigaray, en 1808, por establecer una Nueva España autónoma mientras durase la cautividad de Fernando VII en manos de los franceses. La *Historia*, en fin, acusa a los españoles de haber roto el supuesto pacto que, tras la Conquista, les habría permitido reinar sobre el antiguo México. La suya es historia ingenua, no sentimental. Siendo importante esta idea, combinación entre el constitucionalismo *whig* del que el

conspirador se nutría en Londres y de las teorías soberanistas de la escolástica medieval española, no es a ella ni a su plasmación, a ratos estrambótica, en la *Historia* a la que debemos la maravillosa posteridad literaria de fray Servando, sino a las *Memorias*. Huésped de Guadalupe Victoria, el primer presidente de México, murió el doctor Mier en el Palacio Nacional y es notorio que lo hizo sospechando que su vida había sido su obra maestra.

2. DESCUBRIMIENTO Y ESENCIA DE LAS *MEMORIAS*

Las circunstancias que precedieron a la primera edición de las *Memorias*, del doctor Mier, fueron muy románticas. Lo fueron en el sentido inglés, dieciochesco, “gótico”, de la expresión: a principios de 1861, la demolición de una parte del convento de Santo Domingo donde Mier, reconciliado de última hora con los padres predicadores dominicos, fue enterrado en 1827, acarrió el descubrimiento de trece momias momificadas naturalmente. Supurantes todavía las heridas de la Guerra de Reforma, la prensa liberal afirmó que se trataba de los restos de víctimas atormentadas por la Inquisición, cuyo palacio había sido vecino del convento. Un médico forense, bien documentado, certificó que los despojos lo eran de religiosos dominicos, uno de ellos, el famoso fray Servando entonces muy poco recordado. Esa noticia, seguida de la pronta desaparición de las momias, vendidas o regaladas a un circo y supuestamente sacadas del país, avivó en el novelista Payno el deseo de releer los papeles inéditos o muy poco conocidos de Mier, entre los cuales estaban el manuscrito que se editará después bajo el rótulo, impreciso, de *Memorias*. Fue su momia, como lo digo en la *Vida de fray Servando*, la que permitió recuperar, en el ánimo de la leyenda romántica, el relato de sus aventuras.

Empero, quien lea las *Memorias* se encontrará a un altivo y simpático espíritu tardobarroco y nunca a un romántico. El doctor Mier lo es aún menos que sus contemporáneos el poeta Martínez

de Navarrete o el novelista Fernández de Lizardi. Sin ser hombre de intereses literarios pero sí erudito eclesiástico más imbuido (como el cura Hidalgo) de la literatura religiosa francesa del siglo xvii, la del jansenismo, que del pensamiento de las Luces, al cual teme como el hombre de Iglesia que nunca dejó de ser, el ingenio de fray Servando, el más eficaz de su tiempo, le permite escribir visiblemente en algo que parece picaresca pero no lo es.

Aquello que es penosa maestranza en *El Periquillo Sarniento*, obra del copista de un estilo ya en decadencia, es naturalidad explosiva en las *Memorias* de un aficionado ajeno tanto a la llamada autobiografía burguesa (la de Torres de Villarroel, exhibición propia de un tahúr, según Borges) como a la infatuación romántica del yo y a sus introspecciones psicológicas. Al doctor Mier, el “nocivo” nombre de Rousseau le es conocido por razones políticas pero es ajeno, a diferencia de Fernández de Lizardi, a su pedagogía. La novela misma, aun en la rudimentaria forma practicada en *El Periquillo*, es un arte cuya imitación le es ajena, ocupado como está Mier en narrar su propia vida para demostrar su inocencia teológica, probar su patriotismo criollo y avalar su incierta condición de noble y sus indudables títulos universitarios. Para fray Servando lo novelesco es sinónimo llano de mentira, y al exigir toda la confianza del lector en su veracidad, lamenta célebremente que a uno de sus perseguidores incredúlos: “Mi historia le pareció una novela, y seguramente fingida”.⁴

⁴ Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias*, II, edición de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1982, p. 205. Recomiendo, para la *Relación*, la edición más popular, la de Castro Leal, pues sigue sin haber una edición académica confiable de las *Memorias*, interrumpida sin explicación la publicación de las *Obras completas* (UNAM, 1981-1988) e inatendidos los ruegos que hemos hecho varios interesados para que la Universidad Nacional o alguna otra institución retome la tarea abandonada. Para la *Apología*, al menos, no queda sino recurrir al competente esfuerzo de Guadalupe Fernández Ariza (Roma, Bulzoni, 1998). La “edición cotejada y revisada” de Benjamín Palacios Hernández (*Días del futuro pasado. Las Memorias de fray Servando Teresa de Mier*, Monterrey, Universidad Nacional Autónoma de Nuevo León, 2009) requiere un examen detallado. No es éste el lugar ni el momento de hacerlo. Con ánimo vindicativo, Palacios Hernández leyó con lupa mi *Vida de fray*

La primera parte de las *Memorias*, es, abreviando, la *Apología* “sobre el sermón que predicó en el Santuario del Tepeyac el 12 de diciembre de 1794, con noticia de lo ocurrido en la atroz persecución que con ese pretexto lo suscitó” Alonso Núñez de Haro, entonces arzobispo de México. Esta pieza apologética resultó ser un capítulo apasionante de historia intelectual y controversia teológica gracias a la pluma novelesca sin ser novelística, de fray Servando. Basta citar el primer párrafo para calibrarla:

Unos diez y siete días antes del de Guadalupe, el regidor Rodríguez me encargó el sermón para la fiesta del Santuario, y como orador ejercitado y que ya había predicado tres veces de la misma imagen con aplauso, presto inventé mi asunto, y lo estaba probando, cuando el padre Mateos, dominico, me dijo que un abogado le había contado cosas tan curiosas de Nuestra Señora de Guadalupe, que toda la tarde lo había entretenido. Entré en curiosidad de oírle, y él mismo me condujo a la casa del licenciado Borunda. Éste me dijo: “yo pienso que la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe es del tiempo de la predicación en este reino de Santo Tomás, a quien los indios llamaban Quetzalcohuatl”. No extrañé esta predicación que desde niño aprendí de la boca de mi santo padre.⁵

Servando, labor que pese a haber estado guiada, en su caso, por la antipatía intelectual y política, no por ello debo dejar de agradecer: las erratas y errores que él recalca —la mayoría previamente señalados por otros reseñistas— serán corregidos en la próxima edición e integrados los pocos datos nuevos que él aporta. Su cotejo y revisión de las *Memorias* carece, por desgracia, de seriedad filológica, lo cual tiene remedio: se ve que el amor por Servando domina a mi celoso colega. Lo que parece incurable es el espíritu de campañero que lo lleva a encontrar sólo hostilidad y menosprecio poco menos que antipatrióticos en lo que pretendió ser una biografía, sí, pero una biografía crítica. Es probable que nuestro amigo sea de aquellos regiomontanos que se escandalizan porque el caballo gordo de Botero le enseña el rabo a una estatua del doctor Mier. Obsesionado con mi libro, el profesor Palacios Hernández anotó y cotejó a medias las *Memorias*. El resultado es una hagiografía más en la cuenta del doctor Mier. Lástima.

⁵ Mier, *Apología*, edición de G. Fernández Ariza, *op. cit.*, p. 55.

Entusiasmado, imprudente, con la erudición antañona del licenciado Borunda, fray Servando ofrece en la Colegiata de Guadalupe un sermón que un siglo atrás hubiese pasado como una más de las zarabandas barrocas. Pero su infortunio fue tener por testigo a un político sagaz de la Iglesia, el arzobispo Núñez de Haro, quien percibió la peligrosidad del sermón, tan inoportuno estando en sus días más álgidos la Revolución en Francia, y le dio una importancia quizá exagerada pero sin duda, profética: quince años después, Hidalgo se levantaría tras el estandarte de Guadalupe, la virgen cuyo patronato sobre los novohispanos Mier quería elevar de su modesta asociación con el indio Juan Diego hasta el linaje apostólico de Tomás.

En la *Apología* el doctor Mier recordará el escarnio desatado en su contra por un arzobispo que tampoco creía mucho, como tantos clérigos ilustrados, en la tradición guadalupana:

Considérese un pregón semejante en un pueblo tan vivo como el mexicano, que a sola vista de una aurora boreal había representado poco antes el día del juicio; y tan entusiasmado por la imagen de Guadalupe que, sin embargo, de creer que el fuego celeste venía de hacia el Norte, toda la noche se precipitaba a bandadas sobre el Tepeyácac para morir, quemados, decían, con nuestra Señora. *Hic dies primus laeti, primusque malorum*, etc. Si no perecí víctima de la indignación popular, quizá lo debí a la prudencia de mantenerme recluso en mi convento. Mi comunidad se creyó expuesta, y el provincial le previno cuando iba en aquellos días a la procesión de la imagen de los Remedios, marcharse con un recogimiento extraordinario, para evitar los insultos del populacho. Se sabía entre las gentes instruidas de México que el arzobispo no creía en la tradición de Guadalupe, y que él mismo, cuando yo estaba predicando, estaba diciendo a sus compañeros que era poco creíble; y este alboroto no era más que una maniobra para procesarme, quitarme el crédito que yo tenía con el pueblo, y perderme por envidia o por su odio notorio contra todo americano especialmente sobresaliente. Pero aun cuando hubiera creído la tradición, y mi sermón hu-

biera sido escandaloso, no era él quien debía juzgarme, porque su pregón lo era más. Y al cabo, injusto en todo sentido, porque ciertamente no había pensado en negar tal tradición de Guadalupe? El buen pastor del Evangelio buscó a la oveja que se había extraviado, la cargó amorosamente para reconducirla al redil, no le dio de palos, le echó los perros, ni alborotó el rebaño. Y ¿había yo negado la tradición de Guadalupe? Ni me había pasado por la imaginación.⁶

Escrita para defenderse en los interrogatorios que a diario padecía en la cárcel del Santo Oficio, la *Apología* es sabrosa, megalómana como lo es siempre el genio de Mier y algo libresca pues, pese a la estampa romántica de la víctima inquisitorial, el dominico se defendió de los cargos en su contra con el auxilio de su propia biblioteca, que le había sido requisada al desembarcar con Mina en Soto la Marina y estaba guardada con él en el palacio de los inquisidores, mismos que también le permitieron acceder a su propio acervo. Extinta la Inquisición, fray Servando es liberado sin sentencia en mayo de 1820 pero sus escritos quedan confiscados, motivo por el cual escribe inmediatamente después un resumen (el *Manifiesto apologético*) políticamente más beligerante: los vientos cambiaban de curso y una rebelión liberal obligaba a Fernando VII a jurar otra vez la Constitución gaditana. Pero el caso es que entre el verano de 1817 y la primavera de 1820, en una celda de la Ciudad de México se está escribiendo, sin que nadie lo advierta la mejor literatura de su tiempo: en ese periodo fray Servando concluye la *Apología*, la *Relación* y unas *Cartas a Juan Bautista Muñoz* que él fecha veinte años atrás, en los tiempos en que defendía su caso ante la Real Academia de Historia de Madrid.

La *Apología* termina con el testimonio de su derrota a manos del arzobispo y sus agentes. Mier es condenado a diez años de prisión en el convento de Las Caldas en Castilla, a la cual llega a mediados de 1795. Durante el siguiente lustro, a veces preso y otras dado a la fuga, fray Servando, como héroe de sus propias *Memorias*, se

⁶ *Ibid.*, p. 59.

convertirá en personaje de una comedia conventual en la cual, víctima y demiurgo, usa el mundo de los frailes para hacer la descripción tragicómica del atraso español, del fracaso de su Ilustración vista desde la perspectiva de ese jansenismo reformador al cual el fraile estaba ligado. Es improbable que Mier haya mirado los grabados de Goya, pero él, como el pintor de la España negra, proviene del mismo libro, *Fray Gerundio de Campazas* (1758). Esta popular sátira antifrailuna, una de las pocas novelas que fray Servando conocía bien, fue obra del padre Isla, quien había traducido del francés al español el *Gil Blas de Santillana* leído por Fernández de Lizardi y tantos otros.

Si la *Apología* está dispuesta en dos formas complejas en combinación, la disertación y la controversia desdobladas en proposición y argumentación, Mier, al escribir la segunda parte, esa *Relación* que narra su vida en Europa desde su desembarco en Cádiz hasta la batalla de Trafalgar con la que se cruza, a las puertas de Portugal, en octubre de 1805, va mucho más lejos como narrador. Para no empobrecer mi punto de vista con la paráfrasis, prefiero citar la página de la *Vida de fray Servando* en donde explico por qué Mier parece pícaro pero no lo es. O por qué resulta, al mismo tiempo, picaresco y antipicaresco:

La apariencia indica que las *Memorias*, señaladamente la *Relación*, que cubre el viaje de Servando por Europa entre 1795 y 1805, es una narración picaresca. Reúne casi todas las características canónicas: primera persona, trama episódica, desorden narrativo y digresiones didácticas. Antepongo de inmediato las objeciones: la primera persona en Mier no pretendió ser un artificio literario, la trama episódica responde a necesidades judiciales y políticas, el desorden narrativo es obra de un teólogo sin formación literaria y las digresiones didácticas responden a la necesidad de exponer una hipótesis teológica y política: la predicación de Santo Tomás en América. Además, Servando, hombre de una época revolucionaria, expone abiertamente doctrinas heterodoxas (jansenismo, galicanismo, antihispanismo) que ningún autor del Barroco español habría tocado sin recurrir a un sistema alegórico que nuestro fraile detestaba por ve-

tusto. Finalmente, muchísimas de las fórmulas servandianas de autodefensa, tan alambicadas, no son ni barrocas ni picarescas, sino responden a la retórica habitual de los *empapelados* del siglo XVIII, que como Melchor de Macanaz, se vieron obligados a escribir febrilmente para librarse de reyes e inquisidores.

¿Por qué Servando escogió ese género para escribir sus *Memoorias*? Careciendo de explicaciones retóricas del autor o de referencias sobre sus gustos profanos, no habiendo en su obra anterior —la *Historia*— señalización confiable de ese rumbo, conjeturo que Mier fue sensible a la onda expansiva, que atravesó un par de siglos, de la novela picaresca. Preso en 1819, la fórmula natural que encontró para narrar su vida y peripecias fue ésa, de la misma manera en que los jóvenes que intentan los versos repiten sin darse cuenta rimas o rípios de Amado Nervo sin saber que sólo son fugaces depositarios de la cultura sentimental de sus bisabuelos.⁷

Pícaro a su pesar, obligado a ufanarse de la “picardía cristiana” para librarse de las persecuciones, también Servando pone fin, mediante la negación, al largo ciclo picaresco hispánico. Veamos, por ejemplo, cómo se autorretrata fray Servando al ser liberado en 1820, según leemos en la *Relación*:

Precisamente, dijo el virrey al teniente, que iba a conducir una fiera. Y esta fiereza consiste en que después de tenerme sepultado tres años en un calabozo de la Inquisición, pedí con viveza que me dijera la causa y escuchara. Fiera llamó también Alejandro a Calístenes porque con ingenuidad filosófica se negó a adorarle por hijo de Júpiter Ammon, y cortados pies y manos, le mandó encerrar en una jaula. Nada hay que extrañar en un virrey tan envanecido y orgulloso con los incienso de los mexicanos, como Alejandro con los de los persas. Pero como hay otros que equivocan también, extrañamente, mi carácter, les ruego pregunten a quienes me han trata-

⁷ Christopher Domínguez Michael, *Vida de fray Servando*, México, Ediciones Era-Conaculta-INAH, 2004, pp. 553-554.

do algo de cerca y sabrán que puntualmente el origen principal de una vida llena de desgracias es mi candor y la sencillez de un niño. En vano mis amigos me han exhortado a tener, decían, un poco de picardía cristiana. No está en mi mano tener malicia. Y los que confunden con ella la extremada viveza en toda mi figura no se acuerdan que es muy compatible con el candor que se notó casi siempre en todos los grandes ingenios.⁸

Los fragmentos más celebrables de la *Relación* son a la vez llanos y ricos, ajenos, dado el invernadero retórico en el cual Mier escribió, al “arte de hacer sermones” en que instruyeron a este universitario pontificio. Si bien algunos de los pocos poemas de circunstancias que intercala en sus *Memorias*, como aquél en que pide la gracia del ministro y poeta Jovellanos, son inexcusablemente neoclásicos en su diseño y factura, y suenan, como tanta de la literatura de su tiempo, a Meléndez Valdés, su prosa es distinta: nada hay en ella que recuerde al didacticismo picaresco que estorba y maltrata el esfuerzo mimético de Fernández de Lizardi.

Son famosas las fugas del doctor Mier, narradas por él mismo como un solo motivo literario repetido y perfeccionado. Leamos, por ejemplo, el fragmento que cuenta lo ocurrido el 24 de junio de 1804 cuando se escapa por primera vez de Los Toribios de Sevilla, correccional para menores habilitada como prisión política. Amenazado por el agente León, su principal perseguidor, Servando recibe la noticia de que habrá de cumplir la sentencia y decide escaparse:

Un golpe de rayo paralizó por cuatro horas mis recuerdos y sentidos. Pues vamos a perderlo todo, dije yo en reviniendo, es necesario aventurarlo todo; y comencé a arbitrar los medios de escapar. Mi primer pensamiento fue echarme a volar con el paraguas, cuyas puntas llegué a atar, hasta el fondo de un patio formado por un cuadro de tres órdenes de celdas, donde se veía una puerta. Pero era mucha la altura; debían recibirme abajo unas enormes piedras, y

⁸ Mier, *Memorias*, II, edición de A. Castro Leal, *op. cit.*, p. 293.

podía tener mi vuelo el éxito de Simón Mago. Recurrí al religioso que me había ofrecido sacar al principio, y ya tuvo miedo, habiendo visto con la diligencia con que se me aguardaba, sucediéndose los frailes de día y de noche a hacer centinela. Pero me sugirió que podría descolgarme con el cordel que formaba el catre de mi cama.

Con él atado de la ventana comencé a descolgarme en el punto de media noche, hora en que el fraile centinela se retiraba en ocasión de los maitines; y mientras hubo ventanas en qué estribar, bajé bien; pero después, con el peso del cuerpo las manos se me rajaron, y sin saber de mí bajé más aprisa de lo que quisiera. Cuando por lo mismo pensé hallarme hecho tortilla en el suelo, me hallé a horcajadas en la extremidad del cordel, que estaba doblado. Acabé mi volatería todo averiado, y me entré por una puerta que daba al corral, cerrada, pero con una rajadura por la cual me colé con trabajo. Trasmonté el corral y corrí hasta un cuarto de legua de Burgos, donde está el hospital de los comendadores del rey, los cuales me ocultaron aquel día.

Allí colgué los hábitos por necesidad, y con una bolsa de cazador provista de algún matolaje y ocho duros, salí a las ocho de la noche con dirección a Madrid, en el coche de San Francisco, como dicen. Sería largo de contar los trabajos que pasé caminando de noche, echándome fuera del camino a cada ruido que oía, debatiéndome con los perros que en batallones ocupan los pueblos, y temblando de los ladrones que, capitaneados por Chafaldin, desolaban a Castilla la Vieja.⁹

Como viajero por España, fray Servando no sólo denuncia un país pobre y decadente que en su opinión es inferior en todo a la grandeza de la Nueva España recordada hiperbólicamente por un fraile criollo desterrado, sino que se prueba ventajosamente como *touriste* y paisajista, dejando imágenes que luego serán la comidilla de los románticos. Al doctor Mier le apasionaba pintar mujeres —de todas, de las feas y de las bonitas, las cortesanas y las trabajadoras, dejó testimonio al viajar por Europa— tanto como descri-

⁹ *Ibid.*, pp. 11-13.

bir la vestimenta eclesiástica, verdadera obsesión mundana de este hombre de Iglesia:

En Castilla hay pan y vino, y nada más; la olla son nabos; y la falta de comercio en la distancia a que está de los puertos la tiene en la miseria, y sus lugares son miserables y puercos. La arquitectura de las casas me hacía reír; la pared de la puerta está elevada, y la de enfrente tan baja, que el techo toca el suelo; y casi todas son de tierra y de un piso más bajo que la calle. La puerta se cierra con una o dos tablas amarradas con una cuerda. Allí vive con ellos el marranito, la gallina, el gato y el perro. En tiempos de invierno llevan un capote pardo muy grosero. Las mujeres, o se cubren con una mantilla de jerguetilla negra, o llevan también su montera como los hombres, y por mantilla unas enaguas. Este último es el traje general de las montañesas, hasta para la iglesia, aunque las vizcaínas y pasiegas llevan un pañuelo atado a la cabeza. A propósito de estas pasiegas, los pueblos de la Montaña, apenas comienzan a andar les ponen a cuestras su cuévano, es decir, un canasto a la espalda, que siempre llevan por adorno, lleno o vacío, y las envían a buscar su dote. Ellas corren a pie cargadas desde Francia toda la España, y muchas veces por encima de los montes para ocultar el contrabando. Estas mujeres en su género son lo que los gallegos, que por todas partes se hallan de segadores, cargadores o aguadores, por la miseria de su tierra, así como los montañeses vendiendo agua de aloja o frutas secas, y los asturianos de lacayos. Las vizcaínas se suelen ver también fuera de la tierra, porque vienen corriendo a pie hasta Madrid, delante de los coches, como mozas de mulas. Ellas son en su tierra los cargadores, los marineros y los arrieros. Desde Bayona de Francia las veía yo ir a pie arreando su mula, y a cada lado, en una especie de silleta, un pasajero sentado. Las montañesas que no son pasiegas no salen, porque están ocupadas en la labranza. Ellas son las que aran y siembran; los hombres se vienen casi todos para América.¹⁰

¹⁰ *Ibid.*, pp. 158-159.

Esta última estampa registra el encuentro de fray Servando con los judíos de Bayona, después de cruzar la frontera de Francia, en la Semana Santa de 1801. Por más que creamos desaforada la imaginación servandiana, alimentada —como lo es en todo escritor verdadero— de lo propio y de lo ajeno, de lo vivido pero también de lo leído, fue a no dudarse, el primer “contemporáneo de todos los hombres” de nuestra literatura:

Entré yo puntualmente a la sinagoga, a otro día de haber llegado, y era puntualmente la Pascua de los ázimos y el cordero. El rabino predicó probando, como siempre se hace en esta Pascua, que el Mesías aún no había venido, porque lo detienen los pecados de Israel. En saliendo de la sinagoga, todos me rodearon para saber qué me había parecido el sermón. Ya me habían extrañado, porque yo llevaba cuello eclesiástico, y porque me quité el sombrero, cuando al contrario todos ellos lo tienen puesto en la sinagoga, y los rabinos que eran de oficio, un almaizal además sobre la cabeza. El mayor respeto en Oriente es cubrirse la cabeza. Sólo en el cadí o conmemoración de los difuntos, que entona siempre un huérfano, se suelen descubrir las cabezas en la sinagoga. Y el modo que tienen para conocer si uno es judío es preguntarle en hebreo: ¿Cómo te llamas? Yo deshice en un momento todos los argumentos del rabino predicador, y me desafiaron a una disputa pública.¹¹

Servando, supremo aventurero en una época de revoluciones, se acerca, más que ningún otro escritor hispanoamericano de su tiempo, a la realidad novelesca. Viene, insisto, de la picaresca eclesiástica pero la novela ya late en él, y sus *Memorias*, de haberse publicado inmediatamente después de que fueron escritas, habrían sido, durante esa primera década de literatura mexicana, una ventana abierta hacia nuestro primer yo. No es Fernández de Lizardi desdoblándose en el Periquillo ni Martínez de Navarrete jugando a ocultarse, conventualmente, tras el amor desdichado. Inverecun-

¹¹ *Ibid.*, p. 19.

do, sin ser romántico, el doctor Mier es un personaje desplegándose de cuerpo entero ante el espejo. Caída su máscara, quien viene del Barroco, cuyo mágico desengaño conserva, acaba dialogando con los héroes y antihéroes de Alejo Carpentier, Juan Goytisolo o Gabriel García Márquez: el coro de la novela del siglo xx lo señala y lo llama, ha cantado su nombre. Véase cómo se oculta y se descubre, a la vez, tras su fallida primera escapatoria de Los Toribios en 1804 y antes de ser recluso tres meses en la cárcel de Corte de Cádiz:

Me embarqué, y navegamos seis horas, porque los barcos bajan de Sevilla con la marea que baja cada seis horas, y suben con ella de la mar lo mismo, parando, por consiguiente, de seis en seis horas. Yo vendí entre los pasajeros mi ropa de cama e hice algún dinerillo. Compré un sombrero en llegando a San Lúcar, y seguí con los pasajeros para el Puerto de Santa María en dos coches viejos, de los cuales uno se nos rompió, y llegamos a pie. Al momento me embarqué para Cádiz; en su bahía tomé posada en la plaza de San Juan de Dios, sin saber qué hacer de mí, porque no hay cosa más embarazada que un hombre sin dinero y con vergüenza.

Estando en la Alameda, a aquello de las nueve de la noche, vi un fraile dominico solo, sentado, y por el afecto que conservaba al hábito me llegué a hablarle y preguntarle en qué había parado el pleito del provincial de Castilla sobre el viejo vicariato general de la Orden, y entre la conversación dije que era un mexicano que venía de Sevilla. El sospechó que era yo.¹²

Más antiguo de origen que *El Pensador*, fray Servando ni siquiera aspira a ser un falso moderno como los árcades. Mientras el creador de *El Periquillo* se educa en la calle e inventa el periodismo a fuerza de practicarlo, el doctor Mier, clérigo perseguido originario del Nuevo Mundo logra convertirse en un mundano cuando ser fraile en la Europa de 1800, como él lo repite sin cesar, era ser

¹² *Ibid.*, p. 231.

una rémora intolerable para los ilustrados. *Amigo* (como se entendía entonces, a la vez iniciado y militante) de los jansenismos italiano y español, Servando conspira en uno de los batallones que daban la pelea para salvar a la arruinada Iglesia católica del largo deterioro a que la sometió la Ilustración y del terremoto de la Revolución francesa, cuyas réplicas vivirá en la Francia del concordato. De la admiración por el obispo Grégoire pasa al entorno del tres veces apóstata Blanco White y de la Iglesia al siglo, conspirando en Londres en las organizaciones paramasónicas que albergarán a los padres y a los fautores de la Independencia, Francisco de Miranda y a José de San Martín, entre otros a quienes les toca sentir la cercanía del doctor Mier. Buenos Aires, Caracas, La Habana, Filadelfia son para Mier, más allá de sus recorridos, realidades tan presentes como Madrid, París, Roma, Nápoles. Lo vemos pasar a su manera, sin detenerse atentamente, al lado de Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar y de Chateaubriand, apenas celebrando la aparición de *El genio del cristianismo* en 1802.

Es un cosmopolita eclesiástico: la única forma de cosmopolitismo que estaba al alcance de un novohispano y desde esa condición se convierte, fundador en México de una “república cristiana”, en uno de los pocos héroes independentistas que muere, rodeado de reconocimiento, en su cama el 3 de diciembre de 1827. Con fray Servando habían quedado al alcance de la mano palabras y cifras antes de él muy remotas: el apóstol santo Tomás, Quetzalcóatl, Las Casas, la batalla de Trafalgar, 1808, Bolívar, los Cien Días...

El 23 de febrero de 1822, electo en ausencia diputado por el Nuevo Reino de León al Primer Congreso mexicano, fray Servando —quien tras haber sido liberado por la Inquisición un par de años atrás se había refugiado en La Habana para después completar su formación republicana en Filadelfia— conocerá una penúltima prisión en San Juan de Ulúa, de donde lo liberarán los sitiados españoles apostando por el enfrentamiento del fraile con el súbito emperador de México, Agustín I. Mier e Iturbide, en efecto, apenas se toleran pero se entrevistan en San Agustín de las Cuevas. El 26 de agosto, Iturbide hace detenerlo a él y a otros diputados

adversos a la nueva tiranía. Sus últimas prisiones, por pocos meses, serán en el convento de los dominicos y en el palacio inquisitorial, como si se quisiese facilitar su despedida de los lugares donde se formó como predicador, en los ochenta del siglo XVIII y donde había escrito sus memorias, apenas en 1819. Inútil es decir que vuelve a fugarse.

El 3 de febrero de 1824, el doctor Mier, diputado, había firmado el Acta Constitutiva de la Federación. Pasará sus últimos inviernos como perturbador sulfuroso —profetiza los males del federalismo, dogma al cual tienden naturalmente sus compañeros liberales más por conveniencia caciquil que por convencimiento ideológico— de la nueva república, muchos de cuyos políticos hubieran preferido ver jubilado al belicoso fraile. Pero quienes lo escucharon hablar en aquellas primeras asambleas mexicanas, le dieron trato de patriarca. “Abuelito de la patria”, lo llamarán. Vieron en él al defensor de la x, la letra que no podía excluirse, más allá cualquier duda etimológica, del nombre de México. Nacida huérfana, a la nación le esperaba un destino penoso de quimera boba y país disgregado. Pero fray Servando, aun olvidado durante décadas, estaría allí como piedra de fundación, aquel que le había dado a México su linaje apostólico, su más rancia pertenencia a la Cristiandad. Aunque fuese fabulosa la historia de santo Tomás como evangelizador de los indios, la fábula misma identificaba a su predicador con la más antigua legitimidad político-teológica. Ingenua, la historiografía servandiana partía de la base de que México poseía una grandeza originaria, natural. A los historiadores románticos les tocaría hacer sentimentalismo con esos orígenes.

El doctor Mier, en los días que van del efímero Imperio de Iturbide a la Primera República, se hizo de un nuevo admirador, Fernández de Lizardi quien reconoció, en su “Defensa del Padre Mier” (1822), que la “hazaña literaria” que era la vida entera del fraile autorizaba todas sus mitificaciones políticas o religiosas. A diferencia de otros, intelectuales más conocedores del mundo y sus ilusiones, más viajados, El Pensador daba por buenas las dispensas y los honores romanos obtenidos por el padre Mier, quien a lo largo de

casi tres décadas, agregaba, había recorrido el mundo ganándose la sapiencia universal.¹³ Ese reconocimiento, que sonaba irónico en la pluma de un anticlerical como Fernández de Lizardi, provenía de quien acabará por ser su par en la fundación de la literatura mexicana. Abonaba el terreno para que, una vez leídas sus *Memorias* tantas décadas después, de fray Servando Teresa de Mier ya nadie dudara nunca más: fingida o no, su novela será historia.

Nietzsche agradeció que la literatura francesa haya comenzado con Montaigne, un escéptico. Quizá nosotros no hemos sido tan conscientes de que una literatura de fama solemne como la nuestra sea hija, a la vez demorada (por el carácter póstumo de las memorias servandianas) y pública, gracias al activismo fundacional de Fernández de Lizardi, de un par de espíritus risueños, humorísticos y sardónicos. Cuando los ingenuos y los sentimentales se enfrentaban a una guerra en apariencia perpetua, iniciada ya fuese en 1519 o en 1808 y que duraría hasta el fusilamiento de Maximiliano en el Cerro de las Campanas en 1867, el recuerdo del doctor Mier y de El Pensador Mexicano, el antiguo y el moderno, debió haber sido una fuente de consuelo.

¹³ José Joaquín Fernández de Lizardi, “Defensa de los diputados presos y demás presos que no son diputados, en especial del Padre Mier”, en *Obras*, XII. *Folleto* (1822-1824), edición de María Rosa Palazón Mayoral e Isabel Fernández Arias, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, pp. 187-193.

SEGUNDA PARTE
LA GUERRA PERPETUA
1828-1863

En la proyección de la esfera celeste que trazaban los astrónomos, colocados circularmente el zodíaco y las constelaciones, presentaban en su oposición diametral sus dos mitades: el hemisferio de invierno, antípoda de el del estío, era su adverso, su contrario, su opuesto. En virtud de las acostumbradas metáforas dieron a estas voces su significación moral y se transformaron los ángeles, los genios adversos en rebeldes y enemigos. Entonces se convirtió toda la historia astronómica de las constelaciones en historia política; y fue el cielo un estado humano, sucedía todo lo mismo que en la tierra.

VOLNEY, *las ruinas de Palmira
o meditación sobre las revoluciones de los imperios* (1791)

El estado físico del mundo, que es el resultado de la caída y de la degradación del hombre, no puede variar hasta que venga una época que debe ser tan general como la de donde procede el resultado. La regeneración espiritual e individual del hombre no tiene, ni puede tener, ninguna influencia en estas leyes. El niño padece del mismo modo que muere, porque es una masa o materia que debe padecer y morir por haberse degradado en su principio, y porque en virtud de la triste ley que rige para todo hombre, porque es hombre, está sujeto a todos los males que sobre él pesan.

DE MAISTRE, *Las veladas de San Petesburgo*, III (1821)

Es que nos encontramos rodeados de acontecimientos trágicos —replicó el conde también con emoción—; aquí no estamos en Francia, donde todo acaba en canciones o en un encarcelamiento de un año o dos, y realmente hago mal en hablarle en broma de esas cosas. ¡Ah, sobrinito!, creo que voy a encontrar la manera de hacerle obispo, pues no puedo comenzar tranquilamente por el arzobispado de Parma, como quiere, con toda razón, la señora duquesa aquí presente. En ese obispado, lejos de nuestros prudentes consejos, ¿quiere decirme cuál será su política?

STENDHAL, *La cartuja de Parma*, 10 (1839)

IV LA ANTIGÜEDAD MODERNA

¡Oh ruinas! Yo tornaré a escuchar vuestras lecciones: tornaré a la paz de vuestras soledades: y de allí, lejos de la dolorosa escena de las pasiones, amaré a los hombres, recordándolos; meditaré en lo que puede hacer su felicidad, y cifraré la mía en la idea de haber acelerado la época de la dicha de los humanos.

VOLNEY, *las ruinas de Palmira*
o meditaciones sobre las revoluciones de los imperios (1791)

1. LA ERA DE BUSTAMANTE

En 1805, fundando con Jacobo de Villaurrutia el *Diario de México* hasta 1847, cuando ahuyenta un rato su muerte para escribir su inconcluso testimonio de la invasión estadounidense, *El Nuevo Bernal Díaz del Castillo*, Carlos María de Bustamante (1774-1848) es, sin duda, la principal figura de nuestra literatura. Entiéndase por literatura, aclaro, lo que el siglo XVIII entendía: la suma de las artes impresas destinadas a la ilustración pedagógica e histórica de una sociedad. Al buscar símbolos nacionales aun antes de que la nación fuese independiente y tuviese nombre propio, Bustamante convirtió a aquellas “bellas letras” en literatura propiamente romántica.

Al amparo de Bustamante y no pocas veces en contra de su versátil voluntad, se hace casi todo: desde el primer periódico de la capital donde se presentan los poetas de la Arcadia hasta la unión ideológica entre criollos y peninsulares contra la invasión francesa de 1808, que el futuro historiador festejó acuñando con dinero propio una medalla conmemorativa devaluada de inmediato con

el golpe contra el virrey Iturrigaray, una de cuyas víctimas, el licenciado Primo de Verdad, tendrá en el futuro historiador a su panegirista. Pero no fue Bustamante “un insurgente de primera hora” sino un criollo empeñado en un principio en mediar entre insurgentes y realistas, criticando el radicalismo popular de Fernández de Lizardi y condenando las campañas militares de Félix María Calleja, el sitiador de Cuautla y futuro virrey, que será, para el futuro historiador, no sólo “un tigre sediento de sangre”, sino ese tirano digno de ser aborrecido, como diría un clásico.¹

Bustamante es también nuestro primer intelectual revolucionario que se une, con plena conciencia redentorista de sacrificio, a una rebelión que juzga legítima por popular, arriesgando su vida por ella. Así se vuelve, sobre el terreno, consejero de Morelos y, como el doctor Mier, sobrevive a la prisión como escritor durante esos últimos cuatro años del virreinato en que la Restauración parecía inamovible y la Independencia, desaparecida del horizonte: Bustamante sale del cautiverio lleno de papeles. Menos como legislador (que lo fue), contribuye a la fundación de la nueva república con una biblioteca, su obra entera. Fue el inventor, casi en solitario, del nacionalismo mexicano. Lo que en otras latitudes tomó décadas, revistas y generaciones, la forja de una mitología a la vez política y sentimental aquí fue, durante medio siglo de alumbramiento, obra bustamantina.

En el verano de 1812, Bustamante se entusiasma, publicando *El Juguetillo*, con la libertad de imprenta decretada por la Constitución de Cádiz a la cual condena, empero, por extinguir la Inquisición, que este revolucionario conservador tenía por santísima. Rechaza, junto con Fernández de Lizardi, el edicto de 1812 que manda prender y pasar por las armas a todos los sacerdotes insurgentes: que ésta haya sido la *cause célèbre* de los meses regidos por la libertad de imprenta expresa con claridad que el liberalismo en la Nueva España nace confundido con la defensa de los viejos fueros.

¹ Roberto Castelán Rueda, *La fuerza de la palabra impresa. Carlos María de Bustamante y el discurso de la modernidad, 1805-1827*, México, Fondo de Cultura Económica–Universidad de Guadalajara, 1997, p. 57.

En noviembre de 1812, Bustamante y el poeta arcádico Sartorio, a quien ya hemos leído, fueron los candidatos vencedores, criollos, por el barrio de San Miguel, en las primeras elecciones populares, muy controvertidos, para nombrar al nuevo ayuntamiento de la Ciudad de México. El festejo de la victoria criolla se produjo en medio de la mayor confusión y Bustamante, amenazado por los realistas, escapó refugiándose primero en Tacubaya y luego en Zacatlán, donde lo cobija la insurgencia. Según Lucas Alamán, para quien la mayoría de los insurgentes eran vándalos, entre aquellos “nuestro don Carlos hizo los mayores esfuerzos para introducir algún orden en aquella confusa muchedumbre de gente, y haciéndose de gran número de enemigos consiguió que se fundiesen algunos cañones, que se arreglasen algunos escuadrones y que se formasen dos compañías de granaderos”.²

Los crímenes de Hidalgo contra los españoles los toleró con disgusto como periodista, justificándolos más tarde como la venganza por aquellos cometidos por los conquistadores contra la nobleza indígena. Pero no se hizo Bustamante protagonista en la insurgencia sino a la vera de Morelos, cuya mitografía de nuevo Moisés sería muy otra de no haber sido pintada por su discursero, ideólogo y amanuense, a quien vemos a salto de mata entre 1812 y 1817, recorriendo las montañas del sur del reino, como inspector de caballería y director redactor de *El Correo Americano del Sur*.

Nombrado brigadier e inspector de caballería, Bustamante influyó mucho en el discurso con el que Morelos abre tertulia en el Congreso de Chilpancingo y lo sigue, al caudillo, hasta Oaxaca y Tehuacán. Redactó y firmó Bustamante el Acta de Independencia del 6 de noviembre de 1813, aquella en que se dijo que la América Septentrional, “por las presentes circunstancias de la Europa, ha recobrado el ejercicio de su soberanía usurpada” y “que en tal concepto queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español”.

² Lucas Alamán, “Noticias biográficas del Lic. Carlos María de Bustamante y juicio crítico de sus obras”, en *Obras*, III, compilación de Rafael Aguayo Spencer, México, Jus, 1946, p. 292.

Restaurado Fernando VII, Bustamante adujo —razonarlo así no era frecuente entre muchos de los humillados liberales peninsulares— que sólo la Independencia podía salvar a la Nueva España del absolutismo. Y Bustamante, quien se había convertido en el vocero del caudillo Ignacio López Rayón, intentó sacar provecho de lo que ocurría en España intentando convencer al virrey Calleja de que cambiase de bando.

Preso y muerto Morelos a fines de 1815 y desintegrado el Congreso de Chilpancingo en Tehuacán, Bustamante intenta la escapatoria hacia los Estados Unidos como enviado diplomático de los derrotados insurgentes. Acorralado por los realistas entre Tehuacán y Barra de Nautla, se entrega y pide el indulto en marzo de 1817. Su esposa, a la cual el periodista había enviado rumbo a la Ciudad de México en busca de socorro, fue detenida y forzada a retornar a Veracruz en una cuerda de malechores. Fracasado en su intento de asilarse en un barco con bandera inglesa, Bustamante fue recluido en el castillo de San Juan de Ulúa. Antes de ello, según cuenta él mismo, en *Hay tiempos de hablar y tiempos de callar*, su breve memoria escrita en 1833, tomó la providencia de confiarle a unos marineros ingleses los primeros cuadernos manuscritos de su *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, algunas de cuyas páginas

estaban escritas sobre los campos de batalla que yo había visitado, recogiendo algunos huesos y cráneos de los americanos que mandé a lugar sagrado para que no quedasen insepultos; he aquí el único tesoro que llevaba y cuidaba de salvar, como César sus *Comentarios* cuando pasó a nado desde el faro de Alejandría hasta echarse en los brazos de Cleopatra.³

Si es difícil escribir una historia de la Independencia sin Bustamante, es imposible concebir a la nación nacida en 1821 sin su vida

³ Carlos María de Bustamante, “Hay tiempos de hablar y tiempos de callar”, en Andrés Henestrosa, *Carlos María de Bustamante*, México, Senado de la República, 1986.

y sin su obra. Basta con los títulos de sus libros, ha dicho Enrique Krauze, para entender su vigor heráldico. No sólo el citado *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana* sino otros, como *El indio mexicano o Avisos al rey Fernando VII para la pacificación de la América septentrional* (1817-1819) o *Galería de príncipes mexicanos dedicada a la suprema potestad nacional que les sucediese en el mando para su mejor gobierno* (1821), lo convierten en autor de expresiones y conceptos cuya irradiación se preservó durante un par de siglos: es en Bustamante donde la “revolución mexicana” se convierte en sinónimo de la historia patria entera o el “indio mexicano” en título de nobleza equivalente al gentilicio que lo identifica como el guerrero sobreviviente de los tres siglos oscuros del virreinato. Lo revolucionario, lo indio y lo mexicano se vuelven la misma cosa. De la obra bustamantina sale la convicción, latente en el viejo patriotismo criollo, de que México es el depositario, activo y legítimo, de la herencia del gran Imperio azteca, esa “ficción” contra la que Alamán escribirá su *Historia de Méjico* a la mitad del siglo. Lo que en fray Servando es falsa erudición profética, la predicación apostólica en América, en Bustamante resulta ser historiografía, política y propaganda. El exitoso propagandista de este nuevo Edicto de Constantino que transforma la derrota indígena de 1521 en la conversión de una nación entera al cristianismo, es Bustamante, cuya ortodoxia católica está diseñada para convivir, en la gloria, con ese mundo pagano que él, con eficacia suprema, convierte en una virtuosa gentilidad.

Si el historiador Bustamante hubiera muerto con el nacimiento de la República dejándonos sólo su *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana* como canción de gesta y repertorio ideológico, sería de suyo importantísimo. Pero es más, mucho más influyente: su actividad durante el siguiente cuarto de siglo es intensa y, como la de todos los primeros mexicanos, errática. No se duerme Bustamante en sus laureles de padre fundador: liberado en 1820, se une a las tropas de Santa Anna y le aconseja a Vicente Guerrero pactar la Independencia con Iturbide, hasta llegar por aclamación a la presidencia del Congreso en 1822, año también de su ruptura con el

emperador, que lo confina preso en el convento de San Francisco con el resto de los diputados. Reinstalado a la caída de Iturbide, Bustamante aceptará la Constitución federal, aunque profese el centralismo; más perseguido como periodista que como político, en 1827 hubo de sacarlo el doctor Mier de la cárcel y en 1833, opositor a la primera reforma liberal, la de Valentín Gómez Farías, fue amenazado con el destierro aunque en 1837, en revancha, lo tenemos como uno de los miembros del Supremo Poder Conservador. Casi siempre, hasta su muerte, fue diputado.

Bustamante, dice Krauze, desmiente las facilonas simetrías con las que se escribiría en México la historia decimonónica, dividida falazmente entre federalistas o centralistas, liberales o conservadores:

Fue el cronista por antonomasia de los insurgentes; los creía encarnaciones del pasado antiguo, al grado de disculpar a veces sus excesos y matanzas como compensaciones de las que, tres siglos atrás, habían perpetrado los conquistadores en Cholula y Tenochtitlan. Pero fuera de esa importante convergencia con la naciente tradición liberal (la negación del dominio español, la afirmación de la Independencia), Bustamante desplegó “posiciones incómodas”: era centralista, católico fervoroso y, sobre todo, defensor de la Iglesia: del carácter exclusivo y excluyente del culto y sus creencias, el respeto a sus instituciones, sus fueros, sus bienes y “otras cosas piadosas”. Detestaba a los radicales jacobinos, “zafios y groseros”, y desconfiaba de la democracia (“el pueblo es una bestia feroz e ingrata, que perdido una vez el tino y el respeto a la autoridad que lo manda no es fácil sujetarlo”) No obstante, estaba igualmente lejos de los extremos monárquicos y dictatoriales. Habitaba un terreno ideológico ambiguo y no pocas veces contradictorio, Filateles y Paleófilo en una misma persona: un independentista radical que se apiadaba de los españoles expulsados de México en 1827; un antiliberal que hacía amplio uso de la libertad de imprenta. Era un patriota del siglo XIX, arraigado en la mentalidad del XVII, que había pasado casi a ciegas por el siglo XVIII. Quería construir una patria mexicana (es decir, no española) y por lo tan-

to orgullosa de su pasado indígena, pero católica y provista de un gobierno fuerte.⁴

El prolífico Bustamante está en el centro de la primera literatura mexicana: tras el *Diario de México*, rescata la memoria y biografía del fraile Navarrete precoz e inoportunamente desaparecido y sólo tiene como rival, en importancia intelectual y política, a Fernández de Lizardi. El Pensador, siempre más radical y moderno que él, pese a todas las desaveniencias, fue su admirado camarada. Más eclesiástico y milagrero que el jansenizante doctor Mier, fue su discípulo más aprovechado pues “don Carlos era el combustible y Fray Servando el comburente”.⁵ Y gracias a la dura pugna generacional con Bustamante, entramos, también, a las obras de la siguiente generación de historiadores. Pero pese a todos esos méritos extraordinarios, nos negamos a llamar a la primera mitad del siglo XIX, como deberíamos, a la inglesa, “la era de Bustamante”.⁶ Ello ocurre no sólo por la irreductibilidad bustamantina frente a las ortodoxias liberal y conservadora al disputarse esa “historia patria” fundada por él mismo, sino por una pequeñez tozuda que en Bustamante estorba. Así lo retrató, y creo que viene a cuento, Alamán, recordando que don Carlos

hablaba con facilidad en público, pero esto mismo le inducía a hacerlo demasiado frecuentemente, lo que unido a las ideas triviales que a veces presentaba y a cierto acento agudo y desagradable

⁴ Enrique Krauze, *La presencia del pasado*, México, Tusquets, 2005, p. 46.

⁵ Victoriano Salado Álvarez, *La vida azarosa y romántica de don Carlos María de Bustamante*, prólogo de Carlos Pereyra, México, Jus, 1968, p. 241.

⁶ Elías Palti, en *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX. (Un estudio sobre las formas del discurso político)* (México, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 67), divide lo que yo llamo “la era de Bustamante” en las eras de Fernández de Lizardi y de Mora, y en tres momentos, al estilo de Rosanvallon hablando de Guizot, que se prolongarían hasta 1853: el maquiavélico, el hobbesiano, el rousseauiano...

con que solía acabar los periodos cuando hablaba con alguien, causaba el que no fuese oído con gusto y no era raro que se quedase casi solo en el Salón de las Sesiones, saliéndose los diputados a salas de recreo desde que comenzaba a hablar. Un poco rencilloso tanto por materias literarias o políticas, era acre en sus respuestas de palabra y por escrito.⁷

Operan en contra de la legibilidad de Bustamante razones editoriales, historiográficas y hasta éticas. Establecer su bibliografía ha sido una tarea pesada que ha entretenido a un siglo de eruditos, de Joaquín García Icazbalceta a Edmundo O’Gorman y no contamos, por increíble que parezca, con una edición crítica a la altura de la importancia capital del *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, verdadero cajón de sastre compuesto con el peor de los métodos históricos, a saber, la interpolación falsificada, la anécdota bastardeada con el mito, la mentira llana y obcecada mezclada con algunos datos históricos que sólo don Carlos María conoció y que lo vuelven, en muchos casos, la pesadillesca fuente original o única.

La mala fama de su *Cuadro Histórico* empezó pronto, y refutar a Bustamante fue la meta, a veces asumida y otras no, de los principales historiadores que le siguieron, señaladamente: Lorenzo de Zavala (1788-1837), Lucas Alamán (1792-1853) y José María Luis Mora (1794-1850), quienes se acabaron de formar leyendo a los modernos como Burke, Bentham, Tocqueville y se nota. A su lado, el anacrónico Bustamante, tenido por un truhán o por un bobo, parece ser sólo un indigesto y barroco bachiller de teología (lo fue en su natal Oaxaca).

Zavala, en el prólogo de su *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830* (1831-1832), marca el paso del indignado desdén por Bustamante que incluirá los comentarios despectivos de William H. Prescott, el autor bostoniano de *La conquista de México* (1843), quien lo llamará necio, burro, medieval.

⁷ Alamán, “Noticias biográficas del Lic. Carlos María de Bustamante...”, *op. cit.*, pp. 318-319.

Antes, el ultraliberal Zavala, tras felicitar a aquellos que se han aprovechado de los documentos históricos recopilados por Bustamante purgando el farragoso *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana* de “una infinidad de hechos falsos, absurdos y ridículos”, va más lejos:

Las autoridades de México han cometido el error de permitir a Bustamante entrar en los archivos, franquéandole los documentos interesantes del antiguo virreinato y otras oficinas públicas, y este hombre sin crítica, sin luces, sin buena fe, ha escrito un tejido de cuentos, de consejas, de hechos notoriamente falsos, mutilando documentos, tergiversando siempre la verdad, y dando un testimonio vergonzoso para el país, de la falta de candor y probidad en un escritor público de sus anales. ¿Qué se puede esperar de un hombre que dice seriamente en sus escritos, que los diablos se aparecían a Moctezuma; que los indios tenían sus brujos y hechiceros que hacían pacto con el demonio; que San Juan Nepomuceno se le apareció para decirle una misa, y otros absurdos semejantes?⁸

El doctor Mora no fue más piadoso en una de las advertencias a *Méjico y sus revoluciones* (1836) advirtiéndole, del *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*:

Esta compilación ha salido al público en cinco gruesos volúmenes de a cuarto, y en ella se han hacinado con poca crítica y menos discernimiento, una multitud de noticias, de relaciones, de memorias y documentos que se hallan en oposición sobre puntos muy capitales y rompen la unidad de relato única garantía de verdad. En el *Cuadro Histórico* hay sin duda hechos verdaderos y documentos importantes, pero están de tal manera entrelazados con fábulas y patrañas, y sobre todo con las pasiones rencorosas y parciales gra-

⁸ Lorenzo de Zavala, *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, prólogo de Horacio Labastida, edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica–Instituto Cultural Helénico, 1985, p. 4.

badas en todas las páginas, que se expondría mucho quien bebiese en las aguas de esta fuente sin haberlas depurado. Bustamante no es hombre que diga de propósito una mentira, pero acoge con suma facilidad todas las vulgaridades que lisonjean sus pasiones; y disimula u oculta frecuentemente la verdad cuando no cuadra con el entusiasmo irracional que concibe por las personas, o con el sistema político a que se adhiere hoy por prevenciones, y contra el cual mañana declama sin motivo.⁹

A la muerte de Bustamante en 1847, Alamán, mientras escribía su propia versión de los hechos, trató de ser ponderado en su lectura del *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, reconociéndole su valor pionero pero subrayando que la obra “no tiene un plan regular y quien de antemano no sepa la historia de la revolución que en él se describe, no es fácil que acierte a salir de la confusión en que le pone la falta de hilación en los sucesos”.¹⁰

A Bustamante, pese a ser el primer devoto de la prueba documental, todos los historiadores que se han concebido como serios, desde los guizotianos de 1830 hasta los marxistas, pasando por el positivismo, le han hecho el feo. No fue inconsciente el historiador de las dificultades de su empresa, que resolvió auxiliado, según lo confiesa, por su patriotismo, y tras haber elegido el duelo de titanes entre Morelos y Calleja como el epicentro de su obra, elaborada a través de la convención de las cartas subsecuentes a un amigo imaginario, así lo asume:

Amigo mío.— La América mexicana en estos días es todo un campo de batalla: en sus ángulos más distantes se dan acciones o se propulsan las fuerzas agresoras, haciendo la libertad efectos maravillosos para triunfar de los asaltos de la tiranía. Si leemos los partes

⁹ José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, III, edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica–Instituto Cultural Helénico, 1986, pp. IV–V.

¹⁰ Alamán, “Noticias biográficas del Lic. Carlos María de Bustamante...”, *op. cit.*, p. 327.

oficiales de las Gacetas con alguna crítica, veremos que hay días en que se dieron doce y hasta cinco acciones. ¿Cómo, pues, describir-las con verdad y exactitud?¹¹

El milagroso mundo bustamantino, más allá del método del historiador, se basa, como lo explica Roberto Castelán Rueda, en su ensayo biográfico de 1997, en esa convicción maniquea, entonces a la vez retrógrada y moderna, es decir romántica, de que el héroe sólo puede ser un mártir y el historiador, el abogado de su causa, debe estar bien dispuesto a comprar testigos para su causa.

Esos testigos son los documentos que Bustamante presenta como verdad escritural, a los cuales él y sólo él otorga su sentido, a veces falseándolos y otras ejerciendo ese derecho a la interpretación que la quisquillosa posteridad le ha regateado. Morelos fue su más lograda mitificación: hubo de pasar más de siglo y medio para que el verdadero caudillo —el cura rebelde, ya preso y atormentado por la atrición, delata a sus camaradas— se discutiese en público, cuando el dramaturgo Vicente Leñero escribió *Martirio de Morelos* (1981), una obra de teatro donde simplemente publicaba lo que todos los especialistas sabían y constaba en los expedientes impresos desde fines del XIX de la Inquisición. Bustamante había ensayado ese proceder con un protomártir, el licenciado Primo de Verdad, el síndico criollo muerto misteriosamente en las cárceles del Arzobispado en 1808 tras alegar que invadida la Península y no existiendo monarca legítimo por allá, recaía en los novohispanos, acá, la soberanía. Pero si Primo de Verdad representa la universalidad de lo español frente a aquellos que en la Nueva España lo sacrifican en oscura connivencia con los franceses, estos valores, en Bustamante, vienen de lejos. Se alimenta, dice Castelán Rueda, del Antiguo Testamento y de las tradiciones derivadas de los libros de caballería y de los cuentos campesinos medievales.

¹¹ Carlos María de Bustamante, *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, I, introducción de Roberto Moreno de los Arcos, edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica–Instituto Cultural Helénico, 1985 p. 280.

Bustamante fue un cristianizador: considera la Independencia como el acontecimiento providencial que cierra el ciclo de la predicación iniciada por los franciscanos en el siglo xvi, y la guerra contra Calleja, una cruzada antiherética que sólo puede dar, generosamente, esa purificada nación convertida desde entonces al cristianismo. No podía ser de otra manera si nos atenemos al conocido retrato bosquejado por Alamán de la familia de Bustamante, donde imperaba “la regularidad y aun rigidez” propia de “una especie de monasterio, lo que hizo que en su espíritu echasen hondas raíces las ideas religiosas, que nunca desmintió en el curso de su larga vida y que alguna vez por su exageración declinaron en supersticiones que le atrajeron no poco escarnio y mofa”.¹²

No era necesario, aducirá este cristianizador, cristianizarlo todo: el escudo del águila y la serpiente, afirmaba Bustamante, era un antiguo blasón tan respetable como los muchos símbolos de Roma conservados y resignificados por la apostólica Iglesia católica. Por eso Bustamante es Constantino: pone al antiguo Imperio mexicano, íntegro, en el orbe cristiano. Para hacerlo, exégeta y hagiógrafo, es capaz de muchas cosas. Si la fe mueve montañas, ¿por qué no habrá, su influjo, de trastocar papeles y testimonios?

Castelán Rueda ha dicho que en el *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, “la revolución mexicana o guerra de independencia no podía ser tratada por Bustamante de una forma llamémosle académica o científica” porque “más que escribir una ‘historia patria’, nuestro autor aborda el periodo comprendido de 1810 a 1821 como si estuviera escribiendo una parte de la historia de la civilización cristiana”. Así, impera una imitación de la historia sagrada,

con sus propios jueces y profetas, con sus actos de humildad, perdón y resignación, con su invocación a los Macabeos y a toda una serie de escenas bíblicas, como si los años en que transcurre la gue-

¹² Alamán, “Noticias biográficas del Lic. Carlos María de Bustamante...”, *op. cit.*, p. 282.

rra de independencia fueran la lucha del pueblo elegido que, guiado por la mano de la Providencia, tuvo que sortear muchas pruebas hasta su instalación como pueblo libre.¹³

Ideado, en efecto, como un fragmento de la historia cristiana, el *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana* le debe muy poco a su propio tiempo: de la Revolución francesa apenas hay huellas y en las escenas idílicas recreadas por Bustamante al hablar de las fiestas de los insurgentes pesa más la simplicidad evangélica que los festejos jacobinos. Bustamante, “de suyo escritor incorrecto y desordenado y con sus puntas de imitador de Cervantes”, según Henríquez Ureña, y a veces parodiante involuntario de los Salmos, festeja, con exclamaciones y hosannas, un mundo jerárquico que regresaría con la Independencia.¹⁴

En Bustamante, con una eficacia perdurable, la Revolución debe ser entendida como Restauración, movimiento capaz de regresar-nos, como escribió en 1813, a “los días tranquilos del imperio de México allá en la venerable antigüedad, que comparados con trescientos años de esclavitud actual, hacían percibir más y más el inestimable don de la libertad”.¹⁵ Imborrablemente, Bustamante se encomienda y es el primero en hacerlo así a los genios de Moctezuma, Cacamatzin y Xicoténcatl, no sólo en artículos periodísticos sino en las arengas y discursos escritos para Morelos y en toda su obra histórica.

El *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana* aspira a ser el libro fundador de la nacionalidad y sería una Biblia completa de no faltarle un Nuevo Testamento, es decir, las instrucciones provenientes del cielo para fundar una verdadera república cristiana tan perdurable como la Iglesia de Pedro y Pablo. Morelos es un Moisés, héroe libertador y legislador que muere en la raya. En la cuen-

¹³ Castelán Rueda, *La fuerza de la palabra impresa, op. cit.*, p. 205.

¹⁴ Pedro Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*, edición de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 197.

¹⁵ Citado por Castelán Rueda en *La fuerza de la palabra impresa, op. cit.*, p. 141.

ta histórica mexicana, recomenzada en 1821 con la Independencia y el libro de Bustamante que la inmortaliza le falta encarnar en un Cristo; las mudanzas y requiebros en la vida del profeta Bustamante expresan tristemente esa falta de consumación escatológica. Y a falta de un nuevo profeta, la tierra prometida se pierde para siempre en el horizonte. Los últimos tomos del *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, la llamada “*continuación*” consagrada a la “Historia del emperador Agustín de Iturbide y al establecimiento de la república popular federal” y después, a los regímenes de los generales Anastasio Bustamante y Antonio López de Santa Anna, son pantanosa historia contemporánea prolongada hasta las leyes centralistas de 1836 en la cual el autor abandona la exaltación religiosa para hacer política entre facciones y pronunciamientos, ocultando con dificultad el fracaso “tragicómico”, es él quien lo dice, del México bíblico.

Este hombre amigo de las supersticiones, mitógrafo y mitómano tiene fama de mal escritor porque es farragoso como pocos. Pero, ¿fue tan malo realmente? ¿Debe mantenerse, más de un siglo después, su expulsión de la *Antología del Centenario*, decretada por Henríquez Ureña, sin explicaciones, tal cual la lamentó Martínez?¹⁶ No lo creo, como no lo creía este último: bien editado, antologado, hecha la separación entre lo original y la copia, queda un narrador rústico pero también irónico, capaz como pocos de presentarnos la realidad amestizada con el mito que es toda revolución. Hay que esperar un siglo, hasta los narradores de la Revolución de 1910, para encontrar ese registro. Ante una derrota realista, por ejemplo, el milagrero Bustamante hace escarnio de las supersticiones de su tiempo siempre y cuando las profesasen sus enemigos, los incrédulos virreyes, deseosos de enajenar al pueblo con la imagen de la Virgen de los Remedios, rival de la guadalupana:

¹⁶ José Luis Martínez, “Introducción”, en *Antología del Centenario* (compilada por Justo Sierra), México, Secretaría de Educación Pública, 1985, pp. XXIV-XXV.

Grande fue la sorpresa que recibió Venegas con la noticia de esa desgracia de sus armas, y no poca la consternación en que se vio la capital. Como todos los visionarios y falsos devotos siempre toman parte, y el gobierno auxiliaba sus intentonas para deslumbrar a este público y sacar todo el partido posible, he aquí que el diablo que no duerme, escogió el menor medio de alborotar a este pueblo y hacerlo que *santamente* armase un nuevo mitote. Aparecióse nuestra Señora de los Remedios; pero no por los aires como cuentan las leyendas de hace tres siglos, echando tierra a los indios mexicanos en los ojos, sino en *coche*, y en manos del padre capellán de su santuario. Púsole a este bendito eclesiástico en la cabeza que el cura Hidalgo pudiera venir a tomarse aquel simulacro de María Santísima, y con él sus alhajas, y así es que emprendió trasladarlo muy largo a esta capital, librándolo de unas manos sacrílegas. Cuatro meses antes se había trasladado la imagen a su santuario, después de haber visitado todos los monasterios de México mientras componía la torre de su templo, destruida por un rato: había recibido los más justos homenajes de nuestros corazones, y dejado una impresión profunda en ellos. México se enloqueció religiosamente en aquellos días (si puedo usar de esas expresiones) y todos vimos aquellas demostraciones bajo un punto de vista que nos hacía temer mucho en lo futuro. Pisábamos sobre un suelo volcanizado, conocíamos el ferocísimo carácter de nuestros enemigos, y cada uno vaticinaba una serie de desgracias. Por semejantes motivos la llegada de Nuestra Señora de los Remedios se tuvo por un agüero feliz de su protección por los insurgentes. Tomó cuerpo esta patraña cuando el público supo que Venegas, en secreto y en compañía de varias personas, pasó a la catedral, la hizo un razonamiento devoto, puso a sus pies el bastón y la dijo que ella gobernase, y le dirigiese en sus operaciones. Esta artimaña obró su efecto en muchos, menos en los que le conocían a fondo, los cuales se rieron y compadecieron a una nación que semejava a los antiguos pueblos, capitaneados por un Sila que consultaba sus operaciones con una estatuilla de Minerva, o con un Sertorius que oía los oráculos de la boca de una cervatilla blan-

ca... ¡Venegas a los pies de María Santísima de los Remedios, implorando el mejor momento de asesinar a un pueblo que trataba de romper las cadenas de una ominosa servidumbre... ¡Ja, ja, ja! ¡Este espectáculo hizo reír sin duda al mismo Satanás y compañía diablesca!¹⁷

Un par de estampas de las peripecias de Morelos me parecen suficientes para ilustrar los momentos más felices del *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*. Para impedir la huida de su tropa, que se había echado a correr a las puertas del fuerte de Acapulco,

Morelos tomó la delantera y se valió del ardid de tirarse en el suelo en el punto del Ojo de Agua que era de preciso tránsito; de modo que al llegar los negros se contenían por su respeto temeroso de hollarlo; tal consideración le tenían. ¿Por qué huyen ustedes, les preguntó blandamente, no estamos fuera de peligro? De este modo los reunió y calmó. A pesar de la vigilancia de los de Acapulco, la ciudad padeció un poco, pues reunida una buena parte de sus vecinos en la fortaleza, casi abandonaron sus casas, y la tropa americana saqueó algunas.¹⁸

Otra es la celebrada “hazaña de unos muchachos” en el sitio de Cuautla:

Morelos había mandado que nadie saliera fuera de las trincheras, orden que se desobedeció por un sobrino, niño de nueve años, poco más: éste tenía el título de capitán de una compañía de jóvenes emulantes en la división: estaba provista de todas plazas, y armada de carabinas chicas. Impidióseles la salida a la parte de afuera: pero se empeñaron en llevar adelante su capricho; pusiéronse a jugar, cuando he aquí que de repente sale un dragón a caballo per-

¹⁷ Bustamante, *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, 1, *op. cit.*, pp. 82-83. He modernizado la ortografía en ésta como el resto de las citas bustamantinas.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 11-12.

fectamente armado, y avanza sobre ellos al apantle donde jugaban; entonces se armaron con las ondas que traían atadas a los sombreros por toquillas, y le hicieron tal descarga cerrada de piedras que dieron con él en el suelo, acertándole una en la cabeza. Luego cargaron con él, le amarraron y se repartieron sus armas y lo metieron en triunfo en la plaza, con el caballo. Guardaron la formalidad de dar cuenta a la plaza, y usaron de las ceremonias militares de estilo. Rióse mucho Morelos, divirtiéndose un rato con el prisionero, mandólo a la previsión preso, sin hacerle otro daño, y mandó celebrar la hazaña con repique de campanas.¹⁹

Por su facilidad de trazo, la inocencia juguetona de su imaginación, la eficacia con la que recurre a lo tierno y a lo sangriento, Bustamante pareciera ser el único de nuestros escritores medievales, a veces anterior a algunos de los cronistas de Indias, narrador de un pequeño, doméstico, mundillo donde el mal está a la distancia del tiro de una resortera y la sangrienta guerra de Independencia aparece como un juego de niños. En él, la Edad Media, su eco, no es una prefabricación romántica como en Walter Scott, al que acaso leyó más tarde, sino un sentimiento que ha fluido naturalmente relacionado con la milagrería elemental, los valores campesinos, la religiosidad inmanente. Proviene de *La leyenda dorada* y no de *Ivanhoe* las páginas más sabrosas del *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*.

Ese tono ingenuo, proveniente del más sentimental de nuestros antiguos, es también muy notorio en sus memorias. La descripción del encuentro de Bustamante con el cadáver del licenciado Verdad hoy parece mera estampa lacrimosa, pero entonces remitía a la poesía sepulcral del doctor Young. No en balde Bustamante le pide al fraile Navarrete que versifique ese momento capital en el nacimiento de los sentimientos patrios, de los cuales el historiador es una matrona:

vi su cadáver en la cárcel rodeado de un biombo y de una luz apenada, no pude contenerme, me abracé con él, derramé muchas lágrimas

¹⁹ *Ibid.*, p. 55.

mas, invectivé contra sus asesinos a grito herido, el alcaide me sacó blandamente de la mano y me metió en una pieza inmediata, yo creí que para dejarme allí preso, y no fue sino para dar lugar a que sacasen el cuerpo los trinitarios; a la mañana siguiente asistí a su entierro a la Villa de Guadalupe, y lo conduje al sepulcro sin contener mi llanto.²⁰

En *Hay tiempos de hablar y tiempos de callar* lo mismo se defiende Bustamante de las acusaciones de fanático ya propaladas en su contra por Lorenzo de Zavala en el *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830* que narra las peripecias de él y de su esposa (doña María Manuela, con la que formó una pareja temeraria) al tenor de que en febrero de 1815 “mi mujer y yo íbamos a perecer, porque casi mezclados con la tropa del rey, los nuestros dispararon una culebrina sobre ella y por la humedad se zurró el estopín”.²¹

Víctima de las disensiones internas de la insurgencia —fue célebre el celo en su contra del traidor Juan Nepomuceno Rosains—, Bustamante acabó preso en San Juan de Ulúa, donde le tocó ver llegar a los expedicionarios de Xavier Mina, derrotados en 1819:

Trece meses estuve en absoluta incomunicación, y con centinela de vista en el pabellón núm. 5 de Ulúa; fui tratado con la dureza que era costumbre; vi ligar a una barra de grillos, es decir, atar dos hombres en cada par de grillos, a todos los prisioneros de Mina tratándolos como a perros, los vi lanzarse una vez sobre un tasajo de carne, pelearse por él y comérselo crudo en *Sancti Amén*, pues se les mataba el hambre; el teniente de Rey, creía que cumplía con sus deberes de vasallo del soberano y de devoto de S. Francisco de Paula tolerando (si no mandaba) tan cruel tratamiento; por tanto mi vida en aquel lugar horrible fue mortificadísima. No se le permitió

²⁰ Carlos María de Bustamante, “Hay tiempos de hablar y tiempos de callar”, en Andrés Henestrosa, *Carlos María de Bustamante, op. cit.*, p. 17.

²¹ *Ibid.*, p. 23.

a mi mujer que me viese, en cierta vez fue al castillo, dirigió la vista hacia donde yo estaba en el patio, y un bárbaro oficial la tomó por los hombros y la hizo girar sobre la izquierda.²²

Su selva documental, su mala gramática y sus torpezas de teólogo provinciano nos lo presentan, a Bustamante, más cómodo en su calidad de gacetillero redactando para la tropa o vivaqueando con Morelos que como el antiguo columnista del *Diario de México*. Su prosa, cuando es mala y vaya que puede serlo, es la del escribano; inspirada, es tradición oral capturada en su inocencia por un amanuense tozudo, de aquellos que pueden inmortalizar, no a la realidad histórica cuyo continente sólo le es dado medirlo a los grandes historiadores, sino a la historia tal cual la vivían, fantasiosos e ilusos, sus anónimos protagonistas, condenados a fracasar. Aunque arriesgue la vida por él, no ama al pueblo en el que ve formarse a México; un jerárquico Bustamante lo desprecia en su indómita, una y otra vez corroborada, inhumana violencia. Pero le perdona una credulidad que comparte con él al transmitir cómo sueñan las tropas insurgentes durante una guerra tan vasta que sigue siendo incomprensible para los más detallistas y metódicos historiadores contemporáneos.

2. EL NACIMIENTO DE LA HISTORIA LIBERAL

Me restaría comparar al Bustamante escritor-historiador con Zavala y Mora, sus enmendadores a la girondina, dejando para un capítulo posterior la comparación con el historiador mayor, Alamán, quien se refirió a él con cariño y admiración, pues su *Historia de Méjico* no sólo no es exactamente liberal sino se publica completa hasta 1852. Junto al *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, el *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, de Zavala, y *Méjico y sus revoluciones*, de Mora, son obras

²² *Ibid.*, p. 26.

escritas con sistema y lucidez a las que les falta para ventura de la historiografía y desgracia de la literatura, la carne del mito.

Ambos historiadores liberales asumen, con Bustamante, la idea de que la Independencia, parteaguas, significa el nacimiento de una nación aunque ni Zavala ni Mora compartiesen el entusiasmo bustamantino por el antiguo Imperio mexicano y su gentilidad. Habiendo impreso sus libros en París, Zavala que estaba de paso en 1831 y donde murió Mora tras un largo exilio, ambos estuvieron bajo la influencia benéfica de la escuela, primero girondina y luego doctrinaria, que consideraba a la Revolución francesa un acontecimiento benéfico al cual había que purificar de sus errores y de sus horrores, del Terror y de sus consecuencias, sobre todo las bonapartistas. Ese determinismo —las revoluciones ocurren fatalmente— corregido por la buena voluntad del examen histórico anima las obras de Zavala y de Mora, quienes adaptaron a la Independencia mexicana esa mirada crítica floreciente en Francia durante la Restauración y el régimen de Luis Felipe.

Así como en mi opinión los méritos literarios del doctor Mora, tan estimable como padre del liberalismo mexicano, han sido exagerados, la maldición caída sobre el yucateco Zavala, quien murió apestado al decidirse por la República de Texas contra México, ha perjudicado la lectura de su *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, en mi opinión, uno de los primeros buenos libros mexicanos. Zavala, como tuvimos que esperar a que nos los explicara el historiador argentino Elías Palti, no respaldó, hasta envolverse en su bandera, la secesión texana sólo por traidor, si es que lo fue, sino porque consideraba antiliberal y despótico obligar a los estados a permanecer unidos, contra su voluntad natural, a una nación.²³

Educado en Mérida en un medio incrédulo, más caribeño que mexicano, es decir, más abierto a las novedades venidas del mar que al secretismo del Altiplano, Zavala estuvo más cerca, en espíritu de heterodoxia, del sevillano José María Blanco White o del

²³ Palti, *La invención de una legitimidad*, op. cit., p. 83.

caraqueño Francisco de Miranda que de los clérigos a su manera tardobarrocos que como el doctor Mier o Bustamante, nacidos en el desierto o en la densa Oaxaca, escribieron las primeras historias de la revolución de Independencia mexicana. Zavala, muy joven, puso dinero y entusiasmo para que su natal Mérida tuviese su primera imprenta.²⁴

Una de las primeras muestras de actividad intelectual dadas por Zavala revelan su apetencia por el pensamiento europeo. A partir del 7 de octubre de 1824 empezó a publicar por entregas en *El Águila Mexicana* un ensayo titulado “Objeto, plan y distribución del estudio de la historia”, que en realidad era un plagio de *Leçons d'histoire*, del conde de Volney.²⁵ Y es que a Zavala, por ello, le molesta la colonia clerical no por haber sido española sino por ser anti-ilustrada, un mundo cerrado a la investigación filosófica, a Pascal, a Malebranche y a Locke.

Esa modernidad se nota en su *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, en el cual es notorio el esfuerzo, inaugural en su caso, de equilibrar su visión del mundo con su propio protagonismo en los hechos narrados, pues fue Zavala diputado a las Cortes españolas. También lo fue en el primer Congreso mexicano donde firmó, representando a Yucatán, la independencia federalista; más tarde prominente jefe yorkino, Zavala estuvo bajo la influencia del cultivado Joel R. Poinsett, embajador de los Estados Unidos, y el yucateco se convirtió en el hombre fuerte del inmenso Estado de México. Parcial a su causa como no podía ser de otra manera, el ensayo de Zavala, insisto, guarda las formas: pretende explicar y no dar sermones ni hacerle al autor la cama del mártir, del elegido, del héroe providencial. Habla de sí mismo en tercera persona, y aunque se considera “uno de los patriarcas de la libertad e independencia de su patria”, es el primer escritor mexicano que haciendo política, se muestra, nada más y nada menos

²⁴ Zavala, *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, II, *op. cit.*, p. 287.

²⁵ José Ortiz Monasterio, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 35.

que como como un político. No podía ser otra manera, según Palti, pues para Zavala la vida republicana es el tiempo de la retórica. La verdad sólo se encuentra, para este doctrinario, cuando se le busca mediante la polémica. Y por ello, sin empacho, se incluye entre los desorientados mexicanos que, ayunos de verdad, habían elevado a Iturbide en 1822 no por imbecilidad congénita sino por asombro ante la aún vigente moda napoleónica que volvía natural que a una revolución la consumase un imperio:

Yo por mi parte, hablando de buena fe, no sé qué era lo que más convenía a una nación nueva, que no tenía ni hábitos republicanos, ni tampoco elementos monárquicos. Todos debían ser ensayos o experimentos, hasta encontrar una forma que fuese adaptable a las necesidades y nuevas emergencias de la nación. Las cuestiones abstractas de gobiernos han causado en los estados americanos más males que las pasiones mismas de sus jefes ambiciosos.²⁶

Más escritor político que historiador, se ha dicho con razón, Zavala enfrentó, en su *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México de 1808 a 1830*, los puntos más controvertidos de su trayectoria —como su participación en el motín de La Acordada, que llevó al poder a Vicente Guerrero como segundo presidente de la República en 1829— o su oposición, en contra de su propio partido, el yorkino, a la expulsión de los españoles de México. Zavala murió relativamente joven pero dejó, en su ensayo histórico, una idea liberal de la historia y de cómo escribirla, donde impera la incertidumbre de quien se sabe corresponsable del fracaso, de la impotencia. De Zavala, el hombre, sabemos poco. Generalmente se cita, para abonar a la liviandad propia de un traidor, el párrafo de Prieto en *Memorias de mis tiempos* (1906), en el que lo recuerda “rechoncho, moreno, de poblada patilla, ojos pequeños muy penetrantes, de hablar difícil y precipitado; no le gustaba dormir en

²⁶ Zavala, *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México*, 1, *op. cit.*, p. 132.

alto, y decía que lo mejor que había escrito era sin saber lo que decía y con algunas copas en el estómago”.²⁷

“Jamás”, dirá Zavala al lamentar las consecuencias del triunfo de Guerrero, su candidato,

se vio, sin embargo en la República Mexicana una época en que todas las clases de la sociedad estuviesen menos asentadas. El ejército, o mejor diré, esos batallones aislados de tropas asalariadas, no teniendo ninguna influencia, ni esperando tenerla, buscaban un partido que se las diese; las gentes sin mérito ni ocupación, creían haber llegado al tiempo de elevarse a los más altos destinos; el clero temía que la licencia, tomando mayor vuelo con la impunidad, acabase de desarraigar las pocas semillas de moral y de religión que no ha cuidado él mismo de fundar con solidez; los tribunales obraban con remisión; los escritores de folletos rompieron todos los diques del honor y de la decencia; la pobreza pública aumentaba los robos a que estimulaba la impunidad. En suma, Guerrero creyó que abandonando al pueblo a sí mismo, y manteniendo religiosamente el sistema federal, daría el ejemplo de un gobierno paternal y consolidaría las instituciones. Relajáronse todos los vínculos de la obediencia; la confusión más completa existía en todos los gremios sociales.²⁸

Sociólogo incierto, el doctor Mora, a diferencia de Zavala, ha tenido una posteridad más amable y *Méjico y sus revoluciones* (1836), su inconcluso tratado, es mejor considerado y leído que el *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, al cual rebasa en perspectiva y ambición. Lejanos están los tiempos en que Martínez, desconfiando con razón de las dotes de Mora como historiador, espigaba en sus obras, en 1950, para destacar la sequedad bienhechora de su estilo como aquélla que daba tono cultural a esas

²⁷ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, en *Obras completas*, I, prólogo de Fernando Curiel y presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, p. 92.

²⁸ Zavala, *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México*, II, *op. cit.*, p. 113.

primeras décadas, en apariencia tan desérticas de una literatura mexicana, arrimada al árbol de sus primeros historiadores. Y es que de los nacidos entre 1790 y 1800, es decir, quienes arriban a la madurez con la proclamación de la Independencia, muy pocos, como dice Martínez, son sólo literatos más o menos puros: apenas los poetas Pesado y Carpio, Castillo y Lanzas, el dramaturgo expatriado Gorostiza que regresará a México, empero, a hacer sólo política.²⁹

Comparar la prosa de Mora con la de Fernández de Lizardi nos ilustra sobre cómo acabó por morir la sentenciosa picaresca, cadáver insepulto arrojado a la vía pública por los neoclásicos. El México independiente quedaba en manos de los abogados y de los filósofos principiantes. La de El Pensador, nos lo recuerda Palti, era una prosa “repetitiva y circular” aunque “vigorosa y amena” sólo capaz de moverse, en el panfleto político, haciendo círculos en torno a una máxima al estilo de “el crimen no puede pasar por siempre sin castigo” o “no hay secreto que no sea revelado en algún momento”. En cambio, Mora, hombre de 1830, escribía sus discursos como un abogado ante el jurado, linealmente, “traslándose de manera metódica de un punto a otro; pero su prosa avanza pesadamente a través de una masa de comentarios eruditos y deducciones lógicas”.³⁰

La recuperación de Mora, desde Martínez y Arturo Arnáiz y Freg hasta Palti y Rafael Rojas, no hubiera sido posible, sin Charles A. Hale, quien en *El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853* (1968), permitió que esos primeros quince años del México independiente dejaran paulatinamente de parecer un desierto, llenándose de vergeles y hasta de oasis, uno de los cuales lo constituyen las ideas del doctor Mora, elocuente orador sagrado educado en el ex convento jesuita de San Ildefonso aunque ordenado sacerdote en 1829, sin mayor vocación pastoral, habiendo sido liberal desde los primeros días de la consumación de la Independencia.

²⁹ José Luis Martínez, “Mora. Historiador y escritor político”, introducción a José María Luis Mora, *Méjico y sus revoluciones*, edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica–Instituto Cultural Helénico, 1986.

³⁰ Palti, *La invención de la legitimidad*, *op. cit.*, pp. 85-86.

Tuvo vida de pobre y muerte de pobre, el doctor Mora, temeroso de volver a México y de ser víctima de su violencia, él, quien casi faltó a la verdad pintándolo transitando por un camino de perfección. Amigos fieles en México hicieron circo, maroma y teatro para armar al exiliado de dineros extraídos de ventas de casas y arrendamientos; instándolo a regresar, acabaron por conseguirle, en 1847, el principal puesto de nuestra diplomacia en Europa, la misión en Londres, desde donde hizo hasta lo imposible para que se escucharan los lamentos de un país en la peor de las circunstancias: agredido por la república ya más respetada del planeta, los Estados Unidos, México no gozaba de mayor crédito ante las cortes inglesa y francesa. Al final volvió, tísico, el doctor Mora a París, donde murió un 14 de julio, el de 1850. Gracias a una carta de su criada, Juana Nava, a Bernardo Couto, el gran amigo de Mora, pudo saberse en México que este cura *défroqué* había dejado a su amante inglesa con tres hijos, de los cuales sólo uno sobrevivía educándose en el catolicismo. La sirvienta se trajo a México, finalmente repatriada, un retrato del doctor Mora pintado en los tiempos de Londres y no pudiendo tolerar que se empolvase, lo lavó con jabón y estropajo. Acabó por borrarlo.³¹

Establecido en París de 1834 a 1850, excepción hecha de los tres años diplomáticos pasados en Londres, el doctor Mora se convierte en lector permanente y reflexivo del pensamiento liberal, empezando por Benjamin Constant y Jeremy Bentham. Lo han dicho Hale y Rojas: no leyó servilmente Mora, no se sintió reo de imitación extralógica. Como Alamán, el doctor Mora examina novedades teóricas y experiencias históricas que se volverán tradiciones al aquilatarse, tiempo después, la fuerza y la originalidad del liberalismo hispanoamericano.

Fue Mora, quien se exilia una vez fracasadas las reformas de Gómez Farías, “un doctrinario mexicano en la Francia de Luis Felipe”, como lo describe Rojas. Su programa federal y republicano, más

³¹ Arturo Arnáiz y Freg, prólogo a Mora, *Ensayos, ideas y retratos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964, p. xxxiv.

detallista y teórico que el de Zavala, limita la autoridad civil, garantiza los derechos al pensamiento, la palabra y la escritura, exige la autonomía del poder judicial y condena el desorden de la nueva república a principios de los años treinta, dominada por las sociedades secretas y sus panfletos, la “empleomanía” y los pronunciamientos militares. Mora aspira al límite censatario del sufragio como esencia de una sociedad laica, compuesta de ciudadanos propietarios y ajena a las corporaciones, entre las cuales destaca a la Iglesia, con sus bienes amortizados, fueros y privilegios que detesta.³²

Méjico y sus revoluciones, a diferencia del esfuerzo mitogenésico de Bustamante o de la reivindicación retórica de Zavala, se proponía ilustrar al público europeo sobre los avances de la civilización en México, en la línea del *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (1811), de Alexander von Humboldt, que traducido al español diez años después de su aparición, había sido el libro más influyente para la primera generación de mexicanos. Se propuso Mora hacer de su libro “una obra histórica, estadística y filosófica”, siguiendo el ejemplo, según Rojas, de las obras de Guizot hacia 1830: la historia como baremo de la teoría política. Da Mora un giro extraordinario, pues se propone, siguiendo el ejemplo de los doctrinarios franceses, estudiar más las ideas que los hechos. Y lo hace instituyendo una Verdad, positiva y prepositivista, sujeta a distanciarse, simétricamente, del viejo despotismo español y de la nueva demagogia republicana (en la cual hozaría, digamos, un Zavala). Según propone Palti, el doctor Mora constata algo que hubiera sido inconcebible para Mier, Fernández de Lizardi o Bustamante: entiéndase lo que se entienda por “los sentimientos de la nación” o por la opinión pública, ésta y aquellos también pueden equivocarse, embelesados los mexicanos en los disturbios, enajenados por los intereses particulares y condenados a un estado de guerra civil permanente. Pero el *error* (y el errar) en política, la suma de los

³² Rafael Rojas, “Mora en París (1834-1850). Un liberal mexicano en el exilio. Un diplomático ante la guerra”, *Historia Mexicana*, vol. LXIII, núm. 1, México, julio-septiembre de 2012.

fracasos públicos sufridos por el imberbe México, es el camino largo hacia la verdad.³³

En ese sentido, *Méjico y sus revoluciones* es un libro muy consecuente, pues es la primera oferta que del “carácter de los mexicanos” se hace al lector, estableciendo una caracterología más o menos identitaria se extenderá a lo largo del siguiente siglo y aún más. Agustín Yáñez, en la primera edición moderna del libro, también de 1950, lo hace notar. Aquello que en Fernández de Lizardi todavía late como picaresca, en el doctor Mora ya es algo más que costumbrismo. Antes que los hechos históricos —secundarios, accidentales, para Mora como lo notan de inmediato sus buenos lectores— importa saber cómo son los mexicanos, qué piensan, cuál es su apariencia.

Mora dibuja a los indios, a los militares, a los eclesiásticos y a las mujeres, buenas y honestas, se detiene en las costumbres familiares y en las fiestas, regidas por el decoro, como toda la vida social mexicana, según la presume. El objetivo, a veces propagandístico sin ningún rubor, es presentar en la opinión europea a la nueva nación como civilizada y progresista, cada día más letrada. Quienes son indignos, moralmente, son una minoría:

El carácter de los mexicanos y sus virtudes no deben pues buscarse, como lo han hecho muchos extranjeros, en las clases privilegiadas, sino en la masa de los ciudadanos; en aquellas, a pesar de los defectos inseparables de su viciosa constitución, no dejan de abundar los hombres de mérito.³⁴

El tema más delicado, en ese capítulo de *Méjico y sus revoluciones*, es, naturalmente, el indio mexicano, en el cual

las protuberancias del cerebelo a que tanta importancia dan los partidarios de Gall, son poco perceptibles: su aspecto es grave, melancólico y silencioso, y esta gravedad se hace más patente en los niños

³³ Palti, *La invención de una legitimidad*, op. cit., pp. 101-105.

³⁴ Mora, *Méjico y sus revoluciones*, II, op. cit., p. 132.

en quienes aparece entre los cuatro y los cinco años: a pesar de esta seriedad, sus maneras y modales son suaves, dulces y complacientes: acostumbrados a disimular y a hacer gran misterio de sus acciones, a causa de la gran opresión que han vivido, su semblante es siempre uniforme, y jamás se pintan en su fisonomía las pasiones que lo agitan por violentas que lleguen a ser. Tenazmente adictos a sus opiniones, usos y costumbres, jamás se consigue hacerlos variar; y esta inflexible terquedad es un obstáculo insuperable a los progresos que podrían hacer: lo mismo han sido hasta la Independencia los mejicanos que los del tiempo de Moctezuma, sus vestidos, alimentos, y hasta sus ritos y ceremonias se hallan en conformidad con los de aquella época; y si el trato bárbaro y opresivo que recibieron primero de sus antiguos sultanes y después de los conquistadores no hubieran existido, el indio no sería el mismo que es ahora y habría en su carácter muy grandes diferencias.³⁵

Ajeno a las teorías suprematistas, el doctor Mora introduce un saludable relativismo a la cuestión de los indios, desconfiando lo mismo de sus antiguos defensores, como Bartolomé de Las Casas o Vasco de Quiroga como de quienes los consideran fatalmente inferiores. Cree en buena lid liberal que “la igualdad de derechos para todas las castas y razas” decretada por la Independencia acabará por reparar “los males causados por la abyección de muchos siglos” siempre y cuando se sea paciente y tenaz pues el indio, aunque heroico por su “constancia y resignación”, la “invención no es prenda” que lo caracterice. El indio, concluye el doctor Mora,

carece por lo común de imaginación aun cuando ha llegado a adquirir cierto grado de cultura: su expresión ya sea de palabra o por escrito es muy árida y descarnada: no se advierte en sus producciones aquella abundancia y vivacidad de imágenes, aquel ornato y colorido que embellece todos los objetos dando atractivos reales y positivos aun a las cosas más triviales: ni aun con las metáforas más

³⁵ *Ibid.*, pp. 63-64.

comunes que sin sentirlo se escapan bajo la pluma a cualquier escritor, engalan las producciones del indígena.³⁶

Tras describir los trabajos y los días de los indios, “la raza bronceada”, el doctor Mora pasa, en el capítulo descriptivo de la población mexicana y de su carácter, a la población blanca, dominante en el país y en la cual tiene puestas, como es obvio, todas sus esperanzas, presentándola como distinta, más progresista que la raza peninsular de la que procede, acostumbrada —y aquí es notorio el cariz ético-protestante que los adversarios católicos del autor de *Méjico y sus revoluciones* le atribuyeron, llegando a creerlo, sin probarlo, converso al protestantismo— al esfuerzo personal. El mexicano, “cargado con todos los vicios de su educación” ha sabido hacerse a sí mismo en contra de la fortuna, de los españoles y del Estado.

Reconociendo que es pronto, dada la inestabilidad del nuevo país, para darse una “idea exacta del carácter mejicano”, Mora, exiliado en París, vende una idea optimista de sus compatriotas, cuyo carácter moral seguirá mejorando una vez que la nueva nación se aleje del despotismo. Pese a motines atroces como el de La Acordada en 1828, México ha sido ajeno al “odio, la venganza y la persecución, que en todos los pueblos del mundo han sido la consecuencia inevitable de las revoluciones” y, más aún, según dice el doctor Mora, en clave girondina-doctrinaria, el país se mantuvo ajeno al “manantial de errores y desgracias” de la Revolución francesa y ha sabido crecer alumbrado bajo la “antorcha luminosa” de la felicidad universal. La Restauración española de 1814 hizo regresar al absolutismo y a la Inquisición, el restablecimiento de la libertad en la Península, seguido por la Independencia, logró “romper las cadenas que habían aprisionado las facultades mentales de los mejicanos”.³⁷

Menos que una descripción de la realidad, el México de Mora plasma un sueño y habría sido baladí de no ser la ensoñación de un reformista insistente y creativo, exiliado preocupado en propagar

³⁶ *Ibid.*, p. 70.

³⁷ *Ibid.*, pp. 86-87.

su propia obra y la de otros gracias a una librería mexicanista, la de los Rosa, editando sus *Obras sueltas* (1837), las fábulas del ecuatoriano Rafael García Guyena y la *Colección de poesías mejicanas* (1836), compilada por su amigo José Bernardo Couto. A pesar de ser la primera en su género, diez años anterior a la del crítico argentino Juan María Gutiérrez, decepciona, como aquélla, por ser más patriótica que poética, lo cual es lógico por ser este último un crítico más cercano al nacionalismo de Altamirano, en los tardíos años sesenta del XIX, que al cosmopolitismo de Heredia, más propio del espíritu de 1830. Así lo destacó Prieto en su reseña de 1849, aparecida en *El Álbum Mexicano*, de la antología sureña de Gutiérrez. Hubiera podido decir lo mismo de la antología editada por el doctor Mora en París: “Hojeando la *América poética*, se puede percibir hasta qué punto es influyente la marcha de los sucesos políticos en la literatura; hasta qué punto esa generación, hija de la gloria y del infortunio, adoptó intenciones sociales hasta en los ensueños de la imaginación”.³⁸

Si no destacó por su gusto poético, tampoco destacó el padre de la sociología mexicana por otros méritos literarios. Le han hecho fama hechiza, también, al doctor Mora, de gran retratista. No lo fue adrede: de *Méjico y sus revoluciones* Arturo Arnáiz y Freg, en 1964, sacó retratos y los editó aislados; la limpidez del estilo y la claridad mental de Mora los hacen parecer autónomos y algunos están entre las mejores páginas de este moralista liberal, para quien Hidalgo, cuya mitificación por Fernández de Lizardi en 1827 se convertirá en dogma de fe, por ejemplo, fue “ligero hasta lo sumo, se abandonó enteramente a las circunstancias, sin extender su vista ni sus designios más allá de lo que tenía que hacer al día siguiente”. En cuanto a Calleja, coincide con Bustamante sin necesidad de hacer aún más azufrosa la memoria de ese general frío, cruel y ambicioso.

³⁸ Prieto, “*América poética*, colección escogida de composiciones en verso, escrita por americanos en el presente siglo”, en *Obras completas*, xxvii. *Instrucción pública. Crítica literaria. Ensayos*, prólogo de Anne Staples, composición, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, p. 298.

Mayor colorido tiene su retrato de Morelos, ese gran intuitivo, cuyas prendas morales

eran superiores a todas las otras; amante del bien público y de su patria, hizo cuanto creyó que podía conducir a su prosperidad y su grandeza, muchas veces se equivocó en los medios pero jamás sus errores provinieron del deseo de su propio engrandecimiento, pues aun en el puesto en que lo elevaron sus victorias, fue extraordinariamente modesto, desdeñando todas las condecoraciones y títulos, y no tomando para sí que el de siervo de la nación; su firmeza de alma y lo impasible y sereno de su carácter fueron cualidades que lo acompañaron hasta el sepulcro.³⁹

De *Méjico y sus revoluciones*, junto con algunos otros pocos textos y discursos, pueden sacarse retratos históricos y morales, sentencias educativas, crónicas de costumbres, resúmenes históricos (su versión de la Conquista extracta sólo a Cortés y a Bernal Díaz del Castillo) y estadísticas (no las suficientes y por eso nunca salió el tomo que le falta a la obra), donde ejerce el doctor Mora varios géneros sin destacar expresamente en ninguno. Las partes son poca cosa vistas aisladas —insisto: ni historiador de raza ni teórico original aunque prosista correcto—, pero el conjunto lo vuelve una montaña que modifica el paisaje mexicano. No se puede cruzar sin escalarlo y ver, desde su altura no desdeñable, mucho de lo oculto en las selvas de Bustamante, quien *todavía* es barroco o, si se quiere, gerundiano, y de Zavala, quien *todavía* es un ilustrado, mientras que el doctor Mora es el primero, entre los nuestros en ser plenamente decimonónico y en serlo desde Europa donde infructuosamente trató de entrevistarse con su admirado Guizot, decepción que le fue recompensada con la amistad, en el otro lado del canal, de lord Palmerston, primer ministro de la reina Victoria.

Este liberal antimonárquico tuvo, además, la virtud de no ser un fanático: juzgó —dice Rojas— la revolución de 1848 en términos

³⁹ Mora, *Ensayos, ideas y retratos*, *op. cit.*, pp. 141-148.

similares a los de Alexis de Tocqueville, quizá el autor que le faltó leer a profundidad. Empecinado hasta la ingenuidad en hacer de México una república moderna, siguió, con ese derrotero, los vaivenes ingleses y franceses, y al final de su vida, acaso concedió, acercándose a los católicos y gracias a su amigo José María Gutiérrez Estrada, que una monarquía temperada podría ser la solución liberal para México. A los mesurados, Mora los colma. Encuentran pura savia en su amor al conocimiento y una moralidad secular en su modestia. En cambio, Mora, a los exaltados, les sabe a poco. Véase si no lo que escribía Fidel —el seudónimo histórico de Prieto desde su juventud— en sus “Apuntes de Fidel en un viaje a Zacatecas en agosto de 1842”, quejoso, también, de su superficialidad y de su distancia vista por un liberal de la siguiente generación:

Cuán difícil sería comunicar intereses y novedad, a un viaje escrito por el interior de la república: en lo científico, por la carencia de una geografía nacional; en lo histórico, por la falta de un escritor verdaderamente juicioso y concienzudo. Don José María Mora, parece dotado de las inminentes cualidades que se requieren para escribir con provecho la historia; posee una lógica severa; escribe con corrección y valentía, y muchas veces la elocuencia guía su pluma, y un espíritu filosófico anima sus páginas. Pero el conato de parecer imparcial, lo vuelve injusto y detractor de los primeros caudillos: el temor al ridículo, refiriendo algunos pormenores históricos, lo hace mutilar varios episodios interesantes y heroicos, que son las lecciones de la juventud, la vida de la historia, las páginas de luz de nuestros hechos gloriosos. Escribe con su cabeza frecuentemente, excluyendo a su corazón: escribe el sabio sin sus simpatías y su ternura patriótica. Se recuerda a sí mismo, como lo hacen Zavala y Bustamante, y en aquel tribunal son incompetentes para juzgarse. La geografía estropea generalmente a México y sus revoluciones, y como era de esperarse, el escritor contemporáneo juzga de los hombres y de las cosas desde el punto de vista en que lo colocaron circunstancias accidentales. A pesar de esta opinión

rápida, y tal vez aventurada, a Mora es al historiador a quien de preferencia consultaría, si tratase de referir los sucesos del país.⁴⁰

Es natural que Prieto, quien acabaría por escribir unas oficiales y hagiográficas *Lecciones de historia patria* (1886) para los estudiantes del Colegio Militar, encontrase seco e irrespetuoso el trato de Mora con los héroes, lamentando en la siguiente página de esa crónica de viaje, que careciésemos del lirismo de los Dumas, de los Chateaubriand, de los Lamartine, de los Jules Janin. Pero Mora arremetía, justamente, contra la versión tardobarroca y criolla de ese lirismo, contra el galimatías bustamantino, *Méjico y sus revoluciones* intenta desmistificar todo aquello que Bustamante mistifica y no se puede sino volver al padre fundador para ajustar, por penúltima vez, el juicio de sus críticos a la verdad. Indiferente al pesimismo del político, el que hace constar Zavala, y al optimismo del teórico, el de Mora, el terco Bustamante sigue tejiendo mitos. En 1835 y 1836 publica *Mañanas en la Alameda de México*, en las cuales una mexicana, doña Margarita, dialoga sobre la antigua historia de México con un matrimonio inglés. Serán treinta y cuatro mañanas en el principal parque de la Ciudad de México en el cual esta Sherezada matutina narra la grandeza mexicana.

Bustamante, en este libro, lee, glosa y fabula. Consciente de la dificultad de escribir diálogos históricos, recurre a los cronistas de Indias, cita a Volney y a Chateaubriand como testigos de las civilizaciones arruinadas, recuerda a los indios que superaron con holgura el centenar de años, cita la disertación de fray Servando sobre santo Tomás en América y establece, definitivamente, la continuidad entre los ejércitos de la Triple Alianza de Tenochtitlán, Texcoco y Tlacopan, y las victorias de Morelos, el siervo de la nación... Con *Mañanas en la Alameda de México*, Bustamante lleva a cabo una suerte de corte de caja frente a la competencia crítica e histo-

⁴⁰ Guillermo Prieto, "Apuntes de Fidel en un viaje a Zacatecas en agosto de 1842", en *Crónica de viajes*, 2, compilación y notas de Boris Rosen Jélomer, en *Obras completas*, v, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, p. 47.

riográfica que significaban para él las obras de Zavala y Mora. Como ellos, considera la Independencia una fatalidad histórica que no podría haber sido evitada, pero admite, entristecido y utilizando la voz femenina de doña Margarita, que “cuando tiendo la vista sobre las escenas de horror que he presenciado desde el año de 1810 hasta el presente; cuando reflexiono sobre lo mucho que hemos perdido, sobre lo bien que podríamos hoy estar y el estado de miseria a que nos ha reducido nuestra falta de juicio, quiero perder el poco que me ha quedado”. De inmediato, “el otro” Bustamante toma la palabra y abre un asterisco donde se dice:

Espera el editor que por lo dicho no se entienda que desapueba la guerra que se ha sostenido por causa de la Independencia, sino el modo en que se hizo y abortó el pronunciamiento del cura Hidalgo en Dolores; fue una guerra justa, y necesaria en que los americanos obraron agredidos, y no fueron agresores.⁴¹

La contribución esencial de *Mañanas en la Alameda de México* fue la de acabar por fijar, pese a los sinsabores políticos del México independentista y republicano, la admirable perfección encontrada por Bustamante en el México gentil y para ello, tras condenar como católico los sacrificios humanos de los aztecas, establece la leyenda piadosa del rey poeta Netzahualcóyotl (1402-1472). Este otro rey David que gobernó Texcoco rechazando las tinieblas de la “religión bárbara y sanguinaria” que compartían todos los antiguos mexicanos, es, para Bustamante, “la pequeña luz que alumbraría al pueblo texcocano, y prepararía su corazón y los ojos del entendimiento, para que a vueltas de un siglo recibiese el evangelio”.⁴²

Al reproducir un “Canto a Netzahualcóyotl” de los que en manuscrito legó don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl en su *Historia chi-*

⁴¹ Carlos María de Bustamante, *Mañanas en la Alameda de México*, I, ed. facsimilar, prólogo de J. Zoraida Vázquez, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia–Instituto Nacional de Bellas Artes, 1986, pp. 286-287.

⁴² Bustamante, *Mañanas en la Alameda de México*, II, *op. cit.*, pp. 44-43.

chimeca, a mediados del siglo xvii, Bustamante en mucho contribuye a afianzar el celo aztequista de la poesía mexicana, que comienza muy cerca del romanticismo con “En el Teocalli de Cholula”, de Heredia, y prosigue con un dizque clasicismo, el de Pesado, con sus supuestas raíces en los cantares mexicanos, junto a la importante “Profecía de Guatimoc”, de Ignacio Rodríguez Galván.⁴³

Bustamante concluye con el ciclo emprendido por el doctor Mier cuarenta años atrás, cuando identificó a Quetzalcóatl con santo Tomás apóstol, insistiendo en que

México puede gloriarse como Roma con su Marte, con su terrible Huitzilopuchtli de haberse enseñoreado de todas las naciones de este continente, y de haberles hecho pagar muy caro el alto desprecio con que trataron a sus fundadores, cuando imploraron por gracia un asilo para sus familias. En efecto, del fondo del lago donde habitaron los primeros mexicanos, de los carrizales y espadañas, salieron legiones de soldados valientes, sabios legisladores y monarcas justos que en pocos años avasallaron a los príncipes más orgullosos de este continente... Verdad terrible, pero verdad que nadie osará desmentir... (*Téngala presente los que nos insultan y provocan hoy en Texas, quizás probarán sus efectos*).⁴⁴

Párrafos como éste, incluida la referencia amenazadora a la secesión de Texas, en 1836, ejemplifican las certidumbres bustamantinas: las guerras civiles, como las que él, Zavala y Mora protagonizaron, narraron e interpretaron, son acontecimientos oscuros, fenoménicos que no alteran el basamento clásico de la antigua gentilidad sobre la que se ha levantado la República, que tiene, a la vez romana y hebrea, a sus Martes y a sus Davides. Precisamente por postular una antigüedad moderna, Bustamante, a diferencia del liberal Mora, no está interesado en los indios del presente.

⁴³ José Luis Martínez, *Nezahualcóyotl, Vida y obra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, p. 154.

⁴⁴ Bustamante, *Mañanas en la Alameda de México*, II, *op. cit.*, p. 18.

Insuflado por lo veterotestamentario y sólido en su cultura latina (lo griego está ausente en los novohispanos nacidos en el XVIII hasta que no llegan los poemas de asunto neohelénico de Heredia después de 1820), Bustamante parece un antiguo cuando en realidad es un primitivo y el primitivismo suele ser una osadía de modernos. Quien prosificó en castellano los cuatro primeros libros de la *Eneida* en 1830, convirtió a los aztecas en actores heroicos de la recién nacida conciencia mexicana.

Merece la pena reproducir el comentario entero de Henríquez Ureña sobre esta versión de Bustamante:

No es de creer que el fecundo escritor político hubiera olvidado el latín: consta que su educación fue variada, como correspondía a un bachiller en artes y licenciado en derecho; además, el escrupuloso García Icazbalceta cita hasta el nombre del profesor de gramática latina que tuvo Bustamante, y menciona el hecho de que éste se hizo simpático al virrey Azanza por una inscripción en latín. ¿Cómo pues, al dar una versión de cuatro libros de la *Eneida*, para uso de escolares, a fin de facilitarles la inteligencia del texto virgiliano, declara Bustamante haberse servido de la versión francesa de Leblond, y sólo se le ocurre pedirle perdón por no saber bastante francés? Sólo cabe suponer que las múltiples actividades que absorbieron su tiempo desde su juventud le hicieron abandonar durante treinta años la práctica de la lengua sabia, y que en 1830 le era más fácil traducir la prosa francesa que el verso latino. Claro es que esta versión para escolares, hecha durante un receso de labores legislativas, apenas puede ser tomada en cuenta como trabajo literario: toda ella es infiel y redundante, plagada de errores fáciles de comprobar. De cuando en cuando aparecen intercalados y subrayados pasajes de la traducción en prosa del padre Moya que fue malamente atribuida a fray Luis de León, y de la versificada, *ad usum Delphinis*, de Iriarte. Pero nunca es vano el trato con los grandes maestros; y Bustamante, de suyo escritor incorrecto y desordenado, aunque pintoresco y con sus puntas de imitador de Cervantes, logra en esta versión cierta dignidad de estilo que, si todavía queda

muy lejos de Virgilio, está por encima de la forma usual en el autor del *Cuadro histórico de la revolución mexicana*. Hay en ella, sobre todo, un vago sabor arcaico que hace agradable la prosa considerada en sí misma.⁴⁵

Al invocarlos, traerlos hacia el presente independentista los convierte en contemporáneos: primeros mexicanos por partida doble, por ser los pobladores originarios y por ser la sombra de cada nuevo mexicano que desde 1820 va despertándose sediento de nación. Así, en el *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana* y en las *Mañanas en la Alameda de México*, Bustamante convierte, a los Netzahualcóyotl pero también a la entera casa real que recibió a los españoles en 1519, en modernos. Un romántico, aún en agraz, como Bustamante, hace modernos a los antiguos e impone a los aztecas, a lo largo del siglo xx y del xix como compañeros en la vida de la ciudad. Sin ellos no se podrá hacer ni historia ni literatura en el México independiente, y por ello Bustamante toma partido, sin asomo de duda, por los modernos, “porque saben más que los antiguos porque están sobre ellos, los llaman a juicio, los analizan y pronuncian su fallo sobre sus escritos”.⁴⁶

No resisto la tentación de repetir la anécdota que sobre Bustamante contó González Obregón, que pinta entero al autor del *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*. En un cumpleaños del historiador lo fue a felicitar el instruido general santanista José María Tornel, amigo o enemigo según las mudanzas políticas, quien le llevó como regalo un pedazo viejo de madera grabado con un jeroglífico muy extraño. Tornel se fingió ignorante de lo que se traía entre manos y dijo que a lo mejor la reliquia provenía del cetro de Netzahualcóyotl, el antiguo rey poeta de Texcoco. Bustamante aceptó como válida, de inmediato, esa hipótesis y empezó a descifrar los jeroglíficos que la acreditaban. Todo resultó ser —la antigualla jun-

⁴⁵ Pedro Henríquez Ureña, “Traducciones y paráfrasis de la literatura mexicana en la época de la Independencia [1800-1821]” (1913), en *Estudios mexicanos*, *op. cit.*, pp. 196-197.

⁴⁶ Bustamante, *Mañanas en la Alameda de México*, II, *op. cit.*, p. xxv.

to con la historieta— una broma que Tornel hizo pública días después para dejar asentada, burlándose de él, la falsa erudición de Bustamante, sin la cual, yo agrego, México hubiera carecido, al nacer como república independiente, de una antigüedad moderna, sin la cual no hay nación ni romanticismo que valgan.⁴⁷

⁴⁷ Castelán Rueda, *La fuerza de la palabra impresa, op. cit.*, p. 365.

V
EL FIN DE LA INNOVACIÓN RETRÓGRADA

Servir a la propia época no es una servidumbre
que resulte ultrajante.

GOETHE, *Poesía y verdad*, XII (1811-1833)

1. EN LO ALTO DE LA PIRÁMIDE,
EL JOVEN HEREDIA...

Si José María Heredia (1803-1839), cubano y mexicano, fue el primero de los románticos o el último de los neoclásicos, es cosa que ya resolvió otro de su estirpe, José Lezama Lima, quien vio por el ojo de la cerradura a un Heredia genialmente indeciso entre una y otra cosa. Tuvo su propia manera de vivir ese encantamiento. Empezamos por el mar al cual le temía este poeta de fama huracanada. Prefería y los fundó como motivos inolvidables de su poesía, el templo de los dioses expulsados, las grandes caídas de agua, las cumbres nevadas. Empero, si se revive la sobreposición de la imagen clásica del mar Mediterráneo como mar-placenta y mar-comadrona, ninguno como Heredia, el desterrado en permanencia, logró hacer del mar Caribe un horizonte que uniese en una sola y a la postre fallida nación literaria a La Habana con la Florida, a Veracruz con Caracas, a México más allá de México con Nueva York.

Hijo de emigrados provenientes de la vecina isla de Santo Domingo (de José Francisco de Heredia y Mieses y de María de las Mercedes Campuzano), de padres que jugarán un papel decisivo en la vida del poeta, Heredia hizo de la emulación del liberalismo de su padre, historiador aficionado, la medida de sus ideas hasta la

ruptura, y fue el deseo de ver a su madre antes de morir “la causa suficiente” que desencadenó su supuesta traición al arrepentirse de sus ideas independentistas y pedir, con esa contrición como pasaporte, la venia del capitán general español para visitar, durante tres meses desdichados y agónicos, su isla natal.

Mientras que fray Servando o el periodista Fernández de Lizardi o el historiador Bustamante se empeñan en presentarse como nativos de un desierto, crecidos a pan y agua en la Nueva España, ufanándose de no ser hijos de nadie, en Heredia todo es filiación y ternuras: no en balde se sintió en familia el primer poeta y crítico hispanoamericano que pretendió vivir en calidad de ciudadano de la literatura mundial. A diferencia del fraile Navarrete, cuya Arcadia no es de este mundo, Heredia llenó el mapa, el geográfico y el simbólico, de lugares visitados con frecuencia en el pasado y en su presente: México-Tenochtitlán, las cataratas del Niágara, el Nevado de Toluca, las mansiones destruidas de Santiago de Cuba, la imaginaria República de Tlaxcala. Este itinerario no encontró quién lo exaltaré hasta que llegó José Martí, su heredero natural, para declarar, en 1889, que a Heredia sólo le faltó escribir la estrofa final —la independencia cubana— de “la justicia final y terrible de la independencia de América”.¹

Nació Heredia el último día de 1803 en Santiago de Cuba. A sus seis años, su padre, “juez de bienes de difuntos y receptor de penas de Cámara” fue enviado, vía La Habana, desde Santiago de Cuba hasta Pensacola, como asesor de aquella intendencia. Los ingleses se apoderaron del barco camino de la Florida, en acción de piratería que se grabará en un poeta que será admirador de Byron y de su corsario. En 1810, ida y vuelta, los Heredia ya están de regreso en la isla. No por mucho tiempo, sólo los meses que van de febrero a junio, pues don José Francisco de Heredia (1776-1820) es nombrado oidor en la Audiencia de Caracas. Finalmente la fa-

¹ José Martí, “Heredia”. Discurso pronunciado en Hardman Hall, Nueva York, el 30 de noviembre de 1889, en *Obras completas*, 5, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales–Instituto Cubano del Libro, 1975, p. 175.

milia no llega completa a Venezuela. Obligados por el mal tiempo a detenerse en Santo Domingo, allí se queda doña María de las Mercedes con sus hijos.²

La instrucción literaria del niño Heredia, que ya lee el francés, continúa con preceptores dominicanos hasta que la familia se establece en Coro, Venezuela. Don José Francisco, en perpetua comisión lejos de casa, instruye a su esposa sobre las lecturas de José María con la intención de:

que repase la doctrina una vez a la semana, y el *Arte poética* de Horacio que le hice escribir, y de Virgilio un pedazo todos los días y los tiempos y reglas del Arte, para ponerlo a estudiar derecho cuando venga aquí, y darle su reloj si lo mereciese con su obediencia y buena conducta en este tiempo [...] el tomo de Montesquieu que dice José María, es mío, pero recógelo, y no lo dejes leer, y cuida de que repase la doctrina.³

Sobre su precocidad Martí escribió líneas enfáticas, como aquellas que dicen que su padre “con la toga del juez abrigaba de la fiebre del genio, a aquel hijo precoz [...] De Lucrecio era por la mañana la lección de don José Francisco, y por la noche de Humboldt. El padre y sus amigos de sobremesa, dejaban, estupefactos, caer el libro. ¿Quién era aquél, que lo traía todo en sí? Niño, ¿has sido rey, has sido Ossian, has sido Bruto? Era como si viese el niño batallas de estrellas, porque le lucían en el rostro los resplandores”.⁴

En los lares venezolanos, según contó el propio poeta, se hará de su sensibilidad y uno de sus primeros poemas, “Las ruinas de Maiquetía”, fue redactado en ese sitio, a fines de 1815 o principios de

² Sigo la cronología establecida por Ángel Augier en José María Heredia, *Niágara y otros textos (poesía y prosa selectas)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, pp. 267-276.

³ Emilio Valdés y de la Torre, *Antología herediana*, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1939, pp. xvii-xviii.

⁴ Martí, “Heredia”, en *Obras completas*, 5, op. cit., pp. 166-167.

1816. Heredia ya habría leído en ese entonces *Las ruinas de Palmira* (1791), aquéllas ante las que el conde de Volney, al calor de la Revolución francesa, se encontró con esa “ciudad de las palmeras” donde la reina Zenobia vio destruido su reino por los romanos en el año nuestro de 272. La naturaleza también se unirá con la historia, en el estro del joven Heredia, gracias al terremoto del jueves santo de 1812 en Caracas, aquel que los clérigos realistas presentaron como castigo divino por la insurrección y motivó la tronante frase de Bolívar, alegando que “si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca”.

El poema de Heredia parece un epigrama funerario griego labrado en piedra:

Pasajero, cualquiera que seas
Que a Maiquetía veas,
No pongas tu atención, no tu cuidado
En este lugar triste y arruinado,
Ni en sus frontispicios,
Restos de sus caídos edificios,
Que antes fueron hermosos y habitados,
Y ahora derribados
Sirven de madriguera
Al sapo horrible, a la culebra fiera.⁵

Al gusto neoclásico por lo ruinoso se agregará “el fanatismo de las ideas revolucionarias” que Heredia sintió desde la niñez, lamentado por Menéndez Pelayo y festejado por Cintio Vitier, el hagiógrafo de la poesía cubana, como el nacimiento, con su compatriota, de “un nuevo mito, el de la libertad”.⁶ En ese sentido, aunque menos exaltado, se pronunció Henríquez Ureña en 1945 diciendo

⁵ *Ibid.*, p. 159.

⁶ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, 1, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948, pp. 225-226; Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*, Santa Clara, Universal Central de Las Villas, 1958, p. 60.

que Heredia: “Es el poeta del fracaso, de la rebelión sofocada; en el mejor de los casos, el desdichado profeta de la libertad, el autor de los versos que habían de repetir sus compatriotas durante sesenta años para animarse al esfuerzo y al sacrificio”.⁷

Ya en 1813 los Heredia han de huir “a lomo de mula” de las tropas de Bolívar, refugiándose en Puerto Cabello. Con la encomienda peligrosa de establecer la Audiencia de Caracas una vez derrotado el general Miranda, tras el terremoto, donde finalmente se establece la familia entre 1816 y 1817 el magistrado Heredia va y viene. En el ínterin, José María recibe de la Universidad de Santa Rosa de Lima, pero en Caracas, su certificado de Gramática Latina.

A fines de 1817, nuevo viaje. De Puerto Cabello a La Habana, desde donde don José Francisco deberá dirigirse a la Ciudad de México, nombrado alcalde del crimen de la Audiencia, en la capital del virreinato de la Nueva España, en lo que será su más alto puesto y también el último. La familia, una vez más, se queda en el camino y hasta abril de 1819 residirán en La Habana. Ya se acostumbró en ese entonces Heredia a escribir versos para despedirse, a bordo, de los puertos y de los amores que se van sucediendo en esa “vida tan corta, errante e infeliz como fue la suya”.⁸

En Cuba estudia leyes, escribe o copia una primera obra de teatro, se enamora y encuentra a su mejor amigo (y según algunos, como el novelista Leonardo Padura en *La novela de mi vida*, su mejor enemigo, también), el poeta Domingo del Monte (1804-1853) con quien Heredia hará, cuando regrese a La Habana en 1821, sus primeras armas literarias, casi románticas, con la *Biblioteca de Damas*, su periódico inaugural. Pero es en México, el país donde vivió dieciocho del total de “sus escasos 36 años de vida”, donde se hizo poeta, llegando a Veracruz en *El Argos* el 9 de abril y a la capital el 9 de junio, instalándose en el número 9 de la Segun-

⁷ Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, p. 110.

⁸ Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, 1, *op. cit.*, p. 234.

da Calle de Monterilla, cerca de la catedral, siendo virrey entonces Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito.⁹

Se matricula Heredia, para repetir el primer año de leyes ya cursado en La Habana, el 21 de junio en la universidad mexicana. Hace sus pininos como periodista en el *Noticioso general*, traduce del francés las fábulas de Florián y el *Pirro*, de Crébillon padre, versiones que van a dar a sus primeras compilaciones, aunque su primera edición cierta, en libro, será *Poesías de José María Heredia*, publicados en Nueva York en 1825, edición que le acarreará el elogio, un poquitín envenenado, de Andrés Bello, quien en esas poesías encontró, haciendo uso de su heterodoxa ortografía, una “misanropía, i en que nos parece percibir cierto sabor al jenio i estilo de lord Byron”. Y Bello se quejó, en ánimo neoclásico, de que Heredia usase en sus poemas “epítetos sacados de la metafísica del arte” como “carne *mórbida*”, “perspectiva *pintoresca*”, “detalle *elegante*”.¹⁰

Pero la muerte, tuberculoso, de ese funcionario agotado por el ajetreo entre mares y montes que fue su padre, el 31 de octubre de 1820, puso fin a la primera estancia mexicana de Heredia. Alcanzó el padre, autor de unas *Memorias de las revoluciones de Venezuela* (publicadas hasta 1895), a leer las opiniones exaltadas de su hijo. A Bello, el único bardo americano que, según Menéndez Pelayo, fue superior a Heredia, le tocó honrar la íntegra memoria del padre del poeta, adversario de la Independencia.

En febrero de 1821, Heredia está de regreso en La Habana donde, libre de la tutela de un padre que lo sujetaba al liberalismo peninsular, Heredia, quien había sido de los jóvenes entusiasmados por el restablecimiento de la Constitución de Cádiz, al grado

⁹ Alejandro González Acosta, “Heredia: el primer romántico hispanoamericano”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, III. *Galería de escritores*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 107-108.

¹⁰ Andrés Bello, “Juicio sobre las poesías de J.M. Heredia”, reproducido por Manuel García Garófalo y Mesa en *Vida de José María de Heredia en México, 1825-1839*, México, Botas, 1945, pp. 257-258.

de escribir un himno, se vuelve muy pronto un independentista militante que execrará, como toda su generación y medio orbe, a Fernando VII.

Así, como “poeta comprometido” a Heredia le tocará ser menospreciado, desde su atalaya de “crítico imperial” por Menéndez Pelayo, porque reúne su *Antología de poetas hispano-americanos* pocos años antes de la separación de Cuba, y en la edición de 1910 se disculpará con el crítico cubano Enrique Pineyro por haber omitido, por obvias razones políticas, al poeta civil, de su crestomatía. En cambio, para el nacionalismo cubano, en sus vertientes martinianas y marxistas, a partir de “La estrella de Cuba” (1823), Heredia recibe trato de lectura sagrada. Lo que en Martí es “lo herédico” en Vitier, en la víspera de la Revolución de 1959, será “cubanía”. Y su “traición” de 1836 se torna más dramática gracias a la muerte en combate del divinizado Martí, en 1895, que exhibe la debilidad de su antecesor, lo poco semihéroe que es, Heredia, un San Juan Bautista flaqueando en la última hora.

Pero el desdén marcelinesco es más para la poesía de propaganda en general que para Heredia en particular, a quien admiraba muchísimo. Tras catalogarlo como “el poeta americano más conocido en Europa” en las vísperas del modernismo que es hasta donde llega, como hemos visto, la capacidad de comprensión de Menéndez Pelayo, Heredia es, con Bello, su preferido entre todos los poetas hispanoamericanos. También desdeñaba don Marcelino, en Heredia, al poeta erótico, tentando a la paradoja al decir “que quizá Heredia amó demasiado para ser un buen poeta amatorio”, punto en el cual, más sensible al romanticismo (y al erotismo, por cierto), Martí, me parece, subraya lo esencial en el Heredia elegíaco. Sí, fue un poeta aburrido de las Lesbias y de los Filenos a los que acudía por inercia hasta que se atrevió a decir “pañuelo en verso, antes que de Vigny”: “Ennoblecen con su magna poesía lo más pueril del amor y lo más dulce: el darse y quitarse y volverse a dar las manos, el no tener qué decirse, el decirselo todo de repente”.¹¹

¹¹ Martí, “Heredia”, en *Obras completas*, 5, *op. cit.*, p. 174.

Para Martí, a Heredia sólo con Safo se le “puede comparar, porque sólo ella tuvo su desorden y su ardor. Deja de un giro incompletos, con dignidad y efectos grandes, los versos de esos dolores que no se deben profanar hablando de ellos. De una nota sentida saca más efecto que de una sentencia ostentosa”.¹² Eso dice refiriéndose a los versos platónicos —tan del gusto de Martí por encontrarlos propios del “campesino floreador”— dedicados por Heredia a sus novias de pueblo, en su tránsito hacia su precoz madurez, en que deja de usar las formas más caras al neoclasicismo, la oda anacreóntica, el romance y la letrilla a favor de la silva, menos rígida.¹³

Lezama Lima es más sensible ante esa metamorfosis:

A través de este ojo de la cerradura, vemos al romántico cubano, a un José María Heredia, al lado de su paisaje. Cuando le llega el momento de soltar su yo de romántico, su diálogo con el paisaje circunstancial es indeciso. El paisaje que entreabre en el Eros de su adolescencia, cuando se atormenta con las Belisas y las Lesbias de sus primeros poemas, no logra situarlo a la altura de esa liberación de su yo confesional.¹⁴

Al insular y sofocante Vitier, en cambio, le emociona más ver aparecer en Heredia a una novedad, pues la mujer amada, para el poeta desterrado, se convierte en imagen de la patria. En *Jicoténcal* (1826), la novela de la que Heredia probablemente fue autor, la india Teutila, suicida, concentra todas las virtudes no digamos de la patria, sino de la patria, para decirlo con Miguel de Unamuno y con Luis González y González.

En su *Historia de la poesía hispanoamericana*, Menéndez Pelayo resume así lo que piensa de Heredia:

¹² *Ibid.*, p. 179.

¹³ Tilmann Altenberg, *Melancolía en la poesía de José María Heredia*, Madrid, Vervuert Iberoamericana, 2001, p. 187.

¹⁴ José Lezama Lima, *La cantidad hechizada* (1970), en *Obras completas*, II. *Ensayos y cuentos*, México, Aguilar, pp. 950-951.

Heredia es, ante todo, poeta de sentimiento melancólico y de exaltación imaginativa, combinada con un modo propio y peculiar suyo de ver y sentir la naturaleza. En este punto no tiene rival en América; pero, como cantor de la independencia americana va después de otros y cuando se lee, por ejemplo, su oda a Bolívar, y se coteja con la de Olmedo, no puede haber duda sobre el diverso temperamento de ambos poetas, nacidos, el uno, para la oda heroica, y el otro, para la elegía.

La originalidad de Heredia es indudable, pero no resalta de un modo vigoroso, sino en dos de sus composiciones: *El Niágara* y *El Teocalli de Cholula*. La opinión general, que no trato de contradecir, pone sobre todas la primera; y ¿a quién no asombra, en efecto, aquella elevación gradual y majestuosa con que el poeta se levanta desde la esfera de la contemplación física hasta la intuición del total destino humano y del particular suyo; y cómo, desde la revelación de Dios en las maravillas de la naturaleza, desciende a las agitaciones y flaquezas de la conciencia propia? ¿Cómo no reconocer el arte soberano, la divina condensación lírica con que acierta a congregar, en tan breve espacio, un cuadro descriptivo en que nada falta ni nada sobra de cuanto puede tener expresión y alma en el estupendo fenómeno que se nos pone delante de los ojos; una meditación moral altísima y serena contrastando con la eferescencia de los versos anteriores, que parecen remedar el bullir y el estrépito de la ingente catarata; y una suave y lánguida tristeza que templada la austeridad del conjunto y no permite olvidar al hombre en el pensador y en el poeta?¹⁵

Pero es una amplia nota a pie de página, donde Menéndez Pelayo decide detenerse en el arduo problema de “la semejanza” entre “Niágara” y el epílogo de *Atala* (1802), de Chateaubriand, novela que fue impresa en su traducción al español al menos quince veces durante el primer cuarto del siglo XIX. *Atala*, ya se sabe, es una

¹⁵ Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, I, *op. cit.*, pp. 231n-232n.

india cuya conversión al cristianismo sólo se conoce tras su suicidio, habiéndose negado a casarse con Chactas, el prisionero de guerra de la tribu rival al que ella ha salvado de la muerte. El drama, narrado por un Chactas ya viejo al aventurero René, trasunto de Chateaubriand, tiene como epílogo una estampa de las cataratas del Niágara.

Compara don Marcelino una traducción, la de 1854, de la descripción chateaubrianesca de las cataratas con la silva de Heredia, semejantes aunque no iguales. Y concluye desautorizando a Chateaubriand, quien pese a su genio, “era un personaje artificial, pedante y vano, que gustaba de construir su vida a espaldas de la verdad, y no tenía reparo en atribuirse aventuras y viajes fantásticos, en todo lo cual llegaba a creer por una especie de autosugestión. Acasó visitó el Niágara”.¹⁶

En tiempos de don Marcelino ya se sabía que el viaje norteamericano de Chateaubriand (incluido su supuesto encuentro con el general Washington) del cual salieron *Atala* y otros de sus libros, como *Les Natchez* y *René* mismo, había sido en cierta medida ficticio, dato que Menéndez Pelayo utiliza para darle crédito a Heredia, quien fue, al contrario que el vizconde bretón, “la sinceridad misma, como lo han sido en general, dicho sea en honra suya, todos los grandes poetas y artistas españoles”.¹⁷

Es decir: para Menéndez Pelayo, pese a su herejía separatista, Heredia fue español por la pertenencia de Cuba al Imperio, pero también por la índole recia de su moralidad de poeta y artista. Su presencia ante la gran catarata lo ratifica como aquel que vio “con sus propios ojos y no con los ajenos, y la sintió con emoción lírica, profunda, religiosa, que llega al alma más que toda la pompa descriptiva de Chateaubriand”. Lo que está peleando don Marcelino a la desesperada —y por ello me he detenido en el asunto— es librar a Heredia de un romanticismo que, sin consumirlo del todo, dejó tocado, para la incomodidad del crítico, al cuba-

¹⁶ *Ibid.*, p. 242n.

¹⁷ *Idem.*

no. Lo plenamente romántico, para Menéndez Pelayo, es propio de un mentiroso genial, como Chateaubriand, el pomposo. Como otros conservadores (Charles Maurras fue el más alaraquiento en ese coro), el santanderino no le perdona al vizconde el haber inficionado a su propia tradición con el veneno de la mentira romántica.

Pero el aire de familia entre el epílogo de *Atala* y el poema herediano es tal, que Menéndez Pelayo no puede sino cerrar el párrafo justificando a Heredia porque “fascinado por el recuerdo de la última página de *Atala*, pidió colores a la paleta de su predecesor, mucho más rica y varia que la suya”.¹⁸

Que tanto Chateaubriand como Heredia miraron, poco o mucho, las cataratas del Niágara, no le cabe duda a casi nadie. Heredia, en carta a su tío fechada el 17 de junio de 1824 pero publicada hasta 1830, hace el relato en prosa de su excursión: no dice nada que no parezca declamatorio y redundante junto al poema.¹⁹ Lo que importa es que a las cataratas Chateaubriand las vio primero, estableciendo un tópico cuya pista siguió cumplidamente su admirador cubano-mexicano, quien, a través de *Atala*, se inicia en el romanticismo. Es un romanticismo a la francesa, pero aún anterior al de 1830, que Heredia, si nos atenemos al enterado reseñista de literatura francesa que fue en la *Miscelánea*, ya no alcanzó a apreciar. En aquél, su periódico literario de 1829-1832, apenas se asoman las referencias a Hugo y Vigny.

Lo romántico en Heredia es temperado, del todo ajeno a lo germánico y a lo inglés (aunque algo, junto a lord Byron, llegó a conocer el cubano de los poetas de los lagos). Su honda formación clásica ha sido formulada como una suerte de vacuna antirromántica cuando lo ocurrido es lo contrario: a mayor hartazgo del clasicismo, más fértil fue la reacción. Las raíces heredianas siguen estando en la Península, en Nicasio Álvarez de Cienfuegos (este poeta

¹⁸ *Idem.*

¹⁹ José María Heredia, “Carta del Niágara”, en *Niágara y otros textos (poesía y prosa selectas)*, edición de Ángel Augier, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, pp. 250-256.

del “predio salamantino”, como dirá Manuel Pedro González, será su baja pasión y su mal gusto) y en el omnipresente Quintana, de quien toma, como todos los hispanoamericanos, sólo sus defectos: lo oratorio, lo prolijo, lo ampuloso. Pero como también lo acepta él, en “Niágara” el asunto no es la descripción, ni siquiera la descripción de lo abismal, que eso también lo podía hacer Meléndez Valdés en sus poemas filosóficos y humanitarios, sino el azoro de un yo frágil de poeta cuya “emoción lírica” hace más patente la larga agonía del neoclasicismo en medio de la cual se manifiesta. Vitier lo dijo mejor, muchos años después, al encontrar que en Heredia “los espectáculos naturales resultan misteriosamente asumidos por el mundo de las pasiones. El romántico ve en la naturaleza un espejo de su alma”.²⁰

Más que un imitador de Chateaubriand, Heredia fue su contemporáneo. El vizconde, como antes de él Rousseau y Bernardin de Saint-Pierre, legitimó, con su ciclo norteamericano, el “exotismo” de los escritores hispanoamericanos. Ya no era locura ir al Niágara ni escribir sobre él: era *tourisme*, en la acepción stendhaliana, es decir, el yo romántico (los René y los Childe Harold pero también los Heredia) se paseaba por los caminos buscando, en efecto, un espejo para su alma.

Martí también lo entendió. Incluso cuando es más servil a los últimos neoclásicos, al abate Delille, sobre todo, en Heredia, afirma Martí que

el temple heroico de su alma daba al verso constante elevación, y la viveza de su sensibilidad, le llevaba con cortes e interrupciones felicísimas, de una impresión a otra. Desde los primeros años habló él aquel lenguaje a la vez exaltado y natural, que es su mayor novedad poética. A Byron le imita el amor al caballo; pero ¿a quién le imita la oda al Niágara, y al Huracán, y al Teocali, y la carta a Emilia, y los versos a Elpino, y los del Convite?²¹

²⁰ Vitier, *Lo cubano en la poesía*, op. cit., p. 61.

²¹ Martí, “Heredia”, en *Obras completas*, 5, op. cit., pp. 172-173.

Póngase “romántico” donde dice “heroico” y se hallará en Heredia a un escritor a la caza de la originalidad romántica: un moderno viviendo en el mismo mundo que aquellos a quienes lee, como un lord Byron, a quien admira con muchas reservas, de buena o mala catadura, pero reserva al fin y al cabo de poeta-crítico. A diferencia de Fernández de Lizardi (tan moderno como él y tan distinto) y de Bustamante (a quien debió leer con provecho durante su primera estancia mexicana), Heredia vive la historia como una profanación romántica, a la vez erótica y tanática, deseada con fiebre y aborrecida como un veneno. Por ello su conversión al independentismo será tan rápida y franca. Lo dice Vitier: “En medio de la edénica delicia natural, único ámbito de nuestra poesía antes de Heredia, aparecen los problemas de la conciencia: el escrúpulo, el eticismo, la indignación”.²²

Parroquial, Menéndez Pelayo preferirá ver a Heredia siguiendo el camino del blasfemo lord Byron que el del católico Chateaubriand:

Pero no se ha de creer que Heredia, aunque poeta personalísimo en sus ideas y afectos, y frecuente pecador contra la pureza de la lengua y del gusto, deba ser tenido por poeta romántico. Su puesto está en otra escuela que fue como vago preludio, como aurora tenue del romanticismo. Es cierto que alguna vez imitó a lord Byron, trasladando a nuestra lengua con áspero vigor el terrible sueño en que la fantasía del poeta británico pintó la desaparición de la luz en el mundo; pero lo que más parece haberle complacido en Byron es el tipo del pirata ideal, el alarde de una personalidad indómita y selvática sublevada por todas las leyes humanas y divinas.²³

Para Heredia, la poesía puede no ser revolucionaria, pero el poeta lo es, hasta que no reciba de la historia la amarga decepción, como la recibida por Chateaubriand o Wordsworth, que también

²² Vitier, *Lo cubano en la poesía*, op. cit., p. 71.

²³ Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, I, op. cit., p. 235.

en ello, Heredia es el moderno. Su “terror” entendido como “caída en la historia” fue vivir en el México de las facciones combatientes de la república independiente.

Como a Menéndez Pelayo y en ello influye, obviamente, su pertinencia en una historia de la literatura mexicana, prefiero “En el Teocalli de Cholula” a “Niágara” porque en la historia y no la naturaleza es donde se prueba tanto lo moderno como lo romántico, que no son lo mismo, pero a veces, como los años veinte y treinta del XIX, se confunden hasta lo indiscernible.

Tras compararlo con “Niágara”, dice Menéndez Pelayo:

Pero reconociendo todos los méritos de esta soberbia inspiración, de esta “catarata de poesía”, mi particular preferencia recae más bien sobre la meditación En *El Teocalli de Cholula*, que encuentro más exenta de todo resabio de declamación, más esmerada en los detalles y tan suavemente graduada en su majestuoso movimiento; verdadera poesía de puesta de sol, a un tiempo melancólica y espléndida. Si no supiéramos que esta composición tiene la fecha de diciembre de 1820, en que el autor visitó por primera vez la famosa pirámide azteca, y no la encontrásemos ya inserta en la edición de 1825, nos resistiríamos a creer que fuese obra de un mozo de diez y ocho años, aunque de precocidad inaudita. Nunca mostró tan elevada y recta contemplación del mundo y de la historia, como en esta poesía magistral, donde por otro lado desarrolla en toda su plenitud el admirable don que tuvo de la descripción *sintética*, así como D. Andrés Bello poseyó, en más alto grado que ningún otro poeta castellano, el de la descripción *analítica*, el de la paciente y minuciosa representación de los detalles.²⁴

“En el Teocalli de Cholula” no es, del todo, un poema sobre el pasado. Es político-profético. Escrito, en efecto, en diciembre de 1820 y más de medio año anterior a la Independencia, es un sueño histórico-poético que hace a los aztecas contemporáneos de los casi

²⁴ *Ibid.*, pp. 234-235.

mexicanos porque la Historia es vista (visión de poeta) como un horror incesante y un presente perpetuo. Nadie pudo imaginarlo mejor, allí, que un Lezama Lima, para quien la muerte de su padre “lo lleva a tocar el espíritu de las ruinas, la aridez de la que hablan los místicos, los desiertos, las sombras y la lenta caída de Helios Fúlgido. Adolescente, vestido de negro por el luto reciente y con su corbata de plastrón agrandada como un murciélago, se sienta en las ruinas de la pirámide tolteca”:²⁵

Hallábame sentado en la famosa
 Cholulteca pirámide. Tendido
 El llano inmenso ante mis ojos yacía,
 Los ojos a espaciarse convidaba.
 ¡Qué silencio! ¡Qué paz! ¡Oh! ¿Quién diría
 Que en estos bellos campos reina alzada
 La bárbara opresión, y que esta tierra
 Brota mieses tan ricas, abonada
 Con sangre de hombres, en que fue inundada
 Por la superstición y por la guerra...?²⁶

Antes el narrador ha disfrutado del esplendor edénico del valle de Anáhuac; después, llegada la noche, vuelve los ojos al Popocatepetl, “volcán sublime” y “fantasma colosal”. Inserta sin temor de dañar la prosodia clásica los toponímicos aztecas y por primera vez, según Roberto Méndez, el paisaje americano aparece más allá de la enumeración y el inventario. Acierta a medias porque Heredia es digno continuador de Bernal o de quien haya escrito su *Historia* y va más lejos que Balbuena y que los árcades, sin duda.²⁷

Acto seguido convertirá a la naturaleza en testigo de la historia, la combinación que me interesa destacar:

²⁵ José Lezama Lima, *La cantidad hechizada*, op. cit., p. 954.

²⁶ “En el Teocalli de Cholula”, en Heredia, *Niágara y otros textos*, op. cit., p. 107.

²⁷ Roberto Méndez, *José María Heredia: la utopía restituida*, Santiago de Cuba, Oriente, 2003, op. cit., pp. 86 y 106.

¡Gigante del Anáhuac! ¿Cómo el vuelo
 De las edades rápidas no imprime
 Alguna huella en su nevada frente?
 Corre el tiempo veloz arrebatando
 Años y siglos, como el norte fiero
 Precipita en sí la muchedumbre
 De las olas del mar. Pueblos y reyes
 Cual hora combatimos, y llamaban
 Eternas sus ciudades, y creían
 Fatigar a la tierra con su gloria.
 Fueron: de ellos no resta ni memoria.
 ¿Y tú eterno serás? Tal vez un día
 De tus profundas bases desquiciado
 Caerás; abrumará tu gran ruina
 Al yermo Anáhuac; alzaránse en ella
 Nuevas generaciones, y orgullosas,
 Que fuiste negarán...

Todo perece
 Por ley universal. Aun este mundo
 Tan bello y tan brillante que habitamos.
 Es el cadáver pálido y deforme
 De otro mundo que fue...²⁸

Tras amenazar al Popocatépetl con su ruina, al narrador lo sorprende el sopor:

Un largo sueño
 De glorias engolfadas y perdidas
 En la profunda noche de los tiempos,
 Descendió sobre mí.²⁹

A la naturaleza sentenciada por la catástrofe material, un materialismo sin trascendencia, le sucede la visión de “La agreste pom-

²⁸ Heredia, *Niágara y otros textos*, op. cit., p. 108.

²⁹ *Idem.*

pa de los Reyes aztecas” a los cuales el alter ego de Heredia mira atónito:

Veía
 Entre la muchedumbre silenciosa
 De emplumados caudillos levantarse
 El déspota salvaje en rico trono
 De oros, perlas y pluma recamado;
 Y al son de caracoles belicosos
 Ir lentamente caminando al templo
 La vasta procesión, do lo aguardaban
 Sacerdotes horribles, salpicados
 Con sangre humana rostros y vestidos
 Con profundo estupor al pueblo esclavo
 Las bajas frentes en el polvo hundía,
 Y ni mirar a su señor osaba,
 De cuyos ojos férvidos brotaba
 La saña del poder.³⁰

El tema elegido por Heredia es el pueblo esclavo y la muerte de las civilizaciones. Quizá asociaba a los novohispanos oprimidos por la vieja España con las víctimas de los monarcas del Anáhuac, quizá no, y el solo ensueño en la pirámide cholulteca lo había enervado con el hedor de la ruina histórica: tumbas abandonadas y palacios demolidos que eternizaron, para Volney, la promesa de la Revolución francesa. En Toluca, en 1832, el Heredia ya entregado a ese academicismo que es “el clasicismo de los pobres”, como dijo un clásico moderno, publicará “Atenas y Palmira”, una reconsideración redundante del tema. No le será suficiente y en 1836, durante su penoso trayecto de Veracruz a La Habana para despedirse de Cuba, se entretendrá componiendo “A la gran pirámide de Egipto”.³¹ Entonces era un poeta acabado.

³⁰ *Ibid.*, pp. 108-109.

³¹ Méndez, José María Heredia, *La utopía restituida*, op. cit., p. 89.

Nadie, en su tiempo, había retratado así la decadencia, tema romántico ajeno a todos los escritores de la Nueva España que hemos venido leyendo: los árcades jamás hubieran soportado ver su paraíso americano ocultando en sus antros a esa pirámide llena de historia y sangre, ni Fernández de Lizardi, optimista a la vez cristiano e ilustrado se habría reconocido en un poema que nutrido por las crónicas de Indias, más bien se adelanta a los frescos de José Clemente Orozco donde los aztecas preludian al totalitarismo del siglo xx.

Nada que ver la de Heredia con la cándida reconquista de su legitimidad emprendida por los mexicanos, a través de ese cristianizador originario que fue Tomás apóstol para el doctor Mier. “En el Teocalli de Cholula” todo contradice a la conversión de los aztecas, presentada por Bustamante (a quien seguramente leyó el joven Heredia) en los términos piadosos de la gentilidad huérfana reconfortada por el reencuentro con el padre cristiano. Del poema, a la vez primero y mayor, de Heredia sorprende su materialismo, más empático con los arrestos demiúrgicos de un lord Byron que con la caída cristiana. Moderno, en mucho se aleja Heredia del pecado original.

En las siguientes estrofas, añadidas a la edición de 1832 de “En el Teocalli de Cholula” que describen la entronización de “la superstición más inhumana” a través del sacrificio humano ni una sola palabra dedica Heredia a la evangelización cristiana que, obra de los españoles, habría desterrado la “vil superstición y tiranía” de los aztecas. Naturalmente, los cincuenta versos añadidos de quien se horroriza ante la barbarie azteca, expresión del atemperamiento del carácter herediano y de su conversión a un tipo más guizotiano y conservador de liberalismo, molestaron a los aztecófilos. Le reprochan “su exigente religiosidad” sin “acordarse de que igualmente inhumanas y fanáticas era las sectas cristianas por aquella época, empezando por la suya propia” confundiendo gato por libre y resignados a que en 1832, “ya Heredia había entrado en el lamentable sendero de las rectificaciones morales y estéticas”.³²

³² Manuel Pedro González, *José María Heredia, primogénito del romanticismo hispano. Ensayo de rectificación histórica*, México, El Colegio de México, 1955, p. 97.

La historiosofía de Heredia, en la clasificación de Kant, oscila entre el progreso y la caída, pero la suma de su vida lo tornará cínico, resignado a saber que aunque las cosas parecen desarrollarse, sólo reordenan sus elementos primitivos. Por eso pasó de liberal a conservador sin necesidad de ser reaccionario. Los últimos versos de “En el Teocalli de Cholula”, ese poema que en su mocedad se conformó con subtítular “Fragmentos descriptivos de un poema mexicano”, lo ratifican:

Muda y desierta
 Ahora te ves, pirámide. ¡Más vale
 Que semanas de siglos yazcas yerma,
 Y la superstición a quien serviste
 En el abismo del infierno duerma!
 A nuestros nietos últimos, empero,
 Se lección saludable; y hoy al hombre
 Que ciego en su saber fútil y vano
 Al cielo, cual Titán, trueno orgulloso,
 Se ejemplo ignominioso
 De la demencia y del furor humano.³³

Poco después, desde luego, hubo otro Heredia, liberal y romántico, que convirtió a los españoles en los monopolistas de la esclavitud, la superstición y el despotismo. Es el que rechaza Menéndez Pelayo y el pregonado por los nacionalistas cubanos. Ajena a esos dos extremos, excéntrica verdaderamente, la pirámide de la historia, su Teocalli de Cholula, fue falsificada mediante el retocado de un neoclasicismo ramplón del que se originan los cromos, almanaques y calendarios neoaztecas de Jesús Helguera que cruzaron el siglo xx decorando las tienditas y ferreterías mexicanas. De lo “visto” por Heredia se conserva la magnificencia del valle de Anáhuac, el fasto de las pirámides, la indumentaria colorida de los guerreros; se agrega, recurriendo al depósito legendario, al guerrero Popoca

³³ Heredia, *Niágara y otros textos*, op. cit., p. 109.

cargando en brazos a Iztaccíhuatl, su amada dormida, pero se omite el corazón sangrante del poema, los sacrificios humanos. Otra pirámide, la de Tlatelolco, por cierto, ocupará un sitio polémico como símbolo, en *Postdata* (1970), de Paz. Pero ésa es otra historia.

Convertido a la causa independentista, soltaba las amarras que lo unían a su padre, Heredia, en la línea de Bustamante, llamó a esos aztecas justicieros a ocupar la escena, a presidir el imaginario de esa nueva república (previo espasmo imperial) urgida, para sobrevivir con muchos trabajos, de creerse una vieja nación y demostrarlo resucitando a los ancestros escondidos pero inmortales. En “Las sombras”, que aparece en la edición neoyorkina de sus *Poesías*, la de 1825, Heredia pone a discutir a Moctezuma con Guatimozín, al emperador cobarde con el joven héroe valeroso y a éstos con las sombras de los incas Atahualpa, Tupac-Amaru y Manco-Capac, traicionados y martirizados. Todos ellos héroes en las sombras, impotentes ante el destino de la infeliz América bajo el yugo español.

Sombras de Axayaces y Ahuitzoles
 ¿A dónde os ocultáis? ¿Qué os habéis hecho?
 Alzad: en vuestros reinos tan preciados,
 En vez de los magnánimos soldados
 De quien tembló la América asombrada,
 Sólo se ven indígenas menguados,
 De triste faz y lamentable tono,
 Desde que la opresión y tiranía
 Aquí sentaran su nefando trono.
 Cualesquiera español es un tirano.³⁴

En Heredia, aun más que en Bustamante, se comprueba lo dicho por el filósofo Santayana, que el gusto moderno ha sido siempre exótico y extranjerizante (para quienes dicen que Heredia, cubano, miraba lo mexicano desde afuera) pues la antigüedad, un mundo más acabado, obsesiona a las mentes más ansiosas. Améri-

³⁴ Heredia, “Las sombras”, en *Niágara y otros textos, op. cit.*, p. 73.

ca tiene al fin, sintetizada en “En el Teocalli de Cholula”, la plenitud de una “antigüedad moderna”. Pero tal parece que Heredia quería más y la deseaba asentar en una novela plena en enigmas.

2. JICOTÉNCAL, LA NOVELA ENIGMÁTICA

Muerto su padre, Heredia está de regreso de México en La Habana, y en abril de 1821 se titula de bachiller en leyes. Asociado a Del Monte hace periodismo literario y empieza a escribir poemas revolucionarios, acicateado, como toda su generación, por la guerra de independencia de los griegos. “A la insurrección de Grecia en 1820” se publicará en 1823 y algunos de sus versos así increpan al lector:

¡Oh! ¿No lo veis? De Grecia las montañas
Fuego desolador va recorriendo
Y el Eurotas sonante y el Pamiso
Escuchan retumbar en sus orillas
De áspera lid el tormentoso estruendo.
El grito “¡Libertad!” los aires llena,
Y el Bósforo agitado
Hasta Bizancio “¡Libertad!” resuena.³⁵

El poema griego y la “Oda a los habitantes de Anáhuac” establecen la reputación de Heredia como bardo de la libertad, y “La estrella de Cuba”, por su énfasis, para algunos isleños lo convierte en poeta nacional antes de que su nación existiese. Heredia pasa de la palabra a los hechos: comienza a conspirar en la Sociedad de Caballeros Racionales (SCR), la misma organización paramasónica a la que perteneció fray Servando. Delatado por un par de hermanos amedrentados a quienes el mismo Heredia había iniciado en la SCR —tenida en Cuba por filial de la Orden Rayos

³⁵ *Ibid.*, pp. 50-51.

y Soles de Bolívar—, al ya célebre poeta se le dicta acto de formal prisión. Todo esto ocurre en Matanzas, a donde la familia se había refugiado con el tío Ignacio Heredia, abogado y cafetalero. Oculto en la casa familiar de una de sus enamoradas, Heredia huye de Matanzas rumbo a Boston, disfrazado de marinero en el bergantín *Galaxy*.

Si Heredia ya era, desde niño, un viajero frecuente por el mar Caribe, en noviembre de 1823 se gradúa escapando hacia los Estados Unidos como conspirador y también como hombre capaz de negar la causa por la que combate. Calculando vida o muerte, atendiendo a la recomendación de su tío el abogado, Heredia antes de fugarse le dirige una carta al juez instructor de su causa manifestando que lleva un año sin mantener “relaciones íntimas” con la SCR y agrega que “jamás entró en mi corazón ni la imagen de contribuir yo a encender en mi país la guerra civil”.³⁶

Quien haya estudiado la naturaleza revolucionaria de la SCR —a la que pertenecieron no sólo el doctor Mier sino Vicente Rocafuerte y José de San Martín— sabrá que no había ingenuidad en la militancia de Heredia, y quien quiera que lea “La estrella de Cuba” se sobresaltará por la vehemencia del joven poeta:

¡Ay de aquel que es humano, y conspira!
 Largo fruto de sangre y de ira
 Cogerá de su mísero error.
 Al sonar nuestra voz elocuente
 Todo el pueblo en furor se abrasaba,
 Y la estrella de Cuba se alzaba
 Más ardiente y serena que el sol

Y al terminar su poema, dirá:

Si el cadalso me aguarda, en su altura
 Mostrará mi sangrienta cabeza

³⁶ Augier, en Heredia, *Niágara y otros textos*, op. cit., p. 271.

Monumento de hispana fiereza,
 al secarse los rayos del sol.
 El suplicio al patriota no infama;
 Y desde él mi postrero gemido
 Lanzará del tirano al oído
 Fiero voto de eterno rencor.³⁷

Pero lo cierto es otra cosa: el poeta Heredia no fue de los hombres bien dispuestos al cadalso. Lo suyo era la indignación, sí, pero antes de ella, la poesía y el pensamiento político y por ello, en sus años republicanos en México, especuló en de qué manera el liberalismo podría convertirse en un elemento conservador de la independencia. Para infortunio de los nacionalistas cubanos, los de antes y los de ahora, el gran Heredia no tenía madera ni de héroe ni de mártir. Tan delicada era la implicación de Heredia con la SCR que, ya estando en los Estados Unidos, recibió la noticia de su sentencia al destierro en España. En 1831 el gobierno colonial lo volvió a juzgar, por otra causa, la conspiración de la Gran Legión del Águila Negra por la independencia de Cuba, fue condenado a muerte y a confiscación de sus bienes. No eran “un simple tópico literario”, concluye Emilio Valdés y de la Torre en su *Antología herediana*, “las frecuentes referencias hechas por el poeta en varias de sus poesías, al cadalso que lo amenazaba”.³⁸

La estancia en los Estados Unidos habrá de prolongarse hasta septiembre de 1824. Aterido por el clima e ignorante del inglés, Heredia la pasó mal, primero en Boston y luego en Nueva York. Pero la recompensa acabó por ser alta. Políticamente, entró en contacto con el sacerdote cubano y filósofo progresista Félix Varela (1788-1853) y tuvo los arrestos de decirle no a su madre, que lo urgía a publicar, en Nueva York, las viejas e inoportunas *Memorias de las revoluciones de Venezuela* escritas por su padre. “Las circunstancias”, le escribió a doña María de las Mercedes, “han variado

³⁷ Heredia, *Niágara y otros textos*, op. cit., p. 56.

³⁸ Valdés y de la Torre, *Antología herediana*, op. cit., pp. xxxii y xlv.

de seis meses para acá [...] Bolívar, que a los ojos de mi padre no pudo parecer sino un faccioso obstinado, es hoy el Dios tutelar de América”.³⁹

Poéticamente, lee a Byron y comienza a traducirlo, aprendiendo el inglés con la ayuda del lord pero también con la del falso Ossian. Hace en junio de 1824 el viaje al Niágara del cual saldrá su famoso poema. Publica la primera edición seria de sus *Poesías*, finalmente: un tomito de 160 páginas del cual fueron excluidos, para allanar su circulación en la isla, los versos políticos.

Como consecuencia de la estancia estadounidense de Heredia se plantea uno de los grandes misterios en la historia de la literatura hispanoamericana, la de quién o quiénes escribieron *Jicoténcal*, la novela aparecida anónima en 1826 en Filadelfia. Sitio favorito de la conspiración liberal e independentista desde comienzos de aquella década, por Filadelfia habían pasado, entre otros, fray Servando, su maestro grancolombiano Manuel Torres, Rocafuerte, José Antonio Miralla, el padre Varela y un íntimo de Heredia: José Fernández Madrid, nacido en Cartagena de Indias y admirador de Chateaubriand al grado de escribir para el teatro su propia *Atala*.

Saber quién era el autor anónimo de esta primera novela histórica hispanoamericana causó mucha curiosidad desde el principio. El poeta William Cullen Bryant, aficionado a las letras en español, había supervisado la traducción en enero de 1827 del “Niágara” de Heredia al inglés en la *North America Review*, y un mes después escribió para *The United States and Literary Gazette* una reseña de *Jicoténcal*, al parecer la única aparecida durante todo el siglo XIX.⁴⁰

Bryant, uno de los críticos fundadores de su literatura, creía que el autor debía ser un liberal español, por la ideología del libro, que mostraba a un Hernán Cortés abominable y encomiaba a los “salvajes filósofos” que rodeaban al jefe tlaxcalteca Xicoténcatl, héroe

³⁹ Augier, en Heredia, *Niágara y otros textos*, op. cit., p. XXI.

⁴⁰ Alejandro González Acosta, *El enigma de Jicoténcal. Estudio de dos novelas sobre el héroe de Tlaxcala*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997, p. 13.

de la novela. Inclusive, se cree que la poesía del venerado poeta estadounidense recibió la benéfica influencia del cubano.⁴¹

A lo largo del siglo xx, Henríquez Ureña, Antonio Castro Leal, Ralph Warner y José Rojas Garcidueñas, impresionados por el patriotismo indígena exudado por *Jicoténcal*, creyeron mexicano a su autor sin aportar nunca un indicio firme de quién pudiera ser el misterioso autor. Y desde 1828, el dramaturgo José María Mangino, parte interesada pues participó en un concurso teatral convocado en Puebla ese año y dedicado a Xicoténcatl, consideraba imposible que el autor fuese mexicano dados los gazapos del autor en la toponimia local, tarea que deja a la *Historia de la Conquista de Méjico* (1684), de Antonio de Solís, de cuyas páginas tomó el autor anónimo, citándolo, copiosos fragmentos. También el faccioso Bustamante, en una nota a su edición de la *Historia* de Sahagún, cree improbable que un mexicano se hubiera atrevido a escribir Méjico con J como lo hace el autor de *Jicoténcal*.⁴²

No habiendo candidato mexicano para la autoría y siendo débiles los argumentos ofrecidos por el argentino Enrique Anderson Imbert en 1957 a favor de algún liberal español afrancesado o no, como lo creyó originalmente Bryant, los eruditos se han concentrado, descartando al resto de los conspiradores pasados entonces por Filadelfia en dos posibles autores cubanos: el padre Félix Varela y Heredia. La candidatura de Varela ha sido sostenida sobre todo por Luis Leal y la de Heredia, minuciosamente, por Alejandro González Acosta, estudioso cubano-mexicano, autor de *El enigma de Jicoténcal* (1997). Ambas coinciden en que en la novela bullen los cubanismos. Por razones que veremos, en 1826 el príncipe Xicoténcatl resultaba muy atractivo para los cubanos que no habían podido o no habían querido seguir el ejemplo de Tierra Firme y separarse de la madre patria.

A favor de la autoría de Varela, Leal y Cortina argumentan por descarte y consideran, además, que el padre cubano usó la impren-

⁴¹ González, *José María Heredia, primogénito del romanticismo hispano*, op. cit., p. 95.

⁴² Félix Varela, *Jicoténcal*, edición de Luis Leal y Rodolfo J. Cortina, Houston, Arte Público Press, 1995, pp. xix-xx.

ta de Stavelly, en Filadelfia, la misma de donde salió el *Jicoténcal*, para imprimir una traducción jurídica y unas *Lecciones de filosofía* (1824) de su autoría, que Heredia, ya en México, reseñaría para *El Iris* en mayo de 1826, así como los tres primeros números de un periódico político en español titulado *El Habanero*. Ese impresor al que recurrían los cubanos era episcopalista y esa iglesia le simpatizaba al católico Varela. Finalmente ofrecen semejanzas ortográficas entre una reseña que Varela escribiera sobre las *Poesías* de Heredia y el *Jicoténcal*, ejercicio que González Acosta realizó con mayor detalle para sugerir lo contrario, que fue el poeta cubano y no su protector el sacerdote, el autor de la novela.

Yo no encuentro razones para que Varela, divulgador filosófico a mitad de camino entre la Ilustración y los Ideólogos del Consulado y del primer Imperio, acaso sus últimos sucesores directos, escribiese *Jicoténcal* cuando Heredia reunía toda la trayectoria literaria y política necesaria para acometer esa empresa. No veo a Varela, defensor de la Independencia como diputado a las Cortes en 1823, distrayéndose como novelista. Misterioso es, sin duda, que Heredia se haya negado a firmarla, si es que esa decisión fue suya, existiendo también la posibilidad de que la novela haya sido publicada en Filadelfia sin su conocimiento y autorización. Buena parte de la correspondencia de Heredia, sobre todo la cruzada con Del Monte en esos años, se perdió o fue destruida, dejándonos, quizá para siempre, sin la prueba final de quién fue el autor de *Jicoténcal*.

Los argumentos para descartar a Heredia, finalmente, son útiles para demostrar lo contrario, su autoría: que sí había esbozado, estando en Matanzas, una tragedia titulada *Xicoténcatl o los tlaxcaltecas*, que si tenía un ejemplar de su supuesto y propio libro en su biblioteca o que *Jicoténcal* expresa ideas sobre la novela histórica más afines a Alfred de Vigny (*Cinq-Mars* apareció también en 1826 y yo no veo nada similar entre la conspiración contra el cardenal Richelieu y *Jicoténcal*) que a Walter Scott. A este último Heredia lo había criticado en su revista *Miscelánea* pero había traducido en 1833 *Waverley, o, Ahora sesenta años*, una de sus novelas más populares.

Siguiendo la argumentación de González Acosta a favor del poeta cubano como autor de *Jicoténcal*, aprenderemos mucho sobre él y sobre esos años iniciales en nuestra historia literaria, en un momento donde la novela histórica, a favor o en contra de los indígenas, se propalaba en el idioma, con *Netzula* (1832) del mexicano José María Lacunza (y no de José María Lafragua, error pertinaz), *Gonzalo Pizarro* (1839) del peruano Manuel Ascencio Segura, *Guatemozín, último emperador de México* (1846) de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda o el otro *Xicoténcatl, príncipe americano. Novela histórica del siglo XV* (1831) de Salvador García Baamonde, novela escrita, según González Acosta, como contrapunto ideológico del *Jicoténcal* herediano.⁴³

González Acosta dice que de todos los candidatos a escribir el *Jicoténcal* sólo Heredia había estado en el país que en 1821 dejó de ser la Nueva España para convertirse en México. De su amor por las “antigüedades mexicanas” quedaba el testimonio precoz y brillante de “En el Teocalli de Cholula”, el poema escrito antes de sus dieciséis años. Había escrito una tragedia juvenil, perdida, titulada “Moctezuma o los mexicanos”, que expresamente le pareció insatisfactoria, como pudo parecerle después el *Jicoténcal*, al grado de probablemente no querer publicarla. Más aún, traía consigo su frustrada tragedia sobre Xicoténcatl, que pudo ser, como lo indica el sentido común, el borrador del *Jicoténcal*.

Estuvo, además, diecinueve meses en los Estados Unidos como para darse a conocer con los impresores locales que tenían a los independentistas cubanos del grupo del padre Varela como clientes. De paso por Filadelfia, pudo también dejarle copia del *Jicotén-*

⁴³ Varela, *Jicoténcal*, *op. cit.*, p. xxxv y González Acosta, *El enigma de Jicoténcal*, *op. cit.*, p. 14. El propio González Acosta editó ambas novelas: José María Heredia, *Jicoténcal* y Salvador García Baamonde, *Xicoténcatl, príncipe americano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002. No adopto la ortografía propuesta por González Acosta y no respeto el *Jicoténcal* sin acento atribuido a Heredia, tal cual se publicó en 1826, porque la diferencia entre uno y otro es muy evidente. El *Xicoténcatl* de García Baamonde sí lleva acento en la edición de 1831.

cal al impresor común, Stavelly. Dado que Heredia no puede si no ser el principal sospechoso de haber escrito esa novela histórica, González Acosta pasa a suponer cuáles habrían sido sus razones para no firmarla. Están, por un lado, las políticas: fugitivo en los Estados Unidos y súbdito español, pues la isla de Cuba estaba a muchas décadas de independizarse, Heredia habría juzgado inconveniente publicar una novela de tan encendido ánimo antiespañol, que como sabemos gracias a *El enigma de Jicoténcal*, de González Acosta, suscitó una réplica peninsular, el *Xicoténcatl*, del desconocido García Baamonde. Además, Heredia, a diferencia del padre Varela, carecía de residencia legal en los Estados Unidos y estaba impedido de contratar su libro con los impresores. Rumbo a México, en octubre de 1825, Heredia debió dejar encargada su novela ya fuese a los impresores o al propio Varela, quien nunca, recuérdese, la reivindicó como propia.

Por otro lado, las razones literarias parecen más complicadas de entender. Dice González Acosta que *Jicoténcal* es una obra en agraz y que, “endeble y apresurada” juzgó indigno “reconocer con su nombre el primer intento de narrar la historia de esa otra patria que respetaba y amaba tanto”. Yo no creo tan “endeble y apresurada” esa novela, pero quizá sea cierto que el texto todavía no estaba a la altura de lo que un poeta ya célebre esperaba de su pluma. También podría suponerse que presto a llegar a México como político republicano a la vera del presidente Victoria, Heredia no quisiese ser impertinente con los nativos de un país cuya nacionalidad anhelaba y que cruelmente se le negó, haciéndolo morir, en México, como un expatriado al cual se le había tolerado con demasiada indulgencia. De ese Heredia arrimado, me ocuparé después: diez años antes, en 1826, imperaba la idea de Patria Grande para todos los americanos.

Me parecen no sólo anecdóticos un par de detalles que González Acosta consigna: debió ser una misma persona —Heredia— quien le hizo llegar al crítico Bryant un ejemplar de su novela anónima y otro de sus *Poesías*, para que su amigo estadounidense las reseñase. ¿Le habría mandado Heredia, al mismo tiempo, un libro del que

estaba orgulloso y otro del que se avergonzaba? No lo creo. Y otro más: la biblioteca mexicana de Heredia siempre contó con un ejemplar de *Jicoténcal* y éste, ávido de esa clase de literatura, histórica e hispanoamericana a la vez, no la reseñó porque, salvo contadas excepciones (como Sainte-Beuve en esos mismos años), los críticos no suelen reseñar obras propias y menos aún si son novelas o poemas.

La principal objeción contra la autoría es de índole crítica y se desprende de un ensayo que escribiría el cubano en 1832 contra la novela histórica de Scott, lo cual indicaría la complejidad del escritor: Heredia habría sido capaz de publicar, anónima, una narración dizque scottiana en 1826 y arrepentirse de ella, como crítico, siete años después. Pero la lectura detenida del ensayo completo de Heredia prueba que Amado Alonso y Julio Caillet-Bois o el hispanista cubano José María Chacón y Calvo sólo leyeron la tercera y última parte.⁴⁴

“Sobre la novela” de Heredia, aparecido en tres entregas en los números de marzo, abril y mayo de 1832 en la *Miscelánea*, su revista literaria, no es una condena de la novela como género sino una crítica sobre la perniciosa tentación de confundir la verdad con la ficción y la novela con la historia. Y no fue Heredia el único en tener esa preocupación: para no dejarse seducir por él, tanto Ranke como Macaulay tomaron muy en cuenta a Scott a la hora de escribir historia.

Dice Heredia, con una autoridad crítica que no tenía nadie en México en ese entonces:

El novelista histórico abandona al historiador todo lo útil, procura apoderarse de lo que agrada en los recuerdos de la historia, y desatendiendo las lecciones del pasado, sólo aspira a rodearse de su prestigio. Su objeto es pintar trajes, describir arneses, bosquejar fisonomías imaginarias, y prestar a héroes verdaderos ciertos movimien-

⁴⁴ José María Chacón y Calvo, “Heredia considerado como crítico literario” en *Estudios heredianos* (1939), La Habana, Letras Cubanas, 1980, pp. 144-162; Amado Alonso y Julio Caillet-Bois, “Heredia como crítico literario”, *Revista Cubana* (La Habana), enero-junio de 1941.

tos, palabras y acciones cuya realidad no puede probarse. En vez de elevar la historia a sí, la abate para igualarla con la ficción, forzando a su musa verídica a dar testimonios engañosos. Género malo en sí mismo, género eminentemente falso, al que toda la flexibilidad del talento más variado sólo presta un atractivo frívolo, y del que no tardará en fastidiarse la moda, que hoy lo adopta y favorece.⁴⁵

Esta incomodidad ante la novela scottiana, a la que volveremos por ser capital, no sería del todo descabellada en el siglo XXI, equivocado como estaba Heredia en que la moda se fastidiaría de ella, pero no yendo más allá de 1832, es una crítica antirromántica contra la naciente novelería donde los héroes quedaban sepultados por el prosaísmo. Scott, dice el cubano-mexicano:

No sabe inventar figuras, revestirlas de celestial belleza, ni comunicarles una vida sobrehumana; en una palabra, le falta la facultad de crear, que han poseído los grandes poetas. Escribió lo que le dictaban sus recuerdos, y después de haber ojeado crónicas antiguas, copió de ellas lo que le pareció curioso y capaz de excitar asombro y maravilla. Para dar alguna consistencia a sus narraciones, inventó fechas, se apoyó ligeramente en la historia, y publicó volúmenes y volúmenes. Como su talento consiste en resucitar a nuestra vista los pormenores de lo pasado, no quiso tomarse el trabajo de formar un plan, ni de dar un héroe a sus obras, casi todas se reducen a pormenores expresados con felicidad. El gusto y la exactitud de los pintores holandeses se hallan en sus cuadros, y éstos sólo tienen dos defectos notables, llamarse históricos, y carecer de orden, regularidad y filosofía, de modo que en vez de presentar una composición perfecta, aparecen como una mezcolanza de objetos acumulados a la ventura, aunque copiados con admirable fidelidad.⁴⁶

⁴⁵ José María Heredia, *Miscelánea. Periódico crítico y literario*, edición, estudio preliminar y notas de Alejandro González Acosta con la colaboración de Margarita Báez Jiménez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, p. 431.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 433.

Con temores neoclásicos ante la novela histórica o profecías sobre su facilismo, Heredia se comporta ante Scott como un crítico moderno y quizá presenta subrepticamente su propio e inconfesado *Jicoténcal* como un modelo de cómo debería escribirse una verdadera novela histórica en la cual los héroes ocupasen la primera fila. Incluso si *Jicoténcal*, que no lo es, fuera scottiana, el arrepentimiento crítico de Heredia lo pinta, otra vez, como un moderno capaz de sufrir y expresarlo abiertamente, problemas intensos de conciencia artística, impensables en los árcades, en Fernández de Lizardi o en Bustamante.

Y nadie que conozca lo que es un escritor, cómo vive y cómo trabaja, puede pensar que ser traductor de una obra —como lo fue Heredia de Scott— lo invalidaría como su crítico. Antes al contrario: si alguien conocía al escocés, era el cubano.⁴⁷ El resto del caso, lo dejó otra vez en las manos de González Acosta: es muy convincente su comparación estilística entre *Jicoténcal* y el resto de la prosa de Heredia. Se anota un punto capital al comparar un episodio común en *Jicoténcal* y “Al Popocatépetl”, poema de adolescencia de Heredia: el ascenso de Diego de Ordaz (que es el buen chico entre el maléfico troperío de Cortés, incluidos los misioneros, que denuncia la novela), donde fraseo y léxico no coinciden con su fuente, la *Historia*, de Solís, y comparten coincidencias evidentes.⁴⁸

Finalmente, había un escritor contemporáneo de Heredia que tenía por costumbre no firmar sus novelas... Walter Scott. No fue sino hasta 1826 que el escocés se identificó públicamente como autor de sus libros, entonces ya más de veinte. Aunque hoy nos parezca sorprendente, a partir de 1814, cuando apareció *Waverley*, en Londres y en Edimburgo, corrían las quinielas sobre quién sería el autor que estaba cambiando la manera de leer novelas.

Hablemos, al fin, del personaje histórico que inspiró al autor de *Jicoténcal*, Xicoténcatl Xocoyotzin el joven, nacido hacia 1484

⁴⁷ Sería como imaginarse, en trescientos años, que Tomás Segovia, traductor de Derrida, no habría podido criticarlo en *Poética y profética...*

⁴⁸ González Acosta, *El enigma de Jicoténcal*, op. cit., pp. 146-147.

e hijo de Xicoténcatl el viejo, quien fue uno de los señores de Tlaxcala, ya muy anciano, que se opuso a la colaboración con Hernán Cortés. Al joven, confundido con su padre por los primeros cronistas, le tocó jugar un papel más complicado: colaboracionista a disgusto en la batalla final de los tlaxcaltecas contra México-Tenochtitlán, acabó por abandonar a Cortés, quien lo juzgó como desertor y lo mandó ahorcar en Texcoco en 1521. Su padre, el viejo y ciego Xicoténcatl, poeta y legislador, murió un año después.

Tomando en cuenta, como lo hace González Acosta, sólo la bibliografía a la que Heredia tuvo acceso, si es que él escribió la novela, la primera mención de importancia concedida a nuestro Xicoténcatl por los cronistas de Indias es la de Bernal Díaz del Castillo, quien lo presenta como un guerrero feroz y pérfido quien habría rechazado sarcásticamente la oferta de alianza de los españoles. Pero dividida la opinión entre los senadores de la República tlaxcalteca, como se les llama en *Jicoténcal*, el joven guerrero es obligado a contemporizar con los invasores.

Bernal insiste en la mala gana con la que Xicoténcatl colaboraba con Cortés, a quien su padre le había regalado una hija para casarla con Pedro de Alvarado, lo que convertía a este sanguinario conquistador en cuñado del héroe tlaxcalteca. Justo cuando Diego de Ordaz hizo su ascensión al Popocatepetl tan importante en la novela, durante septiembre y octubre de 1521, los españoles se hospedaban en Tlaxcala. Durante esa estancia, Xicoténcatl habría querido asesinar a sus huéspedes, tentativa abortada por su padre, “el buen viejo Xicotenga”, que según Bernal Díaz del Castillo, no sólo ya se había convertido al cristianismo, sino humilló públicamente a su hijo por sedicioso.

Así estaban las cosas cuando muere, a causa de la viruela Maxiscatzin, el jefe tlaxcalteca tan adicto a Cortés y éste, en un gesto que materializaba el dominio del invasor sobre la espartana República, nombra como su sucesor a su hijo, desplazando a Xicoténcatl, a quien correspondería ese título, lo cual acabaría de cebar los deseos de venganza del joven.

De mal grado participará en las campañas y no volvemos a encontrárnolos en la *Historia* de Bernal Díaz del Castillo, hasta la entrada de los tlaxcaltecas en Texcoco. Allí Xicoténcatl cae definitivamente en desgracia. Chichimecatecle lo entrega a Cortés quien manda prenderlo y ahorcarlo pese a los ruegos a su favor de su nuevo cuñado, Pedro de Alvarado, y con la venia del cristianizado Xicoténcatl el viejo, ya bautizado como Lorenzo de Vargas, quien le mandó decir “a Cortés que aquel su hijo era malo y que no confiase dél, y que procurase de le matar”.⁴⁹

Según Bernal, Xicoténcatl Ayacatzin, el joven, fue ahorcado el 12 de mayo de 1521. El resto de los cronistas complican la historia. López de Gómara y después de él, Fernández de Oviedo, dicen que a Xicoténcatl lo mataron en secreto, otros que su ejecución fue pública. Con el tiempo, las inconsistencias de su figura persisten: Solís, la principal fuente del autor de *Jicoténcal*, oscila entre presentarlo como un rebelde indómito o como un resentido servil que trató de usar a Cortés para hacerse del reino de Tlaxcala. Otros, empezando con William Prescott, aseguraron que nada había que reprocharle a este noble patriota, “elevado e indómito” que fue tan feroz y sanguinario como lo exigían las circunstancias.⁵⁰

Es difícil encontrar personaje histórico más atractivo para los jóvenes independentistas hispanoamericanos de 1825 que Xicoténcatl: carecía de la infamia del cobarde atribuida a Moctezuma II, no monopolizaba la traición como acabaría por hacerlo la Malinche pero tampoco era un guerrero impoluto como Cuauhtémoc, materia de la épica pero no de la novela. En el drama de Xicoténcatl todo empieza por ser neoclásico y todo acaba por ser romántico: es un patricio que vive en una república cuya jefatura está llamado a ganarse una vez que muera su anciano y sabio padre, y el senado lo ratifique, pero ese mismo se divide ante la llegada, a la vez imprevista y sospechada, de los invasores barbados ante los

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 51-53.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 75.

cuales se dividen los tlaxcaltecas. Unos, como Xicoténcatl temen la catástrofe cósmica que arrastrará la colaboración con los españoles, otros, la mayoría, votan por aprovechar la oportunidad de aliarse con los extraños para destruir a la odiada México-Tenochtitlán. De mal grado, Xicoténcatl obedece a los suyos, amigos y luego rehenes de Cortés, combatiendo a los aborrecidos aztecas. La colaboración con el español acabará por ser insoportable para el guerrero que, según se dice, es víctima de una trampa de Cortés, quien lo deja sin suministros en un rincón, obligándolo a salir en busca de comida para sus guerreros y así lo aprehende, acusándolo de pillaje. No se sabe exactamente cuál fue el pretexto escogido por Cortés para deshacerse del Xicoténcatl histórico, si fue muerto debido a sus rencillas con Maxiscatzin, el tlaxcalteca más leal a Cortés, quien lo habría arrojado desde lo alto de una pirámide. El conquistador insinúa en sus *Cartas de relación*, que Xicoténcatl planeaba una emboscada para matar a los españoles.

Que hubiese en los años veinte del XIX una manía literaria por Xicoténcatl es una trasposición comprensible para quien lea *Jicoténcatl*: Tlaxcala representa no sólo a una república virtuosa sino al liberalismo español, dividido entre sus ideas modernas pero obligado a combatir a los sediciosos americanos. Es fácil darse cuenta que en Xicoténcatl, el viejo, algo puso Heredia de su propio padre, el liberal español para el cual la disolución del Imperio era una imposibilidad religiosa y es en Xicoténcatl, heroico, obediente, pusilánime, indeciso, el joven donde se mira Heredia en sus dubitaciones: conspirar en la SCR y negarla cuando ve próxima la cárcel en 1823 y en *Jicoténcatl*, escrita o no por él, profetizará su arrepentimiento de 1836, cuando regresa temporalmente a Cuba previa renuncia expresa a su independentismo, tal cual se lo manifiesta al gobernador militar de la isla, Miguel Tacón.

El colaboracionismo de Xicoténcatl, finalmente, era más comprensible para los cubanos que para los mexicanos o para los ciudadanos de las naciones bolivarianas, que se habían independizado. Los cubanos, en cambio, no habían podido o no habían que-

rido. No pocos de ellos, liberales, habían puesto la unidad del Imperio español por encima de sus ideas, de su deseo de ser nación, y otros como Heredia acabaron arrepentidos de su independentismo.

Jicoténcal empieza con un párrafo elocuente que el inmenso Edward Gibbon, en *Decadencia y caída*, habría considerado:

Estaba escrita en el libro fatal del destino la caída del grande imperio de Moctezuma, bajo cuyas ruinas debían sepultarse la República de Tlaxcala y otros gobiernos de una hermosa parte de la América. Ya habían visto los hombres irrupciones de bárbaros medio salvajes que, abandonando sus guaridas y su ingrato país, se apoderaron de climas más benéficos, destruyendo a los antiguos habitantes: algunos ambiciosos de genio, colocados a la cabeza de los pueblos, habían armado las naciones unas contra otras para subyugarlas a todas, y el inmenso océano de las pasiones había presentado borrascas intestinas y espantosas en las que las sociedades civiles habían sufrido trastornos incapaces de describirse.

Mas la completa destrucción de un imperio inmenso, de una república considerable y de una multitud de otros Estados menores, que ocupaban una gran parte de aquel Continente, emprendida y llevada a cabo por una banda de soldados a sueldo y órdenes de un déspota, que tenía su trono a más de dos mil leguas de distancia, era una suerte reservada tan sólo para los malafortunados habitantes de la América Occidental. Los republicanos valientes y aguerridos, los mercenarios vasallos de un imperio orgulloso, los que vivían en grandes familias con un cacique a su cabeza sucumbieron a las artes e intrigas europeas que un puñado de ambiciosos supo manejar contra su sencillez y contra su diferente manera de vivir.

El tercio a que cupo en suerte la conquista de Méjico, capitaneado por Hernán Cortés, se hallaba en las fronteras de la República de Tlaxcala, en un lugar de mediana población, llamado Xacacingo, de la provincia o Estado de Zocotlán, que gobernaba un cacique subordinado al emperador de Méjico. Desde allí envió Cortés

a sus embajadores a la república solicitando el paso de sus tropas por las tierras de Tlaxcala.⁵¹

La caída de un gran Imperio, víctima de una banda de astutos ambiciosos encabezados por Cortés, quien se sirve de una república honrada para lograr sus aviesos fines, es la obertura de esta primera novela escrita en México y no en la Nueva España, obra de un cubano ligado al romanticismo y lector de Chateaubriand. Su tema, la Conquista de México; sus personajes históricos, los Xicoténcatl, el padre y el hijo, Maxiscatzin, doña Marina, Diego de Ordaz y Bartolomé de Olmedo, el fraile mercedario que habría estado a punto de convertir al emperador Moctezuma, otro personaje de la novela, al cristianismo. En un hecho que delata la ambigüedad de esa generación de hispanoamericanos, el autor decide citar respetuosamente y en letra cursiva, la *Historia* de Solís “por ser el escritor más entusiasta de las prendas y méritos de Hernán Cortés”, personaje vapuleado por el novelista cada vez que se aleja de su principal fuente histórica, sólo una vez sustituido, cuando se trata de relatar la matanza de los nobles aztecas en el Templo Mayor, episodio en que el autor prefiere al “venerable fray Bartolomé de Las Casas”.⁵²

Pero el chiste de *Jicoténcal* es la combinación entre el fresco histórico y la intriga amorosa, en este caso doblemente dispuesta: al idilio entre Teutila y Xicoténcatl el Joven, se suma el de Diego de Ordaz, quien ama a Teutila en secreto pero es amado, indiscretamente, por doña Marina, una arpía que acaba por arrepentirse. Teutila, como la Atala chateaubrianesca de la cual fue modelada, se envenena adrede y muere dramáticamente frente a un Cortés al cual pretendía asesinar con la daga que Diego de Ordaz le había regalado a Xicoténcatl. Primero vacilante y luego impenitente, Cor-

⁵¹ Félix Varela, *Jicoténcal*, *op. cit.*, p. 3. A diferencia de los editores, Leal y Cortina presentó modernizada la ortografía, excepción hecha del Méjico con J por las razones que ya se indicaron: la ausencia de la X era considerada por los independentistas mexicanos prueba de la extranjería del autor de la novela.

⁵² *Ibid.*, p. xviii.

tés, una vez caída muerta Teutila a sus pies, pese a los ruegos de doña Marina que lo conminan a la contrición, reafirma su destino de conquistador: “Esta dolorosa escena es demasiado larga. El camino que conduce al templo de la fama tiene grandes tropiezos y, por lo mismo, es tan glorioso vencerlos. Quizá es más dulce vivir tranquilo y sosegado en un rincón: pero mi destino no es éste. Mañana salimos rumbo a Méjico”.⁵³

La novela muestra a un escritor bien habituado al uso de los cuadros teatrales que va hilvanando, acartonados en su concepción pero eficaces en su dramatismo. Además, combina bien el peso muerto de la novela histórica —cargado por un lector que debe saber previamente su desenlace en este caso, la caída del Imperio de Moctezuma— con la gracia de la intriga, pues ignorantes casi todos del itinerario sentimental de Xicoténcatl y su infausta esposa Teutila, seguimos, con pasable interés, la trama a la cual se suma un byroniano Diego de Ordaz y una villana todavía poco conocida del gran público, doña Marina, la infamada Malinche. Además, para darle tesitura de tragedia griega, es el sentido del deber republicano de Xicoténcatl el viejo quien desencadena, por el primado de la obediencia, el sacrificio de su hijo.

Jicoténcal recoge las lecciones soberanistas y hasta tiranícidas que Heredia recibió de su padre. Para ello sirve Diego de Ordaz como contrapunto al ortodoxo Bartolomé de Olmedo: en sus diálogos, este fraile tiene a la providencia como guía de los conquistadores hasta el corazón del Imperio azteca, mientras Ordaz pone en duda, frente a las arbitrariedades de Cortés que se esfuerza en contener, la obediencia debida a un tirano. Si en el bando de los conquistadores el autor de la novela registra el conflicto español entre absolutismo y liberalismo, el trágico destino de Xicoténcatl se debe, en el relato, a las diferencias de opinión, a las broncas generacionales y al juego de los intereses que atraviesan a la virtuosa República espartana de Tlaxcala. Un mexicano no hubiera podido tomar fácilmente ese pequeño reino como símbolo, por la reputa-

⁵³ *Ibid.*, p. 144.

ción traidora de los tlaxcaltecas y porque renunciar a la herencia imperial de los aztecas, poco después de decretada la orfandad que significaba la Independencia, habría sido un suicidio ontológico. Por ello, *Jicoténcal* lo escribió un cubano situado a una justa distancia entre la Nueva y la vieja España.

Inclusive, la decisión de los tlaxcaltecas de aliarse con los españoles contra México-Tenochtitlán es presentada por el novelista como altruista y liberal: se trata de librar a sus hermanos aztecas de la tiranía de Moctezuma. Ése era otro dilema de los liberales españoles heredado por los Heredia y los Varela: aliarse con el resto de los españoles, absolutistas que de grado o por la fuerza, acabarían por someterse a Fernando VII. Moctezuma es parecidísimo, por su cobardía y oportunismo, al rey español en *Jicoténcal* mientras que el Cortés de la novela bien podría ser un Napoleón.⁵⁴

La novela también da voz a la dos mujeres protagonistas, doña Marina y Teutila, a quienes les toca poner en duda, en vista del tratamiento de criminal dado a Xicoténcatl, la honradez religiosa de los españoles, falsarios predicadores de un evangelio de amor y lo desmienten en cada uno de sus actos de rapacidad e inhumanidad. El mismo héroe tlaxcalteca expondrá a fray Bartolomé de Olmedo a ser dialécticamente humillado como el hombre de Dios que aconseja al tiránico Cortés. Los paganos, nos quiere decir el autor, son más cristianos que los misioneros y los conquistadores. El autor de *Jicoténcal*, siguiendo a Chateaubriand y a través de él a Rousseau, está diciendo, de una manera sentimental y no ingenua, que los antiguos mexicanos eran los verdaderos cristianos. Para ello no requería, como el doctor Mier, de la fábula evangelizadora de Tomás apóstol en América. Bastaba con una novela histórica.

Jicoténcal algo le debe, como dice González Acosta, a la novela bucólica y a la novela de caballerías, pero en la medida en que éstas confluyeron en las crónicas de Indias. Su verdadero alimento, como se sospechará leyendo el ensayo de Heredia de 1832, fueron las novelas del XVIII, Richardson, Fielding y Lesage, pero sobre

⁵⁴ González Acosta, *El enigma de Jicoténcal*, op. cit., p. 95.

todo Rousseau y, quizá, su discípulo el botánico Saint-Pierre, cuya novela (*Pablo y Virginia*, 1787) todos leían sin citarla y fue el eslabón entre *La nueva Eloísa* y *Atala*. Después viene la fertilísima e intrigante crítica hecha por Heredia del arte de hacer novelas históricas según Scott, sin mencionar para nada, como propia o como ajena, a *Jicoténcal*. Y debe decirse que la plena aceptación del magisterio de Scott como el novelista histórico por antonomasia, no vendría en México sino hacia 1870, cuando Vicente Riva Palacio escribió y publicó su ciclo novelesco virreinal.

Escritura dramática respetuosa de la unidad de acción clásica de tiempo y lugar, lectura de novela contemporánea, familiaridad con algunas de las crónicas de Indias y poesía sentimental: todo ello hace, de nuevo, a Heredia el autor adecuadamente predisposto para escribir la novela. Inclusive, contra lo que dice González Acosta, que el autor de *Jicoténcal* citase directamente a Solís no significa, para mí, que la novela fuera un borrador sino la fidelidad anacrónica a novelas eruditas como *El viaje de Anacarsis* (1788), de Barthélemy, uno de esos abates que formaban parte del mobiliario del Antiguo Régimen, alabado por Heredia y en cuyo libro se citaba a granel. Arrumbar *Jicoténcal* entre “las novelas pseudohistóricas” anteriores al romanticismo, como hace un luckasiano citado por González Acosta, me parece un despropósito. Heredia tenía escrúpulos ante Scott y ante el romanticismo, en tanto poeta situado entre dos mundos, a menudo se refugia, cuando teme, en el anacronismo, pero Xicoténcatl el joven y Teutila, son personajes cabales del primer romanticismo. Toda una corriente, encabezada por Menéndez Pelayo, “y otras tantas sombras le han querido negar la sal y el agua del romanticismo” a Heredia.⁵⁵

La importancia crítica de *Jicoténcal* y su muy probable relación con Heredia es significativa para mí, de tal forma insistiré en lo escrito por el cubano en su revista *Miscelánea* sobre la novela. Para este poeta la novela, paradójicamente, es la piedra de fundación de lo moderno:

⁵⁵ *Ibid.*, p. 197; González, *José María Heredia, primogénito del romanticismo hispano. Ensayo de rectificación histórica*, op. cit., p. 57.

La imaginación de los poetas produjo ficciones épicas, cuyos actores eran los dioses y semidioses, y jamás pensó en elegir por asunto particular y exclusivo las penas y goces del hombre, sus placeres domésticos, ni menos la observación delicada del movimiento de sus pasiones, que desaparecía en la grande agitación de sus negocios.⁵⁶

Pero la novela no sólo es una novedad retórica, “resultado postrero de la civilización”, sino una revolución erótica que hace entrar en la literatura a las mujeres y al amor. Si “el cristianismo alteró la suerte de las mujeres, y restableció la igualdad entre ellas y los hombres, que las habían tenido en servidumbre doméstica”, les dice Heredia a sus muy probablemente sorprendidos lectores mexicanos de 1832, la novela llegará para hacer el estudio moral no sólo del amor, sino para describir “las flaquezas y pasiones humanas”, saliendo “naturalmente del seno de la sociedad oprimida”.⁵⁷ Por ello, Teutila es algo más que una Atalita: pagana, ejerce con majestad una religión natural moralmente superior al cristianismo de espada, depredador, de los españoles. Representa, sí, un paraíso al borde de la extinción: no al imperio azteca y sus sacrificios humanos —que repugnaban a Heredia en la versión definitiva de “En el Teocalli de Cholula”— sino a la República de Tlaxcala.

No todo en Heredia, el primer crítico que en español pensó la novela como un cambio histórico decisivo ocurriendo ante sus ojos, es congruente. Por ello su apuesta por la novela como santo y seña de lo moderno, palabra que él no suele usar, lo llevará a reprobar a Scott. Desprecia al Quijote, con razones empáticas a las que hicieron que Voltaire condenase a Shakespeare: es desordenado y pueril. Prefiere el poeta cubano, contra Cervantes, a Lesage y su *Gil Blas de Santillana*. En la segunda entrega de su “Ensayo sobre la novela”, Heredia, también pionero de nuestra literatura comparada, dice que “el clima destemplado y sombrío” al obligar a los ingleses a recogerse y su celo en defender la sagrada privacidad de sus

⁵⁶ Heredia, *Miscelánea*, *op. cit.*, p. 392.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 392-393.

hogares, los volvió novelistas consagrados a las costumbres íntimas. Mientras Lesage

recopilaba en tres tomos las lecciones más chistosas y profundas de la experiencia social, los retratos más vivos de todas las extravagancias de las costumbres modernas, Richardson, seguro de agradar a sus compatriotas, escribía la historia de una familia como se escribía entonces la historia universal, sin olvidar pormenor alguno, ni dispensar al lector la circunstancia más ligera.⁵⁸

Junto a Samuel Richardson, el intimista que no deja ver al narrador, Heredia coloca a Henry Fielding, un seguidor del “admirable pintor de *Gil Blas de Santillana*” que también “pintó las masas de la sociedad”. Muy satisfecho, dice Heredia que

al paso que progresaba la civilización, crecía el influjo de la novelas, y presto fueron la lectura favorita de todas las clases de la sociedad, marchando a la par con el drama y tomando todas sus formas. Sterne bosquejó con rasgos estafalarios las extravagancias del corazón humano; Voltaire convirtió la novela en sátira y azote de todos los vicios que producen la superstición y la inmoralidad política; Rousseau, dotado de genio más austero, la osó elevar a la dignidad de obra filosófica.⁵⁹

En seguida hace Heredia el elogio de *La nueva Eloísa* (1761) rousseauiana, novela que “puso la escena de su *Julia* en una soledad completa, para que sus héroes, libres de las preocupaciones y hábitos que impone la mansión en las grandes ciudades, desarrollasen libremente los dogmas audaces de una sociedad nueva”.⁶⁰ Heredia menciona a Madame de Lafayette y a Madame de Krudner, aunque le apasiona (no sin precaverse de ella, por mojigato,

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 411-412.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 413.

⁶⁰ *Idem.*

como le ocurrirá ante Byron) *Delfina*, de Madame de Staël, novelista creyente “en el imperio ilimitado de las pasiones, una especie de fe en su poder y nobleza, que puede producir resultados muy peligrosos”. Esa segunda entrega del “Ensayo sobre la novela” termina con un elogio del *Werther* (1774) de un anciano Goethe que había muerto apenas unos días antes que saliese publicado en la Ciudad de México el texto de Heredia.⁶¹

Con esos antecedentes, a cuya lectura detallada nos ha invitado González Acosta, él mismo restaurador de la *Miscelánea* herediana, podemos volver a la tercera entrega de “Ensayo sobre la novela” en la cual toma distancia de Scott. Le parece a Heredia que la crítica literaria debería proteger a la historia de los caprichos de la novela, especialmente perniciosos cuando se trataba, como en el caso de Scott, de alguien que carecía de fuerza mental pero “versado profundamente en las antigüedades de su patria Escocia”, lo ayudaban su prodigiosa memoria y su carácter de “prosador correcto y poeta elegante”.⁶²

No le gustaba a Heredia, acaso criticando el *Jicoténcal* que escribiera antes del desengaño sufrido en la política mexicana, que “las costumbres modernas con su lujo, frivolidad y pequeñez ambiciosa tributaran un homenaje involuntario a la majestad ingenua de las costumbres salvajes”.⁶³ Era Scott, decía el liberal conservador que ya era Heredia en 1832, un poeta inventando historia e idealizando el pasado. Temía Heredia, el desengañado, que la novela hiciese frívola a la vida y las repúblicas se intoxicasen con quimeras. Había recorrido, nuestro poeta, un ciclo que le permitió ser neoclásico, romántico y antirromántico en poco menos de veinte años. Del dibujo prístino y sangriento de “En el Teocalli de Cholula” al homenaje rendido al héroe romántico en *Jicoténcal*, pasaba ahora a la desconfianza de las mitificaciones románticas, repudiaba la adormidera de la poesía ingenua.

⁶¹ *Ibid.*, pp. 414-415.

⁶² *Ibid.*, p. 432.

⁶³ *Ibid.*, pp. 432-433.

Al discutir con su celeberrimo contemporáneo, con un Scott que morirá también apenas unos meses después de haber sido criticado en la remota *Miscelánea*, Heredia finaliza con la innovación retrógrada: los árcades jamás se hubieran puesto al tú por tú con Meléndez Valdés ni Fernández de Lizardi habría podido discutir en buena lid con Lesage. Reconocía la inmensa novedad de Scott, y con quien dialogaba y coincidía Heredia era con William Hazlitt, a quien no sé si leyó, en que si las celdas de la memoria del autor de *Waverley* eran numerosas, en cambio, sir Walter careció de capacidad especulativa, de filosofía moderna, de política revolucionaria. Radical imperturbable, Hazlitt habría condenado, por cierto, a Heredia por traicionar el espíritu revolucionario que sopló por el mundo cuando lord Byron, contra la Santa Alianza, corrió a liberar a los griegos.

Heredia hablaba de Scott con una seguridad intelectual insólita en aquel primer tiempo mexicano:

Sus novelas son de nueva especie, y se ha creído definir las bien con llamarlas *históricas*; definición falsa, como casi todas las voces nuevas con que se quiere suplir la pobreza de las lenguas. La novela es una ficción y toda ficción es mentira. ¿Llamaremos *mentiras históricas* las obras de Walter Scott? Haríaseles una injuria que no merecen, y sí nuestros elogios por más de un motivo; pero su autor no debe colocarse entre los Tácitos, Maquiavelos, Hume y Gibbon, y el último compilador de anécdotas tiene más derecho al título de historiador. Empero, pocos han usado con más habilidad y éxito los tesoros de una ciencia tan árida como la que producen los extractos de los manuscritos carcomidos, y los descubrimientos de los anticuarios.⁶⁴

Como Hazlitt, su contemporáneo, Heredia reconocía en Scott al *prophesier* de las cosas pasadas, a aquél cuya musa es *Modern Antique*. Pero Heredia no se atrevió a dar el paso siguiente, dado por Hazlitt, en *The Spirit of the Age* (1824), apostándole a que acaso

⁶⁴ *Ibid.*, p. 433.

deberíamos creerle más a los novelistas que a los historiadores, pues éstos pueden llegar a ser los mejores amanuenses del pasado, capaces de reconciliar, más allá de los manuscritos carcomidos de los anticuarios, la diversidad de lo humano. Al final, Heredia, medio muerto por la política, rehusó beber hasta el fondo el vaso de la intoxicación romántica. Casi todos sus comentaristas, sobre todo los estudiosos de su poesía, creen que a partir de 1825-1826 se “desromantizó”:

El movimiento, la gracia, la vida, que presta Walter Scott a las escenas de los tiempos pasados; la rudeza, y aun la inelegancia de sus narraciones, que parecen en perfecta armonía con las épocas bárbaras a que se refieren, la variedad de sus retratos singulares, que en su extrañeza misma tiene cierto aspecto de antigüedad salvaje, la rareza del conjunto y la exactitud minuciosa de los pormenores, han hecho populares las novelas que nos ocupan. Produjeron emociones universales, a cuyo favor se han ocultado sus defectos. Estas obras al transportar la imaginación lejos de la sociedad civilizada, tal cual hoy la conocemos, dieron el último golpe a la novela que Richarson había concebido. Los cuadros de las costumbres civilizadas parecen faltos de calor y de vida junto a la de los montañeses y las sibilas que resucita el narrador escocés, y ya no interesan las pinturas del amor en sus extravíos, caprichos, escrúpulos y vacilaciones. Así un hombre cuyo sentidos ha embotado el abuso de los licores fuertes, desprecia lo que antes apetecía, y rechaza con desdén el líquido puro y saludable que para satisfacer su sed le brinda la naturaleza.⁶⁵

Tlaxcala es la antigüedad moderna que Heredia, presumiblemente, le ofreció, con *Jicoténcal*, a la naciente literatura nacional. Crucial como poeta y como crítico, siendo autor de esa novela, Heredia adquiere una insospechada potestad de fundador y se convierte en ese moderno y sentimental que no pudieron, quizá por-

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 433-434.

que eran novohispanos y sólo después mexicanos, ser Fernández de Lizardi, fray Servando o Bustamante. De no ser Heredia el autor de la novela, de todas maneras persistiría como el crítico que juzgó la novela histórica como la novedad absoluta que cambiaba la relación con el pasado de miles de lectores en ambas orillas del Atlántico. La virtuosa y desventurada República de Tlaxcala fue uno de los sueños de una generación de desterrados y conspiradores hispano-americanos urgidos de invadir el pasado y desplazarlo hacia el presente. Lograron que Cortés y Maxiscatzin, Xicotécatl el padre y Xicotécatl el hijo, como en *Jicoténcal* padecieran —conquistadores o libertadores, colaboracionistas o indecisos— conflictos contemporáneos sin ninguna relación con la mera “antigüedad moderna” diseñada por Bustamante al elogiar a los príncipes aztecas.

Lector y crítico de Scott, su maestro y su sombra, Heredia creía, como él, que *nada es sino que todo ha sido*, que el pasado es un problema del presente. El héroe de *Jicoténcal* es ambiguo, contradictorio, sufriente y encarna, ya romántico, el camino hacia la verdad novelesca. La novela es un ejemplo clarísimo de innovación retrógrada: todo parece anticuado, postizo, y de la utilería surge un héroe moderno. Identificándose con Xicotécatl, Heredia le daba un rostro en el espejo distorsionado de la novela a toda una generación de independentistas inhabilitados para consumir su liberalismo, pues a sus repúblicas, como a la novelesca Tlaxcala del *Jicoténcal*, con la virtud de algunos de sus héroes, no les era suficiente para resistir el veneno disgregador de la política democrática.

3. EL COSMOPOLITA REPUDIADO

El 14 de octubre de 1825, Heredia llega a la Ciudad de México invitado oficialmente por Guadalupe Victoria, primer presidente de México, a quien el poeta visita al día siguiente de su arribo para darle las gracias. Rocafuerte había intercedido por él. El momento es halagüeño: Heredia, pese a encontrarse aquejado de viruela contraída en el camino, llega precedido de la fama continental que le

ha acarreado su “Oda a los habitantes del Anáhuac” para ponerse a las órdenes de un presidente que será el único, en muchos años, en lograr la conclusión de su periodo constitucional. La nueva república federal, abortada por el fugaz Imperio, le abre los brazos al poeta al grado que *La Gaceta de México* festeja que México “posea otra vez” a ese joven genio.⁶⁶ Desde Cuba Heredia ya increpaba a Iturbide, y en 1822 había animado a los mexicanos a derribarlo con estrofas más bien deplorables al estilo de:

No en torpe desaliento así desmayes,
 Reina del Anáhuac: alza la frente,
 Y a tus hijos invoca. ¡Oh! ¿Quién me diera
 Del vengador Tirteo
 La abrasadora voz! ¡Oh! ¡Si pudiera
 Encender en los pechos mexicanos
 Aquesta hoguera que mi pecho abraza
 De amor de Libertad! ¡Alzad del polvo,
 Hijos de Acamapich! Ved al tirano
 Ante quien viles os postráis; ¿en vano
 Sufrido habréis doce años de combates,
 De sangre, de furor y de miserias?
 ¿Y esclavitud, y abatimiento infame
 De tanta sangre y penas y fatigas
 Será vil galardón? ¿Por qué lidiasteis?
 ¿Por mudar de señor? ¡Ay! Vanamente
 De la patria en las aras se inmolaron
 Mil víctimas y mil... Hidalgo, Allende,
 Morelos valeroso, el sacrificio
 Que de la vida hicisteis a la patria
 Infructífero fue; sí, vanamente
 Al morir con infamia en un cadalso,
 Pensabais que la patria en algún día

⁶⁶ Manuel García Garófalo, *Vida de José María Heredia en México, 1825-1839*, México, Botas, 1945, p. 202.

Fuera libre, feliz, y vanamente
 Vuestra sangre preciosa regó el árbol
 De la alma Libertad, para que un día
 Cubriese al Anáhuac su augusta sombra.⁶⁷

Durante aquel nuevo invierno en México todo debió ser optimismo para Heredia, que vio representarse en el Teatro Principal de la Ciudad de México, *Sila*, adaptación suya, del francés Étienne de Jouy, dramaturgo y libretista de ópera. A ese éxito teatral siguió otro, el estreno el 8 de enero de 1827 de otra traducción de Heredia, un *Tiberio* que el poeta “dedicó” a Fernando VII como su último acto de execración pública del tirano.⁶⁸

Bullían los planes independentistas para Cuba: todavía quiméricos, los gobiernos de México y Colombia planeaban una expedición para libertar a la isla de los españoles y fundar la República de Cubacán. José Antonio Miralla, difusor de Ugo Foscolo y Thomas Gray, amigo argentino de Heredia, venía de Colombia a reunirse con el cubano en la capital de la República para afinar la conspiración. Pero el argentino, a quien Heredia le había dedicado su primera traducción de Ossian (la célebre impostura de Macpherson, no se olvide) en prenda de gratitud por haberle dado clases de inglés, murió sorpresivamente en Puebla, arrojando el mal fario sobre el proyecto.

Heredia fue nombrado por Victoria, en enero de 1826, oficial quinto de la Secretaría de Estado, es decir, lo que hoy llamaríamos un asesor en asuntos internacionales a unos pasos del despacho presidencial. Heredia se hospedaba en el propio palacio, lo que por fortuna excitó la imaginación del novelista Reinaldo Arenas, quien en *El mundo alucinante* imaginó un encuentro probable, bajo el mismo techo, entre dos de los grandes de esta historia, fray Servando Teresa de Mier y José María Heredia. El fraile, convidado a ju-

⁶⁷ Heredia, *Niágara y otros textos*, op. cit., p. 53.

⁶⁸ Valdés y de la Torre, *Antología herediana*, op. cit., p. xxxix; García Garófalo, *Vida de José María Heredia en México*, op. cit., p. 263.

bilarse de sus aventuras revolucionarias viviendo con el presidente Victoria, se encontró, según la imaginación de Arenas, el palacio convertido en la Gran Pajarera Nacional, donde hacían de las suyas centenares de poetas zalameros.

“He aquí al maestro de la poesía de hamaca y abanico”, habría dicho el doctor Mier. Pero Heredia todavía no había hecho su aparición. “Quizá —pensó Fray Servando—, se ha perdido en uno de los innumerables pasillos o le ha caído algún andamio encima, y no acudirá más a la cita acostumbrada”. “Tal vez sea mejor así” —dijo después indiferente, abanicándose con una mano—. “También él es algunas veces insoportable.” Y ahora recordaba la noche pasada, y el ensayo de aquella horrible tragedia titulada *Sila* (traducción de Heredia) y veía al poeta en uno de los palcos junto al señor presidente (que ya se desabrochaba las botas), inclinándose; disolviéndose en devaneos y halagos para su protector, bajando agradecida la cabeza cuando las cortinas se soltaron, y las viejas damas, que nada entendieron, estallaron con los acostumbrados aplausos. De nuevo vio todo aquel aparato, y sintió lástima o pena, y hasta un poco de asco. Y aquella tragedia romana, y aquel despliegue de oropeles, pensaba, se realizaba en homenaje a la Virgen de Guadalupe, en conmemoración de su próximo aniversario. Luego se fue calmando.⁶⁹

Pese a lo que se imagina Arenas, Heredia, como fray Servando, nunca se distingió por su zalamería, aunque escribir odas a los poderosos en aquel entonces era una tarea casi imposible de evitar para un poeta laureado y el cubano las pergeñó en honor de Fernando VII cuando restauró la Constitución de 1812 y en honor, agradecido, del presidente Victoria. De hecho, años después, Heredia romperá su alianza con el general Santa Anna, con quien llegó a dormir en la misma tienda de campaña, durante las rebeliones

⁶⁹ Reinaldo Arenas, *El mundo alucinante*, Barcelona, Tusquets, 1997, pp. 285-286.

contra Anastasio Bustamante, cuando el futuro presidentísimo, en 1833, pretendió hacerse nombrar “benemérito de la patria” por el Congreso. Esas cosas, dijo Heredia, hay que dejarlas al “juicio imparcial de la posteridad”.⁷⁰

El caso es que no hay duda de la privanza en palacio entre Heredia y el presidente Victoria. Es probable que todo aquello que llegase a Palacio Nacional en francés o en inglés fuera primero leído por Heredia, como lo muestran las traducciones suyas en *La Gaceta de México*. En diciembre de 1827 el mensaje de clausura leído por el presidente al Congreso federal fue el escrito por Heredia, quien ya había sido nombrado socio honorario del frustrado Instituto de Ciencias y Artes de México del cual quería dotarse la República.⁷¹

Envió a su madre su retrato, oficialesco, hecho en México y terminado a fines de mayo de 1826, pero poco a poco fue desplazándose hacia la provincia: tras ser habilitado para ejercer la abogacía por el Congreso del Estado de México, un año después, aparece como juez en Cuernavaca. Recién casado con una mexicana, Jacoba Yáñez, hija de un viejo amigo de su padre, Heredia enfrenta la primera grave crisis política de la república federal, la provocada por los decretos de expulsión de los españoles afincados en México, contra la cual redacta desde Cuernavaca una exposición relativa al entonces muy extendido Estado de México que será, hasta su muerte, el amplio campo de su acción política. El poeta que conocía desde el Niágara hasta las ruinas de Maiquetía, el viajero del mar Caribe, se convierte en un político provinciano, actor secundario en Tlalpan y Cuernavaca que a veces logra puestos federales —en diciembre de 1828 es nombrado fiscal de la Audiencia de México— pero a quien corroe, implacable como una enfermedad mortal, su extranjería.

Pero Heredia, por fortuna, no había venido a México a enriquecerse como juez o a escribir eventuales versos patrióticos. Quizá la

⁷⁰ Valdés y de la Torre, *Antología herediana*, op. cit., p. XLVII.

⁷¹ Augier, en Heredia, *Niágara y otros textos*, op. cit., p. 272.

limitación política que le imponía su nacionalidad cubana lo obligó a dedicar lo mejor de su tiempo al diseño de las primeras revistas literarias mexicanas, lo cual acabó por darle la honrosa posteridad de haber sido el primer escritor moderno que, en México, apostó a que su público lector fuese tan moderno como él.

El 4 de febrero de 1826 comienza a publicarse *El Iris. Periódico crítico y literario*, que Heredia elabora junto con dos italianos misteriosos refugiados en México: Claudio Linati (1790-1832) y Florencio Galli, autor de unas *Memorias sobre la guerra de Cataluña* (1835) y minero en Tlalpujahua cuando su compatriota lo invitó a *El Iris*. Recomendado por Manuel Eduardo de Gorostiza, el dramaturgo mexicano de obra española que estaba como encargado de negocios en los Países Bajos, Linati, al parecer conde y discípulo del pintor David, llegó a México como ayudante de un tal Gaspar Franchini, que murió pronto. Fundará la primera litografía en México y *El Iris* será el primer periódico ilustrado del país. Autor de *Coutumes civils, militaires et religieux du Mexique* (1828), Linati abandonó el país cuando sus opiniones políticas, en *El Iris*, irritaron al gobierno. Enamorado de México volvió, pero tan pronto desembarcó en Tampico, se murió.⁷²

Este par de italianos se autodefinían como “románticos y liberales” y se encontraron, las circunstancias se nos escapan, con un Heredia que aunque hubiese discrepado del párrafo en que Linati describe su misión en México como la de “civilizar a estos semi-bárbaros” encontró en ellos, con fama de militantes carbonarios perseguidos, a cosmopolitas como él.

El Iris duró sólo seis memorables meses, apareciendo primero una vez a la semana, desde el 4 de febrero de 1825 y luego dos, a partir del número 14, el 3 de mayo. Se vendía, según nos informa Schneider, en las cuatro principales librerías de la ciudad, “la de

⁷² Luis Mario Schneider, “La primera revista literaria del México independiente” en *El Iris. Periódico crítico y literario por Linati, Galli y Heredia*, I y II, edición facsimilar de María del Carmen Ruiz Castañeda y Luis Mario Schneider, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, pp. xxv y xxvi.

Valdés, la de Recio, la de Ackerman y la de Galván, y en la propia oficina de la revista, ubicada en la calle de San Agustín”. Se imprimía en la Imprenta del Águila y tuvo lo mismo corresponsales que suscriptores en todas las ciudades importantes de la República. Cada ejemplar costaba un real y medio, sin láminas; la suscripción por tres meses o un tomo valía cuatro pesos. La publicidad de *El Iris* promovía que estaba compuesto por noticias extranjeras, ensayos sobre varios ramos científicos y literarios, anuncios, análisis y extractos de las obras más notables que se publicaban, biografías de los contemporáneos, en especial de los americanos ilustres y poesías escogidas, muchas de ellas inéditas.⁷³

Con pocas excepciones, las de algunos espontáneos y de amigos de Heredia, como el colombiano Fernández Madrid, cantor de una loa a Bolívar, *El Iris* fue escrito por sus tres editores, incluyendo las traducciones del italiano, del francés y del inglés, si es que es directa una versión de Byron ofrecida por Heredia. A Linati, según resume Schneider, editor contemporáneo de *El Iris*, le interesaba esencialmente la litografía, su arte y los asuntos políticos, en los que se entrometía causando escándalo en la prensa, por su extranjería, y defendiendo posiciones liberales acérrimas a través de diálogos, como el que ofrece entre Napoleón y Alejandro. Galli, el más prolífico en tanto que probable redactor principal, incurría en todos los géneros, desde la poesía hasta la crónica, sin olvidar la crítica literaria y política. Heredia, el verdadero poeta del triunvirato, cubría en *El Iris* la poesía y su crítica, el ensayo sobre literatura nacional y extranjera, la crónica teatral, los artículos sobre prohombres americanos.

“Rara vez”, dice Schneider, “incursiona en política; cuando esto sucede lo hace con disciplina y fervor liberal”. Tan es así que cuando Heredia, preocupado por el protagonismo político de los italianos, abandona *El Iris* el 17 de junio, la revista apenas sobrevive despojada de su oferta literaria. El miércoles 2 de agosto de 1826, faltando dos días para que cumpliera medio año publicándose, *El Iris* desaparece: son Galli y Linati quienes deciden cerrarlo, agrade-

⁷³ *Ibid.*, pp. xxx-xxxI.

ciendo “la hospitalidad mexicana”.⁷⁴ Lo cierto que el par de italianos se habían metido, a juicio de los novísimos mexicanos, demasiado en política, discurrendo sobre la necesidad de que el débil gobierno se defendiese con un Estado Mayor militar.

Más grave habrá sido la defensa hecha por *El Iris* de los asesinos del ex dominico José María Marchena, un aventurero peruano que el gobierno había utilizado para espionar a Iturbide y resultó asesinado, en mayo de 1826, por sus propios secuaces, para quienes los italianos exigieron, en buena lid liberal, las mínimas garantías procesales. Heredia se incomodó y se fue de la revista, el 21 de junio. También influyó en la ruptura del triunvirato editor, la animadversión crítica, teñida de antiespañolismo, de Heredia contra el actor Andrés Prieto, muy amigo de los italianos. Finalmente, tal parece que los italianos, mafiosos, querían sustituir a Heredia con un paisano funambulesco, el marqués Horacio Attellis Santangelo, autor de una disertación sobre el Congreso de Panamá que provocó su expulsión del país.⁷⁵

El Iris, tal como lo presentó Heredia en una “Introducción”, se proponía, de consuno con el “Prospecto” mostrado previamente por los italianos, no presentar “un monumento a la gloria literaria de la nación” sino ilustrar liberalmente a los espíritus desfallecientes por tantos años de guerra y aliviar, sobre todo, el tedio del bello sexo. Pero la distancia entre lo ofrecido por el *Diario de México*, a principios de la década anterior y la oferta de *El Iris*, es enorme: el cataclismo cultural de la Revolución francesa había llegado a México, con el retraso de una generación, y el agente más visible de esa impronta romántica fue Heredia, a quien, como lo reconoció Lezama Lima, el genio crítico le nació en el México republicano.

De los 129 artículos-ensayos, contabilizados por Schneider, aparecidos en *El Iris*, Heredia firmó quince crónicas, diez poemas y seis traducciones. Las poesías son, la mayoría, circunstanciales y expresan el agotamiento de su estro poético, unánimemente

⁷⁴ *Ibid.*, p. XXXVII y LIX.

⁷⁵ *Ibid.*, pp. XLVI-XLVII, LII.

aceptado por todos sus críticos tras su regreso a México: “versos escritos en el álbum de una señorita, imitando a lord Byron”, un “Apóstrofe de Ossian al sol”, un poema en honor del bosque de Chapultepec, himnos de guerra y un festejo del aniversario de los Estados Unidos. El resto lo componen sus traducciones, como la de lord Byron y sus discutidas recreaciones, del francés, de cuentos orientales.

Como no podía ser de otra manera, el primer ensayo importante de Heredia en *El Iris* es el dedicado a lord Byron, quien había muerto menos de dos años antes. El poeta-crítico entra en materia y a su manera, como toda su generación, retratando a lord Byron, se autorretrata. Tras hacer el elogio de la actual literatura inglesa, la de Scott y Thomas Moore, gesto innovador ante una opinión pública acostumbrada a escuchar los nombres de los últimos neoclásicos franceses, aquellos que habían sobrevivido gracias al gusto anticuado de Napoleón y su corte, dice Heredia que a lord Byron “muy pronto dejaremos de contarle entre los contemporáneos” dada su elevación como clásico:

Algunos han pretendido persuadir que debe su celebridad a su rango distinguido y a su carácter novelesco más que al mérito real de sus escritos. Pero no somos de esa opinión: sus poesías, sin tener los requisitos que los críticos exigen para llamarse clásicas, tienen un mérito singular e indisputable, sacado de la sensibilidad profunda de su corazón y del fuego de su fantasía.⁷⁶

Heredia, en este elogio de la personalidad romántica, la cual, nunca lo olvidemos, era una novedad radical, va más lejos subrayando que en lord Byron

los objetos de sus descripciones, en general orientales, se presentan en sus versos mágicos con los mismos colores vivos y brillantes con que se retrataron en su personalidad encendida. Los afectos que

⁷⁶ *Ibid.*, p. 27. Reproducido también en Heredia, *Niágara y otros textos*, *op. cit.*, pp. 169-170.

presta a sus personajes son de aquellos que sólo salen de su corazón sensible, generoso y abrumado y agriado por el infortunio y la injusticia de los hombres.⁷⁷

Lord Byron, a los ojos de Heredia, era el poseedor activo de una biografía doliente:

Se dice que Byron vivió atormentado por disgustos domésticos, y las poesías en que se refiere a ellos son acaso las más interesantes. Reina en ellas un abandono, una ternura melancólica, un sentimiento de injusticia tan verdadero y tan profundo, que al leerlas nadie puede ser indiferente a los dolores del poeta. Sin duda estas desgracias dieron a sus obras el tono de misantropía que en general reina en ellas, y agitaron su espíritu en término de hacerle insufrible la permanencia en su patria.⁷⁸

No sólo lord Byron es un desterrado, sino es un misántropo, como deberán serlo todos los poetas de su escuela y como Heredia mismo, un aventurero entre las ruinas. El cubano había estado en las de Maiquetía y en la del Teocalli de Cholula, mientras que su admirado poeta

recorría la Europa buscando alivio a sus angustias mentales entre las ruinas de Roma y de la Grecia. Esta última nación era el objeto predilecto de su piedad y de su amor. Erraba por las ciudades, y a veces ignoraba su paradero hasta que algún himno de dolor revelaba el asilo de su existencia. A veces trataba de sofocar sus penas entre el torbellino de sus vicios; pero luego avergonzado abandonaba a los compañeros de sus excesos.⁷⁹

La Revolución, la guerra liberadora, fracasarán. Heredia ya lo había sufrido en carne propia cuando exaltaba a lord Byron en *El Iris*, hace al poeta moderno:

⁷⁷ *Ibid.*, p. 27.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 28.

⁷⁹ *Idem.*

Así pasaba su vida, cuando la insurrección de Grecia vino a ofrecerle un campo nuevo de sensaciones y esperanzas. Sus himnos habían llamado más de una vez a aquel pueblo infeliz a que renovase los días antiguos, y el poeta no vaciló en volar a su auxilio con su lira, su oro y su espada. Ya los proscritos por la libertad de toda Europa acudían a reunirse alrededor del nuevo Tirteo, cuando la muerte lo arrancó de repente a las Musas y a la libertad de un pueblo que le adoraba. Murió en Missolonghi el 10 de abril de 1824 a los 37 años de edad.⁸⁰ Los griegos desolados tributaron a su memoria los honores fúnebres que merecía, y su cadáver volvió a Inglaterra, dejando en Grecia su corazón.⁸¹

También en carne propia le tocará vivir a Heredia, en esos últimos trece años que le quedaban, la amargura oculta en esta mitificada y pueril estampa de lord Byron. Pero si de vivir byronianamente, es decir, peligrosamente, se trataba, Heredia iba ya para veterano y el desenlace de su vida sería, como lo veremos, de esas dimensiones.

En el resto de su artículo Heredia revisa, como es natural, la obra byroniana, empezando por “*La peregrinación de Childe Harold*, en que refiere sus viajes y meditaciones en España, Italia, Suiza y Grecia. Este poema es acaso el que más abunda en bellezas descriptivas y morales, aunque desgraciadamente se trasluce en él como en otros, el escepticismo del autor en religión”.⁸²

Ésta sólo será la primera vez que Heredia, en parte por precaución ante su público inocentón y en parte por una matriz católica que no lo abandonó del todo, le reproche su escepticismo y cosas peores. Dice Heredia con razón que los trozos en que Byron describe “a Roma y Venecia, los apóstrofes a Napoleón y al océano, son dignos del siglo más brillante en cualquier literatura”.⁸³

⁸⁰ Heredia se equivoca: Byron murió el 19 de abril. Augier, en su transcripción, no corrige el error.

⁸¹ José María Heredia, “Lord Byron”, en *El Iris*, I, *op. cit.*, pp. 28-29.

⁸² *Ibid.*, p. 29.

⁸³ *Idem.*

Tras hacer la alabanza de las costumbres orientales y “del amor violento y fatal de aquellos climas”, en *La novia de Abydos*, *El corsario*, *El sitio de Corinto*, *El Giaour*, Heredia entra en honduras al hablar de *Manfredo*, drama

en que intervienen espíritus malignos, contiene bellezas extraordinarias, y acaso nunca se ha pintado con verdad más espantosa el estado de ansia moral y tedio y terrores en que se agita el alma de un perverso. Su poema *Don Juan*, si bien es la peor de sus obras bajo el aspecto moral, es en la que manifestó más toda la flexibilidad amorosa de su genio: lo dejó sin concluir, y le hubiera estado mejor no haberlo empezado. Este poema irregular y extravagante tiene diez y seis cantos, que son una mezcla de aventuras amorosas, batallas, naufragios, bufonadas, impiedades, reflexiones y sentencias filosóficas.⁸⁴

A la condena del *Don Juan*, un abismo sonriente, Heredia le agrega alguna otra noticia y censura las tragedias byronianas porque en ellas desentendió “las unidades, y no supo sostenerse a la altura de la dignidad trágica”. Tampoco Heredia, por cierto, fue un buen autor dramático. Y concluye su artículo reproduciendo y traduciendo los versos que el poeta bostoniano Charles Sprague dedicará a la memoria de lord Byron, quien será desde entonces la insignia de Heredia.

Otro de los propósitos de *El Iris* lo cumplió Heredia a cabalidad, dotar al público mexicano de la familiaridad con sus héroes, tarea a menudo realizada por Galli o Linati, dejándole al cubano el retrato del general Francisco de Miranda, el precursor de la Independencia. Heredia lo exalta como el fundador del cosmopolitismo latinoamericano y entra a sus recuerdos personales de la destrucción dejada por “el terremoto acaecido el 26 de marzo de 1812 que arruinó las ciudades de Caracas, Barquisimeto y San Felipe”, que excitó la superstición del vulgo porque

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 29-30.

al “haber ocurrido en Jueves Santo” fue visto como “el primer acto de la Revolución. Monteverde aprovechó esta ocasión y entró con una corta división española por Coro”, concluye un Heredia que hará de ese mundo destruido, como vimos, su primera ruina poética.⁸⁵

En su modestia y generosidad, *El Iris* insertaba sentencias de La Rochefoucauld para animar a los mexicanos a ir en pos de la liberación de Cuba y estaba al día en novedades literarias europeas. Galli, por ejemplo, reseña el 29 de abril de 1826 las *Scènes de la nature sous les tropiques et de leur influence sur la poésie, suivies de Camoens et de Jozé Indio* (1824), libro que corroboraba sobre el terreno aquello que en *Pablo y Virginia* era ensoñación poética, treinta años atrás. Su autor era el viajero Ferdinand Denis, uno de los grandes exploradores de Brasil y el primer europeo en historiar una literatura latinoamericana como tal. El joven Sainte-Beuve, quien en algunos años será el principal crítico francés, había reseñado el mismo libro en *Le Globe*, el 18 de diciembre de 1824.

El repaso de la literatura contemporánea fue una elección vital que Heredia tomó en *El Iris* y que lo convirtió en el primer crítico hispanoamericano en asumir la responsabilidad fundadora de ese diálogo. Habiendo lamentado la ausencia, en nuestros países, de los poetas ingleses, Heredia presenta en el número 18 de *El Iris* a Thomas Campbell, y en el número 19 se pregunta por qué poseemos la inclinación ávida por leer “relaciones de asesinatos y suicidios, de violencias y quejas, de pestes y hambres” que “junto al anhelo con que se precipita el pueblo a las ejecuciones públicas”, como si preparara, a partir de una banalidad asociada al drama trágico tal cual lo entendía la Ilustración, una explicación del espíritu romántico.⁸⁶ Y en una notita a la literatura francesa moderna en el número 10 de *El Iris*, el 8 de abril de 1826 deja escrito Heredia el párrafo decisivo, el que pondrá fin, en México, a la innovación retrógrada:

⁸⁵ *Ibid.*, p. 62.

⁸⁶ *El Iris*, *op. cit.*, II, pp. 46-47.

Dejémonos de preocupaciones, que son malas en todo y siempre. No repitamos como loros que nada puede igualarse a los antiguos para no tomarnos el trabajo de examinar las obras de los modernos. No hay opinión más funesta ni más propia para ahogar en los pechos de nuestra juventud el germen del genio creador. La carrera que se abra al talento y a la aplicación, debe ser indefinida, inmensa, como la eterna duración de la fama que debe coronar sus esfuerzos. En vez de inspirarnos desaliento, debemos ensanchar la esfera de nuestras ideas más allá de los límites que conocemos, para lanzarnos en la región de las cosas posibles, y buscar en ella nuevos títulos a la gloria.⁸⁷

Cuando Heredia dejó *El Iris* estaba bien preparado para entrar en su madurez como crítico. En su siguiente proyecto, la *Miscelánea*, dejaría de ser el cronista teatral todavía obsesionado en contarle las unidades de medida a los autores dramáticos, dejará de mecerse en las aguas de Ossian y su mitología nórdica normalizada por el neoclasicismo y hablaría de manera más firme sobre los poetas mexicanos, cuya crítica inicia en *El Iris* regañando a un juriconsulto soñador por sus *Poesías*, el veracruzano Joaquín María de Castillo y Lanzas.

Desaparecido en seis meses, *El Iris*, la revista que había saludado el levantamiento decembrista ruso en el otro lado del mundo, había trazado una frontera entre lo viejo y lo nuevo. En un editorial aparecido el sábado 4 de marzo de 1826, antes de lamentar que se ignorase la escuela liberal de Benjamin Constant mientras los jesuitas inclinaban a sus educandos hacia Chateaubriand, Galli resume el espíritu que animó *El Iris*, feliz de monopolizar la más interesante de todas las épocas, jactancia que define a los hombres más lúcidos:

En la inmensa carrera de vicisitudes que ha corrido el género humano, tal vez no hay época más fecunda en acontecimientos extraordinarios y lecciones terribles para la posteridad que la primera

⁸⁷ *El Iris*, op. cit., I, p. 98.

cuarta parte del siglo XIX. La historia de este periodo es un compendio de la historia del mundo. Naciones que salen de la nada, otras que desaparecen; ciudadanos que consiguen la corona, coronados que pierden la cabeza; pueblos esclavos que recobran sus derechos, pueblos libres que dejan de cargar cadenas; principios consecutivos del orden social, convertidos en germen de discordia; ministros de un Dios de paz, transformados en apóstoles de la venganza; ejércitos que aspiran al dominio del orbe, otros que les dictan la ley en su mismo país; batallas en que los generales no son más que soldados, otras en que no son menos que monarcas; potencias preponderantes y otras en esqueleto, después de congresos para establecer el equilibrio de la balanza política; reyes que se burlan de sus súbditos, particulares que dominan la voluntad de los reyes; revoluciones y contrarrevoluciones; masas impelidas contra masas, naciones contra naciones, un mundo contra otro por guerra de opinión...⁸⁸

Los años transcurridos entre el cierre de *El Iris* en agosto de 1826 y la aparición de la *Miscelánea* en septiembre de 1829 son de los menos conocidos de la agitada vida de Heredia. Fueron tiempos de maduración intelectual, como se dará cuenta quien compare el filo de su pluma en uno y otro impreso. Intenta fundar un primer periódico mexicano propio, *El Argos*, del cual sólo sale un prospecto, se casa y pierde a su primera hija y circunda la capital como político activo en el poderoso Estado de México. Capitán artillero en Tlalpan, en defensa del sucesor de Victoria, el general Vicente Guerrero, cuya política liberal había ocasionado la rebelión del vicepresidente Anastasio Bustamante, Heredia perderá temporalmente su cargo de fiscal de la Audiencia de México en marzo de 1830, lo que le permitirá dedicarse a la *Miscelánea*, la primera gran revista literaria que se publicará en México. Así presentará su revista, como conservador de todo aquello destruido regularmente por la inquina civil, reprochándole a “las mentes

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 39-40.

agitadas por la triste manía de dominar y destruir, miran como despreciables y pueriles las inocentes ocupaciones del filósofo y del literato, hacia las que afectan el altivo menosprecio de la superioridad”.⁸⁹

Mientras que *El Iris* aún traduce una energía política emanada del momento revolucionario de la Independencia, revista animada por radicales extranjeros, la *Miscelánea* es, propiamente hablando, una revista de aquéllas que pueden y deben hacerse en tiempos de paz, concentrada casi exclusivamente en la crítica y la literatura, con algo de divulgación mediante traducciones. *Minerva*, finalmente, el tercer y último intento de Heredia, aparecido en 1834, como periodista literario es, frente a la *Miscelánea*, un retroceso. Aunque en ella aparece la acre censura crítica que hace Heredia de la poesía del padre Sartorio, predominan en *Minerva* los temas de divulgación científica (nuevo método para pavimentar las calles, aplicación de una máquina de vapor a los globos aerostáticos, la misteriosa ciudad de Palanque en Chiapas, etc.), un largo poema especulativo suyo (“La inmortalidad”) y un buen relato romántico, “El hombre misterioso”, sin firma. Uno supondría que los muchos malque- rientes políticos y literarios de Heredia, que se precipitaba hacia el fin de su breve e intensa vida, le habrían reprochado, como es habitual, el elitismo o el cosmopolitismo de la *Miscelánea*.

El pleno dominio de Heredia sobre su *Miscelánea* es notorio: traduce el paralelo entre Washington y Bonaparte, de Chateaubriand, tomado de la edición de 1827 de los *Viajes* del vizconde y que más tarde irá a parar a las *Memorias de ultratumba*, elogia a Domingo Solís, un traductor sevillano de Marie-Joseph Chenier, el hermano mayor del mártir, pero advierte excesivas las libertades que se toma Juan Nicasio Gallego traduciendo a Ossian. Arremete contra la revista *El Aguinaldo del año 1829*, de Filadelfia, porque roba artículos y desmenuza composiciones ajenas, echando a perder, por ejemplo, una bella canción de Mira de Amescua. Quizá por allí se encuentre otra pista de aquellos quienes publicaron allá, quizá, *Jicoténcal* sin

⁸⁹ Heredia, *Miscelánea*, *op. cit.*, p. 5.

su autorización. Publica también “Al cometa de 1825”, uno de sus últimos poemas a la vez graves y enfáticos.

En el número 2, de octubre de 1829, Heredia publica su “Ensayo sobre la poesía francesa”, uno de los mejores entre los suyos y prueba suficiente de que, con la *Miscelánea*, México tenía, al fin, una revista literaria cosmopolita, cuyo único autor, el poeta de origen cubano, insistía en hacer literatura comparada. Una de sus obsesiones críticas, el duelo entre las literaturas inglesa y francesa, contraste indispensable para iniciarse en el romanticismo, produce el siguiente párrafo:

Si fuera posible traducir con igual éxito a un idioma común las obras de los poetas de todas las naciones, aunque a primera vista presentaran el mismo aspecto, aun sería fácil distinguir a poco examen los poetas antiguos de los modernos, y diferenciar entre éstos a los españoles de los italianos, a éstos de los ingleses, y a los franceses de estos últimos.⁹⁰

Ese idioma común, aunque Heredia nunca será del todo consciente de ello, será el romanticismo, el mismo que le permite decir en Tlalpan lo que se dice en París: que al mundo de Voltaire lo ha sustituido, *innovación retrógrada* si se quiere, el de Shakespeare:

Mas para no extraviarnos en la vasta extensión del asunto, nos limitaremos a señalar el carácter peculiar de las poesías inglesa y francesa, lo que tal vez puede hacerse con dos palabras: los poetas ingleses pecan por exceso de imaginación, y los franceses por su falta. Los primeros, fieles intérpretes de la naturaleza, no se desdeñan de expresar sus más extrañas formas. Los segundos, elegantes adoradores del arte, a veces han perdido a la naturaleza de vista por seguirle, olvidando el precepto de Horacio: *Artis est celare artem*. Los franceses han supuesto que el *buen gusto* no podía entrar en la composición de poema inglés alguno, porque los poetas de aquella nación

⁹⁰ *Ibid.*, p. 33.

muchas veces han desdeñado sus reglas; y los críticos ingleses han considerado helada la poesía francesa, por no encontrar en algunos de sus autores el fervor de fantasía y profundidad de sentimientos que abundan en la suya.

El tiempo, corrector de nuestros juicios, ha rectificado ya mucho estas opiniones exageradas. Los mismos franceses confiesan ya que los ásperos términos en que habla del genio sublime aunque singular de Shakespeare, son indignos de la sana crítica y de su genio.⁹¹

Aquí a Heredia no le es suficiente con suministrarle al lector los prolegómenos necesarios para la comprensión de la historia de la poesía francesa, desde los trovadores y su invención de la rima hasta el reinado de Luis XIII cuando Richelieu establece la Academia Francesa, también lanza contra el neoclasicismo los dardos habituales en los románticos, pero eran novedosos para los lectores de la *Miscelánea*. Heredia encontraba dos maneras de ser escritor:

Para ilustrar prácticamente esta observación, comparemos la suerte de Racine, muerto de pesar por el ceño del monarca, a la de Shakespeare, descuidado en la corte de Isabel sobre agradarla o no en los versos que escribía de la plenitud de su alma: comparemos a Voltaire, ocupado en la corte de Prusia en corregir los miserables versos de Federico II, con el pobre Burns, que abandonado, lleno de aflicciones, desengaños y miserias, no dejó de ser poeta y hombre, y pulsó de cuando en cuando su lira, no para elogiar a los grandes, ni implorar a la fortuna, sino para aliviar su corazón, desahogando sentimientos tan sencillos como nobles y puros.⁹²

No es que Heredia, llegado a México para despachar con el presidente de la República, despreciase al escritor avecindado con el poder —como lo había estado a principios de esa década su admi-

⁹¹ *Ibid.*, pp. 33-34.

⁹² *Ibid.*, p. 36.

rado Chateaubriand, canciller y embajador bajo Luis XVIII—, sino que entendía que el poeta, a la manera de Voltaire, que un día estaba en la cárcel y otro en la corte era una figura del pasado. El futuro pertenecía a los Burns y el propio Heredia tendría un destino mucho más parecido al del poeta escocés que al del panteonizado Voltaire.

La *Miscelánea* no sólo presenta en ese segundo número artículos de interés general, que muy bien podía escribir, traducir o sólo transcribir Heredia, el editor, sino cuentos, la mayoría de ellos “orientales” que hasta la fecha no se sabe si eran suyos o no. Yo creo que no lo eran. También como editor, Heredia está en la frontera entre dos épocas: suele respetar lo ajeno y acostumbra no firmar como propias cosas de otros como se hacía poco tiempo atrás, todavía con cierta inverecundia, en Europa. Pero la tentación existe, como en esas *Lecciones de historia universal*, del escocés Tytler, que Heredia tradujo y adaptó sometido a la tentación, en Toluca en 1831, de hacerlas pasar como propias. Pero en la *Miscelánea* solía firmar lo suyo, fueran poesías, ensayos o traducciones. Pertenecían esos cuentos orientales a la tradición desgajada de las traducciones dieciochescas de *Las mil y una noches*, ofreciendo Heredia en la *Miscelánea* aquellos de mayor jugo moral, liberal como era, consideraba una revista literaria como esencialmente instructiva. “Omar, o vanidad de los proyectos humanos”, es un cuento oriental de ese sesgo, al que se sumarán otros ambientados en diversas latitudes.

“Ciertos relatos”, de Heredia en la *Miscelánea*, dice José Miguel Oviedo en su *Historia de la literatura hispanoamericana* (1995), como

“Aningait y Ajut”, que él subtitula “Cuento groenlandés”, son de un exotismo tan remoto que excede los tópicos visitados por la imaginación romántica. El historiador de la literatura cubana Remos y Rubio sospecha que son traducciones del francés, sin citar su posible fuente, hipótesis que repite Salvador Bueno. Ángel Aparicio Laurencio los contradice con ardor y sostiene que Heredia “nos

dejó más de un cuento con muchos elementos románticos”, pero tampoco llega a probarlo. Por su parte, Luis Leal critica que parte de esos “cuentos orientales” se hayan publicado “bajo su nombre, como si fuesen originales de él”.⁹³

Originales o condesados, los cuentos publicados por Heredia en la *Miscelánea* son indudablemente románticos, como es todo su diseño periodístico basado en la publicación de curiosidades, como el extracto de la travesía de un viajero inglés a Santa Helena, donde hacía pocos años había muerto Napoleón y reposaban aún sus restos, lo mismo que noticias frescas sobre los recientes descubrimientos arqueológicos en Herculano y Pompeya o una reseña de la biografía de Colón escrita por Washington Irving publicada en 1828. Ese segundo número de la revista finaliza con una traducción de Heredia de “La novia de Corinto”, de Goethe.

En noviembre de 1829 el número tercero trae una novedad, la primera crítica literaria que le hiciera Heredia a un poeta mexicano de importancia, contemporáneo suyo, Fernando Calderón (1809-1845), cuyas *Obras* habían aparecido en Guadalajara el año anterior. Ya se elija 1819 con Terán reseñando *El Periquillo Sarniento* en la agonía de la Nueva España o este 1829 cuando Heredia saluda las poesías de Calderón, en todo caso la crítica literaria habría aparecido en México entre quince y cuatro años antes que en Argentina, donde se ofrece 1834 como fecha de inauguración, al ser reseñados por primera vez ese año *Los consuelos*, de Esteban Echeverría.⁹⁴

El artículo de Heredia comienza diciendo que en América “el cultivo de las bellas letras” había languidecido como “consecuencia necesaria de los tres siglos transcurridos en el bárbaro régimen co-

⁹³ José Miguel Oviedo, *Historia de la literatura hispanoamericana*, 1. *De los orígenes a la emancipación*, Madrid, Alianza, pp. 365-366. Rolando D.H. Morelli en sus *Cuentos y relatos* (2013), de Heredia, admite sin crítica ni discusión la autoría de Heredia.

⁹⁴ Adriana Amante, “La crítica como proyecto. Juan María Gutiérrez”, en Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, 2. *La lucha de los lenguajes*, Buenos Aires, Emecé, 2003, p. 162.

lonial”. No sólo eso, dice un Heredia más cercano a sus veinte años que a sus treinta, “un férreo yugo” dominaba “la voz y aun el pensamiento de la lira americana” que “sólo podía cantar frívolos amores, sin traspasar el grado de calor marcado por el termómetro del Santo Oficio”. En su tono más demagógico, se felicitaba Heredia de que “rota ya felizmente aquella cadena ominosa, apagadas las hogueras de la Inquisición, y quitado el freno al vuelo del genio creador, parece indudable que México unirá muy pronto en su frente la oliva de Minerva y el laurel de Apolo a las palmas sangrientas de Marte”.⁹⁵

Ese tono era, desde luego, el del político extranjero nacionalizándose al cual no le venía mal cargar las tintas antiespañolas y patrióticas, desdeñando una tradición literaria, la española, que no era la que un nuevo romántico prefería pero tampoco tan desdeñable como para reducirla al canto de amores frívolos a la manera de los árcades, opinión insostenible en un poeta como Heredia, educado en la escuela salamantina de los Meléndez Valdés, a cuyos continuadores, en fecundo conflicto como el suyo al apasionarse por el romanticismo, del tipo de Juan Nicasio Gallego (a quien Del Monte acaba de editar en Cuba), difundía en la *Miscelánea*. No se privó Heredia de publicar —nobleza obliga— tanto la biografía que de Meléndez Valdés escribió Manuel José Quintana como dos de los más largos ensayos retóricos que este último escribiera sobre la rima y el verso suelto, y sobre las reglas del drama. Ese origen, esa pertenencia, chocaba en Heredia con su genuina e incurable adicción a la Leyenda Negra de España en América. Pocos liberales americanos superaron esa superstición.

Tras la admonición, la crítica. Calderón, que publicaría varios poemas en la *Miscelánea*, sólo tenía veinte años y se probaba en el género erótico. Muchas de las poesías del muchacho, que moriría precozmente tras frecuentar la llamada Academia de Letrán de 1836, eran infelices, según Heredia, pues el autor había tenido “que luchar con la insípida monotonía del romance endecasílabo, versi-

⁹⁵ Heredia, *Miscelánea*, *op. cit.*, p. 65.

ficación viciosa, digna hija de la corrupción del gusto en el siglo anterior, y que sin ninguna de las ventajas de la rima, ofrece multiplicados sus inconvenientes”.⁹⁶

Le aconseja que se siga por el camino de Tibulo, lamenta “que los estrechos límites de la *Miscelánea* nos vedan analizar” cada una de las composiciones del joven, a quien, rimbombantes como solemos ser los críticos al ordenar poetas, lo presenta así para terminar quejándose de la mala circulación de los libros de poesía: “El Señor Calderón existe, y Anáhuac tiene un poeta.”⁹⁷ La declaración de Heredia es pomposa y rotunda, pero no explica por qué él mismo, aunque mencionado de paso por Prieto en sus falibles *Memorias de mis tiempos*, les fue indiferente un lustro después a los muchachos “académicos” de Letrán que presumían a Calderón. Tola de Habich lo atribuye a que para 1836 el cubano ya había caído en desgracia con Santa Anna. Hubieran sido, ya insistiré sobre ello, los discípulos naturales. ¿Porque era, no sólo un extranjero, sino un político desterrado de la Ciudad de México?⁹⁸

Las siguientes intervenciones de Heredia como crítico de la poesía mexicana se limitaron a la cantata bélica de Francisco Ortega en honor de la victoria en Tampico del general Santa Anna contra la muy frustrada intentona de los españoles por reconquistar México, con un brigadier al frente, en 1829. Al bardo entusiasta, Heredia se limita a corregirle la gramática —“querríamos que el señor Ortega hubiese economizado las acepciones del subjuntivo por pretérito imperfecto, que a pesar del ejemplo de Meléndez y otros modernos, no dejan de ser arcaísmos”—⁹⁹ y pasa a otra cosa.

En uno de sus pensamientos, que salpimentaban la *Miscelánea*, reflexionaba sobre el asunto de ser extranjero: “Los vicios traídos por los extranjeros hacen progresos más rápidos en una nación que aún conserva la inocencia primitiva, que en una sociedad ya co-

⁹⁶ *Ibid.*, p. 65.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 68.

⁹⁸ Fernando Tola de Habich, “Estudio preliminar” a *El Año Nuevo de 1837*, I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, p. xxix.

⁹⁹ Heredia, *Miscelánea*, *op. cit.*, p. 127.

rrompida; como un hombre sano perece en el aire pestífero en que viven otros habituados a él.”¹⁰⁰

La probable ironía que Heredia lanza contra sí mismo, aún convencido de que su futuro era mexicano, quizá le permitió escribir una reseña muy dura contra el fraile Navarrete, el poeta más admirado del Anáhuac antes de la llegada del propio Heredia. En mayo de 1832 se atrevió Heredia a concluir, en las páginas de la *Miscelánea*, que cuando Martínez de Navarrete cantaba inspirado “por las augustas páginas de la religión y de la moral, lo que infunde su noble voz no es precisamente aquel respeto encogido, aquella veneración mezclada de temor, ni aquella elevación de las ideas envuelta en cierta rigidez” propias del verdadero sentimiento religioso sino “más bien una afición cariñosa a la virtud, una obediencia fácil y gustosa de sus máximas, una santa amistad a los preceptos y verdades austeras de la religión”.¹⁰¹

Es decir: a ese lector de Chateaubriand que era Heredia, no le impresionaba gran cosa el cristianismo navarretiano. Sólo le concedía a Martínez de Navarrete el privilegio de ser el primer poeta mexicano. Recordemos que dada la muerte del fraile en 1809 y la publicación póstuma de sus *Entretencimientos poéticos* en 1823, hacía de la de Heredia una ácida reseña extemporánea, hija de la necesidad que el crítico tenía de ajustar cuentas con un antepasado incómodo. A Martínez de Navarrete, escribió Heredia, no se le recordaría por sus églogas, “en las cuales hay más tono erótico-elegíaco que colorido campestre”, ni por sus fábulas, “poco felices en la elección del sujeto y en el desempeño de su narración”, ni por sus sátiras, “cáusticas en palabras y desnudas de pensamientos graves y profundos”, ni por sus “epigramas, no bien sazonados con la sal del chiste”, ni por “sus sonetos, desprovistos de la insensible gradación con que por una corta escala de pensamientos escogidos llega la mente a fijarse y quedar suspensa en una sentencia o un rasgo, que es como el remate atrevido de un edificio perfecto”.¹⁰²

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 148.

¹⁰¹ *Ibid.*, pp. 438-439.

¹⁰² *Idem.*

Atreviéndose a decir que a Martínez de Navarrete le faltaba mundo, Heredia, de quien Martí dijo en 1888 que “le sobraron alientos y le faltó mundo”,¹⁰³ retomaba las labores de divulgación que, a través de traducciones del francés, tomaban mucho del espacio de la *Miscelánea*, como esas “Cartas sobre la mitología”, las cuales expresaban que la marcha al exilio de los dioses griegos banalizados o dotados de ciudadanía por el neoclasicismo, sería lenta y que al editor, poeta y crítico, educacionista, le costaba decirles adiós. Pero eso no era lo peor de la *Miscelánea*, sino la insistencia de su autor y editor en publicar la parte más anacrónica de su obra, dramas como *Los últimos romanos* con sus Brutos, Agripas y Casios remitiendo penosamente y ya sin ninguna justificación al mundo desaparecido de Alfieri. Tanto más penoso era que, libre en una república, el poeta ya no tenía, como los escritores de cincuenta años atrás, que ocultar tras las máscaras romanas a los tiranos del presente. Pero esa ocultación persistió en otros lados: Hugo, con el *Hernani*, estrenado precisamente en 1830, recurría a la España medieval para hacer del romanticismo un arma política, de la misma manera que el autor de *Jicoténcal* se servía de la República tlaxcalteca para dramatizar el destino del liberalismo español.

Como al doctor Mora, con quien le unía la deriva hacia un liberalismo cada vez más conservador, a Heredia, y ello se ve en el número quinto de la *Miscelánea*, el de enero de 1830, le preocupaba que la revolución romántica, que en términos generales compartía, deviniese en desprecio por la sabiduría de los antiguos y en el maltrato de sus grandes obras. Consideraba, además, que la mexicana era una República nacida inculta, pero a esa orfandad notoria contribuían liberales como él mismo cuando, para elogiar a un joven poeta como Calderón, rompían, por falsía intelectual y oportunismo político, todo nexo con la aborrecida e inquisitorial tradición española. Con esa ambigüedad publica, sin firma, un regaño de las siguientes proporciones:

¹⁰³ Martí, “Heredia”, en *Obras completas*, 5, *op. cit.*, p. 205.

La dolencia mental de la generación presente consiste en su aversión al estudio, su desprecio a los grandes maestros de la antigua sabiduría, y su ciega confianza en el talento y sagacidad natural. Los ingenios de este afortunado siglo han descubierto que para llegar al templo de la Fama, una senda que jamás osó emprender la torpe rutina de nuestros laboriosos mayores. Cortan los nudos del sofisma, que antes no se desataban en años, resuelven las dificultades con súbitas irradiaciones de inteligencia, y abrazan con una ojeada una larga serie de argumentos. [...] Sin embargo, no hay cálculo más susceptible del error que el que se hace para computar el propio talento. Sucede generalmente que al entrar en el mundo por la atracción natural de la semejanza, nos juntamos con otros jóvenes atolondrados e ignorantes como nosotros, y nos apreciamos, comparándonos con ellos: cuando hemos obtenido una superioridad positiva sobre nuestros allegados, la imaginación y el deseo la extienden con facilidad al resto de los hombres y si ningún accidente nos introduce en nuevas emulaciones, envejecemos y morimos admirando nuestras cualidades.¹⁰⁴

Dejemos caer el regaño generacional y quedémonos con la llamada al rigor, porque la generación que empezaba a publicar, la que se reuniría en la Academia de Letrán, haría sus primeras letras partiendo de una situación de extrema pobreza intelectual, la más aguda de todo el siglo XIX, una vez desaparecidas figuras como la de Heredia, quien insistía en despedirse de los poetas del pasado, que como el abate Delille o el delicioso J.F. Ducis (1733-1816), un atolondrado adaptador de Shakespeare al francés que se jactaba de su ignorancia del inglés. El aprecio que Heredia sentía por Delille o por Ducis no era muy distinto al expresado casi una década después por Sainte-Beuve: despedían, los críticos, a sus viejos. Y era imposible para Heredia, a su vez, no ajustar cuentas con Rousseau, como lo hace en febrero de 1830, en el número 6 de la *Miscelánea*.

¹⁰⁴ Heredia, *Miscelánea*, op. cit., pp. 113-144.

“Sobre el carácter de J.J. Rousseau, su *Julia* y sus *Confesiones*”, así se titula el ensayo de Heredia, uno de los mejores entre los suyos. “No ha existido”, le confiesa el crítico a sus lectores,

un autor que haya dividido las opiniones del mundo literario con el extremo de Rousseau. Unos lo han ensalzado como un ángel, y otros le anatematizan como un demonio. Un partido lo proclama superior a todo elogio, y otro inferior a todo menosprecio. Algunos hallan en sus pensamientos la perfección de la naturaleza, y otros la mayor plausibilidad del arte. Empero todos convienen en que justa o injustamente ha ejercido en su siglo un influjo despótico, ha enseñado a sentir a los más indiferentes, a pensar a los más superficiales, y a amar y pretender la libertad a los más abyectos.¹⁰⁵

En clave muy romántica le cuenta Heredia a sus lectores la vida de Rousseau, “el sofista embrión” que se escapa de Ginebra para cultivar su sensibilidad, misma que quedará deformada por el encuentro decisivo con Madame de Warrens. Se cuida Heredia de condenar, me parece que de todo corazón, la inmoralidad en Rousseau, el hipocondríaco, como había denunciado en *El Iris* la de lord Byron, pero una y otra falencia del orden ético presupone —aunque el poeta se cuide de decirlo— la originalidad de sus creaciones. A la soledad, desde luego, se le culpa de “la tibieza, la sospecha y al cabo el odio” que separaron a Rousseau de los Diderot, los d’Alembert, los Voltaire, los Hume, los Saint-Lambert, los Grimm: “el defecto invariable de Rousseau”, concluye Heredia, “fue sustituir los sentimientos a los principios”.¹⁰⁶

La errancia llevó a Rousseau a escribir *La nueva Eloísa*, cuyo influjo hizo de la Ilustración, romanticismo, obra, según confiesa Heredia a sus lectores mexicanos, que

no es un libro cuyo gusto pasa con la primera juventud; crece con nosotros, abjuramos sus principios, pero su ternura nos interesa

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 135.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 137.

profundamente, y aun cuando lo repudiamos como un prontuario de vicio, reclama nuevos derechos a nuestra admiración con la riqueza exuberante de sus ideas, sus sofismas ingeniosos e intachable estilo. En todas sus páginas reconocemos la presencia de un espíritu fuerte y analítico, que ha penetrado con profundo estudio el origen y progresos de sus más ligeras emociones, y pintándolas con distinción y sinceridad al punto que nacieron.¹⁰⁷

Heredía, como todos los románticos desprendidos del catolicismo (y aun antes de éste, recuérdense las prevenciones de los árcades respecto al cismático doctor Young), se pone en guardia cuando se trata de la inmoralidad de algunos protestantes, como lord Byron y Rousseau, pero en esa primera temporada romántica, la ejemplaridad cívica es la que acaba de moldear a esos grandes hombres que la *Miscelánea* le propone a sus lectores, educándolos; enumerados los defectos de los que se gloria Rousseau en sus *Confesiones*, pinta su raya, mostrando esa integridad última, tan del gusto de Menéndez Pelayo, para quien “el alma tierna y afectuosa de Heredia, víctima de sus quimeras políticas, tenía poco que ver con el feroz egoísmo de Byron”.¹⁰⁸

Concluye el cubano sobre Rousseau:

El verdadero apóstol de la libertad debe ser superior al vulgo en su vida como en sus facultades intelectuales. No basta que tenga talento para discutir grandes principios, si no tiene corazón para sentirlos, y fuerza para practicarlos, porque solamente la unión del genio y de la virtud pueden asegurar la convicción del universo. Milton, cuyos escritos fueron tan sublimes como pura su vida, habló de la plenitud de su alma cuando se declaró enemigo de la tiranía; las costumbres privadas de Tell acreditaron sus máximas patrióticas, y el influjo moral de Washington como dictador provino

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 139.

¹⁰⁸ Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, 1, *op. cit.*, p. 236.

de sus virtudes domésticas. Mas Rousseau, aunque huyó de clima en clima, figurándose mártir de la libertad e independencia, sólo escribió por los impulsos de una imaginación exaltada y de un carácter desconfiado, inquietable y orgulloso. El resultado de sus afanes fue una vida miserable, una vejez desesperada, y una inmortalidad tan brillante como funesta.¹⁰⁹

A lo largo de la *Miscélaena* y por fortuna, Heredia se dedicó más a los poetas que a los prohombres. Revisó a los principales franceses de su tiempo, la mayoría olvidados, por haber florecido en los tiempos inmediatamente anteriores a la hugolatría, nombres como los de Antoine Arnault (1776-1834), el poeta fidelísimo a Napoleón, Gabriel-Marie Legouvé (1764-1812) o Népomucène Lemerrier (1771-1840), para algunos, este último, uno de los padres olvidados del romanticismo. Ninguno de ellos, más allá de su posteridad, hubiera podido serle desconocido a un crítico de importancia: Heredia, al reseñarlos, habla de que estaba en su sitio.

Ya en Toluca, donde arrancó en junio de 1831 la segunda y última época de la *Miscelánea*, Heredia se sintió con mayores ánimos para reseñar la actualidad literaria internacional, publicando en tres entregas una gran reseña de la literatura francesa contemporánea. Algo tiene ésta de listado —el crítico debe hacerle ese servicio a su público— y menciona muchos nombres más cercanos al siglo XVIII que al XIX, pero tiene el enorme valor de convertir a Heredia en el primer escritor que en México habló de los verdaderamente grandes, de quienes habían fundado, antes de la revolución de 1830, el romanticismo. Le da su lugar Heredia a Madame de Staël, cuyos talentos “son de un orden superior, y la han puesto al frente de los escritores de Europa” y menciona no sólo *De Alemania* (1810), sino sus novelas *Corina* (1802) y *Delfina* (1805), su libro sobre las pasiones y sus *Consideraciones sobre la Revolución francesa* (1818), aparecidas apenas un año antes de su muerte. No me extrañaría que las opiniones de Heredia sobre Rousseau proviniesen

¹⁰⁹ Heredia, *Miscelánea*, *op. cit.*, p. 141.

de ella, la hija de Necker a quien Napoleón tanto temía. Tampoco ignora Heredia al amante de la gran madame, Benjamin Constant, en quien “los enemigos de la libertad no tuvieron enemigo más formidable”.¹¹⁰

En agosto de 1831 Heredia continúa su reseña hablando de Casimire Delavigne, “todavía en el vigor de su juventud, es reputado justamente como uno de los mejores del siglo”, y sobre de Pierre-Jean de Béranger (1780-1857), a quien también dedicará un artículo suelto pues sin este apóstol de la musa popular es incomprendible la literatura del XIX, y Heredia lo sabía. Según Constant, escribe nuestro poeta-crítico, Béranger,

bajo el modesto título de canciones, hace odas sublimes y patéticas, dignas de la lira de Píndaro o del laúd de Anacreonte. Por desgracia, en algunas de sus composiciones reina un tono demasiado libre sobre asuntos muy respetables. Pero admira la facilidad con que muda asuntos y estilo, manejando con igual perfección los géneros satírico, erótico y lírico sublime. Ningún poeta francés le ha igualado en concisión y energía ni ha cantado con igual entusiasmo la gloria y los infortunios de su patria.¹¹¹

Si Béranger, héroe liberal contra la Restauración, amigo de las causas griega y americana, y a quien la Revolución de 1848 le ofreció, casi por aclamación, un asiento en la asamblea, aparece elogiado en la *Miscelánea*, el principal lugar se lo lleva no Victor Hugo —aún remoto para los americanos y despachado por ser autor de una “fraseología vaga y enigmática”— sino Alphonse de Lamartine, quien según Heredia, era

el gran favorito del público francés; a la verdad, ninguno de los autores vivos de aquella nación honra más a su Parnaso. Su genio solemne y meditabundo le hace parecer ente de una esfera puramente

¹¹⁰ *Ibid.*, pp. 234-235

¹¹¹ *Ibid.*, pp. 256-257.

intelectual y le pone continuamente en los últimos límites de la especulación humana. *Las meditaciones poéticas*, que fundaron su reputación, tienen casi todas este carácter metafísico y oscuro, aunque hay en ellas odas sublimes, sobre todo la del *Entusiasmo* y la de *Bonaparte*. Además ha escrito un magnífico poema sobre la muerte de Sócrates y el *Último canto de Childe Harold*, en que personifica a lord Byron en su héroe.¹¹²

La tercera y última entrega de la serie le hace los honores al polémico Chateaubriand, al crítico Villemain —en aquellas fechas más respetado como académico que el aún joven y rebelde Sainte-Beuve— sin olvidarse Heredia de historiadores como Guizot, Mignet y Thiers, bien conocidos por colegas liberales de Heredia como Zavala, a veces amigo y a veces enemigo, y el doctor Mora.

Hasta el 5 de julio de 1832 publicó Heredia, desde Toluca, la *Miscelánea*. Durante casi cuatro años, precedida por *El Iris* y completada por esa tercera revista, *Minerva*, de la que salieron sólo dos números de datación imprecisa, en 1834, Heredia le había dado a la literatura mexicana su primera tribuna internacional, una revista donde algunos lectores, probablemente muy pocos, por primera vez tenían la oportunidad de leer a Chateaubriand u oír mentar a Madame de Staël, a Béranger, a Lamartine, a Thomas Moore (se reseñó *El Epicúreo* en 1830) y a los novísimos Hugo y Vigny. Fue, cómo olvidarlo, crítico de Scott y al serlo, el primer teorizador de la novela en América. Más aún: este francófilo sabía que la literatura de su tiempo era lo que cabía entre lord Byron y sir Walter Scott. Tal cual lo entendió Hazlitt.

Heredia ajustó cuentas con el pasado, despidiéndose de los abuelos dieciochescos que se fueron muriendo durante el Imperio y la Restauración. Homenajeó a Rousseau y criticándolo, con pacatería preventiva pero sin ser nunca injusto, le aseguró un lugar inamovible muy lejos del veneno de la Iglesia católica, de la misma manera en que su devoción por sus maestros peninsulares (Meléndez Val-

¹¹² *Ibid.*, p. 257.

dés y Quintana) no le impidió, independentista americano que estaba a punto de admitir haber arado en el mar, corear la Leyenda Negra. Oscilante entre un neoclasicismo que no moría y cuya heroica resistencia se prolongaría décadas y un romanticismo de parto penoso, el poeta Heredia, el mismo autor de dos o tres poemas inolvidables, divulgó cuentos orientales, tradujo y condensó relatos románticos que de ser de su autoría aumentarían aún más su estatura. Publicó, necio, su mal teatro y le dio lugar a amigos suyos de escaso brillo, como Fernández Madrid, pecado que todo aquel que haya editado una revista literaria ha cometido y seguirá cometiendo. No llegó a ser, pese a lo pregonado con buena fe por Amado Alonso,¹¹³ el gran crítico de la lengua española hasta la aparición de Menéndez Pelayo, y si no lo fue ello no se debió a que le faltara carácter ni cultura sino que su condición de eterno extranjero, de cubano en un México que se cerraba y de mexicano en una Cuba que lo despreciaba, una vez esfumada la quimera de la América bolivariana y mal fundadas nuestras repúblicas bobas. Víctima de ese fracaso fue, como pocos, Heredia.

Esa extranjería, pese a los legalismos invocados para revocarla, se volvió ontológica y le impidió hablar con mayor libertad de sus contemporáneos, libertad que sí tuvo, por ejemplo, un español como Clarín (1852-1901), quien creo es ese crítico anterior a don Marcelino extrañado (y extrañamente omitido) por Alonso. En Heredia faltan los palos, aunque fue el primero en hablar con libertad y justicia de Martínez de Navarrete y no se aguantó, en el *Minerva*, cuando le tocó decir “que el literato y el crítico de gusto fallarán que Sartorio no era poeta”.¹¹⁴

Heredia, el cosmopolita repudiado, fundó la literatura mexicana moderna (y dado que el nuevo país data de 1821 esa moderni-

¹¹³ Amado Alonso y Julio Caillet-Bois, “Heredia como crítico literario”, *op. cit.*; Rosario Rexach, “José María Heredia como crítico literario”, *Círculo. Revista de Cultura*, 1997, pp. 149-157.

¹¹⁴ José María Heredia, *Minerva. Periódico literario*, presentación, edición y notas de María del Carmen Ruiz Castañeda, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, p. 30.

dad no podía ser sino romántica), pero sus años de olvido en las hemerotecas han terminado. Para fortuna nuestra, fue un extranjero: sólo una mirada distante, que quiere encariñarse sin lograrlo del todo, puede encontrarse a una Atala de Chateaubriand en la República espartana de Tlaxcala y colocar a Thomas Moore y a su epicúreo ante los ojos de los lectores de Tlalpan y de Toluca.

De él puede decirse no sólo que gracias a un puñado de poemas, pero sobre todo a la solitaria *Miscelánea*, termina en México la innovación retrógrada, sino lo que aquel poeta bisoño dijo de él: “El señor Heredia existe y México tiene un crítico”.

4. MUERTE EN LA GRECIA MEXICANA

“El torbellino revolucionario”, dirá Heredia en el prólogo a la edición de sus *Poesías* de 1832,

me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más o menos fortuna he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, periodista, crítico literario, magistrado, historiador y poeta a los veinticinco años. Todos mis escritos deben resentir la rara volubilidad de mi suerte. La nueva generación gozará días más serenos, y los que en ellas se consagren a las musas deben ser mucho más dichosos.¹¹⁵

Heredia no sólo se había cansado de ser romántico sino, hombre amigo del examen de conciencia, se daba cuenta de que el liberalismo exaltado, el nacido con la Constitución de Cádiz en 1812, se había agotado y la convicción de ese agotamiento se la daba la insoportable guerra de facciones sufrida por la joven y ya infausta República mexicana. Con *El Conservador*, editado por el poeta en Toluca gracias a Melchor Múzquiz, quien se turnaba con su adversario radical Zavala el puesto de gobernador, Heredia da uso por

¹¹⁵ José María Heredia, *Poesías*, Toluca, Imprenta del Estado, 1832.

primera vez en México a la voz “conservadora”. Según Rafael Rojas, el historiador cubano-mexicano que ha cubierto con una lectura heterodoxa ese último periodo de la vida de Heredia, ese “conservadurismo” poco tenía que ver con el conservadurismo ultramontano y promonárquico que lo sucedería. Era una reacción legalista y moderada, respaldada por masones de obediencia escocesa como Múzquiz, fundador de la logia El Sol.¹¹⁶

A ese “conservadurismo”, proveniente de Chateaubriand, quien había fundado *Le Conservateur* a fines de 1818, afín al liberalismo templado de la Restauración, propio de Madame de Staël y Constant, primero, y de Guizot después, durante la Monarquía de Julio, pertenecieron tres de los escritores importantes de ese primer periodo de nuestra literatura, el doctor Mora, el Alamán de aquella segunda década de la Independencia y Heredia, entre cuyos méritos no reconocidos hasta hace muy poco está la fundación de *El Conservador*.

Heredia, dice Rojas, “asociaba el descalabro de la República con el conflicto de la primera sucesión presidencial republicana, que comenzó en 1828”, misma que llevó a que el triunfo del liberal Vicente Guerrero, sucesor natural de Victoria, fuese desconocido por los estados, pues entonces no era el voto popular el que otorgaba la presidencia.¹¹⁷ En su lugar, los estados designaron al conservador Manuel Gómez Pedraza. Contra su elección hubo un levantamiento popular, el saqueo del mercado del Parián, y finalmente Guerrero asumió la presidencia el 1 de abril de 1829, pero sólo gobernó hasta diciembre. Desconocido por su vicepresidente, Anastasio Bustamante, Guerrero se dirigió hacia el sur decidido a recobrar el poder mediante la guerra civil. En tanto, Isidro Barradas intentó reconquis-

¹¹⁶ Rafael Rojas, “José María Heredia y la tradición republicana”, en *Las repúblicas de aire. Utopía y desencuentro en la revolución de Hispanoamérica*, México, Taurus, 2009, pp. 144-146. Otra versión de ese ensayo: Rafael Rojas, “El tradicionalismo republicano. José María Heredia y el periódico *El Conservador*”, en Erika Pani (coord.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, I, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, pp. 135-174.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 148.

tar México, siendo derrotado en Tampico por las tropas del general Santa Anna, quien se convertiría a partir de entonces en el hombre fuerte del país y nuestra recurrente pesadilla providencial.

En medio de ese desastre Heredia culpó a las logias masónicas, en las que él mismo había participado, de haber desmembrado la República y desde *El Conservador*, recurriendo a teóricos de muy diverso calado como Burke, Constant, Adam Smith o Joseph de Maistre, puso como ejemplo a la vecina república del norte, cuya estabilidad se debía a la moderación de las pasiones políticas. No en balde, en el primer número de la *Miscelánea*, había publicado aquel contrapunto de Chateaubriand entre Napoleón y Washington. Una generación después, sería Mariano Otero, otro muerto joven, quien traducirá en México algunas otras páginas de Chateaubriand, aquéllas en las que se burla de su envidiado enemigo lord Byron.

Heredia ya llevaba algunos años decepcionado de todo cesarismo revolucionario y de Bolívar, por quien hubiera podido pagar con su vida cuando fue perseguido y condenado por pertenecer a la SCR, se había desencantado desde 1827 cuando escribió “A Bolívar”, un largo y amargo denuesto, secuela de un soneto a Napoleón en Santa Elena, en el que Heredia advierte a los déspotas del destino de aquel que “sobre una roca sobre el océano expira”.¹¹⁸

Al juzgar a Bolívar en ese verdadero lamento de amor al ídolo caído, Heredia se pone a disposición del Ser Supremo para ser juzgado y recorre con el libertador las hazañas de Venezuela. El poeta le escribe al héroe, al cual se imagina viéndolo escribir a sus espaldas, felicitándose de su “ardor sublime” y de su incursión liberadora en Perú. Pero tras la fundación de Bolivia, Heredia ve aparecer al dictador y termina por disuadirlo de la posibilidad de afrontar el destino de Iturbide, fusilado como un bandido cuando desembarcaba queriendo regresar por sus fueros en 1824, que le espera a quien había sido un “sublime Atlante”:

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 153; García Garófalo, *Vida de José María Heredia en México*, *op. cit.*, p. 188.

¿Y tan brillante gloria
 Eclipsaráse al fin...? Letal sospecha
 En torno de tu frente revolando,
 Empaña su esplendor: yacen las leyes
 Indignamente holladas,
 Sin ser por ti vengadas.
 La patria y la virtud su estrago gimen:
 Triunfa la rebelión, se premia el crimen.

¡Libertador! ¡y callas...! ¿Cuándo insano
 Truena un rebelde, ocioso
 El rayo vengador yace en tu mano?
 ¿Y ciñes a un faccioso
 Tu espada en galardón...? A error tan triste
 Permite a mi dolor que corra un velo.
 Si patria no ha de haber, ¿por qué venciste?
 ¡Ay! Los reyes dirán con burla impía
 Que tantos sacrificios fueron vanos,
 Y que sólo extirpaste a los tiranos
 Para ejercer por ti la tiranía

Cual cometa serás, que en su carrera
 Por la atracción del Sol arrebatado,
 Se desliza en el éter, y abrasado
 Se pierde al fin en su perenne hoguera.
 ¿Contra la libertad entronizada
 Por tu constante, generoso, brío
 Esgrimirás, impío
 De Carabobo y de Junín la espada?
 Cuando tu gloria el Universo abarca,
 Libertador de esclavos a millones,
 Creador de tres naciones,
 ¿Te querrás abatir hasta monarca?
 ¡Vuelve los ojos...! A Iturbide mira¹¹⁹

¹¹⁹ Heredia, *Niágara y otros textos*, op. cit., pp. 84-88.

Terminada la guerra revolucionaria, batidos los héroes y arrepentidos sus ideólogos, como él mismo, nuestro poeta deseaba civilizar no sólo con revistas literarias, sino dotando a las nuevas repúblicas de tradiciones y rituales, preservándolas del “tumulto atroz” de las facciones, serpientes salidas de los huevos de la masonería yorkina. Todavía en ese entonces creía Heredia posible *conservar* a la república federal mexicana de 1824.

Los años de Filadelfia, como nos lo recuerda Rojas, lograron que Heredia —como fray Servando o Rocafuerte— abandonara el espíritu gaditano de 1812, impactado por los Estados Unidos, por los teóricos de la Monarquía de Julio, por Tocqueville y se volviera más republicano que liberal. En *El Conservador*, Heredia llega a lamentar la desaparición de Iturbide de la escena: otra cosa habría pasado de haberse apoyado el fallido emperador en una constitución y no en un remedo de corte. “La nación”, escribirá Heredia refiriéndose a Iturbide, en ese periódico político cuya edición alternaba con la hechura de su *Miscelánea* literaria, “que fuera hoy el apoyo de su tranquilidad y su poder. De entonces acá hemos visto disputar el mando supremo, y aun los puestos de clase inferior, como un botín de guerra”.¹²⁰

Todavía no todo era amargura en este independentista que en 1827 desairaba a Bolívar por no mirarse en el espejo de Iturbide, y en 1831 decía que México no debió haber perdido a su emperador. Creía aun que la Constitución de 1824 le daba a México la posibilidad de seguir, mediante la imitación, el camino de los Estados Unidos, y en su calidad de funcionario —desde febrero de 1831 era oidor interino de la Audiencia de Toluca— le tocó ser el orador principal en las celebraciones del 16 de septiembre, aniversario de la Independencia, en 1831, 1834 y 1836.

En esos discursos, Heredia, hablando como el mexicano que él se sentía ser, iba proporcionando su visión de la reciente historia revolucionaria del país, cada vez más desapegada de la ortodoxia liberal y destinada a glorificar el Plan de Xalapa, el golpe conserva-

¹²⁰ Citado por R. Rojas, *Las repúblicas de aire*, op. cit., p. 159.

dor del vicepresidente Bustamante, en 1829. Heredia insistía en la incapacidad política y militar del cura Hidalgo, autor de atrocidades que mancharon la causa de la Independencia, salvada por el “genio prodigioso” de Morelos, cuya gesta completó el desastrado Iturbide: “¡Padre y libertador de Anáhuac!, recibe en tu sangriento sepulcro el tributo de lágrimas y gratitud de la nación que redimiste y no fue cómplice en tu abominable asesinato”.¹²¹

En los discursos del 16 de septiembre —resume Rojas en *Las repúblicas de aire*—, Heredia, orador en la plaza mayor de Toluca,

reiteraba una visión saturnina de la gesta separatista y republicana en México. Los grandes próceres de la Independencia —“los destinos de la patria parecían personificarse en su gloria y en su fortuna”—, habían sido sacrificados en la orgía de sangre que desató la guerra civil. A partir de 1822, la historia política de México era una sucesión de pronunciamientos militares que arrastraban a los caudillos detrás de sí.

El saldo, según Heredia, era aterrador: “el ‘libertador de Anáhuac’ [Iturbide] y un presidente de la República [Guerrero], benemérito de la patria, ensangrentando el patíbulo; otro presidente [Victoria] y un vicepresidente [Bravo], también benemérito de la patria, sujetos a un ostracismo duro, y bebiendo mezclas con lágrimas las aguas de ríos extranjeros”. Era preciso entonces, dejar atrás la “fiera borrasca de las disensiones”, las “tristes y deplorables pasiones” y reconstruir el orden legal de la república desde una conciencia cívica, inspirada por el culto a los héroes de la patria.¹²²

Para 1836, Heredia había ya medio curado su orfandad convirtiéndose en apologista de Santa Anna, “el guerrero que en la noble constelación de los campeones de la independencia brilló con lustre sólo inferior al grande Iturbide”, destacando que el general había fundado la república en 1822, la federación en 1823, consoli-

¹²¹ *Ibid.*, p. 161.

¹²² *Idem.*

dado “la obra de Dolores e Iguala” en 1829, salvado en 1834 la Constitución en Guanajuato y “había restituido la paz, enfrentando una demagogia bárbara, y restablecido las garantías”.¹²³

Menos que la servidumbre, proverbial en América Latina, del poeta libertario que viejo y cansado se amanceba con un caudillo, había en Heredia, leyendo lo que escribió en *El Conservador*, una obsesión por dotar a México de un ceremonial cívico republicano tal cual lo había visto florecer en los Estados Unidos. Este modesto juez republicano, que no otra cosa había llegado a ser Heredia, apostrofaba al país con las cualidades republicanas de la virtud y el deber. Recurriendo a Chateaubriand, otra vez, Heredia clamaba en *El Conservador* por alejar a los mexicanos de las ficciones del interés y orlar a la república de religiosidad cívica.

Heredia, condenado en Cuba por separatismo, pedía, por ejemplo, al gobierno que no tolerase el separatismo de los yucatecos. Pero ese celo extremo de *El Conservador* en apoyar el federalismo moderado del gobierno de Bustamante (cuya eminencia, más que gris, era Alamán) fue topándose, otra vez, con la fatalidad de tomar partido entre las facciones. Agraviado su amigo, el prócer y poeta Andrés Quintana Roo, Heredia decidió involucrarse en la nueva fase de la guerra civil, apoyando a Santa Anna y buscando la reconciliación política con Zavala, con quien nunca rompió la relación amistosa. En una carta a su amigo Tomás Gener, exiliado en Nueva York, Heredia se presentaba como hartado de todos los partidos, dejando un paisaje de un México donde ni los liberales ni los conservadores estaban a la altura de la historia:

La situación de este país es cada vez más triste. Los inicuos hipócritas que ocupan el ministerio han declarado la guerra a toda libertad y cada comandante militar es tan absoluto como Fernando VII. Las cámaras se componen de egoístas, bribones o cobardes, y callan en medio de los horrores más inauditos. El gobierno, que se reconoce cargado con la execración universal se apoya en los soldados y el

¹²³ *Ibid.*, p. 162.

clero, ha restablecido la formidable jerarquía eclesiástica y tolera o aplaude que se destruyan imprentas por la fuerza armada, que los generales, por diversión, encapillen a los impresores para fusilarlos, y que los oficiales apaleen a los representantes de la nación que aún osan reclamar las iniquidades de los ministros.¹²⁴

Las últimas actividades políticas mexicanas de Heredia reflejan esa amargura y esa confusión. Hizo equilibrios osadísimos entre su amigo Múzquiz, presidente interino en octubre de 1832, sin romper con el rebelde Santa Anna, con quien vivaqueaba. A principios de 1833 volvió a quedar bajo el cobijo del radical Zavala, fue electo diputado a la Legislatura del Estado de México pero dimitió en julio de ese mismo año, incapaz de conciliar su liberalismo conservador y moderado, atacado desde la izquierda y desde la derecha, según consta en la polémica sostenida entre *El Fanal* y *El Reformador*, los periódicos rivales que ocuparon la calle una vez desaparecido *El Conservador*.

“El extraordinario esfuerzo mental que me fue necesario para soportar con moderación tales ofensas, ha aumentado la alteración empezada ya en mi vida por los peligros y fatigas que arrostré en la última revolución”, les dijo el poeta, al renunciar a su escaño, al resto de los diputados mexicanos.¹²⁵ Se convenció, tardíamente, de que su mundo no era el de Gómez Pedraza, Zavala o Santa Anna: sus últimos bandazos políticos muestran a un hombre aturdido que él mismo describe. Se concentró, salvándose a medias, en la edición definitiva de sus *Poesías*, aparecida en 1832, y en dirigir el Instituto Literario del Estado de México, que fundó a iniciativa de Zavala, ese generoso protector en quien Heredia quizá estaba pensando al escribir los versos de “A un amigo, desterrado por opiniones políticas”. También fueron los días en que se empeñó en traducir, del inglés, a Scott y a Tytler, empresas enormes y renovadoras: dar a conocer en nuestra lengua al campeón de la novela histórica y do-

¹²⁴ García Garófalo, *Vida de José María Heredia en México*, op. cit., p. 422.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 474.

tar a los estudiantes de unas modernas *Lecciones de historia universal*, como eran las del escocés.

El fracaso político de Heredia se tornó existencial, y para comprobarlo basta con leer algunos versos de la “Oda al C. Andrés Quintana Roo”. Tras los recuerdos líricos de sus juventudes dedicadas al esfuerzo emancipador, se impone la cruda realidad sólo enmascarada por la recurrencia, ya muy anticuada en esas fechas, al atrezo neoclásico:

En tanto decemviro inhumanos,
 Apostoles de error y tiranía,
 Viles fundaban infernal imperio
 En calumnia, traición y asesinato,
 De reinar instrumentos. Ya los vimos
 Adquirir en contrato ignominioso
 La cabeza de un héroe. Sus verdugos
 A lentos tribunales remplazaron,
 Y el despotismo bárbaro a las leyes.
 Corrió la sangre. Desplegó sedienta
 La delación sus omisas alas,
 Y provocó, para notar traidora,
 De las víctimas tristes el despecho,
 Las querellas, el llanto, los suspiros.
 Colmóse aqueste cáliz, y del crimen
 Vengador, aunque lento, inevitable,
 Tronó por fin el indignado Cielo.
 El hijo de Mavorte y la Fortuna,
 Que en el margen del Pánuco gloriosa
 Al ibero invasor hizo poco antes
 Morder muriendo la salobre arena,
 De Libertad el estandarte sacro
 A los aires desplega. Ya vencido,
 Ya vencedor, combate doce lunas,
 Del pueblo capitán. Sangre a torrentes
 Riega de Anáhuac los feraces campos,

Hasta que de su base desquiciada
 La colosal usurpación impía
 Con fragoroso estrépito desciende.
 Entonces nuestras almas abatidas
 Iluminó benéfica esperanza,
 Como entre nubes en oriente ríe,
 Precursora del Sol, cándida estrella
 ¿Lo recuerdas, Andrés? Tú me excitabas
 A celebrar el venturoso día;
 Y aun el mismo adalid en tus hogares,
 De admiración universal objeto,
 Pidió a mi lira de victoria el canto.
 Y yo también, alucinado entonces,
 Quise cantar, más la rebelde Musa,
 Présaga fiel de los males venideros,
 Prestar no quiso inspiración al labio.¹²⁶

Malos versos, mal país. Heredia le cuenta a Quintana Roo que la victoria de Santa Anna contra el invasor Barradas no le inspiró, en ese día de 1829, ningún verso notable pues las musas presagiaban la futilidad de festejar esa última victoria, simbólica o anecdótica, contra el humillado Imperio español. En los versos siguientes Heredia vuelve a denunciar la pequeñez y la politiquería de la república y sale a relucir el ejemplo del glorioso Washington y las sombras una y otra vez resucitadas desde la utilería neoclásica de los Marios, las Catilinas y los templos de la Minerva, antros que se habían convertido del anacronismo y de la falta de inspiración. Nadie más hipócrita y exagerado que un romántico cuando yerra. Teatro, mal teatro.

La herida sangró por donde estaba peor suturada y su nacionalidad mexicana le fue negada. Fue impugnada su elección como diputado local en 1833 porque la Constitución Política del Estado de México, redactada cinco años atrás por el buen doctor Mora, establecía entre los requisitos para ser electo diputado, “ser ciuda-

¹²⁶ Heredia, *Niágara y otros textos*, *op. cit.*, pp. 97-98.

dano del Estado, el natural o naturalizado en cualquier punto de la República mexicana, y vecino del Estado”. Pero resultaba que la naturalización de Heredia, según él válida desde 1825 gracias a la residencia permanente que le otorgó el presidente Victoria, “no llegó a completarse nunca”, a juicio de Rojas. Heredia defendió su escaño remontando su nacionalidad mexicana

a los años 1818 y 1819 cuando residió en México mientras su padre era funcionario de la audiencia virreinal, para argumentar que, de acuerdo con el Plan de Iguala, él quedó comprendido en el artículo 12 de ese documento que declaró mexicanos a todos los habitantes de la América septentrional. Sus detractores negaron validez a tal juicio, aduciendo que al viajar a Cuba en febrero de 1821 y regresar a México en 1825, el poeta cubano había quedado fuera del periodo de vigencia del Plan de Iguala y de la reforma de las leyes gaditanas de naturalización por la Constitución de 1824. Heredia, por lo visto, no viajó a México, como han repetido tantos historiadores, con un pasaporte mexicano, sino sólo con un salvoconducto, y tampoco recibió la naturalización formal de manos del presidente Victoria.¹²⁷

De nada le valió a Heredia presumir de su trabajo como secretario de Victoria, ni sus cargos como juez en Veracruz y en Cuernavaca, donde se batió con elocuencia contra la eficacia punitiva y la moralidad política de la pena de muerte, ni recordar sus antiguos méritos como independentista en Cuba. Heredia no era mexicano, y a la decisión política y legal siguió de manera progresiva e imperceptible su expulsión de la historia de la literatura mexicana.

“La sensación de extranjería”, concluye Rojas, “reforzada por la federalización de las leyes de naturalización y por la superación del momento hispanoamericano de la independencia, acentuó en el

¹²⁷ Rojas, *Las repúblicas de aire*, op. cit., pp. 175-176. Véase también de Rafael Rojas, *Cuba mexicana. Historia de una anexión imposible*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, pp. 442-449.

poeta cubano la desconfianza frente a la viabilidad del régimen republicano y liberal”.¹²⁸

Toda esa decepción quedó grabada en las estrofas finales de la oda a Quintana Roo:

¿Y el opulento Anáhuac, para siempre
Será ludibrio y compasión del Orbe?
Después que con esfuerzo generoso,
Y torrentes de lágrimas y sangre
Destrozó del ibero el torpe yugo,
¿Habrá de ser irremediable presa
De vil superstición y tiranía,
O anárquico furor...? —Desesperado,
Como el sublime historiador de Roma,
Tal vez me inclino a blasfemar, y pienso
Que cual nave sin brújula ni carta
En fiero mar sin fondo y sin orillas,
El hombre vaga, y que inflexible, sorda,
Ciega fatalidad preside al mundo.¹²⁹

Fue entonces cuando Heredia volvió a mirar hacia Cuba. En mayo de 1834 el poeta se enteró que la reina regente de España, María Cristina de Borbón, había amnistiado a un grupo de separatistas cubanos. Y teniendo cerrada, por su extranjería, la vida política local, todavía creyó en que habría algún destino diplomático, a sueldo de los mexicanos, para él, ya fuera en los Estados Unidos o en España. Pero no pasó nada debido, quizá, a que Zavala, su benefactor, se había tornado en un separatista texano. Tomó así, Heredia, la decisión política más grave de su vida, la de dirigirse a Miguel Tacón y Rosique, capitán general español de la isla de Cuba, solicitándole autorización para visitar a su madre y lo hizo en los siguientes términos:

¹²⁸ Rojas, *Las repúblicas de aire*, *op. cit.*, p. 181.

¹²⁹ Heredia, *Niágara y otros textos*, *op. cit.*, p. 99.

Es verdad que hace doce años la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos y que por conseguirla habría sacrificado gustoso mi sangre; pero las calamidades y miserias que estoy presenciando desde hace ocho años han modificado mucho mis opiniones, y hoy vería como un crimen cualquier tentativa para transplantar a la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano.¹³⁰

Mal que le pese al nacionalismo cubano, “la abjuración” (así la llama Augier) de Heredia no fue hija de la debilidad de un poeta romántico que no quería morir antes de ver por última vez a su mamá, sino la “confesión de un liberal”, como la llama propiamente Rojas, en perfecta armonía con la evolución de sus ideas políticas tras más de una década en las cercanías del poder en México, en la cual había visto esfumarse todos los sueños que un hombre del independentismo y del Trienio Liberal podía tener en torno a una república virtuosa. Justamente, como bien lo señala Rojas, el republicanismo conservador consideraba secundaria la cuestión del régimen político. Bajo una monarquía podía haber virtud, pensaba Heredia, como lo creían los guizotianos bajo Luis Felipe, tan admirados por los liberales a quienes las amargas facciosas y los caudillismos reiterados habían moderado. “Les advierto, para que no se espanten, que no me van a ver a mí sino a mi sombra o espectro”, le escribió a sus amigos, anunciándose antes de viajar.¹³¹

Heredia estuvo tres meses en la isla y en ella la letra escarlata de la traición no lo abandonó nunca. “¡Ángel caído!”, le gritaba Domingo del Monte, quien le dio la espalda. Quizá sea Padura, en las páginas que le dedica a esa despedida en *La novela de su vida* (2002), quien más se acerque a lo que fue ese auténtico regreso sin gloria: con frecuencia los novelistas, en su libertad, entienden mejor las cosas que los biógrafos y los exégetas. Regresó de Cuba en peor estado del que se fue y alguien se compadeció de él al retratarlo así:

¹³⁰ Rojas, *Las repúblicas de aire*, op. cit., p. 183.

¹³¹ Chacón y Calvo, *Estudios heredianos*, op. cit., p. 11.

“La ropa le baila en el cuerpo enflaquecido por la danza trágica de las ‘malditas tercianas’”.¹³²

Martí mismo, más clemente que los martinianos, prefirió no comportarse como un juez:

Y al ver Heredia criminal a la libertad, y ambiciosa como la tiranía, se cubrió el rostro con la capa de tempestad, y comenzó a morir.

Ya estaba, de sí mismo, preparado a morir; porque cuando la grandeza no se puede emplear en los oficios de caridad y creación que la nutren, devora a quien la posee.¹³³

Heredia, dice Rojas, ha sido canonizado dos veces: como nacionalista en el siglo xx y como romántico en el xix. Para borrar al liberal conservador de *El Conservador*, desencantado de los desastres republicanos provocados por la Independencia, han disculpado su respaldo a Múzquiz, Bustamante y Alamán como una jugarreta oportunista corregida a tiempo cuando regresaron los radicales al poder con Zavala y Valentín Gómez Farías. Yo creo, con Rojas, que más bien fue al revés: entre 1827 cuando se opuso a la expulsión de los españoles y 1836 ya afecto al centralismo, Heredia se había convertido, pese a los bandazos de la desesperación y de la sobrevivencia, en un liberal conservador hecho y derecho. Creer lo contrario y convertir la carta a Tacón sólo en una flaqueza de poeta, casa muy bien con los mitos nacionalistas que aún nutren al agónico castrismo en el siglo xxi. Heredia murió lamentando, entre nosotros, la ausencia de un Washington, el patricio que se retira a casa una vez cumplida su misión.

En cuanto a la canonización romántica, Heredia ha sido puesto en paralelo con lord Byron, por la melancolía, el destierro, la decepción ante el mito napoleónico que en el cubano equivaldría al descrédito del Bolívar tentado por la dictadura, pero sobre todo por el amor por la independencia de Grecia en 1820.

¹³² Citado por García Garófalo, *Vida de José María Heredia en México, 1825-1839*, *op. cit.*, p. 142.

¹³³ Martí, “Heredia” en *Obras completas*, 5, *op. cit.*, p. 171.

Tendremos el privilegio de leer, de la pluma de Heredia, un resumen casi inédito de aquel asunto de Grecia, pues las *Lecciones de historia universal* (1801), del historiador escocés Alexander Fraser Tytler (1747-1813), lord Woodhouselee, que el cubano traducía bastante mal, por cierto, según la comparación hecha por Nancy Vogeley con el original, sólo llegaban hasta el reinado de Luis XIV. Así que Heredia puso algo de historia contemporánea y agregó, entre varias, la lección 84:

En 1820 estalló la revolución de la Grecia. Esta tierra clásica de ingenio, saber y heroísmo había sufrido por más de tres siglos el yugo desolador de los turcos. La ambición audaz de Catalina II hizo creer a los griegos que le deberían su restauración, pero su esperanza fue vana. A principios de 1820 emprendió la Puerta otomana reducir por la fuerza al rebelde Ali-bajá, tirano de Jonina, y éste no vaciló en llamar los griegos a las armas. Al principio de 1821 levantó en Moldavia el estandarte de la independencia el príncipe Alejandro Ipsilanti. Pero batido por los turcos, tuvo que refugiarse al territorio austriaco, donde fue encerrado en una prisión hasta su muerte. Al mismo tiempo, toda la Morea y muchas islas del Archipiélago se insurreccionaron contra los turcos. Nuestro plan nos veda entrar en los pormenores de esta lucha complicada: tanto en el mar como en tierra probaron los griegos modernos a la Europa atónita que eran dignos de sus antepasados, renovando los prodigios de Salamina y Platea. Empero, los horrores de esta guerra exterminadora se vieron con fría indiferencia por los reyes cristianos, cuyo interés a favor de los griegos oprimidos se subordinaba al temor de dar un mal ejemplo, protegiendo su rebelión contra el poder *legítimo* del Sultán. La muerte de Alejandro de Rusia en fin de 1825, dio nuevo aspecto a la política europea. Las grandes potencias ofrecieron su intervención para teminar la lucha de Grecia y el Sultán la rechazó con menosprecio. Entonces la escuadra combinada destruyó en Navarino la turca y egipcia. En seguida el emperador de Rusia invadió la Turquía, batió a las huestes musulmanas que se le opusieron, y ya distaba poco de Constanti-

nopla, cuando el Gran Señor hizo la paz, conviniendo en la independencia de Grecia. La suerte de esta bella parte de Europa aún no se arregla definitivamente, y el conde Capo d'Istria, que preside su gobierno provisorio, ha sido asesinado, según las últimas noticias.¹³⁴

Heredia, no sé si por pudor de poeta o seriedad metodológica, no menciona en su adición de 1831 al libro de Tytler, la muerte de lord Byron en Grecia, acaso también porque anticipaba la suya en México. Aunque los poemas neohelénicos de Heredia son anteriores en dos años al destino fatal del poeta inglés en Missolonghi, no olvidemos que el primer viaje a Grecia de Byron fue en 1809, y que Grecia fue la materia del Canto II del *Childe Harold* (1809), de forma que por arte de magia, es decir, por el empeño de la poesía, es que el culto neoclásico se transformó, gracias a Byron, en actualidad romántica. Byron primero, Heredia después, disuelven esa contradicción académica entre el neoclasicismo y el romanticismo.¹³⁵ Si Grecia podía volver a la historia universal desde la desolada periferia de Europa, quedaba desactivada la innovación retrógrada y nacía la literatura moderna.

La Grecia de Heredia fue mexicana: venido de una isla, Cuba, como lord Byron de Inglaterra, el cubano atravesó desde niño el mar Caribe así como lord Byron cruzó a nado el Helesponto. Pero

¹³⁴ José María Heredia y Alexander Fraser Tytler, *Lecciones de Historia Universal*, I-IV, Toluca, Imprenta del Estado, 1831. Debo a la generosidad de Alejandro González Acosta el acceso a este material en proceso de transcripción que deberá formar parte de las proyectadas *Obras completas* de Heredia, a su cargo, que publicará la UNAM. Asimismo, él me proporcionó copia de la introducción a las *Lecciones de Historia Universal* de Nancy Vogeley, quien ya había tratado el asunto de la historiografía en Heredia en "Heredia y el escribir de la historia", en Lelia Area y Mabel Moraña (comps.), *La imaginación histórica en el siglo XIX*, Rosario, UNR Editora, 1994, pp. 39-56.

¹³⁵ La obvia idea de hacer un paralelo entre Byron y Heredia no se me ocurrió a mí por primera vez sino al escritor cubano Manuel Sanguily (1848-1925), véase García Garófalo, *Vida de José María Heredia en México*, *op. cit.* p. 737.

sobre todo, en algo se parece la muerte de lord Byron en Missolonghi a la larga agonía de Heredia en la República mexicana. Para el poeta inglés, llegado desde Génova a Cefalonia en calidad de mecenas y de mesías, cargado de oro, rifles y poesía, Grecia resultó ser una tierra destruida, más que por los invasores otomanos, por las disensiones civiles griegas, que lo desanimó, poniéndolo en manos de los médicos y de las célebres sangrías que lo desangraron hasta matarlo, ya se sabe, el 19 de abril de 1824. Desconsolados, los griegos no hacían ruido en las noches para dejar dormir al agonizante, narra Harold Nicolson. Habían creído que el genio literario era genio a secas y que bastaba con un poeta para redimir a una nación.

A Heredia lo mató no la nostalgia de Cuba, sino el fracaso de la República mexicana, perdida entre logias y caudillos. “Palabrería y confusión de lenguas, gestos de adversarios coléricos, ladridos de perros por las noches”, había consignado un testigo de la muerte de lord Byron, y un cuadro similar debió rodear la de Heredia.¹³⁶ En sus últimos años, agotada la vena crítica de la *Miscelánea*, fallida la *Minerva*, lejanos los días de *El Iris* hecho con los carbonarios italianos, su presencia, la del no mexicano por decreto, se fue desvaneciendo.

A pesar de que Prieto recordó haber visto y escuchado “muchas veces” en el estudio de Quintana Roo al “grande Heredia”, “con su tez morena, su frente radiosa, nariz delgada, boca grande con largos dientes, su risa estridente que repelía”, lo cierto es que los jóvenes “académicos” reunidos en torno a su amigo, teniéndolo a él de mentor, quizá hubieran leído más y mejor. Puede que haya sido la “desigualdad de su carácter” registrada por Prieto, es decir, su amargura, lo que acabó por alejar a la nueva generación, pomposamente agrupada en la autoproclamada Academia de Letrán, de su influencia cosmopolita.¹³⁷

¹³⁶ Harold Nicolson, *Byron. El último viaje*, traducción de Ernesto Junquera, Madrid, Siruela, p. 181.

¹³⁷ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, en *Obras completas*, I, prólogo de Fernando Curiel, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, p. 92.

Su propia poesía, por aquello de que todo lo que madura se pudre, se fue secando. En el corazón de la innovación retrógrada siempre duerme el anacronismo, y cuando éste despierta todo se llena de telarañas y cenizas. Durante cierto tiempo, de Heredia sólo quedó el rédito turístico de haberle cantado al Popocatepetl y al Ixtaccíhuatl, los volcanes que asombraron a la recién llegada Madame Calderón de la Barca, en diciembre de 1839.¹³⁸ Al olvido político, a la superficialidad de hablar, tratándose de Heredia, sólo de cataratas y teocallis, vino el olvido del político extranjero y del crítico literario. Retratado, como hemos visto, en un segundo plano en las póstumas, canónicas e imprecisas *Memorias de mis tiempos*, de Prieto, quien es capaz de reconocer su pasión juvenil “por el modo de decir de Heredia”,¹³⁹ el cubano no sólo no formaba parte de la Academia de Letrán, sino que en 1842 Manuel Payno, uno de los herederos de aquella tertulia, dice que entre 1830 y 1836 se sufrieron los años de “un profundo silencio literario”, justo en aquellos donde apareció la *Miscelánea*, una revista literaria muy superior al tristón *Año Nuevo* de los letranistas.¹⁴⁰

Su primo hermano y homónimo, nacido cuarenta años después que él, el parnasiano de lengua francesa José-Maria de Heredia (1846-1906), le dedicó uno de sus peores poemas. Además tuvo la ocurrencia, hijo de peninsular y francesa aunque nacido en Cuba, de escribirse a guisa de homenaje en español. El segundo Heredia se sentía más orgulloso, por cierto, de ser descendiente de un oscuro conquistador que de llevar el nombre de uno de los primeros poetas modernos.

Cierta posteridad, más allá de América, tuvo Heredia olvidándose de la protocolaria y cicatera recordación lírica de su primo francés. Entre las migajas se contó la traducción de algún verso suyo al

¹³⁸ Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, traducción y prólogo de Felipe Teixidor, México, Porrúa, 1959, p. 287.

¹³⁹ Prieto, *Memorias de mis tiempos*, op. cit., p. 123.

¹⁴⁰ Manuel Payno, en Fernando Calderón, *Obras poéticas (Parnaso Mexicano, 1844)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, p. x.

italiano y unas líneas respetuosas pero mal informadas, en Francia y de Villemain, el buen crítico profesoral que rivalizó con Sainte-Beuve y se ganó la tirria de Baudelaire. Villemain incluyó y comentó a Heredia entre los pindáricos modernos en sus *Essais sur le génie de Pindare et sur la poésie lyrique dans sus rapports avec l'élévation morale et religieuse des peuples* (1859), según el malhumorado informe de Menéndez Pelayo.¹⁴¹

Murió nuestro José María Heredia el 7 de mayo de 1839 en la Ciudad de México, en el número 15 de la calle del Hospicio, a los treinta y cinco años, y no en Toluca, su tierra de adopción, pues a la capital lo había traído la oferta de una chambita periodística (en el *Diario del Gobierno*) ofrecida por su amigo el general Santa Anna, presidente de la República, apenas por cuarta vez.

Poeta de breve y luminosa presencia, pálida estrella que brilla cuando el largo mediodía neoclásico se extingue y el romanticismo nos llena de noche, para decirlo falsificando un poco a Sainte-Beuve, además de haber sido el primer crítico literario que hubo en México, Heredia finiquitó —con esa fundación crítica y con la novela histórica que muy probablemente escribió, *Jicoténcal*— la innovación retrógrada y puso a la literatura mexicana en su tiempo. Pero mientras la república, al abortar, lo rechazaba, este liberal conservador había agregado a “En el Teocalli de Cholula” esa descripción de los sacrificios humanos de los aztecas que en su adolescencia ignoraba o justificaba, por horror de lo español. No me extraña ese olvido como tampoco me sorprende su corrección: Heredia es el primer poeta hispanoamericano escapado del terror. El suyo, su terror, no es el de la guillotina, aunque bien pudo conocer en Cuba el cadalso, sino el del fracaso de las inocentes ensoñaciones liberales. Le aterroriza la tiranía de los pequeños, el aspirantismo de los mediocres, las ganas de posteridad de los generales. A veces, sin duda, acuerda con ellos, sobreviviendo, convencido de que una república virtuosa requiere de conservar y pactar. Una

¹⁴¹ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, II, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1993, pp. 766-769.

nación moderna, no la restauración de la Grecia clásica, era la deseada por lord Byron cuando le gritaba a los gerifaltes ansiosos de armamento barato y a los vendedores de baratijas: *¡No soy un anticuario, soy un moderno, no me interesan sus antigüedades!* Lo mismo debió ocurrirle a Heredia.

Y como Heredia no era mexicano según advierte Vogeley, no se dedicó a escribir sobre la historia nacional, como los Bustamante, los Mora, los Zavala y los Alamán, sino a traducir la historia universal. Al hacerlo pesarosamente, de un idioma que le era ingrato, el inglés, y al creerse bien pagado por su ansiedad de educacionista, hizo de esas *Lecciones de Historia Universal* el flujo de universalidad que acabarían por ponerlo, a él mismo, a Heredia, en el origen de nuestra modernidad literaria pues en aquellos tiempos la historia, sin tener que ser por ello mentirosa, era considerada robusta rama de la literatura.

El músico Jean Sibelius decía, muy orondo, que la opinión de los críticos literarios no debe ser tomada en cuenta pues se trata de gente que no merece, ni siquiera, la erección de estatuas en su honor y en su recuerdo. Pese a todo, el poeta José María Heredia, el crítico fundador de nuestra literatura moderna, es una de las excepciones. En Toluca, aunque feúcha, tiene su estatua.

VI LA MAQUETA DE JERUSALÉN

En medio de esta desolación extraordinaria, es preciso detenerse un momento para contemplar cosas aún más extraordinarias. Entre las mudas ruinas de Jerusalén, dos pueblos independientes encuentran su fe en los recursos que bastan para sobrellevar tantos horrores y miserias. Allí vienen unos religiosos cristianos, a quienes nada puede inducir a abandonar el sepulcro de Jesucristo: ni latrocinios, ni malos tratamientos, ni amenazas de muerte. Sus cánticos resuenan día y noche en derredor del Santo Sepulcro: y despojados a la mañana por un gobernador turco, la tarde les encuentra al pie del Calvario orando en el lugar donde Jesucristo sufrió por la salvación de los hombres. En su frente se retrata la paz del alma, y sus labios sonríen. Sin poder y sin soldados protegen poblaciones enteras contra la iniquidad. Maltratados por el palo y el sable, las mujeres, los niños y los rebaños se refugian en los claustros de aquellos solitarios.

CHATEAUBRIAND, *Itinerario de París a Jerusalén* (1811)

1. DIOSCUROS: PESADO Y CARPIO

En las *Memorias de mis tiempos*, publicadas póstumamente en 1906 y que son extrañamente casi la única fuente sobre la literatura mexicana anterior a la guerra con los Estados Unidos al mediar el siglo XIX, escritas en la vejez por Prieto, aparece una escena a la vez significativa y conmovedora. Situémosla a mediados de aquellos años treinta, pues 1836 es la fecha clave en la memoria de Prieto, cuando se funda la llamada Academia de Letrán. “Carpio y Pesado entraron por nuestras puertas como dignos representantes de la literatura

clásica”, cuenta el memorialista, al presentar al par de poetas salmistas, más que clásicos, que representaban el rigor y el decoro en una literatura, la mexicana, que entre más lejanos parecían los días de la Independencia, más pobre y huérfana se sentía, como se sabía fracasado el país entero, destrozado por las facciones, un día ganso de ser tiranizado por el general Santa Anna y el otro harto de sus exacciones. José Joaquín Pesado y Manuel Carpio, mayor por una década el protegido que el protector, aquellos “dioscuros” nuestros, como los llamó Reyes, no sólo eran católicos militantes sino fanáticos de la Biblia, al grado que casi la obra entera de Carpio puede ser considerada una recreación no sólo de ambos testamentos, sino de sus comentaristas, como Chateaubriand y Lamartine. Pero no sólo eso, nos cuenta Prieto:

Entre Pesado y Carpio habían construido una Jerusalén de cartón y corcho, en las piezas interiores de la casa de Pesado (calle del Ángel), con sus calles, sus templos, sus piscinas, sus huertos, y cuantas particularidades; y cuando Pesado hacía explicaciones, asombraba su elocuencia, su erudición y la naturalidad de aquellos santos lugares.¹

Décadas después, sin que me conste que haya tenido mayor documentación que recrear lo contado, desbalagadamente, por Prieto, un cronista del posmodernismo, Enrique Fernández Ledesma, en su también póstuma *Galería de fantasmas* (1939), le dio mayor colorido al relato original, imaginando a los visitantes de los dioscuros, que “confusos y asombrados”, paseaban absortos la mirada por la habitación:

—Esto es Jerusalem, la sagrada Jerusalem que Joaquín y yo hemos levantado muro a muro. Y era verdad. Allí, sobre el dilatado piso

¹ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, en *Obras completas*, I, prólogo de Fernando Curiel, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, p. 152.

de la pieza, se erguía una ciudad con sus edificios, sus templos, sus calles, sus huertos, sus piscinas, sus barrios... Era Jerusalem reconstruida por los arqueólogos poetas y hecha con los más diversos materiales, entre los que sobresalían el cartón y el corcho. La erudita inteligencia de ambos lograba acumular, para la edificación de la Ciudad Santa, un pasmoso proceso documental... Con paciencia de miniaturistas habían desarrollado, en pasta de papel, las menores particularidades de los desfiladeros del Kidrón, los detalles de las murallas, el trazo y ornamentación de las Puertas de Herodes y Damasco, la disposición del templo, con su gran rotonda que ampara el Santo Sepulcro, con sus columnas, sus nichos, sus rocas y sus mausoleos. Y luego, toda la disposición civil de la Antigua Sión, con sus alrededores y paisajes. Hasta el Mar Muerto, repartido en escala a 22 kilómetros de la ciudad.²

En opinión de Menéndez Pelayo, el moderantismo o el arrepentimiento de Heredia frente a los excesos románticos permitieron el predominio de Pesado y Carpio, quienes impusieron su cauteloso “estilo clásico” sobre la poesía mexicana del medio siglo. Aunque lo defendió de los cargos de plagio y lamentó el desdén político al que fue sometido tras su muerte nada menos que en 1861, el año de la elección de Benito Juárez como presidente constitucional, el grave don Marcelino no pudo abstenerse del chascarrillo y encontrar verdaderamente *pesada* buena parte de la obra de *Pesado*, como ya lo subrayamos.³ Pese a las libertades que se tomó como traductor y adaptador de los poetas inspiradores de su estro, empezando por los autores de la Biblia, o el provecho en su propio beneficio obtenido de las muy defectuosas versiones nahuatlacas de Faustino Chimalpopoca García para presentar al público lo que uno y otro entendían por “poesía azteca”, Pesado fue el primer poeta profesional mexicano, traducido en alguna ocasión al francés y al italiano. Tola de Habich,

² Enrique Fernández Ledesma, *Galería de fantasmas. Años y sombras del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985 (edición facsimilar), p. 62.

³ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, I, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948, p. 138.

prologuista de su *Obra literaria*, afirma con razón que poco puede agregarse al juicio acumulado sobre su poesía, de la cual hubo cuatro ediciones en el siglo XIX (1839, 1849, 1885 y 1886): mal pero algo rescató de los “antiguos cantares mexicanos”, su llamada “poesía descriptiva” es de pasable lectura y atinado color local, así como se agradece su persistencia en la poesía amorosa dedicada a su difunta esposa, versos un tanto ñoños aunque rescatables por ser hijos de un duelo de toda la vida.⁴ Fue autor, además, de un poema inconcluso y hasta desfachatado, una imitación grandilocuente de *La Divina Comedia*, “La revelación” que llama la atención por su temeridad en aquel medio tan recatado.

Hombre político económicamente bien situado al ser heredero de campos tabacaleros, Pesado era apodado “el Príncipe”. Fue un referente en medio del caos, por su eficacia, trato condescendiente y modestia personal. Según Roa Bárcena, quien al hacer la semblanza biográfica de Pesado (1878) hizo una de las primeras de ese género en México, perteneció el poeta a esa generación de patricios (Quintana Roo, Gorostiza, Alamán, Carpio, José Bernardo Couto) cuya dedicación fatal a la política

no mató ni resfrió el amor a las letras; sabios que en bien de la sociedad y de la patria pusieron en circulación el tesoro de sus conocimientos aplicándolos a todas las cuestiones importantes de su tiempo; escritores a quienes la grandeza de las ideas y la intensidad de los afectos no hicieron descuidar la claridad y galanura de la frase; hombres notables en su triple carácter de ciudadanos, literatos y artistas.⁵

Del liberalismo fue alejándose debido a su creciente fe católica, impresionado espiritualmente por las muertes de su esposa (que lo

⁴ Fernando Tola de Habich, “Prólogo” a José Joaquín Pesado, *Obra literaria*, t. 1. *Miscelánea*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002, p. 12.

⁵ José María Roa Bárcena, “Biografía de don José Joaquín Pesado” (1878), en Pesado, *Obra literaria*, t. 1. *Miscelánea*, *op. cit.*, p. 53.

hizo lector ferviente de la Biblia) y de su madre (la aparición de la señora, difunta, jalándole la pata por liberal, preludió su caída camino de Damasco en “La visión”), harto de los desmanes y él mismo hijastro de una víctima de la guerra de Independencia, ultimado ese señor mientras se escondía en un temascal. Pesado terminó cargando cadáveres, piadoso, de los hermanos terceros de la orden de san Francisco y como el respetuoso pero enérgico polemista conservador que llegó a ser desde *La Cruz* (1855-1857). “No habría vacilado”, apunta Roa Bárcena, “en sacrificar la libertad política en aras de la paz y el orden”.⁶ Y su adversario liberal, Francisco Sosa (1848-1925), crudelísimo con Carpio y con toda la poesía religiosa de su tiempo, le reconoció a Pesado que no había en el clero mismo “un individuo que hubiese combatido con más tesón, con mayor brillantez en defensa de la cuestión religiosa que Pesado”.⁷

“Liberal en sus ideas políticas”, sigue Roa Bárcena, “como lo son ordinariamente los jóvenes que acaban de entusiasmarse con el estudio de las épocas gloriosas de Grecia y Roma, no podía menos de serlo en la práctica”,⁸ creyente en la viabilidad de una república conservadora y centralista, muriendo antes del episodio monárquico-imperialista que muy probablemente Pesado hubiera aprobado, habiendo sido un biógrafo ponderado del primer emperador, Iturbide, a quien le criticó su desastrosa fantasía originada en aquella lectura parcial y generacional de Humboldt, quien presentaba a México como el desaprovechado país de Jauja. Cuando fracasó en 1835 el experimento liberal de Gómez Farías, el poeta Pesado, quien pasaba hasta por masón, ya había participado, como vicegobernador de Veracruz, en la clausura de los conventos franciscanos y agustinos. Pero en 1838 ya lo vemos al servicio del presidente centralista Anastasio Bustamante como superministro encargado de las principales carteras y promotor de las conservadoras Siete Leyes.

⁶ *Ibid.*, p. 54.

⁷ Citado por Tola de Habich, en “Prólogo” a Pesado, *Obra literaria*, I. *Miscelánea*, *op. cit.*, p. 205.

⁸ Roa Bárcena, “Biografía de don José Joaquín Pesado”, *op. cit.*, p. 69.

Durante el breve regreso de Gómez Farías —restaurador en 1846 de la Constitución federal de 1824 que provocaría, en plena guerra con los Estados Unidos, la rebelión de los polkos— Pesado se apartó de la política, participando sólo en la reinstalación de la universidad en 1854, y se abstuvo de acomodarse en la dictadura de Santa Anna. Criticó la incongruencia del educacionismo liberal que predica la libertad de enseñanza y clausura colegios jesuitas; alcanzó a predicar contra los peligros del socialismo y del comunismo. La llegada de las tropas liberales del general González Ortega en enero de 1861 a la Ciudad de México obligó a la familia Pesado a esconderse, temerosa con razón de represalias, pues hubo de morir en un allanamiento de morada el cuñado del poeta, muerto él mismo poco después, el 3 de marzo. A su gran amigo Carpio, fallecido un año antes, lo había despedido así, en un tono similar (el elogio fúnebre de la patria irredimible) al que había usado Alamán una década antes: “Si está escrito que México tal como es hoy, deje de existir, y que en él se pierda la hermosa lengua castellana, no por eso se desanimen los mexicanos dotados con el sagrado fuego de la poesía: las obras tuyas que merezcan el honor de la inmortalidad, serán trasladadas a la antigua España”.⁹

Este “poeta decente”, como lo definió Zorrilla en sus memorias mexicanas, y “estimable poeta de segundo orden”, según el dicitario inamovible hasta la fecha de Menéndez Pelayo, fue alabado desde 1831 por su rigor métrico, y en 1841 los anónimos redactores de *El Apuntador* festejaban a un Pesado quien, aun cuando pertenecía a “la escuela moderna”, no era uno de “esos furibundos románticos”¹⁰ reunidos, sobre todo los más jóvenes, en la Academia de Letras a la que también perteneció, como parte de los “viejos”. Pesado participó paternalmente en *El Año Nuevo*, el anuario de los “académicos”, dato omitido en su biografía, escrita en el conciliador ini-

⁹ *Ibid.*, p. 98.

¹⁰ Citado por Tola de Habich, en “Prólogo” a Pesado, *Obra literaria*, I, *Miscelánea*, op. cit., p. 166.

cio del Porfiriato, por Roa Bárcena, un romántico que se había puesto al servicio de Maximiliano.

Leamos un fragmento de “La Revelación” y a continuación la defensa de Pesado emprendida por Roa Bárcena. Tras dolerse de la muerte de su Elisa, se dispone el poeta a repetir el viaje dantesco y cruzar a la otra orilla:

Hállome solo a la espantosa orilla
 Que divide los términos del mundo:
 Nebulosa región do el sol no brilla,
 Y turbulento bate un mar profundo.
 Al punto es una alígera barquilla
 Cubierta de algas entre cieno inmundo,
 Un ángel me tomó, partió violento,
 Y el agua hendió en raudo movimiento.¹¹

El poeta vuela sobre la montaña infernal, recibe lecciones angélicas sobre la peste, el hambre y la muerte, le es mostrado ejemplificado el versículo más célebre del Eclesiastés y conoce a un Satán más parecido a Godzilla que al ya de suyo monstruoso ángel caído de Milton:

A la luz de una lámpara, que brilla
 Sola en aquel lugar, Satán sañudo
 Se deja ver en poderosa silla,
 Atlético en sus formas y membrudo:
 Apoya sobre un brazo la mejilla,
 Cobrizo de color, aspecto rudo:
 Feroz en su mirada resoluta,
 Torva su frente, su cabeza hirsuta.¹²

En su recorrido por el averno, Pesado tiene la prudencia de no dedicarle un círculo a los liberales mexicanos, aunque dedique ver-

¹¹ Pesado, *Obra literaria*, II. *Poesía*, edición facsimilar de la de 1886, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 544.

¹² *Ibid.*, p. 583.

sos a la condena, por ejemplo, de Jansenio y “sus tristes e hipócritas secuaces” entre muchos herejes condenados y condenables. Esa imitación, casi compulsiva de la Biblia y de *La Divina Comedia*, la justifica así su biógrafo:

Cuando estas notables frases fueron escritas, el Parnaso español poseía ya excelentes versiones, más o menos parafrásicas, de pasajes de los libros sagrados, hechas por el maestro León, Lope de Vega y algunos otros ingenios; asuntos de los mismos libros habían prestado materia a las mejores tragedias de Racine, a *El paraíso perdido*, de Milton; y la *Mesiáda*, de Klopstock; y Metastasio y otros italianos acudían a las propias fuentes, ni del escéptico Byron desdeñadas. Pero el gusto por las bellezas de la Biblia, que inspiraron a Donoso Cortés uno de sus más elocuentes discursos, no se había generalizado en Europa, y era apenas conocido en México, donde Pesado fue uno de los primeros propagadores y el más activo.¹³

Debió decir Roa Bárcena que en el católico México la Biblia se leía poco y divulgadores en verso, como Pesado, no salían sobrando para la causa recristianizadora, en la medida en que el secularismo liberal amenazaba a la Iglesia. Los más virulentos ataques de los críticos liberales vinieron de Zarco, quien en 1850 calificó “La Revelación” como una “narración fría, lánguida, cansina, sin belleza o tal vez tendrá todo eso por estar calcada sobre el poema inmortal de Dante”.¹⁴

Pimentel, el despreciado crítico literario mexicano que se propuso en 1885 esa primera *Historia crítica de la literatura y las ciencias en México desde la Conquista hasta nuestros días*, como reza su título completo y a la cual ya hemos recurrido, ante Pesado prefirió la moderación. Lector de Taine (aunque su crítico de referencia era el cura Gratty, muerto en 1872 y autor de *Los sofistas y la crítica*) y

¹³ Citado por Tola de Habich, en “Prólogo” a Pesado, *Obra literaria*, I, *Miscelánea*, op. cit., p. 83.

¹⁴ *Ibid.*, p. 168.

aspirante a “ecléctico”, especie filosófica que no le salió muy armónica, Pimentel creía que lo clásico y lo romántico eran, desde la antigua Grecia, las dos naturalezas eternas e inmutables de lo bello¹⁵ (Nietzsche, vulgarizándolo, creía más o menos lo mismo por esas fechas). Le parecían algo atrevidas (¡) las poesías eróticas de Pesado, livianas como sus modelos grecolatinos aunque destacó la fuerza de su poesía moral y filosófica, aplaudiendo su “Jerusalén” porque “Lo pasado y lo presente sabe en un punto juntar”¹⁶ y debido a que gracias a ese poema muchas mexicanas le dedicaban sus ensueños a la Ciudad Santa. No se pronunció, acaso por desconocerla, sobre “La Revelación”, pero tras alabar los “poemas nacionales” de Pesado, es decir, las escenas de Córdoba y Orizaba que escribió el poeta poblano, se felicitó de su imparcialidad ante Cortés y Moctezuma, quienes en “El sepulcro” son convocados, a la manera de nuestro viejo conocido el doctor Young, a mezclar sus huesos en la eternidad.

Finalmente, Pimentel encomia a Pesado por *Los aztecas*, donde los antiguos mexicanos son modestamente incluidos como un precedente accidental en la historia de la poesía mexicana. El obispo Montes de Oca, el Ipanandro Acaico de la segunda generación de nuestros árcades, aclaró, en su prólogo a la edición de 1886, que los aztecas eran un pueblo con historia pero sin literatura escrita, a quienes Pesado les había hecho el favor de expresarse póstumamente como verdaderos poetas.¹⁷ Reyes arremetió en 1911 contra la defensa de Pesado hecha por don Marcelino, afirmando que no: no había sido la política la causante del infortunio póstumo de quien terminó el siglo XIX como el polvoriento poeta oficial del conservadurismo derrotado, sino su mala poesía, dizque tan estudiada. Por más “honestos” que fueran, además, los hurtos de Pesado, plagios eran, sentenció Reyes en su batallador “El paisaje en la

¹⁵ Francisco Pimentel, *Historia crítica de la literatura y las ciencias en México desde la Conquista hasta nuestros días*, México, Librería de la Enseñanza, 1885, pp. 544-569.

¹⁶ Pesado, *Obra literaria*, II. *Poesía*, op. cit., p. 357.

¹⁷ *Ibid.*, pp. x-xi.

poesía mexicana del siglo XIX”, pues “nunca, a través de sus insustanciales y frías estrofas, nos lanza hasta el corazón uno de esos rayos vivificadores, que sólo bajan de los cielos poéticos cuando el furor lírico de los bardos sacude las nubes de las tormentas humanas”. Risa le daba, finalmente, a aquel Reyes de veintiún años, la maniobra mediante la cual Pesado lograba poner a Netzahualcóyotl bajo la influencia de Horacio.¹⁸

Si el trabajo de Chimalpopoca como nahuatlato fue harto grosero, *Los aztecas*, de Pesado, resultan pomposos y académicos autores de cristianizadas plegarias paganas. En él no hay drama de la Conquista: le horrorizan los sacrificios humanos como cosa propia de los bárbaros pero no se siente interpelado, como el joven Rodríguez Galván, por el fantasma de Cuauhtémoc. Cuando retrata a Moctezuma en 1516, en vísperas de la catástrofe, Pesado no pasa de mostrarlo como un soberano liviano e inadvertente que desoye los augurios de la Providencia. Para Pesado, la historia sólo puede ser bíblica pero en un sentido ahistórico donde los antiguos mexicanos salen sobrando, lo contrario a los delirios apostólicos o constantinos de los Mier y de los Bustamante. Sus aztecas, un anacronismo, son sólo gentiles paganos para los cuales no hubo conquista sino acatamiento estoico de la vanidad de vanidades: polvo somos y en polvo nos convertiremos. El joven Prieto en 1857 no tuvo misericordia con Pesado y su Netzahualcóyotl, afirmando no saber “cómo a uno de nuestros más esclarecidos poetas se le ocurrió poner la coleta española y el calzón corto de Meléndez al rey poeta de los aztecas”.¹⁹

Descartados sus “Pensamientos filosóficos y religiosos” que todo se lo deben a Meléndez Valdés, de este poeta a quien sólo le tiembla el pulso ante la historia sagrada (“Sobre el empíreo nítido y sere-

¹⁸ Alfonso Reyes, “El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX” (1911), en *Obras completas*, I, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 214.

¹⁹ Guillermo Prieto, “Crónicas de viajes 1, Viajes de orden suprema (1853-1855)”, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer y prólogo de Francisco López Cámara, en *Obras completas*, IV, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 537.

no/Sienta Jehová sus tiendas: la sagrada/Turba de los espíritus alada/ Le cerca, y tiembla del abismo el seno”)²⁰ y que descreyó de la originalidad, como dijo José Emilio Pacheco,²¹ queda poco que ofrecerle al lector contemporáneo. Su “hibridez”, como podría calificársele actualmente, llamó la atención de Aguilar en *La democracia de los muertos. Ensayo sobre la poesía mexicana, 1800-1921* hace un cuarto de siglo y así concluyó con Pesado:

El poema “La Revelación” de Pesado puede aún, puede ya, suscitar extrañeza. Mezcla el apocalipsis con Dante —la “Elisa” de los primeros poemas pasa a ser su “Beatriz”—, San Juan de la Cruz con descripciones paisajísticas que parecen continuaciones de sus “Sitios y escenas de Córdoba y Veracruz”, Milton y las oraciones mexicanas con las ánimas del purgatorio y los niños del limbo; todo en cuatro cantos, contruidos en octavas reales, larguísimos y, aun así, incompletos, porque Pesado no acabó su poema. En “La Revelación” no parecen el mayor desquiciamiento cosas como ver a Dantón y Voltaire en el infierno; hay algo más, el tipo de digresiones narrativas que fueron cosa de Ariosto y Cervantes y *Las mil y una noches* y hoy sólo son recursos del cómic: la muchacha raptada por piratas y vendida al sultán que la pone en su serrallo. Pesado cuenta, de un modo increíble y desarmante, como un Juan Orol de la poesía, los amores de la ateniense Aglaya, raptada por unos piratas y vendida en Estambul a un sultán, con un mexicano: Constanzo, que aún niño tuvo que dejar México porque la Independencia expulsó a su padre. Constanzo crece en Francia y en la juventud se “entrega a los mares”, al comercio con el Oriente. Cuando la Paz mexicana, por fin, le permite regresar al suelo patrio, otra nave pirata se lo impide y acaba también como esclavo en Estambul. El sultán sorprende los amores de Constanzo y Aglaya, la favorita de su serrallo, le dice a Constanzo que puede perdonarlos si él abjura

²⁰ Pesado, *Obra literaria*, II. *Poesía*, op. cit., p. 348.

²¹ José Emilio Pacheco, *Antología de la poesía mexicana: 1810-1914*, México, Promexa, 1979, p. 40.

de su fe cristiana y se convierte a la ley del Profeta, de Mahoma. Constanzo no acepta, por supuesto, y el sultán lo entrega a la hoguera. Un poco antes, Constanzo le promete a Aglaya que su amor no sólo será eterno, sino que se cumplirá del mejor modo en México (“Te llevaré a mi patria venturosa”).²²

Sólo lírica, nostálgicamente, podía seguir creyendo Pesado, en las vísperas de su muerte que dejó inconclusa “La Revelación”, que México era, como se creyó fugazmente en 1821, una “patria venturosa” y su aparición en ese poema no puede verse sino como una vulgar fantasía de un hombre concentrado en reconstruir poéticamente y en miniatura, a la sagrada Jerusalén, la verdadera obsesión de un poeta más hondo pero más limitado, el doctor Carpio, cuya *Poesía* prologó en 1849. Aunque su obra sea subsidiaria de la de su joven protector, su fama de científico benefactor de la humanidad y su relativo apoliticismo (no se libró de ser diputado y fue la máxima autoridad sanitaria de la República durante el santanismo) le granjearon a Carpio, pese a ser conservador, el respeto unánime como uno de los poetas más populares de su siglo.

Liberales como Prieto lo respetaban para no pasar por incrédulos, que no lo eran, y Sosa, que fue tan agresivo con Pesado, fue un poco más clemente con Carpio. Con sus estampas y paráfrasis del valle de Sodoma, la del palacio y trono del faraón, del festín de Baltasar así como la geografía y el drama del Monte de los Olivos, tan festejadas por Pesado y por José Bernardo Couto (1803-1862), quien sustituyó al primero como prologuista de la *Poesía* de Carpio a partir de 1860, parecía que nuestros dioscuros, precedidos por Heredia, le había devuelto en tiempos tristísimos su esplendor a una poesía que había sido en la que se enseñoreaban Balbuena, sor Juana o Ruiz de Alarcón.²³ No era la mexicana la única literatura debatiéndose entre el anacronismo y la innovación retrógra-

²² Luis Miguel Aguilar, *La democracia de los muertos. Ensayo sobre poesía mexicana, 1800-1921*, México, Cal y Arena, 1988, pp. 260-261.

²³ Citado por Tola de Habich, edición, presentación y apéndices, en Manuel Carpio, *Poesía*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1987, p. 23.

da. La de los Estados Unidos, antes de su milagroso salto de calidad a mitad del XIX, con los Poe, los Hawthorne y los Melville, tuvo a un William Ware, ante cuyas *Letters of Lucius Manlius Piso, from Palmyra, to his friend, Marcus Curtius, at Rome* (1837), John Stuart Mill se preguntaba cuándo terminaría el retardo en la formación de una literatura nacional estadounidense, “vigorosa y original”.²⁴ Allí se imitaba a los romanos de la decadencia, tomando como figuras a la reina filósofa de Palmira, Zenobia, como lo hacía Ware, y acá los Pesado y los Carpio excavaban en el Antiguo Testamento.

Aun el amistoso Couto lamenta la monotonía de Carpio, pese a defenderlo del cargo más habitual, que para los liberales románticos de la siguiente generación, la de Altamirano, sería un pecado mortal: la escasez de su poesía, aunque fuese meramente descriptiva y no patriótica, sobre México. A Manuel Acuña, el suicida estelar del romanticismo mexicano, en 1873 y a sus convenientes veintidós años, le alcanzó su breve e intenso tiempo para burlarse del viejo doctor Carpio:

Y Carpio, el que de turco disfrazado
Sufrió tan honda pena
Que por poco se arroja al mar salado;
pero que al fin se fue por otro lado
arrojando alfaye por la arena.²⁵

Tomemos, casi al azar, algún poema del universo bíblico expandido o postestamentario de Carpio, como el “Llanto de los judíos en el siglo cuarto”, que ofrece una buena muestra de sus maneras:

En un tiempo tu Pueblo querido
A tus siervos, Señor, da la muerte,

²⁴ John Stuart Mill, “Ware letters from Palmyra” (1838), en *Collected Works*, 1. *Autobiography and Literary Essays*, edición de John M. Robson y James Stillinger, Indianapolis, Liberty Fund, 2006, pp. 431-461.

²⁵ Tola de Habich, en “Presentación” a Carpio, *Poesía, op. cit.*, p. 56.

Y la sangre purísima vierte
De aquel hijo que es todo amor:

Y por eso a la triste Solima
Hizo polvo el soberbio romano
Y por eso en su cólera Adriano
De la tierra otra vez la borró

Y mandó bajo pena de muerte
A ese Pueblo presente y futuro
Nunca entrar al recinto del muro
Ni aun poderlo de cerca mirar.²⁶

Poesías como éstas y otras muchas le valieron a Carpio reprimendas tan violentas como la de Sosa en 1877, que se quejaba de que en una edición de 127 poemas sólo en uno apareciera México, interesado como estaba el doctor en las ruinas de Memphis y Palmira o la destrucción de Babilonia, pero no en

los derruidos muros de Uxmal y del Palenque, de Mitla y de Chichén Itzá, a demandar a las sombras que pueblan sus instancias, la incógnita de su perdición y de su muerte. Si la actual generación comienza con laudable celo a revivir nuestras pasadas glorias, de tal manera que no pueden evanescerse los que ya no con abandono, sino con visible desprecio, habían mirado los tesoros que con mano verdaderamente pródiga derramó el creador en este privilegiado suelo.²⁷

El horror sufrido entre los conservadores por las violencias de Sosa contra Carpio propiciaron, también, una de las primeras defensas del oficio del crítico literario en México y la miserable apreciación que lo rodeaba, a cargo del general e historiador Vicente

²⁶ Carpio, *Poesía, op. cit.*, p. 158.

²⁷ Citado por Tola de Habich, en Carpio, *Poesía, op. cit.*, p. 33.

Riva Palacio, una de las plumas más lúcidas de aquel tiempo. En 1882 salió en defensa del severo y franco Sosa contra Carpio:

Aquí en donde todos somos capaces de todo, dedicarse a la crítica literaria es empeño más peligroso que el de abrir un templo protestante en Puebla, o proponer en la cámara la disolución del matrimonio; decir a un escritor que no sabe gramática, prueba más grande atrevimiento que el de Lutero al presentarse en la dieta de Worms; y para demostrar a un poeta que su inspiración es postiza y de mala ley, se requiere más valor que el de Horacio Cocles, resistiendo sólo en un puente, que el de Marcelo atacando con un puñado de caballeros a la muchedumbre de los Galos, según cuenta Valerio Máximo, o que el de Pedro Castera poniendo en venta sus “Ensueños y armonías”. No se puede ser crítico en un país en que cada literato se cree digno, no sólo de respeto, sino de la admiración de todas las generaciones presentes y venideras.²⁸

Pimentel, que era un conservador de nuevo tipo y estaba expuesto a la contaminación de un positivismo que rechazaba dientes para afuera, salió en defensa, esta vez, de Carpio. Más allá de la cicatera razón de que encontró más menciones a México en la poesía carpiana de la que se quejaban los ya belicosos nacionalistas literarios, salió en su *Historia crítica de la literatura mexicana* a vindicar algo un poco más valioso: la universalidad de la literatura. Carpio, mexicano, tenía tanto derecho a la Biblia como el francés Racine, como los cuentos orientales también le pertenecieron a Byron o las guerras asiáticas al italiano Tasso. Y sacaba a Carpio del corral de los clásicos

porque los asuntos que trata, generalmente no pertenecen al mundo grecolatino, sino a la poesía hebrea y a la poca cristiana, y porque en la forma usa más profusión de adornos que la acostumbrada por los clásicos; Carpio no es romántico porque le falta el sentimiento,

²⁸ *Ibid.*, p. 41.

la melancolía y ciertas licencias que caracterizan al romanticismo; Carpio no puede ser ecléctico porque el eclecticismo consiste en unir la forma clásica al sentimiento romántico.²⁹

Entre los poemas de Carpio que prefería Pimentel estaba “La pitonisa de Endor”, tomado del Libro de Samuel pero que lo lleva hasta Saladino y Bonaparte:

El rey hebreo, devorada el alma
De una negra y mortal melancolía,
No puede un rato conseguir de calma
Ni en la tranquila noche ni en el día.³⁰

Pimentel tampoco deja pasar las exageraciones de Carpio y la tendencia compartida con Pesado de hacer de lo bíblico una gigantomaquia más bien monstruosa: “En la Biblia aparece Dios algunas veces rodeado de fuego; pero suponer que echa lumbre por los ojos y por la boca, es convertirle en figurón de juegos artificiales.”³¹

Sosa no se dejó impresionar y le replicó a Pimentel, al insistir en que Carpio, al “poner en verso lo que ha leído en prosa, ni es original ni merece el nombre de poeta descriptivo”. Fue un imitador de Chateaubriand y hombre sin mundo que jamás salió de México. Un mal poeta, simplemente, concluyó Sosa, como lo creía también Menéndez Pelayo quien le agradecía, piadoso, su “grandiosidad épica” y su “mucho estudio”.³²

Carpio gozó de mucha estima en los medios literarios conservadores de la Península, pero cuando en México se hubo de celebrar su primer centenario en 1891, parecía remotísima tanto su persona como su obra. Al prolífico poeta y cronista Manuel Gutiérrez

²⁹ Pimentel, *Historia crítica de la literatura...*, *op. cit.*, pp. 600-601.

³⁰ Carpio, *Poesía*, *op. cit.*, p. 42.

³¹ Pimentel, *Historia crítica de la literatura...*, *op. cit.*, p. 586.

³² Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, 1, *op. cit.*, pp. 143-144.

Nájera, ya en pleno modernismo, le tocó dejarlo al fin descansar en paz. El también conocido como Duque Job dijo en esa fecha que “se quiere a Carpio porque fue muy bueno y supo hacerse amar” por todo Dios, pues le recordaba aquello contado por Renan

de que en épocas remotas, según decir de una leyenda bretona, existió cierta ciudad de Is a la que el mar cubrió. Los pescadores señalan cuál era el sitio que ella ocupaba antaño y en los días de borrasca creen ver, traspasando las crestas de las olas, las flechas de las torres; y en los días de calma escuchan el alegre clamoreo de las campanas. Paréceme —dice Renan— que en el fondo del alma llevo una ciudad de Is cuyas campanas repican todavía, obstinadas en llamar a los divinos oficios a los fieles que ya no oyen. Deténgome a las veces para dar oído a esas tenues vibraciones que parecen salir de profundidades infinitas.³³

Veinte años después, en 1911, Reyes fue tan violento contra Carpio y sus versos “inarmoniosos y pedestres” cuya popularidad la consideraba impronta religiosa y escasamente literaria, que en 1955, al preparar el tomo primero de sus *Obras completas* citó su propia *Historia documental de mis libros*, se ejerció un poco en la contrición. Pero quizá sólo agravó las cosas:

Con juvenil desenfado, me atreví contra el popular “salmista” Manuel Carpio, haciendo donaire de su sandia religiosidad, la cual —dije— se reduce a un pueril asombro (menos que pascaliano, naturalmente) ante la infinidad de los mundos y “globos” que el Inmenso Criador (*sic*) lanza por los espacios. No señalé suficientemente, en cambio, los méritos de aquel poeta, aunque no los disimulé tampoco.³⁴

³³ Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras. Crítica literaria*, 1. *Ideas y temas literarios. Literatura mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1954, pp. 100-101.

³⁴ Reyes, “El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX”, en *Obras completas*, 1, *op. cit.*, pp. 194 y 226.

¿Qué fue lo que no disimuló el fugaz “joven turco” que fue Reyes? Unos versos que también le gustaban mucho a Pesado:

Con el vapor de la caliente arena
el cuello tuerce el espinoso cardo,
y entre las grietas del peñasco pardo
se marchita la flor de la verbena.³⁵

El elogio de Gutiérrez Nájera hablaba, además, de una

Atlántida desaparecida, en esos templos cuyas cúpulas y torres cubren el mar, pero cuyas campanas pueden hacer aún que llegue su repique o su doble a nuestro oído, en ese país de lo que se hundió y vive todavía, está la iglesia en que muchos rinden culto a Carpio. Pero esa iglesia es sagrada para ellos porque en su cripta yacen los restos de aquellos a quienes más amaron y en sus ojivas cantan todavía las almas de las ilusiones que murieron. Para otros, el nombre de Carpio es como una bandera, acribillada por las balas, de glorioso un ejército, [...] y que realizó memorables conquistas para la humanidad.³⁶

La predicación apostólica de santo Tomás en América defendida por el doctor Mier o la antigüedad moderna que probablemente Heredia y sin lugar a dudas Bustamante le daban al México precortesiano, esa ansiedad de fundación, parecían extintas. Atlántida o Jerusalén, el mundo compartido de Pesado y Carpio no existía sino en forma de maqueta. Sólo quedaba, imposible de construir una ciudad para los mexicanos, la edificación en miniatura de la Jerusalén terrestre, metáfora de la imposible y anhelada Ciudad de Dios, por obra y gracia de un par de poetas conservadores, uno, Pesado, decepcionado del liberalismo y político en las emergencias, y otro, Carpio, un viejo médico de Cosamaloapan. Ambos, de pro-

³⁵ *Ibid.*, p. 227.

³⁶ Gutiérrez Nájera, *Obras. Crítica literaria*, t. 1. *op. cit.*, pp. 100-101.

minente vida civil, no eran en el fondo distintos a los “religiosos cristianos” reticentes hasta el martirio a descuidar el Santo Sepulcro que alabó Chateaubriand en su *Itinerario de París a Jerusalén* publicado a principios de la segunda década decimonónica. Hacían, Pesado y Carpio, lo que podían —y si hicieron mucho o poco es materia de discusión— por la nación y su poesía, pero en realidad sólo encontraban sosiego, ante la ruina del país, en su meticulosa maqueta de Jerusalén de cuyo destino nada sabemos, si la devoró el polvo, las polillas, el fuego de algún disturbio civil, la desidia acaso. Empezada la Intervención francesa, en 1862, Prieto inventaría un zuavo para mirar a México a través de los ojos de los invasores y éste, en Cholula, dirá que “la ciudad de Cholula es la Jerusalén, la Meca y la Roma del Anáhuac” por la cantidad de peregrinos que allí se reunían en “tiempos de la gentilidad”.³⁷

Pero algo de Carpio quedó. Vale la pena leer y comentar algunos versos de su “México en 1847”, cuando en septiembre de ese año las tropas estadounidenses ocuparon la capital del país e hicieron ondear su bandera en el Palacio Nacional, a lo que siguió la pérdida de más de la mitad del territorio nacional. La plaga bíblica había llegado al fin para consuelo retórico del poeta y para su legítimo dolor de ciudadano. El lamento de Carpio fue redescubierto y releído por el jeremíaco Pacheco a fines de los años setenta del siglo xx como profecía cumplida de la recurrencia del país en la catástrofe:

¡Quién me diera las alas de paloma
Para cruzar los montes y los ríos,
Los mares nebulosos y bravíos,
Y llegar hasta el lago de Sodoma!

Quiero sentarme al pie de una columna
De la famosa y trágica Palmira

³⁷ Guillermo Prieto, “Impresiones de viaje (1862). Traducción libre del diario de un zuavo, encontrado en su mochila, en la acción de Barranca Seca”, en *Obras completas*, v, Crónicas de viajes 2, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, p. 248.

Y allí entre escombros que el viajero admira
Quiero llorar al rayo de la luna.

Quiero pisar las playas del Mar Rojo
Y la arena del bárbaro desierto,
Y andar vagando con destino incierto,
Y allá ocultar mi llanto y mi sonrojo.

Yo vi en las manos de la patria mía
Verdes laureles, palmas triunfadoras,
Y brillante con glorias seductoras
Yo la vi rebosar en alegría.

Yo vi a las grandes e ínclitas naciones
En un tiempo feliz llamarla amiga;
Y ella, depuesta el asta y la loriga,
A la sombra dormir de sus pendones.

Mas la discordia incendia con su tea
Desde el palacio hasta la humilde choza;
Bárbara guerra todo lo destroza,
Todo se abrasa y en contorno humea.

Armados con sacrílegas espadas
Sin piedad se degüellan los hermanos,
Y alzan al cielo pálidas las manos,
Manos en sangre fraternal bañadas.

¡Cuál es el campo que la guerra impía
Una y otra vez no ha ensangrentado!
¡Y cuál de las montañas no han temblado
Al trueno de pesada artillería!

Se lamenta Carpio de la guerra impía que ha ensangrentado el mundo desde los bárbaros hasta la Reforma de Lutero, supongo que aprovecha para condenar a los liberales que antes que los “normandos”, como llama pedantemente a los estadounidenses, profanaron los templos católicos.

En medio a tanto mal, el incensario
 Llenó de humo los templos ofendidos;
 y cánticos, y lloros, y gemidos
 Sonaron en el lúgubre Santuario.

En vano todo: el indignado cielo
 A México en su angustia desampara,
 Y el terrible Jehová vuelve la cara
 A los pueblos sencillos de otro suelo.

En tanto se levanta pavorosa
 Allá en el Aquilon negra tormenta
 Y en la abatida México revienta,
 Y rayos mil y mil lanza estruendosa.

Yo vi del Norte carros polvorosos,
 Y vi grandes caballos y cañones,
 Y vi los formidables batallones
 Tomar trincheras y saltar los fosos.

En las calles de México desiertas
 Vi correr los soldados extranjeros,
 Vi relumbrar sus fúlgidos aceros,
 Y vi las gentes pálidas y yertas.

Lloran las hijas de México ultrajadas, relata Carpio, metáfora de la patria profanada. Aunque la historiografía posterior ha desmentido parcialmente esa idea, desde la Ciudad de México se atribuía la llegada de los “normandos” a la cobardía o a la inacción de los gobernadores, algunos liberales que le dieron paso franco al invasor.

Esas mismas naciones que algún día
 Con rosas coronaron tu cabeza,
 Hoy te burlan ¡oh patria! con vileza,
 Y todas te escarnecen a porfía.

“¿Cómo es, dicen soberbias, que humillada
 Sin trono está la reina de Occidente?
 ¿Quién la diadema le arrancó a su frente?
 ¿En dónde está su formidable espada?

“Sus hijos sin pudor y afeminados
 Se espantan del cañón al estallido,
 Y de las balas al fugaz silbido
 Huyen sus capitanes y soldados.

“¿En dónde está su orgullo y su ardimiento?
 ¿Sus laureles en dónde y sus hazañas?
 Son como viles y quebradas cañas
 Que abate el soplo de un ligero viento.”

Otros burlan también nuestros errores,
 Abran su historia y cállense sus labios:
 No volvamos agravios por agravios:
 Que nos dejen llorar nuestros dolores.

Feliz ¡ay! muy feliz el mexicano
 Que al golpe de mortífera metralla
 Ha expirado en el campo de batalla,
 Antes de ver el ceño del tirano.

Mejor me fuera en tierras muy remotas
 Vivir entre escorpiones y serpientes.
 Que mirar humilladas nuestras frentes
 A fuerza de reveses y derrotas.

Carpio se distrae en su dolor y se imagina refugiado a los pies de los Alpes o los Himalaya o acaso, como Heredia, cobijado por el estruendo de las cataratas del Niágara, mientras su patria agoniza, sabiéndola que aun extinta, no la podrá olvidar, a aquella nación que en 1821 se creía, con fatal ingenuidad, bendecida por los dioses. Y se acuerda de

Roma, “patria de Curios y Catones” a la cual también le llegó su hora, invadida por los bárbaros del norte que le habrían impuesto sus leyes, desgarrando las latinas con su espada. Carpio se dirige a Roma, nada menos, para comparar su destino con el de la ilusa Roma mexicana:

Tú también has sufrido mil tiranos
Que pisaron las leyes y la toga,
Y que apretaron con sangrienta soga
Tu cuello tierno y tus cansadas manos.

Más baste ya. Quiero alas de paloma
Para cruzar los montes y los ríos,
Los mares nebulosos y bravíos,
Y llegar hasta el lago de Sodoma.

Quiero pisar las playas del Mar Rojo
Y la arena del bárbaro desierto,
Y andar vagando con destino incierto,
Y allá ocultar mi llanto y mi sonrojo.³⁸

Sin Atlántida y sin Jerusalén, el poeta Carpio prefería la arrasada Sodoma bíblica a su tierra invadida por herejes y traicionada por la cobardía de sus habitantes.

2. LA LEYENDA DORADA DE LA ACADEMIA DE LETRÁN

Busco en la *Enciclopedia de México* (1987) lo que dice de la Academia de Letrán o de San Juan de Letrán y encuentro lo siguiente:

Surgió de una tertulia de cuatro jóvenes literatos, que se reunía en torno al erudito José María Lacunza, en el antiguo Colegio de San

³⁸ Carpio, *Poesía, op. cit.*, pp. 212-217.

Juan de Letrán, donde ése era profesor. Entre los asiduos participantes estaba Guillermo Prieto, quien en las *Memorias de mis tiempos* dejó un vivo retrato del nacimiento y la vida de la Academia, fundada en 1836. De los escritores ya conocidos y de mayor edad, el primero en acercarse fue Andrés Quintana Roo, quien fue nombrado presidente perpetuo. Luego entraron Manuel Eulogio Carpio, José Joaquín Pesado, Fernando Calderón, Ignacio Rodríguez Galván, Manuel Eduardo de Gorostiza y muchos otros. El joven Ignacio Ramírez comenzó por escandalizar a la mayoría de los académicos negando la existencia de Dios. Pronto llegó a reunir la Academia, que no tenía reglamento, a todos los que cultivaban las letras, sin distinción de edad, escuela literaria, posición y opiniones políticas. Tuvo gran importancia en la historia de las letras nacionales como centro de estudio, crítica y definición de tendencias, pero sobre todo por el común afán de crear una literatura mexicana independiente, para la cual se escogían temas nacionales, antiguos o modernos. Se reflejaron en el seno de la Academia las posiciones políticas que se oponían en el país y produjeron tendencias literarias divergentes. Puede decirse que los afiliados al Partido Conservador eran clásicos, y los liberales, románticos. Al ahondarse las divisiones políticas, la Academia se disgregó en 1856, pero se mantuvieron unidos los hombres que con Prieto y Ramírez formaron más tarde el grupo de doctrinarios juaristas.³⁹

Ésta es la versión oficial con no pocas inexactitudes e incongruencias. Nunca fue muy numerosa la membresía de la Academia de Letrán pues no eran muchos los escritores mexicanos en ese entonces (estaban por un lado los amigos del principal crítico literario de la época, el conde de la Cortina, y el solitario Heredia, por el otro), ni se prolongó más allá de 1840 su existencia, como lo prueba el meticuloso (y cosa rara en estos temas, divertido) análisis que hiciera Tola de Habich de *El Año Nuevo*, la publicación oficio-

³⁹ *Enciclopedia de México*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987, p. 20.

sa de los letranistas.⁴⁰ Después fueron diversos los grupos, sobre todo liberales, que trataron de apropiarse de su herencia y prestigio, sobre todo tras las victorias de 1861 y de 1867. No queda claro, tampoco, que se haya disuelto la Academia original por razones políticas. Salvo Ramírez, entre 1836 y 1840 había pocos liberales en el sentido canónico —política y moral— que le daría después a la palabra la figura de Benito Juárez. En 1838, decepcionado del liberalismo, Pesado, “el gran poeta mexicano” en ese entonces, era superministro del gobierno de Bustamante y varios escritores disfrutaban del patrocinio o del beneplácito del santanista e ilustrado general José María Tornel (1795-1853), como fue en los casos de Calderón y Rodríguez Galván, cuyo romanticismo en agraz no les impidió servir a políticos conservadores de la misma forma en que el joven Prieto trabajó lo mismo con el radical Gómez Farías que con el moderado Bustamante. El clásico Quintana Roo, también, sirvió a gobiernos de uno y otro signo.

Si eso de dividir política y literatura según el rasero de la Francia de 1830 entre conservadores-clasicistas y liberales-románticos cuando en aquel país durante la Restauración más bien era al revés, es una tontería, la narración de la vida y muerte de la Academia de Letrán se complica enormemente porque es uno de esos raros acontecimientos modernos de los cuales sólo tenemos una fuente: las *Memorias de mis tiempos*, de Prieto, publicadas, como sabemos, de manera póstuma y ordenadas por su autor durante la vejez. La leyenda de la Academia como vivero romántico y liberal, verdadero y legítimo origen de la nacionalidad literaria, es una falsificación destinada a sacar a los árcades de la jugada y a menospreciar a Heredia y a Pesado como los primeros poetas de México con una obra extensa y trabajada. Ambos comparten, curiosamente, su decepción temprana del liberalismo que a fines del siglo XIX y su exclusión permitió, durante buena parte del XX, hacer de la leyenda letraniana una *ur*-historia oficial que lo contaminaba todo, poblando

⁴⁰ Fernando Tola de Habich, “Estudio preliminar” a *EL Año Nuevo de 1839*, III, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, pp. I-CXLIII.

nuestra historia literaria de prohombres más que de escritores, aunque algunos fueran, como Prieto, ambas cosas.

Anteriores al de Prieto hay pocos testimonios, uno de ellos, del propio don Guillermo, quien firmaba *Fidel* sus artículos, como este recorte de periódico con motivo de la muerte del poeta Ignacio Rodríguez Galván en La Habana el 26 de julio de 1842. Es el borrador de aquello que Prieto inmortalizará en las *Memorias de mis tiempos*:

Era el 11 de junio de 1837, y deseo trasladar al lector a un cuarto de S. Juan de Letrán, cuya descripción es la siguiente.

Érase un aposento equívoco, que participaba de gabinete y celda, de cuarto de colegial y de estudio. Un incompleto y raquítico cancel de lienzo le daba una irregularidad notable; dos ventanas que tenían vecindad imprudente con el techo, comunicaban la luz suficiente para que no se viera claro; y los vidrios, cubiertos de polvo y menosacabados, más bien eran una ironía en los desavenidos bastidores.

Un angosto e incompetente catre de fierro era el mueble más aristocrático, y unas tablas, a guisa de armazón de tienda, ostentaban los descarnados pergaminos de las *Siete Partidas*, *Boibadilla*, *Carta Filípica*, etc. [...]

Alrededor de la entelerida mesa, que bauticé con el pomposo nombre de escritorio, se hallaban sentados en unas sillas humildes y vacilantes tres jóvenes que escuchaban a otro que leía una composición poética.

Ha dicho un escritor inminente que el romanticismo es hijo del infortunio y de las lágrimas; y yo creo que este hermoso pensamiento podría aplicarse a la poesía en general.

Aquellos cuatro jóvenes eran huérfanos; la pobreza había despertado su inteligencia; sus gemidos de desamparo habían sido su primer canto; y habiéndoles negado el mundo todo, se refugiaron, en otro mundo intelectual que, con el soplo de la inspiración, crearon, y querían revelarlo con la seducción de la armonía, al universo mismo que les negaba los goces.

¡Pobres muchachos! el mayor tendría veinticuatro años, los otros casi niños ¡cuán infelices eran! Todos con los capotes roídos, sus vestidos humildes; privados de sus gustos más inocentes, por comprar libros; mendigando de puerta en puerta la educación. ¡Pobres muchachos! En la primera página del libro de la vida habían encontrado orfandad y sus ojos a través de un velo de lágrimas, habían distinguido el panorama risueño del universo, visto con la luz de la aurora de la existencia.⁴¹

Esos cuatro poetas —José María Lacunza (1809-1869) y su hermano Juan Nepomuceno (1812-1843), Prieto y el hoy del todo desconocido Manuel Tossiat Ferrer— no eran pobres, para empezar: los Lacunza eran hijos de un poeta árcade. Aunque pronto los dejó huérfanos, este magistrado tuvo a bien encargarlos con su hermana, “tía despejada y generosa” que los hizo cursar estudios universitarios en el Colegio de San Juan de Letrán.⁴² Formaban parte de la élite de la Primera República y don José María, becario en su juventud del presidente Pedraza, llegó a ser ministro de Relaciones Exteriores durante el tercer gobierno de Herrera, establecido al año siguiente de la invasión estadounidense y que se prolongó hasta 1853. Este Lacunza más tarde sirvió a Maximiliano, decisión que le valió morir en el exilio. El historiador Luis González y González, en *La ronda de las generaciones* (1984), rebajó la locuacidad grandilocuente con la que suele hablarse de Letrán, discernibles entre los liberales románticos (o aspirantes a serlo) por su corbata roja:

Se trataba de un estilo nuevo, cuya agencia de propaganda fue un instituto fundado por Lacunza, profe anacoreta del Colegio de San Juan de Letrán, y por Prieto, entonces tipo trotacalles. Un atardecer de junio de 1836 amaneció la Academia de Letrán con el firme

⁴¹ Guillermo Prieto, “Un poeta”, en Ignacio Rodríguez Galván, *Obras*, I, edición facsimilar con prólogo y apéndices de F. Tola de Habich, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, p. cxv.

⁴² Prieto, “Viajes de orden suprema (1853-1855)”, *op. cit.*, p. 171.

propósito de “mexicanizar la literatura, emancipándola de toda otra” esgrimiendo como insignia de combate la bandera romántica, de hechura no mexicana por cierto. Allí se acordó desprender la cultura nacional del oprobio de tres siglos coloniales. A los pocos reacios a la rebelión romántica y a la ruptura con el pasado español, se les motejó de muchas maneras. El mejor apodo no fue el de conservadores, ni el peor el de cangrejos.⁴³

Al general Santa Anna, aunque él mismo viejo protector de Heredia y compadre del leído general Tornel, los gabinetes de Herrera, por haber en ellos algunos intelectuales letranistas, le parecían “juntas de maricones”. Más curioso fue el caso de aquél para cuya entrada en escena fue escrita esta representación, el poeta Ignacio Rodríguez Galván, que viniendo de una familia campesina había tenido la suerte de situarse en el lugar más adecuado de toda la Ciudad de México para iniciarse en el mundo de los libros: la imprenta y librería de su tío materno Mariano Galván Rivera.

Pero la ostentación de pobretería era un galardón romántico, como lo creía Prieto, él mismo, ejemplar representativo del huérfano socorrido. Primero lo ayudó la patria misma encarnada por Quintana Roo y luego un poeta adinerado —el único, Fernando Calderón— lo hizo con igual solemnidad, ayudas a la que siguió la sinecura del gobierno, gracias, como siempre, al general Tornel, “hombre bastante conocido por su talento, travesura y principios”,⁴⁴ según consignó su enemigo, el historiador Bustamante en 1847. Tornel, uno de esos muchos mexicanos a quienes les urge un biógrafo, aunque ya tenemos de Will Fowler, *Tornel and Santa Anna, the Writer and the Caudillo* (2000), colocó a Prieto nada menos que en la aduana, para que la Providencia verificara la probidad del futuro

⁴³ Luis González y González, *La ronda de las generaciones*, en *Obras completas*, iv, México, Clío, 1997, p. 21.

⁴⁴ Carlos María de Bustamante, *El Nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea, historia de la invasión de los angloamericanos en México* (1847), prólogo de Josefina Zoraida Vázquez, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, p. 206.

escribiente de la Patria. La muerte de Tornel, junto con la de Alamán, ambos ministros de Santa Anna en 1853, facilitaron la conversión de esa última presidencia santanista en una verdadera dictadura, como lo lamentará Prieto en esas fechas.⁴⁵

La autoconmiseración y la humildad farisea se convertirán en una de las características centrales de esa memoria de Prieto que imantará a todo el romanticismo liberal, ostentación que es difícil hallar en los remotos modelos de los letranistas: Byron fue lord, nada menos, y Hugo, pensionado del rey a los veinte años, recibió la Legión de Honor en 1825, el mismo año que el ya diplomático Lamartine, otro héroe de los jóvenes contertulios mexicanos. Los poetas pobres y malditos vendrán después, en la segunda mitad del siglo y es absurdo incluir entre ellos a un patricio patrio como Prieto. Había, sin duda, un contramodelo de poeta pobre, localizable en el siglo XVIII, pero éste fue opacado por aquello que Paul Bénichou, el historiador literario francés, llamó “la coronación del escritor”. La pobretería exaltada por Prieto algo tiene de eco evangélico y rousseauiano. Nada hay en ella de la combatividad legible en el prólogo al *Cromwell*, de Hugo, y eso que varios de los letranistas intentaron, con gran éxito local, el drama.

Menos llorón es el testimonio de Manuel Payno, firmado en Fresnillo, Zacatecas, el 25 de agosto de 1844, al contribuir con una semblanza al *Florilegio para un poeta*, también dedicado a la vida y muerte del joven Rodríguez Galván. Es natural: la pobreza, real o exagerada, fue sustituida por el oropel republicano de los viejos conservadores que los “cooptaron” y le dieron importancia política a la Academia de Letrán. Poco antes de publicar *El fistol del diablo* (1845-1846), su primer novelón, recuerda Payno:

La academia de San Juan de Letrán se compuso en un principio de jóvenes; después fue honrada e ilustrada con la asistencia de los Sres. Tornel, Pesado, Ortega, Quintana Roo, Olaguíbel y otros individuos de notorios talentos y literatura. En esa academia que se

⁴⁵ Prieto, “Viajes de orden suprema (1853-1855)”, *op. cit.*, p. 311.

reunía en la librería del colegio los jueves de cada semana, se corregían composiciones ligeras en verso y prosa, y esto daba lugar a que se pronunciaran discursos sobre lógica, gramática, prosodia, poesía, etc., que impresos sin duda hubieran suplido más que bien a un curso de literatura. Eran esos unos ratos de deleites increíbles para el espíritu, que juzgo no se han de haber olvidado a los señores que los experimentaron; yo al menos recuerdo esos tiempos como uno de los más felices de mi vida.⁴⁶

Tras despedirse de Rodríguez Galván (Payno de alguna manera ocupaba el lugar que había dejado vacante el poeta como enviado diplomático) añade melancólicamente que “después como es ley del mundo que todo se acabe, y que lo bueno dure poco, la academia concluyó, sin que haya podido volverse a reunir”.⁴⁷

Eso tenemos para los primeros años de la Academia de Letrán y no es una coincidencia que en el Madrid literario de esos mismos años renacieran antiguos ateneos, se imprimiesen revistas efímeras y nacieran nuevos institutos.⁴⁸ En México sin duda había antecedentes, como los recabados por Fernando Curiel, por ejemplo, la tertulia de la calle de Escalerillas presidida por Francisco Ortega, una suerte de “taller literario” que aquel poeta independentista organizó para sus hijos, uno de ellos, Eulogio, después letranista temible por su feroz hispanofobia y a la cual llegó a ir Rodríguez Galván.⁴⁹ Ello desmiente la versión del primer testimonio de Prieto, narrando cómo los cuatro poetas “huérfanos” reciben como su quinto hermano en infortunio romántico a Rodríguez Galván, presentado como una persona desconocida y un joven poeta ansioso de hacerse escuchar. Resulta improbable que no hubieran cono-

⁴⁶ Manuel Payno, “El poeta D. Ignacio Rodríguez Galván”, en Rodríguez Galván, *Obras*, I, *op. cit.*, p. CVIII.

⁴⁷ *Ibid.*, p. CIX.

⁴⁸ Robert Marrast, *José de Espronceda y su tiempo*, Barcelona, Crítica, pp. 573 y 592.

⁴⁹ “Presentación” de Fernando Curiel a Prieto, *Memorias de mis tiempos*, *op. cit.*, p. 21.

cido desde antes de 1836 a Rodríguez Galván, ya fuese por estar presente en la tertulia de Escalerillas o al menos como empleado en una de las principales librerías de la pequeña ciudad.

Hablemos ahora un poco de las famosas memorias de Prieto, según Curiel, escritas bajo la influencia del español Ramón Mesonero Romanos, autor de unas *Memorias de un setentón, natural y vecino de Madrid* (1881). Tienen aire de familia ambas memorias contemporáneas: mejor fue la pluma de Mesonero Romanos aunque careció de esa impostación de infantilismo que hace perseverar, divertido, al lector de Prieto. “La cordialidad” de Prieto, dirá Carlos Monsiváis, gran admirador de los hombres de la Reforma, “transforma seres, situaciones, objetos, tradiciones”.⁵⁰ Gran mérito de Prieto fue la negativa a rendirse a la desolación republicana, sino enseñarnos a reírnos de nuestras desgracias, empezando por las más coloquiales y menudas, como las de las “cotorronas” cuyos “sueños dorados” de adquirir mercaderías del Oriente, sufrieron severo descalabro en aquel asalto al mercado del Parián por la plebe el 28 de noviembre de 1828, cuando se hizo evidente que la república de 1824 no era la versión democrática del país de Jauja prometida por Iturbide. Su libro empieza allí, donde tiene que empezar, en un Prieto más discípulo de Fernández de Lizardi que de los poetas y poetastros que tenía por compadres y contertulios.

Prieto no se da cuenta de que él mismo es el crítico de la pobrería que exalta al decir que

no obstante la opinión desastrada que afrontaban los poetas, de sucios divagados, inútiles para todo lo serio, y predestinados para la miseria y el hospital, gozaban cierta boga pedestre, y ni dejaban de figurar en los salones, ni de imperar radiosa copa en mano en los convites después de los gritos de ¡Bomba! ¡Bomba! para llamar la atención.

⁵⁰ Carlos Monsiváis, *Las herencias ocultas del pensamiento liberal del siglo XIX*, prólogo de Elba Esther Gordillo, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 2000, p. 113.

Los llamados grandes poetas tenían su categoría aparte, y a Heredia, Quintana y otros, primero se hubieran dejado sacar una muestra que soltar un verso.⁵¹

El párrafo de marras dice más sobre los poetas mexicanos de entonces que toda la leyenda dorada de la fundación de la Academia de Letrán narrada por Prieto páginas después. Como lo confesará el propio Rodríguez Galván en “Un coplero mejicano del siglo XIX”, los poetas oscilaban entre la condición menesterosa y ridícula del coplero borrachín y la solemnidad republicana encarnada por los Heredia y los Quintana Roo, héroes de una guerra remota y creída inútil por no pocos de sus héroes, la de la Independencia. En aquella academia, “los llamados grandes poetas” salvan a los más jóvenes de la miseria material e intelectual, los acogen como los huérfanos culturales que son y los visten de la única dignidad a su alcance, la de beneficiarlos con empleos gubernamentales.

No es extraño que los Calderón y los Rodríguez Galván rara vez, hay que decirlo, atinen a superar su condición de poetastros, justificados por su muerte precoz. No podía ser de otra manera si uno recuerda, otra vez, a sus maestros, aquellos a quienes Prieto, pícaro, nombra “los llamados grandes poetas”, pues no lo eran ni Pesado ni Carpio ni mucho menos Quintana Roo. Ese trío, que parece acercarse al cuartucho de Letrán con ánimo de imponer una prefectura, sólo podía exigirle a los más jóvenes “sobriedad” en su romanticismo, es decir, que fuesen cabales en su sentimentalismo sin involucrarse en los peligros sexuales, tóxicos y políticos encarnados sobre todo por lord Byron, comportándose como buenos católicos, desoyendo los cantos de sirena del liberalismo, el error de juventud de Pesado y Heredia. Mirar más atrás era aburrirse imitando a Meléndez Valdés o a Martínez de Navarrete, lo cual se siguió haciendo con impunidad: la penetrante masa de aceite romántica siempre se topaba con esa resistencia neoclásica que, como bien dice el crítico peruano José Miguel Oviedo, duró todo el XIX y algunos años

⁵¹ Prieto, *Memorias de mis tiempos*, 1, *op. cit.*, p. 78.

más.⁵² Admirar abiertamente a liberales españoles como Espronceda, el duque de Rivas o Larra no era de buen tono en el México de los treinta y de los cuarenta; bastaba con copiarlos con vaguedad, como hizo Calderón en *El soldado de la libertad*, drama que a su vez imita *El Pirata* de Espronceda, a su vez desprendido de Byron (algo de genio tuvo Espronceda pero en *El diablo mundo* de 1841). Entra, sin duda, Lamartine pero no Hugo, contra lo que se piensa vulgarmente. Su personaje se agiganta sólo hasta que aparece como defensor de México contra Napoleón III o conmueve por su petición de clemencia para Maximiliano en 1867, pero el influjo de Hugo como poeta es entonces muy limitado.

Sólo Heredia hubiera podido educarlos literariamente a través de un mínimo contacto con la literatura europea moderna, y que el cubano (despreciado por serlo en un país que inauguraba su beligerancia política ejerciendo la xenofobia contra los españoles y Cuba era, *malgré tout*, la orilla visible y sobreviviente del Imperio español) aparezca sólo como un fantasma a través de las canoni-zantes memorias de Prieto, prueba su marginalidad y la de sus revistas: es probable que la *Miscelánea* herediana tuviese una circulación limitadísima, más doméstica que local inclusive o que fuese ignorada por ser obra de un extranjero. Sin duda, la poesía de Heredia influyó no sólo en “el decir” de Prieto según él mismo lo reconoce en las *Memorias de mis tiempos*, sino en la de Rodríguez Galván, lo cual demuestra González Acosta. Pero parece improbable que el primero, fallecido en 1839, tres años antes que el segundo, lo haya puesto a leer, en serio, literatura contemporánea.⁵³

El ambiente político que rodeaba a los futuros letranistas no podía ser peor, como lo recuerda Prieto. Dominasen los liberales o los conservadores, los federalistas o los centralistas, se publicase en México el *Ensayo sobre la tolerancia* (1831), de Vicente Rocafuerte,

⁵² José Miguel Oviedo, *Historia de la literatura hispanoamericana*, 2. *Del Romanticismo al Modernismo*, Madrid, Alianza, 2001, pp. 20-23.

⁵³ Alejandro González Acosta, “Dos actitudes en la visión del paisaje histórico: José María Heredia e Ignacio Rodríguez Galván. Una lectura paralela”, en Ignacio Rodríguez Galván, *Obras*, 1, *op. cit.*, pp. CLXXXII-CXCI.

o se inclinasen los periódicos hacia el moderantismo, privaban los intereses de las logias denunciadas por el doctor Mora y

grosera, informe, rastrera, la libertad de prensa buscaba lechones y no los hallaba, y para despertar el sentimiento dormido y para vulgarizar ideas con la reminiscencia de la costumbre, eran letanías y padres nuestros políticos, estaciones y jaculatorias, coplas de payaso y cuentos y consejas, que era lo único adaptable a las inteligencias vulgares embrutecidas por el fanatismo.⁵⁴

Todos tenían a sus padrinos, Prieto a Quintana Roo y Lacunza al propio presidente Manuel Gómez Pedraza (1831-1832), y sólo el radical Ignacio Ramírez era tan temerario como para andar sin padrinzago, no en balde conocido como El Nigromante, su nombre de pluma. Los letranistas se reunían en tertulias como las del Café del Sur o el de la Gran Sociedad, otras de las afluentes que van a dar a la Academia de Letrán. En ese hostel se escuchaba con la boca abierta a “los cabezones”, como llamaba la juventud a los hombres de talento, discutiendo leyes de desamortización o libertades de comercio y hasta de culto, huyendo los candidatos a literatos de la degradación de los barrios, con sus asquerosas peleas de gallos que el dictador Santa Anna volvería deporte nacional y otras muestras, lamenta Prieto, de la ociosidad de un país sin industria. “Como a pesar de mis inclinaciones poderosas al *dolce far niente* y a la sociabilidad”, reconoce el cronista, “la mano helada de la pobreza me despertaba de mis sueños y no sólo asistía puntual a mi oficina sino que estudiaba con afán” la Biblia y a los Santos Padres, socorrido con libros ya fuese por Quintana Roo o por sobrevivientes de la Ilustración jesuita. Tras el “taller” con Ortega, Prieto y otros aventajados llegaron al Colegio de San Juan de Letrán descrito para la posteridad por Prieto para fundar su academia en junio de 1836, solemnidad que famosamente despacharon partiendo en cuatro pedazos una piña, eucaristía literaria a la que sigue la visita

⁵⁴ Prieto, *Memorias de mis tiempos*, *op. cit.*, pp. 83-84.

de la patria (personificada por Quintana Roo, nombrado presidente vitalicio del conciliábulo), junto a la aparición de Pesado y Carpio con su maqueta de Jerusalén...

En otro artículo también posterior en pocos años al mítico 1836, Prieto nos ofrece mayor miga que la anécdota pintoresca de los fundadores de la Academia como “cuatro individuos sin más auxilio que el de Dios”. Publicado en *El Museo Mexicano* en 1844, Prieto festeja allí la llegada al país de la *Poética* del político Martínez de la Rosa, romántico temperado que dirigió la Real Academia de la Lengua Española durante poco más de veinte años, por haber revolucionado “el buen gusto” y hacer desaparecer los “últimos restos” del abominado gongorismo. Es aquel artículo ya citado donde Prieto arremete contra los pobres árcades, el polvo del pasado que había de sacarse de encima para ser o parecer romántico.⁵⁵

Continuando la lectura del prólogo de Tola de Habich a la edición facsimilar de *El Año Nuevo*, él nos dice que la Academia de Letrán empezó por ser la reunión de un muchacho (Prieto) con personas mayores (lo eran en sus veintes, en el XIX, hombres como José María Lacunza y Tossiat) que eran abogados sin bufete, en cierta penuria, expectantes a que la pródiga mano de la empleomanía los recogiese. Tola le da demasiado crédito a la supuesta pobreza de los letranistas y se deja seducir por su infatuación de pobretería. En tanto, la Academia, fundada como ya lo sabemos en 1836, sólo tres años después tiene un órgano oficioso, *El Año Nuevo*, un anuario que a los ojos retrospectivos de Prieto pretendía “mexicanizar” la literatura del país, una suerte de democratización cuyo primer y obvio cometido era, llanamente, escribir sobre temas mexicanos.

Con las excepciones —extrañamente ignoradas por los letranistas— del historiador Bustamante y del polígrafo Fernández de Lizardi, hasta la misma sor Juana Inés de la Cruz era despreciada

⁵⁵ Guillermo Prieto, “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana” (1844), en *La patria como oficio. Una antología general*, edición de Vicente Quirarte, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación para las Letras Mexicanas–Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, pp. 363-364.

entonces por haber sido una gongorina más interesada en las pirámides de Egipto que en las de México. Esa mexicanización se produjo modestamente e iba a la par de la doble naturaleza del movimiento romántico internacional, por más retrasado y mostrenco que llegase al país: fundar literaturas orgullosamente nacionales y a veces agresivamente endogámicas mientras se difundían los valores universales (trágicos y dionisiacos antes que descriptivos y apolíneos) del romanticismo. Contristado dirá José Emilio Pacheco en 1986 que “no hay anacronismo en la Academia de Letrán” pues en ella se intentó “escribir lo que estaban escribiendo sus contemporáneos europeos” aunque no lo consiguieron, siendo “imposible comparar sus obras con las aparecidas del otro lado del Atlántico entre 1830 y 1836. No tenemos nada que se parezca a Pushkin ni a Leopardi, ni a Hugo ni a Balzac, a Dickens ni a Gólgol”. Pacheco culpa al “peso y a la vergüenza de la Colonia” sufrido por nuestros románticos.⁵⁶

Así, en *El Año Nuevo* tenemos “mexicanizaciones” de diverso calado, como la presentación a la neoclásica de la poesía dizque azteca pretendida por Pesado, las primeras muestras narrativas de la conversión del virreinato en una edad de las tinieblas gobernada por la Inquisición o el diálogo poético, torpe pero más interesante, de Rodríguez Galván con los fantasmones de Cuauhtémoc y Moctezuma, junto con cuentos orientalistas, como los reproducidos por Heredia en la *Miscelánea*, o llanamente románticos, adaptados o plagiados por los redactores del anuario. Se trataba, en este brinco de lo ingenuo a lo sentimental, siguiendo a Schiller, de pasar de lo exótico a lo pintoresco, de las brumas nórdicas a lo mexicano. El único que sacó provecho de aquel medio fue, a la larga, Prieto: *mexicanizar*, siguiendo el ejemplo de Fernández de Lizardi, era algo más sencillo que modernizar la antigüedad, gentil o pagana, de los aztecas. Se imponía recrear o inventar la Ciudad de México dejando testimonio costumbrista de que un nuevo pue-

⁵⁶ José Emilio Pacheco, *A 150 años de la Academia de Letrán (1986)*. *Discurso de ingreso*, México, El Colegio Nacional, 2013, pp. 24-25.

blo (forjado durante la Nueva España aunque dogmáticamente ello se negase) había nacido y no podía sino expresarse modernamente, a la manera romántica.

Lo más sorprendente para quien empiece la lectura de *El Año Nuevo* es la depresión generalizada de los letranistas y su sensación, corroborada por la realidad de aquellas décadas, de que México vagaba sin rumbo y se hacía literatura como una manera de evitar su desaparición o dejar testimonio de su fracaso. Las ínfulas de Bustamante o de fray Servando, recristianizadores de una nación bíblica, o la confianza militante de Fernández de Lizardi en la nueva república, habían quedado atrás. Léase el tono plañidero usado por los redactores de *El Año Nuevo* para darse a conocer: “Presentamos esta colección al público: no creemos que sus piezas sean las mejores que Méjico ha producido: esto sería una presunción respecto de nosotros y un agravio a una patria cuyas desgracias son uno de los sufrimientos de nuestra vida”.⁵⁷

El dicho concuerda con el prólogo de 1842 de Payno a las poesías completas de Calderón, donde el futuro novelista se pregunta “dónde iré a parar si me pongo a nombrar a tantos autores líricos y dramáticos, ingleses, franceses, alemanes y españoles?” El libro de Calderón, se lamenta, es “un infeliz y aislado tomo de poesías mexicanas ¿qué viene a ser entre este inmenso número de volúmenes donde brilla el talento, la sensibilidad, la sátira, la melancolía y el estudio de los autores que los escribieron”.⁵⁸ Junto a los Calderón, los Lope, los Tirso, los Quintana y los Meléndez, decía Payno, poco valía Calderón, una vez enumerado el Parnaso español sin mencionar a un problemático, por cuestiones de nacionalidad, amigo de los letranistas: Gorostiza, de renombrada labor de dramaturgo español, entre 1813 y 1833, la fecha de su regreso al México donde nació y al cual dedicó con notable desprendimiento y vigoroso patriotismo, la segunda parte de su vida.

⁵⁷ *El Año Nuevo de 1837*, I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, p. III.

⁵⁸ Citado en Tola de Habich, “Estudio preliminar” a *El Año Nuevo de 1837*, *op. cit.*, p. XXXI.

En fin, para todas aquellas glorias del ayer y del presente, qué podía significar Letrán, se pregunta Payno ante un lugar “donde unos cuantos muchachos con sus capas caídas de estudiantes, sin un centavo, preparaban, sin saberlo, una nueva etapa para la también pobre y abatida literatura de México”,⁵⁹ lo cual es una verdad a medias pues la Academia muy pronto queda bajo la égida del veterano Quintana Roo, hombre respetado y aun poderoso cuya llegada a la Academia, recordada como el arribo en gloria y majestad de la patria misma a aquella pobre casa, Tola de Habich no duda en describirla como “un golpe de Estado” que coloca a los letranistas bajo la paternal protección y vigilancia del poder.

Siguiendo a Quintana Roo, llegan a la Academia otros “viejos” como Pesado y Carpio, quienes otorgan la necesaria respetabilidad a los poetas menesterosos, que para efectos de la posteridad sólo son el par de poetas muertos precozmente (Rodríguez Galván, afortunado empleado de librería, y Calderón, mal poeta con fama de ocultar, por modestia republicana, un supuesto título nobiliario) y sobre todo Prieto, quien logró lo que se propuso, ser el primer escritor *nacional*, un proyecto fallido de Hugo, al cual le sobró empeño y le faltó genio.

Del primer número de *El Año Nuevo* destaca, por su torpeza, un relato de José María Lacunza, una *Netzula* a lo Chateaubriand, bastante inferior al *Jiconténcal* atribuido a Heredia. Pese a los esfuerzos de Tola de Habich por ponderar ese intento de mexicanización del romanticismo, más vale creerle a Marco Antonio Campos en su desdén por esta historia de amor entre un “general” nativo llamado Orfelar y la india Netzula, durante la Conquista. *Netzula*, tenida por la primera novela “indigenista” de México, es

una narración que en instantes resulta casi insoportable por sus desaliños formales y sus elementales errores históricos: ¿Dónde se le ocurrió al autor que hubiera leones y osos en Anáhuac? ¿Cómo creyó que símbolos europeos, como el laurel de la guerra y el mirto

⁵⁹ *Idem.*

del amor, tendrían equivalencia entre los antiguos mexicanos? [...] ¿Pero de dónde sacó Lacunza los nombres nahuas de Ogaule, Orfeler, Octai, Utalí o que los hombres del Anáhuac llamaran a los españoles “los hijos del Océano”? ¿Cómo puede llevar Netzula *cartas* a los ancianos, cuando las mujeres no eran mensajeras y no existía escritura fonética?⁶⁰

A casi veinte años de la Independencia, estando vivo todavía Bustamante, al menos un falso erudito, la primera generación de escritores nacionales dedicados propiamente a la literatura y a su mexicanización, sabían menos, mucho menos, del México antiguo que los batalladores y ensoberbecidos padres fundadores de 1821. El aztequismo de Netzula, junto a su vindicación rococó con Pesado y su poesía aztecoide, intoxica a los letranistas, quienes como los románticos europeos se buscan a sí mismos en el pasado, pero sin ninguna erudición, privada la cultura mexicana de mucho de lo acumulado por los jesuitas en el siglo XVIII.

Es notorio que si Lacunza hubiera conocido la *Historia antigua de México* (1780) de Clavijero, publicada en español desde 1826, no habría sido su Netzula tan atrabiliaria e ignara. Imperaba un antiespañolismo virulento, como el de Eulalio María Ortega, hijo de don Francisco, quien en “La batalla de Otumba” advierte “que los despojos de los iberos nos enseñarán el modo de fabricar el rayo; y traspasaremos el océano, los atacaremos en sus hogares; talaremos sus campos y convertiremos en ruinas toda la España. Cuando no se halle un español en todo el mundo, forzaremos el destino a que borre a Iberia del padrón de las naciones”.⁶¹ Vocinglería que resonaba a menos de una década de las virulentas expulsiones de ciudadanos españoles que dividieron a la joven república pero, aun así, como sugiere Tola de Habich, en los poemas y relatos aztequizantes de *El Año Nuevo* causaba extrañeza por qué el

⁶⁰ Marco Antonio Campos, *La Academia de Letrán*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, pp. 13-14.

⁶¹ Tola de Habich, “Estudio preliminar” a *El Año Nuevo de 1837*, *op. cit.*, p. XXXIX.

radiante Imperio azteca había sido derrotado por los españoles, catástrofe acaso debida al afeminamiento de su corte, encabezada por Moctezuma, que no a todos los letranistas les parecía ese traidor a modo heredado por el llamado patriotismo criollo al primer nacionalismo mexicano, si nos atenemos al convencional elogio versificado que Wenceslao Alpuche, un miembro poco asiduo de la Academia de Letrán, le dedica en ese número del anuario. Esas dudas quedarán mejor expresadas por un espíritu más fino y sensible, el de Rodríguez Galván, cuya “Profecía de Guatimoc” será la pieza de resistencia de la última entrega de *El Año Nuevo* en 1840.

Al primer número de *El Año Nuevo* lo viste decorosamente la medida de Pesado y de su versión de “El israelita prisionero en Babilonia”, salmo obviamente legible como una alusión a las penurias de la patria:

Babilonia insensata, ya el cielo
Te apareja tremendo castigo:
El acero del crudo enemigo
templará con tu sangre su sed.⁶²

Empero, los letranistas deben enfrentar la oposición, amistosa pero firme, del crítico de guardia de la época, más cercano al temperamento del gramático al estilo de Beristáin de Souza en la agoría del virreinato que al poco apreciado carácter de Heredia como crítico moderno.

Vale la pena detenerse un poco en el conde de la Cortina y *El Zurriago Literario*, su influyente aunque irregular publicación donde ponía en su lugar a los letranistas e intentaba con esmero elevar el nivel escolar de los mexicanos. Prieto, en las *Memorias de mis tiempos*, recordará aquel periódico redactado por “el erudito conde de la Cortina, de la escuela de Hermosilla, aunque escrito sin elevación, sin gusto, sin filosofía ni buena educación, nos dio provechosísimas lecciones que, aunque nos irritaban, rebajaban las pre-

⁶² *Ibid.*, p. 103.

tensiones del amor propio y nos abrían los ojos para seguir los buenos modelos”.⁶³

José Justo Gómez de la Cortina y Gómez de la Cortina (1799-1860) fue hijo de una familia española establecida en México, donde el futuro conde nació, apenas en 1799. Eran los ricos y endogámicos Gómez de la Cortina, dueños de la mansión, aún existente, llamada de la Bola, en Tacubaya, y don José Justo fue un modelo de *riche amateur*, miembro de todas las academias españolas y mexicanas. Gozó durante la Década Ominosa de la protección de Fernando VII, quien lo elevó a presentador de embajadores, gentilhombre de su cámara y Caballero de la Orden de la Montesa, enviándolo rumbo a Constantinopla a donde la peste le impidió llegar. Varado en Trieste, allí se inspiró para escribir un pasable relato romántico, “Euclea, o la griega de Trieste” (1841). Hizo a la limón un *Diccionario de españoles célebres*, personalidades a las cuales frecuentaba y acaso estuvo en correspondencia, Gómez de la Cortina, con Chateaubriand y Constant. Participó, en España, en la traducción colectiva de la *Historia de la literatura española* (1804), de Friedrich Bouterwek, y es fama que había tertulia de románticos y de anticuarios en la casa de quien pronto sería conde de la Cortina en Madrid.⁶⁴

Que quien debe su recuerdo a su fama de crítico literario volviese a México, en 1832, fecha cercana a la elegida para regresar al país natal por el dramaturgo Gorostiza, habla de que a principios de esa década las mudanzas políticas entre los aún no muy definidos liberales y conservadores eran vistas desde España, por la élite criolla, como una oportunidad de ascenso político más que como un “retorno maléfico al edén subvertido por la mutilación de la metralleta”, como retratará Ramón López Velarde, por extensión, al pueblo de México durante la Revolución iniciada en 1910.

Aun cuando Gómez de la Cortina fuese víctima temporal de la expulsión de españoles verificada en 1833, tan pronto llegó Santa

⁶³ Prieto, *Memorias de mis tiempos*, op. cit., p. 177.

⁶⁴ Fernando Cabo Aseguinolaza, *Historia de la literatura española*, 9. *El lugar de la literatura española*, Barcelona, Crítica, 2012, p. 72; Marrast, *José Espronceda y su tiempo*, op. cit., p. 226.

Anna se lo trajo de regreso, convirtiéndolo en un santanista eminente (era el organizador de los saraos más vistosos del general) que entre 1838 y 1846 ocupó casi todos los ministerios y la gubernatura del Distrito Federal en dos ocasiones (una de ellas durante los motines de 1846 previos a la ocupación estadounidense de la capital el año siguiente), lo cual no le impidió publicar una *Cartilla sobre los derechos y obligaciones del hombre en la sociedad civil* y sacar al popular Caballito (la estatua ecuestre de Carlos IV en una sola pieza que hiciese Manuel Tolsá) del patio de la universidad para ponerlo a la entrada del Paseo de Bucareli, donde estuvo hasta 1979.

Muerta su madre en 1847, Gómez de la Cortina tomó la nacionalidad española para sucederla en el condado peninsular. Ya sin ser mexicano hubo de retirarse de la política activa, acentuando su perfil de mecenas cultural, aunque desde antes era conocido como “el conde de la Cortina”, el gramático cortés pero implacable, desagradable de leer para los letranistas, aunque quien lea al crítico, más trivial que ocurrente, no encontrará ni en sus opiniones sociales ni en sus gustos literarios a ningún tradicionalista. En no pocos de sus apuntes aparece como un liberal conservador y hasta como un demócrata de buena fe, desafecto a la Santa Alianza que amenazó a las recién independizadas republicas americanas. Fue Cortina, como los Heredia y los Pesado de la madurez, un romántico muy moderado, que era la posición estética que imperaba en España, también, durante el reinado de Isabel II (1833-1868) pues el absolutismo, tanto en política como en literatura, estaba reservado a los carlistas, quienes pretendieron que el tío de Fernando VII, Carlos Isidoro, fuese rey.

Las alabanzas del conde de la Cortina eran del estilo de aquella “es una letrilla elegíaca muy bonita, muy tierna, de versificación suave y melodiosa”, como dice de una de Antonio Larrañaga (poeta fallecido precozmente en 1838) aparecida en *El Año Nuevo de 1837*, mientras sus coscorriones referíanse a “ligerísimos lunares” pero aun así molestaban a los autocomplacientes letranistas, no en balde poetas jóvenes de piel sensible. Era capaz de comparar al joven Prieto con Herrera, Lope de Vega, Meléndez y compañía; su

crítica del malísimo “Moctezuma” de Alpuche era solamente retórica, porque los adjetivos para alabar al héroe apedreado (aunque Alpuche ignoraba el desafecto popular en que falleció aquel infausto rey) los había escogido mal su autor pues, por ejemplo, “*adusto* en buen castellano, se aplica únicamente a la persona de gesto melancólico”.⁶⁵

Desde luego, al conde de la Cortina Pesado le parecía un poeta eminentísimo, y según Tola de Habich, esa complacencia le da la razón a Antonio Castro Leal, a su vez la eminencia gris de la crítica de hace sesenta años, al decir que “nuestro romanticismo es tan suave y tan discreto que pasó todo el siglo XIX y parte del XX”⁶⁶ sin que la crítica se diera cuenta que Carpio y Pesado eran aquellos “románticos sin romanticismo”, como los calificará después Aguilar. Si el crítico literario puede resumir, en su personalidad, el carácter de una literatura, que el fatigado Heredia le dejase su lugar al conde de la Cortina habla de que la literatura *propia* mexicana como los letranistas se empeñaban en acuñarla, nacía medio muerta aunque, como Tola de Habich lo señala a manera de contraste, *El Año Nuevo de 1837* durante su trienio de existencia expandió, sin mayores resultados que la edición de publicaciones hermanas igualmente efímeras, el público lector con *El recreo de las familias*, de Rodríguez Galván, *El Mosaico Mexicano*, *El Ensayo Literario* que hacía en Puebla José María Lafragua o el más longevo *Calendario de las señoritas megicanas* (1838-1843), hechura de Galván, el tío del poeta Rodríguez Galván. En aquellos tiempos, para quien pueda interesar, hasta aparece nuestra primera poetisa republicana, Rosario Bosero.

La segunda entrega de *El Año Nuevo*, correspondiente a 1838, parece dominada por Pesado, figura incómoda para los más jóvenes por razones políticas, al grado que Payno dirá en 1842 que el poeta acabó por marchitar “en el fango del gobierno una hoja de

⁶⁵ Tola de Habich, “Estudio preliminar” a *El Año Nuevo de 1837*, *op. cit.*, p. LVI.

⁶⁶ *Ibid.*, p. LX.

laurel que sus amigos concedieron a su talento”. Pesado presenta allí un par de poemas (una traducción de Evasio Leone y su lamentado plagio de “La inmortalidad” de Lamartine) y dos cuentos: “El amor frustrado”, relato románticoide donde el poeta aparece como un anacoreta dándole la espalda a la ufanía de México, y “El inquisidor de Méjico”, el comienzo de la Leyenda de la Nueva España, sea negra, como en los novelones de Vicente Riva Palacio sobre la Inquisición y sus víctimas, o blanca, como la cantada por los narradores colonialistas, urgidos de huir de la Revolución de 1910. También hay colaboraciones del viejo Ortega y del general Tornel, quien hace un elogio chateaubrianesco del Pico de Orizaba. En ese número, parece que le contestan al conde de la Cortina con un epígrafe de Malón de Chaide, un agustino español muerto en 1589, quien se quejaba de los gramáticos, son “don nadies”, que “toman por oficio decir mal de todo aquello que no va medido con su grosero juicio”.⁶⁷ Pero, sin duda, el ensayo decisivo en es uno autocrítico, el primero que formulase un escritor mexicano en esos términos, de Rodríguez Galván, “Un coplero mexicano del siglo XIX”.

Si en *El Año Nuevo de 1838* aparece, por primera vez en el anuario, una reflexión sobre lo que había estado ocurriendo en México (y en el mundo) durante el medio siglo surgido de 1789 (“Todavía a principios de este siglo, y antes de que una revolución de ideas hiciese una revolución social, confundiendo todas las clases y el mérito con la ineptia, hacia la injusticia por medio del sistema colonial lo que en épocas posteriores han hecho por medio de los partidos políticos”,⁶⁸ firma J.R. Pacheco, un apologista de Iturbide), el número siguiente, correspondiente a 1839, es aún más defensivo. El ánimo declina y no es para menos, pues México ha librado su primera guerra con la bien amada Francia, la llamada Guerra de los Pasteles que mantuvo bloqueados todos los puertos del golfo durante siete meses. Rodríguez Galván, en un poema ti-

⁶⁷ *El Año Nuevo de 1838*, II, edición facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, p. II.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 209.

tulado “El sordo en el concierto. Fábula”, se queja de la mediocridad de los conciertos musicales en México, privados de los Bellini y de los Paganini, y en “Mis ilusiones” lamenta no haber visitado la Ciudad Santa, como no la conocían tampoco sus poetas proyectistas, Pesado y Carpio. Un cuento de Payno, finalmente, “María”, se entretiene en el elogio de ese gran hombre que los mexicanos habían traicionado y hecho ejecutar como un malhechor cuando a él y a nadie más debían su Independencia: Iturbide, otra vez, nuestro Napoleoncito (esa debilidad de Payno por Iturbide fue una más de sus “inconsistencias” que siempre lo tornaron de muy poco fiar para los liberales más fieros). Lo recuerdan, a don Agustín, una hija y una madre que lo vieron morir recién desembarcado en Padilla, Tamaulipas, y en su recuerdo del héroe lo asimilan a “aquella naturaleza salvaje” que “no carece de atractivos, porque es grandiosa y sublime: el alma de lord Byron, la imaginación de Schiller”.⁶⁹

El Año Nuevo de 1840 (que recogía lo publicado durante 1839), resume Tola de Habich, delata, con un número inusual de traducciones (Hipócrates, Dante, Petrarca, Virgilio, Monti, Manzoni, Poe), la extinción de la Academia de Letrán, siendo mentira que sobrevivió hasta 1856, cuando los miembros del Liceo Hidalgo trataron de reanimarla. Pero traía el gran poema de esa temporada, el de Rodríguez Galván sobre Cuauhtémoc. Tan arraigadas estaban las fobias neoclásicas que inclusive en el último número de *El Año Nuevo* no se desaprovechó la oportunidad de mentársela una vez más a los ¡gongoristas! Mientras Pesado andaba de superministro del presidente Bustamante y el joven Rodríguez Galván anhelaba ver el mundo para no ser víctima de los costumbristas Pisaverdes que habían devorado el ingenio de Fernández de Lizardi, lo más notorio de los últimos meses del grupo letranista fue el ingreso de Ramírez, El Nigromante, “ese bulto inmóvil y silencioso” immortalizado por Prieto en las *Memorias de mis tiempos* con aquella declaración ateísta, que debió ser, en efecto, un terremoto

⁶⁹ *El Año Nuevo de 1839, op. cit.*, p. 166.

en medio de aquella modorra. Pero la discusión ante el dicho sulfuroso del Nigromante, nos recuerda Tola de Habich, no era si se aceptaba a ese provocador como “académico” o si se aceptaba su irreverencia, sino si tenía derecho a leerla, como al final se le autorizó a hacerlo. Y ya no participan en la discusión los miembros fundadores sino un grupo de empoderados, empezando por Tornel y terminando con Clemente de Jesús Munguía, entonces abogado y luego obispo y arzobispo de Michoacán, furioso anti-reformista después, al cual, como a Alamán, ese liberal exaltado que fue Prieto, jamás le regateará sus “bien merecidos triunfos áulicos”.⁷⁰ Así, la Academia de Letrán, con todo y la idealización de Prieto en sus recuerdos de vejez, era todo menos un hospicio de poetas desheredados como queda claro si se lee al Prieto de 1853-1855, con la memoria más fresca. Fue, esa tertulia famosa fundada aquel 11 de junio de 1836, la reunión de dos generaciones de mexicanos eminentes.

Traducida por el joven Ortega, la idea que de la poesía tenía Lamartine era el credo de los letranistas y citando al francés, con fragmentos tomados de su *Voyage en Orient, 1832-1833* (1835), podemos empezar a despedirnos de la Academia de Letrán. La poesía era, para Lamartine, aquello que el hombre no puede soportar en demasía, pues lo agota en su calidad de lengua natural de todas las edades. Nodriza, fue natural y sencilla, amorosa y pastoral, en la cuna de las naciones, mientras que para los guerreros y los conquistadores hubo de ser épica hasta que las grandes civilizaciones, como las de Roma, Florencia o Luis XIV, la tornaron “grave, filosófica y corruptora” y grandes convulsiones como 1793, la volvieron “desgreñada y arrolladora”.⁷¹

Poesía es en esencia, agregaba Lamartine, el hombre mismo. Es el eco de toda su interioridad, un don divino que nunca conocerá el sosiego. Es “la hora en que el Muezin atisba al sol desde la más

⁷⁰ Prieto, “Viajes de orden suprema (1853-1855)”, *op. cit.*, p. 415.

⁷¹ Alphonse de Lamartine, “Los destinos de la poesía”, en *El Año Nuevo de 1840*, IV, edición facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, p. 204.

alta galería del minarete y anuncia las horas entonando cantos religiosos”.⁷² Pero a diferencia de Lamartine o de Leopardi, nuestros románticos mexicanos no encontraban nuevo y loco al mundo. Eran jóvenes muy viejos que cargaban, lo mismo Calderón y Rodríguez Galván, no sólo con la ruina intelectual y política de España sino con la imposibilidad práctica de un México capaz de sobrevivir.

Fernando Calderón fue el único —niño rico alabado como poeta a sus veinte años por Heredia— que se dio el lujo de librarse de las esclavitudes de la política y del periodismo. Publicó, de manera inusual y con dinero propio, dos libros en una época en que, como bien destaca Tola de Habich, era casi imposible hacerlo para cualquier escritor mexicano. Pese al auge de la prensa escrita en los años de *El Año Nuevo*, Lacunza nunca publicó un libro, las obras famosas de Fernández de Lizardi fueron póstumas, y sólo hacia 1850 los Prieto y los Payno empezaron a verse editados en volúmenes impresos, privilegio que habían tenido pocos antes de ellos: el autor extranjero de *Jiconténcal*, Juan José Legarza (*Poesías*, Puebla, 1827), Ochoa y Acuña (*Poesías de un mexicano*, 1828) y un tal Mariano Menéndez y Muñoz en Guadalajara (*El misterioso*, nada menos, se llama el libro de 1836), entre otros poquísimos. Hubo por fortuna dos primeras antologías internacionales, la *Colección de poesías mejicanas* (1836) que hizo el doctor Mora en París y la *América Poética* (1846-1847) realizada en Valparaíso en la Imprenta de *El Mercurio* por Juan María Gutiérrez, que incluía, entre los mexicanos, a Alejandro Arango, Calderón, Carpio, J. Couto, Heredia (felizmente, el antólogo no lo tiene por cubano), José María Lafragua, Joaquín M. de Castillo y Lanzas, Martínez de Navarrete, Pesado, Prieto, Quintana Roo y Tagle.⁷³ Tanto Mora en París como Gutiérrez en Valparaíso prefirieron seleccionar la poesía política de índole patriótica, lo cual al joven Guillermo Prieto en la *América*

⁷² Alphonse de Lamartine, *Voyage en Oriente, 1832-1833*, 2, París, Librairie de Charles Gousselin, 1841, p. 37.

⁷³ Juan María Gutiérrez, *América Poética*, Valparaíso, Imprenta de *El Mercurio*, 1846-1847.

poética le parecía meritorio antes que cualquier otra, fuese confesional, filosofante o “descriptiva”.⁷⁴

No otra cosa creía Calderón, que lo suyo, la poesía dramática, era la denuncia de los tiranos, a los cuales nunca se atrevió a llamar por su nombre en sus obras, famosísimas lo mismo en su natal Zacatecas que en Guadalajara y en la Ciudad de México. Sin duda, también Alfieri y Hugo en *Cromwell* (dudo que Calderón haya leído ese drama fundador) hablaron de su época utilizando modelos del pasado. Pero a buen entendedor pocas palabras: las obras de Calderón las pudo escribir, entre 1750 y 1850, casi cualquier aficionado al teatro. Al espaldarazo de Heredia en la *Miscelánea* de 1828, las desventuras políticas transformadas en éxitos dramáticos hicieron la fama de Calderón. Su expulsión de Zacatecas le permitió llegar a la Ciudad de México y entrar a la Academia de Letrán, haciendo famoso al general Tornel por haberlo perdonado del destierro con una frase marmórea referida a “que el genio no tenía enemigos” y que los talentos debían ser respetados por las revoluciones, refiriéndose a Calderón.⁷⁵ Fue este charro romántico quien salvó gallardamente —uno más— a Prieto de la miseria en la escena, solemne y lacrimógena, que narra don Guillermo en sus *Memorias de mis tiempos*, donde al viejo no lo contiene la gratitud y lo describe justamente como un imitador de Espronceda: *El soldado de la libertad* del liberal zacatecano es imitación de *El pirata del español*. “Era medianamente instruido y poco estudioso” y se le “encarecía el cultivo de la poesía lírica”,⁷⁶ confiesa Prieto. Y si había dioscuros viejos (Carpio y Pesado) pronto hubo jóvenes dioscuros,

⁷⁴ Guillermo Prieto, “América poética, colección escogida de composiciones en verso, escrita por americanos en el presente siglo”, en *Obras completas*, xxvii. *Instrucción pública. Crítica literaria. Ensayos*, edición de Boris Rosen Jélomer, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, pp. 297-299.

⁷⁵ Manuel Payno, en “Prólogo” a Fernando Calderón, *Obras poéticas* (Parnaso Mexicano, 1844), edición, presentación y apéndices de Tola de Habich, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, p. xxv.

⁷⁶ Prieto, *Memorias de mis tiempos*, 1, *op. cit.*, p. 175.

siendo Prieto el primero en comparar a Calderón con Rodríguez Galván, coincidiendo con la flema de Menéndez Pelayo: uno destacó por su talento dramático y el otro, por su estro lírico.⁷⁷

Recuerda Prieto:

todo se lo debía a la naturaleza y a la fortuna; la alegría a su bienestar; lo caballeroso a sus tradiciones; sus rasgos de gran señor a los personajes que lo rodeaban; la inspiración y la bondad a Dios.

Calderón era expansivo, alegre, manirroto, sin hiel.

Rodríguez era hijo del dolor y del estudio; había dejado su tierra en la pobreza, y se había dedicado a trabajos de sirviente de librería, habiendo hallado motivos de consuelo en aquellos que como muebles reclamaban su ocupación.

Aislado, triste, con sus confidencias con los astros, con grandes escaseces hasta para comprar calzado, indio excéntrico; todo era en él adquirido: educación, modales, manera de decir.

Reír, para Rodríguez, era un esfuerzo como el que hacemos para toser.

Tales circunstancias hicieron que Rodríguez simpatizara con la escuela que se decía de los desheredados y de los infelices; la escuela creadora de Quasimodo y del poeta Gringoire.

Rodríguez se ocultaba para hacer sus versos, porque le habría perjudicado su reputación de poeta.

Para Calderón esa reputación era un título que lo mantenía con brillo en la alta sociedad.

Por eso Calderón es más ruidoso; Rodríguez más profundo: el uno más popular, el otro más apasionado y más tierno; en el uno se perciben acentos heroicos; en el otro, a veces, rugidos salvajes.

En un baile, Calderón era una delicia; Rodríguez, un contrasentido. El uno era capaz de marchar con la frente radiante al sacrificio... el otro era capaz de sufrirlo con la impasibilidad sublime de Cuauhtémoc.⁷⁸

⁷⁷ Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, I, *op. cit.*, p. 121.

⁷⁸ Prieto, *Memorias de mis tiempos*, I, *op. cit.*, pp. 175-176.

Versificador natural y facilón, sus obras de teatro más distinguidas, como a *Ninguna de las tres*, *El torneo* y *Ana Bolena*, causaban furor hacia mediados de 1839, en la provincia y en la capital. Payno destacaba lo rotundo de su verso y hasta la felicidad de sus pensamientos. Que el tema fuera extranjero, a diferencia de lo que pensará un Altamirano en 1867, le parece motivo de gloria a Payno, de igual manera que Pesado desaprueba los mexicanismos en los que incurre Calderón. Es notoria esa tensión: programáticamente, la gente de *El Año Nuevo* votaba por la mexicanización, pero a la hora de medir escenas y contar sílabas, deploraban el mal gusto al cual quedábamos condenados como mexicanos. Payno encuentra byronesco *El sueño del tirano*, y tras la muerte precoz de Calderón lo compara con Lope de Vega. Causó tanto dolor aquel joven llamado por los dioses, muerto joven, que hasta los malquerientes del romanticismo, como un redactor anónimo de *El Museo Mexicano*, se declararon conmovidos. Nadie subraya su medianía aunque Payno la insinúa, como si esa “amnistía al genio”, decretada por Tornel —tal parece, además, que Calderón, pese a los halagos del poder, nunca renunció a su liberalismo— se hubiese extendido a todos los ámbitos de su ser.

Es en ese mismo prólogo a Calderón donde se lamenta de que no tengamos un Shakespeare, un Milton, un Dante, un Molière y un Racine, Payno se pregunta para quién se escribe en México en un siglo donde “la única providencia de los hombres” es el oro y donde la clase media sólo lee el *Periquillo* y la *Quijotita*, de Fernández de Lizardi. Tras lamentarse, nuevamente, de que entre nosotros no se escucharían las voces de Lamartine y Chateaubriand, acepta Payno que “la voz de un gran poeta puede sobresalir entre el ruido de las máquinas de vapor y de los almacenes de comercio”, pero no “cuando truene la revolución y cuando el vértigo se apodere de todas las cabezas”. Antes de llegar a lo que quiere decir, que entre nosotros, pese a todo ello, se lee a Calderón, Payno, como le ocurre también a Rodríguez Galván en sus lamentos del coplero decimonónico, a ratos ignora que precisamente la literatura romántica que él conoce, la francesa, se había levantado sobre la ma-

rea de la agitación política. Y cuando lo recuerda, dice que así como “se levantó Mirabeau y dijo: ‘*El pueblo es rey*’”, hubo de levantarse Hugo y decir “*El genio es rey*”.⁷⁹

El mesurado Pimentel alabará en su tratado de 1885 a Calderón como un romántico de “la buena escuela” que se alejó de “los falsos relumbrones del gongorismo” y le dio la espalda a “la trivialidad y la mitología impertinente del neoclasicismo” sin caer en los delirios ultrarrománticos mientras que ese espíritu intemporal, por fuerza distraído, que fue Francisco Monterde —quien en los años sesenta del siglo xx fue mentor de Salvador Elizondo en el Centro Mexicano de Escritores como pudo serlo medio siglo atrás de los modernistas— encontró una mala solución para rescatar a Calderón de la mala reputación que la sola lectura de sus dramas produce, recurriendo al expediente de que como no había libertad en México se recurría a la “imitación extralógica”, entonces muy socorrida como concepto, para hacerla presente ante el espectador.⁸⁰

Calderón, recordará Payno a la hora de su muerte, que en 1835 sus convicciones liberales lo llevaron a abandonar la lira por la espada, habiendo sido bárbaramente tocado por los horrores de la guerra, cuando en la acción militar de Guadalupe contra las tropas de Santa Anna “la espada de un soldado imbécil partió el cráneo donde se encerraba tanta poesía, tanta imaginación; un cráneo que era una paleta de colores riquísimos que había de pintar admirablemente los cuadros de la sociedad moderna y los tiempos antiguos de la caballería”. El fugaz Calderón fue, por características “caballerescas” desconocidas para historiadores con fuentes tan escasas como nosotros, más el poeta que debió haber sido que al poeta que resultó ser. A un romántico inaugurador de su escuela se está refiriendo Payno cuando lamenta que: “La muerte de un poeta importa también la de un mundo de reyes, de caballeros, de

⁷⁹ Payno, “Prólogo” a Calderón, *Obras poéticas* (Parnaso Mexicano, 1844), *op. cit.*, p. xvi.

⁸⁰ Pimentel, *Historia crítica de la literatura...*, *op. cit.*, p. 637; Francisco Monterde, “Prólogo”, en Fernando Calderón, *Dramas y poesías*, México, Porrúa, 1959.

amantes, de coquetas, de heroínas que su soplo animaría, como el soplo de Dios ha hecho vivir al hombre material”.⁸¹

Si encarnó Calderón un tipo disminuido de poeta romántico, el caballero generoso, un Byron zacatecano, mayor miga tenía a la hora de esbozar esos rudimentos del romanticismo en México la vida y obra de Ignacio Rodríguez Galván, no sólo por su origen modesto pero eminentemente libresco. Recurriendo otra vez a Tola de Habich, éste, al prologar la edición facsimilar de sus *Obras* en 1994, cita a *El Siglo Diez y Nueve* que, al dar noticia de la muerte del poeta el 26 de julio de 1842 en La Habana, recordaba una anécdota de su infancia en Tizayuca, hoy en el estado de Hidalgo, cuando los insurgentes atacaron el pueblo, su familia, presa del pánico, lo abandonó recién nacido por algunos minutos en la casa asediada. Así, Rodríguez Galván es otro de nuestros huérfanos decimonónicos (como lo vio Guita Schyfter al titular *Huérfanos* su película de 2014 sobre el reformista radical Melchor Ocampo, que nacido en 1814, fue casi contemporáneo del poeta, hijo de 1816).

Huérfano emblemático y potencial, sobre Rodríguez Galván se prefirió insistir, gracias al recuerdo de Prieto, en su origen campesino antes que en su privilegiada condición de empleado de librería, cuando el romanticismo se propagaba entre los jóvenes lectores y “Han de Islandia nos hacía dormir con los ojos abiertos, y la torre de Nesle nos conducía al arrobamiento de la admiración y el entusiasmo” porque “en esa época dominaba la escuela romántica” a la cual Rodríguez Galván “se lanzó de bruces” con

su vestido y su larga caballera, su andar trágico y sus paseos solitarios, lo constituyeron en un tipo estrambótico de esa escuela. Sus gustos, sus modales, su conversación, se resentían de su pasión romántica; pasaba de las lágrimas a las risas, del heroico caballero al bufón, del trovador enamorado al rústico intolerante. Lamentaba como el gemir de Satán, las roturas de sus zapatos; se quejaba, como

⁸¹ Payno, “Prólogo”, en Calderón, *Obras poéticas* (Parnaso Mexicano, 1844), *op. cit.*, p. xv.

Dido, de las distracciones de la lavandera, y las escaseces las veía como obras de su mal sino y como predestinación al infortunio y a la desesperación.⁸²

Y tuvo Rodríguez Galván la muerte del poeta que deseó para sí mismo su maestro fallido, Heredia, consumido el joven poeta por toda clase de excesos, incluidos los deportivos, durante la escala que hacía en la ciudad cubana, ocioso mientras esperaba embarcarse rumbo al sur de América. Tuvo talento Rodríguez Galván, concede Tola de Habich, aunque “verde y remendado” como lo notó Zorrilla en sus memorias mexicanas. De toda la obra de Rodríguez Galván podría prescindirse de no haber escrito “Un cople-ro mejicano del siglo XIX” en octubre de 1837 y “Profecía de Guatimoc”, iniciado nada menos que el 16 de septiembre de 1839: una reveladora caricatura de sí mismo y un poema intrahistórico.

Empecemos por ese artículo notable por un par de razones, aparecido en *El Año Nuevo de 1838*. Es el primer texto de ese género donde un escritor mexicano se busca en la tradición universal y es también una modesta afirmación del yo cuando hacerlo era demasiado romántico, muy moderno, para ser cosa común. Comparte el tono autocompasivo común a los cuatro números de *El Año Nuevo*, lo cual no podía sino ser resultado de que Rodríguez Galván fuera el alma de la publicación. Tanto este último como Payno al prologar a Calderón, ignoran el reino de la bohemia europea y creen que todos viven como los poetas “coronados” en Francia bajo la Restauración y la Monarquía de Julio. Les hubiera aliviado saber a nuestros románticos primerizos la existencia en Europa de un semejante, aunque mucho más nutrido lumpen proletariado intelectual, que se sentía tan despreciado por la sociedad como ellos: ese poeta de la segunda mitad del XIX, hipostasiado por Baudelaire, al verlo (y verse) vagar por la ciudad moderna.

Rodríguez Galván daba un paso al frente y se incluía, como “cople-ro mejicano”, en esa escuálida legión desconocida de bohemios:

⁸² Prieto, *Memorias de mis tiempos*, I, *op. cit.*, p. 127.

En Francia, en Inglaterra, en Alemania, un poeta, si no llega a disfrutar una grande fortuna, posee, por lo menos, algunas comodidades; y el oro que le dan por sus versos, basta para sus necesidades, y aún le queda no corta cantidad para llenar su arca de reserva. De suerte que se dedica a su estudio favorito sin necesidad de trabajar en otra cosa para su sustento. Y aún le queda lugar para distraerse en los paseos, en los teatros, en las tertulias, en los banquetes; donde puede estudiar las costumbres de sus paisanos; y también puede viajar, y se le paga por ello, y sus obras son origen de rivalidades y disputas entre los librerros. Agréguese a esto el entusiasmo general que hay en aquellos países por la poesía: el pueblo parisiense por ejemplo, después de haber estado cantando algunas canciones de Béranger, o leyendo las *Meditaciones*, de Lamartine, sale de sus talleres y de sus tiendas al esconderse el sol, y corre en tropel a presenciar la representación de un drama de Delavigne, de Hugo o de Dumas. De modo que cuando un poeta francés lee en un periódico alguna amarga crítica de sus obras, le queda el consuelo de haber ganado mucho dinero y, más que todo, el saber que millares de individuos han pronunciado su nombre con entusiasmo.

Impuestos ya de lo que es un poeta francés, véase lo que es un coplero de nuestra malhadada región, y compárese la suerte de ambos.⁸³

Y sí, ése era el autorretrato de un Rodríguez Galván, que el Nerval de los peores días no hubiera desconocido como el propio:

Pobre e infeliz; como un hombre reprobado por el cielo, como una sombra evocada de la tumba, se ve al coplero mexicano trasponer una calle, triste, meditabundo y cabizbajo, como aquel que siente gravitar sobre su cabeza el abominable peso de la desgracia. Quizá va recitando en voz baja alguna oda de Quintana, o tal vez unos

⁸³ Ignacio Rodríguez Galván, *Obras*, II, edición facsimilar, prólogo y apéndices de Tola de Habich, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, pp. 528-529; también aparece en *El Año Nuevo de 1838*, *op. cit.*, pp. 148-149.

versos del Moro expósito... Arrebatado por la magia de tan sublime poesía, piensa estar en un castillo feudal, frente a frente de Ruy Velázquez, o cree contemplar el rostro de Kerima o, acalorándose más y más su imaginación olvida su suerte, sus penas, su estado miserable, se remonta rápidamente hasta el cielo, se mira asentado en una nube de fuego, y ya piensa abarcar de una sola mirada, el espacio y la eternidad... ¡Infeliz!... Le saca de su sublime arrobamiento el carruaje de un poderoso que le atropella sin piedad, y, llenándole de pavor, le arroja al otro extremo de la bocacalle. El coplero lanza un gemido de dolor, recuerda que está en un mundo prosaico, y esta idea le hiela el alma, le despedaza el corazón...⁸⁴

Camino de su humilde hogar, el poeta ofendido y humillado pasa de repetir los versos de *El moro expósito* (1834), del duque de Rivas, y se eleva hasta fray Luis de León, se dulcifica el alma con la pobreza evangélica, refugiándose en un cuchitril bohemio sin promesa alguna de redención artística en la calle, pues la Ciudad de México no era París y no sólo no tiene dinero sino que si lo tuviera se abstendría de “ver despedazados inhumanamente a Martínez de la Rosa o a Victor Hugo” en los teatros o en los cafes. Por si faltase algo, falta el Eterno Femenino, pues “qué mujer, por estúpida que sea, en este siglo de materialidad y prosaísmo, querrá entregar su corazón a un coplero”, por lo cual al poeta, antiburgués sin tenerlo del todo claro, se refugia en Homero, la Biblia o el romancero y “las sombras de su frente van desapareciendo, su fantasía arde” y así justifica su devoción por la religión del Arte hasta que la criada, con su humilde cena le trae, también, un periódico político enviado por un camarada. Entre las noticias del poder y del dinero viene, por si faltara, “una diatriba contra él” por no hacer uso de la mitología, preferir al duque de Rivas contra Meléndez Valdés e ignorar (“¡calumnia!”, exclama el coplero Rodríguez Galván) a Molière, a Racine, a Moratín, todo ello dicho en su contra con la autoridad de Hipócrates y Martín Lutero.

⁸⁴ Rodríguez Galván, *Obras*, II, *op. cit.*, p. 149.

Antes de examinar las líneas dirigidas contra “el crítico maldecido”, que no es otra cosa que una caricatura del caritativo conde de la Cortina corrigiéndoles la gramática a los escritores de *El Año Nuevo*, cabe decir que la caricatura del poeta arrojado del arroyo por el poderoso es un mal tópico, además. Despreciados se han sentido casi siempre los poetas por la sociedad burguesa y su supuesto o real mercantilismo: es una impronta romántica irrenunciable, pero aquel imaginario carruaje no llevaba, imaginemos nosotros, a un Santa Anna enemigo de las artes, que no lo era, sino a su fiel general Tornel, que amnistió a Calderón y pocos años después enviará al mismo Rodríguez Galván al extranjero en fatal, por desgracia, misión diplomática. Aparece aquí entero el fariseísmo que caracterizará durante finales del siglo XIX y todo el XX el trato del escritor mexicano, con sus excepciones, con el poder: denunciarlo para obtener su mecenazgo. Ese ideal se adivina en Rodríguez Galván, quien en 1837 todavía no obtenía los favores que anhelaba y sin duda merecía, en una sociedad cuya penuria intelectual tan absoluta hacía soñar con una Francia donde el poeta era supuestamente rey.

Tampoco tiene desperdicio, como tópico decimonónico que hubiera festejado un Nietzsche, el retrato del “crítico abominable” al cual se le desea que “¡Satanás te sepulte en sus hondas cavernas!” porque “has destrozado el corazón de aquel infeliz, has arrancado de su cabeza la inspiración, has marchitado de un solo golpe una hoja del laurel que debía ceñir su frente... Pero al fin has hecho tus composiciones, peor que la indiferencia”.⁸⁵ Tampoco se aplica mucho al consentido Rodríguez Galván, arrojado en un cenáculo donde no faltaban los poderosos de ayer y de entonces, vigilado paternalmente por el par de críticos del momento, ese falso neoclásico que era el conde de la Cortina y ese romántico *défroqué*, nuestro Heredia. Antes de que hubiese crítica constante y profesional en México, ya se le temía como cosa satánica.

Al calor de la musa de la inspiración, el coplero escribe raudo y vengativo, “sin colores postizos” ni “voces pomposas y vacías, sin

⁸⁵ *Ibid.*, pp. 533-534.

dioses lúbricos y borrachos” aunque “en algunos días esa composición”, su autor, la vea, faltaba menos, “comentada, satirizada, si es que alguien la lee... ¡Pobre coplero! llega a dudar hasta del prestigio de la poesía, viendo la indiferencia de los hombres”. Se burla de los sabios antañones del humanismo rancio con sus elogios a la inmortalidad de la imprenta y el culmen del alucine, Rodríguez Galván lamenta que México, país sin Edad Media, no tenga señores feudales ni vasallos para hacerles escuchar sus trovas. Más valdría ser humillado como cantor del amor cortés que como poeta de a pie por los carruajes de los políticos de la República. Antes de intentar el diálogo con Cuauhtémoc, en su “Profecía”, el poeta echa de menos una historia a la Walter Scott para internarse en ella. Finalmente, dice sus verdades. Nadie lo obliga a ser o a creerse poeta, tiene su vanidad y quiere ser como Lope, Calderón o Shakespeare, pues

es un hombre sensible, desgraciado, su destino le ha impelido a escribir coplas; en ellas encuentra su único consuelo, su placer, su enajenamiento: cuando él escribe pinta sus infortunios, y al pintarlos siente el placer de un viajero que relata sus aventuras, de un soldado que recuerda sus campañas. Además, desea la gloria; decir que la desea, no es decir que la consiga: ansía un laurel en su cabeza.⁸⁶

Tras los pasos del conde de la Cortina, antes y después de “Un coplero mejicano del siglo XIX” hubo al menos un par de ensayistas mexicanos —Tadeo Ortiz de Ayala en 1832 y José María Lafragua en 1844—⁸⁷ interesados en exponer preceptivas literarias, mientras que la confesión periodística, plañidera o no, del todo personal, de Rodríguez Galván, es probablemente única. Anuncia la soledad del poeta en su siglo:

⁸⁶ *Ibid.*, p. 535.

⁸⁷ Jorge Ruedas de la Serna (ed.), *La misión del escritor. Ensayistas mexicanos del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014.

El coplero querría huir de la sociedad que detesta; porque los demás hombres no simpatizan con él, porque elogian y palmotean a un raquíptico repentista que, con la ropa en la mano arroja bocaradas de disparates a una turba necia e incivil; y en fin, porque a él le mofan, y le atormentan y le desesperan. Quisiera esconderse en una caverna; pero se contenta con permanecer en su retiro; allí, por más que se ufanen los hombres, no le pueden impedir que se embriague de placer; que vuele a otro mundo que no es el de los mortales; que converse con su paisano Alarcón, y también con Lope, Calderón, Moreto y Tirso de Molina, gigantes de la escena española; que visite a Gustios Laria en su prisión y a Ruy Velázquez en su palacio; que asista a los saraos, a los torneos de los antiguos paladines; que vea la ruina de los imperios, la tempestad, el simun, y en las batallas la destrucción de la humanidad por ella misma; que entre a las ventas con el manchego y viaje con Childe Harold; que baje al abismo con Dante; que suba al cielo con Milton... Y delira con la idea de que cuando suene su última hora y vaya a reposar al lecho común, no faltará una doncella pura, hermosa como la ilusión de un niño, que lance un suspiro de dolor y derrame una lágrima sobre su sepulcro.⁸⁸

Como toda ilusión juvenil, la de Rodríguez Galván era un programa imposible de cumplir. Más modesto (y en el fondo, tomando un riesgo mayor), el poeta prefirió inventar un diálogo numinoso con un ancestro esencial, Cuauhtémoc, el héroe vencido de los aztecas, en busca ya no de la avara comprensión de sus conciudadanos ni de la remota literatura universal, sino de una lengua en la cual hablar y expresarse. Ésa es quizá la esencia de “Profecía de Guatimoc”, que en el juicio de Menéndez Pelayo de 1893, era “la obra mayor del romanticismo mexicano”.⁸⁹ Había sido examinada seriamente en México, esa “profecía”, sólo por el injustamente despreciado Pimentel, quien expuso, contemporáneas en su medida y en sus prevenciones a las de don Marcelino y a propósito de Rodrí-

⁸⁸ Rodríguez Galván, *Obras*, II, *op. cit.*, p. 537.

⁸⁹ Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, I, *op. cit.*, p. 126.

guez Galván, sus opiniones y prejuicios sobre el movimiento romántico en general. Tras releer sus poemas sobre el amor contrariado (a aquel primer tratadista literario mexicano le parecía un desorden físico ya juzgado y descrito por la ciencia médica) pasa al “sentimiento patriótico” expresado en la “Profecía de Guatimoc”, que resumida por Pimentel nos muestra al poeta lírico en el antiguo bosque de Chapultepec:

Así, Rodríguez Galván, en la soledad del bosque, aislado consigo mismo, fácilmente recuerda y expresa sus propias penas: que siendo niño perdió a sus padres; que en la piedad ajena tuvo que buscar la subsistencia; que siendo pobre no encontró amigos ni mujer que lo amara. Empero, Rodríguez Galván, en presencia de aquellos lugares que recuerdan la historia antigua de México, cambia de pensamientos de una manera natural y fácil, viniendo a su memoria Guatiomotzin con las circunstancias de su vida. Exaltada la fantasía del poeta cree, en un momento de alucinación, ver al antiguo Emperador mexicano:

De oro y telas cubierto y ricas piedras
 Un guerrero se ve: cetro y penacho
 De ondeantes plumas se descubre; tiene
 Potente maza a su siniestra, y arco
 Y rica aljaba de sus hombros penden...
 ¡Qué horror!... entre las nieblas se descubren
 Llenas de sangre sus tostadas plantas
 En carbón convertidas; aun se mira
 Bajo sus pies brillar la viva lumbre;
 Grillos, esposas y cadenas duras
 Visten su cuerpo y acerado anillo
 Oprime su cintura, y para colmo
 De dolor, un dogal su cuello aprieta
 “Reconozco, exclamé, sí reconozco
 La mano de Cortés bárbaro y crudo
 ¡Conquistador! ¡aventurero impío!
 ¿Así se trata un guerrero a otro guerrero?

¿Así un valiente a otro valiente?... Dije,
 Y agarrar quise del monarca el manto:
 Pero él se deslizaba, y aire solo
 Con los dedos toqué.⁹⁰

A Rodríguez Galván, en efecto, no le faltaba potencia, sino equilibrio, como lo notó Menéndez Pelayo, harto del romanticismo “truculento y antropofágico” del cual queda exenta su descripción somera del atormentado, pues como se sabe el último emperador de los aztecas, quien le había pedido al propio Cortés (y él lo cuenta en las *Cartas de relación*) la muerte, fue torturado y muerto en 1525 pues a la tropa conquistadora le entró la suspicacia de que el oro de los vencidos les había sido escamoteado por Cuauhtémoc. El diálogo de Rodríguez Galván o de su persona poética con el emperador fantasma, precedido de un verdadero temblor anunciando la aparición, que Pimentel, consecuente, no comenta, es lo más interesante en la poesía toda de Rodríguez Galván:

—Rey del Anáhuac,
 Noble varón, Guatimocztin valiente,
 Indigno soy de que tu voz me halague,
 Indigno soy de contemplar tu frente.
 Huye de mí. —No tal—, él me responde;
 Y su voz parecía
 Que del sepulcro lóbrego salía.
 —Háblame —continuó—, pero en la lengua
 Del gran Netzahualcóyotl.
 Bajé la frente y respondí: —La ignoro—.
 El rey gimió en su corazón. —Oh, mengua;
 Oh, vergüenza —gritó. Rugó las cejas,
 Y en sus ojos brilló súbito lloro.⁹¹

⁹⁰ Pimentel, *Historia crítica de la literatura, op. cit.*, pp. 530-531; Rodríguez Galván, *Obras*, I, *op. cit.*, p. 121.

⁹¹ Rodríguez Galván, *Obras*, I, *op. cit.*, p. 122.

En estos versos Rodríguez Galván se hace la pregunta más interesante de toda la poesía mexicana anterior al modernismo, aquella que no podían responder ni los nacionalistas mestizos más alocados, como Ortega el joven con sus incitaciones al hispanicidio, ni aquellos, más temperados o resignados, como lo serían Altamirano y la gente de *El Renacimiento*. Tras las fantasías lingüísticas de Borunda, Mier y Bustamante, sólo quedaban los imprecisos nahuatlatos de los que se sirvió Pesado para tornar neoclásica “la poesía azteca”. Ninguno de ellos —y menos aún Pimentel, un positivista mostrenco más que un ecléctico— se había hecho esa pregunta esencial, hiriente, persistente mientras México, país ya viejo, niegue que se formó como nación durante los siglos del virreinato, como se lo explicaron a la opinión, durante el siglo xx, cada quien a su manera, Vasconcelos y Paz. Sin la lengua originaria del Imperio azteca todo nacionalismo literario, en México, estaba condenado a ser una versión local de ese curioso universalismo romántico que inventaba naciones originalísimas. Rodríguez Galván, además, acaso sospecha otra cosa, que Cuauhtémoc, quien de alguna manera colaboró con los invasores impidiendo el colapso de la ciudad vencida, hablaba un español vacilante, como vacilante era la poesía de aquellos primeros románticos mexicanos, los huérfanos ante el Altísimo.

En “Profecía de Guatimoc” lo que sigue es más predecible aun pero se trata de versos impresionantes entonces por aquello de la potencia que había en Rodríguez Galván al maldecir al “asesino” Cortés y a “la injusta Europa”, mientras Cuauhtémoc se lamenta de su antigua Tenochtitlán “hundida ahora en asqueroso lodo” pues

Ya mi siglo pasó: del mar de Oriente
 Nueva familia de distinto idioma,
 De distintas costumbres y semblantes,
 En hora de dolor al puerto asoma;
 Y asolado mi reino, nuevo reino
 Sobre sus ruinas míseras levanta;
 Y cayó para siempre el mejicano.⁹²

⁹² *Ibid.*, p. 123.

Y sigue la profecía propiamente dicha: tarde o temprano, como México-Tenochtitlán arderán París y Londres, como ardieron según el poeta mexicano Roma y Atenas, en unos versos de Rodríguez Galván que alguien habrá recordado cuando, en 1867, los liberales mexicanos tomaron revancha y mandaron fusilar al desastado Maximiliano de Habsburgo. Tola de Habich, quien también considera el diálogo entre el poeta y la aparición como trascendente, inclusive “como el más terrible, veraz, realista y doloroso” de las letras latinoamericanas, describe el cuarto canto de la “Profecía de Guatimoc” como un fracaso. El poema se le fue de las manos a Rodríguez Galván cuando vuelve al tono intimista y lastimero, a la pseudometafísica gaseosa, no sin antes aclarar, no lo fueran a tomar por un loco, que aquella visión fue un sueño:

¿Fue sueño o realidad?... Pregunta vana...
 Sueño sería, que profundo sueño
 Es la voraz pasión que me consume;
 Sueño ha sido, y no más, el leve gozo
 Que acarició mi faz; sueño el sonido
 De aquella voz que adormeció mis penas;
 Sueño aquella sonrisa, aquel halago,
 Aquel blando mirar... Desperté súbito;⁹³

Ese “blando mirar” naturalmente no es el de Cuauhtémoc, sino el de la novia ausente que extraña el poeta, carente de los afectos más tiernos, pero es posible leerlo al revés. Al esfumarse el último emperador con su desgracia trágica, la grandeza se va también del poema y nos quedamos otra vez a solas con el peor Rodríguez Galván y su sentimentalismo. Hubiera sido más conveniente que aunque fuera en sueños el humillado rey le siguiera hablando. Se culpa a Rodríguez Galván de haber reulado en su atrevimiento de entrevistarse líricamente con Cuauhtémoc debido a la lectura de una visión posterior, esta vez, presentada como “leyenda” en marzo de 1842, poco antes de la muerte del poeta.

⁹³ *Ibid.*, p. 131.

Según Tola de Habich, en ella, donde el poeta presenta a un lascivo Moctezuma abusando de una joven súbdita, habría Rodríguez Galván adoptado nuevamente un punto de vista “español” y no mestizo o indígena. Nada de eso. El afeminamiento de Moctezuma y su parálisis ante las profecías que anunciaban la llegada de quienes resultarían ser no dioses, sino conquistadores peninsulares, era un tema, ya se dijo, asumido desde el siglo xvi. “Un monarca”, le reprocha en prosa Rodríguez Galván tomando aliento antes de terminar su visión versificando otra vez, “es un padre de familia: si se convierte en verdugo, sus hijos lo matarán, si no sus hijos, el cielo” después de haberte arrastrado ante un extranjero por haber sido “insensible ante los gemidos de tu pueblo”. Aquí Rodríguez Galván convierte a Moctezuma en un déspota prototípico y no en un cobarde ante la amenaza profética pero lo obliga a presenciar una pesadilla: “El monarca abre los ojos; y sorprendido ve que se halla en la pendiente de una árida montaña; áridas montañas le cercan: ni animales ni plantas crecen en aquel ingrato suelo” que el lector supone es la ciudad de los aztecas seca y arruinada donde “se arrastra una águila herida y sedienta; apaga su sed en la sangre —en horribles convulsiones expira— una ola la arrebató, y la lleva rodando por la superficie del lago, y la sumerge.”⁹⁴

Finalmente Moctezuma vuelve a sus lujuriosos banquetes, que Rodríguez Galván imagina como si fuesen escenas neronianas, mismas que fueron interrumpidas cuando

—En castillos colosales
Unos seres inmortales,
Sobre extraños animales,
Lanzó a nuestra costa el mar...⁹⁵

También la vida del autor de las profecías y visiones de los emperadores aztecas se vería muy pronto truncada, cuando la suerte

⁹⁴ *Ibid.*, p. 188.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 191.

burocrática al fin le sonreía. En 1841, el general Tornel, ministro de la Guerra, lo empleó como director del *Diario del Gobierno* y poco después lo nombró secretario de legación en misión itinerante por los países latinoamericanos. Salió de Veracruz el 15 de mayo para morir de vómito prieto a finales de julio. “No faltó la anécdota fatídica”, resume Tola de Habich, “en vísperas de su partida de Cuba dicen unos, a nueve días otros, el barco que debería llevarlo a América del Sur se incendió; si hubiera podido embarcarse...”⁹⁶

Dos años después le tocó a Payno pasar por la vecina isla e incluso se hospedó en el mismo hotel y quizá hasta en la misma habitación del poeta, dándolo de alta en el congestionado club de los suicidas románticos pues “quizá cansado de la vida, presa de esos indefinibles sufrimientos morales que nos hacen odiar la existencia, hacía lo que verdaderamente podían llamarse locuras. Comía en exceso, bebía vino, se asoleaba, se bañaba en horas desusadas, esto en un clima como el de La Habana”.⁹⁷ Todo ello, según los testimonios recogidos por Payno entre la juventud literaria cubana, que lo tuvo por transitorio joven mártir, rodeándolo de mimos y cariños en su lecho agónico.

Muy probablemente fue el propio Tornel quien escribió la cronología de su difunto protegido aparecida en *El Museo Mexicano* en septiembre de 1843, pero no fue sino hasta 1885 cuando el apóstol de la literatura nacional, Altamirano, dictaminó sobre un romanticismo que en Rodríguez Galván encontraba espontáneo, más cercano a la vida que a los libros:

Si a primera vista la tristeza que respiran sus versos líricos tienen algo en común con la melancolía de Byron o con la sombría desesperación de Leopardi, a quien se parece más todavía, mediante un estudio atento se acaba por reconocer que esta semejanza es aparente y que lejos de ser imitativa es la espontánea y sincera expresión del poeta acosado por las generosas impacencias de su cora-

⁹⁶ Tola de Habich, “Prólogo” a Rodríguez Galván, *Obras*, I, *op. cit.*, p. xxxvii.

⁹⁷ *Idem.*

zón, atormentado por dolores de su tiempo, exasperado por las rudas contrariedades de una sociedad desgarrada por las facciones, por la ambición militar, por la desmoralización pública, humillada por la soberbia extranjera, a causa del abatimiento popular.⁹⁸

Al empleado de la librería de don Mariano Galván ni siquiera se le reconocía el haberse contagiado de romanticismo por la apropiada vía libresca. Ni Byron ni Leopardi: con su pretendida pobreza era suficiente. Le había bastado para ser quien fue, otro “romántico sin romanticismo”, con una vida desgraciada en el amor transcurrida en una patria desgarrada por la política, herida que la generación de Altamirano, triunfante en 1867, pretendía cerrar de una vez por todas. La culpa de todo, hasta de la mala poesía, la tenía la guerra perpetua. Bienvenida entonces la paz eterna. Más descorazonador aún es el dictamen de Heredia, su maestro distante y quien hubiera querido ser el doble de su lejano discípulo y morir en La Habana, quien en *Presente amistoso*, pasquín publicado por Galván, el tío de Ignacio, reseñaba *El Año Nuevo de 1839* y le suplicaba a Rodríguez Galván, autor en ese número del poema “Mis ilusiones”, que “salga de esta atmósfera tenebrosa en que ha querido colocarse, que abra su pecho a la esperanza, que olvide para siempre esos fantasmas de muerte, dolor y crimen con que se rodea, y su genio se desarrollará más vivamente bajo la influencia pura del bello cielo de su país, en vez de degradarse entre los pestilentes vapores del romanticismo”.⁹⁹

Lo decía Heredia, quien venía de regreso del romanticismo (y de Cuba y de todo) que había traído en solitario a México, incapaz de ver que la “Profecía de Guatimoc” continuaba y concluía “En el Teocali de Cholula”, escrito por él, por primera vez, en 1820. Renegando de su credo, José María Heredia murió, como lo sabemos, en su Grecia mexicana, un mes después de rogarle a Ignacio Rodríguez Galván que no fuese él mismo, sino otro.

⁹⁸ *Ibid.*, p. CLXXIII.

⁹⁹ *Ibid.*, p. XLV.

3. 1847 O EL AÑO DEL FIN DEL MUNDO

En la primavera de 1847, ante la inminencia de la catástrofe, “la nación”, dirigida por una élite disoluta, gobernada por militares que se dividían el país en feudos armados y animada por la llamada “leperocracia”, el pueblo llano y servil dispuesto a la sumisión o al pillaje según le soltaran o no la brida sus jefes, le rogó al general Antonio López de Santa Anna (1794-1876) que volviera al poder para contener la invasión estadounidense. Dos años antes, apenas, Santa Anna había sido expulsado de la presidencia, que ocupaba por enésima ocasión, tras una estruendosa revuelta que llevó al poder, momentáneamente, al general Herrera al frente de un gobierno moderado de coalición. Pero en aquella “sociedad del fuego cruzado”, como la llamó Enrique González Pedrero,¹⁰⁰ nada podía resolverse sin Santa Anna, personaje en el que es imposible no entretenerse. De Rafael F. Muñoz (*Santa Anna. El dictador resplandeciente*, 1936), pasando por Leopoldo Zamora Plowes (*Quince Uñas y Casanova, aventureros*, 1945) hasta Enrique Serna (*Santa Anna, el seductor de la patria*, 1999, una buena novela respetuosa, por desgracia, de la leyenda negra canónica de este antihéroe), la novela del siglo xx lo asedió y para sus contemporáneos, amigos o enemigos (casi siempre se era, fatalmente, ambas cosas), era imposible no orbitar en torno al general pata de palo, especialista en hacer de las victorias, derrotas: temerario sin ser cobarde, animal político lleno de astucia y ayuno de inteligencia, gran organizador de ejércitos y general incapaz de ganar una batalla, liberal o conservador según conviniera, así Santa Anna. Tras vencer en El Álamo es tomado prisionero en San Jacinto el 22 de abril de 1836 y queda prisionero durante siete meses. Es liberado con la condición de entrevistarse en Washington con el presidente Andrew Jackson a principios de

¹⁰⁰ Enrique González Pedrero, *País de un solo hombre: el México de Santa Anna*, I. *La ronda de los contrarios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, y II. *País de un solo hombre: la sociedad del fuego cruzado 1829-1837*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003. No tengo noticia de si aparecerá el tercer tomo.

1837.¹⁰¹ La República secesionista de Texas será la maldición de su vida y en 1847-1848, tras la firma de los Tratados de Guadalupe, la pérdida de la mitad del territorio nacional le será achacada a Santa Anna, más que culpable, “hombre representativo” de lo que eran aquellos gobiernos sin Estado y casi sin nación.

Con la anexión de Texas a los Estados Unidos, el 29 de diciembre de 1846, la guerra con México —acaso la más deshonrosa de todas las libradas por los estadounidenses, según lo confesó el propio general Ulysses S. Grant, él mismo presidente de su país en 1869 y combatiente en 1847— dio comienzo en mayo de ese año.¹⁰² La provocación del presidente James K. Polk fue más allá de ignorar el nulo reconocimiento de México a la independencia de Texas: se trazó la frontera entre ambas naciones no en el río Nueces, como lo consideraban los mexicanos, sino más abajo, donde actualmente está la frontera, en el río Bravo. Esa incursión militar estadounidense desató la guerra, desigual como pocas las ha habido en la historia americana, entre una potencia emergente y expansionista intoxicada por la doctrina del Destino Manifiesto, cantada hasta por Walt Whitman, y un país desangrado por las discordias civiles y hundido en la pobreza. De aquella Nueva España cuyas riquezas alabó tan inoportunamente el barón de Humboldt a principios del siglo XIX quedaba poco: había visto reducirse en casi cincuenta años a la mitad el ingreso per cápita de sus habitantes, apenas siete millones contra 21 millones de estadounidenses, entre los cuales no pocos auguraron una guerra que envenenaría para siempre a su país, como lo apuntó sombríamente Ralph Waldo Emerson en sus diarios.¹⁰³

El ejército elegante y marcial era el mexicano, mientras que el de los Estados Unidos era una combinación de militares de élite con rasos levantados en leva, como el célebre Batallón de San Patricio,

¹⁰¹ Will Fowler, *Santa Anna*, traducción de Ricardo Martín Rubio Ruiz, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2010, pp. 464-465.

¹⁰² Amy S. Greenberg, *A Wicked War. Polk, Clay, Lincoln and 1846 invasion of Mexico*, Nueva York, Vintage, 2012, p. vii.

¹⁰³ Ralph Waldo Emerson, *Selected Journals 1841-1877*, edición de Lawrence Rosenwald, Nueva York, The Library of America, 2010, p. 326.

de los católicos irlandeses, quienes se cambiaron al bando mexicano convirtiéndose en mártires. Santa Anna, como dice su biógrafo más ecuánime, Will Fowler, acaso no tenía un sentido de nación porque era esencialmente el padre del ejército mexicano, que lo idolatraba por compartir con el más humilde de sus soldados la jornada más ingrata, fuese donde fuese y hasta el final de su pintoresca vida. Ese ejército fue la fuerza capaz de sostenerlo en todas sus aventuras en ese mundo de la política tan despreciado por Santa Anna. En tanto, aunque logísticamente del todo superior, el ejército encabezado por el general Winfield Scott era, a la vez, una fuerza mercenaria y un invasor revolucionario convencido de imponer a la barbarie, la civilización.

Pese a la gigantesca ganancia en territorio, que lo convirtió gracias a la mutilación de México en esa potencia mundial poco antes prevista por Tocqueville, el costo de la guerra para los Estados Unidos fue inédito: sigue siendo proporcionalmente el conflicto en el extranjero que más vidas ha costado a los estadounidenses, las desertiones fueron masivas y la pureza republicana del “país del futuro” quedó maculada a los ojos del resto de los liberales hispanoamericanos, que pese a 1847, siguieron admirando a la estadounidense como la sociedad ideal, aunque no faltaron noticias —de hecho, aquella guerra hizo nacer el primer movimiento antibélico en la opinión de ese país bajo el discreto patrocinio de Henry Clay— de las barbaridades cometidas por el ejército invasor, sobre todo por los llamados voluntarios, contra la población civil mexicana, cuya reacción ante la guerra fue caprichosa. Prueba de la inconsistencia nacional, la resistencia o no contra la invasión variaba según los estados y las ciudades, dependiendo de los intereses inmediatos de cada general, de su perfil liberal o conservador, del cálculo astuto o cobarde de sus fuerzas y recursos. Sólo la Iglesia católica fue unánime. Pese a desear el restablecimiento en México de una monarquía católica y europea que la librara de las recurrentes exacciones liberales (a menudo autorizadas por el camaleónico Santa Anna, el típico mexicano más guadalupano que católico, quien se sirvió de la Iglesia sin someterse nunca a ella),

prefirió la protección tolerante del invasor protestante a bendecir una “cruzada” nacional y católica.

Empecemos con el testimonio del escritor más joven de los tres que llamaremos a testificar: Prieto. Aunque escribió en Querétaro varios de los capítulos de los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, obra de un grupo de veteranos de la guerra que abandonaba la Ciudad de México como parte del gobierno provisional del que Prieto formaba parte como diputado por San Luis Potosí, a fines de septiembre de 1847, para entender el mundo que se desplomaba alrededor suyo es necesario volver a los capítulos sobre el santanismo de *Memorias de mis tiempos*. La corte que tomaba y dejaba la presidencia (1833, 1834-1836, 1839, 1841-1844, 1846-1847 y 1853-1855) según los caprichos militares del general o la tolerancia de sus paniaguados era aquella, recuerda Prieto, en la cual

mientras el ilustre general Bravo anublaba sus glorias haciéndose instrumento ciego de la tiranía grosera y de las arbitrariedades de Santa Anna, mientras lo relevaba Canalizo en su tarea ingrata de servir de maniquí al déspota, mientras se hundía Yucatán y en México llovían negocios desastrosos, gabelas y préstamos, el círculo de favoritos y de lacayos del héroe improvisaban fortunas opulentas, aparecían en la escena advenedizos viciosos, soldados matones, tahúres insolentes, galleros provocadores, deudos espurios y cuanto puede tener de más asqueroso una sociedad corrompida.¹⁰⁴

Cualquier festividad religiosa, continuaba Prieto, hacía brillar a la corte de Santa Anna con

grandes funciones de iglesia con repiques, cohetes, chirimías y cámaras. Fondas, neverías, hospedajes y tiendas por todas partes, carcamanes y ruletas, bisbís y bolitas de colores... juegos en todas sus multiplicadas combinaciones y trampas. Banderas en las pulque-

¹⁰⁴ Prieto, *Memorias de mis tiempos*, op. cit., p. 358.

rías y cantinas; tiras de heno de azotea en azotea, con anuncios de todas clases.

El juego, “el culto de Birján”, era la principal distracción de esa sociedad y

el centro de esa orgía era la plaza, en que el grande edificio contenía nevería, fonda, partidas públicas y reservadas, y en el fondo, la gran plaza de gallos, en cuyas peleas se aventuraban cuantiosas sumas. Santa Anna era el alma de este emporio del desbarajuste y de la licenciatura. Era de verlo en la partida, rodeado de los potentados del agio, “dibujando” el albur, tomando del dinero ajeno, confundido con empleados de tres al cuarto y aun de oficiales subalternos, pedía y no pagaba, se le celebraban como gracias trampas indignas, y cuando se creía que languidecía el juego, el bello sexo concedía sus sonrisas y acompañaba a Birján en sus torerías. En el juego de gallos era más repugnante el cuadro, con aquellos léperos desaforados, provocativos y drogueros, aquellos gritos, aquellas disputas y aquel circular perpetuo de cántaros y cajetes con pulque. Allí presidía Santa Anna.¹⁰⁵

A la fiesta le ponía fin su prolongación fatal, el levantamiento, como aquél del 6 de diciembre de 1844, cuando Santa Anna fue obligado a dimitir debido a “la revolución de las tres horas”, como la llama Fowler, que revolución “popular por excelencia” según Prieto, partió “de los centros más oscuros del populacho y cobró raíces en los más elevados asientos sociales, fue, por así decirlo, preparada, madurada y determinada por Santa Anna, por un cesarismo a la vez ridículo y sangriento y por ese militarismo estúpido que da a la fuerza bruta preponderancia sobre los derechos sagrados del hombre”.¹⁰⁶

Una vez que derriban la estatua de Santa Anna y arrastran por las calles su pierna izquierda perdida batallando contra los france-

¹⁰⁵ *Ibid.*, pp. 362-363.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 397; Fowler, *Santa Anna, op. cit.*, p. 467.

ses en el invierno de 1838 y solemnemente enterrada el 27 de septiembre de 1842 en el cementerio de Santa Paula, Prieto cuenta la llegada al gobierno de los moderados en enero de 1845, que encabezados primero por Herrera tratan de reorganizar el país hasta que los interrumpe otro semestre conservador, con el general Mariano Paredes y Arrillaga como presidente-dictador hasta su derrocamiento por los federalistas el 6 de agosto de 1846. Ocurren otras mudanzas hasta que Santa Anna le cede el poder al radical Gómez Farías quien toma el poder en diciembre de 1846 para regresarle a Santa Anna en marzo de 1847. En esa ocasión, Santa Anna se presenta humilde y republicano, imitando al Napoleón de 1815, el de la segunda venida, entrando de civil a la capital, acompañado de su vicepresidente Gómez Farías y de un retrato de la Constitución federal de 1824, misma que restaura, aboliendo las leyes centralistas de 1836. Esa escena de falsa reconciliación con su pasado republicano también la reproduce el novelista radical Nicolás Pizarro en *El monedero* (1861). Pero Santa Anna jura el cargo sólo para salir a combatir a los estadounidenses que ya habían desembarcado en Veracruz, decididos a seguir la ruta de Hernán Cortés para llegar a la Ciudad de México, una vez que la cruenta batalla de La Angostura, el 23 de febrero, los había convencido del alto costo de seguir la invasión desde el norte.

Pero ese breve interinato de Gómez Farías, a diferencia de otros, preludearía no sólo la Guerra de Reforma de la década siguiente sino que marcaría al cronista Prieto. Vicepresidente de la República al mando en ausencia del general, Gómez Farías expidió la ley del 11 de enero, ordenando la expropiación de las propiedades eclesiásticas con valor de quince millones de pesos, bienes urgentes para financiar los desorbitantes gastos de la guerra. Como respuesta, la Iglesia ofendida y humillada, llamó en febrero de 1847 a una rebelión cívico-militar que tuvo como protagonistas a los hijos de las familias más ricas y linajudas de la ciudad, rebelión conocida como de “los polkos” pero no porque su nula solidaridad con el ejército mexicano beneficiara a Polk, el agresivo presidente de los Estados Unidos, sino porque aquellos señoritos eran aficionados a

bailar una y otra vez las polkas. Prieto se acuerda en las *Memorias de mis tiempos*:

Monjas, frailes, sacristanes, devotos, mayordomos de monjas, cantores y dependientes de las catedrales y oficinas con rezos y preces, con triduos y lloros, desataron odios y anatemas, rompiendo los vínculos más sagrados de la familia y presentando la misma traición a la patria, como pruebas de amor a Dios y méritos para alcanzar la gloria.¹⁰⁷

Pero ocurre que Prieto mismo fue polko, él, quien en abril de 1846 había renunciado a seguir publicando, junto a Ramírez, *Don Simplicio. Periódico burlesco, crítico y filosófico*, en solidaridad con una patria amenazada por los Estados Unidos que no estaba para risas y sarcasmos. Ese episodio que traerá pronto la contrición al alma del joven escritor se debía a un mecanismo que él mismo describe en las *Memorias de mis tiempos* mediante el cual “había liberales que repugnaban el personal que proclamaba tales principios, y había liberales que se apartaban de sus amigos en ideas, porque creían comprometer sus creencias cristianas. Estas divisiones hacen muy difícil la clasificación de partidos y el señalamiento de las causas determinantes de cada evolución social”.¹⁰⁸

En *El pistol del diablo*, la novela por entregas que Payno publicaba en ese entonces y cuya versión final tardaría décadas en aparecer, se narra con claridad el episodio de los polkos y un personaje emite una justificación que podría haber sido la del joven Prieto:

Triste, muy triste es verse en la necesidad de unirse con los clérigos y retrógrados, pero por lo pronto no tenemos otro remedio; más tarde, cuando hayamos terminado de una manera u otra la cuestión extranjera y el gobierno esté fuerte y bien establecido, nos pondremos de acuerdo con los gobernadores y con la mayoría del Congre-

¹⁰⁷ Prieto, *Memorias de mis tiempos*, op. cit., p. 388.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 390.

so, y entonces se les dará el golpe de gracia, es decir, se combinará una ley que les quite sus bienes y tenga al mismo tiempo un carácter de utilidad general que nos atraiga las simpatías del pueblo.¹⁰⁹

En una de las pocas circunstancias de su azarosa vida, en que a Santa Anna se le concede la razón, el presidentísimo se ve obligado a abandonar el frente en San Luis Potosí para regresar a poner orden en la Ciudad de México: desaparece la vicepresidencia, le hace manita de puerco a la Iglesia para que dé algo de dinero con la promesa de desligarse de los reformistas (Gómez Farías es destituido), convence a las guardias nacionales golpistas (“los polkos, transformados en soldados de la fe, se presentaban llenos de amuletos y reliquias”, dice Prieto)¹¹⁰ de resistir en la capital, mientras él marcha rumbo a su natal estado de Veracruz, encaminándose a la derrota de Cerro Gordo, despejándole el camino de la capital a los invasores, quienes antes de llegar fueron festejados en Puebla con un *Te Deum* en catedral. Por si fuera poco, en agosto de ese fatídico 1847, había comenzado en Yucatán, estado aspirante a independizarse como Texas, la Guerra de Castas, durante la cual los mayas casi expulsan a la minoría blanca de la península.

En la capital queda un Prieto avergonzado de haber privilegiado su odio al absolutismo contra la urgencia de combatir al invasor, pero, sobre todo, un hombre enfrentado a su carácter de trepador. El niño pobre que había conseguido dormir en la habitación del presidente Bustamante y que desde entonces, gracias al patrocinio de Quintana Roo, había llegado tan alto en la estima social como para contarse entre los polkos, confiesa: “Ya se deja entender”, anotará contrito en sus *Memorias de mis tiempos*,

el desairado desenlace del movimiento de los polkos, y la vergüenza y la humillación que debe cubrirnos a los que arrojamus ese

¹⁰⁹ Manuel Payno, *El fistol del diablo. Novela de costumbres mexicanas*, establecimiento del texto y estudio preliminar de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1967, p. 748.

¹¹⁰ Prieto, *Memorias de mis tiempos, op. cit.*, p. 392.

baldón sobre nuestra historia en los días de más angustia para la patria. Otro alegraría su poca edad, su inexperiencia, el influjo poderoso de entidades para mí veneradas... Yo digo que aquélla fue una gran falta... que reaparece más, más horrible a mis ojos, mientras más veces me fijé en ella...¹¹¹

Pero como narrador el Prieto que más importa es quien desde Querétaro —junto con otros catorce redactores, entre ellos Ramón Isaac Alcaraz (1823-1886), no sólo historiador militar sino poeta antologado por don Marcelino en 1893, José María Iglesias y Payno —compone los *Apuntes históricos*, una de las piezas más desoladoras no sólo de su pluma habitualmente festiva, sino de toda la literatura mexicana del XIX. El libro, por cierto, encubrió su naturaleza de obra colectiva con el seudónimo de “La familia Rennepont”, en honor de aquella cuyas peripecias describió Eugène Sue en *El judío errante* (1845), uno de los *best sellers* de la época.

La caída de Monterrey, en septiembre de 1846, cuenta Prieto en aquella obra colectiva, fue hija en buena medida de la discordia entre los generales mexicanos. “Aquellas sufridas poblaciones”, se lamenta Prieto, “que tan poco debían a la opulenta y desdeñosa México, lo sacrificaban ahora todo, se ofrecían como en expiación sublime de todos nuestros crímenes para que no profanase nuestra capital el pabellón que ha ondeado sobre el palacio de los Moctezumas”.¹¹² Camino hacia Saltillo y después hacia San Luis Potosí,

los habitantes de Monterrey vieron salir las últimas fuerzas mexicanas, no pudieron resolverse a quedarse entre los enemigos, y multitud de ellos, abandonando sus casas e intereses, cargando sus hijos y seguidos de sus mujeres, caminaban a pie tras las tropas. Monterrey quedó convertido en un gran cementerio. Los cadáve-

¹¹¹ *Ibid.*, p. 393.

¹¹² Guillermo Prieto, “Apuntes históricos para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos” en *Obras completas*, xxix. *Apuntes históricos*, prólogo de Ernesto de la Torre Villar, presentación y notas de B. Rosen Jélomer, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999, p. 27.

res insepultos, los animales muertos y corrompidos, la soledad de las calles, todo daba un aspecto pavoroso a aquella ciudad.¹¹³

Tras la gran batalla de La Angostura en febrero de 1847, cercana a Saltillo,

se desató el norte completamente; el agua congelándose en la atmósfera, produciendo una sensación de frío dolorosísima, convirtió en poco tiempo la yerba del campo en una alfombra blanca en que se resbalaba el pie. El frío era tan intenso, que las partes descubiertas del cuerpo dejaban de sentirse; y paralizada la circulación de la sangre, los infelices soldados desfallecían, y muchos exhalaban el último aliento. Horroroso era el espectáculo de tantas desgracias: las infortunadas víctimas infundían lástima, al verlas perecer infructuosamente una vida, que hubiera debido tener un término más noble en la lucha gloriosa contra el enemigo exterior.¹¹⁴

En Aguanueva, camino de San Luis Potosí, las escenas que remiten a la retirada napoleónica de Rusia narrada por Stendhal, se repiten: “Los heridos ascendían a ochocientos; y el corto número de medios de transporte”, precisa el Prieto de 1847,

de que se podía disponer, no permitía que fueran llevados todos. Fue pues preciso entregar a una gran parte a su desgraciada suerte. Esos hombres abandonados en medio del desierto, revolcándose en su sangre, tiritando de frío, con una sed devoradora y sin medicina, sin abrigo, sin alimentos, veían desaparecer a sus compañeros, llevándose consigo su vida, su esperanza, y manifestaban en su rostro lívido la horrible calma de la desesperación. A su vista se presentaban ya los coyotes y perros esperando el momento en que podrían empezar su espantoso banquete. Los más afortunados pudieran escapar de los horrores de aquella noche, tenían a lo menos

¹¹³ *Ibid.*, p. 48.

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 58.

un porvenir menos cruel: contaban con la piedad de sus enemigos; y en obsequio de la justicia debe decirse que éstos cumplieron con lo que mandaban las leyes de la guerra, y exigen los deberes de la humanidad. [...] Pronto el aspecto de los cadáveres, el estertor de los moribundos, las quejas de los heridos, las maldiciones de todos, añadieron nueva aflicción a los espíritus, contristados ya por tantos padecimientos. El espectáculo que se ofrecía a la vista infundía el más penoso desconsuelo: se andaba sobre los muertos, se atropellaba a los que no habían aún exhalado el último aliento.¹¹⁵

Llegó, naturalmente, el pillaje y esa misma tropa, los sobrevivientes, tras reposar cuatro días en una Ciudad de México que los recibió con desprecio e indiferencia tratándolos como lo que eran, la gleba de Santa Anna, los héroes o los derrotados de Angostura, según se vea, se siguieron de largo hacia las últimas batallas, las de la derrota definitiva, camino del puerto de Veracruz, que había capitulado, tras resistir heroicamente a los bombardeos, el 28 de marzo de 1847. Páginas más adelante, Prieto atribuirá la derrota al designio de la Divina Providencia, sobre todo por aquel “pasaje de la Escritura, que menciona la confusión de los altivos y orgullosos pueblos que elevaban la Torre de Babel, se repetía en México aquel año de 1846”.¹¹⁶

A las puertas de la capital que ha decidido defender a toda costa, Santa Anna alcanza a subirse al cerro del Peñón y desde allí mira el valle de Anáhuac pronto destinado a convertirse en el escenario de una humillación sin paralelo. Prieto se emociona con el día que “era hermosísimo: no podemos menos que interrumpirnos aquí para exclamar como el apasionado Ugo Foscolo: ¡Si fuéramos pintores! ¡Ah, si fuéramos pintores! La traslación fiel de este cuadro que estamos palpando nos inmortalizaría”. Y pasa revista el cronista a las faldas de Iztapalapa, al sombrío Chalco, al bosque de Tlalpan y a las cumbres del Ajusco, deteniéndose

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 59.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 75.

en los pueblitos de San Ángel, Mixcoac, Coyoacán, San Juanico y más al occidente, el “romanesco y austero Chapultepec, circundado de las lomas de Tacubaya y Santa Fe”. Custodiada en el norte por el santuario de Guadalupe y en el centro, cuidaba de la ciudad de los palacios, “la gentil, la galana”, capital de México, que como una “Venus sensual de los griegos”, no siéndole suficiente la vigilancia de los volcanes, confiaba una vez más en el general Santa Anna, rodeada de la Guardia Nacional, los polkos redimidos. En las lomas de Padierna —donde Santa Anna habría dejado sin socorro a su odiado general Valencia—, en El Molino del Rey, en el asalto al castillo de Chapultepec donde se tejió la leyenda de los Niños Héroes, en Churubusco, donde el 20 de agosto, también, se prestó heroica resistencia al invasor que finalmente izó la bandera de los Estados Unidos en un Palacio Nacional saqueado por la turba. Ocurrió nada menos que en la víspera del 15 de septiembre, aniversario del levantamiento de Hidalgo en 1810 que acabaría por festejarse como el día de la Independencia. Tal parece que hubo un alzamiento popular contra los invasores, que los tundieron a pedradas cuando y como pudieron, una “guerra de bajísima intensidad”, según dice un libro que más que probar la revuelta, la insinúa.¹¹⁷

Prieto ya está camino de Querétaro y Santa Anna, cuya energía se disipó en la defensa de la ciudad, creyéndose omnipresente y resultando aquí y allá un estorbo, renuncia otra vez a la presidencia de la República en la Villa de Guadalupe Hidalgo, es despojado de sus tropas y, tras vivaquear en La Antigua, Veracruz, parte al exilio, todo indicaría que definitivo, en Jamaica, hombre del mar Caribe más que del altiplano. Pero lo tendremos de regreso, como Alteza Serenísima, en 1853. Para no pocos mexicanos, hasta la actualidad, resulta muy fácil hacer de Santa Anna el chivo expiatorio perfecto tanto de la derrota como del desmembramiento del país en 1847, acusación que alcanzó a proferir Bustamante entre los pri-

¹¹⁷ Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847*, México, Era, 2003, p. 83.

meros. Por saber que ello era inexacto, el Prieto de los *Apuntes históricos* es ambiguo ante la culpabilidad de Santa Anna y el de *Viajes de intención suprema* prefiere burlarse del dictador y de su última corte. Siendo notables sus errores militares —aunque todos los generales mexicanos combatientes entre 1846 y 1847 fueron inmediatamente acusados por la desolada opinión pública, con razón y sin ella, de cobardes, incompetentes y traidores—, se olvida que no fue Santa Anna quien firmó el Tratado de Guadalupe Hidalgo sino el desarmado gobierno moderado de Manuel de la Peña y Peña contra la convicción, desde luego estrambótica, del caudillo, de continuar la resistencia desde la piadosa Puebla. Eso lo sabía Prieto y se cuida de entrar en detalles sobre la saña con que los invasores lo persiguieron en Tehuacán, de donde escapó Santa Anna de milagro en enero de 1858, junto con su familia. Los yanquis lo querían vivo o muerto; a él menos que a nadie, a “el verdugo de El Álamo” le querían dar trato de colaboracionista.¹¹⁸

Para Prieto la guerra con los Estados Unidos fue su primera verdadera enseñanza moral y literaria: todo lo anterior —cuyo escuálido centro era el cuartucho de Letrán con sus poetas muertos, convenientemente muy jóvenes— es demasiado pequeño para crear una “literatura nacional”, tal cual pretendían merecerla los decimonónicos. Fueron Polk y Santa Anna, dos monstruos, quienes los arrojaron a la historia y les permitieron no sólo verla mediante el gran angular, sino sufrirla. El año 1847 destruye el paisaje, vuelve inocuo cualquier vestigio de arcadismo, como lo muestra la descripción hecha por Prieto del Anáhuac antes de la ocupación yanqui o “México en 1847”, el desolador poema de emulación bíblica de Carpio. Pérdida de la inocencia aún mayor que la ocurrida tras 1820, pues como futuro ya no quedan expectativas, sino ineludibles guerras de sobrevivencia. Por ello, su participación en la defensa de la capital como correo del general Valencia le permitirá escribir después un gracioso “episodio nacional” en las *Memorias de mis tiempos*, el dedicado al imaginario Zapati-

¹¹⁸ Fowler, *Santa Anna*, *op. cit.*, pp. 357-360.

lla, “hombre del pueblo” que, según el agrisulce resumen de Monsiváis, “incorporado como voluntario a la resistencia de los yanquis, en aquel ir y venir de ordenanzas, oficiales, arrieros, espías y mujeres. Zapatilla se enamora de Cuca, la sobrina del padre guardián, a la que le dedica unos versos en nada indignos del Carlos Argentino Daneri de Borges en ‘El Aleph’:

Truena el cañón, se arrecia la boruca
y grito maldición al ‘yankee impio’
y cuando quiero renovar mi brío
me acuerdo de los ojos de mi Cuca”.¹¹⁹

“Prieto”, continúa Monsiváis olvidando que las *Memorias de mis tiempos* son una recreación de lo ocurrido redactada casi cuarenta años después de los hechos,

aun en la más trágica de las circunstancias advierte la comicidad involuntaria, los perfiles satíricos de una situación. Rendido al conjuro de la Patria o de las escenas familiares de antaño, es también un enamorado de la parodia y de los seres antiparódicos. Zapatilla, un cursi redomado, un pícaro nato de no mediar la circunstancia patriótica, en los cuadros de costumbre heroicas de Prieto es el observador y el narrador, el que admira y se burla, el aferrado a la comunidad y el que muere sin nada en su haber. Y por la puerta de los hábitos bélicos, Zapatilla entra a la historia patria. Allí, a su disposición, están el hambre, la fatiga, el dolor moral, los héroes, los antihéroes, los generales bravíos y el villano de villanos, Antonio López de Santa Anna: “Santa Anna en todo está, es despierto como una avispa, tiene el ojo que escudriña, la mirada es el todo en Santa Anna: inquiere y agarra con ella, es leperusca al extremo”.¹²⁰

¹¹⁹ Monsiváis, *Las herencias ocultas del pensamiento liberal del siglo XIX*, op. cit., p. 132.

¹²⁰ *Ibid.*, pp. 132-133.

Es natural que la memoria de Prieto no habiendo sido ni protagónica ni mucho menos ejemplar su actuación en 1847, imposte para redimirse un personaje popular, ansioso de ser, sin conseguirlo nunca, el Victor Hugo mexicano. El tono patético y grandilocuente de los *Apuntes históricos*, sin ser pedagógico y edificante, es más eficaz para la posteridad pero es improcedente como la tierna memoria de un abuelito de la patria cuyos miles y miles de versos, un *Romancero nacional* incluido, se leyeron mucho y se olvidaron pronto. Prieto fracasó como poeta épico —lo admite Monsiváis— y nunca fue novelista. A su Zapatilla, una invención incidental más propia del vodevil le falta la ambición novelesca del Gabrielillo de Pérez Galdós cuyos *Episodios nacionales* ignoro si el bardo mexicano leyó. Tampoco podía crear un Quasimodo ni un Jean Valjean. Pero hacer novelones “costumbristas” o históricos correspondería a Payno y sobre todo a escritores de las siguientes generaciones, la de Emilio Rabasa, Riva Palacio, Victoriano Salado Álvarez, sin olvidar a Justo Sierra O’Reilly (1814-1861), el padre del educador, de quien me ocuparé como precursor de nuestra novela histórica.

Prieto había inventado la crónica, un género tenido por mexicanísimo, nacido de las entrañas de Fernández de Lizardi y consumado por el propio Monsiváis. Pero ya nos ocuparemos de la madurez de Prieto como escritor-embalsamador de la historia. Volvamos al joven Prieto de 1847 y mirémoslo veinte años después, en una hora victoriosa, la destrucción del Imperio de Maximiliano de Habsburgo. Así lo retrata, en diciembre de 1867, su hermano del alma Ramírez, viéndolo retomar su curul como diputado (fue veinte veces parlamentario entre 1848 y 1897) y poeta satírico de la República Restaurada:

El primero de todos era Prieto; sobre su camisa adrede ajada, se derramaban desde las poéticas narices, como de un carnero, chorros inagotables de tabaco; festivo, ingenioso, audaz, y para su gloria, enteramente mexicano como si el general ático de Aristófanes lo hubiera engendrado durante las horas de carnaval en la Xóchitl tolteca; repartía en rosas su conversación, de modo que al tomar-

las, cada uno de los concurrentes se sintiera herido por inesperadas espinas.¹²¹

Si a la generación de Prieto y Ramírez, enaltecida por ese hermano menor celoso de la gloria propia y ajena de los reformistas que fue Altamirano, le tocaron los merecidos laureles, cabe voltear la mirada al más recalcitrante de los viejos, a Bustamante, que vivió lo suficiente como para ver aquella bandera de las barras y las estrellas en el asta de Palacio Nacional, la derrota perfecta. Si Bustamante nunca fue un buen escritor y alcanzó a ser un historiador indispensable por su inagotable energía, *El Nuevo Bernal Díaz*, publicado a fines de 1847, inconcluso, es casi ilegible. Lo mejor del libro es el título, pues su promesa de ser la “historia de la invasión de los angloamericanos en México” no llega a cumplirse. Fichero, diario, bitácora, el libro entretiene los desesperados ocios de un hombre que morirá despatriado en su propia patria, el 21 de septiembre de 1848, un año después de la afrenta angloamericana (la manera más propia de llamar a nuestros vecinos del norte, desafortunadamente en desuso) y treinta y siete años después, exactamente, de la Independencia proclamada por Iturbide.

Pese a ser, por su acendrado catolicismo, el menos proyanqui de los independentistas —porque llamar liberal a Bustamante, como lo precisó Krauze, es una equivocación de cierto calado—, acaso el gran acierto de *El Nuevo Bernal Díaz* sea detectar la grave “anomalía” que significaba ver a la democracia angloamericana convertida en un imperio agresor. Ignoraba Bustamante que a William Prescott, como recuerda también Krauze, el victorioso general Scott le había ofrecido continuar, con la narración del 47, su *Historia de la Conquista de México*, aparecida oportunamente en 1843. No sólo aquí se invocaba el año 1521 pero Prescott, a diferencia de Bustamante, declinó.¹²² *El Nuevo Bernal Díaz* es periodismo a destiempo.

¹²¹ *Ibid.*, p. 109.

¹²² Enrique Krauze, *La presencia del pasado*, México, Tusquets, 2005, pp. 54-55.

po: más que de los yanquis que cruzan el país desde Texas hasta la Ciudad de México, desviándose en San Luis Potosí para repetir el paso de Cortés desde Veracruz, como nos lo contó Prieto, a Bustamante, como a sus enemigos polkos, le obsesiona, a la vez obsoleto y premonitorio, la pretensión de imponerle a México una monarquía europea, como ocurrirá finalmente, con título napoleónico de imperio, en 1863.

Mientras este católico ve conspirar al clero, comete agradables distracciones de anciano y se queja de que el general Paredes y Arriolla (presidente durante ocho meses de 1846) “ha comenzado la persecución de las putas” cuando debería disolver las logias yorkinas (tema anticuado en quince años).¹²³ Quien había propugnado por la intolerancia religiosa en México, Bustamante, en *El Nuevo Bernal Díaz*, se queja de la persecución de los católicos en Filadelfia, cuando se concentra en la guerra con los Estados Unidos no puede sino anotar desgracias como la pérdida del honor militar, la reaparición de Santa Anna (se profesaban odio mutuo pese a que les fue imposible no compartir trinchera más de una vez), anota rutinariamente los avances del enemigo, maldice a los polkos y al final suelta la pluma, abandona su libro y entrega el alma. Pero acaso escribió un epitafio más concluyente que los que, en pantuflas, querrá grabar Alamán en mármol, un par de años después. Harto, don Carlos María, el inventor del nacionalismo mexicano, lo deja todo dicho en una frase que termina con “la era de Bustamante”, afirmando nada menos que “todos hemos estado locos desde el año de 1821”.¹²⁴

Todo, menos la locura, privaba en casa de don Lucas Alamán en la capitalina Ribera de San Cosme, nacido todavía en el siglo XVIII como su querido Bustamante, a quien dedicó un apunte biográfico tan pronto se enteró de su muerte, de la misma manera, caballerosa y hospitalaria, en que dio refugio al liberal, aunque en raptó de polko, Prieto cuando lo supo perseguido. Alamán era el emble-

¹²³ Bustamante, *El Nuevo Bernal Díaz...*, *op. cit.*, p. 165.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 166.

ma de la respetabilidad para el conservadurismo mexicano, cuyo diario, *El Tiempo*, lo tenía como su principal inspirador, predicando la monarquía representativa como única manera de detener el caos liberal y salvar a México de su destrucción por los Estados Unidos. No era un restaurador Alamán, sino una suerte de conservador liberal, traductor de Burke, que se hubiera sentido a gusto bajo el “justo medio” católico de un Luis Felipe, como lo prueba su vida como empresario ideando remedios progresistas para insuflarle actividad a una economía paralizada por el mal gobierno y la guerra perpetua. Había sido nombrado diputado en el gobierno de Paredes y Arrillaga en 1846, pero no había querido comprometerse en demasía ni con los liberales moderados ni con Santa Anna, a quien considera, me temo, un imponderable histórico capaz de abrir el camino hacia una monarquía, a quien sirvió con mayor aunque breve notoriedad, como ministro de relaciones exteriores en 1853. Habiendo tomado el cargo en marzo, el historiador murió el 2 de junio de ese mismo año. Tras 1847, por más profunda que fuese nuestra derrota y desafortunado el destino nacional, Alamán, el político, no se soñaba, a diferencia del poeta Carpio, oculto en el bíblico mar Rojo para “ocultar mi llanto y mi sonrojo”.¹²⁵

La guerra con los Estados Unidos le dio la oportunidad de ajustar cuentas con el pasado, escribir las preparatorias y propositivas *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana* (1844-1849), antesala de su magna *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia hasta la época presente* (1849-1852), escrita en buena medida para poner orden en el desbarajuste mitológico y mitómano de Bustamante. Creyendo que la escritura de la historia puede ser gran literatura, como en el caso de Alamán, su *Historia*, es, junto a las entonces desconocidas *Memorias* de Mier y al mejor periodismo político de Fernández de Lizardi, lo más perdurable de la prosa mexicana de la primera mitad de aquel turbulento siglo decimonono. Debe leerse junto al *Facundo*, de Sarmiento, publicado pocos años atrás, como una de las obras

¹²⁵ Carpio, *Poesía, op. cit.*, p. 217.

centrales del siglo XIX hispanoamericano. Cabal, claridosa y castiza, bien escrita y sobriamente documentada, la *Historia* no oculta su tesis central: en cuanto Cortés es el fundador de una nueva nación, debe desterrarse la ficción bustamantina de convertir al México independiente en legatario del Imperio azteca, uno de los propósitos de Alamán. No se puede, dice Alamán inspirándose en el escepticismo de un Tito Livio, “fundar la justicia de la independencia en la injusticia de la conquista” porque la historia no es mitología antigua y la nación

megicana no necesita de mitología alguna para poder enorgullecerse de su origen. Formada por la mezcla de los conquistadores y los conquistados, deriva su principio, en cuanto a los primeros, de una nación que en aquella época era la primera de la Europa, cuyas armas eran respetadas por todas las demás naciones, en todo el esplendor de su literatura y de sus artes; y en cuanto a los segundos, que supieron defender su libertad con heroísmo, y que si cayeron por efecto más de sus propias disensiones que de una fuerza extranjera, esta caída fue honrosa y nada hubo en ella que no los llene de gloria.¹²⁶

Si el virreinato, tras Cortés, había creado una nación gloriosa, la Independencia había sido una *caída* teológica que aunque cometida en contra de la voluntad de la mayoría de los mexicanos, nos condenaba a todos, ese pecado, el de 1810 y su horroroso grito de Dolores, al fin sería pagado, como lo escribió Krauze, con la derrota de 1847.¹²⁷ Cuando estalló la guerra, Alamán estaba ocupado en defender los intereses materiales del duque de Monteleone y Terranova, el remoto heredero de los restos del marquesado del valle de

¹²⁶ Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana. Antología. Desde la época de la conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la independencia*, estudio introductorio de Leopoldo Solís y Guillermina Valle, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, pp. 108-109.

¹²⁷ Enrique Krauze, *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, Barcelona, Tusquets, 1994, p. 44.

Oaxaca que había sido de Cortés (cuyos restos mortales el propio historiador escondió, temeroso de que fueran profanados, en un rincón de la iglesia del Hospital de Jesús y donde permanecieron en secreto durante 110 años). Estuvo en contra de librarla (“mi país va a una guerra que le será desgraciada y fatal”, le escribió a Monteleone), dándola por perdida e invitado a apoyarla por el gobierno provisional de José Mariano Salas (agosto-noviembre de 1846), se negó hasta a dar su opinión sobre el conflicto bélico. Temió lo peor durante el régimen de Gómez Farías, respaldó la rebelión de los polkos, recibió garantías de Santa Anna y abandonó su casa de San Cosme refugiándose en Tlalnepantla.

Contra las esperanzas de Alamán, la Europa católica y monárquica no había acudido aún al socorro de la desgraciada nación mexicana pero una década más tarde, lo haría, cuando amigos suyos como Gutiérrez Estrada irían a buscar a un Maximiliano. En septiembre de 1847, en tanto, Alamán volvió a su casa, desde cuya azotea se instalaron dos cañones mexicanos y pasados los motines y las ejecuciones, en octubre el historiador reconoció que, tras el horror y el desorden, “la tropa que ocupa la ciudad no hace daño alguno, paga todo lo que necesita y no se mete con nadie. Así vamos acostumbrándonos estar con ellos” y más adelante, según la narración de José C. Valadés, su biógrafo, “después de informar a Monteleone que Scott ha desistido de ocupar el Hospital de Jesús”, a cargo de Alamán, dice él mismo que

a dicho hospital van con frecuencia jefes y oficiales norteamericanos a que se les enseñe el retrato de don Hernando Cortés, al que ven con mucha veneración. El día 3 de diciembre se completan tres siglos cabales de su muerte. ¿Quién hubiera podido pensar en aquella época que a los tres siglos de la muerte del gran conquistador, la ciudad que él sacó de sus cimientos habría de estar ocupada por el ejército de una nación que entonces no había tenido ni el primer principio.¹²⁸

¹²⁸ José C. Valadés, *Alamán: estadista e historiador* (1937), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987, p. 437.

Lo que no sabían los visitantes del Hospital de Jesús es que los restos del conquistador por iniciativa de Alamán, en 1823, habían sido retirados de su nicho original, muy expuesto al vandalismo antiespañol, donde Cortés había querido yacer. Escondidos por su admirador en una pared lateral del Hospital, permaneció 110 años en secreto el lugar exacto del enterramiento dispuesto por el historiador. Sólo hasta 1946 se descubrió el documento confiado por don Lucas a la embajada española con la ruta del tesoro escondido de la hispanidad. A los turistas, entre los que se contaron los invasores angloamericanos, Alamán les decía que los restos de don Hernán habían sido enviados a Italia con sus descendientes los Monteleone.

“Aquella casa” de Alamán en la Ribera de San Cosme, cuenta Valadés, “era como una casa encantada: reinaba constantemente en ella un silencio profundo” que, con vistas a la calzada de la Tlaxpana, contrastaba con el ruido del siglo, visitada no sólo por adversarios amigos como Prieto sino cuidada por “criados respetuosos con sus chalecos negros; criadas ancianas de armador, delantal y chiquiadores... toques en la capilla para misa y rosario; a mediodía el ruido de la cadena del zaguán, mientras duraba la comida. Antes de las diez de la noche todo dormía”.¹²⁹

La presencia de Prieto en esa casa, durante la ocupación angloamericana, nos permite verlo de cerca tal cual aparece en los *Viajes de orden suprema (1853-1855)*, impresos inconclusos en 1857 por Vicente García Torres, del cronista:

A pesar de las prevenciones que engendraron contra este hombre los odios de partido, a pesar de que lo considerábamos como el más implacable de los enemigos de un sistema porque éramos apasionados, la superioridad de Alamán era tan incontestable, que se hacía respetar y estimar de cuantos le trataban. De cuerpo mediano, cargado de hombros aunque con la cabeza erguida, con un andar de ánade, y las puntas de los pies hacia fuera, la fisonomía coloreada

¹²⁹ *Idem.*

da por la sangre, sus labios delgados, su mirada indagadora y maliciosa, su frente ancha inclinada hacia atrás y coronada por una aureola de cabellos canos que cerraban en el óvalo de su barba cana también, Alamán, a pesar de su respiración fatigosa y de su edad, no parecía un hombre de más de cincuenta años.¹³⁰

Ese hombre, que pese a la impresión de su huésped, vivía sus últimos años y estaba concentrado en su obra maestra, era, cuenta Prieto, un parlamentario implacable, pues

conocedor profundo de la tribuna, la dominaba desde sus primeras palabras. Su sangre fría no tenía igual; después de que le habían dicho alusiones personales, sátiras punzantes hasta la sangre, después de que el auditorio prevenido en su contra tosía y ceceaba desde las galerías al verlo poner de pie, el señor Alamán, impasible, se ocupaba de su cuestión, sonriendo, frío, indiferente, olvidado de lo que más directamente se había dirigido a su amor propio. Pronunciaba el español correctamente, y aun ceceaba, pero sin afectación; sus discursos continuos, como el murmullo de una fuente y sin modulaciones, estaban animados por un sarcasmo implacable; aguzaba y envenenaba sus palabras, como un indio salvaje sus flechas.¹³¹

Prieto no podía sino reconocer, como lo sabrá quien lea su *Historia de Méjico*, que en

Alamán todo era consecuente; quería para el comercio prohibiciones, para la imprenta censura, para que el pueblo del que se burlaba, soldados; para la conciencia, espías, para los ladrones tribunal de la Acordada. Y no lo quería porque fuese servil, ni porque no fuese amante de su país, sino porque para él era una convicción imprescindible, que no había régimen posible fuera del virreinal.¹³²

¹³⁰ Prieto, "Viajes de orden suprema (1853-1855)", *op. cit.*, p. 97.

¹³¹ *Idem.*

¹³² *Ibid.*, p. 98.

“De pie, sobre su escritorio”, don Lucas comenzó a escribir, antes de las doce del día como era costumbre en él, su *Historia de Méjico* el 23 de octubre de 1846, “con una letra inglesa clara, sencilla, recta, que se va diluyendo un poco conforme aumenta la fatiga del escritor”. En la introducción, firmada casi tres años después, advirtió contra la sinrazón de haber perturbado el influjo del pasado sobre el presente, las consecuencias morales

que ha producido el pretender hacer cambiar no sólo el estado político, sino también el civil, atacando las creencias religiosas y los usos y costumbres establecidos, hasta venir a caer en el abismo en que estamos: y como el extravío de las ideas y la falsa luz bajo que se consideran las cosas, ha sido la causa de los desaciertos que se han cometido, si mi trabajo diese por resultado que la generación venidera sea más cauta que la presente, podré lisonjearme de haber producido el mayor bien que puede resultar del estudio de la historia: pero si los males hubieren de ir tan adelante que la actual nación mejicana, víctima de la ambición extranjera y del desorden interior, desaparezca para dar lugar a otros pueblos, a otros usos y costumbres que hagan olvidar hasta la lengua castellana en estos países, mi obra todavía podrá ser útil para que otras naciones americanas, si es que saben aprovechar las lecciones que la experiencia ajena presenta, vea por qué medios se desvanecen las más lisonjeras esperanzas, y cómo los errores de los hombres pueden hacer inútiles los más bellos presentes de la naturaleza.¹³³

Semejantes temores padecía el santanista ilustrado, Tornel, quien sentía llegar, en 1848, “un cataclismo lamentable y definitivo que nos arrebatase nuestra existencia política, la gloria de nuestra raza, la lengua y la religión de nuestros padres”.¹³⁴

¹³³ Lucas Alamán, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1800 hasta la época presente*, 1, México, Instituto Cultural Helénico–Fondo de Cultura Económica, 1985, p. XII.

¹³⁴ Fowler, *Santa Anna*, *op. cit.*, p. 367.

Recordaba Prieto, en fin, a Alamán, su adversario y a la vez su protector:

Escribía el borrador de su historia en una sala, teniendo en sus mesitas a propósito a sus hijos dedicados a sus estudios; él aseado y como para presentarse a una concurrencia, escribía en su libro encuadernado y privado, y con celeridad suma, y con tal limpieza y claridad, que se trabajaba para encontrar una tacha o una mancha.

En sus costumbres vivía en el pasado siglo.

Visitarlo era realizar una relación de la vida de nuestros mayores.

La siesta y el rosario, la cadena al portón, a la comida el rezo, y la piedad por todas partes.

Su señora, matrona distinguida, honor de su sexo y coadjuntora eficaz para la educación de sus hijos, completaba este cuadro de santidad doméstica que admiré mil veces.

Partidario tal vez exaltado, combatí al señor Alamán siempre que pude, y aborrecía como hoy sus opiniones: al hombre lo respeté, y su memoria hace humedecer mis ojos, porque lo quise con ternura.

Las afecciones que había creado Alamán con moderados y aun con purillos; sus desengaños tal vez sus escarmientos, le hacían aborrecer la persecución, y él hubiera permanecido en el gobierno, sin duda alguna no amontona tantas víctimas el rencor de las medianías que rodeaban a Santa Anna.

Uno de los primeros actos de este ministerio fue aniquilar la libertad de imprenta, realizando aquello de que viene el gallego y apaga la luz. Amén Jesús.¹³⁵

Concluida su *Historia de Méjico* en 1852, el tono era más desesperado y profético. La geografía medía con mayor exactitud la amputación de 1847, el año del fin del mundo, y el propio historiador se aprestaba a servir unos meses al general Santa Anna en el último y en el más delirante de sus periodos como presidente. El

¹³⁵ Prieto, Crónicas de viajes, 1, *op. cit.*, p. 99.

joven Prieto se reinventaría (no sin viajar por el “malpaís” mexicano llevando de consuelo las bustamantinas *Mañanas en la Alameda de México*) a sí mismo como poeta de la patria y su cronista ejemplar, no sin rendir otro homenaje a Alamán convirtiendo en lector suyo al autor imaginario de *Impresiones de viaje* (1862). Traducción libre del diario de un zuavo, encontrado en su mochila, en la acción de *Barranca Seca*. Bustamante marchó a la tumba creyéndose un loco entre locos mientras que a Alamán, tras despedirse de su alharquiento amigo don Carlos María con una estampa a la vez patriótica y veraz, sólo le quedaba recordar a Lucano hablando de Pompeyo en *Farsalia*, rogando al todo poderoso para que su providencia dispensara a México de su extinción:

Méjico será sin duda un país de prosperidad, porque sus elementos naturales se lo proporcionan, pero no lo será para las razas que ahora lo habitan, y como parece destinado a que los pueblos que se han establecido en él en diversas y remotas épocas, desaparezcan de su superficie dejando apenas memoria de su existencia; así como la nación que construyó los edificios del Palenque y los demás que se admiran en la península de Yucatán, quedó destruida sin que se sepa cuál fue ni cómo desapareció; así como los toltecas perecieron a manos de las tribus bárbaras venidas del norte, no quedando de ellos más recuerdo que sus pirámides en Cholula y Teotihuacán; y así como por último, los antiguos mejicanos cayeron bajo el poder de los españoles, ganando infinito el país en este cambio de dominio, pero quedando abatidos sus antiguos dueños, así también los actuales habitantes quedarán arruinados y sin obtener siquiera la compasión que aquellos merecieron, se podrá aplicar a la nación mejicana de nuestros días, lo que un célebre poeta latino dijo de uno de los más famosos personajes de la historia romana: *Stat Mag-ni Nominis Umbra*: “no ha quedado más que la sombra de un nombre en otro tiempo ilustre”.¹³⁶

¹³⁶ Lucas Alamán, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos...*, v, introducción de Moisés González Navarro, *op. cit.*, pp. 954-955.

VII MAESTROS LIBERALES

Es con alegría que me someto al llamado de mis conciudadanos y vengo a saludar en medio de ellos todas las esperanzas de emancipación, de orden y de paz que habrán de germinar en las raíces de este árbol de la libertad. La libertad tiene sus raíces en el corazón del pueblo como el árbol en el corazón de la tierra; como el árbol, ella eleva y desenvuelve sus ramas en el cielo; como el árbol, ella crece sin cesar y cubre a las generaciones con su sombra.

VICTOR HUGO, "Plantación del árbol de la libertad en la Place des Vosges", 2 de marzo de 1848

1. EL VIAJE A ORIENTE DE GUILLERMO PRIETO

Si Guillermo Prieto como héroe tiene una larga y polvorienta historia, su reivindicación como escritor es relativamente reciente y está asociada a la boga de la crónica en el México de los años setenta del siglo xx, empresa de Monsiváis y de sus discípulos. Uno de ellos, José Joaquín Blanco, habló así de la suerte editorial de Prieto, cuyo juvenil (y sorprendente) libro en prosa, los *Viajes de orden suprema* sólo tuvo una edición moderna hasta 1968. Escribió Blanco:

Cuando, de 1853 a 1855, el general Antonio López de Santa Anna, retomó el poder e instauró la última y más brutal de sus once tiranías, estableció un clima político de espionaje y persecución que contó entre sus primeras víctimas al anterior Ministro de Hacienda del presidente Mariano Arista: se desterró a Guillermo Prieto a la población

queretana de Caderetya, primero, y finalmente a un pueblo de indios de Oaxaca. Guillermo Prieto (1818-1897) tenía por entonces 35 años, un incipiente pero cálido prestigio como poeta, y se perfilaba como uno de los hombres fundamentales de la Reforma y de todo el siglo XIX. Tocó en suerte a algunas regiones del estado de Querétaro (la ciudad de Querétaro, Tequisquiapan, Cadereyta, San Juan del Río) servir de destierro a Prieto, y de tema a la mayor parte de estos *Viajes de orden suprema*; Prieto va registrando y analizando la realidad queretana, y a la vez asumiéndola como prueba de muestra de la realidad nacional. Se interesa por todo: agricultura, industria, geografía, religión, política, costumbres, civilización, anécdotas significativas; en su relato coinciden los puntos de vista del reformador espiritual, del intelectual racionalista y del divulgador de ideas y de conocimientos. Como buena parte de la obra de Prieto, estos *Viajes de orden suprema* permanecieron en el olvido; se publicaron por entregas semanales en 1857, pero el tiraje simultáneo destinado a distribuirse en forma de libro se quemó en la imprenta, antes de salir al público.¹

Blanco escribe esa introducción antes de que Boris Rosen Jélomer termine de recopilar los treinta y tantos tomos de las *Obras completas* de Prieto, en 2003, como previamente lo había hecho con las de Ignacio Ramírez, El Nigromante. Todavía Blanco protesta, con razón, contra “la pedantería de la posteridad” que menospreció a los escritores liberales, pecado compartido, según él, por Alfonso Reyes y Salvador Novo, es decir, los del Ateneo y por los Contemporáneos. Tampoco Octavio Paz, agrego yo, tenía en mucha estima a esos escritores, políticamente culpables de “imitación extralógica” como lo aseveró en *El laberinto de la soledad*, juicio matizado en la vejez por su propio liberalismo —el de Paz— y por el recuerdo emocionado de su abuelo, el periodista y novelista Ireneo Paz, precisamente de aquellos liberales tratados como rústicos y provincianos, dignos de una defensa como la de Blanco:

¹ José Joaquín Blanco, “Prólogo” a “Fidel” (Guillermo Prieto), *Viajes de orden suprema*, I, Querétaro, Documentos de Querétaro, 1986, p. 5.

Y en efecto, ¿cómo no han de parecer imperfectos, defectuosos, cursis o inocentes, si no se rescata de ellos más que los fragmentos menos representativos, aquéllos alejados de la literatura de combate, en los que estos autores trataron en vano de despojarse de la pluma periodística y de ceñirse el frac de las festividades? Mientras se condenaba a la humedad y a la polilla de las bodegas hemerográficas lo realmente vigente de su obra, aquello que sí leyeron y aplaudieron sus contemporáneos, y a lo que realmente dedicaron su mejor talento, se recogía, casi con sarcasmo, alguna página, una novela o un soneto, que oliera lo menos a prosa periodística, y que casi no reflejara la realidad ni las ideas fundamentales de sus autores y de su tiempo, y sí en cambio ciertas atmósferas y conceptos “universales”, peinados y desmovilizados. La cultura mexicana se avergonzaba de sus fundadores autodidactas, entusiastas románticos con demasiado por hacer (constituciones, guerras internas e internacionales, tareas políticas y administrativas, campañas ideológicas y partidarias, magisterios diversos; y el exaltado abuso del periodismo, de la poesía y el teatro) como para presentarse bien planchados a los antologías de sus engomados descendientes; se volvieron ancestros rancheros de quienes no quiere acordarse el ciudadano pretencioso.²

Entrado en tres lustros nuestro siglo, buena parte de la literatura decimonónica mexicana es accesible gracias a esfuerzos como los de Rosen Jélomer, Tola de Habich o Nicole Giron (la compiladora de Altamirano) y no hay autor importante nuestro de aquella época que no cuente, en algún cubículo universitario, con especialista, altar y nómina. Toca juzgarlos, entonces, con la imparcialidad de la historia literaria bien documentada. Así ocurre con el Prieto de *Viajes de orden suprema* (1857), aquellas entregas con las que se inició como cronista y culmina, póstumo, con *Memorias de mis tiempos*. Todos estamos de acuerdo, antiguos y modernos, rústicos y engominados, humildes y pretenciosos, que lo suyo fue la crónica periodística. Ese género fue despreciado durante décadas

² *Ibid.*, pp. 6-7.

por su carácter *payo* (es Blanco quien se queja) y hoy es alabadísimo por la pretendida hibridez que la trastoca en ficción o ensayo; es en la crónica y no el teatro (donde él y Ramírez sufrieron fracasos cómicos) ni en la versificación (para no hablar de poesía) en la que incurrió de manera maníaca, verdaderamente patológica, donde Prieto destaca.

A la ingente cantidad de poesía firmada por Prieto (en el entendido de que se asumió como médium de la musa popular) le toca recibir la amnistía por obra de Pacheco, aclarándonos que mientras sus escauceos con la poesía culta se inscriben en el romanticismo, en *Musa callejera* (1883) y en el *Romancero nacional* (1885) intentó los retablos nacionales y la épica nacional. “Escribió poesía”, dice JEP, “con la misma habla que empleó Lizardi para sus novelas y presentó en toda su dignidad a personajes del pueblo que generalmente aparecían en la literatura sólo como motivos satíricos”.³

Mientras que en su *Antología de la poesía mexicana: 1810-1914* (1979) Pacheco seleccionó “Al mar”, una estampa romántico-popular más cercana al espíritu del grabador José Guadalupe Posada que al ejemplo tan amado de Lamartine, Gabriel Zaid, en su *Ómnibus de poesía mexicana* (1971), había preferido “Los cangrejos”, el popular himno contra los conservadores compuesto por Prieto e incluido en *Viajes de orden suprema*, que da comienzo así:

Casacas y sotanas
dominan donde quiera;
los sabios de montera
felices nos harán.
*Cangrejos al compás,
marchemos para atrás
¡Zis, zis y zas!
Marchemos para atrás.*⁴

³ José Emilio Pacheco, *Antología de la poesía mexicana: 1810-1914*, México, Promexa, 1979, p. 99.

⁴ Gabriel Zaid (compilador y prologuista), *Ómnibus de poesía mexicana*, México, Siglo XXI, 1972, p. 169.

Prieto mismo se justificó como poeta en el prólogo a su *Romancero*, publicado en el año de la muerte de Hugo, su inalcanzable modelo:

Conservé hasta en sus ápices la verdad histórica; adopté el romance como el más popular y acomodaticio a todos los tonos; y en cuanto al lenguaje, desviándome de lo inconveniente y rastroso, preferí lo que *mejor se entendiese*; sacrificando la metáfora seductora, a la alegría brillante y al apóstrofe conmovedor, al tono de plática y al relato sabroso, pero humilde, del calor del hogar.⁵

En la introducción a sus *Viajes de orden suprema*, Prieto, “Fidel” para sus miles de lectores, tampoco nos engaña. Se define como un animal político (“Cuando el lector sienta una de esas presiones de política, recuerde que es mi piecicito, el pie del que suele cojear Fidel”)⁶ y de inmediato advierte el rigor de esa “pedantería de la posteridad” de la cual en 1986 lo defenderá la crítica, advirtiéndolo, ya entonces:

Quejándose mucho las personas sesudas de que a los hombres que pudieran hacer algo en literatura los absorba la política; y no quisiera considerar ni a Pesado cultivando tabaco, ni a Carpio poniendo récipes en lugar de odas, ni a Lacunza sumido en el otrosí hasta la garganta, ni a Payno en batalla con presupuestos y los aranceles, ni a Ignacio Ramírez con la vara de la justicia en vez de la lira de Quevedo y la pluma de Voltaire en la mano, ni a Alcaraz en guerra con bonetes y sotanas en vez de ir pulsando el laúd de Tibulo; pero si se reflexiona en que la política encierra la solución de todos los problemas sociales; si se atiende a que ella en todo se infiltra, par-

⁵ Guillermo Prieto, *Cancionero*, 2ª ed. corregida y aumentada por Ysla Campbell, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1995, p. 33.

⁶ Guillermo Prieto, *Crónicas de viajes I, Viajes de orden suprema (1853-1855)*, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer y prólogo de Francisco López Cámara, en *Obras completas*, IV, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 61.

ticipa y contagia de todo y a todo, y que la literatura no sólo procura la subsistencia sino que perjudica los medios que la podían proporcionar, entonces se explica la deserción del Parnaso a la Cámara, del bufete de escritor a la mesa de oficina, y del campo de la inspiración independiente al taller periodístico que tantas inteligencias suele perder y defraudar a la gloria de la patria.⁷

Para Prieto, el escritor —y es más que probable que él se considerara ante todo y equivocadamente un poeta— no puede sino comprometerse políticamente, como se dijo en el siglo xx y como el xix lo avalaban a plenitud los ejemplos franceses de Chateaubriand y Lamartine, los españoles de Martínez de la Rosa y el duque de Rivas, sin olvidar a sus propios maestros mexicanos: desde el insurgente Quintana Roo hasta el doctor Mora en París, a poetas tan circunspectos como Carpio y Pesado, al gran Heredia o don Lucas Alamán. Con esos antecedentes, la parte más trepidante de *Viajes de orden suprema*, antes que Santa Anna arroje a Prieto hacia el letargo provinciano del que sacará provecho “científico” y costumbrista, es la introducción donde cuenta a ritmo veloz el último regreso del dictador, esta vez sin máscara alguna, a la escena nacional, pues como lo percibió Margo Glantz, virtud de Prieto fue advenir que “la sociedad mexicana era fundamentalmente una sociedad teatral”,⁸ poniendo en la política el ingenio dramático del que careció en las verdaderas y modestas tablas.

La crónica del retorno del presidentísimo comienza un 6 de enero de 1853, cuando “el señor Arista ya no era presidente” y un prestanombres de Santa Anna, Juan Bautista Ceballos, le allanó el camino para ocupar el Palacio Nacional una vez más vacío, codiciado por los santanistas que no eran exactamente los mismos que los conservadores, de la misma manera como batallaban entre sí liberales moderados y puros. El de Prieto, como lo será durante la

⁷ *Ibid.*, pp. 61-62.

⁸ Margo Glantz, “La novela popular mexicana”, en *Obras completas*, III. *Ensayos sobre literatura mexicana del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 29.

Revolución mexicana para el novelista Martín Luis Guzmán, el teatro es el teatro de la política y juzga gravemente a personajes como un tal padre michoacano Guevara, que como Mora, pese a ser “liberal exaltado por sentimiento y convicción, pero temeroso de la persecución, su vida era un disimulo constante, y aun en el apasionado afecto que se le supuso al general Santa Anna, a quien siempre fue consecuente, y quien solía tratarlo con grosero desprecio, había mucho de ese arrimo de conveniencia que los hombres en su posición buscan en el poder”.⁹

Tras hacer el elogio de cómo José María Lacunza (“chico de provecho y un hombre respetable a carta cabal”),¹⁰ el amigo de la Academia de Letrán, en su calidad de presidente del Senado trató inútilmente de oponerse al atropello santanista, Prieto va recorriendo la galería de héroes y villanos, como el tornadizo general Tornel, a quien ya conocemos como amigo de los escritores, hasta desembocar en la derrota liberal y concluir que “en nuestro México los anales de los movimientos políticos podían llevarse de un modo gracioso en las casas de empeño” que son un verdadero

!panteón de ilusiones! Ropajes cómplices, perspectivas burlescas de la sociedad que se llama del positivismo, guardarropía universal de los actores del gran teatro de la corte. Déposito de pieles en que los lobos aparecen como ovejas, y las ovejas como lobos, ¡estancia de la verdad y de las confidencias carnavalescas! Una casa de empeño es todo un tratado de filosofía, y en la parte política, un termómetro que puede llamarse infalible”.¹¹

En abril de 1853, con el calor, arreció la propaganda antiliberal con los principales periódicos ya rendidos al santanismo y quedó ungido Santa Anna como dictador. A partir del 16 de diciembre se hará llamar “su Alteza Serenísima”, ante lo cual en este jugoso pre-

⁹ Prieto, *Crónicas de viajes, 1, op. cit.*, p. 65.

¹⁰ *Ibid.*, p. 72.

¹¹ *Ibid.*, p. 77.

ludio de los *Viajes de orden suprema*, Prieto ofrece la primera de sus versificaciones, que a la manera de Garcilaso, pinta llorosos y conmovidos a los bucólicos íntimos del general ante la victoria, mientras “los liberales, incrédulos de suyo, y animalillos de poco escarmiento, no perdían del todo las esperanzas”, visibles en las filípicas que lanzaba Ponciano Arriaga en *El Monitor* contra el regreso del gran impostor.¹²

Hubo hombres probos como el licenciado don Joaquín Ruiz, quien en la hacienda de El Encero, su enfrentaron a Santa Anna poco antes de su última y verdadera dictadura (“no se engañe vuestra excelencia, viene por un motín de soldados en medio de la ruina del orden legal; su nombre ha sido un retraente para el desarrollo de una revolución”), quien ante semejante desacato, dice Prieto, “se retorció, avanzaba un paso” mientras Ruiz clamaba implacable, hombre inerme, “armado de su conciencia, fuerte en su razón, grande con la convicción de su derecho, imperando, sobresaliendo y perturbando los regocijos sacrílegos por la muerte de la libertad”, quienes no impidieron a Santa Anna postrarse días después en el Santuario de Guadalupe ante la virgen mientras el arzobispo de México, José Lázaro de la Garza y Ballesteros, lo bendecía como salvador de la patria mientras “en la capital todo era fiestas, repiques y regocijos; un cordón de coches, de caballos y de gente de a pie unió la capital con la ciudad de Hidalgo. Terminada la ceremonia comenzó a dispersarse la concurrencia, conviniendo en que su excelencia estaba más gordo, más cano y con la tez más renegrida”.¹³

El retratista lamenta que haya sido su querido Alamán, el autor de la *Historia de Méjico* pero también el administrador de los herederos de Cortés, quien le haya brindado respetabilidad a la nueva dictadura:

Mientras vivió el señor Alamán, su respetabilidad era una garantía; se desconfiaba de Santa Anna, se le despreciaba por ignorante, por

¹² *Ibid.*, pp. 86-89.

¹³ *Ibid.*, p. 95.

inmoral y por variable, que tales son las calificaciones de Alamán; pero no se le temía, porque Santa Anna era un pretexto, un aparato, a quien se le prodigaba lo que el poder tiene de fausto y de indecorosamente lucrativo, para que no sintiese la pérdida de lo que tenía de influyente y de fecundo para el clero y para los propietarios en grande que tiene la nación, y que personificaba en su expresión más sabia y astuta el señor Alamán. Pero muerto el campeón del partido retrógrado, borrado el retrato quedó la caricatura...¹⁴

Quedó Prieto retirado a su casa de Tacubaya,

sin hueso sano y con el espíritu caído al extremo [...] pasaba mis días como mueble arrumbado que sirvió en comedia de magia, cilindro con la cuerda rota, ave en muda, político en receso, sin el percance de una hacienda extraída del erario para llorar mis cuitas, ni fondos en Europa para alejarme de la patria ingrata, ni trato oculto, ni pariente rico, ni concurso que arreglar, ni albaceazgo que componer, ni viudita opulenta en cuyo poder consolarme.

Entonces fue “invitado” para “viajar entre soldados” rumbo al exilio interior en Cadereyta, acusado sencillamente de ser liberal y antiguo ministro de Hacienda del presidente Mariano Arista, a merced de la ley contra los conspiradores vigentes desde el 1 de agosto de 1853.

Si la mejor prosa de Prieto está en la introducción de *Viajes de orden suprema*, lo que viene después, la descripción del México de su exilio interior, a veces muy fatigosa no sólo por las interrupciones en verso sino por los informes técnicos de todo cuanto rodea al viajero, obedece a una obsesión: descubrir que el país es un mapa en gris al cual urge colorear, dar vida en cada uno de sus detalles, hacer, si se quiere, costumbrismo y oponer al despotismo si no el progreso y la libertad, al menos la diversidad y la esperanza. Sus semanas en Querétaro son, de esa manera, una reflexión sobre lo que fue el virreinato, que para Prieto continua a través de la gravosa farsa santanista, con

¹⁴ *Ibid.*, p. 468.

“el eclipse total de la ley de los derechos sociales, de este anacronismo inverosímil en que aparece dominadora la violencia, esclava la razón”, época en que “la delación y la crueldad son las puertas de marfil y de oro abiertas a las dignidades del Estado”, horror sosegado por la llegada de otros proscritos, a quienes reciben hospitalarios los queretanos, no todos afectos al partido liberal pero gente decente que conforta al perseguido, permitiéndole a Prieto no perder su sentido del humor, como cuando reconoce que aquellos varones viajando sin criados ni esposas “somos torpes y desbarajustados en materia doméstica; pero el casado que vive en repentina soltería, es un ser ridículo al extremo, es un fraile que se seculariza; de lejos se ve su desairado talle, se le conoce el disfraz, se delata en cualquier movimiento”.¹⁵

Por grande que sea la gratitud debida por Prieto a los queretanos y curiosa su naturaleza al descubrir una ciudad de polendas, no tarda en invadirlo *l'ennui*, echa de menos la Ciudad de México ante la tristeza queretana, sin ninguna animación que consuele a un capitalino:

Extrañaba cuanto no es decible aquel México con sus mil voces desde la salida del sol, aquel pregón de los infinitos vendedores que toman todos los tonos que producen y confunden a lo lejos tan variados ecos, aquel México cantante, por explicarme así, que despierta a sus hijos con el alegre toque del alba y cómo se despide de ellos con las campanadas majestuosas de la queda al dejarlos en reposo, en medio del silencio profundo de la noche. En las mañanas al salir el sol, se oye el “carbón siooo” agudísimo, el ronco acento de los que venden las manitas, los moscos para los pájaros, el de los vaqueros con sus jarros de espumosa leche.¹⁶

Se contiene mucho Prieto para no incurrir en “la alabanza de corte y el vituperio de aldea” y retoma el compromiso político que guía los *Viajes de orden suprema*, retratando la maldición de la guerra decimonónica (y de la crudelísima Revolución de 1910: mexi-

¹⁵ *Ibid.*, p. 136.

¹⁶ *Ibid.*, p. 139.

canos que tuvimos abuelas-niñas que la sufrieron nos llegaron a contar la inútil espera, a través de los años, de los adolescentes levantados por la tropa y desaparecidos en “la bola”) en su expresión más neta y desoladora, la leva,

ese saqueo de gente, esa declaración bárbara de buena presa y botín, del soldado, del hombre a su hermano, para asimilárselo por la corrupción y por el infortunio, esa amputación legalizada de la población para robustecer la mano que extorsiona, ese ocio elevado a profesión, esa crueldad que se llama virtud militar, ese contingente de orfandad y desamparo que se dice, ¡sacrílegos!, que toma la fuerza nacional... lo vi aparecer asolando como una epidemia, empobreciendo y secando las fuentes de trabajo, sembrando lágrimas, engendrando crímenes atroces y dejando desiertas las poblaciones”.¹⁷

El militante Prieto naturalmente no dice que la leva la practicaban lo mismo liberales que conservadores, aunque se cuida de atribuir esa maldición sólo a sus enemigos, concentrado en recoger testimonio de unas

violaciones que abren la puerta a mil y una infamias, de esta leva que como el Caín de Byron va por el camino de la sangre acompañado entre las tinieblas por Satanás; después, decimos, las plazas y caminos quedan desiertos; he visto en Cadereyta y Tequisquiapan huir a los hombres a los montes y mantenerse con tunas y nopales, o a morir de hambre por librarse del soldado... la carestía especula con el hambre sobre las necesidades más precisas, el temor a los embarcos paraliza todo vínculo; los talleres enmudecen, las industrias bastardas desmoralizan y dan una subsistencia penosa a las familias, y el robo, seguido del asesinato, ocupa a la justicia que brinda a los hombres que huyen de los cuarteles el descanso de las cárceles, el sueño del patíbulo como presentes de la autoridad bienhechora.¹⁸

¹⁷ *Ibid.*, pp. 144-145.

¹⁸ *Ibid.*, p. 145.

Viajes de orden suprema, o los desastres de la guerra civil. El siglo XIX se hace viejo y es muy distinto leer a Prieto ante el santanismo que a Bustamante haciendo de Morelos un Moisés, no porque una y otra guerra (ambas civiles) hayan sido distintas en crueldad, sino porque las ilusiones mesiánicas de la Independencia, los que las tuvieron, vieron convertirse todo aquello en guerra perpetua. No fueron lo mismo la guerra de Crimea o la franco-prusiana que las batallas napoleónicas, pues la población civil, a lo largo del relativamente pacífico siglo XIX, pasó de ser testigo en peligro a carnaza declarada y alguien como Prieto nos permite notarlo. No hay en él quebranto en la convicción liberal, sí, en cambio, abominación sincera de la guerra, certeza nueva entre cronistas y periodistas. Ello no le impide respirar (y hasta reconocer que la zona de Querétaro no fue de las más afectadas por los desórdenes bélicos) y de pronto recordar que

en una posada de no sé donde, regida por una de esas fantasmas europeas, que parecen no pertenecer a la raza de Adán, vivía y bebía uno de esos caballeritos de perspectiva elegante; asiento en el teatro, frisón para el paseo, y tarjetero de Carey afiligranado en el bolsillo. El empaque de este joven y sus relaciones de elevada jerarquía, hicieron que su patrona, degeneración blasfema de madame Staël, le fiase con prodigalidad, al punto de ser su crédito en el que consistía el apoyo de su casa.¹⁹

Aquella es la época de la tipología costumbrista, fuente de la imaginación del mexicano como carácter nacional y no en balde *Viajes de orden suprema* es obra contemporánea de *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1854-1855), obra colectiva en la que participa Ramírez pero no Prieto, aunque sus viajes pudieron haberla nutrido: le interesa lo mismo el currutaco provinciano que la india del mesón o el caballerango, al grado que el gran reproche contra el joven viajero y cronista es su incapacidad para distinguir lo esen-

¹⁹ *Ibid.*, p. 151.

cial de lo contingente: lo mismo escribe un párrafo estremecedor sobre la leva que se distrae cotorreando con un vecino hablantín, convirtiendo, durante trechos largos, su libro en cháchara provinciana tediosa e inútil.

Invitado a todas las casas donde se cante, se baile o se toque el piano, Prieto hace sus apuntes de estética musical, por ejemplo, dibujando a una señorita Frey, concertista en el teatro de Querétaro. Tras burlarse del Bretón pedestre, del Goya del baile, del Grandville que hace piruetas, hace profesión de fe romántica, él, capitano condecorado de Henri Vieuxtemps, y anima a los provincianos a superar el virtuosismo, pues

en materias de música tengo establecida cierta diferencia entre la ejecución y el pensamiento, a semejanza de lo que existe entre la retórica y la elocuencia; ejecutar con brevedad, con precisión, con soltura, tiene algo de material, es un ejercicio gimnástico en que la admiración es puramente corpórea. Pero verter un pensamiento, colorarlo, sensibilizarlo por decirlo así en el angélico idioma de la armonía, pensar en sonidos, sentir encarnado el sentimiento en la fugaz vibración de una nota musical, eso es el artista, es el bardo de los sonidos, es el Rafael, es el Byron de los sonidos. Líbreme Dios de esos artistas que se ponen al frente un papel como un leñador un tronco para trabajar por tareas.²⁰

Prieto se niega a creer que México sea un *pays sauvage* y en él renace el patriotismo criollo en su avatar liberal, amestizado. Todo en México (salvo Santa Anna, quizá) es redimible gracias al Progreso y éste será el desenlace de la guerra perpetua, su negación. Su viaje, el del desterrado por orden suprema, se convierte en un viaje a Oriente a lo Lamartine por ese confín de México que representa a todo el país, y es en tierras queretanas donde demuestra que a diferencia del sulfuroso Nigromante y como la mayoría enorme de los liberales es un hombre de fe, quien busca en las doctrinas novatoras

²⁰ *Ibid.*, p. 159.

encontrar reencarnado al “sentimiento cristiano” tan abundante en la arquitectura colonial y religiosa queretana:

Siempre he visto la erección de un templo con cierto sentimiento de ternura; esa materialización de la súplica, esas arcas de la alianza religiosa que legan las unas a las otras generaciones como el símbolo de la confraternidad cristiana; esos manantiales de creencia que deja cubiertos el hombre que muere, para que no se enturbie su onda, a la generación que le sucede; ese fondeadero que marca la seguridad de las almas en medio de los escollos del mundo; esa tienda abierta y hospitalaria para los espíritus que dejan los viajeros que emigran a las eternas regiones, a la posteridad que cruza el desierto de la vida, siempre los he visto con particular veneración; y cuando recuerdo que la codicia colonial convirtió el templo en punto militar, en red política, y que el espíritu tenebroso del partido servil lo ha profanado, hasta hacerlo bolsa de mercaderes y club de conspiradores hipócritas, no he podido contener mi indignación en vista del horrible sacrilegio.²¹

No falta, desde luego, la escena desagradable en una tertulia conservadora, donde Prieto se ve obligado a aclararle solemnemente a una señora que “entre los liberales hay hombres, muy religiosos, y que veneran la doctrina de Jesucristo”, aclaración que acota un cura intruso: Charlas de ilustrados —dijo el padre entrometiéndose en la conversación—, Jesucristo en los labios de esos malditos del Espíritu Santo”.²²

Pero la verdad es que un cementerio pueblerino como el de San Francisco expresa más religiosidad que la maqueta entera de Jerusalén manufacturada a escala por Carpio y Pesado: muy apocados quedan a su lado los dioscuros salmistas junto al “peregrino en su patria” que descubre, obligado por el destierro y en camino de la guerra civil, rincones nunca antes descritos por mexicano alguno.

²¹ *Ibid.*, p. 162.

²² *Ibid.*, p. 200.

Maldice, hijo de su tiempo, a Churriguera por su gongorismo corruptor del gusto y los caprichos arquitectónicos queretanos de San Felipe, San Antonio y Santa Rosa, lo convierten, en efecto, justo cuando más lejos está de proponérselo, en un Lamartine en el Oriente mexicano. Pinta y pinta patria, el buen Fidel, y cuando toma conciencia de su atrevimiento se contiene y anatemiza en clave nacionalista, burlándose, también, de los “lechuginos” ya graduados de abogados y de novios, disertando sobre Balzac o Eugène Sue:

¡Artistas! ¡Poetas! ¿Por qué mendigáis en extraños suelos la inspiración? He aquí sus fuentes, sus fuentes vírgenes, sus fuentes deliciosas; no queremos sentir como Lamartine, ni como Byron, comparaciones que muchas veces nos pondrán en ridículo; el poeta americano debe caracterizar esa poesía, esas bellezas de primer orden, ¡desdenadas de puro creerse vulgares!²³

Tocadas las cuestiones del arte y de la religión, Prieto enfrenta cara a cara lo innumerable, como sólo lo había hecho con insólita vehemencia El Nigromante en 1850, a los indios de carne hueso y no a los príncipes aztecas o tlaxcaltecas idealizados por Bustamante o en *Jicoténcal*. Apelando a los viejos que se topa en el camino, los “pergaminos más misteriosos”, “montoncitos de sal molida para eso de tradiciones y rarezas”, quienes son el “non plus ultra de los historiadores a la *vapeur*, como ahora se estilan”, Prieto se encontrará a solas, por primera vez y no en el bullicio mercantil de la Ciudad de México vivida como tianguis, con el indio, reducido a toda su miseria, a su condición prehistórica, al grado de que les dedicará tres capítulos “sociológicos” de *Viajes de orden suprema*:

Por toda retribución de trabajo tan penoso de más de doce horas al rayo del sol, sólo recibe el infeliz indio cada semana, medio o un almud de maíz y seis reales en dinero cuando todo pasa favorable para él; pero es común que en la tienda de la hacienda se le hagan

²³ *Ibid.*, p. 175.

préstamos en efectos, y por una frazada y otro artículo en que el dueño gana un ciento por ciento, le merman su jornal, y sólo recibe uno o dos reales semanarios. En el caso, muy frecuente también, en que el amo le haya adelantado catorce pesos para un casamiento o nueve para un entierro, o cosa semejante, el indio queda, rigurosamente hablando, vendido de generación en generación, porque si muere antes de extinguir la deuda contraída, sus hijos heredan el gravamen del padre, que unido al suyo propio casi nunca se redime. El indio sujeto de ese modo a una vida tan penosa, sin educación, sin más necesidades que las puramente animales, sin porvenir de ninguna clase, se ha convertido en un taimado, lleno de desconfianza, indolente, y hasta en un borracho, porque muchas veces el estado comatoso en que lo coloca un vaso de chiringuito o un jarro de pulque, es el único bienestar que ha experimentado en toda su vida.²⁴

Al nacer, el “indigenismo liberal” culpa a la Iglesia, la madrastra de los indios, de haberlos evangelizado superficialmente, atándolos no a la religión sino a la superstición: se fiaron a los espectros de sus antiguos dioses y poco o nada tomaron del verdadero cristianismo. Prieto los ve como una masonería nómada, judíos errantes que “al marchar una de estas caravanas para una expedición por lejana que sea, no necesitan hacer el menor preparativo de viaje, puesto que de pueblo en pueblo, de rancho en rancho, encuentran en el jacal de sus compañeros la más cordial acogida”, y expresa una censura cuyo eco no ha acabado de extinguirse:

La existencia de cuatro millones de hombres en la república que serán en sus días de rencor más temibles que los mismos salvajes, que en su vida ordinaria son objeto de la calculada explotación de la simonía clerical y de la codicia del blanco, que para los objetos todos de la comunidad forman constantemente crueles excepciones que los convierten en los más amenazadores y terribles, ¿no ha dicho nada jamás a nuestros gobiernos? ¿No, a nuestros políticos?

²⁴ *Ibid.*, p. 215.

¿No, a nuestros economistas educados con la lectura de los autores europeos en que se consideran tan vitales las cuestiones de la libertad mercantil, de trabajo y de salarios?²⁵

Empezará la polémica en “el partido de la libertad”, que para Prieto no será tal hasta que la democracia cancele esa “ironía sangrienta” encarnada en los indios, urgidos de que se les incluya, por primera vez, en el carácter sagrado y primordial del Evangelio. Ciertamente el indio, cuya revuelta salvaje teme Prieto, se parece más al irredento del norte que al sumiso y semicristianizado del altiplano. En 1859, El Nigromante se opondrá a la Ley Lerdo por pretender la destrucción de la comunidad indígena, objetivo compartido por el zapoteca Benito Juárez, en quien Ramírez sólo confió en las circunstancias más graves. Empezará, con Prieto como improbable mediador, la polémica entre si la integración del indio está en privarlo de la fuente seca de su atraso, la comunidad, o en preservar a ésta del mundanal ruido del dinero y de la pequeña propiedad, solución demagógica que acabó por tomar la ideología de la Revolución mexicana. En *Viajes de orden suprema* queda registrado el inicio de un debate interminable y fue el ciudadano Prieto el primero en sobrecojerse ante el “problema indio” que a todos les había sido indiferente. En esas estaba el grafómano Fidel cuando Santa Anna decidió apretar las tuercas del exilio interior, prohibiéndoles, gracias a la ley contra la conspiración, a los acusados de serle desafectos, con la circular del 10 de agosto de 1853, residir en las capitales de los estados. Prieto hubo de abandonar Querétaro rumbo a tierra adentro.

Acaso aquí sea pertinente citar uno de los romances con los que Prieto suele aderazar sus *Viajes de orden suprema*:

Cabizbajo caballero
a pagar culpas añejas,
sale Fidel, desdichado,
rumbo a Cadereyta.

²⁵ *Ibid.*, p. 218.

Era una fecha picuda
que sirve de escolta al treinta,
en los ardores de junio
y a la hora de dormir siesta.

¡Va...!, pero no dice cómo,
que tiene grano en la lengua,
y al buen callar Sancho
conforme a la ley de imprenta.

Va a mudar temperamento,
pues todo se le indigesta
en Tenoxtitlán la hermosa
como a Melchor en Morelia.

Va por vía de adelanto
de lo que pecar pudiera,
va... (el editor responsable
frunce las cejas).

Va a continuar sus estudios,
como otros, andando tierras,
a olvidar sus malas mañas,
y su luenga parentela.

Va... porque es día de cal
Y un calvo si está de vena,
en los momentos de apuro
todo se vuelve cabeza.

Vase Fidel, de trasplante:
ave de tiempo de secas
es horrendo anacronismo
cuando México se anega.²⁶

²⁶ *Ibid.*, pp. 231-232.

Y el romance fideliano se prolonga durante cuatro incitables páginas donde queda claro que tras las tediosas bondades de Querétaro, el verdadero exilio interior comienza en Cadereyta, previo paso por los simpáticos San Juan del Río y Tequisquiapan, donde Prieto levanta una verdadera monografía lugareña de aquellos bellos paisajes donde “unos cuantos ricos que viven de sus haciendas habitan el pueblo sin fecundarlo”.²⁷ Los exiliados ofrecen su “resistencia a no tornar en ramo de industria nuestra persecución” y no quieren abusar de la solidaridad de los lugareños, pese a sufrir ya en demasía, debido a la “misma regularidad de vida, la propia falta de incidentes penosos, la carencia de libros, me hicieron sentir por la primera vez la soledad del alma; esa monotonía sostenida por la idea fija de la familia ausente.”²⁸ No les queda sino entretenerse en su pequeño “círculo de Birján”, jugando a la baraja, bajo las puritanas normas que su probo liberalismo les impone (“que no pasase albur alguno de dos reales”),²⁹ acongojados por la noticia de la muerte del general Tornel, el 11 de septiembre de 1853, aquel vecino de Prieto en Tacubaya, quien junto con Alamán controlaba un poco al dictador. Todo ello ocurría mientras los desterrados estaban sometidos a la sequedad atroz de Cadereyta junto a la cual los parajes anteriormente visitados eran vergeles de ensueño.

Son los días en que Prieto redacta el himno liberal, “La marcha de los cangrejos”, entre los dos romances dedicados al sol quemante de Cadereyta, bajo el cual vuelve a acongojarse por el indio, cuya desnudez lo asa de día y lo hiela de noche. En el Mineral del Doctor, a siete u ocho leguas de Cadereyta, Prieto se entera de que los indios duermen como vampiros:

En la noche en sus jacales muchos de ellos forman una excavación en la tierra de la figura de un sepulcro y en ella queman algunas ramas y pencas de maguey: cuando se extingue el fuego se sepultan en

²⁷ *Ibid.*, p. 257.

²⁸ *Ibid.*, pp. 257-258.

²⁹ *Ibid.*, p. 297.

aquel horno imperfecto, que conserva su calor intensísimo y duermen cobijados con un pedazo de costal o con una capa de aquella tierra que se extrajo para formar el hoyo. Este modo de cocer gentes produce en su salud resultados horribles: se hinchan y la carne reventándose forma grietas que destilan sangre, o se llenan de pus presentando los individuos el aspecto más asqueroso y repugnante.³⁰

Entiéndase que el indigenismo, sí así puede llamársele, de Prieto es, esencialmente, un anticlericalismo y en Cadereyta le cuentan del alcohólico libertinaje de los indios, capaces de blasfemias y sacrilegios frente a la virgen de Guadalupe, culpando de ello no a las víctimas, a menudo intoxicadas también por la mariguana, sino a una Iglesia católica que los mantiene a base de “las bendiciones a mascadas, enaguas, etcétera, los responsos al frente de los santos y algunas veces el Santo Entierro, la tarifa para los repiques más o menos prolongados y los dobles más o menos solemnes”, simonías horrendas que excluyen al indio del verdadero cristianismo. La exhibición de su farsa provinciana o de lo pintoresca que es la fe de los campesinos, buscadores de oro gracias a la milagería, entretiene a Prieto en esta etapa final del exilio en Cadereyta, donde presume, además de haber propuesto en 1850 un remedio práctico del cólera distribuido a través de estampillas piadosas de las que compran los pobres indios, “la antigua raza proscrita” a redimir. El negro, se consuela Prieto, vive un poco mejor, pero el liberalismo, para decirlo con palabras nuestras y no suyas, no será un proyecto nacional ni remedio eficaz ante la dictadura santanista hasta que las razas nacionales no se fusionen mediante “la comunidad de intereses, por la transfusión de la colonización, por la sumisión de todos los poderes al civil, por la reivindicación del Evangelio, por el progreso, por la luz”.³¹

La noche del 19 de diciembre de 1853 se confirmó el rumor de que Santa Anna amnistiara a los segregados y así ocurrió, pues lle-

³⁰ *Ibid.*, p. 346.

³¹ *Ibid.*, p. 355.

gó un correo de las altas potestades, desde México, con la noticia de que con motivo de la instauración “de la distinguida y nacional orden de Guadalupe, se concede a los individuos que por causas políticas se hallen separados de sus hogares dentro de la República, la gracia de que vuelvan a ellos luego de que se les comuniqué este acto de clemencia del jefe supremo de la Nación”.³²

Tras descargar en éste, el primero de sus viajes obligados al Oriente mexicano, todos los romances que se le habían quedado en el magín y que según confiesa los componía de noche para combatir el insomnio, Prieto “voló” de regreso a la Ciudad de México: “Ya es bastante, señor cajista, ya es bastante, que paren los puntos suspensivos, los que ha puesto usted son suficientes para que se conozca a tiro de ballesta que aquí termina la primera parte de los *Viajes de orden suprema*. Hasta la vista”.³³

El regreso no supuso una “Vida nueva” como se titula la segunda parte de los *Viajes de orden suprema* que Cumplido hizo imprimir y publicar pese a saberla incompleta en 1857. Allí, Prieto se autorretrata

restituido a Tacubaya como han visto mis lectores, cátenme, como dicen las ancianas, a Periquito hecho fraile, y con todas las tentaciones del político derrotado; es decir, amor al campo, poesía pastoril en la que nadie cree y en la que en un santiamén se les representan al diputado y al palacio exclaustro, carneritos saltadores, pastorcillos de égloga y otras bellezas campestres, que como quien dice se le vienen de mano a boca. ¡Furor de celoso! ¡Propósito de tahúr! ¡Quietud de chico travieso recién vapuleado que se disipa con más facilidad que la memoria de un beneficio a un ingrato!”³⁴

Todo lo cual quiere decir que, Quijote en receso a la espera de su segunda salida, Prieto siguió conspirando contra el santanato aunque

³² *Ibid.*, p. 425.

³³ *Ibid.*, p. 458.

³⁴ *Ibid.*, p. 461.

la atmósfera fuera pestífera, aquélla que rodeaba al rebelde indultado. De un liberal entonces, alejado del “aparato militar” y de “la pompa de la corte”, se huía y quienes lo conocían, “me desconocían, como si mi saludo fuera una denuncia, y mi presencia una acusación” pues “soporizada se había dejado empujar la sociedad de la senda constitucional al despotismo, y había cedido con esa tranquilidad indiferente propia de la desesperación o la estupidez”.³⁵

Se radicaliza, si cabe, Prieto y se burla del “partido moderado repelido por todos, pero invocado por todos a la vez; en el momento del peligro es sucesivamente fuerza ascendente y paracaídas, aparece en la aurora y en el crepúsculo de los gobiernos, como aquellos celajes indecisos que toman los colores del sol cuando está en el oriente y al caer en su ocaso”.³⁶ Los *Viajes de orden suprema* se convierten, cabalmente, como lo dispuso el autor, en la continuación de *Memoorias de mis tiempos* que van de 1828 a 1853, y en ese sentido son la crónica sin fin de la corte de Santa Anna (donde Prieto reconoce caballerosamente los buenos oficios de la señora Dolores Tosta, segunda mujer del presidentísimo, por aliviar la mala suerte de algunos de los cautivos antisantanistas) vista por un desafecto eminente cuya sátira versificada era muy popular. Tan pronto puede huye Prieto de sus acreedores —el exiliado llega sin dinero del destierro y se encuentra a una familia famélica— y se enlaza en la siguiente aventura contra “la politicomanía” que afectaba también a los liberales, sobre todo a los inconstantes moderados. Mientras la nueva escapada se presenta, Prieto se entretiene en las mil y un anécdotas de su Bagdad del Anáhuac hasta que es nuevamente aprehendido el 18 de mayo de 1854, no sólo por sus reales o supuestas actividades conspirativas sino porque, al parecer, sólo hasta ese momento Santa Anna descubrió a Fidel entre los autores de los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, que al dictador le acababan de leer y libro donde se le trataba, aún, con cierta consideración. Lo que era destierro interior, se transforma en calabozo:

³⁵ *Ibid.*, p. 467.

³⁶ *Ibid.*, p. 473.

Así pasaban mis horas, sobrándome a mí mismo, sintiéndome vivir momento por momento, dejando caer mis pensamientos como lágrimas descuidadas sobre mi propio cerebro... horrible sufrir. A veces el instinto irracional de la fuga se apoderaba de mí, que es el sentimiento primero de aquel que no tiene más recurso que escaparse a la fuerza. ¡Con qué sentimiento tan particular se dirige uno a las paredes como para interrogarles sobre su fidelidad! Se le figura al preso ver caer en cada moldura una esperanza, en cada arruga de piedra una promesa; así se contrae conocimiento y relaciones casi afectuosas con la balastrada, la citarilla, la cornisa, la canal y todos los puntos salientes del edificio, y cuando la fría reflexión analítica nulifica todos estos recursos, cuando el desengaño pasa borrando todas estas ficciones de libertad, entonces el abatimiento es extremo e indescriptible. Estas torturas de criminal que rasgan el alma cuando asiste a uno la persuasión de su inocencia, son sin duda lo que ha hecho caer un anatema irrevocable y tremendo sobre las persecuciones por puras ideas y opiniones políticas.³⁷

La segunda parte de los *Viajes de orden suprema* valen, también, por su relato de la vida carcelaria, que no sólo anticipa a José Revueltas, también nos presenta con aquella “Talleyrand de las pizpiretas” que se las agencia para alimentar sabrosamente a su marido preso seduciendo, previamente, con las artes de la gastronomía, a los no muy bien alimentados carceleros que riñen entre sí por ser los primeros en servirse de su canasta. A Prieto, en esta ocasión, no le es dado fugarse al estilo de fray Servando y se contenta con narrar el espectáculo final del delirante Santa Anna a punto de caer para siempre, quien “se mandó construir un arco suntuoso del triunfo, recordando los tiempos heroicos del imperio francés y se fabricaba con entusiasmo a toda prisa en los varios talleres oficiales. Santa Anna, según se decía, venía incómodo con todo el mundo, por la falta de auxilios” en su regreso a la capital de una de sus últimas incursiones para reprimir a los nuevos insurrectos. “Tras de su eclip-

³⁷ *Ibid.*, p. 503.

se, parecía iracundo, y las sospechas de dónde descargaría su rayo eran otros tantos motivos de expresión o frialdad cortesana”, asegura Prieto, burlándose de la “agitación indescriptible” con la que

se iba sabiendo que Santa Anna había llegado a Chilpancingo, que Santa Anna visitaba el sepulcro del señor general Nicolás Bravo lleno de ternura. ¡Qué espectáculo! Dos prodigios: Napoleón y las pirámides, ¡César inclinado sobre las tumbas de sus mayores! ¡La memoria nacional recordaba el innoble resentimiento que presentó ridículo y cobarde al general Bravo, escondido en una zanja en la guerra americana! ¡Calumnia villana, alevosa afrenta, que convertían el duelo en irrisorio, y la visita en parodia! ¡Pobre don Antonio! ¡Pobre cómico, sin escuela, sin sentimiento, desviviéndose por imitar a Kent y a Talma!³⁸

Finalmente Prieto salió de la cárcel rumbo a su segundo destierro por orden suprema, víctima del “capricho ajeno” e indiferente al Palacio Nacional tan codiciado frente al cual pasó el literato liberal, hastiado de que aquello fuese vil repetición pues “no tenía para mí ni el mérito de la novedad aquella nueva y fatal posición” que lo mandaba hasta Oaxaca, aunque parece que de Tehuacán, Puebla, no pasó. Arriba a Ayotla, en el actual Estado de México, y el cronista que llegó a tener, dicen, una relación orgásmica con su pluma, está fatigado hasta de escribir:

El portalón de tejamanil y la tienda mestiza, con reatas, sombreros, leña y otros comestibles; el mesón, abreviatura del Arca de Noé, para contener hombres y animales de toda especie, el figón, congregación canina, con una pieza interior en que no faltan sus angostas mesas y manteles como paletas de pintor, en que hay bancas donde se puede examinar cualquier equilibrista para permanecer sentado, y en que aguas de colores de todo género suelen recibir los títulos de mole, estofado y otros de que nos instruye el vocabulario

³⁸ *Ibid.*, p. 522.

gastronómico. Ayotla es un tránsito, una fracción de población atacada en la arena con casuchas de adobe y un aspecto de escasez notoria. Las revoluciones han ilustrado su nombre, y la arriería le dio cierta opulencia en otro tiempo.³⁹

¿Más allá de la Ciudad de México todo es Ayotla? Así le parece a quien pasa de lado junto a la “*pirame*” de Cholula, como la nombra el oficial que lleva preso a Prieto, “el Granaditas de los indios, donde Cortés fue infinitamente más cruel e injustificable que lo que describe Alamán de los insurgentes”,⁴⁰ según apunta, rencoroso, el cronista por lo general sonriente ante la adversidad, sólo consignando lo que a Heredia y a Alamán mismo tanto les había impresionado. En Puebla se interrumpen abruptamente los *Viajes de orden suprema*.

Con esta obra desigual y chispeante, asimétrica y memorable, Prieto le daba a la literatura mexicana su primer gran libro de viajes (inéditas entonces las memorias del doctor Mier) y llegaba tan lejos como Lamartine en su viaje a Oriente. Mientras el francés, cargado de espiritualidad y de tradición hacía *tourisme* (los profesores resentidos del siglo xx le llamarán *orientalismo*), a la vez curioso y prudente, no ávido sino circunspecto ante la grandeza predecible de encontrar antes y después de las ruinas de Palmira, el grafómano Prieto descubre, sin saberlo nombrar con toda claridad, el Oriente, en su doble sentido (destino y exotismo) de su propia nación, sin alejarse demasiado del serrallo político del califa Santa Anna, ese chiste pavoroso, a sólo unos cientos de kilómetros. Nunca tuvo Prieto la distancia para comprender que los devaneos ideológicos de Santa Anna, desde su pretensión de haber iniciado la rebelión por la república federal en 1823 hasta el envío de Gutiérrez Estrada a Europa en la búsqueda de una testa coronada para México en las postrimerías de su dictadura, del federalismo al monarquismo, fueron en la teratológica dimensión de

³⁹ *Ibid.*, p. 535.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 549.

aquel caballero que fascinó a Madame Fanny Calderón de la Barca, los de su generación (la de Santa Anna, no la de Prieto), cansada de intentarlo todo y fracasar siempre. El doctor Mora, desde París, le había reprochado todo a Santa Anna, incluyedo su desidia por el poder: tan pronto podía abandonaba el palacio presidencial en el altiplano anahuacense para aliviar su melancolía en su hacienda subtropical de El Encero. Un observador distante, mal informado o agudo por la falta de prejuicios, dijo en 1854 que “los españoles no habían producido un talento comparable al de Santa Anna”. Ese testigo se llamaba Karl Marx y así lo escribió a Engels, un 2 de diciembre, en Londres.⁴¹

Curiosamente, el último lance de Santa Anna como Alteza Serenísima fue literario. En enero de 1855 llegó a México el entonces celeberrimo escritor español José Zorrilla, autor del *Don Juan Tenorio* (1844), quien fue recibido en gloria y majestad. “La vanidad de Santa Anna”, resume Fowler, “no soportó que la élite mexicana otorgase a un poeta, ni siquiera un soldado, y español además, un trato tan privilegiado”. Santa Anna, que según Prieto sólo había leído un libro en su vida (cierta *Cassandra*, de autor no identificado, si es que no es una broma fideliana).⁴² La censura del dictador le atribuyó a Zorrilla unos versos subversivos aparecidos en *El Siglo XIX* y lo mandó investigar obligando al poeta peninsular a presentarse en Palacio Nacional a dar explicaciones que al modoso autócrata le resultaron satisfactorias pues, de vanidad a vanidad, el poeta se dijo incapaz de pergeñar versos tan mal rimados como los que se le atribuían. No era la primera vez que el nombre del recién llegado Zorrilla fue utilizado por satíricos anónimos antisantanistas. El incidente muestra, según Fowler, el estado terminal al cual había llegado, al fin, el interminable santanismo. Zorrilla, ciertamente liberal, se alegró cuando partió Santa Anna al exilio, pues entonces pudo reunirse los domingos con sus buenos amigos, ahora encum-

⁴¹ Will Fowler, *Santa Anna*, traducción de Ricardo Martín Rubio Ruiz, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2010, p. 387.

⁴² *Ibid.*, p. 389.

brados, Prieto y Payno, este último ocupado en esas fechas en redactar un estatuto que le prohibiese votar a los curas.⁴³

Regreso a Prieto. Hace costumbrismo en la búsqueda de su Oriente y sociología: descubre a los indios, habla de interpretación musical, se burla tiernamente de los provincianos y les agradece de corazón su hospitalidad, demuestra que ser liberal no es ser anticristiano, se descubre ante las iglesias del virreinato, recoge muestras humanas, animales, vegetales y minerales de la nacionalidad que le serán indispensables para sus nuevos viajes, los de la madurez, innumerables en la búsqueda del Oriente mexicano, enfrentando a otros enemigos en aquellas batallas sin fin de los liberales contra propios y ajenos, batallas que al final, como lo mandaba la razón del Progreso, tan calumniada, resultaron victoriosas. Prieto, insisto, no necesita de una maqueta de Jerusalén pues es el primero en cruzar el espejo y hacer de la nación entera —que recorrió de cabo a rabo, como no lo hicieron ni fray Servando ni Bustamante ni Fernández de Lizardi— una religiosidad laica o si se quiere, como dice Vicente Quirarte, un oficio. Su estilo es prosa, el primero verdaderamente idiosincrático, capaz de transmitirse de generación en generación. Mientras que su inevitable precursor, El Pensador Mexicano, necesita de la lente de aumento, de la exageración retórica y de la falacia patética del sobreviviente y del fundador, inventor como es de un lenguaje que se asume, por primera vez en la historia, *mexicano*, Fidel se sirve, al contrario, de la simplicidad, del trazo llano, del detallismo compulsivo inclusive, porque para él, llegará el día en que el rompecabezas se arme y México relucirá, bien hecho. A fines de los años setenta, peleando por el poder en la República Restaurada, escapará a los Estados Unidos y escribirá otra obra capital del género de viajes. Pero esto apenas empieza. Falta conocer a El Nigromante, su hermano del alma, ese otro yo suyo que los convierte a ambos en los padres fundadores que emergen de la guerra perpetua.

⁴³ José Zorrilla, *Memorias del tiempo mexicano*, edición, notas y prólogo de Pablo Mora y Silvio Salgado, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998, pp. 55-56, 61-62, 66-71, 79, 82, 86 y 100; Luis González y González, *La ronda de las generaciones*, en *Obras completas*, iv, México, Clío, 1997, p. 25.

2. ARTE, CIENCIA Y ESCÁNDALO DE LA NECROMANCIA

Fue el más original, el singularísimo, aquel que aún no ha sido del todo descifrado, Ignacio Ramírez, El Nigromante, nacido el 23 de junio de 1818 en San Miguel el Grande, hoy San Miguel Allende, en Guanajuato. Sus padres no eran como se pretendió legendariamente indios puros, y su biógrafo Altamirano desmintió, sino mestizos bien acomodados, con sangre tarasca (la de Lino Ramírez, su padre, que hubo de ser vicegobernador, federalista y liberal, del estado, en 1824) y sangre azteca, la de doña Sinforosa, su madre, originaria de Tlacotalpan. Pero para Ramírez, “ser indio” implicaba una superioridad metafísica, siendo para él, todavía, la mexicanidad un proyecto, el fin de una orfandad, como le respondió a quien creía vituperarlo por ser indio:

En *indio* ser mi vanidad se funda,
Porque el indio socorre en su miseria
A los vasallos de Isabel Segunda.⁴⁴

Su radicalismo, esculpido con aquella profesión de fe atea (sí, profesión de fe) al leer en 1837 su composición con el propósito de ingresar a la Academia de Letrán y afirmar “No hay Dios: los seres de la naturaleza se sostienen por sí mismos”, lo hacen no sólo único entre los liberales mexicanos sino una ave rarísima en el continente y también en la Europa decimonónica donde, como sostiene Philippe Muray en *Le XIX^e siècle à travers les âges* (1984), tras la decretada muerte de Dios, el afán de los intelectuales fue reemplazarlo por una moneda de dos caras: el socialismo científico y el ocultismo segregado por la razón. Que Ramírez haya elegido el nombre de pluma (y de guerra) de El Nigromante le habría pare-

⁴⁴ Hilarión Frías y Soto, *Ignacio Ramírez (El Nigromante)*, en *Obras completas*, VIII. *Páginas sobre Ignacio Ramírez*, investigación, compilación y selección de David R. Maciel y Boris Rosen Jélomer, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989, p. 70.

cido muy lógico al precozmente fallecido crítico francés, pues para él, el siglo XIX fue la centuria necromántica por excelencia hasta incurrir en el empalago y en el ridículo: recuérdense las mesas parlantes del Hugo exiliado en la isla de Jersey donde aparecían a opinar doctamente sobre la actualidad, entre otras celebridades, Jesucristo, Racine, Shakespeare, Lutero o Galileo, o el lamento aquel de Michelet —inspiración pudorosamente ocultada de las frases más célebres de Benito Juárez— de que él cargaba con la Revolución francesa, ese *pasado*, como si fueran las cenizas de su padre o de su hijo.⁴⁵

Desde 1845, cuando hacía con Prieto un periódico satírico “preñado de sal ática” (lo dirá Frías y Soto), *Don Simplicio*, adopta Ramírez un “seudónimo de resabios oscurantistas”, según Liliana Weinberg. Decía Monsiváis que lo de Nigromante más que ser una provocación describe “adecuadamente el pavor, el ánimo supersticioso, la mezcla de ira y temor con que Ramírez es contemplado por la sociedad (la Única Sociedad) de su época”.⁴⁶ Al *Don Simplicio*, en opinión de Jesús Reyes Heróles en *El liberalismo mexicano*, “la idea agraria y la cuestión social”⁴⁷ ponen sobre la mesa mexicana su tarjeta de presentación, siguieron muchos otros periódicos militantes que tuvieron a El Nigromante como pluma de referencia: *El Deucalión* y *El Porvenir* en Toluca (donde lamentó el resguardo bonapartista del papa en Roma y las desgracias garibaldinas en 1862), *El Pacífico* en Mazatlán y *El Siglo XIX*, capitalino.

⁴⁵ Philippe Muray, *Le XIX^e siècle à travers les âges*, París, Denoël, 1999, pp. 566-569.

⁴⁶ Liliana Weinberg, estudio preliminar a Ignacio Ramírez, *La palabra de la Reforma en la República de las Letras. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación para las Letras Mexicanas–Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, p. 15; Carlos Monsiváis, *Las herencias ocultas del pensamiento liberal del siglo XIX*, prólogo de Elba Esther Gordillo, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 2000, p. 161.

⁴⁷ Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, III. *La integración de las ideas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 655-663.

Si Nigromante es aquel que adivina el futuro evocando a los muertos, no creo que la elección seudónima de Ramírez haya sido un mero truco para asustar a las buenas conciencias conservadoras (y a no pocas entre su propio partido) ni un reflejo de lo que éstas pensarían, escandalizadas, de él. Creo, con Muray, que hay una clave esotérica en el progresismo decimonónico que, en México, El Nigromante fue el único en adivinar y que Monsiváis, a pesar de proponerse estudiar “las herencias ocultas” de nuestro liberalismo, superficialmente, ignoró. Algo hay de juego, sin duda, en quien se presenta como

Y un oscuro Nigromante
que hará por artes del diablo
que coman en un establo
Sancho, Rucio y Rocinante.⁴⁸

Y más aún si lo hace salvaguardado, como dice bien Weinberg, en el *Quijote*, la única contribución universal de la pérfida madre patria aceptada como tal por los desamparados liberales hispano-americanos. También Cervantes era, para Ramírez, una fuente autorizada de vaporosa heterodoxia. Sus dialógos en *Don Simplicio* incluyen las cartas que el propio diablo le escribe a El Nigromante en donde aquél se presenta como “Don Satán (de la aristocracia del mérito y del talento)”. Aludiendo a la costumbre ordenada por la Iglesia católica de mandar cerrar los teatros durante la cuaresma, el diablo le recuerda en marzo de 1846 a su “palomito mío” que “me crees mustio y taciturno, como satélite de gobierno caído, gimiendo con los sollozos del arrepentimiento y con las zurribandas de los fieles. Crees que cerrado el teatro, quede sin hogar, con las fuentes de mis seducciones inútil. ¡Cuánto te equivocas! El teatro, es cierto, que es recurso permanente para mí, pero mezquino”.⁴⁹

⁴⁸ Weinberg, *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, pp. 15-16.

⁴⁹ Ramírez, “Cartas del diablo a El Nigromante”, en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, pp. 117-118.

Necromancia es, sin duda, “arte del desengaño” que permite ver el revés de las cosas, en la tradición heterodoxa hispánica de Cervantes, Vélez de Guevara, Quevedo o Torres de Villarroel, como apunta Weinberg. Invocar a los muertos es peligroso y El Nigromante no lo hizo sólo por escepticismo. No es difícil identificar en la estampa cuaresmeña de un diablo temporalmente desempleado el culto, tan romántico, a lo demoníaco como principio de la crítica, el ángel caído batiéndose contra las conservadoras y retrógradas potestades de la tierra, siempre en el nivel jocoserio que podía permitirse *Don Simplicio*, pues la proclamación de ateísmo, que le dio fama pública de personaje de Dante retornado de los infiernos, fue privada, entre los letranistas. Ramírez se sirve también del diabolismo decimonónico en sus orígenes byronianos para ir más lejos que otros liberales románticos. El Nigromante le escribe, también, cartas en verso al diablo (“Dueño mío”) acentuando ese espíritu de negación:

Y el hombre no vive en guerra,
ni enamora a sus comadres
ni a su tía.
Amigo, tu protección
y amistad me la asegura el infierno.

En ese sentido irónico, Hidalgo, culpable de crímenes denunciados por los Alamán y los Mora durante la Independencia, trajo consigo esa revuelta demoníaca, juguetea El Nigromante en febrero de 1846:

El patíbulo de Hidalgo
no fue, no, de patriotismo
testimonio:
fue de que temía un algo,
maguer su jacobinismo,
al demonio.
Por él a nadie asesino,

y de todo masajedero
 muy bien hablo.
 Así es que, sin desatino
 que la virtud es infierno,
 tu hija o diablo.
 O muy necio, Lucifer,
 o bien del género humano
 sois amigo.⁵⁰

Y al buscar otra clase agujas en su pajar, al contrario de lo que suele ocurrir con otros grafómanos de su tiempo, corremos el riesgo de lastimarnos las manos, pues encontramos en *El Nigromante* no sólo al más cultivado de su siglo en México, sino el primero de nuestros intelectuales en hallar la abstracción en el pensamiento filosófico y traducirla en anatomía del lenguaje, iniciando, aquí, la teoría literaria. Su necromancia toma entonces un carácter más serio. Muy pocos lo entendieron —entre ellos Pimentel, no en balde el primer historiador literario del país— pero sigue sin apreciarse la singularidad de sus empeños, embalsamado con pericia egipcia el héroe patrio.

Desde que su discípulo y heredero —de él y de Prieto— Ignacio Manuel Altamirano lo lloró en su oración fúnebre, en el panteón, el 18 de julio de 1879, el reproche fue que *El Nigromante*, uno de los pocos entre “los corbatas rojas” de Letrán cuya vida y salud le alcanzó para encontrar acomodo en el Porfiriato de los primeros años, no dejaba un libro decisivo y que ni siquiera, por modestia, había reunido sus *Obras*, aparecidas por vez primera, incompletas, en 1889. Ello es natural porque la búsqueda de *El Nigromante* fue fragmentaria y dispersa, pero no por falta de tiempo, pues quien se interne en las bibliotecas escritas por él, por Prieto o Altamirano comprobará que la guerra perpetua abunda en tiempos muertos —exilios interiores y en el extranjero, prisiones, viajes sin fin, esperas ociosas de la hora de entrar en batalla— en los cuales sólo es posible escri-

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 326-327.

bir, ya que escribir artículos de toda clase para la prensa es la primera obligación del liberal. Sólo un conservador como Alamán podía darse el lujo, bien pagado como administrador de los bienes de Cortés, de desairar a los presidentes que le calentaban la silla a Santa Anna y culminar una *Historia de Méjico* en un lustro, trabajo que al hiperactivo Bustamante, dado al aire de su cambiante suerte parlamentaria, le demoró décadas, con un resultado aún no del todo legible. El artículo, a veces muy largo como era frecuente en Ramírez, era el arma, el medio y el fin. Algunas obras sistemáticas, como las de Justo Sierra, sólo llegaron con la paz porfiriana, asimilado lo que significaba un Spencer, un Comte, un Renan, un Darwin...

No fue El Nigromante un pensador sistemático, por fortuna, porque sus atisbos, dispuestos a la manera organicista del positivismo, hubieran sido un tormento similar al intentado un siglo después por Vasconcelos, quien odiaba a El Nigromante al grado de no querer la vecindad de su herética sepultura en la Rotonda de los Hombres Ilustres y que, Dios mío, tanto se le parece, no sólo como educador (Vasconcelos tomó un curso en el Instituto Literario de Toluca, donde quedó curado de espanto del anticlericalismo oficial del Porfiriato) sino como “sintetizadores de nacionalidad”. La raza cósmica vasconceliana la prefigura El Nigromante al proclamar que “¡Los hijos de Moctezuma y de Cortés se transforman en una raza superior al seguir las huellas de Hidalgo!”⁵¹ Y una *Todología* de El Nigromante hubiera sido tan enfadosa como la de su póstumo enemigo católico y reconvertido a la Gracia. El XIX y buena parte del XX no toleraban mucha filosofía tratadística sin academia y mucho menos en nuestra lengua, cuya filosofía es de otro calado, como nos enseñó, para bien o para mal, Ortega y Gasset. Pese a todo, la escuela positivista mexicana, con un Porfirio Parra al frente, lo tenía por su piedra de fundación.

El olvidado filósofo Antonio Caso fue de los pocos en lamentar, muy solemne y en 1955, la obsolescencia en la cual cayó El Nigromante a su muerte:

⁵¹ Ramírez, “La historia” (1873), en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, p. 221.

Han pasado muchos años desde la muerte del Nigromante. El positivismo, sin ideales políticos definidos, honró insuficientemente su memoria; la Revolución tampoco lo ha sabido honrar dignamente. La República insigne alienta, no obstante, en sus claros símbolos, y así vencerá el olvido de sus contemporáneos. Su metafísica jacobina fue, en todo momento que la propugnó, el rumbo que marcaba la salvación de las instituciones. Tuvo eficacia y osadía, constancia y amor. Fue grande; uno de los mexicanos más grandes y puros y cuando el historiador de las ideas busque al “hombre representativo” de aquella época gloriosa, a su ideólogo clásico, escribirá su nombre.⁵²

Su educación fue, sin duda, excepcional y por ello su “hermano” Guillermo Prieto al hablar de él casi se santiguaba: “Yo, para hablar de Ramírez, necesito purificar mis labios, sacudir de mi sandalia el polvo de la musa callejera, y levantar mi espíritu a las alturas en que conservan vivos los splendores de Dios, los astros y los genios”.⁵³

Siguiendo a Altamirano, “sumiso discípulo” de El Nigromante y su biógrafo canónico, sabemos que para Ramírez ser hijo de un liberal de la camada de 1833, la de Gómez Farías, equivalente al momento de las Tres Gloriosas francesas cuando subió al trono Luis Felipe, fue una ventaja con la que no contó el pobre Prieto ni Altamirano, él sí indio puro de origen. Enfrentados ya desde entonces por Santa Anna los liberales queretanos, los Ramírez hubieron de huir hacia la Ciudad de México donde en 1835 el futuro Nigromante ingresó al Colegio de San Gregorio dirigido por el pedagogo liberal Juan Rodríguez Puebla, siguiendo los entonces llamados “cursos de arte” previos al estudio de la jurisprudencia. Leyó y leyó durante ocho años consecutivos y es tópica la imagen de Altamirano dibujando a su maestro como aquel que “habiendo entrado en

⁵² Antonio Caso, *El problema de México y la ideología nacional*, México, Libro-Mex, 1955, p. 38.

⁵³ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, en *Obras completas*, I, prólogo de Fernando Curiel, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, p. 161.

estas bibliotecas erguido y esbelto, salió de ellas encorvado y enfermo; pero erudito y sabio, eminentemente sabio”.⁵⁴

Es notorio que Altamirano no exagera y Ramírez, francmasón del antiescocés Rito Nacional Mexicano que ni simbólicamente nombraba en sus tenidas a divinidad alguna, leyó al ritmo de los enciclopedistas. Dieciochesco, concebía a la filosofía, literatura y ciencia como una totalidad que explicaba mecánicamente al mundo, los horizontes de su curiosidad eran inmensos y en ello sobresale de nuevo lo romántico-liberal (y en el fondo, lo necromántico): su sabiduría tenía un destino mesiánico, progresista, redentor. Por ello, a diferencia de otros decimonónicos no se dedicó a la erudición sino a la política, que sus herederos positivistas concebirán como científica, pues habiendo anunciado el positivismo este primer gran aficionado al ajedrez (afición de poetas y de matemáticos) que tuvo México, Ramírez, en pureza, no lo fue, dado más a la curiosidad que a la explicación total del universo, aunque él en 1871 llegase a definirse como tal, presumiendo un temperamento más que un sistema: “Yo soy positivista: todo hombre que no es infalible, absoluto, ni intolerante, debe ser positivista; es decir, debe buscar la realidad de las cosas”.⁵⁵

Un sistema puede conducir a la guerra perpetua pero no puede levantarse un sistema en las barricadas: por ello, los grandes sistemáticos del xix —Hegel, Comte, Marx— gozaron, pese a sus aventuras juveniles, de la paz de la academia, la asiduidad de la secta, el silencio de la gran biblioteca, de la familia burguesa. Para ser marxista se necesita de progenitores hegelianos y un maestro liberal como Ramírez no habría cabido, de vivir algunos años más, en el positivismo científico de los jóvenes porfirianos. “Hombre representativo”, como lo llamó Caso, en el fondo, a los muertos que Ramírez escuchaba eran los héroes a la Carlyle, y hacer de él un profeta sistemático equivaldría a encerrar a Emerson en la cárcel piadosa del pragmatismo, como se ha intentado.

⁵⁴ Ignacio Manuel Altamirano, “Biografía de Ignacio Ramírez”, prólogo a Ramírez, *Obras completas* (1889), 1, México, Editora Nacional, 1952, p. xi.

⁵⁵ Ramírez, “La verdad y el lenguaje” (1871), en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, p. 133.

Regresemos en el tiempo al famoso debut, como lo llamó Prieto, de Ramírez en Letrán en 1837. Pese a que muchos lectores lo conocen, lo repito cumpliendo con una feliz obligación. Es una de las páginas más hermosas de la literatura mexicana y es una de las pocas que retratan un momento excepcional, un verdadero salto civilizatorio, como dirá Monsiváis. Escribió Prieto:

Una tarde de Academia, después de oscurecer, percibimos, al reflejo verdoso que comunicaba a la luz el velador de una bujía que nos alumbraba, en el hueco de una puerta un bulto inmóvil y silencioso, que parecía como que esperaba una voz para penetrar en nuestro recinto.

Lo vio el señor Quintana, y dijo:

—¡Adelante!

Entonces avanzó el bulto, y con una claridad muy indecisa vimos acercarse tímido a la mesa del presidente, un personaje envuelto en un capotón o barragán desgarrado, con un bosque de cabellos erizos y copados por remate.

—¿Qué mandaba usted?

—Deseo leer una composición para que ustedes decidan si puedo pertenecer a esta Academia.

—Síntese usted.

Sentóse Ramírez junto al señor Quintana, y entonces, dándole la luz en el semblante, le pudimos examinar con detención.

Representaba el aparecido dieciocho o veinte años. Su tez era oscura, pero con el oscuro de la sombra; sus ojos negros parecían envueltos en una luz amarilla tristísima; parpadeaba seguido y de un modo nervioso; nariz afilada, boca sarcástica. Pero sobre aquella fisonomía imperaba la frente con rara grandeza y majestad, y como iluminada por algo extraordinario.

El vestido era un proceso de abandono y descuido; abundaba en rasgones y chirlos, en huelgas y descarríos.

En el auditorio reinaba un silencio profundo.

Ramírez sacó del bolsillo del costado, un puñado de papeles de todos tamaños y colores; algunos, impresos por un lado, otros en

tiras como recortes de molde de vestido, y avisos de toros o de teatro. Arregló aquella baraja, y leyó con voz segura e insolente el título, que decía: “No hay Dios”.

El estallido inesperado de una bomba, la aparición de un monstruo, el derrumbe estrepitoso del techo, no hubieran producido mayor conmoción.

Se levantó un clamor rabioso que se disolvió en altercados y disputas.

Ramírez veía todo aquello con despreciativa inmovilidad.

El señor Iturralde, rector del Colegio, dijo:

—Yo no puedo permitir que aquí se lea eso; éste es un establecimiento de educación.

Y el señor Tornel, ministro:

—Éste es un cuarto en el que todos somos mayores de edad.

—Que se ponga a votación si se lee o no— dijo Munguía.

—Yo no presido donde hay mordaza —dijo Quintana, levantándose de su asiento.

Iturralde:

—No se hará aquí esa lectura.

—Se hará aquí o en la Universidad.

—O en mi casa— dijo don Fernando Agreda, que asistía como aficionado.

Cardoso:

—Señor doctor: no le ha de costar a Dios la silla presidencial esa lectura...

—Eso será un viborero de blasfemias.

—¡Triste reunión de literatos —exclamó el padre Guevara—, la que se convierte en reunión de aduaneros, que declaran contrabando el pensamiento; y triste Dios y triste religión, los que tiemblan delante de ese montón de papeles, bien o mal escritos!

—Que hable Ramírez.

—Que sí... que no... ¡que hable, que hable!

Se hizo el silencio, y después de un exordio arrebatador, y como calculada divagación, pasó en revista el autor a los conocimientos humanos; pero revestidos de tal seducción, pero radiantes de tal

novedad, pero engalanados con lenguaje tan lógico, tan levantado, tan realzado con vivo colorido, que marchábamos de sorpresa en sorpresa, como si estuviéramos haciendo una excursión al infinito por senderos sembrados de soles.⁵⁶

Una versión publicada antes pero probablemente escrita después que el recuerdo de Prieto, es la de Hilarión Frías y Soto (1831-1905), él sí el primer biógrafo de El Nigromante aunque en 1837 era un niño, le da en *El Anuario Universal para México de 1884* a aquel aquelarre un cariz cardenalicio poco creíble pero que ilustra bien cómo empezó la momificación de la desorganizada y a su manera lúgubre Academia de Letrán:

Los sabios y literatos de la Academia, educados unos en la escuela peripatética que fue lo más avanzado en filosofía que pudo importar España a la colonia, nutridos otros con la dialéctica católica, e inficionados algunos con el enciclopedismo del siglo XVIII, que con cortas dosis y como un contrabando había pasado a la América Latina, salvando la aduana de la conciencia que se llamó el *index*, al escuchar aquella audaz enunciación sintieron el terror del presentimiento de que había llegado para México la hora de la crisis social, cuya primera trepidación sacudía el templo y el altar que adoraba un pueblo entero.⁵⁷

Aclarando que sí había menores de edad en aquella sala (nada menos que Prieto y Ramírez) y que ninguno de los lettranistas se volvió ateo, pues ya decía González y González que “eran comecuras, que no irreligiosos” y “aspiraban a un catolicismo... sin aquella clericalia como la nuestra, negligente en la administración de los bienes del cielo por demasiado apego a los bienes de la tierra”.⁵⁸ Y después del discurso de El Nigromante —no se conserva el documento—

⁵⁶ Prieto, *Memorias de mis tiempos*, I, *op. cit.*, pp. 161-162.

⁵⁷ Hilarión Frías y Soto, *Ignacio Ramírez (El Nigromante)*, en Ignacio Ramírez, *Obras completas*, VIII, *op. cit.*, p. 71.

⁵⁸ González y González, *La ronda de las generaciones*, *op. cit.*, p. 22.

sorprende mucho que aquella noche la Academia no se convirtiera en un coliseo y el herético alborotador fuese no sólo admitido y felicitado por los liberales católicos, sino que también lo habrán hecho quienes en principio se habían negado a escucharlo, como el futuro arzobispo Munguía quien moriría en el exilio por haberse opuesto al liberalismo del emperador Maximiliano, o los dioscuros Pesado y Carpio, que habrán respingado mientras escuchaban a Ramírez. Tanto más asombroso que los arrestos de Ramírez de declararse ateo, es que el principio de tolerancia se impusiera en esa asamblea de notables mexicanos quienes, antes y después, fueron enemigos encarnizados en la guerra perpetua. (Principio de tolerancia que no existió para el pintor comunista Diego Rivera, quien en 1947 grabó la frase necromántica en su mural *Sueño de una tarde dominical en La Alameda* y hubo de ocultarse la obra durante nueve años debido a la furia clerical, hasta que el autor accedió a sustituir el dicho con una alusión que a la vez es una cita: “Academia de Letrán 1836.”) Finalmente, la duda: como mucho de lo que proviene de las *Memorias de mis tiempos*, el episodio del “No hay Dios” carece de otra prueba documental que no sea su naturaleza de recuerdo de Prieto, quien amaba sin asomo de crítica a El Nigromante. Pero la leyenda queda respaldada, con verdadero encanto, por su vida y por sus escritos.

Tras la recordada sesión en la Academia de Letrán, para utilizar la famosa frase de Novo, termina “la vida” de Ramírez y empieza “la biografía” de El Nigromante con la afirmación asombrada de Altamirano, para quien su ídolo era un lucreciano:

¡Un ateo! Hoy mismo, en el último decenio casi del siglo XIX, en una sociedad más adelantada, en la que se han proclamado como dogmas la libertad de pensamiento y la libertad de conciencia, y en la que se enseñan públicamente las doctrinas más avanzadas en Filosofía, la presencia de un hombre que ataca las ideas religiosas, causa todavía grande impresión en su auditorio, siquiera este auditorio sea científico.⁵⁹

⁵⁹ Altamirano, “Biografía de Ignacio Ramírez”, *op. cit.*, pp. XVII-XVIII.

Pasada la iniciación satírica en *Don Simplicio* —periódico, recuerda Altamirano, que tenía la oposición formidable del diario conservador *El Tiempo*, donde escribía Pesado—, El Nigromante le declara la “guerra del cerdo” a los viejos. Dice Ramírez en *Don Simplicio*, dando comienzo con “Los viejos” a su batalla por una generación más apta, la propia, condenando a la Constitución federal de 1824 por timorata y lacaya del clero: “Varones ilustres, que hace veinte años regís los destinos de la patria, no me intimidáis ni con vuestras frentes rugosas, ni con vuestras casas cubiertas con los símbolos de vuestros milagros, ni me deslumbra vuestro nombre en la historia.”⁶⁰

Gobiernan los liberales moderados con Herrera como presidente, pero su sucesor, Paredes, conservador, clausura el periódico y conduce a Ramírez hacia su primera prisión, junto a Payno y Prieto. Conoce los Estados Unidos tras salir de prisión, se titula de abogado y viene la invasión angloamericana ante la cual El Nigromante es enviado como jefe político a Tlaxcala. Allí le indignaron los nativos, más interesados en sacar en procesión a la virgen de Ocotlán que en sumarse a un esfuerzo de guerra inexactamente llamado, por eso mismo, “nacional”. Impotente ante la superstición de los tlaxcaltecas, los antiguos aliados de Cortés contra los aztecas como leímos en *Jicoténcal*, Ramírez se retira del cargo para volver a la Ciudad de México y participar en la batalla de Padierna, a las órdenes de Francisco Modesto de Olaguíbel, industrial gobernador liberal del Estado de México.

Poco antes, invitado por Olaguíbel, gobernador de un estado entonces enorme, una verdadera república dentro del país, El Nigromante demuestra, como después lo hará su archienemigo Vasconcelos, que su estatura intelectual no está reñida con el sentido práctico del gobernante, ejerciendo como secretario de Guerra y Justicia. El grupo de Olaguíbel en Toluca, con Ramírez como ideólogo, hizo abolir las alcabalas, prohíbe el juego y las corridas de toros. A finales de 1848, El Nigromante funda el Instituto Literario

⁶⁰ Ramírez, “A los viejos”, en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, p. 71.

y Científico de Toluca, una de cuyas becas para estudiantes indígenas recaerá en Altamirano, quien contará su encuentro con Ramírez en 1850, viniendo el segundo Ignacio, apenas alfabetizado en español, desde Tixtla, en el actual estado de Guerrero creado un año antes. Recuerda Altamirano:

Ramírez en 1850 era un joven de treinta y dos años, pero su cuerpo delgado y su talla más que mediana, se encorvaba ya como la de un anciano. Su semblante moreno, pálido y de facciones regulares, tenía la gravedad melancólica que es característica de la raza indígena; pero sus ojos, que parecían de topacio; la nariz aguileña y ligeramente deprimida en el extremo, denunciaba una gran energía, y los labios sombreados por un escaso bigote, se contraían con una leve sonrisa irónica. Era una de esas fisonomías que vistas una vez no se olvidan nunca, y que dejan una impresión en que se mezcla a la par, la sorpresa, el temor o la simpatía; fisonomías de profeta, de apóstol, de tribuno, con rasgos extraordinarios y que decididamente no pertenecen al género vulgar. Ramírez, contra lo que se usaba entonces, llevaba los cabellos cortos, de modo que con su semblante bronceado, y envuelto como estaba el busto en una ancha capa de paño verde oscuro, parecía una estatua clásica, animada, allí, entre nosotros.⁶¹

El profesor de derecho del instituto toluqueño es ya un patriota del periodismo militante y “A los indios” provoca que sea proceso por difamación. En aquel artículo, Ramírez invitaba a los indios a “trabajar por el triunfo de los liberales *puros*” en las siguientes elecciones, si es que aspiraban “a recobrar la dicha y esplendor que disfrutasteis en los tiempos de Netzahualcóyotl, y con todos los recursos en que abunda la ilustración del siglo; sin los restos de barbarie, que mancharon la cuna de vuestra sociedad, podéis recobrar el perdido imperio de la América”,⁶² pues ya no habrá un se-

⁶¹ *Ibid.*, p. VIII.

⁶² Ramírez, “A los indios”, en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, pp. 76-77.

gundo Cortés. En ese llamamiento, por primera vez, el más tarde llamado “liberalismo social” del cual El Nigromante sería la gema más valiosa, se asocia la postración de los indios a la injusticia social y se les invita a la rebelión legal y electoral. Su autodefensa fue tan brillante y emotiva que fueron desechados los cargos de sedición interpuestos por los conservadores locales.

En 1852 viaja Ramírez, abandonando temporalmente sus tareas docentes en Toluca, a Sinaloa, la tierra de su elección, donde su “metafísica jacobina” y su necromancia política serán vistas con mayor simpatía; el sitio donde El Nigromante extenderá su curiosidad al descubrimiento de zonas petrolíferas en la Baja California. Allí es nombrado diputado para presentarse al congreso disuelto por Santa Anna en 1853, tras el gobierno liberal moderado de Arista (1851-1853), uno de los pocos presidentes mexicanos del XIX llegados al poder por la vía electoral. Santa Anna lo hace despedir del cuerpo docente (ya no en Toluca, donde los conservadores hicieron una pira con los libros de los enciclopedistas reunidos por Ramírez en el Instituto, sino en la capital) mientras otra rebelión liberal, la de Juan Álvarez, se fraguaba. El Nigromante es llevado a la cárcel de Santiago Tlatelolco, donde permanece engrillado y de allí se fuga de regreso a Mazatlán, donde se encuentra con Ignacio Comonfort, quien resultará presidente entre 1855 y 1857, tras el hundimiento santanista. Comonfort trató de impedir con un golpe de Estado la Constitución liberal proclamada el 5 de febrero de 1857, lo cual acabaría por llevar al poder a Juárez semanas después. Iniciaba la Guerra de los Tres Años entre liberales y conservadores, uno de los capítulos estelares de la guerra perpetua que dejaron en escaramuzas los disturbios internos anteriores y en ella El Nigromante simboliza el radicalismo constitucional. Exclamará Altamirano:

En el Congreso estuvo en su verdadero Sinaí; lo había predicado como apóstol en los clubes y en las cátedras, tomaba allí la forma de ley, y no es culpa suya que la Constitución de 1857 haya salido trunca, es decir, sin consignar todas las libertades y reformas que Ramírez había propugnado siempre, pues él las propuso, las sostu-

vo con entusiasmo, y casi desesperó al verlas rechazadas, como lo manifiestan algunas de sus peroraciones. La culpa fue de los tímidos, de los moderados, de los retrógrados.⁶³

En la *Historia del Congreso Constituyente de 1856 y 1857*, publicada ese año por Cumplido, Zarco cuenta el apostolado legislativo de El Nigromante, a quien Comonfort puso preso pero escapó para reunirse con Juárez y su gente, para ser prendido, otra vez, rumbo a Querétaro por el general Mejía:

Poco le faltó para ser fusilado por orden de este jefe, y no escapó sino para ser maltratado al grado de conducirlo a Querétaro en un asno, paseado allí para humillarlo, y enviado a México, donde se abrió de nuevo para él la prisión de Tlatelolco, en la que permaneció reducido a la más atroz miseria hasta diciembre de 1858.⁶⁴

Tras ser apedreado por la soldadesca y subido en ese burro, según cuenta Frías y Soto con una imagen tremenda, Ramírez no tardó en ser liberado para reunirse al fin con el resto de los liberales puros en Veracruz, expidiendo las Leyes de Reforma a principios de 1859, en lo que fue, dice Altamirano, “un triunfo espléndido de que pocos hombres políticos pueden evanecerse”, aunque el radicalismo de El Nigromante tornábase conservador en puntos como la destrucción de las comunidades indígenas, partidario como era, en 1867, de la difusión del náhuatl y de otras lenguas indígenas: si no se elevaba la estimación de éstas, sería imposible hacer de los indios, ciudadanos, decía.

Activísimo desde San Luis Potosí, ganada la Guerra de Reforma, Ramírez entra a la Ciudad de México el 21 de enero de 1861 y es nombrado ministro de Instrucción y Justicia, cargo en el que permanece sólo medio año por sus crecientes desaveniencias con el presidente Juárez, no habiendo perdido “un momento”, reza Alta-

⁶³ Altamirano, “Biografía de Ignacio Ramírez”, *op. cit.*, p. XLIII.

⁶⁴ *Ibid.*, p. XLVI.

mirano, en “aquella obra de destrucción y reconstrucción”. Insiste Altamirano hablando de esa

Época corta, pero fecunda, semejante a esas tempestades que derriban con su soplo árboles caducos, pero que difunden en él nuevos gérmenes en las montañas y en las llanuras. Tocábale exclastrar a los frailes y a las monjas, y los exclastró, destruyendo de una vez aquel imperio monacal que tenía más de tres siglos. Después llevó su actividad a todas partes. Reformó la ley de hipotecas y juzgados; hizo prácticas las leyes sobre independencia del Estado y de la Iglesia, reformó el plan de estudios, siendo el primero que destruyó la rutina del programa colonial, suprimió la Universidad y el Colegio de Abogados; luego fue a Puebla, la ciudad levítica, y después de haber exclastrado también allí a los monjes, y de haber dado el Palacio Episcopal al gobierno del estado, acordó que la Iglesia de la Compañía se convirtiese en biblioteca y en sus torres, se fundaran observatorios astronómicos y metereológico; y en México ordenó la formación de la gran biblioteca nacional con la reunión de los libros de los antiguos conventos.⁶⁵

Hay quien vio a El Nigromante tomar la piqueta, en persona, contra altares y retablos. No sería extraño que lo hiciese: “no sólo incrédulo y librepensador, sino perseguidor y sectario”, dirá de él un admirador católico. En *Juárez y su tiempo* (1905-1906), escribe Justo Sierra que cuando el resto de los liberales presumían de católicos anticlericales, Ramírez les respondía: “Vuestro deber es destruir el principio religioso cristiano o católico, para que, emancipada, la sociedad ande”.⁶⁶ Pero poco o nada de iconoclasia en el estricto sentido de la palabra hubo en Ramírez: de las colecciones eclesiásticas expropió arte sacro para enriquecer a la Academia de San Carlos, además de sentar las bases de la Biblioteca Nacional con

⁶⁵ *Ibid.*, pp. XLVII-XLVIII.

⁶⁶ José López Portillo y Rojas, *Ignacio Ramírez*, en *Obras completas*, VIII, *op. cit.*, p. 133; Justo Sierra, “Ignacio Ramírez, el iconoclasta”, en Ramírez, *Obras completas*, VIII, *op. cit.*, pp. 128-129.

las ricas bibliotecas de los conventos. Desde Sinaloa luchó contra la intervención francesa y su voz conectada con los muertos dio aliento retórico, oratorio, forense, a los liberales. Nunca permitió que la política, ayudado en ello por los exilios, cancelase su curiosidad científica y sus preocupaciones metafísicas. Antes de la caída de Maximiliano, cuya ejecución defendió con virulencia, otra vez estuvo preso en San Juan de Ulúa, donde se inficionó de fiebre amarilla.

El fin de la guerra perpetua, tras los fusilamientos de 1867 en el Cerro de las Campanas, no le trajo tregua alguna a El Nigromante. Su nuevo enemigo sería Juárez, el laureado Benemérito de las Américas, a quien consideró un dictador, un defraudador electoral y un “verdugo”, nada menos, opinión que facilitó el veloz y eficaz embalsamamiento de El Nigromante. Murió como magistrado de la Suprema Corte de Justicia, el oráculo de Delfos de la República Restaurada. Colaboró con Altamirano en *El Renacimiento*, la revista fundadora de la “literatura nacional” y fue de los primeros en sospechar del comunismo, la lejana novedad que venía de Europa. Admirador del general Porfirio Díaz se convierte a la causa del futuro desde el principio y lo sirve, brevemente y en dos ocasiones (1876 y 1877), como ministro de Justicia e Instrucción Pública. De regreso a la Suprema Corte de Justicia, muere el 15 de junio de 1879, celebrado por haber vivido en la pobreza franciscana, él, El Nigromante que a decir del conservador Pimentel, habiendo tenido a la mano los millones de pesos de la desamortización de los bienes del clero, no tocó un centavo. Recibió funerales nacionales pagados por el Estado y los últimos honores se los dieron, cerrando las puertas del velorio nacional a los cientos de sus dolidos compatriotas, las logias masónicas, para despedirlo en privado.

¿Qué muertos hablaron a través de El Nigromante, el “Voltaire mexicano”, como lo llamó José María Lacunza tan pronto decretó en las habitaciones pobretonas de Letrán la inexistencia divina, aplaudiéndole su sapiencia y olvidando que a diferencia del francés, el mexicano nunca fue obsequioso ni complaciente con ningún soberano o soberana de la tierra? La lista es muy escogida y muy extraña, a decir verdad. Teorizador sin ánimo de erudito, a través de

El Nigromante, “su embrujado seudónimo”, según Caso, escasamente hablaron los liberales de su tiempo y tampoco usaron su voz los oradores de la Revolución francesa, sino más bien un judío llamado santo Tomás apóstol y el emperador Ahuizotl, su pretendido anfitrión; su admirado profeta Mahoma, Locke, Condillac, Comte (única concesión de actualidad, junto a Emilio Castelar, su víctima en la polémica de la “desespañolización”), algunos hombres del Renacimiento ninguno de los cuales hubiera podido ser español, los latinos más que los griegos, Guillermo Prieto, Lao-Tsé, fray Gerundio de Campazas, los mexicanos-pintados-por-sí-mismos y algunas mujeres del pueblo...

El Nigromante se ocupa lo mismo, en sus artículos, de “La aurora boreal” (publicada esta probable insinuación cósmica en 1859, para que no quepa duda en *La sombra de Robespierre*), ejerciendo la divulgación científica y el homenaje a la observación de Arago en 1825, que de la postulación de los planes de estudios necesarios para la restauración de la República, en 1866, cuando se empezaba a ver cercano el fracaso imperial de los franceses, aunque Ramírez no tuviera empacho en reconocer que “Maximiliano, rompiendo la clausura de los colegios, hizo por la educación de la juventud más que nosotros por la dignidad humana rompiendo la clausura de las monjas”.⁶⁷

Necromancia es pasado y futuro: la antigüedad moderna, ese sueño de opio, debe ser sustituida por la reforma y la modernidad. Nadie más lejano a los sueños constantinos de Bustamante al ligar a un imperio azteca imaginario con la nueva república. En diciembre de 1867, ya restaurada, Ramírez afirma tajante:

El partido conservador jamás podrá formarse de mexicanos; lo que se llama tradición es para nosotros una quimera. ¿La tradición azteca? ¡No es posible pensar seriamente en restablecer la corte de Moctezuma ni el templo de Huitzilopochtli! ¿La tradición colo-

⁶⁷ Ramírez, “Plan de estudios” (1866), en *La palabra de la Reforma...*, op. cit., p. 85.

nial? ¡Acabamos de atropellarle en sus iglesias y en los privilegios de clases, que nos son odiosas! ¿Conservaremos siquiera la tradición republicana? Hasta ahora nuestras conquistas han sido grandes, pero sus beneficios son negativos; hemos suprimido obstáculos, clero, ejército, nobleza, monopolios; pero las codiciadas mejoras materiales no han salido de las manos de la promesa. Aún es necesario probarlo todo, y pedir al astro de la libertad que fecundice en el seno de la patria los gérmenes de la vida, del poder y de la gloria.⁶⁸

Un año después, El Nigromante ponía en orden a fray Servando con su espesa fantasía de la predicación de santo Tomás en América en un largo ensayo dividido en cinco artículos. Descartado México como heredero imperial de los aztecas, en “El apóstol Santo Tomás en América” (1868), sin mencionar por su nombre al fraile independentista, Ramírez le repetía al doctor Mier aquello que seguramente escuchó acongojado en la Real Academia de Historia de Madrid en 1799 cuando fue a exponer su caso y su causa. Aceptando sin conceder que la visita de aquel “judío”, el “mellizo” apóstol de Cristo, hubiese ocurrido, dice Ramírez, blande la crítica histórica con sarcasmo y a la vez paciencia, pues “hoy se trata de saber si por los años en que Jerusalén fue arruinada vino a estos países un sectario judío y dejó huellas de su tránsito”. Para entrar en materia, Ramírez cita a Flavio Josefo, el historiador judío fariseo que habría sido contemporáneo de Jesucristo y explica cómo estaban las cosas en aquellas tierras cuando santo Tomás hubo de salir a divulgar por el vasto mundo el universo y se pregunta, El Nigromante, si el mellizo, habría tomado la ruta de Oriente, más allá del Ganges, hasta llegar a China. Por respeto al ánimo supersticioso, Ramírez asume que Tomás, ese “cristiano primitivo” habría cruzado el océano Pacífico o aparecido quién sabé cómo, del otro lado del país, en la embocadura del río Pánuco, enfrentándose en todo caso a unos americanos que no hablaban ninguna de las lenguajes del volátil apóstol, lo cual le sirve para explicar al pedagogo de la patria que también fue El Nigroman-

⁶⁸ Ramírez, “Reforma” (1867), en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, p. 87.

te, qué cosa es un idioma, el que a diferencia de los seudoclásicos neoztecas como el poeta Pesado y sus nahuatlatos de pacotilla, se esforzó por estar al día en el náhuatl y sus llamados jeroglíficos. Desde la “Profecía de Guatimoc”, de Rodríguez Galván, presente el infortunado poeta entre quienes lo recibieron en Letrán, nadie había sido tan explícito: “no hablamos una palabra de las lenguas indígenas”.⁶⁹ Fastidiado por esa patraña, apela a la cronología y se pregunta “¿hace dos mil años existían en América naciones tan civilizadas como las que encontraron los españoles hace cuatro siglos?”⁷⁰

La respuesta es no, aunque se date anterior en mil años la fundación de Tenochtitlán o el imperio de los misteriosos toltecas, y Ramírez, abogado, vuelve a aceptar sin conceder:

Así es que, para mayor claridad, supongamos a Tomás con sus ideas judías y un poquito revolucionarias, y mucho modificadas por la impresión variada que debe haber recibido en las naciones extrañas por las que había pasado; supongamos al apóstol como llovido del cielo por los años en que los españoles descubrieron el Nuevo Mundo; figurémonoslo, cuando Ahuizotl iniciaba su reinado por la consagración del templo de Huitzilopochtli.⁷¹

Mientras Ahuizotl se prepara sus guerras, arregla el gran mercado de Tlatelolco y recorre en canoa el inmenso “lago donde resueñan todavía los cantos de Netzahualcóyotl”, santo Tomás “ha podido pasar desapercibido mientras aprendía el idioma azteca; lo habla a su satisfacción y lo exhibe. Se suelta predicando: ¿qué y a quiénes”. Si escogía, en una nación donde sólo había esclavos como público —no era mucho el respeto ni el conocimiento de Ramírez sobre la sociología del mundo azteca— y no ciudadanos de diversas naciones civilizadas como en el Imperio romano, lo más probable

⁶⁹ Ramírez, “Antianglicanismo” (1868), en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, p. 106.

⁷⁰ Ramírez, “El apóstol Santo Tomás en América” (1868), en *Obras*, edición de 1889, *op. cit.*, p. 333.

⁷¹ *Idem.*

es que el extraño visitante hubiera sido prendido y llevado al “banquillo de los criminales” donde “sacerdotes, generales, sabios, jueces, lo más florido de la nación cerca del rey mexicano, estudian la cara del judío; ven algo de extraño en su traje, aunque con las apariencias de la moda azteca; se sorprenden al oírlo hablar como un chinampero; y el monarca, impaciente, aunque de buen humor, comienza el interrogatorio” que El Nigromante, recordando sus diálogos jocosos de juventud en *Don Simplicio* se imagina así:

—Me llaman Tomás, alias el cuate; nací en la Judea, nación que está a muchas leguas de esta tierra; mi patria es pequeña y está subyugada por una nación poderosísima; en nuestros libros sagrados nos prometen los sabios un libertador; algunos de mis paisanos esperan todavía que ese héroe venga; otros creen que ya vino, pero nos lo mataron; yo pertenezco a estos últimos creyentes.

—¿Es decir que ya nada esperas?

—Sí espero; los que piensan como yo creen que nuestro libertador vendrá muy pronto de entre los muertos a salvar a los judíos; pero muchos de nosotros creemos que este libertador murió para que los pecadores de todas las naciones nos salvásemos en la tierra y en el cielo.

—¿Qué quiere decir salvarse en el cielo?

—Vivir después de muertos en el cielo.

—¿Cómo se consigue eso?

—Circuncidándose, celebrando la Pascua, ayunando, haciendo penitencia.⁷²

Ahuizotl empieza a impacientarse con el predicador extranjero y le dice que todas aquellas cosas, circuncisión incluida, las realizan los aztecas. Entonces se entera de que para salvarse su pueblo debe leer el libro sagrado que trae el cuate Tomás y abominar de sus dioses, que según el atrevido judío, son enemigos del hombre y son “uno solo, que llaman Satán en mi tierra”. Deben ser destruidos y

⁷² *Ibid.*, pp. 335-336.

quemados. Ante el escándalo de su corte, el emperador Ahuizotl decide ser magnánimo con el extranjero loco y le hospeda: “Mira, con tal de que no hables contra los dioses, te perdono: irás a mi oficina de historia para que mejores mis jeroglíficos, pues los tuyos me llaman la atención por pequeños, y por la facilidad con que dicen tantas cosas. Dejaremos por hoy a Tomás instalado en el palacio”.⁷³

Ramírez, a la vez teórico y literario, se burla de la pretensión de Tomás y de quienes han creído que un solo apóstol hubiera logrado, más allá del Ganges y en los confines del mundo, lo que ni siquiera Jesucristo y el resto de sus apóstoles logran inmediatamente en Judea. Dándole existencia histórica para fines retóricos, El Nigromante lo considera, como cristiano primitivo, muy parecido a “los pueblos poco civilizados” que se le había ordenado convertir, pues “todos ellos creen que las enfermedades son obras del diablo” pues “el milagro y la hechicería” tienen el mismo origen. Nos dice Ramírez: “He aquí a Tomás apelando a los milagros; entonces fue comprendido, porque entre los aztecas, además que entre los médicos positivistas, existían otros perítisimos para derrotar a los genios maléficos por medio de una influencia misteriosa. Tomás en este caso fue uno de tantos curanderos”.⁷⁴

El cristianismo, concluye El Nigromante, fue “uno de tantos mitos revolucionarios y masónicos que florecieron sobre las ruinas de la república romana”, una “religión de esclavos”, concluye Ramírez sin necesidad de citar a Nietzsche.⁷⁵ Todavía tiene paciencia para dismantelar la supuesta similitud entre el *cóatl* de Quetzalcóatl con el *cuate* Tomás, que fascinó al anticuario José Ignacio Borunda y a fray Servando, su cliente en el infausto invierno de 1794, despechada de inmediato por absurda e ignara. Digamos que con “Santo Tomás Apóstol en América”, de Ramírez, termina formalmente la historia de la predicación cristiana precolombina, aunque la crítica histórica le autorice a preguntarse si hubo, remoto, algún con-

⁷³ *Ibid.*, pp. 336-338.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 339.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 342.

tacto entre los antiguos pobladores de Europa y Asia con los *uramericanos*. También termina, acaso, la antigüedad moderna soñada por Mier y Bustamante.

Así como su amigo Prieto hizo el viaje a Oriente de Lamartine, desterrado a las vecinas tierras queretanas, El Nigromante, seguro lector de Renan y de las biografías positivistas de Jesucristo, hacía el propio, asegurándose que el México antiguo está muerto y carecíamos de otro Oriente que el futuro, al cual nos invitaban los muertos. El semitismo (quien se alegra de encontrar rasgos judíos en los rostros de los alaceneros en su contribución a *Los mexicanos pintados por sí mismos* de 1855)⁷⁶ de El Nigromante lo convierte en el primer defensor del islam en México, pues la de Mahoma, entre las religiones monoteístas, era la más simpática a su austero credo liberal. De alguna manera, la más atea. Defendiendo, en agosto de 1875, a Mahoma de “un periódico de la secta romana” que ha consagrado uno de sus artículos a calumniarme a mí y al autor del islamismo”, El Nigromante encuentra que en la religión de “Mahomet”:

La unidad de Dios quedó definitiva y solemnemente proclamada; y para evitar todo peligro de corrupción de ese dogma, tomando escarmiento en el extravío de los cristianos, que acabaron paganiando a su Jéhova, la metafísica y la poesía internacionales desconocieron toda la personalidad divina y explicaron la aparición de todo cuanto existe en la tierra y en el cielo como una emanación de la fuerza suprema. Esta sencilla teoría conciliaba todos los génesis; aceptaba todas las explicaciones científicas; facilitaba la tolerancia, tan importante para el comercio, y daba el último golpe a la idolatría. Tal era el credo común a los nestorianos, judíos, zoroastrianos, a los helenos y a los egipcios y a la inmensa muchedumbre de vedistas y de budistas; desde entonces se pusieron frente a frente dos cristianismos. El talento de Mahomet consistió en ocurrir a su vie-

⁷⁶ Ramírez, “El Alacenero” (1855), en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, p. 152.

jo Dios asiático para que trazase con fuego el *hoc vincis* sobre su tremenda cimitarra. Sólo los insensatos pueden negarse a ver cómo al *fiat lux* del Corán se regenera un mundo.⁷⁷

Eso en cuanto al Oriente de Tomás apóstol y de Mahoma; frente a Occidente y a la España de la Conquista, El Nigromante fue un feroz antagonista, acaso la última de los grandes voces de la Leyenda Negra. Bien conocida es la filípica con que obligó al cortés tribuno español Emilio Castelar, entonces de regreso a la España de la Primera República de la que sería presidente unos meses. Castelar había regañado a los hispanoamericanos por renegar de la madre patria, la única “que supo leer en la frente de Colón el enigma de vuestra existencia”. No lo hubiera hecho de saber lo que le esperaba. De liberal a liberal, El Nigromante le responde en octubre de 1868 con “La desespañolización” en una polémica que llegó hasta Nueva York:

No hay que hacerse ilusiones; el último pueblo a quien desearían parecerse las demás naciones de la tierra es el pueblo español, y el mismo señor Castelar trabaja para una metempsicosis, esperando que ese pueblo querido transmigre al fin de las fieras a los hombres. Lejos de mí querer negar el relevante mérito de muchos españoles; ¡pero cómo han pasado por su patria! Ellos no han sido más grandes que el Dante, que Maquiavelo, que Galileo, que Miguel Ángel que Campanella, y aquéllos como éstos, según la frase del señor Castelar, no han pasado por su pueblo desgraciado sino como los fuegos fatuos de algún cementerio.⁷⁸

No hay España posible a la cual imitar le dice Ramírez a Castelar, ni la de Cortés, que heredó su mala sangre a los Alamán y a los Santa Anna, ni la de Carlos II El Hechizado ni la de tanto inquisidor ni clérigo medieval, pues “si el señor Castelar viniera a la Amé-

⁷⁷ Ramírez, “Mahomet” (1875), en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, pp. 111-112.

⁷⁸ Ramírez, “La desespañolización”, en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, p. 101.

rica, verían lo que quieren decir para nosotros sus injustas reconven- ciones; nos ofrece el lecho de rosas donde expiró Cuatimotzín”. Atento a la cuestión de la lengua, El Nigromante le explica, con la vara historicista, a Castelar que su prosodia es más afrancesada que purista como la de los Argensolas, pues “es un anacronismo recomen- darnos un idioma en un siglo en que se aprenden tantos”. Lo que ha de hacer don Emilio, termina su antagonista, es “desespañolizarse” pues “la América” de los republicanos liberales, “va con sus costumbres, con sus instituciones, con sus luchas, con sus sacrificios”. “Americanícese usted, señor Castelar”, clama El Nigromante, sólo algunas décadas antes de que Unamuno clame, ante el reiterado fracaso de la occidentalización de España, por su “africanización”. Famosamente respondió Castelar con un regalo —de seguro un retrato suyo— donde decía “A don Ignacio Ramírez, recuerdo de una polémica en que la elocuencia y el talento estuvieron siempre de su parte. El vencido, Emilio Castelar”.⁷⁹

Ramírez le correspondió dedicándole a Castelar una “Lectura de historia política de México. La época colonial” (1871), su decidida expulsión de España de la historia desde que se asomó la modernidad, lo cual provocó que a “México no vinieron de pronto sino los miserables aventureros del comercio fraudulento, de la espada y el incensario” y

al expirar Carlos V, aparece la España con su población diseminada por las apartadas regiones; su agricultura ausentándose con los mo- ros, su industria víctima de leyes suntuarias, sus comerciantes perse- guidos como judíos, sus sabios quemados como herejes, sus libertades municipales en el cadalso, y sus flotas en manos de los piratas, quedándose en recompensa de Felipe II, la Inquisición y los jesuitas.⁸⁰

Confundida la imaginación ante “la efímera grandeza de España”, a El Nigromante el Occidente que le interesa “es el de Moisés,

⁷⁹ *Ibid.*, p. 100.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 213.

de Solón, de Homero y de Lucrecio”, convencido de que los hispanoamericanos (y así se los dice en un discurso de 1863 nada menos que a los mazatlecos) no deben dejarse confundir ni por los eclécticos como Chateaubriand ni por los legitimistas como Louis de Bonald, admitiendo que hasta los liberales llegaron a aplicarse “infelizmente” por copiarlos sin criterio, a Lamartine y a Eugène Pelletan. Advierte Ramírez que Napoleón III, quien comienza en esos días su aventura mexicana, es “un aborto clandestino de nuestros días” que “no sabe cómo realizar las teorías de Proudhon, ni sus compromisos con los capitalistas, que fueron sus cómplices el 2 de diciembre”.⁸¹ Pero pese a haber sido el primer anticomunista teórico que escribió en México, la Comuna de París, en 1871, no pudo sino conmover a El Nigromante en un diálogo:

Yo estoy contra el comunismo por la misma causa que no admito el absolutismo político y religioso; estoy por la independencia individual; estoy más lejos que usted de ciertos socialistas. Puedo, por todo lo expuesto, hablar con absoluta imparcialidad sobre la Internacional. Un millón de personas en París han proclamado principios buenos y dudosos y algunos malos; han pretendido resolver la suerte de los trabajadores, cuestión secular, eterna. Se han agrupado contra esos desgraciados, los militares, que todavía no se borran de los faldones de su casaca los pies de los alemanes; los especuladores que han empobrecido la nación; los pedantes que la han vendido al extranjero; las razas de reyes; las razas divinas de los sacerdotes católicos; todo lo que hoy el género humano posee de más vil, y todos esos bandidos llamaron en su ayuda a los prusianos. Vio el pueblo parisiense desplomarse la derrota, y quiso sucumbir de modo que no olvidasen la lección los demás pueblos. Si la epopeya puede resucitar en el siglo XIX, no encontrará asunto más digno que estos jóvenes, que esos niños, que esos artistas, que incendian una ciudad inmensa para hacer su apoteosis.⁸²

⁸¹ Ramírez, “En la solemnidad de la Independencia de México”, en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, pp. 271-272.

⁸² Ramírez, “¿Cómo se hace a un pueblo soberano? ¿Cómo se hacen los incrédulos?”, en *La Palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, p. 124.

Nacionalista y universalista a la vez, El Nigromante no tenía un mundo nuevo que ofrecer. A través de él, las voces del pasado fluían hacia el porvenir. Orador elocuentísimo (y autor, lo veremos enseguida, de la mentira romántica que se contó durante buena parte del siguiente siglo sobre la historia de México) no tuvo manera de ser un ideólogo demagogo como Vasconcelos, y aun cuando elucubró la Raza Cósmica, careció de los arrestos para venderla de puerta en puerta. En cambio, fue nuestro primer teórico de la literatura. Crítico ya lo había habido —Heredia—, pero el primero en México en separar la literatura de la retórica, como lo dice Leonardo Martínez Carrizales amparándose en Marc Fumaroli, fue El Nigromante quien escribió el párrafo decisivo: “Todas las leyes de la naturaleza para el uso de cada individuo se someten a las leyes intelectuales, y éstas se formulan inevitablemente por medio de la palabra. El estudio de un instrumento tan poderoso como el lenguaje constituye el objeto de la literatura.”⁸³

Tardará mucho en sentirse la profundidad de un cambio en el cual las “bellas letras” dejaban de serlo y se convertían, como lo propuso Madame de Staël empezando el siglo XIX, en *literatura*. Aunque fue Altamirano quien publicó varias de las lecciones de literatura que provenían de sus clases en la Escuela Nacional Preparatoria, donde su cátedra gustaba o disgustaba sin término medio y aunque ambos consideraban la literatura como una disciplina del orden moral y pedagógico, Martínez Carrizales advierte la discrepancia en la idea de literatura que sólo aparentemente compartían maestro y discípulo, pues

los tres *Estudios sobre literatura* publicados en *El Renacimiento*, compendio de las *Lecciones* publicadas sólo hasta 1884, ya muerto, el autor, no contienen —como ninguna otra página de Ramírez acerca del mismo asunto— una sola nota de reivindicación

⁸³ Ignacio Ramírez, “Lecciones de literatura”, en *Obras completas*, IV. *Estudios literarios y poesía. Poemas y apuntes inéditos*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989, p. 3.

patriótica, romántica y nacionalista que tanto importó a Ignacio Manuel Altamirano.⁸⁴

Nunca entendió Altamirano, un nacionalista puro y duro, primario en su idea de “literatura nacional”, el grado de abstracción en el que se movía Ramírez, quien había hecho rudimentos de gramática y lingüística modernas, teniendo muy claro, insólito en un liberal romántico, que “no hay que confundir al revolucionario con el artista, ni aun en el caso de que ambas vocaciones se presenten juntas”.⁸⁵ En ello estaba más adelantado en teoría literaria que su alumno Manuel Gutiérrez Nájera, el cronista del modernismo, quien lo tachó de mal maestro de literatura aunque haya quien encuentra “parnasiana” la estética necromantina.⁸⁶ Con toda razón, agrega Martínez Carrizales, pues el Duque Job —el seudónimo de Gutiérrez Nájera— seguía pensando a fines del XIX que enseñar literatura era, a la neoclásica, ofrecer buenos modelos a imitar. “Las escasas citas literarias de las lecciones de El Nigromante”, cierra Martínez Carrizales, “prueban que lo suyo no fue ni el repaso de la composición del verso, ni la lectura de algunos pasajes de los prosistas, ni el comentario textual”.⁸⁷

Un resumen anterior, de José Luis Martínez en 1987, acaso nos sirva para cerrar el tema de las *Lecciones de literatura* nigrománticas. Empezó por el sensualismo más elemental, estudiando “la fisiología de los movimientos y reacciones corporales como expresión de sentimientos”, estudió unos y otros en el castellano de las *Partidas* y en santa Teresa de Ávila (que a este jacobino le interesaba mucho y no sé si por las razones apropiadas), siguiendo con Sigüenza

⁸⁴ Leonardo Martínez Carrizales, “Ignacio Ramírez, teórico de la literatura”, en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, p. 442.

⁸⁵ Ramírez, “En honor de don José Joaquín Fernández de Lizardi” (1874), en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, pp. 295 y 299.

⁸⁶ Porfirio Martínez Peñaloza, “Ideas estéticas y lingüísticas de Ignacio Ramírez”, en *Obras completas*, VIII, *op. cit.*, p. 279.

⁸⁷ Martínez Carrizales, “Ignacio Ramírez, teórico de la literatura”, en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, p. 443.

y Argensola, entre otros, para llegar, dice Martínez, al “terreno más conocido” de la versificación donde da clase completa de métrica aunque “obsesionado por los pies latinos, no hace las distinciones habituales respecto a los varios tipos de acentuación de cada verso”, y cuando ataca “la belleza literaria” no rebasa la idea aristotélica del arte como imitación de la naturaleza y ofrece una imagen muy chabacana de lo bello en la forma de “una joven ruborizada”, resbalón que Martínez no deja de lamentar, aunque conociese la historia de la literatura europea, aunque fallase mucho en el conocimiento de los griegos y ridiculizase la pudibundez en cuanto a poesía erótica de Manuel M. Flores, su joven rival por los amores de Rosario de la Peña.⁸⁸

Temerario, El Nigromante se levanta, sin otra arma que un puñado de autores menores (Bretón de los Herreros, Castelar, Espronceda, nada menos) como escudo, contra la pobreza de su siglo y, arrogante, se atreve a afirmar como hecho lo que bien funciona como promesa, vehículo de los muertos, para dejar sordos a sus apocados amiguitos poetas precozmente fallecidos de *El Año Nuevo* y proclamar, nada menos, cuando Rubén Darío era un bebé y las letras peninsulares se morían de tedio, que

la literatura hispanoamericana es un hecho; en su cuna se levanta armada celebrando las hazañas del Cid y las primeras derrotas de los moros; poco tiempo después sirve de oráculo a la jurisprudencia, imponiendo el derecho romano a los descendientes de los godos, y al visitar el África y el Asia y al establecerse en el Nuevo Mundo, compite con la elocuencia y la poesía de Atenas y Roma, dividiendo con Italia la gloria de haber abierto el camino de la instrucción a las naciones modernas. Esa literatura puede a veces parecer enfermiza, pero jamás en decadencia [pues] un idioma es el mar de la palabra

⁸⁸ José Luis Martínez, “La poesía y los estudios literarios de Ignacio Ramírez”, prólogo a Ignacio Ramírez, en *Obras completas*, IV. *Estudios literarios y poesías. Poemas y apuntes inéditos*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamaño, 1989, pp. xvii-xxiii.

agitado por el pensamiento humano; cambia sin cesar; cada época y cada hombre forman su lenguaje.⁸⁹

Toquemos tierra de nuevo y no elevemos a Ramírez, como su gente, a la condición de un Hércules o de un titán indiano. El esbozo de teoría crítica de El Nigromante, con su *Ensayo sobre las sensaciones, dedicado a la juventud mexicana*, (1848), proviene del sensualismo de Locke, quizá conocido por él a través de ese vulgarizador suyo que fue Condillac, consciente de lo difícil que era, para él mismo, adentrarse en “estudios metafísicos” para los cuales la juventud mexicana no estaba preparada, desconocedora de Lao-Tsé y de los Vedas, sin los cuales tampoco podía comprenderse mucho de Platón y de los griegos, “que robaron mucho de la India”. (Diga lo que diga Vasconcelos, y lo que dijo se puede leer a pie de página, el paso por el instituto toluqueño de Ramírez no le sirvió sólo para volverse antiliberal.)⁹⁰ Le quedaba claro a El Nigromante que la poesía era la madre de la metafísica pero lamentaba que “el terreno es tan estéril, que no han sido más felices los ensayos de una metafísica fundada en la física, ni los de una metafísica matemática como la de Auguste Comte. Entre nosotros uno publicó un cuaderno, queriendo enmendarle la plana a Dios; aplicó su inteligencia suprema a la fabricación de cigarrillos, y le salieron faroles chinos; a la limpia de atarjeas, y dejaba en piedras lo que sacaba en lodo”.⁹¹

⁸⁹ Ramírez, “Estudios sobre literatura” (1869), en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, pp. 232 y 237.

⁹⁰ “Desde las primeras lecciones me convencí de que la pedagogía vigente corría pareja con el mobiliario; algunos textos eran de preguntas y respuestas y no pocos temas se nos tomaban de memoria. Pretendí rebelarme sin conseguir más que la ojeriza del dómine. Humillaba mi patriotismo haber de reconocer la superioridad de la escolita pueblerina de Eagle Pass. ¿Sería posible que una escuela de aldea norteamericana fuera mejor que la anexa a un instituto ufano de haber prohijado a Ignacio Ramírez y a Ignacio Altamirano?”, José Vasconcelos, *Ulises criollo. La tormenta*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 77.

⁹¹ Ramírez, “Los estudios metafísicos” (1867), en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, p. 92.

No puedo sino pensar que aquel que quiso enmendarle “la plana a Dios” fue el propio Nigromante, filósofo fallido por menester del autodidactismo y de la política, maestro deseoso de hacer cigarrillos y productor de faroles chinos, es decir, de conocimientos deslumbrantes a fuer de inútiles, mientras que como administrador público quitó piedras para encontrar lodo. Pero esas decepciones no lo hicieron abandonar su empeño: estudiar el mecanismo de la palabra, del lenguaje articulado y regulado gramaticalmente y de allí pasar a la literatura, observaciones que postuló, empíricamente, merced a su estudio del español y de la descripción de las lenguas indígenas de México, como resume Martínez Carrizales. José Luis Martínez, en cambio, cree que Ramírez, al quererlo abarcar todo, apreto poco y hemos de conformarnos con “chispas de su talento”.⁹²

En un caso, Pimentel lo puso en ridículo en un suelto publicado por *El Siglo XIX*. Ramírez ofreció una conferencia en el Liceo Hidalgo, la academia fundada en 1850 para impedir que el derrotado país se hundiese en el ostracismo cultural. Chambona, su charla versaba sobre “La poesía erótica de los griegos” que El Nigromante idealizaba moral y estéticamente, sin historia ni instrucción, dándoselas de pagano, cuando en realidad ofreció sólo una charada bucólica.⁹³ El “eclectico” conservador Pimentel le respondió en 1872 con una muy completa “Impugnación” donde demostraba que los griegos, fuesen de Atenas o de Esparta, creían en dioses inmorales y eran además de sodomitas convictos y confesos, infanticidas, vicios abominables que transmitieron —no todos, por suerte, dice el crítico— a los romanos. “Pero lo que más sorprende”, dice Pimentel a manera de estocada final, es “ver” en la charla necromántica “el nombre de Lucrecio entre los poetas eróticos de la Grecia. Lucrecio no era griego, sino latino”.⁹⁴

⁹² Martínez, “La poesía y los estudios literarios de Ignacio Ramírez”, en *Obras completas*, IV, *op. cit.*, p. XXIII.

⁹³ Ramírez, “La poesía erótica de los griegos”, en *Obras completas*, IV, *op. cit.*, pp. 144-163.

⁹⁴ Francisco Pimentel, “Impugnación al discurso ‘Sobre la poesía erótica de los griegos’, de Ignacio Ramírez” (1872), en Ramírez, *Obras completas*, VIII, *op. cit.*, p. 342.

Ignoro si Ramírez tuvo con Pimentel la gallardía que con él había tenido Castelar de darse por apabullado.

Pero más allá de esa mala tarde, que seguramente hizo las delicias del helenofílico Reyes cuando la leyó, a lo largo de su vida don Alfonso fue deponiendo su despectiva hostilidad ante los maestros liberales y dijo que a Ramírez sus contemporáneos lo admiraron sin entenderlo. En la fragmentalia necromántica Reyes vio un nietzscheanismo en bruto, desde la primera vez que lo rescató de la mediocridad ambiente, poética y literaria propia, según él, de la generación liberal y dijo en “El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX” en 1911:

Ignacio Ramírez, fagozo y desigual; ya endeble, ya robusto; jacobino con sentido de las tradiciones, indio e indianista de entrañable casticismo hispano; cuyos dones literarios y aciertos poéticos, en verso y en prosa, son únicos en su generación (recuérdese su discurso de Septiembre, su página sobre el Pensador, el soneto al amor y aquel epigrama que hizo pensar a Menéndez Pelayo en la Antología Griega); ora arrebatado y fantástico, ora estoico y sereno —con esa serenidad que hace temblar—; con mucho de fuego y mucho de bronce, verdadero enigma para la crítica, que aún no ha llegado a enfocarlo cuidadosamente, no cultivó la poesía descriptiva, no “hizo paisaje”, porque era poeta filosófico y subjetivo, y es lástima tener que dejarlo fuera de nuestro examen.⁹⁵

No podía ser paisajista un dionisiaco, se irá convenciendo Reyes con los años. Pese a “la fantasía y por la musa política del partido”, Ramírez y su voz corren “como río de fuego y sueño, donde truecan y se atropellan imágenes gallardas y vigorosos cuadros históricos” pese a “sus equivocadísimas generalizaciones”, dira Reyes en 1914 en su examen de Fernández de Lizardi.⁹⁶

⁹⁵ Alfonso Reyes, “El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX” (1911), en *Obras completas*, I. *Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, pp. 252-253.

⁹⁶ Alfonso Reyes, “*El Periquillo Sarniento* y la crítica mexicana” (1916),

En el que fuera un inédito sobre la intervención francesa de 1863-1867 y sus consecuencias, Reyes ve a El Nigromante en un cuadro mayor, pues “Juárez y sus hombres forman, en la historia, un grupo de bronce simbólicos. Entre ellos, el austero indio humanista, Ignacio Ramírez, raro ejemplo de armonía clásica que se recomponía sola entre las desgarraduras de la guerra civil”.⁹⁷ En Río de Janeiro, en el año de 1933, Reyes divaga sobre Mallarmé y pasa sin previo aviso a “la galería de maestros americanos”, a propósito de Graça Aranha, para decir que “Ignacio Ramírez levanta, en México, su trágica máscara de indio, y acusa de fraude a las civilizaciones que pisan sobre carne humana”.⁹⁸

Sólo en una ocasión, inofensiva, al burlarse de su amor de viejo, Reyes se atreve a llamar a Ramírez, Nigromante, como si supiera que a través de esa boca suya mentían los muertos y se levantaría una necromentira, danza frenética de quien se cree traicionado por la civilización (y para fortuna apolínea, Ramírez murió victorioso) sobre la historia de México, precisamente en ese discurso del 16 de septiembre de 1861, el de las cuentas alegres, puesto que humillados los conservadores todavía faltaba enfrentar la prueba napoleónica, cuando Luis Bonaparte envió a un rey liberal para ser fusilado por los liberales mexicanos.

“Por algo soy El Niogromante”, se jactaba, pues todo lo sé de la historia de México.⁹⁹

Olvidándose de su propia sátira contra fray Servando en ese tremendo discurso, El Nigromante convierte en estratosférica la

en *Obras completas*, iv. *Simpatías y diferencias. Los dos caminos. Reloj de sol. Páginas adicionales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 176.

⁹⁷ Alfonso Reyes, “XXVI. Intervención napoleónica en México y sus antecedentes”, en *Obras completas*, v. *Historia de un siglo. Las mesas de plomo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 278.

⁹⁸ Alfonso Reyes, “Sobre la tumba de Graça Aranha”, en *Obras completas*, xii. *Grata compañía. Pasado inmediato. Letras de la Nueva España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 278.

⁹⁹ Francisco Monterde, “Prólogo”, en *Obras completas*, viii. *Páginas sobre El Nigromante*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989, p. 321.

mitología de la antigüedad moderna postulada por Bustamante y establece la gran mentira romántica que será la historia oficial mexicana desde entonces, y sin aquella pieza de Ramírez tampoco se entiende lo que en el siglo siguiente será la ideología de la Revolución mexicana y su nacionalismo, junto con el mito aglutinador del mestizaje. Empieza El Nigromante, a quien literalmente lo excitaba la Guerra de Independencia (a partir de entonces todo comienza con mayúscula) con la divinización del cura Hidalgo:

Hacer de la fraternidad el grito de guerra para una nación oprimida, y la cuna de sus instituciones, no fue la inspiración de Moisés, que sobre todas las clases levantó al levita, ni fue el programa de Mahomet, que con la sangre de los infieles levantaba su espada, ni ese acento de redención se escapó de los labios de Washington, que antes bien, a ejemplo del primer Bruto, retiró el manto de la República de las espaldas del esclavo: sólo el grande libertador de México ha tenido valor para llamar, las primeras, bajo su glorioso estandarte, a las turbas envilecidas.¹⁰⁰

Todo cuanto sea exactitud histórica (imposible nombrar a Fernando VII, al menos como pretexto, de la algaraza de Hidalgo) ha desaparecido, pues El Nigromante, a quien incluso Reyes tiene por “indio” supraesencial aunque no lo fuese, ha de crear nación como un acto de brujería telúrica:

Descubra la ciencia en mi patria las momias de cien épocas enteradas por cien diluvios bajo las bases del Popocatepetl y del Iztaccíhuatl; niegue si quiere la historia que el cielo estrechó entre sus brazos un día a la virgen América, y la dejó fecundizada, alejando sus amores para ocultarlos del harén donde prodigaba sus caricias al Asia, a la África y a la Europa, y declárense razas expósitadas todas las que poblaron en los primeros tiempos el Nuevo Mundo; yo sólo sé que los reyes desde entonces se aclimatában muy mal en el

¹⁰⁰ Ramírez, “Discurso cívico”, en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, p. 253.

suelo mexicano; yo sé que las instituciones se levantaron hasta la República, la arquitectura hasta los palacios y los templos, la poesía hasta la epopeya, y la ciencia hasta encerrar los días del año y las estaciones en un círculo de pórfido, desde cuyo centro el sacerdote revelaba la expedición misteriosa del sol por el Zodíaco; y yo sé que entre esas naciones se presentó la azteca, guiada por un genio sobrehumano, que en el canto de una avecilla le clamaba sin cesar: ¡adelante!, ¡adelante!, desde tan antiguo apareció en nuestra patria el oráculo de la reforma. Pero esa nación cayó luchando con Cortés, y tardó tres siglos para curarse de sus heridas.¹⁰¹

Aun más fabulosa que la predicación americana de santo Tomás, ridiculizada por el propio Ramírez años después, es la invención desquiciada de un republicanismo azteca, pero El Nigromante está en ánimo de demiurgo, a veces más cercano a los magos combatientes de *El señor de los anillos* que al criticismo de los “inventores” decimonónicos de naciones. Diez años después, más crítico, será uno de los primeros en proponer la “tesis calórica” como explicación del canibalismo azteca y se aventará la humorada de decir que las naves españoles transportaban “una colección de rendtores” para alimentarlos.¹⁰² Pero en la Alameda septembrina de 1861, lo que sigue en el discurso es el predecible cuadro de la Nueva España como Edad de las Tinieblas, intocable durante la primera mitad del siglo xx, al menos hasta que Paz lo puso en picota en *El laberinto de la soledad*. Del fracaso de la primera insurgencia sólo tenemos la burla de Ramírez contra el virrey Venegas (1810-1813), quien la creyó casi extinta del todo, para que el brutal Calleja (1814-1816) la liquidase, aunque se engañaban los españoles pues “no conservaban sino ese oculto temor que los tiranos y los supersticiosos tienen siempre al ruido de sus propios

¹⁰¹ *Ibid.*, pp. 253-254.

¹⁰² Ignacio Ramírez, *Historia política de México. Las naciones primitivas* (1871), en *Obras completas*, II. *Escritos periodísticos*, edición de David R. Maciel y Boris Rosen Jélomer, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989, p. 23.

pasos; los que marchan sobre tumbas, temen que se despierten los que duermen en ellas”.¹⁰³

Mientras su discípulo Altamirano hubo de reconocer la validez “sociológica” y cultural de la idolatría de los mexicanos por la Virgen de Guadalupe como enseña nacional, a Ramírez no se le ocurre tal cosa (“nosotros recordamos con indignación a la barragana de Cortés, y jamás olvidaremos en nuestra gratitud a doña María Josefa Ortiz de Domínguez, la Malintzin inmaculada de otra época que se atrevió a pronunciar el *fiat* de la Independencia”)¹⁰⁴ y dedica varios párrafos de su discurso a esa fugaz y novedosa mario-latría laica, para regresar al pueblo de Dolores donde, como en el Génesis, “dijo Dios sea la luz” y “la aparición de México”, gracias a Hidalgo, “se verificó entre una tempestad de rayos, que no se apaga todavía; felicitémonos porque nos ha sido dado contemplar este espectáculo sublime, aun cuando seamos sus víctimas; ¡silencio y confusión para los cobardes!”¹⁰⁵

“¿De dónde venimos? ¿adónde vamos?”, se pregunta como un adolescente, Ramírez, pues el enigma de la nación atormenta a los países jóvenes, pero al abogado ya le tiene preparada la respuesta El Nigromante que hace la propaganda del mestizaje, pues “si nos encaprichamos en ser aztecas puros, terminaremos con el triunfo de una sola raza, para adornar con los cráneos de las otras el templo del Marte americano; si nos empeñamos en ser españoles, nos precipitaremos en el abismo de la Reconquista; ¡pero no!, ¡jamás!, nosotros venimos del padre de Dolores, descendemos de Hidalgo”.¹⁰⁶

Hijos unigénitos del cura de Dolores y con la Corregidora de Querétaro, acaso traductora de Fénelon durante su cautiverio, como madrina no necesitamos de la sangre infisionada de Cortés y su barragana como pareja primordial. Acto seguido pinta un retrato nestoriano del industrioso aunque colérico padre Hidalgo, “cuando, al recibir el

¹⁰³ Ramírez, “Discurso cívico”, en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, p. 255.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 255.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 256.

¹⁰⁶ *Ibid.*, pp. 256-257.

mensaje de la heroína, se sintió tocado simultáneamente por la mano de la muerte y la mano de la gloria”, cosas que sólo sabe quien escucha, como Ramírez, las confidencias de la muerte. “Los indígenas, inmóviles como sus ídolos, lo contemplan sin comprenderle”, pero no importa cuando de liberar esclavos se trata y desde las alturas del Popocatepetl, “el viajero que se empeña en escalar” ese trono podrá mirar con desdén los “cadáveres políticos” de Miramón (cuya muerte en 1867 Ramírez profetiza), Comonfort, Santa Anna, Anastasio Bustamante e Iturbide (única mención al indeseable autor de la Independencia cuyos dos huérfanos imperiales serán adoptados después por Maximiliano y Carlota, pareja infértil). No se quería acordar El Nigromante que el primero que deseó ser llamado “Alteza Serenísima” no fue Santa Anna-pata de palo, sino don Miguel Hidalgo y Costilla.

Viene luego el martirologio de los liberales (a propósito de la matanza de Tacubaya escribirá Ramírez uno de sus poemas políticos más elocuentes en 1859) y después la amenaza del ateo, insatisfecho con la victoria de la Reforma:

Pero el edificio religioso aún no está concluido, díganlo nuestras luchas sangrientas. El catolicismo romano, pagano en tiempo de los césares, feudal en la Edad Media y monárquico hoy día, en vano se pone la careta de la democracia para que se le conozca la tea revolucionaria: toda nuestra esperanza se fija en los innumerables y buenos creyentes que, fieles al estandarte del Crucificado, no quieren verlo arrancado de los templos para que sirva de picota a la puerta de los palacios; ellos lo proclaman símbolo de caridad y justicia, y no de ambición y de rencores; por eso ellos nos prometen que un día, la primera bendición del sacerdote será para la democracia, y el primero de sus anatemas para la intolerancia y el despotismo.¹⁰⁷

El discurso sentimental del más penetrante de nuestros modernos decimonónicos, que les tomaba declaraciones taquigráficas a los muertos, termina preguntándose por qué pudiera morir tan

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 259.

joven México, la hija del cura Hidalgo, amenazada desde el exterior por los antiguos y nuevos imperios. Pero ante la agresión que se prepara, El Nigromante sólo ofrece como bálsamo una nueva travesía en el desierto, siguiendo el ejemplo mesiánico de Hidalgo. No aparece en este discurso cívico su enemigo Juárez, cuya canonización correrá a cuenta de la generación siguiente. Pero sí el párrafo dionisiaco que intercaló Reyes en su *Religión griega*:

Ante estas evocaciones, viene a nuestra mente el fiero lamento de Ignacio Ramírez, en un instante de exasperación nacional: “Y si la civilización nos traicionara, no vacilaríamos en sacrificarla, refugiándonos entonces en esa frontera hospitalaria para todos los perseguidos, donde nos entregaríamos todas las noches a la danza frenética, inspiradora de las cabelleras.” (Discurso en la Alameda de México, 16 de septiembre de 1861). Tal es el grito dionisiaco en boca de un indio mexicano. Las remotas danzas epilépticas corresponden a los cultos de Ártemis y Dioniso.¹⁰⁸

La amenaza de El Nigromante, por fortuna, no se cumplió, siendo innecesario “que el Dios de la guerra se levantase sobre una pirámide de esqueletos humanos” pese al Imperio de Maximiliano y su derrota, pese a la República Restaurada y sus desaveniencias, a pesar de la dictadura positivista de Porfirio Díaz cuyo alumbramiento Ramírez bendecirá. No, la civilización no nos traicionó. El Nigromante, un muerto para el cual en el futuro de México muy bien podía estar la nada. Creía en el Progreso con la condición de que una civilización que no acababa de nacer, la nuestra, adquiriera conciencia precoz de su mortalidad. A los porfirianos y a los priistas les fue muy conveniente congelarlo en el calendario cívico. Acaso despierte y haga hablar a alguien, no se sabe nunca con los nigromantes. Pero es ocurrencia de fariseo eso de soñar con ver volver de la muerte a un prócer a tomar nota de cómo está el mundo de los vivos.

¹⁰⁸ Alfonso Reyes, *Religión griega*, en *Obras completas*, xvi. *Religión griega. Mitología griega*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, p. 176.

3. DE LA AMISTAD EN LA VIDA Y EN LOS LIBROS: FIDEL Y EL NIGROMANTE

Fueron tan íntimos como varias de las parejas de amigos recreadas por Ricardo Sáenz Hayes en *De la amistad en la vida y en los libros* (1942), como Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, Montaigne y La Boétie, Boswell y Johnson, Carlyle y Emerson, entre otros. Sin embargo muy poco sabemos de esa intimidad, la de Prieto y Ramírez, debido a que las cartas que intercambiaron al menos entre 1863 y pocos meses antes de la muerte de El Nigromante, fueron cartas públicas, aunque no se publicaran todas, pues estaban dirigidas a la patria en general, y en particular, en la minucia topográfica y en el aullido redentor. Debe haber otras, perdidas o inéditas, que nos hablen de su privanza, si es que la hubo, aunque es probable que se comunicaran, en ese orden, a través de la poesía sentimental publicada en los diarios. No es del todo una novedad que la intimidad sea un negocio particular ni una empresa pública.

Tras Juárez, llamado El Impasible, acaso Prieto y El Nigromante sean los más vistosos de los reformistas de 1857 (curiosamente las propias Leyes de Reforma no fueron incluidas, explícitas, en la Constitución de aquel año sino hasta 1873, según aclara González y González), quienes nacionalizaron la riqueza eclesiástica, suprimieron las comunidades religiosas de varones, hicieron laico al matrimonio, secularizaron los cementerios, borrarón el santoral y establecieron la libertad de cultos. Fueron víctimas de crímenes de guerra como los cometidos por Márquez en Tacubaya, aunque también los cometió el liberal Zuazua en Zacatecas. “La sobremotividad”, concluye el temperado González y González, “empujó a la mayoría a abrazarse a la musa del romanticismo; la compulsividad los condujo a un liberalismo impetuoso, y la poca capacidad de olvido los hizo usar inmoderadamente la piqueta y el fusil contra las obras y los operarios de la tradición mexicana”. Aquel “elenco furibundo” no hubiera querido dejar “piedra sobre piedra”.¹⁰⁹

¹⁰⁹ González y González, *La ronda de las generaciones*, op. cit., pp. 22 y 32.

Para despedirnos de ambos (aunque con el sobreviviente Prieto, como con el último de los Goncourt, habremos de seguirnos topando, memoria de su siglo que casi arañó el siguiente) sigamos un rato su correspondencia que no ha sido editada en un tomo independiente, sino hay que cotejarla en las obras completas de uno y otro liberal. Empieza El Nigromante, desde su querido Mazatlán donde no parece muy convencido de que la república agredida por los imperialistas la libre. Nigromante al fin, en agosto de 1863 le advierte al casi siempre optimista Fidel que está en San Luis Potosí, que ve signos funestos. No está tan seguro Ramírez de seguir a Juárez en una batalla que parece perdida, y amistar al Nigromante con don Benito fue una de las obsesiones fracasadas de Prieto, fiel hasta el martirio, como famosamente casi le ocurre a su presidente y a él.

Acaso Prieto le había reclamado a Ramírez su falta de ardor guerrero y así le responde, preparándose para el destierro en la Alta California, en los Estados Unidos:

¿Y cómo no ponerme a salvo, cuando veo que no tenemos ejército nacional y permanente? A éste lo hemos destruido por su incapacidad y sus desórdenes; y en cuanto a la guardia nacional, no hemos sabido formarla. Los que componen hoy la mayoría de nuestros defensores se disponen a correr sin avisarle a nadie; ellos te abandonarán en San Luis Potosí, si no te anticipas, y no te canses Fidel, eres digno de lástima porque no has sabido emanciparte de esos buenos señores para arreglar a tu placer las marchas estratégicas. Ni siquiera puedes disfrutar como yo de los placeres del camino. ¡Cuánto darías por ser mi compañero de viaje!¹¹⁰

En noviembre de 1863, Ramírez le escribe a Prieto tan pronto aborda para dejar Mazatlán (un año exacto después, ese puerto será

¹¹⁰ Ignacio Ramírez, *Obras completas*, III. *Discursos. Cartas. Documentos. Estudios*, edición de David R. Maciel y Boris Rosen Jélomer, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1985, p. 115.

mandado bloquear por Maximiliano) rumbo a San Francisco. Las noticias siguen siendo las peores. Un mes antes se le había ofrecido formalmente la corona de México al habsburgués y el 22 de noviembre, Juárez y su gobierno, la llamada “familia enferma”, tomará camino del norte. Si bien la batalla de Mazatlán no será sino hasta marzo de 1864, la población está alarmada y El Nigromante se lo hace saber a Fidel, aunque prefiere cierto lirismo:

El mar está tranquilo; algunas aves buchonas se precipitan sobre las aguas para sorprender a su presa, y con ellas merodean otras aveci-llas, que por lo pequeño y lo elegante, no me parecían de rapiña. Respetables peces asoman la cabeza, las aletas del espinazo y en seguida la cola. Todo el mundo pesca; y yo sólo me ocupo de la bella literatura.¹¹¹

El primero de enero El Nigromante ya le escribe llegando a San Francisco. Ha iniciado su experiencia angloamericana y las voces que se expresan a través de ella no son las de los muertos, sino el griterío, fascinante para el universalista y desconcertante para el nacionalista, ambos cautivos en el alma necromántica:

El vapor está coronado de pasajeros: los yankees mascan tabaco, los alemanes fuman su pipa, los franceses comen pastillas, los mexicanos saborean alguna fruta y los españoles dan gracias a Dios como si éste se ocupara exclusivamente de ellos y de sus equipajes. El buque extiende una aleta sobre el muelle, y todos caemos en los brazos, no amorosos, de la aduana. ¡Ay del que lleve plata! perderá uno o dos días para obtener una licencia de desembarco. La California no es un pueblo como todos los conocidos; los lazos que unen a sus habitantes son casuales y de pura conveniencia; el comercio, las minas y ciertos resabios de filibusterismo, es un conjunto de colonias, y su puerta es la feria de San Juan, permanente; si esos aventureros de todas las naciones levantasen hoy su campamento, no

¹¹¹ *Ibid.*, p. 118.

dejarían a la bahía por corona sino basura; sólo el genio de México descubre allí una patria y la llora perdida.¹¹²

Como es usual, El Nigromante es profundo. Se une al coro de los antiguos que ve en la novedad de los Estados Unidos, una grosería moderna, la civilización del dinero y del desperdicio, su ausencia, dirían aquellos positivistas, de “bases orgánicas”. Siendo como es, el autor del “Discurso cívico” de la Alameda de 1861, no puede sino refugiarse en sus muertos geniales. Pero liberal y mexicano, por más dolido que se encuentre por la inmensa incuria del 47, sabe que el sucio futuro no es otro que aquél. Pero en febrero apenas, Ramírez ha regresado a Mazatlán “buscando un jefe capaz de medir su espada con los invasores” pues notoriamente sigue sin confiar en Juárez. Desde enero, Prieto ya le ha contestado a su “Nigromante muy querido”: “Se calza las espuelas mi carta y va a buscarte hasta la orilla del mar” y minucioso, como si la patria no estuviese sucumbiendo, se pregunta,

¿Qué tipo tan chistoso es éste del patriota necesario? ¿Te has fijado, hermano? Estos militares han estado en todas las campañas; si no es por tal advertencia de ellos, Nacho Zaragoza pierde los bártulos, y no tenemos 5 de mayo; llevaron una comunicación salvadora en el hueco de una muela y desbarrancaron a un correo que sé yo dónde; en su casa estuvo escondido Juárez en una época aciaga, y acompañaron a Doblado en una expedición que ellos sólo saben; les regaló las espuelas que calzan Pueblita un día de jolgorio, y tienen a la sombra un hijo natural de cierto personaje, porque son hombres de pecho con candado y sin iguales para los lances: te digo que te vi bien acompañado, y no temí por verte dirigir al país clásico de los alacranes y luego a Mazatlán y Sonora, cuyo derrotero lleva esta carta.¹¹³

La descripción del estamento militar liberal se interrumpe pues Prieto no quiere hablar más de política en “cartas que tienen luego

¹¹² *Ibid.*, p. 121.

¹¹³ Guillermo Prieto, *Obras completas*, xxvi. *Cartas públicas y privadas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, p. 178.

pies de jabón y se resbalan”, es decir, que pueden ser interceptadas por el enemigo, y sigue su carta fraterna como si de uno más de los viajes de orden suprema se tratara, aunque esta vez la orden suprema sea la de la patria liberal. En ese mismo mes, pero desde Saltillo, la siguiente carta de Prieto es doméstica y habla de los “momentos supremos de instalación” cuando en aquella ciudad deben establecerse, en “el más dichoso de los desórdenes” las familias del gobierno en fuga, aquel que fue llamado “la familia enferma” porque Concepción Lombardo de Miramón (1835-1921), viuda del general imperialista Miramón, cuenta en sus *Memorias* póstumas (1980), que la carroza presidencial de Juárez, hermética y custodiada, recorría el país y los lugareños preguntaban a los guardias quiénes viajaban en ella. “Una familia enferma”, les decían.

La siguiente misiva de Prieto, del 6 de febrero de 1864, ya no es tan animosa y tiende a la nostalgia de la juventud perdida de los años de la Academia de Letrán:

¿Qué fueron de nuestros tiempos, Nigromante, dulces y alegres, cuando Dios quería, como dice el poeta? Ahora nuestras cartas son trechos de aguas turbias y estancadas, que reflejan borrascosos cielos; paisajes que desnudan la proximidad del invierno de la vida, y largos tramos de desierto monótono; ¿qué fueron nuestros tiempos, cuando los dos, envueltos en nuestros desastrosos *barraganes* y sin medio en el bolsillo, nos extraviábamos en vericuetos y casas de vecindad; cosechábamos de frailes, de boticarios y lavanderas tesoros de crónica escandalosa, y si en la Retana nos embebecía zapeando el pueblo, en los títeres no nos faltaban peripecias teatrales, ni en la Academia luz de inteligencia para iluminar la inmensa escala que tenía que recorrer el ingenio, para pasar desde Isaías o Habacuc con Pesado, hasta Montalayo y el Señor del Veneno, con aquella bailadora Bernarda o con Juana la Tangos, la más sublime cantora de jarabe y la mejor confeccionadora de mole verde que han visto y tendrán que recordar los siglos?¹¹⁴

¹¹⁴ *Ibid.*, pp. 186-187.

Y Prieto le cuenta de lo que está escribiendo Francisco Zarco y detalla las lecturas de los fugitivos (Walter Scott, a esas alturas del siglo, sigue siendo el preferido) y asume, feliz, que la casa de Juárez “es vista por los emigrados como la casa paterna” y se inunda de gente a la menor provocación. Allí se bebe y se canta, entregados “a las satisfacciones que brinda esa casa, irreprochable y de sumo agrado en sus intimidades”.¹¹⁵ Pero El Nigromante está en plena batalla de Mazatlán y en marzo le narra a Fidel:

Parece que el enemigo, por ahora, se propone estrechar el bloqueo y darnos algunas leccioncitas; nosotros seremos los aprovechados, como vas a ver por los acontecimientos de Semana Santa. El miércoles santo, a las ocho de la mañana, corrió por la ciudad el rumor de que los franceses preparaban un ataque; la población se puso en movimiento; las señoras salían a la calle; los ciudadanos pacíficos se dirigían al dominante cerro de la Nevería, los soldados se concentraban en sus cuarteles; y yo me fui con la multitud a presenciar desde lugar seguro, como tú y yo acostumbramos, las peripecias de la guerra. Quise almorzar antes, por temor a los desmayos, y llegué un poquito tarde, pero de veras, muy animado.¹¹⁶

Como es natural, ni Prieto ni Ramírez arriesgaban la vida temerariamente, mucho tenían que guardar del mundo mexicano para la posteridad y así se lo dice, de poeta a poeta, El Nigromante a Fidel: “Como tú y yo no somos héroes, nada tenemos que temer”, eso tras confesarle a su amigo que finalmente se ha convencido de que “el sistema de don Benito triunfa en todas partes”.¹¹⁷ En su carta anterior, Prieto le pregunta al mercurial luchador juarista:

Y tú ¿no escribes? ¿qué te ha acontecido? ¿Te faltan fósforos? ¿Escasea el agua de colonia por esos mundos? ¿O hay algún diablillo por

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 188.

¹¹⁶ Ramírez, *Obras completas*, III, *op. cit.*, pp. 127-128.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 130.

allí que te elogie, únicas cosas que te ponen de flato y te hacen reñir con la péñola? Nigromante adiós. Tuyo como siempre, *Fidel*. PD. Te iba a describir las criaditas de doña Crucita; pero son ordinarietas, y ya estamos viejos para esas cosas.¹¹⁸

El 17 de febrero, Prieto le anuncia el viaje de exploración de los juaristas a Monterrey donde el gobernador, Santiago Vidaurri, los rechaza con grosería: “El señor Juárez, que en todas estas aventuras no ha perdido su calma habitual, se encuentra gravemente enfermo de derrame de bilis. No te suceda otro tanto por carta tan insulsa.”¹¹⁹

No es sino hasta el día siguiente que Fidel recibe la primera carta mazateca de El Nigromante y le advierte que no quiere darse “por entendido de tu primera carta fechada en Mazatlán, que hasta ayer recibí, ni contarte mis excursiones campestres, ni distraerte con la descripción de mis presentaciones a visitas, en donde no han faltado sus guitarras complacientes, sus canciones sentimentales, sus ancianas literatas y sus niñas que saben de pe a pa a Dumas y a Soulié; y saben decirle a los viejos hipócritas, Rodines, y a los jóvenes valientes, calaveras y simpáticos, Artañanes, con muchísima de la gracia. Ahora sólo quiero narrarte una especie de leyenda que me contó doña Crucita, a quien conoces.”¹²⁰ y que refiere la leyenda de un crimen pasional entre hacendados de Coahuila, pues no descansaba Prieto a la hora de completar con todo detalle la leyenda nacional.

Desde Mazatlán, Ramírez se divierte frente al navío francés que bloquea el puerto y le cuenta a Prieto que

mientras todos vemos, reímos, charlamos, comemos, bebemos, jugamos, La Cordelière, apoyada sobre el centro de las tres islas, nos contempla. De cuando en cuando ese gigante enemigo suelta, como si se tratara de un lebre, uno de sus botes y nos deja oír un solemne

¹¹⁸ Prieto, *Obras completas*, xxvi, *op. cit.*, pp. 190-191.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 196.

¹²⁰ *Idem.*

cañonazo; esto con objeto de detener al vapor mercante de San Francisco, o cualquier otro buque que siempre trae bandera norteamericana: el buque amonestado detiene su marcha, el bote se acerca y pregunta si traen armas, municiones o enemigos, y los yankees contestan *godeme*, los franceses traducen: “Nada de eso conducimos”; y a la hora desembarcan enemigos, parque y armamento.¹²¹

Todavía en Monterrey, Fidel le había escrito en ese mayo de 1864 cuando Maximiliano recibe en Bruselas las supuestas actas en las cuales la nación mexicana le pedía su auxilio y protección, una larga epístola donde presenta a los dos amigos tan lejos uno del otro en frentes distintos de la guerra perpetua:

Nacho mío de mi corazón:

Cuenta formal la leyenda
que hubo un cura muy ladino
muerto por armar contienda
por los chismes del vecino.
No le faltaba el taco,
pero le faltaban penas;
y oye, Paco,
murió por cuitas ajenas
el cura de Jalatlaco.

Dispensa me arranque por peteneras antes de empezar la contestación de tus cartas; pero la verdad es que tú y yo estamos de esta suerte por imitar con tantísima fidelidad al señor cura de Jalatlaco, de dulce memoria. Tú, empeñado en buscarle el pelo al huevo, andas dando tumbos y desbarrancándote en aquellos precipicios más llenos de misterios que la cueva de Montesinos; yo, en medio de este calor y de estos arenales y de otros tantos riesgos diarios, acari-

¹²¹ Ramírez, *Obras completas*, III, *op. cit.*, p. 131.

cio la idea de reconciliarles a ustedes, a ti y a don Benito, cosa que me figuro tan fácil que todo será ponerles frente a frente para que se den un abrazo. Lo único difícil es ponerlos frente a frente.¹²²

Esa reconciliación, tan deseada por Prieto, la impuso, *de facto*, la guerra perpetua y se acabó con ella: lejano quedaba aquel medio año, en 1861, en que Ramírez se avino a ser ministro de Instrucción Pública y Justicia de Juárez. El resto de la carta fideliana, la última suya que conocemos de aquel 1864, es un desahogo poético de Prieto en que se burla del imperio en ciernes (“Pues, señor, la cosa es hecha / tendremos emperador. / Habrá corte a la francesa / con sus nobles *comme il faut*”) para enlistar enseguida a los futuros cortesanos mexicanos, pues “el nuevo régimen anda arañando la cubierta en busca de nobles que contribuyan a dorar la situación.”¹²³ Una segunda parte en verso de la carta está fechada en octubre, donde satiriza a don Opas (el arzobispo Pelagio y Labastida) y al historiador Fernando Ramírez, alias “El chino”, superministro de “su majestad austriaca”.¹²⁴

El resto del epistolario conservado es obra de El Nigromante. En noviembre de 1864 le cuenta a Fidel, desde La Paz, en el Golfo de California, la anécdota de cuando creyéndose docto en frenología un amigo cura, copas de jerez de por medio, le mostró el cráneo que conservaba de un santo varón, del que Ramírez nada decía salvo nimiedades lisonjeras hasta que el propio cura le aclaró que se trataba de un asesino, lo cual no impresionó al liberal y le dijo a su amigo eclesiástico que la mayoría de los santos habían empuñado lo mismo la cruz que la espada. En esos mismos lares, en febrero de 1865, El Nigromante insiste en sus diferencias con el presidente (“Si las ciencias exactas que nos alejan tanto de don Benito y de sus ministros, son de tu agrado”) para contarle sus proyectos técnicos para la Baja California (canalización y ferrocarril) y ya desde

¹²² Guillermo Prieto, *Obras completas*, xxx. *Miscelánea*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2003, p. 134.

¹²³ *Ibid.*, pp. 137-139.

¹²⁴ *Ibid.*, pp. 144-145.

Guaymas (menos de diez años después Albert K. Owen llegará a la región con sueños utopistas y Victor Considerant, durante nuestro Segundo Imperio, le escribirá desde Texas al general Bazaine sus cartas sobre la redención del idílico campesino mexicano)¹²⁵ remonta a la antigua Grecia sus sueños de explorador positivista y científico pues “los poetas y filósofos de la Grecia no caminaban de otro modo, visitando las islas que a la luz de la mañana y de la poesía, aparecen tan risueñas. Mis compañeros de viajes no eran republicanos ni filósofos”.¹²⁶

Desde Hermosillo, Sonora, en febrero de 1865 Ramírez amplía sus digresiones a la dieta frugal de los californianos y medita sobre la gastronomía, prueba de civilización, pues en la mesa hay placeres y lazos sociales, mientras se lamenta, al final, que su utopía diaria, aquel Golfo de la California, no haya encontrado poetas a la altura de su belleza, mientras las medianías líricas de la patria ya rodean a Maximiliano y a la emperatriz Carlota de Bélgica. “¡Pobre Golfo, sin mesa y sin lira!”, concluye su carta, “en expiación de esos desgraciados, canta, Fidel, y mientras comerá – *El Nigromante*”.¹²⁷

Si los *Viajes de orden suprema* son meticulosos y exhaustivos, su curiosidad desmerece frente al “filosófico” Nigromante quien desde Sonora, marzo de 1865, le envía por carta a Fidel toda una teoría del baile regional y afirma, ¿retóricamente?, la existencia de Dios al explicarse los dos modos en que se origina la música, “primero”, aduce, “por ruidos armoniosos como los que arman los herreros, y que no te deseo; pero no ha habido herreros en el nuevo continente; y segundo, por una enseñanza de la divinidad; en ese sistema, Dios pone nombre onomatopéyico a cada uno de los animales, y canta; y los animales de la especie designada contestan en coro: ¡ay! ¡que hacía aquélla cuando se enojó por la mordida de la fruta vedada”.¹²⁸

¹²⁵ Carlos Illades, *Las otras ideas. El primer socialismo en México 1850-1935*, México, Era, 2008, p. 110.

¹²⁶ Ramírez, *Obras completas*, III, *op. cit.*, p. 143.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 149.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 152.

No desmerecerían en alguna página de Balzac las descripciones de El Nigromante de los aldeanos sonorenses, con cura y alcalde por delante del elenco. Y de la aldea Ramírez pasa a hacer su teoría del teatro (un tomo completo de sus *Obras completas* está dedicado a ese dramaturgo desconocido que fue). Luis de Tavira, el enterado prologuista, sorprendentemente no lo descalifica:

A diferencia de otros dramaturgos de la época —Zorrilla, por citar un caso paradigmático— los textos de El Nigromante revelan una mayor preocupación por la teatralidad que por la forma literaria. En el teatro de Ramírez el acabado formal de los diálogos es fallido, pero la estrategia dramática es brillante y de una complejidad de elaboración poco común en el teatro casi siempre hueco de aquellos años. Aun a despecho del valor poético, la visión de Ramírez es puramente teatral.¹²⁹

En marzo de 1865, supongo que un impaciente Prieto, recibe opiniones políticas del santo ateo del desierto y es notorio cómo, al referirse al resto de los liberales combatientes como “ustedes”, se excluye de “la familia enferma” que va a llegar en agosto a la frontera con los Estados Unidos. Se establece el gobierno en el Paso del Norte pero con un Juárez renuente a dar un solo paso más allá, que el enemigo pudiera interpretar como un abandono del país:

Hace dos años, entre diputados y otros funcionarios, eran ustedes más de mil los que representaban a la nación; ahora no llegan a treinta, contando con [Matías] Romero, que tanto está ayudando en los Estados Unidos para que los del Sur sean dominados por los del Norte; ¿qué sería de ambas repúblicas sin nuestro diplomático?. ¿Cree usted, mi dulce amigo, que ocho millones de mexicanos estén bien representados en una guerra extranjera por treinta personas que juegan, enamoran o intrigan, cuando no corren?¹³⁰

¹²⁹ Luis de Tavira, prólogo a Ignacio Ramírez, *Obras completas*, v. *Teatro*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989, p. XIII.

¹³⁰ Ramírez, *Obras completas*, III, *op. cit.*, p. 157.

Sabe bien Ramírez que la victoria de la república depende, como ocurrió, del triunfo de Lincoln contra los sureños confederados, pero el desierto acentúa en él los rasgos necrománticos. Oracular a veces, profético en otras ocasiones, a Ramírez le tienta profesar de “intelectual independiente”, lo cual era imposible en aquellos tiempos. Cuando ejerce de apóstol, actúa como una tormenta devastadora de todo antiguo régimen, tal como pinta Altamirano al Ramírez ministro de 1861, pero cuatro años después, en Sonora, “aquella Mesopotamia” situada entre los ríos Yaqui y Mayo, dueña de “un inmenso porvenir”, está más cerca de los indios yaquis que de Maximiliano y su Imperio. Entonces culpa a los mexicanos de su suerte por su inalterable y profundo papismo. Cosa curiosa, lanza una crítica de la idea de representación en aquel siglo no precisamente idiota, no muy distinta a la expresada por el conservador Alamán al final de su vida en una carta a Santa Anna¹³¹ y le dice a Prieto, poniendo en duda metodológica que, sea la Iglesia o sea la Constitución, don Benito (o cualquier otro en su lugar) en verdad represente a alguien. Usa el extraño recurso de atribuir la carta a una admiradora sonorensa de Fidel, supongo que para prevenirse en el caso de que el mensaje herético cayera en malas malas:

Ambos sistemas de organización social no pueden existir bajo este supuesto: *unos individuos han nacido para representar y otros para ser representados*. Pero, ¿qué cosa es representar? Es hacer el papel ajeno: es fingirse otra persona; es sustituir a la cara la careta. ¿Y puede ser acertado un sistema que necesariamente se funda en la mentira? Entre un Congreso y un Concilio no hay diferencia; el Espíritu Santo, en cualquiera de las dos corporaciones, si no se vendía al papa o a don Benito se vería relegado a la minoría y excluido de los grandes negocios y esperado a la puerta por la ley contra los conspiradores y plagiarios.¹³²

¹³¹ José Antonio Aguilar Rivera, *Ausentes del universo. Reflexiones sobre el pensamiento político hispanoamericano en la era de la construcción nacional, 1821-1850*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 224.

¹³² Ramírez, *Obras*, III, *op. cit.*, p.158.

Quizá el doctor Mora lo hubiera estado, Alamán desde luego, pero el buen Fidel no estaba de humor ni tenía aptitudes para discutir el nudo inextricable de la democracia: la representación. Y la última carta de Ramírez a Prieto recogida en las *Obras completas* también incluye otro asunto de calado para el desértico Nigromante, admirador de Mahoma: ¿cómo los tiempos modernos pueden ver nacer una nueva religión? Artículo en forma de carta, sin fecha pero quizá ya de 1877, Ramírez introduce a su amigo sobre la experiencia de los mormones, concluyendo: “Yo te presento un mundo helado: anímalo con el sol de tu inteligencia: sepan los mormones algún día, que por el Lago Salado pasó el año de 1877 un poeta.”¹³³

En efecto, El Nigromante de los últimos años es un poeta y el poeta más vulnerable, el poeta enamorado. En *Rosario la de Acuña. Un capítulo de la historia de la poesía mexicana* (1920) cuenta López Portillo y Rojas, siempre imparcial al tratar los asuntos de El Nigromante:

Ramírez fue casado con una joven bellísima, llamada Soledad Mateos, hermana de don Juan, elocuente tribuno y popular novelista. Perdió a su esposa, de quien estaba profundamente enamorado, en 1872. Afirma Altamirano que las excelsas virtudes de esa dama fueron el consuelo único del gran hombre, durante su vida llena de penalidades, y que la amó con amor profundo y tierno hasta su muerte. Si tal afirmación significa que Ramírez no haya amado a nadie después del fallecimiento de su esposa, resulta plenamente desmentida por el tenor mismo de las poesías de dicho señor, porque en ellas aparece paladinamente confesada su nueva pasión por Rosario de la Peña. Confrontando fechas, puede asegurarse que, poco tiempo después de acaecida la pérdida de su consorte experimentó El Nigromante esa atracción hacia la heroína de Nocturno, porque aquella defunción se verificó en 1872, y son de esa misma fecha varias de las poesías dedicadas a Rosario. Es probable por lo

¹³³ *Ibid.*, p. 179.

mismo, que pronto haya encontrado consuelo aquel hombre sencillo y afectuoso, en el trato de la hermosa y romántica joven a quien encontró en su camino.¹³⁴

Rosario de la Peña y Llerena (1847-1924) fue una dama de sociedad famosa por provocar el suicidio del poeta Manuel Acuña en 1873, uno de nuestros pocos y genuinos mitos románticos, a quien le escribió un celeberrimo “Nocturno”. Tuvo una corte de admiradores en su tertulia de la calle de Santa Isabel, la mayoría de ellos poetas (no sólo Acuña sino Manuel M. Flores, Prieto, el propio Ramírez, Martí) y hasta un general del Imperio, Bazaine, quien por esas fechas enviudó y se casó con una mexicana para no alejarse de su verdadero amor, Rosario, según decían las malas lenguas. En su defensa, asegura López Portillo y Rojas, El Nigromante no era entonces “un viejo caduco” aunque tampoco “un Adonis”, siendo, eso sí, viudo y con cinco hijos mayores, además de ser legendariamente pobre. “Había”, ciertamente, “veintinueve años de diferencia entre él y Rosario, ancho abismo en verdad [...] aunque el autócrata de México, don Porfirio Díaz, era más de treinta años mayor que doña Carmen Romero Rubio, su esposa, y ésta le amó de corazón y fue feliz a su lado”.¹³⁵

El caso es que el amor necromántico no fue correspondido y López Portillo y Rojas comparará los sufrimientos amorosos del casi caduco Nigromante con los del viejo y travieso Chateaubriand. “Enamorarse de una musa demasiado solicitada”, lo dice inmejorablemente Martínez, fue su última desgracia.¹³⁶

El primer sorprendido de que El Nigromante tuviese entre sus voces la del vate y no cualquiera arrasado por el amor senil fue Menéndez Pelayo —nunca es tan brillante ese crítico como cuando

¹³⁴ Ignacio Ramírez, *Obras completas*, VIII. *Páginas sobre Ignacio Ramírez*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989, pp. 138-139.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 139.

¹³⁶ Martínez, “La poesía y los estudios literarios de Ignacio Ramírez”, prólogo a Ignacio Ramírez, en *Obras completas*, IV, *op. cit.*, p. XXIII.

sabe descubrirse ante un heterodoxo— quien dijo que ese “famoso jurisconsulto”, “sectario del ateísmo y del positivismo más crudos, corifeo de la política más crudamente revolucionaria, uno de los principales fautores y ejecutores de las llamadas Leyes de Reforma” es una excepción a la falsa regla —denunciada con razón por don Marcelino— de que los liberales en política suelen ser los románticos más libres y decididos:

Este personaje, cuya audacia demoledora, fría e imperturbable, aterraba a sus propios correligionarios, que le acusaron de comprometer el resultado de su obra por excesiva gala de cinismo: este fanático de la incredulidad, que llegó a rodearse de cierta aura mefistofélica: este terrible y acerado polemista cuya ironía ha llegado a ser comparada con la de Voltaire (aunque suponemos que de la comparación habrá que rebajar bastante, si cambiamos la moneda mexicana en francesa) era, en literatura, clásico como Voltaire: así nos lo persuaden los pocos versos suyos que conocemos, muy esmerados y correctos aunque algo secos; y no lo desmienten sus *Lecciones de Literatura*, que son, como él dice, “más bien gramaticales que históricas y críticas”, y presentan la estética reducida a una fisiología del lenguaje; sentido bastante análogo al del empirismo del siglo pasado. Aunque teóricamente partidario de la independencia literaria y de la creación de una cultura americana, hay en los versos de este indígena de raza más timidez académica que genio. El siguiente madrigal puede dar alguna idea de su estilo:

Anciano Anacreón, dedicó un día
 Un himno breve a Venus orgullosa;
 Solitaria bañabase la diosa
 En ondas que la hiedra protegía;
 Las palomas jugaban sobre el carro
 Y una sonrisa remedó la fuente:
 Y la fama contó que ha visto preso
 Al viejo vate por abrazo ardiente,
 Y las aves murmuran de algún beso.

Al lado de este *epigrama*, que parece traducido de alguno de los más lindos de la *Antología griega*, pueden ponerse los dos sonetos que en el texto de nuestra colección figuran, y en que se desarrolla con mucho primor el mismo tema del amor senil, que era uno de los tópicos predilectos de este poeta. Todos sus versos manifiestan sus buenos estudios y la pureza de su gusto. ¿Quién al leer los tercetos muy acicalados, pero algo premiosos, “Por los [gregorianos] muertos” y “Por los desgraciados”, no descubre al asiduo lector de la *Epístola moral*, aunque el perfume de estoicismo cristiano que embalsama aquella obra maestra se haya disipado en los áridos conceptos materialistas de su imitador?

¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso
 Cuyo precio es el precio del deseo
 Que en él guardan natura y el Acaso?
 Cuando agobiado por la edad le veo,
 Solo en las manos de la sabia tierra,
 Recibirá otra forma y otro empleo
 [...]
 Madre naturaleza, ya no hay flores
 Por do mi paso vacilante avanza:
 Nací sin esperanzas ni temores
 Vuelvo a ti sin temores ni esperanzas.¹³⁷

Estos últimos cuatro versos se convirtieron en el estandarte de la siguiente generación, compuesta de positivistas y de modernistas. “La poesía mexicana”, afirma rotundo, Gutiérrez Nájera “no tiene una página más solemne que ésta de Ramírez. Parece canto fúnebre, acompañado por la voz de la órgano, a las altas horas de la noche, en el coro de una catedral desierta”.¹³⁸ “No concibo nada más

¹³⁷ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, I, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948, pp. 149-151.

¹³⁸ Manuel Gutiérrez Nájera, “Dos estatuas: de Ignacio Ramírez y Leandro Valle”, en Ramírez, *Obras*, VIII, *op. cit.*, p. 97.

triste ni amargo que estas estrofas. ¡Nacer sin esperanza y morir sin ella!”, suspirará el católico López Portillo y Rojas.¹³⁹ Tampoco faltó quien dijera que El Nigromante había sido, declarándose ateo, más piadoso y santo que muchísimos de los autoproclamados creyentes. Quisiera creer que fue Prieto, cuya amistad conservaron, pese a las diferencias políticas. Todavía en 1876, Ramírez fue “puesto en bartolina”, siendo magistrado, por el presidente Sebastián Lerdo de Tejada, cuando se rebeló Díaz con el Plan de Tuxtepec.

Desde los elogios fúnebres de junio de 1879, como el de Parra, al borde de la tumba necromántica, quien dio comienzo a su oración apenado por verlo desaparecer “hundiéndose en el abismo tenebroso del no ser, una figura grandiosa que se destacaba en el espléndido horizonte del pensamiento americano”.¹⁴⁰ No se quedó atrás Sierra, al rendir su propia oración fúnebre en la Sociedad de Geografía y Estadística:

O Dios no existe, o tú tendrás un premio,
tú que sin fe en futura venturanza
tremolaste en la lucha de la vida
la bandera del bien sin esperanza.¹⁴¹

“La pedantería de la posteridad” ha sido benigna con la poesía de El Nigromante, siendo los más vindicativos, Martínez y Aguilar. Entre sus poemas de juventud y los del autor de “Al amor” de 1876, el poema donde se da por vencido ante Rosario y se la deja a sus jóvenes rivales, “cobardes atacándome en gavilla y libre yo mi presa al aire entrego”. Amarga derrota la del viejo Ramírez, el que se había inventado una poesía erótica griega inexistente para exaltar la sensualidad libre y pagana, quedaba condenado, por edad y

¹³⁹ López Portillo y Rojas, *Ignacio Ramírez*, en *Obras completas*, VIII, *op. cit.*, p. 151.

¹⁴⁰ Porfirio Parra, “Ignacio Ramírez, una de las figuras más grandiosas de nuestra historia”, en Ramírez, *Obras*, VIII, *op. cit.*, p. 33.

¹⁴¹ Justo Sierra, “En los funerales de Ignacio Ramírez”, en Ramírez, *Obras*, VIII, *op. cit.*, p. 18.

condición social, a alimentar su estro del amor no correspondido, de la implacable castidad y si se me permite, del voyeurismo. Le tocará ver a otros cortejar a la festejada musa.

Martínez encuentra que

entre estos extremos, son importantes las meditaciones morales en las que expuso sus meditaciones materialistas, en el ciclo de poemas dichos en las conmemoraciones de la Asociación Gregoriana entre 1867 y 1872 —años de paz después del triunfo de la República—; y los hermosos poemas de viudo desválido, después de la muerte de su mujer Soledad Mateos, y con el tema del enamorado viejo, que dedicó a Rosario de la Peña, entre 1872 y 1876. Algunos pasajes de los tercetos “Por los gregorianos muertos” son el punto más alto de la poesía mexicana de tema moral. Y en la poesía erótica, dentro de la especial vena de Ramírez que no es la exaltación ni el gozo sino la de la renuncia desolada y orgullosa, escribió también poemas tan hermosos como el soneto antes citado y pasajes afortunados por la intensidad y la pureza de la expresión o por sus reminiscencias clásicas.¹⁴²

Toma el relevo Aguilar y concuerda con “el espléndido soneto iracundo” que escribiese Ramírez sobre Tacubaya (a los asesinos conservadores “no les dejemos ni una fuente pura, / si es posible ni estrellas en el cielo”)¹⁴³ y a “la breve obra maestra” de los versos de álbum, escrita por nuestro enamorado en el de Rosario de la Peña (“Ara es este álbum; esparcid cantores, / a los pies de la diosa, incienso y flores”). Remata Aguilar (1956) coincidiendo con Martínez (1918-2007) en que “son muy buenos, en efecto”,¹⁴⁴ los versos de Ramírez a su esposa Soledad, como aquel que dice:

¹⁴² Martínez, “La poesía y los estudios literarios de Ignacio Ramírez”, en Ramírez, *Obras*, IV, *op. cit.*, p. VI.

¹⁴³ Ramírez, “Después de los asesinatos de Tacubaya” (1859), en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, p. 349.

¹⁴⁴ Aguilar, *La democracia de los muertos. Ensayo sobre poesía mexicana, 1800-1921*, México, Cal y Arena, 1988, pp. 272-275.

apagóse mi sol; tiembla mi mano
 en la mano del aire sostenida.

“Si quitamos la declinación del ‘apagóse’, son casi como de Borges en alguna parte de *El tesoro de los tigres*”, se dice en *La democracia de los muertos. Ensayo sobre poesía mexicana, 1800-1921*, quien concluye su entrada sobre El Nigromante diciendo que así como Paz en su último libro de poemas (*Árbol adentro*, 1987) incluye sus versiones de la *Antología griega*, él, Aguilar, ofrece una versión de un poema de Páldas, partiendo de la traducción al inglés de Harrison, “con el fin inmediato y posible de dedicárselo a Ignacio Ramírez”:

Paso, y las mujeres me gritan y se burlan:
¡Mírate en el espejo, vejestorio!
 El fin se acerca: para mí son pura trivía
 el pelo escaso y las sienas plateadas.
 Un buen desodorante, algo de *musk*
 —colonia o *after-shave*— y adiós, olor a tumba.
 Luego, algunas flores donde la calva no cunda;
 En la noche me sirvo un buen trago
 —y estoy del otro lado.¹⁴⁵

El Nigromante, que entre muertos vivió y cuyas voces transmitió, habrá pensado en algún epitafio. Supongo que lo escribió pero antes quisiera hacerlo oír, acaso nuestro único inmortal por razones de su oficio, lo que Payno escribió sobre él, ya que Prieto en los últimos años enmudeció en relación con su amigo entrañable, aunque los imagino, a Fidel y al necromántico, un domingo, acercándose a un “lugar de perdición pública” sólo por recordar como Frédéric y Deslauriers en la casa de la Turca, en el párrafo final de *La educación sentimental* (1869), de Flaubert, se preguntaron qué había sido “lo mejor de su vida”. Pero alejémonos de aquella novela más contemporánea cuya que nuestra y oigamos a Payno

¹⁴⁵ *Idem.*

en 1871, tras hacer su elogio público como el más conocido y respetado de los mexicanos:

Tú no has mandado encarcelar, ni azotar, ni fusilar a nadie; cosas que comiendo y jugando hacen los más grandes del mundo; tú no eres tutor ni albacea ni ejecutor de obras de caridad; de consiguiente, nada te has echado en el bolsillo: tú, ni aun a las monjas y frailes quitaste nada. Estaban ya despojados cuando serviste al ministerio; tú no has hecho mal a nadie, y tus enemigos son de la clase de las coquetas romanas, que trinaban contra Marcial porque les decía que sus dientes eran postizos, sus cabellos sobrepuestos y sus colores confeccionados por los tlapaleros de aquel tiempo... Y sin embargo, enciértrate en tu casa, ponte en una perfecta incomunicación con el mundo, redúctete a rezar el rosario, si el doctor Aguilar o Vigil o Santa Teresa pueden lograr tu conversión; o arrúllate con Voltaire, si persistes en tu filosofía... y apostemos un almuerzo con el ciego Dueñas a que ni para suplente se acuerdan de ti en ningún estado de nuestra grande y buena República. ¿Qué pensarías en este caso del sufragio libre y del buen sentido del pueblo? Es que, en el terreno positivo, los hombres y las repúblicas han sido en la antigüedad, y no han variado en tantos siglos, pues son idénticos en el siglo XIX.¹⁴⁶

Pero pongámonos tremendos y dejémos despedirse a él mismo, a Ignacio Ramírez, El Nigromante:

Yo recuerdo con ternura la guerra de nuestra Independencia; los proyectiles mortíferos servían entonces de flores y estrellas a mis progenitores en su lecho nupcial, y mi cuna de espinas ha sido mecida a los cantos del trágala, y me he adormecido con los anatemas de la Inquisición que maldecían a los insurgentes y a su descendencia. ¡Yo, señores, soy uno de esos malditos! Mi padre, al bajar a la tum-

¹⁴⁶ “El Nigromante y Payno” (1871), en Blanca Estela Treviño (selección y prólogo), *Manuel Payno*, México, Cal y Arena, 2003, pp. 494-495.

ba, sabía bien que me dejaba un legado de persecuciones y de reformas; y en su ósculo postrero, dejó ardiendo sobre mi frente la marca de la proscripción de la gloria: yo sólo tengo miedo al agua bendita y a las libreas. Mi tímida madre cree, a veces, haber producido al anticristo; pero cuando me contempla en el calvario adonde me han conducido el alteza serenísima de las prostitutas, el presidente de los que juegan rentas y el emperador de los decentes, reconoce en el hijo al padre, y sonríe viendo cómo pasa a sus pies la estela de sus únicos amores. ¡Por eso también yo siempre he levantado un altar para una santa mujer; niño, mi madre; hombre... pudo caer el ídolo pero mi incensario no ha agotado sus perfumes!¹⁴⁷

4. EL DIABLO EN MÉXICO Y OTROS VISITANTES

El diablo en México (1858) es el título de la novela, muy breve, de Juan Díaz Covarrubias (1837-1859), el joven mártir del liberalismo mexicano, fusilado en Tacubaya, su barrio, el 11 de abril, víctima de un pelotón al mando del general Leopoldo Márquez, conocido como “El Tigre de Tacubaya”. Márquez, santanista y luego general, primero conservador y luego imperialista, murió en La Habana, exiliado, a sus noventa y tres años, pese a que la dictadura de Díaz había sido clemente con el anciano, ofreciéndole el consuelo de morir en su patria. Díaz Covarrubias, en cambio, murió a los apenas veintidós años e hizo mucho durante su corta vida, superando, como héroe romántico, a sus predecesores los poetas Rodríguez Galván y Calderón, pues no sólo dejó versos (infumables), sino, en prosa, unas *Impresiones y sentimientos* (1857) y dos novelas más: *Gil Gómez El Insurgente o la hija del médico. Novela histórica mexicana* y *La clase media*, todas impresas, como *El diablo en México*, en 1858. Que un autor tan joven publicase tres novelas en un solo año, estaba fuera del cálculo de un joven escritor en aquel

¹⁴⁷ Ramírez, “En honor de don José Joaquín Fernández de Lizardi” (1874), en *La palabra de la Reforma...*, *op. cit.*, pp. 298-299.

entonces. Pero Díaz Covarrubias se justifica en la dedicatoria de este último libro, cuando le decía al poeta Luis G. Ortiz que “tal vez habrá muchos que digan que sólo un niño o un loco es el que piensa en escribir en México en esta época aciaga de desmoronamiento social, y pretender ser leído a la luz rojiza del incendio y del estruendo de los cañones”.¹⁴⁸

Ni niño ni loco, resulta que Díaz Covarrubias fue un arrojado romántico y se encontró la muerte apropiada, la legendaria. Hijo de un poeta aficionado, alumno del Colegio de San Juan de Letrán, aspirante a médico (la profesión liberal más empática en ese entonces con la literatura: Palti resalta que este joven escritor aspiraba a estudiar “la ciencia del alma” y una “fisiología del sufrimiento”)¹⁴⁹ y recordado asistiendo a los heridos liberales antes de ser él mismo ultimado en aquel “Gólgota de Tacubaya” (dijo Altamirano), Díaz Covarrubias pudo ser un buen escritor. Tenía “sentido de la oportunidad” y de sus novelas destaca *Gil Gómez El Insurgente* y no sólo por su pretensión, acaso la primera, de hacer novela de la Independencia sino por la relativa eficacia con que está resuelto el libro. Díaz Covarrubias se las arregla para que su heroicito stendhaliano —en la medida en que sin deberla ni temerla se involucra en el Grito de Dolores del 15 de septiembre de 1810— se convierta en un ardoroso militar independentista, poniendo, además, una de las primeras piedras en el desafortunado culto a Hidalgo que poco después, en su oración en La Alameda de 1861, *El Nigromante*, elevará a un nivel genésico, convirtiéndonos a todos los mexicanos en hijos unigénitos de ese padre de la patria.

El mozuelo Gil, un Moisés abandonado de bebé a las afueras de la finca de su tierna familia adoptiva, viajaba en busca de Fernando, con quien se había criado como hermano, destinado como soldado realista a combatir a la sorpresiva insurgencia. Gil se pierde y

¹⁴⁸ Juan Díaz Covarrubias, *Obras completas*, II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959, p. 403.

¹⁴⁹ Elías Palti, “Narrar lo inenarrable. Literatura, pasión y muerte en *El fistol del diablo*, de Manuel Payno”, *Revista Iberoamericana* (Berlín), núms. 7-9, 2005.

en vez de llegar a San Miguel el Grande se topa con el pueblo de Dolores en la víspera del levantamiento, y el generoso padre Hidalgo, tras cerciorarse de que no es espía ni bandido, lo manda nada menos que a despertar al vecindario, a golpes de campana, para reunirlos y hacerlos escuchar el llamado grito de Independencia dado aquella noche mítica por Hidalgo. Bien entreverada con una historia de amor, *Gil Gómez El Insurgente* anunciaba a un escritor voluntarioso pero por lo poco que necesariamente sabemos de él, Díaz Covarrubias no pasó de ser otro lector desfasado de las ruinas neoclásicas y del romanticismo francés en boga, admirador como fue del Lamartine poeta-narrador, el de *Jocelyn* (1836) y de *Graziella* (1849), el más sensiblero y melodramático, inspirador de otro de los mártires liberales, Florencio María del Castillo (1828-1863), autor de una gemebunda *Hermana de los ángeles* (1854) y quien salió moribundo de las ergástulas de San Juan de Ulúa, a donde lo había remitido Maximiliano.

Alumno de El Nigromante, Díaz Covarrubias no heredó de él esa visión compleja del diablo y lo demoníaco como sí lo hizo su camarada Payno en *El fístol del diablo* (1845-1846 y 1859-1860), la primera gran novela mexicana. *El diablo en México* presenta lo que quedaba de “lo diabólico” entre los románticos liberales pre-positivistas en el mediodía del XIX. El diablo había terminado por ser, para ellos, un simple espíritu chocarrero que desordenaba las buenas costumbres, un “diablo de pastorela” al estilo de la tradición hispánica, propio para la ópera cómica que es lo que debió haber sido *El diablo en México*, de Díaz Covarrubias, pues a

merced del diablo que entonces estaba en México, tenemos los detalles siguientes: Concha soñó que era esposa de Enrique. Clotilde soñó con Miguel, Guillermo con Elena, don Nicanor lloró y suspiró todo el resto de la madrugada. Doña Cenobia se soñó en el salón del ministro, y Enrique al dormirse pensó mucho en Elena y tuvo remordimientos.”¹⁵⁰

¹⁵⁰ Juan Díaz Covarrubias, *Obras completas*, II, *op. cit.*, p. 431.

Esa banalización de la figura del diablo a lo largo de la Ilustración y el romanticismo ha sido bien estudiada desde *El diablo cojuelo* (1707) de Lesage hasta las *Mémoires du Diable* (1837-1838), de Frédéric Soulié. El diablillo de Lesage se encuentra prisionero en una tinaja de vino y es liberado por un estudiante para volar por los aires y curiosear en la intimidad de los madrileños, todo ello con el propósito, enemigo de semejante superstición, de demostrar que el imperio de la razón torna ridículos los pactos con el diablo. Sólo Payno, inspirado muy lejanamente por Soulié, monta una verdadera despedida del diablo como encarnación del mal, en los términos de que, siendo posible su representación literaria, la eficacia demoníaca se ha desprendido de la religión. También pudo leer Payno *La piel de zapa* (1831), de Balzac, otra obra canónica sobre el talismán que cumple sueños y certifica desgracias.

A diferencia de sus camaradas Ramírez y Prieto, Manuel Payno (nacido en la Ciudad de México en 1820 y no en 1810 como insisten algunas fuentes) no tenía madera de prócer. Aunque fue, acaso, el político con más conocimientos de las finanzas internacionales (“No hay pueblos en el mundo menos afectos a las cuentas y al examen de los números, que los pueblos hispanoamericanos”, se quejaba)¹⁵¹ durante aquel siglo mexicano donde la deuda externa era un dolor de cabeza por eterna, Payno fue un verdadero liberal moderado y esa misma moderación lo obligó a someterse al influjo de la realidad, hombre de letras antes que mártir. Además de que votó como diputado moderado por Tamaulipas a favor del Tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848 para impedir no sólo una mutilación sino el desmembramiento del país, también cometió después una falta mayor. Al frente por tercera ocasión de la Secretaría de Hacienda, participó el 11 de diciembre de 1857 en el autogolpe de Estado de Comonfort que anulaba la Constitución liberal, lo que

¹⁵¹ Manuel Payno, “Caravanas de los Estados Unidos al territorio mexicano” (1845), en Manuel Payno, *Todo el trabajo es comenzar. Una antología general*, selección y estudio preliminar de Mariana Ozuna Castañeda, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación para las Letras Mexicanas–Universidad Nacional Autónoma de México, 2012, pp. 320-321.

en el caso particular de Payno significó romper con sus amigos más queridos, como Prieto (que también tenía su pecadillo, el polko), con quien había hecho la revista *El Museo Mexicano* en 1844, lo que le valió una petición de condena a la pena de muerte por parte de los juaristas triunfantes, quienes al final la conmutaron por los trabajos forzados de Payno como... financista estrella de la nación. Este “pragmático administrador” creía que “en política no se hace lo que se quiere, sino lo que se puede; tampoco se hace estrictamente lo justo sino lo conveniente” y el anglófilo Payno juzgaba inconveniente la guerra a muerte con la Iglesia católica.¹⁵²

En 1870, durante la República Restaurada y en tiempos de reconciliación, Payno admite a medias su culpa en ese pecado de lesa majestad antijuarista, al reconocer que “la Constitución de 1857, presentada al examen filosófico de un hombre estudioso y dado a las ciencias morales, es sin duda el más bello monumento que la inteligencia humana haya podido levantar a la civilización”, pero por ello mismo es impracticable y adelantándose al porfirismo (1876-1911), que la enarboló como un símbolo sagrado cuidándose de ponerla en práctica, afirma que “si con un reloj en la mano se contase el tiempo en que de verdad y en toda su latitud y fuerza ha regido la Constitución, apenas se sacarían unas cuantas horas”.¹⁵³

Crípticamente, en aquel gesto de contrición del 13 de enero de 1870 en *El Siglo XIX*, Payno asume que su conducta en diciembre de 1857, “motivada por alguna causa desconocida y fatal” lo tornó impotente para dominarse siendo víctima “de una necesidad política, que más tarde que temprano se hubiese desarrollado de otra forma”,¹⁵⁴ es decir, que aquella carta constitucional era pese a su belleza, inverosímil e impracticable. Su tercer gran error, a los ojos de la triunfante ortodoxia liberal, que incluso motivó que Altamirano pidiese, otra vez, para él la pena de muerte, fue que habiendo sido un propa-

¹⁵² Irina Córdoba Ramírez, “Imaginario y trayectoria política de Manuel Payno”, en Payno, *Todo el trabajo es comenzar*, op. cit., p. 456.

¹⁵³ Payno, “Revolución y constitución” (1845), en *Todo el trabajo es comenzar*, op. cit., p. 282.

¹⁵⁴ *Idem*.

gandista contra la intervención francesa, fue apresado por los imperialistas, primero en la cárcel de Santiago Tlatelolco (retratada en *El pistol del diablo*) y luego en San Juan de Ulúa (iba en la misma cuerda a la que El Nigromante sobrevivió y el joven romántico Del Castillo, no). Sin embargo, en 1864 optó por el indulto del emperador (Maximiliano sabía bien de su genio como financiero y su corte tenía para Payno ofertas más tentadoras)¹⁵⁵ y reconoció al imperio como regente de la Ciudad de México, aunque sólo por algunos días. Lo hizo, quizá, por comulgar con el liberalismo del emperador o acaso el escritor sólo quería salir de las inmundas tinajas de San Juan de Ulúa y seguir viendo mundo, como lo hizo. Como fuese, restaurada la República, consideró que tras aquella catástrofe se abría una oportunidad lucrativa de “desarrollo y renovación”.¹⁵⁶

Si en 1850 Payno, lector de Montesquieu, le aceptó al moderado presidente Herrera el encargo de la Secretaría de Hacienda, renuncia un año después para viajar a Inglaterra a renegociar exitosamente la deuda con ese país como encargado de nuestra legación en Londres: la racionalidad liberal caracterizó a este moderado que abrió el país a las importaciones aunque al final de su vida tendiese a respaldar un mayor proteccionismo.¹⁵⁷ Ello no quiere decir que Payno no compartiese la abominación del dinero tan propia de su siglo, aquel que vio ascender el dólar como la nueva deidad, pero como Balzac, la compartía a medias. También el lujo y la moda son condenadas en su novela, expresando un puritanismo mexicano que nace de la queja de Fernández de Lizardi contra las cotorronas y se extiende hasta las catrinas de Posada: la moda es hermana de la muerte, decía en esos años, un Leopardi. ¡Pero sin dinero, sin lujos,

¹⁵⁵ Robert Duclos, *Les Bandits de Río Frío. Politique et littérature à travers l'oeuvre de Manuel Payno*, México, Institut Français d'Amérique Latine, 1979, p. 213.

¹⁵⁶ Ozuna Castañeda, estudio preliminar a *Todo el trabajo es comenzar*, op. cit., p. 27.

¹⁵⁷ Rosen Jélomer, presentación a Payno, “Crónicas de viaje. Memorias e impresiones de un viaje a Inglaterra y Escocia”, en *Obras completas*, II, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, pp. 46-58.

sin adulterio y sin chicas desgraciadas, no habría novelas! Con el dinero, “hasta los negros se vuelven blancos”, se lee en *El fistol del diablo*.¹⁵⁸ El dinero, finalmente, era la filosofía del diablo, pero el diablo para Payno, como veremos, no es como lo pintan.

Perseguido por Santa Anna —había sido uno de los autores, con Prieto, de los *Apuntes históricos* sobre la invasión anglosajona—, su cosmopolitismo nato lo llevó no a Cadereyta, como a su amigo, sino a escribir sobre Inglaterra y Escocia. El 1 de mayo de 1851 lo encontramos asistiendo a la inauguración de la Exposición Universal de Londres, “una luz diáfana e imperecedera en el trono de la Reina Victoria”.¹⁵⁹ El Palacio de Cristal lo maravilló, alfa y omega de la modernidad. Ya de regreso, le acepta en 1855 a Comonfort su segunda encomienda como secretario de Hacienda, renuncia un año después y regresa, fatídicamente, en 1857, para ser juzgado por los juaristas en 1861 por su participación en el autogolpe. Dedicado a la literatura, había publicado por primera vez en forma de libro *El fistol del diablo* en 1859, *El hombre de la situación* en 1861, novela corta que dejó inconclusa y no será sino hasta 1892-1893 cuando aparezca su obra maestra, *Los bandidos de Río Frío*. Antes, en 1865, es responsable del descubrimiento y de la edición de la *Vida, aventuras y viajes del doctor D. Servando Teresa de Mier*, que lo convierten en padrino póstumo del dominico inmortal. Sus frecuentes textos económicos lo mantienen en la vista de los políticos, y tras el interludio imperial el gobierno juarista lo nombra asesor del secretario de Hacienda, Matías Romero. El Porfiriato lo mimó, con razón y justicia, nombrándolo senador y lo reconduce a la vida diplomática nombrándolo cónsul en Santander y Barcelona. A su regreso al país, el Congreso lo nombra presidente del Senado, cargo que ostentaba al morir, de pulmonía, en su casa de San Ángel, el 21 de noviembre de 1894.

¹⁵⁸ Manuel Payno, *El fistol del diablo. Novela de costumbres mexicanas*, establecimiento del texto y estudio preliminar de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1967, p. 211.

¹⁵⁹ Payno, “La Exposición Universal”, en *Todo el trabajo es comenzar*, op. cit., p. 181.

No es así extraño que le haya tocado a Payno, el cosmopolita de su generación, poner a la hora del mundo la novela mexicana, en 1845-1846, con la primera versión, en folletín, de *El fistol del diablo*, obra contemporánea de los folletones franceses en los que se habría supuestamente inspirado, las *Mémoires du Diable*, de Soulié, aparecidas ocho años antes o *Los misterios de París* (1842-1843), de Eugène Sue, que el propio Payno reseñó tan pronto terminó de leer, en 1844, soñando con que su ídolo leyese su artículo.¹⁶⁰ Hizo que su héroe, Arturo, en su novela, fuese lector apasionado de *El judío errante* (1845), el segundo gran éxito del francés.¹⁶¹ En cambio, el malvado don Francisco, en *El fistol del diablo*, lee a Paul de Kock.¹⁶² Si con Heredia termina la innovación retrógrada para la crítica literaria en México y los poetas sólo serán plenos “contemporáneos de todos los hombres” hasta el modernismo de fin de siglo, es a Payno a quien hay que atribuir lo mismo con la novela: se habían acabado las imitaciones a destiempo. Si el lugar de irradiación era, para todos, París, a México llegaba la modernidad literaria a tiempo y tuvimos, en menor medida como es lógico, novela de folletín, con toda su miseria y toda su grandeza.

Para situar la época y el argumento de *El fistol del diablo*, recorro al resumen canónico de Castro Leal. La novela da comienzo con el baile dado en honor de Santa Anna en el teatro que llevaba su nombre en la actualmente llamada calle de Bolívar, el 13 de junio de 1844 y termina en septiembre de 1847, cuando los invasores angloamericanos saquean la finca donde varios de los personajes de la novela se reunían, a manera de coro y reposo, mientras la desopilante acción transcurre. Castro Leal considera, empero, que algunos de los hechos históricos están más bien inspirados o en sucesos anteriores, como los del primer intento reformista de Gómez Farías en 1833, o en aquellos que preludiaron el Congreso Constituyente de 1856, pues debe recordarse que la primera versión, apa-

¹⁶⁰ Payno, “Los misterios de París, por Eugenio Sue” (1844), en *Todo el trabajo es comenzar*, op. cit., pp. 356-363.

¹⁶¹ Payno, *El fistol del diablo*, op. cit., p. 604.

¹⁶² *Ibid.*, p. 434.

recida como folletín en la *Revista Científica y Literaria de México*, de *El fistol del diablo*, era sólo la primera parte de la obra definitiva, que Payno terminó en 1887 estando ya de diplomático en España, teniendo todo el tiempo para agregar y agregar todo lo que fuera necesario desde la perspectiva que da el tiempo.

También *El fistol del diablo* es la novela más tumultuosa de las que se han escrito en México y quien deteste esas multitudes, a la rusa, como decía Borges, debe alejarse de ella, junto a todo aquel poco aficionado a la gran novela decimonónica. Su ambición es balzaquiana: cubrir toda la sociedad mexicana:

Cada hombre es una novela; cada mujer un enigma incomprendible; cada casa una ciudad; cada ciudad un mundo entero, y el mundo un grano de mostaza; y el hombre y la mujer unos locos llenos de miseria y de pasiones. Sin embargo, del hombre, de la mujer, de la casa y de este grano de mostaza en que habitamos se pueden sacar lindas historias, y contarse sorprendentes maravillas.¹⁶³

Así, en *El fistol del diablo* vemos desfilar desde el presidentísimo Santa Anna que aparece a lo lejos y cuya hacienda El Encero (capítulo xvi) sirve como paradero turístico para el lector, hasta los personajes más pobres, humildes y “degradados”,¹⁶⁴ como señala Castro Leal, quien acaso la encuentra comparable sólo con *El Periquillo Sarniento*, analogía que puede ser cuantitativa pero no cualitativa. No le he restado méritos a la novela de Fernández de Lizardi pero la he encontrada lastrada por la “innovación retrógrada” mientras que Payno, como lo digo más arriba, tenía el mérito de estar al día.

En Payno, destaca Castro Leal, los pobres ya no son los pícaros, como en Fernández de Lizardi. La llamada “cuestión social” llegó para quedarse, no sólo gracias al ejemplo foráneo de Sue, sino a la existencia, ya en México, de verdaderos socialistas utópicos, como

¹⁶³ *Ibid.*, p. 65.

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. x.

Nicolás Pizarro (1830-1895), cuyo par de catecismos novelescos (*El monedero* y *La coqueta*, ambos de 1861), examinaremos. En su retrato de los criados, de los viejos y de los enfermos, Payno no sólo exhuda una piedad (como en el doble retrato de las tías Águeda y Marta, falsas pordioseras) que no hubiese desdeñado ejercer Pérez Galdós sino, a la naturalista, sabe bien que la pobreza cobija al mal y al crimen, prohibiéndose el maniqueísmo, de la misma manera en que es severo con los desvaríos, los caprichos y las inconsecuencias de los jóvenes calavera al estilo del heroecito Arturo, diletante y volátil, y de las señoritas de sociedad, como la casquivana Aurora, otra de las poseedoras temporales del fistol, que la profesora italiana Laura Gandolfi considera, más allá de los tradicionales sombreros y sarapes, uno de los objetos emblemáticos, sin ser propiamente local, de la literatura en un siglo XIX donde “la nación mexicana” había de ser “construida y coleccionada”. No en balde Payno mismo fue un gran coleccionista, amante de lo raro y lo curioso, según nos lo recuerda Prieto.¹⁶⁵ México, además, siendo el país de la desigualdad, famosamente denunciado por ilustres visitantes, era, al mismo tiempo y por necesidad, el reino de la caridad. Y de la “contracaridad”,¹⁶⁶ como llama el novelista a quienes se abstienen de educar sin religión, porque ateo, don Manuel, no lo era.

Es inclemente Payno, sin duda, con la clase política de la que él formaba parte, le gustase o no, donde una buena edición anotada revelaría fácilmente personajes reales tras los prototipos ofrecidos por el autor. El mexicano y sobre todo el político, según Payno, vive no para trabajar sino para conspirar. Todo se hace y se deshace en pronunciamientos y en juntas revolucionarias y de ello “esencialmente provienen los males de la República, y de esto depende el que muchos años después de hecha la independencia, aún no haya constitución ni gobierno sistemado y fijo en el país”.¹⁶⁷

¹⁶⁵ Laura Gandolfi, *Objetos itinerantes: prácticas de escritura, percepción y cultura material* (disertación doctoral), Princeton, 2013; Prieto, *Memorias de mis tiempos*, op. cit., pp. 129-130.

¹⁶⁶ Payno, *El fistol del diablo*, op. cit., p. 399.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 237.

No sólo los políticos, liberales o conservadores, hacen desfiguros sin fin, como conspiradores azuzados por la empleomanía. Los primeros están enfermos de idealismo y los segundos, aun peores, son sepulcros blanqueados que tras su fe religiosa apenas ocultan su codicia. Los “revolucionarios” —Payno es el primero, siendo liberal, en utilizar despectivamente la palabra— suelen ser alcohólicos (tara de toda la nación denunciada por Mier desde su *Historia de la Revolución en la Nueva España* de 1813), mientras que los conservadores son libidinosos. Pero siendo tirio o troyano, advierte el novelista que fuera concienzudo responsable, moderado por obligación, de las finanzas nacionales en medio del desastre:

El camino más seguro para progresar y pasarse buena vida en México, es ser de la oposición. Un periodista de oposición que blasona de independencia y de patriotismo ante el público, en una entrevista secreta con el ministro de Hacienda, saca en una hora más ventajas que el empleado honrado y sincero amigo del gobierno en diez o veinte años de buenos servicios. Un general de división que manda cuatro o cinco mil hombres, es una potencia. Un coronel calavera que está de comandante militar, domina un Estado. Un sargento que tiene prestigio y amistad con los soldados, es un personaje. Todos mandan, todos tienen poder e influencia. El gobierno es el único débil y necesita del último escribiente de una secretaría.¹⁶⁸

Habla bien de la moderación de Payno que no se ensañe con Santa Anna, aunque en *El fistol del diablo* se retraten algunas horas en la burlesca vida de oficina de los presidentes mexicanos, en el capítulo VI de la segunda parte. El novelista, sin haber servido nunca al dictador y salvo su breve episodio imperialista (recuérdese siempre que Maximiliano fue un liberal que hubiera querido a un Juárez de primer ministro), sólo trabajó oficialmente con gobiernos liberales de signo moderado. Si hay una “política” en

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 253.

El pistol del diablo, ésta dice que el hombre (y la mujer) son falibles por faltas de educación. Los defectos de una nación no son otra cosa, así, que la extrapolación grotesca de las falencias de los individuos que la configuran. Por ello el diablo se mueve a sus anchas en la novela: ha llegado al país de la debilidad y de las ilusiones defraudadas.

En la novela también hay curas tentados por la carne, como el padre Anastasio quien les confiesa a Arturo y Manuel, antes que el trío se escape rumbo a La Habana, cómo ha sublimado su amor imposible por Celeste, a quien sacó de la cárcel para protegerla como a una hermana. Payno se atreve allí a denunciar la incuria que prohíbe a los sacerdotes católicos el matrimonio, de la misma manera que su “hereje” voltaireano resulta ser un sinvergüenza que vende su selecta biblioteca (el *Diccionario filosófico*, *Las ruinas de Palmira*, el *Emilio*, *La profesión de fe del vicario saboyano*) para intentar el secuestro de la dulce y desventurada Celeste, quien gracias al padre Anastasio (su caricativo salvador y secreto e imposible enamorado quien le impide sufrir un destino trágico como la Flor de María, de Sue) ha pasado de la inopia a la buena literatura: Lamartine, Scott y Chateaubriand. Están, aunque menos leídos, los virtuosos desventurados como el capitán Manuel, que casi se muere de vómito prieto como Rodríguez Galván en La Habana según averiguó Payno *in situ* y su Teresa, aquejada de la “enfermedad moral” del amor y del desamor. En general, la novela acepta el canon folletinesco de comparar y hacer cruzar vidas y milagros de pobres y ricos, movidos todos por la ambición del dinero y sólo muy pocos por el desinterés humanitario. No faltan, desde luego, los malos curas a quienes devuelven, a veces, al camino recto los soldados más humildes, pero las miserias clericales ya las ha exhibido El Nigromante como para insistir en ellas.

El diablo, así, se convierte en el principal personaje de Payno, un “Belcebú dandi con su horrible sonrisa” y quien a diferencia de otros de sus similares decimonónicos estudiados por Mario Praz (*La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, 1930), no necesita de una doble personalidad ni su antihéroe protagoniza una “no-

vela frenética” como las primeras que escribieron Balzac y Hugo. Le fascinaba a Payno esa fantasmagoría más bien risueña desde sus lecturas juveniles, públicas a través de sus reseñas teatrales de 1844, de *Don Juan de Maraña* (1836), de Dumas y del *Manfredo* byroniano. Tampoco, como lo hizo Soulié, se atrevería Payno a poner en manos de alguna de sus heroínas un ejemplar de Sade para que enloquezca con su lectura. Payno no se atreve aún a dibujar, tampoco, a una mujer fatal como la Cécily (“sus lágrimas para beber, su corazón para roer”), de Sue.¹⁶⁹

Su diablo se llamaría Rugiero y el nombre lo tomó el novelista de *La conjuración de Venecia* (1834), un drama romántico —uno de los primeros en pasar por tal en nuestra lengua— de Martínez de la Rosa, al cual le agregó el esqueleto argumental tomado de Soulié, en una época en que el descreído siglo XIX había dejado olvidado al magnífico Satán de Milton que todavía asustaba al poeta mexicano Pesado y le provocaba visiones más propias de los apocalípticos monstruos de la TV japonesa que del Príncipe de Este Mundo, pero que para la generación de sus discípulos en la Academia de Letrán, como lo fue Payno, ya era otra cosa, como queda claro en *El fistol del diablo*. Aquí Rugiero, más que un verdadero demonio, es un empleado de confianza del Mal, un dandy que ha sobrevivido desde su caída de los cielos realizando toda clase de desbarajustes, desde las guerras civiles hasta los matrimonios desgraciados. Es hermoso y calza zapatos puntiaguados; tras la epopeya napoleónica, el aburrimiento lo hizo venir a penar su eternidad en América Latina, donde los huérfanos de España parecen necesitar hasta de asesores a la hora de hacer el mal. También por ello, los fragmentos más aburridos de *El fistol del diablo* son cuando Rugiero se convierte en Scherezade y cuenta al crédulo público mexicano sus malévolas aventuras y Arturo, admirado, le dice “parecís [Payno todavía conjugaba a veces a la española] un Fénelon”,¹⁷⁰ porque el diablo remata sus anéc-

¹⁶⁹ Mario Praz, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, traducción de Rubén Mentini, Barcelona, Acantilado, 1999, pp. 254-256 y 296.

¹⁷⁰ Payno, *El fistol del diablo*, *op. cit.*, p. 172.

dotas con una pócima tras otra de filosofía moral que más que demoníaca era escéptica, *moderna*.

Como dice Castro Leal, el Rugiero de Payno más que un demonio es un “dios olvidadizo”, capaz hasta de hacer pequeñas buenas obras, tan errático y errabundo como su discípulo Arturo. No es un diablo pactista, aunque el malvado, ése sí, don Pedro, el católico falsario por libidinoso y ladrón, jefe de los conservadores, habría querido pactar con él, pero éste lo previene contra las “promesas locas”, pues “para que el diablo quede contento” no hay necesidad de que le prometamos nada.¹⁷¹ Rugiero, para Castro Leal, “no es otra cosa que un elemento del destino; se mezcla a la vida de todos y pone, no su grano de arena, sino la combustión de su pedacito de azufre, para crear dificultades; pero también para resolverlas”.¹⁷²

A diferencia del escueto francés utilizado por Soulié, redactado para que la narración fuera accesible hasta para las criadas, el español de Payno es rico, eficaz y fluido sin ser castizo, es decir, irreverente con sutileza y sin pedir permiso al español de la meseta castellana. El impresor Ignacio Cumplido, en la única edición de *El fistol del diablo* que prologó, la de 1858, aclara que ni siquiera la palabra “fistol” es castiza porque en México no es exactamente un “prendedero” como dirían en España, sino “una alhaja de oro, plata o piedras preciosas que sirve de adorno a la camisa”.¹⁷³ Me gusta el español de Payno. Pongo un ejemplo cualquiera. El venal don Pedro, para robarle las escrituras de su casa, inmoviliza a Celestina tratando de ahorcarla con su paliacate:

Con la misma violencia le arrancó la llave de la mano y corrió a abrir el ropero para extraer los papeles; pero no encontrándolos de pronto, comenzó a tirar trajes, ropa blanca, chucherías, pateando estos objetos con rabia, como en venganza de que le impedían encontrar las escrituras de donación que habían hecho a Celestina de

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 57.

¹⁷² *Ibid.*, p. XVI.

¹⁷³ Gandolfi, *Objetos itinerantes...*, *op. cit.*

la casa, de las alhajas y de todas las demás cosas. Por fin, en un cajón y debajo de una multitud de curiosas cajitas y de pomos de esencias, encontró los deseados papeles; los ojos le bailaron de gusto al verlos.¹⁷⁴

Yo no creo, con Palti, que la novela sea un fracaso en los términos del folletín ni que a Payno se le haya ido de las manos.¹⁷⁵ Su sistema de historias paralelas, de cajas chinas que guardan cajas aún más chicas, es el propio del género, y lo que molesta en Payno es la dilatación de la trama que nos obliga a saltarnos lo subalterno para ir en busca de lo esencial: Rugiero y la doncella inocente, Celeste, a quien Arturo le regala el fistol que será su perdición. Así son los motivos de ésta y tantas otras novelas folletinescas, que al malhumorado Nabokov le chocaba del folletinista Dostoievski. Esta clase de novelas gustan o no gustan, rehúyen el término medio y por ello Payno cometió el mismo error que Fernández de Lizardi medio siglo atrás: atribulado por la hinchazón de *El Periquillo Sarniento*, probó un compendio en otra clave, mucho más breve, *Don Catrín de la Fachenda* igual que Payno, tras la vastedad de *El fistol del diablo*, retrató a un inverosímil arribista en *El hombre de la situación* (1861), novela mala y acaso por ello dejada inconclusa. A ninguno de nuestros dos primeros grandes novelistas les era dada la distancia media o la narración corta. Demiurgos, los satisfacía la creación de mundos densamente poblados.

Recojo con poco método, “para gobierno de los lectores”, como diría Payno, algunos de los aciertos de *El fistol del diablo*, novela que se suele despreciar sin leer. Rugiero se le aparece a Arturo sin avisar, pero este personaje y otros que se topan con el maligno tardan muchos capítulos en creerlo realmente el diablo, y se explican sus misteriosas apariciones con argumentos dizque racionales propios de aquel siglo crédulo en explicaciones “científicas” para lo sobrenatural.

¹⁷⁴ Payno, *El fistol del diablo*, *op. cit.*, p. 344.

¹⁷⁵ Palti, “Narrar lo inenarrable. Literatura, pasión y muerte en *El fistol del diablo*, de Manuel Payno”, *op. cit.*

A esas alturas el romanticismo ya era una cultura tan generalizada y popular que cabía burlarse de ella en una novela como la suya. Ello hubiera sido inverosímil pocos años antes entre los muchachos que hacían *El Año Nuevo*. Aunque con menor interés que Prieto y El Nigromante, Payno practicó el costumbrismo aunque el subtítulo comercial del libro “novela de costumbres mexicanas”, sea lo de menos para mí. Menos que sus costumbres, a los mexicanos los distinguía su infantilismo, tan atractivo para las travesuras del diablo. Cuando la pobre Celeste cae en la prisión de la Acordada —se le acusa de haber robado el fistol, ese regalo inoportuno y envenenado que el galán Alberto le hizo por lástima pasajera—, Payno se burla a través de los salaces compañeros de prisión de la doncella, de las “catrinas” mexicanas que la verán en procesión por las calles cuando la justicia la mande a sufrir la condena a muerte por sus supuestos crímenes.¹⁷⁶

Cuando lo molestan, Rugiero finge enojarse (como hasta parece enamorarse, por tedio, en otro capítulo de *El fistol del diablo*, de Celeste, cuya virtud aburre al maligno desengañado que prefiere el cortejo de su banal socia francesa) pero usa sus poderes para evitar desaguisados y “su fisonomía” cambia del todo: “sus ojos recobraron la expresión triste y melancólica que tenían naturalmente; volvió a sus labios el color rojo y desapareció de su frente la nube siniestra que lo oscurecía”.¹⁷⁷ No se ha degradado tanto como para hacerle de mago de feria y regalar dinero fácil; poca impresión le causan unos padres camilos que lo descubren en el lecho de un conservador amigo de defraudar inocentes.

Es el arquetipo, en Payno, el que se burla de la realidad: los mexicanos no se pintan solos sino ha sido la ignorancia del infante la que los ha convencido de su fracasada singularidad. Le ofrece el cínico (y a su vez muy ingenuo) Arturo al buenazo de Manuel una tipología de los mexicanos más infantil que adolescente, y por ello daba tanto miedo hundirse de verdad en el romanticismo:

¹⁷⁶ Payno, *El fistol del diablo*, op. cit., p. 125.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 485.

Es menester que te convenzas de que tú y yo representamos perfectamente el carácter mexicano; somos charlatanes, versátiles, apasionados y apáticos aun en las cosas del propio interés; olvidamos con facilidad los agravios, sin perdonarlos, y no tenemos energía para llevar a cabo nuestras resoluciones.¹⁷⁸

A esos mexicanos les tocará afrontar (o rehuir, según lugares y circunstancias) la invasión angloamericana en los capítulos finales de *El fistol del diablo*, que es la gran crónica, además, de la rebelión polka de principios de 1847 contada por uno de sus protagonistas, pues Payno fue un polko notorio, arrepentido como Prieto, aunque aduciendo, el autor de *El fistol del diablo*, su moderantismo.¹⁷⁹ “El deber del partido moderado es colocarse dentro de los extremos”, dice un alter ego de Payno en su propia novela,

procuremos inspirar confianza al clero, a los propietarios, a los comerciantes y artesanos, y tendremos en nuestro apoyo la tropa y una mayoría sensata que los partidos extremos quieren extraviar [...] Si no le damos un plan a la Guardia Nacional, los clérigos se apoderaran de la situación, y en ese caso tendremos que unirnos con los *puros*, pues no podemos seguir al clero en su exclusivismo y superstición, ni estar subordinados a él, ni mucho menos subordinarnos a los *puros*.¹⁸⁰

También ofrece Payno las opiniones de radicales y conservadores en esa aciaga primavera de 1847.

La ley de “manos muertas” de Gómez Farías ponía al país en el abismo de la guerra civil con los estadounidenses marchando sobre la Ciudad de México. Era la hora menos oportuna para una retrógrada “comuna de París” a la mexicana, diría yo, en que los radicales sacarán partido de aquello de que cuanto peor, mejor. Fue el

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 318.

¹⁷⁹ Duclos, *Les bandits de Río Frío*, *op. cit.*, p. 93.

¹⁸⁰ Payno, *El fistol del diablo*, *op. cit.*, p. 749.

primero Payno, entre los liberales, en precaverse de lo que significaba “organizar a *las masas*”,¹⁸¹ cosa que en México, según él, vino de la guerra de castas yucateca. Debió Payno ver con agrado, acaso por única vez, las triquiñuelas de Santa Anna de marzo de 1847 para contentar a todos... y perder de todas maneras, la guerra. Y es que no hay nunca en Payno la gravedad con que Prieto narra aquel desastre. Le conmueven los mexicanos ilusos que creyeron victorioso a Santa Anna, primero en La Angostura, luego en Cerro Gordo. Algo había de stendhaliano en el espíritu paynesco pues, al ver divididos a polkos y a puros en la Guardia Nacional destinada a hacer el último esfuerzo bélico contra la invasión, no podía sino considerar que “el mundo es curioso, y mucho más curioso el mundo de México, donde las cosas más graves y más serias pasan al estado de chanza a la hora menos pensada, y donde los más eminentes peligros, sin fanfarronada ni quijotismo, se ven con indiferencia, y pronto tendremos motivos de comprobar ésta, que puede pasar por verdad indiscutible”.¹⁸²

Esa línea irónica es tenue (“Es de tal manera singular y extraordinario el carácter de los mexicanos, que cualquier cosa que se cuente de ellos, por rara que sea, no está lejos de la verdad”)¹⁸³ y Payno, al fin y al cabo patriota, no podía seguir en ella y dedica los últimos capítulos de *El fistol del diablo* a relatar la desgracia nacional de septiembre de 1847. La novela testifica crímenes y violaciones, como también lo hace Pizarro en *El monedero* y Rugiero, naturalmente, anda entre los yanquis, intrigando contra sus supuestos amigos, dizque buscando una paz ventajosa, que será la del Tratado de Guadalupe, que acaso Payno, que lo aprobó, lo consideró un mal menor y como tal obra de un diablo ya medio cojuelo. Sabe *todo* lo que le sucederá a México, Rugiero, en todo caso. Allí lo perdemos (“Rugiero nunca decía ‘Adiós’”)¹⁸⁴ al diablo, pues si menciona el nombre de Dios, la boca se le hace chicharrón. Y el famo-

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 732.

¹⁸² *Ibid.*, p. 731.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 855.

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 877.

so fistol, como señala Gandolfi, el talismán mágico de la novela, se pierde muchos capítulos atrás, agotados sus poderes, sin que a nadie, empezando por el propio novelista, le importe saber dónde quedó... Padierna, Churubusco, ya lo sabemos, batallas perdidas. Celeste, convertida en enfermera militar, salvando a un Arturo combatiente más por obligaciones de amor que por patriotismo. Teresa y Manuel a quienes la guerra les impide casarse. La quinta fuereña destruida y el final abierto. ¿Qué fue de Alberto, qué fue de Celeste? Están en manos del diablo —versión cómica de la historia— y éste nunca se despidе.

Antes de despedirnos del diablo de Payno cabe hablar de otros visitantes que hicieron nacer a la novela mexicana entre la derrota de septiembre de 1847 y la Intervención francesa de 1862, aquellos años cincuenta del XIX en que se estaba definiendo qué clase de liberalismo autoritario necesitaba México, pues liberales fueron Comonfort, Juárez, Maximiliano y después el general Díaz. Además de Díaz Covarrubias y de Del Castillo, quien demostró en *Hermana de los ángeles* que se podía ser liberal y piadoso al mismo tiempo, con un romanticismo que se deshace como el azúcar en el café y donde tenemos como héroe a un sensitivo violinista ciego, apareció, ya lo anunciamos, Pizarro.

Este hombre casi desconocido forma más parte de la historia del socialismo utópico en México que de su novela. Escribió catecismos morales y políticos tratando de encontrarle la cuadratura al círculo capaz de que del liberalismo pasásemos a un socialismo fraterno, menuda tarea en la que fracasó el siglo XX entero. Terminó de espíritu Pizarro, como el futuro presidente Francisco I. Madero y en su novela principal, *El monedero*, con prosa correcta y a ratos elegante, nos aburre con las tribulaciones de un utopista de nombre Fernando Henkel y de sus amigos por construir un falansterio, la Nueva Filadelfia, destinada a “cuidar del desarrollo oportuno y natural de todas las otras facultades del individuo, que no se comprenden en la primera educación, ya sea hombre o mujer, niño o adulto, facilitando a éste los medios de suplir la imperfectísima educación que recibe en nuestros infelices pueblos” para “hermanar las

justas aspiraciones de todo hombre hacia su adelantamiento individual y el de su familia, con el interés de otros hombres y de otras familias, al grado de que sienta toda calamidad ajena, como si fuera propia.”¹⁸⁵

Interesa en Pizarro, más que su utopismo elemental que nunca renuncia a su raíz cristiana (o más bien franciscana, porque la catolicidad mexicana es eso cuando evade al guadalupanismo), lo elaborada que estaba la “conciencia nacional mexicana” que el doctrinario liberal Mariano Otero encontraba del todo ausente quince años atrás y que antes de la aventura imperial, la ortodoxia juarista había logrado imponer en 1861. Toda nuestra mitología nacionalista esta fijada y bien fijada, desde el culto a Hidalgo (obra pionera de Fernández de Lizardi reafirmada por El Nigromante) y a Morelos (gracias a Bustamante, “el Siervo de la Nación” sube a los altares antes que la primera “alteza serenísima”) hasta la condena irremediable de Santa Anna, incluida —cosa rara durante la eterna batalla antigongorina que los literatos liberales heredaron de los neoclásicos— la admiración por sor Juana Inés de la Cruz,¹⁸⁶ todo ello en medio de una exaltación, ufana, de la belleza del país que no se leía desde los árcades. Y lo más interesante: *El monedero* pareciera ser una réplica a *La quinta modelo* (1856), de Roa Bárcena, aquel conservador que fue uno de los encargados de presentarle a Menéndez Pelayo la antología poética de los seis ejemplares que la Academia Mexicana quería imponerle al santanderino y quien luego, en su calidad de biógrafo del poeta Pesado, reseñó con severidad la antología marcelinesca, en 1893. Roa Bárcena se solaza en esa breve novela en registrar el desastre que pueden causar en un pueblo los delirios de un socialista utópico y emprendedor, como su Gaspar Rodríguez, que tras ganarse la enemistad del cura párroco, del juez y de los padres de familia destruye su propiedad y se vuelve loco. Su radicalismo (“En las telas confusas de su acalorada

¹⁸⁵ Nicolás Pizarro, *Obras*, II. *El monedero*, edición, recopilación y notas de Carlos Illades y Adriana Sandoval, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 315.

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 557.

imaginación, Fourier y Saint-Simon aparecían como dos genios bienhechores de la humanidad”)¹⁸⁷ provenía de la Revolución francesa, fuente de todo mal para Roa Bárcena. El alucinado se topa con “la voluntad del pueblo”, dada al alcoholismo y a la truhanería cuando le falta el fuste del caporal. México, concluye su estupendo relato Roa Bárcena, está enfermo del mal de la imitación.

Y así como Alamán terminaba su *Historia de Méjico* con una negra profecía tras la derrota de 1847, Pizarro, festejando la victoria liberal de 1861 tras la Guerra de los Tres Años contra los conservadores, declamaba en *El monedero*:

Estamos llamados los mexicanos a sostener una lucha eterna; débiles por nuestras discordias, atrasada en civilización la mayoría de nuestro pueblo por efecto de la educación teocrática y las preocupaciones en que se le ha imbuido, tiene no obstante un glorioso destino que cumplir, pues el antemural que debe sostener la libertad y las nacionalidades amenazadas del continente de Colón. A la democracia desbordada debemos oponer la democracia pacífica; a las instituciones liberales pero falseadas en su base por contenerse en ellas la esclavitud y la despreciativa distinción de castas, debemos oponer el orden verdadero, que es la genuina libertad aplicada a todas las clases, a todos los hombres que quieren vivir bajo nuestro cielo.¹⁸⁸

Rugiero, al final de *El fistol del diablo*, se lleva a Celeste y a Arturo entre las ruinas dejadas por la invasión anglosajona de 1847, para entregarlos al cuidado de las Hermanas de la Caridad. Sin duda lo hizo, dejando la novela abierta, ya fuese para que el folletínista Payno pudiese continuar la obra en un momento posterior de necesidad, aunque ello me parece improbable porque su historiosofía era una demonología. El reino del Príncipe de Este Mun-

¹⁸⁷ José María Roa Bárcena, *La quinta modelo*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes—Premià, 1984, p. 55.

¹⁸⁸ Pizarro, *Obras*, II. *El monedero*, op. cit., p. 247.

do no tiene fin como el Progreso decimonónico a su vez se soñaba, ilimitado, y si lo tiene, será en el remoto Juicio Final. De toda su multitud novelesca, el escéptico Payno sólo le concede rumborosa posteridad en la política mexicana del futuro inmediato, al filósofo tendero, aquel maniático de Voltaire que vendió su provinciana biblioteca subversiva para fracasar en el secuestro y seducción de la buena Celeste.

Pero todavía no hemos hablado de una novela importante que casi nadie ha leído y que acaso sea la más curiosa de ese siglo mexicano, *La guerra de 30 años* (1850), de Fernando Orozco y Berra (1822-1851), que no habla de nuestra guerra perpetua ni, esencialmente, de federalistas y centralistas, liberales y conservadores, mexicanos y yanquis o patriotas y franceses, sino de un hombre en guerra con las mujeres. Cuando la historia universal es sustituida por la historia nacional, tenemos una ficción, el nacionalismo; cuando la historia es arrojada al segundo o tercer plano, tenemos al final no literatura nacional, sino literatura a secas y eso hizo Orozco y Berra, el infortunado hermano del historiador don Manuel. De todos quienes visitaron nuestra literatura en aquella primera mitad del siglo ya antepasado, quizá el más extraño haya sido el autor de *La guerra de 30 años*, quien despistó hasta al gran Luis González y González, quien al parecer no leyó la novela, pues creyó la guerra civil y extranjera sus temas, cuando no hay en ella nada político ni específicamente mexicano, como dice Palti, que sí la leyó.¹⁸⁹

La guerra de 30 años es nuestro *Diario de un seductor* (1843) y no es casualidad que el novelón de Orozco y Berra y el relato de Kierkegaard sean obras casi contemporáneas. Ambos libros subliman la consecuencia práctica de las luces y del romanticismo (en este caso consecuentes y no antagónicos unas con el otro): el Eterno Femenino baja a la calle. No es que las costumbres se liberasen (es probable que el sexo, por carecer de prestigio sentimental, fuese más fácil de practicarse entre la Edad Media y la Ilustración)

¹⁸⁹ González y González, *La ronda de las generaciones*, *op. cit.*, p. 22.

sino que la obsesión intelectual por la seducción, trasmitida de mano en mano por infinitud de novelas sentimentales, se volvió una moda cultural. El mundo de los lectores, al menos, se bovarizó en el sentido de *Madame Bovary* (1857), para los hombres y para las mujeres. En la de Orozco y Berra, tenemos a un poeta llamado Gabriel, quien entre Puebla y la Ciudad de México se dedica a la seducción culpígena desde que le arrancara un beso, a sus siete años, a una niña en la escuela.

A manera de diario, como el de Kierkegaard, este auténtico héroe de las mujeres, se confiesa: “Me llamo Gabriel y nací predestinado al martirio. A falta de verdugos barbones y atezados como los que salen en los dramas, nacieron las mujeres, que sin matar de un hachazo, saben desgarrar el corazón con la sonrisa en los labios, y el rubor en la frente.”¹⁹⁰

Palti, el historiador argentino autor del único estudio sobre Fernando Orozco y Berra, tras los de Altamirano en 1851 y 1869, enumera las conquistas y las decepciones que va acumulando nuestro seductor, entre el amor-pasión y el amor-placer, agregó yo. Leer a Orozco y Berra es como escuchar lo que verdaderamente ocurría después de las tertulias provincianas sociológicamente descritas por Prieto en *Viajes de orden suprema*.

Entre las dos Rosas, una morena y otra rubia, Agustina, la típica cortesana que introduce al poeta en los secretos de la vida, y Luisa, ante quien se humilla, pasando por Narcisa, aquella que le devuelve la creencia en su capacidad de amar, o Serafina, su amor puro, vemos pasar la galería de mujeres reunida por Orozco y Berra, la más amplia y psicológicamente compleja que conociese hasta ese entonces la novela mexicana. Incluyendo a aquéllas capaces de hundirlo en la degradación total, *La guerra de 30 años* —casi con los que

¹⁹⁰ Fernando Orozco y Berra, *La guerra de 30 años*, I, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1851, p. 18. Armando Pereira hizo una edición condensada de *La guerra de 30 años* (Biblioteca de clásicos mexicanos condensados, México, Editorial Melo, 1981) de 109 páginas, donde por fuerza la trama se volvió un esqueleto y el lenguaje de Orozco y Berra, ya de por sí seco, queda totalmente afónico.

cuenta Orozco y Berra al morir víctima del cólera—, su guerra, como la de 1847, concuerda Palti, está condenada a la derrota.¹⁹¹

Yo no me tomaría tan en serio esas líneas paralelas; el título juega con ellas, sin duda, pero me parece que el de Orozco y Berra fue uno de esos espíritus indiferentes a la historia, lo cual explica algunas cosas: que Altamirano, en *El Renacimiento* —su revista que pregonaba la unidad de los escritores de todas las facciones para fundar, tras la derrota del Imperio, una verdadera “literatura nacional”—, al recordar a Orozco y Berra, un médico desinteresado de estirpe chejoviana (“Los médicos que hacen versos *no hacen dinero*”, apunta, compasivo, Altamirano), a quien conocía desde sus primeros escritos, se vea obligado a defenderlo de su propia calificación de la novela (la suya propia cuando apareció *La guerra de 30 años*) como “escéptica”. Altamirano, uno de los liberales más sensibles a la pérdida pureza del cristianismo, dice en 1869 que no debió emplear “la palabra ‘escéptica’ en general, al hablar de la novela de Orozco, ni haber repetido que el corazón de éste se hallaba corroído por la duda”, no se fuese a pensar que el malogrado novelista lo era en materia religiosa. Nada de eso, “era creyente”. “Nuestra intención”, asevera Altamirano, “y la expresamos mal, fue decir que el autor de *La guerra de 30 años* dudaba de muchas cosas, como del amor, de la dicha, del desinterés, porque así aparece en su leyenda; de modo que es escéptico, pero no en todo, pues en principios religiosos hubiera sido temerario de nuestra parte asegurarlo”.¹⁹²

No pudo ver Altamirano, menos en 1867 que quince años atrás, que lejos de ser otro romántico estándar (“Orozco era un poeta lleno de dolor. Sus canciones parecían modeladas en el arpa de Byron

¹⁹¹ Elías Palti, “*La guerra de los treinta años* de Fernando Orozco y la visión lúdico-poética de la historia”, *Latin American Literary Review*, xxv, 1997, pp. 69-90.

¹⁹² Altamirano, “Fernando Orozco y Berra (Apuntes biográficos)”, en *Obras completas*, XIII. *Escritos de literatura y arte*, 2, selección y notas de José Luis Martínez, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2011, pp. 28-37.

o en el laúd de Espronceda. Era la época en que reinaba la escuela romántica.”),¹⁹³ en efecto, *La guerra de 30 años* era la novela de un escéptico, de la clase de escéptico que Nietzsche admiraba en Stendhal. Fue el único de los novelistas mexicanos que percibió la sentencia de Friedrich Schlegel, en 1800, que fue una sombra larga destinada a cubrir buena parte del siglo xx, de que “una teoría de la novela debería de ser ella misma una novela”. *La guerra de 30 años* se explica por sí sola, como las de Flaubert, lo cual, paradójicamente —paradoja de la novela, esencia de su devenir— se abre a todas las explicaciones.

Gabriel, como su propio autor, se regresa de la mojigata Puebla para encontrarse igualmente desamparado en la bulliciosa Ciudad de México, esa que le llenaba el alma saltarina a Prieto. Es probable que la novela haya sido rápidamente olvidada porque eran muy notorias las verdaderas señoras retratadas bajo el velo de la ficción por Orozco y Berra, pero sobre todo, porque *La guerra de 30 años* debió parecer una frivolidad. Mientras la patria agonizaba y tras llorar su probable desaparición de la faz de la humanidad civilizada, los Alamán se ponían al servicio de Santa Anna o los Pizarro predicaban la buena nueva de alguna clase de socialismo, un Orozco y Berra se entretenía, en ánimo nihilista, en lamerse las heridas de treinta años de fracasos amorosos, iniciados nada menos que en el parvulario (detalle que recuerda la sorprendente confesión stendhaliana, en la *Vida de Henry Brulard*, de haber juguetado sexualmente, de niño, con su madre). Tampoco me imagino a El Nigromante trayéndonos la voz de los muertos para iluminar el porvenir, condescendiendo con la novela de un egotista como Orozco y Berra. Al comparar *La guerra de 30 años* con *El pistol del diablo*, Palti encuentra ambas como muestras de la imposibilidad histórica de México. Es probable ver el libro maldito de Orozco y Berra como una “evasión” de la historia en el sentido peyorativo de la palabra y al novelón de Payno como el retrato de una nación abandonada hasta por el pobre diablo. Hay sin duda, en Orozco y Berra, esa

¹⁹³ *Ibid.*, p. 31.

visión lúdico-poética (yo la encontraría sencillamente stendhaliana y no lejana de Kierkegaard, a quien se debería asociar más frecuentemente con Stendhal), pues ese novelista mexicano desconocido creía en el amor como la única salida al desastre de la historia, y esa verdad insolente, vertida en el armazón de una novela convencionalmente romántica, *La guerra de 30 años*, debió ser insostenible. Aquella era razón más que suficiente para no leerlo y el resto fue obra de la muerte precoz, buena amiga de los escritores decimonónicos.

CONCLUSIÓN

A Marc Fumaroli

Buscaré la influencia del espíritu nuevo, que al retornar sistemáticamente hacia el espíritu antiguo, se convierte en una suerte de innovación retrógrada que sigue a los desórdenes civiles. La buscaré en la literatura, en el análisis filosófico y en la política especulativa.

VILLEMMAIN, *Cours de littérature française*, IV, 1840

Y el vals continua y la ronda recomienza, entran, salen, se reencuentran, se ignoran, se copian, se enojan, se plagian y se contradicen. Es el baile de un siglo entero, una larga noche secular, donde se repite sin fin el vals de los resucitados de los Guermantes. Si quiero trazar esta historia y ofrecerla debo tratar de no olvidarme de nadie y pintar retratos completos.

Muy rápido, las escenas que evoco serán reprimidas, se ordenaran estas obras y estos hombres en la historia de la literatura, eslabón débil de las ciencias humanas que es en realidad, el eslabón más firme de la historia de las religiones, en la que el cristianismo sólo se integra como una especie de rincón vacío, colgado, digamos, entre Eleusis y Jersey, los menhires y las mesas parlantes, el Mahabharata y la Biblia de la humanidad, los últimos días de los cuentos de hadas gnósticos sobre la crucifixión y las primeras vidas positivistas de Jesús fundadas sobre la investigación arqueológica y la crítica filológica.

MURAY, *Le XIX^e siècle à travers les âges* (1984)

Ardua me fue la tarea de leer a nuestros árcades al comenzar *La innovación retrógrada. Literatura mexicana, 1805-1863*. Se necesitan muchas horas de trabajo para apreciar a los bucólicos neoclásicos en su artesanía y en “perdonarles” una debilidad que acaba por ser nuestra y no de ellos: sus amadas convenciones mitológicas no salían sobrando, pues eran el abracadabra del conocimiento literario, de la comunión poética. Que José María Heredia insistiese en remachar esas convenciones, en la revista *Miscelánea*, hacia 1830, de la misma forma que para el joven Sainte-Beuve no había habido desdoro, pocos años antes, en resumir temas mitológicos en sus primeras reseñas, explicaba que no en todos los corazones se había cumplido a tiempo la profecía de Hölderlin, de que los antiguos dioses, conservados sólo como nombres de cosas usadas, hacía tiempo habían huido de este mundo. Acaso su ausencia obligó a Heredia y a Byron (y con ellos a numerosos jóvenes poetas de 1820) a ir a buscarlos a Grecia bajo una nueva forma, modernísima, la del pueblo en lucha por su libertad. A ese ídolo, a la revolución y su soberanía popular se enfrentaron, más o menos decepcionados, José Joaquín Fernández de Lizardi, Carlos María de Bustamante, José María Luis Mora, Lorenzo de Zavala y José María Heredia. Sólo la generación de la Reforma, con Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, El Nigromante, más tarde Ignacio Manuel Altamirano (más joven, le tocará construir, menos que destruir) y elusivamente Manuel Payno, le tomara gusto al ídolo revolucionario. Pero volvamos a nuestra falta: nos educamos sin la leche materna de lo grecolatino y por ello lo bucólico-pastoril, en el corazón del neoclasicismo, nos cuesta tanto trabajo.

La Arcadia mexicana fue falsamente moderna, como lo pregonaron, aunque por las razones equivocadas, los románticos. Errada en su apreciación de lo actual, tampoco alcanzó a ser ilustrada y aunque aquella poesía bucólica se declaró ajena a lo rústico pero no sorda al lenguaje popular, como lo demostraron Anastasio de Ochoa y Acuña y algunos otros poetas en el *Diario de México* hasta 1812, no podía hacer mucho más de lo que hizo: eran tiempos de revoluciones.

Civilizada, artificiosa, retirada, somnolienta, compuesta por seres tranquilos idealmente útiles para la ciudad aunque se encontrasen en un eterno picnic, a la Arcadia no sólo la desmanteló la guerra de Independencia, más reaccionaria que revolucionaria, sino la sátira y con ella su hijastra, la picaresca. Cuando la sátira penetra en lo idílico, en lo bucólico y en lo pastoril, dice Thomas G. Rosenmeyer, lo corroe y la democracia del “gabinete verde” resulta obsoleta, ajena a lo que por democracia entienden, populares y soberanistas, los románticos, hesiódicos de carácter, es decir, criaturas del sufrimiento y del trabajo.

La literatura mexicana tuvo, con fray Manuel Martínez de Navarrete y los árcades, la primera de sus innovaciones retrógradas: avanzar mediante el anacronismo, paradoja que Fernández de Lizardi cumpliría de otra manera, más espectacular y efectiva. Para ser algo más que ello, lo arcaico al permanecer en un género nuevo debe estar vivo para que recuerde el pasado y funcione como una verdadera agitación. Eso hizo Fernández de Lizardi presentando al Periquillo, personaje antañón transformado en un ser consciente de sí mismo, del todo nuevo y tan adánico que hubo, a mediados del siglo xx y aun después, una rama de la filosofía o de la antifilosofía dedicada al estudio de lo mexicano. La innovación retrógrada permite ahuyentar ese aspecto monstruoso, el de una literatura sin infancia, que atormentaba a José María Vigil cuando hace su reseña introductoria de la *Antología de poetas mexicanos*, la de los seis ejemplares personalizados, enviada a don Marcelino para que normase su criterio al gusto de la Academia Mexicana de la Lengua. Vigil escribió su introducción en 1891 y la *Antología de poetas mexicanos* se publicó en 1896, una vez comprobada la inadvertencia y la desobediencia de Menéndez Pelayo. Fue la innovación retrógrada la que nos ofreció una infancia monstruosa, una adolescencia y hasta una juventud un tanto patológicas, digo interpretando la patología del crecimiento detectada por Vigil.

Me demoré mucho en explicar quién fue Juan Meléndez Valdés porque si desde hace rato me parece un despropósito ineludible escribir historias nacionales de una literatura que concibo mundial,

más ilógico me parecía hablar, con justicia o sin ella, de imitadores, sin fijarse en el modelo. Si escribiera, por ejemplo, una historia de la literatura en México durante la segunda mitad del siglo xx, le dedicaría un capítulo a Borges.

El desprecio por la literatura neoclásica, una vez terminado el Imperio napoleónico, que para Cioran es el último episodio a la antigua en la historia moderna, fue internacional y se prolongó durante más de un siglo: denuestos como los aquí proferidos por Prieto y los románticos se escucharon en todo Occidente. Hubo que esperar, en las literaturas de origen peninsular, terminándose el siglo xx y empezando el nuestro, a un José Guilherme Merquior, un Jorge Ruedas de la Serna, un Fabio Morábito, una Esther Martínez Luna o un Luis Miguel Aguilar para que nos enseñaran a leer, como si fuésemos párvulos, en español y en portugués, a los árcades. Hubimos de aprender, gracias a esos críticos, a curarnos un poco de “la pedantería de la posteridad”, como la calificó José Joaquín Blanco, quien también ha leído y releído nuestra literatura.

La Arcadia, además, era una aristocracia republicana, casta que puede existir en la historia, pero no por mucho tiempo y por ello, los megamodernos de entonces (Goethe, Voltaire, Rousseau) fueron arcádicos en privado, como en sus ratos libres Luis XVI fue cerrajero. En fin: con Meléndez Valdés fueron condenados igualmente sus maestros, todos los “clasiquinos”, como el abate Delille, el doctor Young, el suizo Gessner. Ossian, el Homero de los nórdicos descubierto por el xviii, resultó ser la afamada impostura de Macpherson. Y en las ciudades tan alejadas de los hornos de la Ilustración (París, Londres, Edimburgo) o del romanticismo (en lo que entonces todavía no era Alemania) ese desprecio, desprovistas esas literaturas como estaban de una actualidad intelectual rica y contemporánea, intensificó la innovación retrógrada y una vez enseñoreado el romanticismo, todo el siglo xviii empezó a ser condenado a la manera del poeta y crítico español Pedro Salinas cuando se refirió a la postrada y descuidada España viviendo de las migajas gongorinas que se peleaban en sus mesas de pobres algunos pocos poetastros, chocarreros y vulgares, indignos de la poesía burlesca

de Quevedo, por lo menos. Hubo, en aquel tiempo, lo reconoce Salinas, gente razonable que sin ir más allá de lo intelectual, trató de darle dignidad literaria a esa decadencia, logrando sólo poesía decente, atildada, didáctica y seca.

Quizá, como dijo Azorín, menos moderno que Salinas, le hemos cargado demasiado la mano al XVIII español (e hispanoamericano) si consideramos que el romanticismo en español podría ser juzgado y menospreciado casi con las mismas palabras. Quizá, como dijo Octavio Paz en un comentario que aun perturba a algunos, nuestro verdadero romanticismo sea el modernismo, que es lo que creía Azorín (que se consideraba un antiguo, no un modernista) y ello también se deduce del horror que don Marcelino sentía del mundo emergido, como una Atlántida, con la poesía de Victor Hugo, en ambas orillas del Atlántico.

En la *Poesía ingenua y sentimental* (1796), Schiller quiso resolver los problemas del tránsito entre su época y el futuro romántico, que él adivinaba con imprecisión, como el padre soñando con el futuro de su hijo, separando a los ingenuos de los sentimentales. ¿Cómo era posible, se preguntaba él, que la ingenuidad de los bucólicos pastoriles fuese tan artificiosa? Porque era aquélla, le respondemos nosotros, una falsa ingenuidad, o dicho de otra manera, una falsa antigüedad, como falsos, es decir, ahistóricos, eran los emperadores aztecas exaltados por nuestro historiador Bustamante en los albores de la Independencia. Por ello, el cubano Heredia me importa tanto: en un primer movimiento, pinta una imagen bellísima desde la cúspide del Teocalli de Cholula, donde él, individuo ya romántico se ha trepado pero de inmediato se reconoce soñando. Es un primer muchacho fumando marihuana en Teotihuacán, en lo alto de la pirámide, tal cual los imaginará, en otro siglo, Paz en su "Himno entre ruinas", adelantándose a los rituales de nuestros años sesenta y setenta. En nada retrógrado, el despertar de Heredia no puede ser más moderno: ve la sangre de los sacrificios humanos y más de una década después enmienda el idilio (amado por los nacionalistas, de lo contrario no lo serían) y agrega esos versos aterrados a su poema de extrema juventud, escrito en 1820.

Los idilios, lo advertía Schiller, nunca satisfacen a plenitud ni al espíritu ni al corazón. El idilio no educa y sus pastores desconocen el arte del diálogo, como lo descubrió Morábito en *Pastores sin ovejas* (1995). Si acaso curan el ánimo enfermo pero no alimentan a los sanos, quienes, para hacerse fuertes y ése es el lado pernicioso del romanticismo, necesitan ejercitarse en la voluntad de poder, habitar la noche, como lo empezó a ser, inexperto, Ignacio Rodríguez Galván, el poeta pobre de la Academia de Letrán en 1836. Fue la primera víctima fatal y precoz de un romanticismo que sin muertos jóvenes no se entiende. Si nos presentamos a los árcades como ingenuos, tenemos una versión idílica del origen de nuestra literatura, que era la preferida por un antirromántico como Alfonso Reyes en las muy amables páginas que les dedicó a los poetas del *Diario de México*. Pero al encontrar en el cura Hidalgo, padre de la patria, a una especie de árcade, lo cual nadie había visto antes que él, don Alfonso mete, por fortuna, la pata en el pantano de la historia. Así que no sólo los aztecas y sus aliados y sus enemigos mesoamericanos estaban literalmente bañados en sangre, como lo soñó Heredia en el Teocalli, también el padre fundador de la mexicanidad pasa del maridaje virgiliano entre la poesía y la agricultura, de criar gusanos de seda a incendiar medio país irresponsablemente —él mismo confesará su extravío al ser enjuiciado— y a masacrar gachupines, escena aterradora para el historiador Lucas Alamán que la testificó y cuya *Historia de Méjico*, finalizada junto con su vida en el mediodía del siglo XIX, fue escrita para exorcizar ese día en la Alhóndiga de Granaditas de Guanajuato.

El ingenuo se vuelve sentimental: un empresario deseoso de hacer vinicultura imagina y procede a ejecutar un plan mayor, una patria. Muere en el intento heroico pues se ha propuesto ejecutar el gran artificio, la nación. Ello nos permite ver no sólo al cura Hidalgo (genial interpretación de Reyes, insisto, la de presentarlo como un árcade) sino a todos los árcades como sentimentales que, independentistas o realistas, estaban previamente asociados con su *Diario de México* al ayuntamiento que respaldaba al virrey Iturrigaray en 1808.

Pero como sentimentales —es decir, schillerianamente, ganosos de hacer de la naturaleza historia y parir una nación— salen mal parados los árcades si quienes los juzgan son, sobre todo, los románticos, esos sentimentales que parecen ingenuos. Así, el no realismo de la Arcadia resulta insultante para los *sans-culottes* intelectuales de 1789 e inmundos el Petit Trainon de una María Antonieta justamente condenada, pero cuya decapitación acaso fue un exceso.

El Terror disgusta a la mayoría de los poetas. Nuestros ingenuos se vuelven unos canallas y Meléndez Valdés, el gran Batilo, revela el verdadero carácter zalamero de su poesía al usarla para elogiar lo mismo a Fernando VII que a Carlos IV, al valido Godoy que a José Bonaparte. Era el espíritu de aquella poesía o el destino fatal de esa versificación: en la agónica Nueva España ni Heredia se libró de alabar al Séptimo Fernando. Hasta fray Servando, ni poeta ni zalamero, cantó en verso las gracias del industrioso ministro y mal poeta Jovellanos. Si los árcades son sólo ingenuos, son los jardineros de una Arcadia desecada por la Historia, y si son sentimentales aparecen regenteando un antro decadente, plagado de impostores e insensibles, justamente barrido por la revolución, antiguo término astronómico que fray Servando rehabilita en la Nueva España para contar el desenlace de los acontecimientos de 1808. Revolución endiosada al grado de que será lo único, utilizando los modernos métodos sentimentales, capaz de devolvernos a la verdadera ingenuidad, a ese mundo sin libido, sin trabajo y sin mentira. La épica, vista desde el siglo XIX, no puede ser bucólica. La Arcadia pasa a ser, desde que El Pensador Mexicano decide combatirla durante la guerra de Morelos, no un artificio sino una falsificación delatada muy pronto por la Historia, uniendo por primera vez, Fernández de Lizardi, la literatura con la política, amasiato moderno por excelencia. Se acaba el bucolismo, vienen los tiempos hesiódicos (“los trabajos y los días”) gracias a Fernández de Lizardi, el ave rapaz desplumando a los cisnes bucólicos, según una imagen de María Rosa Palazón Mayoral, sin cuya magna edificación de las *Obras completas* de Fernández de Lizardi nadie podría haber subido más allá de unos pasos en el empinado monumento.

Fernández de Lizardi es el súbdito que para convertirse en ciudadano dice groserías y las publica. Peor aún, las vocea en la plaza pública, lo cual escandaliza en 1813. Fue, como dijo José Emilio Pacheco, el último de los escribanos “evangelistas” en abandonar el Zócalo de la Ciudad de México, aquel que “pone en la página lo que otros le dictan, da forma a lo informulado”.¹ Con el así llamado Pensador Mexicano, además aparece en nuestra literatura, para no volver a irse nunca más, la Ciudad de México, la horrible, la simpática, la venerada, más que venerable, Ciudad de los Palacios. Leer los periódicos, folletos y fascículos de Fernández de Lizardi es un bálsamo de realismo. Tonifica y luego satura. Así como los neoclásicos se reírían de nuestra ignorancia ante la cultura humanística grecolatina, se quedarían mudos o desmayados ante el realismo sanguinario y procaz del que se alimentó un lector del siglo xx, para no hablar ni de espectadores ni de nuestro siglo en curso. Usa a la perfección, Fernández de Lizardi, la innovación retrógrada para alimentar la libertad de imprenta y crear *Opinión*, como lo subrayó el historiador argentino Elías Palti en *La invención de una legitimidad* (2005).

Se sirve Fernández de Lizardi del viejo arsenal de la picaresca, y cuando la derrota de Morelos cierra ese primer ciclo revolucionario, prohibidos sus periódicos y amenazada su persona, Fernández de Lizardi empieza a escribir una novela, *El Periquillo Sarniento* en 1816, a la usanza del neoclásico *Gil Blas de Santillana* que los franceses le robaron a los españoles, para trasquilarlo. Con ello, ese periodista se convierte en el primer moderno nuestro, alejándose del paraíso pero también del pecado original, Baudelaire recontra *dixit*. Nada hay más moderno, además, que una nación mirándose en el espejo de un libro ajeno a la religiones constituidas y sus cleracias: *El Periquillo Sarniento* como biblia decimonónica de los mexicanos y fuente de su nacionalismo barroco, como lo precisó, interesado y genuino, Agustín Yáñez, un nacionalista primero católico y

¹ José Emilio Pacheco, *A 150 años de la Academia de Letrán (1986). Discurso de ingreso*, México, El Colegio Nacional, 2013, p. 17.

luego revolucionario, de la centuria pasada. Sólo mucho más tarde, tras el modernismo del fin de siglo, una vez impuesto el credo de Rubén Darío, lo moderno será vivir en el mismo mundo de aquellos a quien se lee y admira.

México no necesitaba una lengua, tenía el español pero Fernández de Lizardi lo vuelve, realmente, el idioma de los mexicanos, llenándolo de riqueza callejera, periodística y contemporánea, abriendo el léxico a todo aquello que sobrevivía hablándose de las lenguas indígenas, del náhuatl amestizado en el valle de México. Nuestro primer *littérateur*, el crítico Heredia, naturalmente ignora del todo a Fernández de Lizardi, el fulminador de los “clasiquinos”, el verdadero sentimental que sólo engaña a los bobos cuando se hace pasar por ingenuo. A diferencia de Rodríguez Galván, en su “Profecía de Guatimoc”, publicada en *El Año Nuevo de 1840* y que a Menéndez Pelayo le parecía la solitaria obra maestra del romanticismo mexicano, o de El Nigromante, preocupado por el asunto en sus diálogos con los vivos y con los muertos, a Fernández de Lizardi (no en balde homenajeadado por Ramírez como un diablo, rebelde caído), moderno ajeno a la noción castiza de una lengua pura, le tiene sin cuidado que los mexicanos no hablen la lengua de Netzahualcóyotl o de Moctezuma. En el español de México, lengua viva, universal y multitudinaria, cabían todos los indigenismos. Eso no lo podía entender el poeta José Joaquín Pesado cuando, practicando el anacronismo y no la innovación retrógrada, tornó en neoclásicos a los poetas del mundo náhuatl en *Los aztecas. Poesías tomadas de los antiguos cantares mexicanos* (1854), partiendo de las versiones de un nahuatlato improvisado cuyo oportuno apellido era Chimalpopoca. Esa ocurrencia la condenó Menéndez Pelayo en la *Antología de poetas hispanoamericanos* (1893-1895), pero cabe recordar al obispo Montes de Oca, muerto en 1920, quien tuvo a bien reconocer que Pesado le había dado a los aztecas, “pueblo sin literatura”, al menos, una historia. Eso en 1886.

Si los árcades fueron poetas que escribían para poetas (o al menos para aficionados a la poesía) y Fernández de Lizardi lo hacía para subditos ganosos de malearse para ser ciudadanos, el doctor

fray Servando Teresa de Mier se fue tan lejos en el tiempo, al del apóstol Tomás, que sería una broma en su caso hablar de innovación retrógrada, como a broma se tomó la historieta el inclemente Nigromante en 1868, quien en su papel de racionalista liberal, vencedor del Imperio de Maximiliano, podía darse el lujo de burlarse de un abuelito de la patria. Acusada con tanta frecuencia de solemnidad, la literatura mexicana no debe olvidar que es hija de un par de sufridos espíritus chocarreros: Mier y Fernández de Lizardi. Suerte tuvo Francia de iniciarse con Montaigne, un escéptico, dijo Nietzsche. Suerte tuvo México de iniciarse con un par de desmadrosos, digo yo, toda proporción guardada.

Mier, aun en 1819, tomaba la pluma para defenderse ante la universalidad apostólica de la Iglesia con lo que luego serían sus *Memorias* y Heredia lo hizo para crear una auténtica élite literaria con la *Miscelánea*, Bustamante escribía para la gleba en armas, recogiendo sus testimonios, salvándolos o bastardéandolos, en su infinito *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana* que arranca en 1823 en las vísperas republicanas, pasado el episodio de Iturbide, aclamado libertador y tan dificultosamente expulsado, a lo largo del XIX, de la historia patria. Es Bustamante quien en realidad aspira a que sus lectores le lean sus páginas al resto de los insurgentes potenciales y analfabetas: la suya es verdaderamente historia popular y militar, académicamente inepta. Podrá ser ingenua su pintura del Imperio azteca pero fue un sentimental extremo al recrear, con una paleta más medieval que romántica, cómo Morelos, generalísimo y mesías, está forjando una patria. Está más cerca, don Carlos, a la vez nuestro primer “intelectual revolucionario”, de *La leyenda dorada* que de Walter Scott. Pero el primitivismo, nos lo recuerda George Santayana, es una osadía moderna.

Sentimental, Bustamante es un falso antiguo en la misma proporción en que los árcades resultaron ser falsos modernos. Como creador de imaginación literaria gracias al oficio de historiar, demuestra que se puede ser moderno sirviéndose de los antiguos, gracias a ellos, mientras Zavala y Mora son a la vez ingenuos y modernos. Utilizando las tres concepciones de la historia fijadas por Kant

en “Si el género humano se halla en progreso constante hacia mejor” (1798), los historiadores liberales son *eudemónicos*, mientras algo hay en Bustamante de *abdeterístico*: las cosas en el fondo no se desarrollan, sólo se reordenan sirviéndose de elementos primitivos y así, el Imperio azteca, distinto pero igual, ha de volver, tarde o temprano, en la república. Tendrá que ser Alamán en su vejez, durante la catástrofe de la invasión estadounidense de 1847, quien ejerza en su *Historia de Méjico* lo calificado por Kant como el estilo terrorista, encontrando en la Independencia el inicio de una vertiginosa caída en la historia: la hora de la caída.

El doctor Mora y Zavala, tan importantes para la historiografía liberal, fueron escritores menores impotentes para desenmascarar los mitos establecidos por Bustamante, que como Fernández de Lizardí, fue un sentimental impetuoso. Cultivados, autores cuyos libros se imprimen en París pero en español y para exportarlos a América, este par de historiadores corrigen sin tregua a Bustamante como quien se empeña en negarle al Antiguo Testamento la autoría divina. Uno y otro escriben historias y ensayos sobre México y sus revoluciones, de las cuales han sido víctimas o protagonistas, para hacer de la literatura mexicana (que nace con poetas para ser dirigida por historiadores), una escuela capaz de educar, cívicamente, a sus imberbes ciudadanos. Mora y Zavala logran su cometido sólo muy lentamente, muchas décadas después y quizá sólo acabamos por entender su mensaje político fundador al término del siglo xx.

Aprendiz de sociólogo en una época en que todos los pensadores políticos hacían sus peninos en la nueva ciencia, Mora, con *México y sus revoluciones* (1836) tiende a la ingenuidad, trata de venderle a los europeos un país moderno y culto que tuvo, como los tuvieron los romanos en los etruscos o los franceses en los galos, a sus bárbaros. El problema es que nuestros bárbaros, los indios, representan a un pasado que aunque varias veces centenario, todavía está presente no sólo en las más remotas aldeas sino en todas las plazas y mercados de toda la República, “barbarie” cultural demográficamente abrumadora como bien lo sabe el lector de *El Periquillo Sarniento*.

El político Zavala finge en su *Ensayo Histórico de las Revoluciones en México desde 1808 hasta 1830* (1831-1832) cierta neutralidad, pero en el fondo también es un historiador ingenuo porque no ve una nación ideal a la cual remitirse. Sabe en cambio, como nos lo enseñó Palti, que la vida republicana es el tiempo de la retórica: a la verdad, para este doctrinario, sólo se llega mediante la polémica. Mora, más sociólogo, cree que la verdad emana no de los hechos, como cree el animal político, sino de las ideas. Primer historiador de nuestras ideas, eso fue. Pero dejémoslo en que Mora, quizá converso al protestantismo en el destierro europeo, es platónico y el separatista Zavala, aristotélico. Y se quiere una síntesis pesimista, hay que esperar a que Alamán la ofrezca, en el medio siglo. Para hacer síntesis los católicos se pintan solos. En nuestra literatura histórica tenemos dos grandes síntesis: la de Bustamante, quien impone su propio Edicto de Constantino y convierte a los aztecas en una gentilidad presta a cristianizarse, y la de don Lucas, escatológico, es decir, obsesionado con los fines y teólogo de nuestra caída histórica.

El primer gran personaje de la Era de Bustamante es, naturalmente, fray Servando y el último, desde luego, el general Antonio López de Santa Anna, el más “romanceado” de nuestros dictadores. ¿Ingenuo, sentimental, fray Servando? Quién puede saberlo. Es, como lo describió, a la vez obvio y preciso Lezama Lima, un gran escapado. Va del Barroco al republicanismo liberal de los veinte del XIX. Nació antes de la expulsión de los jesuitas y murió cuando ya se cocinaba el socialismo utópico. Es un fraile volador que registra paisajes, recorre los conventos dominicos que para él son prisiones, la Francia de la Iglesia constitucional, la Roma eclesiástica, la Filadelfia que convierte a los hispanoamericanos adictos a la monarquía constitucional en republicanos. Viene de muy lejos, fray Servando, y quiere traer como testigo a Tomás apóstol y llega, vía Reinaldo Arenas, con *El mundo alucinante* (1968) a ser nuestro contemporáneo. La suya es la innovación retrógrada ante el Altísimo, pero innovación retrógrada, vaya paradoja, póstuma. Un fraile que en el dominio de las bellas letras, no había pasado de *Fray Gerundio de Campazas* (1758) de ese padre Isla que también tradu-

jo —supuesta retraducción— el *Gil Blas de Santillana*, encuentra su público en el siglo siguiente, entre los *happy few* del *boom* latinoamericano. Tras ser descubierto como narrador (y no es casual pues es otro de los héroes de este libro) por el primer gran novelista entre nuestros decimonónicos, Manuel Payno, el doctor Mier sólo empezó a ser amado y admirado, a principios del siglo xx, por Reyes y por Luis G. Urbina, el límpido crítico de la literatura de la Independencia al que siempre hay que volver, en especial cuando se cree saberlo todo.

Las *Memorias servandianas*, que están y no están en el origen de las letras mexicanas, redactadas en 1819 gracias al encierro del fraile en el Palacio de la Inquisición y al escrupulo memorioso de sus juzgadores, no ven la luz hasta que Payno las publica, aún en agraz, en 1865. El personaje fascinaba desde el sermón de 1794 poniendo en duda la tradición guadalupana, y en los años sombríos de la Primera Restauración fernandina el canónigo José Mariano Beristáin de Souza, quien era algo así como el retórico, antes que crítico, de guardia del *establishment* tardovirreinal, lo imagina planeando fechorías en Londres. Y en efecto: creyéndose arzobispo de Baltimore desembarca con Xavier Mina en Soto La Marina. Liberado en 1820, sus escritos políticos, como el feroz *Manifiesto apologético* y sus discursos, el de las profecías o el último, contra el papa León XIII, escandalizan. Todavía cuando muere en diciembre de 1827, previa invitación teatral a su agonía, muy pocos han sido los lectores de su *Historia de la Revolución de la Nueva España* (1813), que está en el principio de todo. Uno de ellos es Fernández de Lizardi, su admirador y su defensor ante el fugaz Imperio. Bustamante los protegió a los dos y ellos lo soportaron a él.

A la Arcadia le sigue la antigüedad moderna (con su sede en la República colaboracionista de Tlaxcala de 1521 en *Jicoténcal*) y el puente entre una y otra será Bustamante, quien les puso su casa a aquellos poetas bucólicos en el *Diario de México* desde 1805. Pero esas cuatro formas de innovación retrógrada (la de Martínez de Navarrete, la oculta en las *Memorias servandianas*, *El Periquillo Sarniento* y el resto de los muchísimos papeles de Fernández de Lizar-

di, la del *Cuadro Histórico* bustamantino) terminan su ciclo cuando aparece, en México, ese bendito intruso que fue Heredia, más cercano política e intelectualmente, al principio, a los historiadores liberales Mora y Zavala.

Para Heredia, tan distinto a Fernández de Lizardi, lo esencial es que la historia ya es universalidad y esa universalidad no es la católica como lo era para Mier y Bustamante. Impedido, por extranjero, de hacer historia patria, se pone a traducir y a completar, después de 1830 cuando resulta obvio que en México no habrá un sitio digno para él, las *Lecciones de historia universal* del escocés Tytler. Los ardores del joven Heredia habían recorrido toda la empresa bolivariana pero tienen su epicentro, allá lejos, en la Grecia levantisca contra los otomanos, hacia 1820, antes que lord Byron arribe a su destino fatal. Lector de prensa extranjera, esforzado traductor del inglés, para Heredia, el cosmopolita repudiado, la historia universal ya es la hegeliana, aunque es probable que el cubano no alcansase a leer a Hegel, como lo sospechan Alejandro González Acosta y Nancy Vogeley.

Heredia, pese a que su evolución romántica se detiene pronto, es ya lo suficientemente romántico como para desengañarse de la Revolución francesa y sus consecuencias en Hispanoamérica, a veces más contrarrevolucionarias y conservadoras que progresistas, como lo va descubriendo no sólo él, sino el doctor Mora (y el poeta Pesado, en el pantano de Santa Anna) en París, a la sombra de Guizot, que es donde lo ha estudiado Rafael Rojas, también nuestro guía en lo que atañe al periplo final de Heredia. El desengaño del cubano-mexicano es el de los poetas ante el Terror, aunque él lo haya vivido en su forma dilatada y asfixiante, poco cruenta, durante la guerra política de facciones precedente a las gobernanzas alternas de su amigo Santa Anna. El paso dado hacia atrás de Heredia es el de Chateaubriand y Wordsworth; preludiará, en su modestia, el de George Orwell u Octavio Paz.

El romántico es necesariamente un individuo, una conciencia al desnudo pero a la que hemos visto pasearse bien o mal vestida, raída o extravagante, por las calles: corsarios del guante azul, dandis,

flaneadores. En Heredia se nos aparece todo aquello que en Martínez de Navarrete, su predecesor, apenas se vislumbra a través de documentos póstumos que nos permiten releer sus poemas a la luz de sus novias difuntitas. Heredia nos ofrece la primera personalidad romántica plena, contricción política incluida. La serpiente ha mordido la manzana y profanado la Arcadia, el jardín del Edén es invadido, lo ingenuo se vuelve sentimental, la Historia, política.

“En el Teocalli de Cholula” es un poema perfecto escrito en dos momentos: uno, en 1820, de acrisolada perfección neoclásica y otro, de horror romántico ante la sangre, hacia 1832, cuando Heredia le agrega los versos contra el sacrificio humano. Pero está concebido en términos modernos, la del sueño de la historia, ese culto donde conviven la revolución y las ruinas. La antigüedad moderna, como lo sabe quien mire una y otra vez a Louis David, es revolucionaria. Astronómicamente revolucionaria: un regreso a la Roma republicana.

En la clasificación de Kant en 1798, Heredia, como todos los revolucionarios desengañados, acaba por ser un cínico: lo que parece desarrollarse sólo reordena, insistamos, sus elementos primitivos. Por ello se convirtió, como el doctor Mora, en un liberal conservador. Los árcades, ayunos de historiosofía quizá sólo conocían las repúblicas, suizas o corsas, elucubradas en la mente de Rousseau y por ello la guerra de Independencia los destruyó como poetas. Tomaron un terremoto histórico por un cambio de género y pasaron, sin éxito, de lo lírico a lo épico. Por ello Menéndez Pelayo, uno de los grandes críticos europeos de la historia, al dedicarle un largo capítulo a la pretensiosamente académica literatura mexicana, se negó a hablar de una poesía propia de la Independencia. Da lo mismo un elogio neoclásico de Morelos que uno del virrey guerrero, Calleja. Son intercambiables.

Sólo Alamán, el conservador, acaba por pensar, diría Kant, como terrorista en su concepción de la historia; si hay restauración de todas las cosas ello sólo ocurrirá cuando culmine la caída y se verifique el juicio final. Bustamante, se deduce de ese borrador inconcluso y senil que fue *El Nuevo Bernal Díaz del Castillo* (1847), acabó

por creer quimérica la vuelta del Imperio azteca, su alucine de 1821. En ese año de la Independencia, dirá Bustamante al despedirse del mundo ante los estragos de los yanquis a punto de hacer hondear las barras y las estrellas en el asta bandera de Palacio Nacional, nada menos que un 15 de septiembre, “todos estábamos locos”. En cambio, Fernández de Lizardi es el típico progresista moderno, un *eu-demonista* según Kant, para quien la felicidad, pese a todo aquello que por falta de educación la retrasa, acabará por imponerse. A la misma escuela pertenece Prieto y acaso El Nigromante, quien cree en el Progreso, pero también en la Nada. Es el ateo, el único de su tiempo, escandalizando a la Academia de Letrán en 1836.

El Xicoténcatl de Heredia, si es que escribió *Jicoténcal* (1826) como González Acosta, otro cubano-mexicano, lo ha demostrado casi por completo, es ya un héroe romántico: ambiguo y desgarrado, duda sobre la conveniencia de obedecer a su viejo padre quien le ordena servir al conquistador Hernán Cortés en beneficio de la República de Tlaxcala. Se rebelará al final pero no por el dicitario de una conciencia nacional —porque el autor cubano asocia a Moctezuma con Fernando VII, azote de los liberales— sino por el amor de su Teutila, una Atala tlaxcalteca, recordándonos que la lectura contemporánea de aquellos poetas era sobre todo Chateaubriand. Hay que olvidarse de la gemebunda *Netzula* (1837) del letranista José María Lacunza a favor de *Jicoténcal*, ejemplo contundente de innovación retrógrada y a la vez de antigüedad moderna: el escenario es vetusto, a Heredia como crítico parece no convencerle del todo Scott y sin embargo de todo aquello sale un nuevo tipo de héroe expresado en un género naciente, la novela histórica.

Poeta ya moderno, por infección romántica pasajera si se quiere, Heredia es nuestro primer crítico moderno sin duda ninguna, el editor de *El Iris*, de la *Miscelánea*, de *Minerva*. Donde quiera que trabajase este magistrado ansioso por ser mexicano, en la Ciudad de México, Tlalpan o Toluca, habla de Goethe, de las últimas novedades francesas compuestas por el estilo tardío de los últimos neoclásicos o las primeras obras románticas. Poco escapa a sus ojos: en el índice de la *Miscelánea* está Madame de Staël, Constant, una y otra

vez Byron, Thomas Moore. Con Heredia, lo repito, termina la innovación retrógrada: los árcades nunca se pusieron al tú por tú con Meléndez Valdés como el cubano con Scott. En la novela, ello ocurrirá cuando Payno empiece a publicar la primera versión de *El fistol del diablo* en 1846. Hombre de mundo, anglófilo y diplomático en España, su diálogo, el de Payno, es con sus contemporáneos Eugène Sue y Frédéric Soulié, los folletinistas franceses. Será muy complicado ser un ingenuo sin pretenderlo ser, lo cual es sentimentalismo.

Los estilos suelen sobrevivir como muertos vivos: que Heredia ponga fin a la innovación retrógrada no implica la desaparición del neoclasicismo, cuya resistencia a lo largo del siglo XIX será numantina —faunos decrepitos en jardines desolados ante la vejez de las ninfas, que resultaron, como las civilizaciones, mortales y hasta sífilíticas—, como lo ha estudiado José Miguel Oviedo, el sagaz y veterano crítico peruano. Véanse como vestigio, por ejemplo, de antigüedad moderna los calendarios de ferretería y tiendita miscelánea ilustrados por Jesús Helguera en el siglo pasado. Todavía tendremos que leer a la segunda generación de árcades, la de Joaquín Arcadio Pagaza e Ipandro Acaico. Pero ésa es otra historia, no la de la innovación retrógrada, sino la de la obsolescencia, que también es historia literaria.

Con Heredia y con Payno se acaba, insisto, la innovación retrógrada: a partir de ellos se podrá ser un malo, un pésimo imitador de los románticos, como lo fueron muchos de nuestros decimonónicos. Pero lo serán por compartir el espíritu de su tiempo y no por ignorarlo. Ya no será necesario viajar, treinta, cuarenta años hacia el pasado en busca de munición para pelear la batalla en el presente o al menos para protegerse, con parapetos antiguos, de lo moderno. Ya no serán los escritores mexicanos ni del todo ingenuos ni del todo sentimentales.

El regreso al pasado para saltar hacia el futuro dejará de ser la piqueta habitual en la rutina de nuestros principales escritores, concluido el periodo de la innovación retrógrada. Pero hemos de regresar a la Ciudad de México y ver qué pasaba en aquellos días de 1839 cuando murió Heredia y topamos con la autoconmiseración

de los muchachos quienes llevan un par de años haciendo un anuario, *El Año Nuevo*, que pide permiso para existir, órgano informal de la autoproclamada Academia de Letrán. Según el ameno Fernando Tola de Habich, aquello pasó de ser una tertulia pobretona a un grupo mimado por el prestigio de los poderosos, bien vigilado por veteranos de la guerra de Independencia como Andrés Quintana Roo, pésimo poeta aunque defensor intransigente del derecho de El Nigromante a su palabra atea y por los dioscuros, José Joaquín Pesado y Manuel Carpio, que fueron un político y un médico que no contentos, salmistas, con excavar la Biblia en búsqueda de la poesía que su país en desgracia les negaba, proyectan y montan, con sus propias manos, una maqueta de Jerusalén que asombra a la piadosa ciudad y a sus poetas.

De cerca los vigila, “el primer crítico”, el conde de la Cortina, don José Justo Gómez, quien en realidad usurpa el lugar de ese candidato fallido a mexicano que fue Heredia para sus contemporáneos. Bonachón y limitado, el conde ha viajado por Europa como familiar de Fernando VII y alguna historia de la literatura española lo registra por sus tareas de traductor, sueño que a Heredia no se le hizo aunque el cosmopolita, por sus lecturas, por su avidez de historia universal, fue el cubano. Aparece después, para tomar nota de todas sus obras, Francisco Pimentel, el ecléctico, a la vez positivista y conservador, que escribe en 1885 la primera *Historia crítica de la literatura y de las artes en México*. Tradadista mostrenco, fue un buen crítico y por ello lo despreció la mitad de los escritores, como suele ocurrir.

La maqueta de Jerusalén, biodegradable, no sobrevivió. Lo lograron consecuentado Pesado por don Marcelino y Carpio por el tierno de Gutiérrez Nájera, quien ya en los tiempos del modernismo lo admiraba como si fuera el sacerdote de una capilla sumergida en la Atlántida a la cual sólo podía descenderse usando un novísimo invento de Jules Verne, imagen que habla del descrédito del catolicismo entre los poetas modernistas a finales del siglo XIX. Pero no pasó de aquella centuria la fama de los dioscuros y de sus leídosimos poemas bíblicos, fallecidos ambos como conservadores y pa-

sados a cuchillo por la crítica feroz del joven Reyes en 1911 quien se arrepintió, ya viejo, de su osadía pero no escribió, por fortuna, la prometida página de rehabilitación. Eso fue de “nuestros románticos sin romanticismo”, como los calificó a la perfección Aguilar en *La democracia de los muertos. Ensayo sobre la poesía mexicana, 1800-1921*, su reflexión sobre la poesía mexicana de Martínez de Navarrete a López Velarde.

Podrá parecer al lector iconoclastia necia la mía, la de sobajar, pedante póstumo, a la Academia de Letrán pero me temo que la filología estaría de mi parte. De ella sólo sabemos, por el momento, lo que Prieto ha querido contarnos en sus adorables pero infieles *Memorias de mis tiempos*, publicadas póstumamente en 1906. Algún apunte previo, obra de Prieto y algún otro de Payno, se publicó, y aun confiando en la “leyenda urbana” —al cronista Fidel, su célebre seudónimo, le habría gustado la denominación— esa fundación simbólica de la literatura nacional es más útil para entender el mundo posterior al fusilamiento de Maximiliano en Querétaro, *El Renacimiento* de Altamirano en 1869 y a don Porfirio Díaz, que a la literatura mexicana de la primera mitad del siglo. Los letranistas ocultan no sólo a Heredia y sus revistas, sino se avergüenzan, no sin buenas razones, de ser un desecho del Imperio español. En *El Año Nuevo*, su anuario que dura, como la Academia, hasta 1840, se presentan los poetas, porque genuinamente lo son, como menesterosos copistas de un romanticismo europeo del que saben poquísimo, como lo muestra el primer ensayo autocrítico de nuestras letras, “Un coplero mexicano del siglo XIX”, de Rodríguez Galván. Han olvidado a sus clásicos y el México previo a la Guerra de los Pasteles (donde el general Santa Anna se convierte en don Antonio-pata-de-palo) no invitaba a otra cosa que a salir por Veracruz en misión larga y remota. En el infortunado caso de Rodríguez Galván, la escapatoria terminó semanas después en La Habana debido a un fatal vómito prieto.

Más tarde, Prieto se solaza en presentarlos pobrísimos, a él mismo, adoptado por la Patria para probar su honradez, y a Rodríguez Galván, el mejor formado de todos, no en balde coime de librería. Se mueren pronto Rodríguez Galván, en 1842, y el charro

rico, horrendo dramaturgo aunque liberal cabal y militante, Fernando Calderón, en 1845. Si a Rodríguez Galván lo salva su diálogo numinoso en el bosque de Chapultepec con un Moctezuma que le reclama el olvido de la lengua náhuatl, a Calderón, anacrónico imitador de Alfieri y del duque de Rivas, no lo salva nada. Los santanistas le abrieron la cabeza de un culatazo y al pobre de nada le valió sobrevivir.

Nada desdeñable fue Prieto, por más improbable que sea su pretensión de ser un Hugo local, sin hablar del hiperquinético y valeroso político liberal que la historia nacional honra, olvidándonos, por ahora, de su carácter, ay, de poeta pasajero. Nutricias, como son, a las *Memorias de mis tiempos* (1906) las superan, en mi opinión, los *Viajes de orden suprema* (1857), suprema manera de hacer de un destierro en provincias ordenado por Santa Anna, literatura fundacional. Aunque no fue más allá de Querétaro, San Juan del Río y la calurosa Cadereyta, lo he descrito como “un viaje a Oriente”, ni fabulado como el que emprende el Periquillo a las Islas Filipinas, ni turístico a la manera de Lamartine en Oriente en los años treinta del XIX, fuente de inspiración de Pesado y de Carpio, sino como un descubrimiento anotado, puntillosamente, de México. A unas leguas de la capital, Prieto es Marco Polo y al ir coloreando el país, lo intenta con las acuarelas suaves del Progreso.

Lo pintoresco es lo ingenuo (lo eran los árcades *ufanándose* de la Nueva España) mientras que lo exótico es lo sentimental; como buen romántico, Prieto encuentra en su propio país una tierra de promisión y utopía. No oculta sus horrores ancestrales —la cuestión india viva y sangrante, no la remota antigüedad moderna— sino los considera, en clave liberal, problemas a resolverse por la extensión republicana y plena de la ciudadanía. No piensa lo mismo su “hermano” Ignacio Ramírez, sin duda la personalidad intelectual más poderosa de aquel siglo mexicano. Como al conservador Alamán, a El Nigromante no le cuadra lo de la soberanía popular. ¿Mandar obedeciendo?

Necromancia es olvidarse de la antigüedad moderna, la cual se desplaza al terreno, un tanto folclórico de lo turístico, el de la ven-

ganza telúrica: desde “la profecía de Guiatimoc”, amenaza contra los invasores europeos que Maximiliano encontró cumplida en el Cerro de las Campanas, hasta José Juan Tablada, D.H. Lawrence, Carlos Fuentes y aun noveleros posteriores, los emperadores y dioses aztecas regresan a veces para ponernos en nuestro lugar.

Sin ser indio, contra lo que decían sus aduladores en un tiempo en que ello se volvió, en efecto, adulación, Ramírez se opone al zapoteca Benito Juárez defendiendo a la comunidad indígena de su destrucción progresista. Para ser ciudadanos, antes del español, los indios deben dominar su propia lengua, dice. El mundo es más complejo para El Nigromante que para el resto de los liberales, a veces víctimas de esa cándida idiotez que les achacaba a los demoníacos ese canalla que se llamó León Daudet. Será porque el ateo convicto y confeso hablaba con los muertos y porque su incredulidad le otorgaba el consuelo nihilista, Ramírez combina el culto al Progreso con la sospecha ocultista. Todólogo, como lo será su heredero Vasconcelos, ni modo, recurre a Locke, a Comte y a Condillac, lo mismo que a la poesía griega y a Lao-Tsé, invita a Emilio Castelar, a fuer de ser liberal español a “desespañolizarse”, se burla de la predicación precolombina del apóstol Tomás en América y en arrebató anticristiano se convierte, El Nigromante, en abogado de Mahoma, pues ese monoteísmo le parece tolerable a este semítico hombre del desierto, que en épocas más calmas hubiera sido científico. Se aficionó en el Golfo de California a esas curiosidades, mitad geólogo, mitad espírita. Necromancia, que se quiere ciencia, también es olvidarse del pasado y dejar de buscar evangelizaciones y pactos como los recreados por Mier y Bustamante.

Combate El Nigromante en 1847 a los anglosajones norteamericanos (que es como en propiedad deberíamos llamar a los estadounidenses) sin ninguna duda, a diferencia de Prieto y de Payno quienes se enredan en la citadina revuelta polka en nombre de la unidad nacional y a favor del clero mientras los ejércitos de Santa Anna hacen lo que pueden contra los invasores en Monterrey y en San Luis Potosí, a principios de aquel año. Pero El Nigromante abandona su puesto de combate en Tlaxcala consternado ante los lugareños de-

seosos de sacar en procesión a su santo en vez de hacer la guerra a los gringos. La culpa siempre es de los tlaxcaltecas, diría Elena Garro.

Regresa Ramírez a la Ciudad de México, a defenderla, junto con el gobernador Olaguíbel, su protector, y a verla derrotada. Admirador como es de los Estados Unidos, El Nigromante lamenta la ofuscación imperial de aquella democracia extraviada que renuncia desde entonces a su ejemplaridad, como allá se lamenta Ralph Waldo Emerson, y es el primero de los mexicanos en denunciar el imperio del dios dólar, su irradiación universal. En aquel año del fin del mundo, cuando México pierde más de la mitad de su territorio en una guerra salvaje e injusta como pocas, ni siquiera existe entonces una topografía nacional capaz de calcular la inmensidad de la pérdida. Mientras otros recurren a la comprensible jeremiada, El Nigromante atiende sus negocios, situados en otra tierra vacía, no la del norte de América, sino la de los problemas del lenguaje, por ejemplo, ajeno a la retórica. Está por redescubrirse su teatro según alega el misericordioso Luis de Tavira. Total: la guerra perpetua de El Nigromante va más allá del combate patrio. Es una guerra muy personal.

El poeta bíblico Carpio, “el príncipe” Pesado, el historiador conservador Alamán, el liberal Prieto (a quienes debemos los apuntes históricos más escalofriantes de aquella incuria), el inconstante Payno, el socialista utópico Nicolás Pizarro, el viejísimo Bustamante en dudosa calidad de segundo Bernal Díaz, todos, en prosa y en verso, en historias nacionales, profecías noveladas o folletones, advierten que la muerte de la civilización mexicana, antigua y moderna, salvaje o progresista, está en el orden del día.

¿No lo habrá soñado, ese final, Heredia en la pirámide de Cholula en 1820?

La desidia de los angloamericanos y su horror por anexas a su nuevo imperio a una raza inferior pobladora de una falsa nación condenada a desaparecer (como se felicita de que ocurra el periodista Friedrich Engels en febrero de 1848 en un periódico alemán de Bruselas), permiten que México, mutilado, sobreviva, a la espera de la última salvación providencial que le ofrece el cazurro San-

ta Anna (cuyo talento festejará un Marx en 1854), en una última dictadura que apuntalan, ambos antes de morir, Alamán y el general José María Tornel, el mecenas de la literatura mexicana durante ese medio siglo. Las aventuras de Santa Anna tienen en Prieto a un testigo satírico para nada ignorante de que en la comedia de la segunda y última Alteza Serenísima (habiendo sido, fugaz, Hidalgo, quien condescendió a recibir ese trato) casi todos los mexicanos representaron su papel, enmascarados o no, de fuerza o de grado.

Viene, purificadora, la Reforma. “Sobremotivo”, como describe a ese “elenco furibundo” de liberales, el historiador Luis González y González, ese cogullo valiente no quiere dejar piedra sobre piedra. Triunfadores contra los cangrejos conservadores tras la Guerra de los Tres Años en 1861, hay quien sorprende a El Nigromante picota en mano destruyendo altares. Es probable; pero antes que ello, enriquece bibliotecas y pinacotecas con lo expropiado a aquella Iglesia católica que recibió en Puebla con un *Te Deum* a los invasores protestantes, mientras en la Ciudad de México Alamán se felicitaba por la cortesía de los soldados angloamericanos al visitar su Hospital de Jesús, donde él mismo mantenía escondidos los huesos de Hernán Cortés.

La expulsión del conservadurismo de la historia nacional y de su literatura fue una mutilación casi tan grave como la de 1847 y fue obra de un Nigromante enloquecido por la victoria, quien en La Alameda de la Ciudad de México, en septiembre de 1861, eleva hacia lo cósmico a Hidalgo y a Morelos, auxiliado por la necromancia en calidad de ciencia positiva, al grado de que los positivistas oficiales del Porfiriato lo vindicarán como severo y somero precursor. Ya no necesita el ateo Ramírez, como lo requería el católico Bustamante durante la guerra de Independencia de tornar creaturas mesiánicas a los curas rebeldes. Con aquel discurso cívico establece El Nigromante el panteón de la nacionalidad que se irá poblando de héroes y más héroes a lo largo del siguiente siglo, interpuestas —episodios de ceguera en la marcha hacia el progreso— dos edades oscuras: el virreinato (1521-1810) para los liberales y el Porfiriato (1876-1911) para la ideología de la Revolución mexicana.

Gracias a El Nigromante quedan atrás los falsos modernos, la antigüedad moderna y la innovación retrógrada. ¡Bienvenida sea la mentira romántica! Pero nuestra historia termina, por el momento, en 1863, cuando es llamado Maximiliano de Habsburgo a escenificar el último capítulo, el más glorioso, de la Guerra Perpetua. Pero a El Nigromante, reducido sólo al sentimentalismo y a quien sólo le faltó escribir el *Facundo* mexicano, la vejez lo alcanzó a la sombra del primer Porfiriato y como enamorado imposible de Rosario de la Peña, la musa de nuestros últimos románticos quienes tienen en el antiguo ateaista, al rival más débil. Sus últimos poemas, cosas de la vida, fueron bendecidos por el martillo de herejes, el santanderino y crítico primero de la lengua, Menéndez Pelayo, obligado en 1893 a disertar sobre la poesía de la otra orilla con esa *Antología* suya que en 1911 se convertirá, casi idéntica, en *Historia de la poesía hispano-americana*. Don Marcelino, prudente, sólo se refirió a los miembros de la sociedad de poetas muertos.

Aparece Payno retratando en *El fistol del diablo* (publicada y pulida entre 1846-1847 y 1887) con la omnisciencia de la novela, a una civilización completa cuya monstruosa decrepitud infantil se extiende desde la literatura hasta todos los ámbitos de la cultura política y atormentará a fines de siglo al crítico Vigil, cosa que no le importa al novelista. Liberal pecador, que admira a Iturbide, participó en el autogolpe de Comonfort contra Juárez y le aceptó una canonjía a Maximiliano con tal de no podirse en las tinajas de San Juan de Ulúa como su colega novelista Florencio María del Castillo, ése es el Payno poco amigo de los tópicos idiosincráticos. A Payno, sus mejores amigos, le deseaban el cadalso, del cual se libró, pues sólo él le entendía a las finanzas nacionales. No así el mártir de Tacubaya, Juan Díaz Covarrubias, el primero de nuestros románticos en morir, como lord Byron, cerca del campo de batalla donde se combatía a la opresión secular. Díaz Covarrubias deja la primera novela legible sobre la Independencia, *Gil Gómez El Insurgente* y ensaya, mal, el costumbrismo, con *El diablo en México*, más zarzuela que novela, ambas editadas en 1858.

El país de los niños-monstruos todavía no aparece en el horizonte, esa es aflicción finisecular. Palti resalta que a Francisco Zarco, en su prólogo a *Hermana de los ángeles* (1854), la melodramática noveleta de Del Castillo, le asombra que todos los personajes padezcan en un estado de febril exaltación. Pero también ocurre que Zarco no sabía bien lo que era el romanticismo y discrepo de Palti —acaso mi mexicanidad me ciega— a la hora de leer *El fístol del diablo* en esa clave: si el diablo hace de las suyas entre los pobres mexicanos no es porque sean demoníacos, sino porque son niños a los que hay arrojar al recreo, un poco más adolescente, de la Historia. No le parece a Payno que Santa Anna sea digno como amigo del diablejo Rugiero, no lo halla tan monstruoso pues la tragicomedia de aquel tirano estaba en que su ostentosa patología era casi la de todos los mexicanos, exceptuando, desde luego, a El Nigromante y por ello los más lucidos, como Tornel o Alamán, trataron de sofrenarlo en vez de caricaturizarlo como hacían Prieto y el repertorio de las plumas punzantes de los maestros liberales.

En Payno, Rugiero, prefecto del diablo, es la Historia Universal, como Santo Tomás lo fue para Servando, aquella que Heredia buscaba en Tytler y no en Hegel. Nada que ver con esas piñatas miltonianas de diablotes cuyo mal gusto, en las revelaciones poéticas de Pesado o de Calderón, espeluznaba a Menéndez Pelayo. Aparece y desaparece sobrenaturalmente, el diablo de Payno, como sólo puede hacerlo la Historia, invadiendo vidas individuales y pasiones colectivas en un santiamén y esfumándose sin dar cuenta de nada, para volver de improviso con las tropas estadounidenses en 1847, ofreciéndoles a sus antiguos amigos mexicanos el mal menor, es decir, el Tratado de Guadalupe Hidalgo, que su inventor aprobó. Cuando le cuenta su historia al galán Arturo, Rugiero se presenta como un diablo fastidiado por la progresión de la historia —estamos en el siglo XIX y la sociedad pinta para un mejoramiento que la convertirá en un payaso o en un vendedor ambulante. No le importa a Rugiero saber si “el agua se compone de oxígeno y de hidrógeno”, sólo lo consuela tocar dos o tres trémolos de Bellini, Rossini o Meyerbeer y al contar las aventuras del fístol lo hace con fastidio

cansino para entretener a sus contertulios. Que si “hace centenares de años, un negro de Abisinia se paseaba al pie de las pirámides de Egipto, vio en el suelo algo que relumbraba, se agachó y levantó un diamante”,² es una historieta contada por Rugiero para entretener niños o doncellas, pues a los jóvenes adultos aventureros que realmente quieren el fistol, les atrae por razones puramente crematísticas. Quieren saber cuánto cuesta y si se les dice que es invaluable no entienden la idea, como no la comprenden los niños.

Hay auténtica “fantasmagoría”, como la ha definido Max Milner, en los actos de Rugiero, pero esas imágenes de su futuro que nuestro diablo les proyecta a sus amiguetes, éstos las consideran alucinaciones. Vamos, el diablo no sólo no les asusta, tampoco les intrigan sus poderes. Rugiero es un diablo, en realidad, *défroqué*, aburrido de haber conocido el drama del emperador Andrónico y de Teodora o de haber habitado el alma de algunos papas, de Enrique VIII, de Lutero, de Luis XVI o de Robespierre, de firmar libros bajo los nombres del Aquinato, de Voltaire, de Rousseau. Liberal en el México de 1847 por encontrarlo menos aburrido que ser meapilas o rata eclesiástica, ese diablo se confiesa, antes de declararse liberal, amigo de los indios y abogado de una mezcla racial mexicana que podrá ser tan exitosa, si hay paciencia, como la anglosajona. Se justifica el diablo de Payno en sus veleidades ideológicas y cismáticas, pues “como había sido pagano, luterano, católico, conquistador, gran capitán y licenciado, y poca cosa tenía ya que probar en mi carrera triunfante y gloriosa por la tierra, me volví humanitario, filósofo y literato”.³

Yo no sé si Rugiero sea, como cree Palti, una marioneta a las órdenes de un demonio miltoniano. De ser así, aquel endriago se olvidó hace mucho de su empleado al grado de mandarlo, anónimamente, al lejano país de los mexicanos. Al final, la visita del diablo a México, la de Payno, acaba por ser tan pintoresca como la descri-

² Manuel Payno, *El fistol del diablo. Novela de costumbres mexicanas*, establecimiento del texto y estudio preliminar de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1967, p. 472.

³ *Ibid.*, p. 491.

ta, para acabar de ridiculizar a fray Servando, por El Nigromante de Tomás apóstol entre los aztecas, quienes, con el emperador Ahuizotl al frente, no le creen nada al evangelista de Jesucristo y lo mandan a descifrar códices como refrigerio. Es natural que el fistol, una vez agotada su función como agente activo de la novela, desaparezca sin que a nadie le importe como dice la fijada italiana Laura Gandolfi, que se pierda, paradójica baratija cara, al fin y al cabo.

El diablo es la historia y se los dice Rugiero sin que sus oyentes mexicanos puedan entenderlo. Se sienten escolapios, no protagonistas de esa metafísica encarnada:

—Pues, amigos míos, el diablo está en todas partes, tiene diferentes formas, se reviste de los más grandes títulos, comete en nombre de la justicia los más grandes crímenes, y lejos de que cause susto y miedo a las gentes, los poetas componen versos en su elogio, los ricos le doblan la rodilla, los historiadores se devanan los sesos para escribir sus hazañas, y los pueblos, sin haber jamás ni aun pensado en el enemigo malo, sufren las más severas vejaciones y a veces los más acerbos martirios.

—No comprendemos —dijo Valentín.

—Creo que me explico con claridad; sin embargo es muy probable que no comprendáis, pero seguiré mi narración. ¿Habéis oído hablar o leído algo de la Roma antigua?

—Por supuesto —contestó Arturo—, en mi colegio, en Inglaterra, me hacían estudiar los clásicos latinos.⁴

Para el banal Arturo, tenorio de niñas pobres, la historia era sólo lo necesario —los clásicos de Roma— para entender la “cultilatinoparla” de Martínez de Navarrete y sus anacreónticas. Es ajeno, ese heroecillo, a la salida mefistofélica ofrecida por Payno al drama mexicano. Otros son un poco menos convencionales, como José María Roa Bárcena en *La quinta modelo* (1856), donde un socialista utópico enloquecido arruina a su familia y a su mente. A esta

⁴ *Ibid.*, p. 489.

novela se opone, didáctica, *El monedero* (1861), de Nicolás Pizarro, ofreciendo un falansterio hecho y derecho. Pero volviendo a la angelología, otra clase de caído del cielo es Gabriel, el nombre de ángel que Fernando Orozco y Berra escogió para su desengañado amador de mujeres en *La guerra de 30 años* (1851). La rebelión de Orozco y Berra, inconmensurable e incomprensible para sus contemporáneos, fue descreer del amor, en todas sus variantes, que los románticos habían endiosado (y endiosan porque yo creo, con Tomás Segovia leyendo a Nerval, que la esencia dura del romanticismo se incrustó en el corazón de todos nosotros, hijos de Aurelia antes que de Eva) como el único remedio ante la ruina de la historia, el mal de la política, la expulsión de la historia.

Con la prosa vernácula de Fernández de Lizardi, con el exorcismo de Heredia sobre la pirámide de Cholula, gracias a la potencia destructiva de El Nigromante y también a la ternura progresista de Prieto, al insidioso diablo de Payno, la Arcadia ha sido finalmente invadida o denunciada como una evasión desdeñosa. La ha profanado la serpiente de la Historia, que ha hecho de las suyas en el jardín acuático de los arcades, chinampas de Xochimilco incluidas en honor de Anastasio Ochoa y Acuña, y de las pulqueónticas escritas entonces para nacionalizar lo arcádico. Ello no quiere decir que la Arcadia desaparezca del todo. Al contrario, persiste y esa resistencia neoclásica, esa decrepitud de los pastores y de las floras, muestra la debilidad, lo inánime de nuestra literatura, la persistencia de sus estilos muertos rigiendo artificialmente entre los vivos. Eso es aquello que detecta José María Vigil, fracasado su silogismo, al tratar de orientar el gusto de Menéndez Pelayo en su prometida *Antología de poetas hispanoamericanos*, al advertir que la literatura mexicana no tuvo infancia ni creció natural, positiva, orgánicamente. Don Marcelino tenía otra idea, imperial que no multicultural: la de México tenía un origen común con la literatura castellana. Sólo era más joven y había estado expuesta a otras tentaciones que la peninsular. El poeta Haroldo de Campos, un vanguardista brasileño del siglo xx, pensará al revés: gracias al esplendor barroco, las literaturas hispanoamericanas nacieron adultas y cosmopolitas, ahorrándose los tro-

piezos de la infancia castellana.⁵ Pero “el niño padece del mismo modo que muere”, le habría dicho al Vigil finisecular, sonriente, el conde Joseph de Maistre, acaso dándole la razón al quejoso proveniente de un pueblo llegado tarde a comparecer ante el verdugo. La Historia, podría haberlo dicho así el conde, violentó la naturaleza mexicana, obligando a los ingenuos a volverse sentimentales y a los antiguos a jugar como modernos. Vimos a la antigüedad moderna convirtiéndose en innovación retrógrada.

El jardín bucólico del que se ufanan los poetas árcades antes de la guerra de 1810 bien puede ser, también, la quinta fuereña donde se reúnen los personajes a chismear y a merendar en *El fístol del diablo*, finca saqueada por los invasores estadounidenses en 1847. Mayor violencia contra el ocio no puede haberla y veredicto más contundente sobre el negocio de la Historia era inconcebible. No en balde Manuel Payno termina su primera novela con el retrato de esa destrucción. Es hora de que yo termine también, no sin despedirme con el antiguo don Marcelino Menéndez Pelayo porque, pese a todo, siempre hay que volver al pasado, pues como decía Verdi: *torriamo all'antico, e sarà un progresso*.

Coyoacán, 2011-Guanajuato, 2015

⁵ Fernando Cabo Aseguinolaza, *Historia de la literatura española*, 9. *El lugar de la literatura española*, Barcelona, Crítica, 2012, p. 381.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Luis Miguel, *La democracia de los muertos. Ensayo sobre poesía mexicana, 1800-1921*, México, Cal y Arena, 1988.
- Aguilar Rivera, José Antonio, *Ausentes del universo. Reflexiones sobre el pensamiento político hispanoamericano en la era de la construcción nacional, 1821-1850*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Alamán, Lucas, “Noticias biográficas del Lic. Carlos María de Bustamante y juicio crítico de sus obras”, en *Obras*, III, compilación de Rafael Aguayo Spencer, México, Jus, 1946.
- , *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, I, introducción de Moisés González Navarro, México, Fondo de Cultura Económica–Instituto Cultural Helénico, 1985.
- , *Disertaciones sobre la historia de la República mexicana. Antología. Desde la época de la conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la independencia*, estudio introductorio de Leopoldo Solís y Guillermina Valle, México, Conaculta, 1991.
- Alas, Leopoldo, *Solos de Clarín*, Madrid, Alianza Editorial, 1971.
- Alatorre, Antonio, “Menéndez Pelayo y los poetas mexicanos: una escaramuza crítica” (1959), en *Ensayos sobre crítica literaria*, México, Conaculta, 1993.
- , “Introducción” a *Amado Nervo, Juana de Asbaje. Contribución al Centenario de la Independencia de México* (1910), México, Conaculta, 1994.
- Alonso, Amado, y Julio Caillet-Bois, “Heredia como crítico literario”, La Habana, *Revista Cubana*, enero-junio de 1941.
- Altamirano, Ignacio Manuel, “Biografía de Ignacio Ramírez”, prólogo a Ignacio Ramírez, *El Nigromante*, en *Obras completas* I (1889), México, Editora Nacional, 1952.

- Altamirano, Ignacio Manuel, “Revistas literarias de México”, en *Escritos sobre literatura y arte* I. *Obras completas* XII, edición de José Luis Martínez, México, Conaculta, 2011.
- , “Fernando Orozco y Berra (Apuntes biográficos)”, en *Obras completas* XIII. *Escritos sobre literatura y arte* II, selección y notas de José Luis Martínez, México, Conaculta, 2011.
- Altenberg, Tilmann, *Melancolía en la poesía de José María Heredia*, Madrid, Verveut Iberoamericana, 2001.
- Amante, Adriana, “La crítica como proyecto. Juan María Gutiérrez”, en Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina* 2. *La lucha de los lenguajes*, Buenos Aires, Emecé, 2003.
- Arenas, Reinaldo, *El mundo alucinante*, Barcelona, Tusquets, 1997.
- Arnáiz y Freg, Arturo, Prólogo a José María Luis Mora, *Ensayos, ideas y retratos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964.
- Artigas Ferrando, Miguel, y Pedro Sáinz Rodríguez, *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo, 1877-1905*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946.
- Augier, Ángel (ed.), José María Heredia, *Niágara y otros textos (poesía y prosa selectas)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990.
- Azuela, Mariano, “Cien años de novela mexicana” (1943-1947), en *Obras completas* III, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Bello, Andrés, “Juicio sobre las poesías de J. M. Heredia”, reproducido por Manuel García Garófalo y Mesa en *Vida de José María de Heredia en México, 1825-1839*, México, Botas, 1945.
- Beristáin de Souza, José Mariano, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional (1816-1821)*, II, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Blanco, José Joaquín, “Prólogo a Guillermo Prieto (‘Fidel’)”, en *Viajes de orden suprema*, I, Querétaro, Documentos de Querétaro, 1986.
- , *La literatura en la Nueva España. Conquista y Nuevo Mundo*, México, Cal y Arena, 1989.
- Bustamante, Carlos María de, *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, I y II, introducción de Roberto Moreno de los Arcos, edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica–Instituto Cultural Helénico, 1985.
- , *Mañanas en la Alameda de México*, I y II, prólogo de Josefina Zoraida Vázquez, edición facsimilar, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia–Instituto Nacional de Bellas Artes, 1986.
- , *El Nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea, historia de la invasión de los*

- angloamericanos en México* (1847), prólogo de Josefina Zoraida Vázquez, México, Conaculta, 1990.
- Bustamante, Carlos María de, “Apuntes biográficos y notas a los Poemas inéditos”, en *Manuel Navarrete, Entretenimientos poéticos*, II, México, Porrúa, 1991.
- , *Hay tiempos de hablar y tiempos de callar* (1833), en Andrés Henestrosa, *Carlos María de Bustamante*, México, Senado de la República, 1996.
- Cabo Aseguinolaza, Fernando, *Historia de la literatura española 9. El lugar de la literatura española*, Barcelona, Crítica, 2012.
- Calderón de la Barca, Madame, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, traducción y prólogo de Felipe Teixidor, México, Porrúa, 1959.
- Campos, Marco Antonio, *La Academia de Letrán*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- Cano, José Luis, *Heterodoxos y prerrománticos*, Madrid, Júcar, 1974.
- Carpio, Manuel, *Poesía*, edición, presentación y apéndices de Fernando Tola de Habich, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1987.
- Caso, Antonio, *El problema de México y la ideología nacional*, México, Libro-Mex, 1955.
- Castelán Rueda, Roberto, *La fuerza de la palabra impresa. Carlos María de Bustamante y el discurso de la modernidad, 1805-1827*, México, Fondo de Cultura Económica–Universidad de Guadalajara, 1997.
- Chacón y Calvo, José María, *Estudios heredianos*, La Habana, Trópico, 1939.
- , “Heredia considerado como crítico literario”, en *Estudios heredianos* (1939), La Habana, Letras Cubanas, 1980.
- Chencinsky, Jacobo, “Estudio preliminar”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Obras I. Poesías y fábulas*, edición de J. Chencinsky y Luis Mario Schneider, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963.
- , “Prólogo”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Obras III. Periódicos. El Pensador Mexicano*, edición de María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968.
- Córdoba Ramírez, Irina, “Imaginario y trayectoria política de Manuel Payno”, en Manuel Payno, *Todo el trabajo es comenzar. Una antología general*, selección y estudio preliminar de Mariana Ozuna Castañeda, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación para las Le-

- tras Mexicanas—Universidad Nacional Autónoma de México, 2012 (Biblioteca Americana—Viajes al Siglo XIX).
- Cruz Soto, Rosalba, “Panorama histórico del *Diario de México*: un periódico en busca de la modernidad”, en Esther Martínez Luna (ed.), *Bicentenario del Diario de México. Los albores de la cultura letrada, 1805-2005*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- Cueto, Leopoldo Augusto de, *Poetas líricos del siglo XVIII* (1869), Madrid, Atlas, 1952.
- Demerson, Georges, *Don Juan Meléndez Valdés y su tiempo*, II, Madrid, Taurus, 1970.
- Díaz Cíntora, Salvador, “Las obras del Pensador como fuente lexicográfica”, en María Rosa Palazón Mayoral (ed.), *El laberinto de la utopía. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica—Fundación para las Letras Mexicanas—Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.
- Díaz Covarrubias, Juan, *Obras completas*, II, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1959.
- Díaz Plaja, Guillermo, *Modernismo frente a Noventa y Ocho*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1951.
- Domínguez Michael, Christopher, *Vida de fray Servando*, México, Era, 2004.
- Duclos, Robert, Les bandits de Río Frío. *Politique et littérature au travers de l'œuvre de Manuel Payno*, México, Institut Français d'Amérique Latine, 1979.
- El Año Nuevo de 1837*, I, edición facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- El Año Nuevo de 1838*, II, edición facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.
- El Año Nuevo de 1839*, III, edición facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.
- El año Nuevo de 1840*, IV, edición facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.
- Emerson, Ralph Waldo, *Selected Journals 1841-1877*, edición de Lawrence Rosenwald, Nueva York, The Library of America, 2010.
- Escoiquiz, Juan de, *Obras selectas de Eduardo Young, expurgada de todo error y traducida del inglés al castellano por Don Juan de Escoiquiz*, Madrid, Imprenta Real, 1797.

- Fernández de Lizardi, José Joaquín, *La Quijotita y su prima*, introducción de María del Carmen Ruiz Castañeda, México, Porrúa, 1967.
- , *Obras III. Periódicos*, edición de María Rosa Palazón Mayoral y Jacobo Chencinsky, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968.
- , *Obras IV. Periódicos. Alacena de frioleras/Cajoncitos de la Alacena/Las sombras de Heráclito y Demócrito/El Conductor eléctrico*, edición de María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1970.
- , *Obras VI. Periódicos*, edición de María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975.
- , *Obras X. Folletos (1811-1820)*, edición de María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.
- , “Chamorro y Dominiquín. Diálogo jocoserio sobre la Independencia de las Américas”, en *Obras XI. Folletos (1821-1822)*, edición de Irma Isabel Fernández Arias, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.
- , “Defensa de los diputados presos y demás presos que no son diputados, en especial del Padre Mier”, en *Obras XII. Folletos (1822-1824)*, edición de María Rosa Palazón Mayoral e Isabel Fernández Arias, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.
- , *Obras XIII. Folletos (1824-1827)*, edición de María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.
- , *Obras XIV. Miscelánea, Bibliohemorografía, listados e índices*, edición de María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.
- , *Poesías. Estudio de la literatura en manuscrito en el México de la Independencia*, edición de Nancy Vogeley, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.
- , *Amigos, enemigos y comentaristas, I-1 (1810-1820)*, edición de María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.
- Fernández Ledesma, Enrique, *Galería de fantasmas. Años y sombras del siglo XIX*, edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica, 1985 (Biblioteca Joven).
- Fórner, Juan Pablo, *Exequias de la lengua española (1782)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1950 (col. Austral).

- Frías y Soto, Hilarión, “Ignacio Ramírez (El Nigromante)”, en Ignacio Ramírez, *Obras completas* VIII. *Páginas sobre Ignacio Ramírez*, investigación, compilación y selección de David R. Maciel y Boris Rosen Jélomer, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989.
- Froldi, Rinaldo, *Un poeta iluminista: Meléndez Valdés*, Milán, Istituto Editoriale Cisalpino, 1967.
- Fowler, Will, *Santa Anna*, traducción de Ricardo Martín Rubio Ruiz, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2010.
- Gandolfi, Laura, “Objetos itinerantes: prácticas de escritura, percepción y cultura material”, disertación doctoral, Princeton, 2013.
- García Garófalo y Mesa, Manuel, *Vida de José María Heredia en México, 1825-1839*, México, Botas, 1945.
- García Morales, Alfonso, “De Menéndez Pelayo a *Laurel*. Antologías de poesía hispanoamericana y de poesía hispánica (1892-1941)”, en A. García Morales (ed.), *Los museos de la poesía. Antologías poéticas modernas en español, 1892-1941*, Sevilla, Alfar, 2007.
- Glantz, Margo, “La novela popular mexicana”, en *Obras completas* III. *Ensayos sobre literatura mexicana del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Goethe, Johann Wolfgang, *Fausto*, edición de Manuel José González y Miguel Ángel Vega, traducción de José Roviralta, Madrid, Catédra, 1987.
- Gómez de la Cortina, José Justo, conde de la Cortina, *Poliantea*, prólogo y selección de Manuel Romero de Terreros, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1944 y 1995.
- , “Fantasía”, en María del Carmen Ruiz Castañeda, *El Conde de la Cortina y El Zurriago Literario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974.
- González Acosta, Alejandro, *El enigma de Jicotencal. Estudio de dos novelas sobre el héroe de Tlaxcala*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.
- , “Heredia: el primer romántico hispanoamericano”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico* III. *Galería de escritores*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- , *Jicotencal* de José María Heredia y *Xicoténcatl, príncipe americano*,

- de Salvador García Baamonde, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002 (Ida y regreso al siglo XIX).
- González Acosta, Alejandro, “Dos actitudes en la visión del paisaje histórico: José María Heredia e Ignacio Rodríguez Galván. Una lectura paralela”, en Ignacio Rodríguez Galván, *Obras*, I, prólogo y apéndices de Fernando Tola de Habich, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.
- González, Manuel Pedro, *José María Heredia. Primogénito del romanticismo hispano. Ensayo de rectificación histórica*, México, El Colegio de México, 1955.
- González y González, Luis, *La ronda de las generaciones. Obras completas*, IV, México, Clío, 1997.
- González Pedrero, Enrique, *País de un solo hombre: el México de Santa Anna 1. La ronda de los contrarios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993
- , *País de un solo hombre: el México de Santa Anna 2. La sociedad del fuego cruzado 1829-1836*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- González Peña, Carlos, “El Pensador Mexicano y su tiempo”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962.
- , *Historia de la literatura mexicana*, México, Porrúa, 1964.
- Granados, Luis Fernando, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847*, México, Era 2003.
- Greenberg, Amy S., *A Wicked War. Polk, Clay, Lincoln and 1846 invasion of Mexico*, Nueva York, Vintage, 2012.
- Gutiérrez, Juan María, *La América poética*, Valparaíso, Imprenta de Valparaíso, 1846-1847.
- Gutiérrez Nájera, Manuel, *Obras. Crítica literaria I. Ideas y temas literarios. Literatura mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1954.
- , “Dos estatuas: de Ignacio Ramírez y Leandro Valle”, en Ignacio Ramírez, *Obras VIII. Páginas sobre Ignacio Ramírez*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989.
- Guzmán Moncada, Carlos, *De la selva al jardín. Antologías poéticas hispano-americanas del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

- Hernández Galicia, Jesús, “Fernández de Lizardi: educación y construcción nacional”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *El laberinto de la utopía. Una antología general*, edición de María Rosa Palazón Mayoral, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación para las Letras Mexicanas–Universidad Nacional Autónoma de México, 2011 (Biblioteca Americana–Viajes al siglo XIX).
- Henríquez Ureña, Pedro, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949.
- , “En torno a Azorín” (1920), en *Obra crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
- , *Estudios mexicanos*, edición de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- , *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Henríquez Ureña, Pedro, y Alfonso Reyes, *Correspondencia 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Heredia, José María, *Poesías*, Toluca, Imprenta del Estado, 1832.
- , *Minerva. Periódico literario*, presentación, notas e índice de María del Carmen Ruiz Castaneda, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972.
- , *Miscelánea. Periódico crítico y literario*, edición, estudio preliminar, notas e índice analítico de Alejandro González Acosta con la colaboración de Margarita Báez Jiménez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007 (Ida y regreso al siglo XIX).
- Heredia, José María, y Alexander Fraser Tytler, *Lecciones de Historia Universal*, I-IV, Toluca, Imprenta del Estado, 1831.
- Highet, Gilbert, *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, I, traducción de Antonio Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1954.
- Illades, Carlos, *Las otras ideas. El primer socialismo en México 1850-1935*, México, Era, 2008.
- Johnson, Samuel, *Vidas de los poetas ingleses*, edición de Bern Dietz, Madrid, Cátedra, 1988.
- Krauze, Enrique, *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, México, Tusquets, 1994.
- , *La presencia del pasado*, México, Tusquets, 2005.

- Lafragua, José María, “Carácter y objeto de la literatura”, en Jorge Ruedas de la Serna (ed.), *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Lamartine, Alphonse de, *Voyage en Orient, 1832-1833*, 2, París, Librairie de Charles Gousselin, 1841.
- , “Los destinos de la poesía”, en *El Año Nuevo de 1840*, iv, edición facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.
- Lesage, Alain-René, *Gil Blas de Santillana*, traducción y prólogo del P. Francisco José de Isla, con un estudio de Sainte-Beuve, México, Porrúa, 1973.
- Lezama Lima, José, *La cantidad hechizada* (1970), en *Obras completas II. Ensayos y cuentos*, México, Aguilar, 1977.
- López Portillo y Rojas, José, “Ignacio Ramírez”, en Ignacio Ramírez, *Obras completas VIII. Páginas sobre Ignacio Ramírez*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989.
- Martí, José, “Heredia”, Discurso pronunciado en Hardman Hall, Nueva York, el 30 de noviembre de 1889, en *Obras completas*, 5, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales–Instituto Cubano del Libro, 1975.
- Martínez, José Luis, *Nezahualcōyotl, vida y obra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.
- , “La poesía y los estudios literarios de Ignacio Ramírez”, en *Obras completas IV. Estudios literarios y poesía. Poemas y apuntes inéditos*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989.
- Martínez Carrizales, Leonardo, “Comunidad retórica y república literaria”, en Esther Martínez Luna (ed.), *Bicentenario del Diario de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- , “Ignacio Ramírez, teórico de la literatura”, en Ignacio Ramírez, *La palabra de la Reforma en la República de las Letras. Una antología general*, edición de Liliana Weinberg, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación para las Letras Mexicana–Universidad Nacional Autónoma de México, 2009 (Viajes al siglo XIX).
- Martínez Luna, Esther, *Estudio e índice onomástico del Diario de México. Primera época (1805-1812)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

- Martínez Luna, Esther, *Fray Manuel Martínez de Navarrete. Ediciones, lecturas, lectores*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- , (ed.), *Bicentenario del Diario de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- , *Los albores de la cultura letrada 1805-2005*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- , *El debate literario en el Diario de México (1805-1812)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011.
- Martínez Ocaranza, Ramón, *Antología de la poesía insurgente*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
- Martínez Peñaloza, Porfirio, “Ideas estéticas y lingüísticas de Ignacio Ramírez”, en *Obras completas VIII. Páginas sobre Ignacio Ramírez*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989.
- Marrast, Robert, *José de Espronceda y su época*, traducción de Laura Roca, Barcelona, Crítica, 1989.
- Masi, Ernesto, “Il melodrammi metastasiani” (1886), en *Antologia della critica e dell'erudizione*, Nápoles, Francesco Perrella, 1913.
- Meléndez Valdés, Juan, *Poesías selectas*, edición, introducción y notas de J. H. R. Polt y Georges Demerson, Madrid, Biblioteca Clásica Castalia, 2001.
- Menéndez Pelayo, Marcelino, *Historia de la poesía hispanoamericana* (1911), I y II, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948.
- , *Historia de las ideas estéticas en España (1883-1889)*, I y II, edición facsimilar, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1994.
- Méndez, Roberto, *José María Heredia: la utopía restituida*, Santiago de Cuba, Oriente, 2003.
- Merquior, José Guillermo, *De Anchieta a Euclides. Breve historia da literatura brasileira*, Río de Janeiro, Livraria José Olympio Editora, 1979.
- Mier, fray Servando Teresa de, *Memorias*, I y II, edición de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1982.
- Mill, John Stuart, “Ware letters from Palmyra” (1838), en *Collected Works I. Autobiography and Literary Essays*, edición de John M. Robson y James Stillinger, Indianapolis, Liberty Fund, 2006.

- Mill, John Stuart, *Apología*, edición de Guadalupe Fernández Ariza, Roma, Bulzoni, 1998.
- Monsiváis, Carlos, *Las herencias ocultas del pensamiento liberal del siglo XIX*, prólogo de Elba Esther Gordillo, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 2000.
- Monterde, Francisco, “Navarrete en el prerromanticismo”, en *Cultura mexicana, aspectos literarios*, México, Intercontinental, 1946.
- , *La literatura mexicana en la obra de Menéndez Pelayo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958.
- , “Prólogo” a Fernando Calderón, *Dramas y poesías*, México, Porrúa, 1959 (col. de Escritores mexicanos).
- , *Aspectos literarios de la cultura mexicana*, edición de Evodio Escalante, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.
- , “Prólogo a El Nigromante”, en *Obras completas VIII. Páginas sobre El Nigromante*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989.
- , *Figuras y generaciones literarias*, edición de Jorge Von Ziegler e Ignacio Ortiz Monasterio, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.
- Mora, José María Luis, *México y sus revoluciones*, I, II y III, introducción de José Luis Martínez, edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica–Instituto Cultural Helénico, 1986.
- Morábito, Fabio, *Los pastores sin ovejas*, México, El Equilibrista, 1995.
- Muray, Philippe, *Le XIX^e siècle à travers les âges*, París, Denoël, 1999.
- Nicolson, Harold, *Byron. El último viaje (abril de 1823-abril de 1824)*, traducción de Ernesto Junquera, Madrid, Siruela, 2007.
- Ochoa y Acuña, Anastasio de, *Poesías de un mexicano*, selección y prólogo de Mauricio Molina, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1987.
- Orozco y Berra, Fernando, *La guerra de 30 años*, I y II, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1851.
- , *La guerra de los 30 años*, edición condensada de Armando Pereira, México, Editorial Melo, 1981 (Biblioteca de clásicos mexicanos condesados).
- Ortiz Monasterio, José, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

- Oviedo, José Miguel, *Historia de la literatura hispanoamericana 1. De los orígenes a la emancipación*, Madrid, Alianza, 1997.
- , *Historia de la literatura hispanoamericana 2. Del Romanticismo al Modernismo*, Madrid, Alianza, 2001.
- Ozuna Castañeda, Mariana, “Fernández de Lizardi y las páginas del *Diario de México*. Polémica sobre las letras nacionales”, en Esther Martínez Luna (ed.), *Bicentenario del Diario de México. Los albores de la cultura letrada 1805-2005*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- , Estudio preliminar a Manuel Payno, *Todo el trabajo es comenzar. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación para la Letras Mexicanas–Universidad Nacional Autónoma de México, 2012 (Viajes al siglo XIX).
- Pacheco, José Emilio, *Antología de la poesía mexicana: 1810-1814*, México, Promexa, 1979.
- , *A 150 años de la Academia de Letrán (1986). Discurso de ingreso*, México, El Colegio Nacional, 2013.
- Palacios Hernández, Benjamín, *Días del futuro pasado. Las Memorias de fray Servando Teresa de Mier*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2009.
- Palazón Mayoral, María Rosa, presentación de *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*, México, Conaculta, 1998.
- Palti, Elías, “La guerra de los treinta años de Fernando Orozco y la visión lúdico-poética de la historia”, *Latin American Literary Review*, xxv, 1997.
- , “Narrar lo inenarrable. Literatura, pasión y muerte en *El fistol del diablo*, de Manuel Payno”, *Revista Iberoamericana*, Berlín, núms. 7-9, 2005.
- , *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX. (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.
- Parra, Porfirio, “Ignacio Ramírez, una de las figuras más grandiosas de nuestra historia”, en Ignacio Ramírez, *Obras VIII. Páginas sobre Ignacio Ramírez*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Estudios Científicos Ing. Jorge L. Tamayo, 1989.
- Payno, Manuel, *El fistol del diablo. Novela de costumbres mexicanas*, establecimiento del texto y estudio preliminar de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1967.

- Payno, Manuel, Prólogo a Fernando Calderón, *Obras poéticas (Parnaso Mexicano 1844)*, edición facsimilar, presentación y apéndices de Fernando Tola de Habich, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999 (Ida y regreso al siglo XIX).
- , *Todo el trabajo es comenzar. Una antología general*, edición de Mariana Ozuna Castañeda, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación para la Letras Mexicanas–Universidad Nacional Autónoma de México, 2012 (Biblioteca Americana–Viajes al siglo XIX). Incluye los siguientes textos citados de Payno: “Los misterios de París, por Eugenio Sue” (1844), “Caravanas de los Estados Unidos al territorio mexicano” (1845), “La Exposición Universal” (1853) y “Revolución y constitución” (1870).
- , “El Nigromante y Payno” (1871), en *Manuel Payno*, selección y prólogo de Blanca Estela Treviño, México, Cal y Arena, 2003 (Los indispensables).
- Pesado, José Joaquín, *Obra literaria*, II. *Poesía*, edición facsimilar de 1886, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001 (Ida y regreso al siglo XIX).
- Pimentel, Francisco, “Impugnación al discurso ‘Sobre la poesía erótica de los griegos’, de Ignacio Ramírez” (1872), en Ignacio Ramírez, *Obras completas* VIII. *Páginas sobre Ignacio Ramírez*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989.
- , *Historia crítica de la literatura y las ciencias en México desde la Conquista hasta nuestros días*, México, Librería de la Enseñanza, 1885.
- Pizarro, Nicolás, *Obras*, II. *El monedero*, edición, recopilación y notas de Carlos Illades y Adriana Sandoval, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- Praz, Mario, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, traducción de Rubén Mentini, Barcelona, Acantilado, 1999.
- Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, en *Obras completas*, I, prólogo de Fernando Curiel y presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Conaculta, 1992.
- , *Crónicas de viajes 1. Viajes de orden suprema (1853-1855)*, en *Obras completas*, IV, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer y prólogo de Francisco López Cámara, México, Conaculta, 1994.
- , “Impresiones de viaje (1862)”, traducción libre del diario de un zuavo, encontrado en su mochila, en la acción de Barranca Seca”, en

- Crónicas de viajes 2*, compilación y notas de Boris Rosen Jélomer, *Obras completas*, v, México, Conaculta, 1993.
- Prieto, Guillermo, “Apuntes de Fidel en un viaje a Zacatecas en agosto de 1842”, en *Crónica de viajes 2*, compilación y notas de Boris Rosen Jélomer, en *Obras completas*, v, México, Conaculta, 1993.
- , “*América poética*, colección escogida de composiciones en verso, escrita por americanos en el presente siglo”, en *Obras completas* xxvii. *Instrucción pública. Crítica literaria. Ensayos*, prólogo de Anne Staples, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Conaculta, 1997.
- , “Apuntes históricos para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos”, en *Obras completas* xxix. Apuntes históricos, prólogo de Ernesto de la Torre Villar y presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Conaculta, 1999.
- , “Un poeta”, en Ignacio Rodríguez Galván, *Obras*, i, edición facsimilar con prólogo y apéndices de Fernando Tola de Habich, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.
- , *Cancionero*, 2ª ed. corregida y aumentada por Ysla Campbell, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1995.
- , *La patria como oficio. Una antología general*, edición de Vicente Quirarte, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación para la Letras Mexicanas–Universidad Nacional Autónoma de México, 2009 (Biblioteca Americana-Viajes al siglo xix). Incluye el siguiente texto citado de Prieto: “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana” (1844).
- Rama, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina. Siglo xix*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Ramírez, Ignacio, El Nigromante, “El apóstol Santo Tomás en América” (1868), en *Obras*, i y ii, (1869), México, Editora Nacional, 1952.
- , “Historia política de México. Las naciones primitivas” (1871), en *Obras completas* ii. *Escritos periodísticos*, edición de David R. Maciel y Boris Rosen Jélomer, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989.
- , *Obras completas* iv. *Estudios literarios y poesía. Poemas y apuntes inéditos*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989. In-

cluye los siguientes textos citados de Ramírez: “Lecciones de literatura” y “La poesía erótica de los griegos”.

- Ramírez, Ignacio, El Nigromante, *La palabra de la Reforma en la República de las letras. Una antología general*, edición de Liliana Weinberg, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación para la Letras Mexicanas–Universidad Nacional Autónoma de México, 2009 (Biblioteca Americana–Viajes al siglo XIX). Incluye los siguientes textos citados de Ramírez: “A los viejos” (1845), “A los indios” (1850), “El Alacenero” (1855), “Después de los asesinatos de Tacubaya” (1859), “Discurso cívico” (1861), “En la solemnidad de la Independencia de México” (1863), “Plan de estudios” (1866), “Reforma” (1867), “Los estudios metafísicos” (1867), “Antianglicanismo” (1868), “La desespañolización” (1868), “Estudios sobre literatura” (1869), “La verdad y el lenguaje” (1871), “¿Cómo se hace a un pueblo soberano? ¿Cómo se hacen los incrédulos?” (1871), “Discurso en honor de don José Joaquín Fernández de Lizardi” (1874) y “Mahomet” (1875).
- Reyes, Alfonso, “El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX” (1911), en *Obras completas*, I, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.
- , “Un recuerdo del Diario de México” (1913), en *Obras completas*, I, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.
- , “*El Periquillo Sarniento* y la crítica mexicana” (1916), en *Obras completas*, IV, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- , “Intervención napoleónica en México y sus antecedentes”, en *Obras completas*, V, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.
- , “Tres siluetas de Juan Ruiz de Alarcón” (1918), en *Obras completas*, VI, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- , “Discurso por Virgilio”, en *Obras completas*, XI, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- , “Sobre la tumba de Graça Aranha”, en *Obras completas*, XII, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
- , “Árbol de pólvora [1925-1936]”, en *Obras completas*, XIII, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- , “Religión griega”, en *Obras completas*, XVI, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- Reyes Heróles, Jesús, *El liberalismo mexicano* III. *La integración de las ideas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Reyes Palacios, Felipe, prólogo a José Joaquín Fernández de Lizardi,

- Obras* VIII. *Novelas. El Periquillo Sarniento*, I y II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.
- Rexach, Rosario, “Jose María Heredia como crítico literario”, *Círculo. Revista de Cultura*, 1997.
- Roa Bárcena, José María, “Biografía de don José Joaquín Pesado” (1878), en José Joaquín Pesado, *Obra literaria* I. *Miscelánea*, prólogo de Fernando Tola de Habich, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
- , “Antología de poesías de México”, en *Memorias de la Academia Mexicana*, IV, México, 1895-1896.
- , *La quinta modelo*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes–Premia, 1984.
- Rojas, Rafael, *Cuba mexicana. Historia de una anexión imposible*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001.
- , “José María Heredia y la tradición republicana”, en *Las repúblicas de aire. Utopía y desencuentro en la revolución de Hispanoamérica*, México, Taurus, 2009.
- , “El tradicionalismo republicano. José María Heredia y el periódico El Conservador”, en Erika Pani (coord.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, I, México, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- , “Mora en París (1834-1850). Un liberal mexicano en el exilio. Un diplomático ante la guerra”, en *Historia Mexicana*, vol. LXIII, núm. 1, México, El Colegio de México, julio-septiembre de 2012.
- Rodríguez Galván, Ignacio, *Obras*, I y II, edición facsimilar, prólogo y apéndices de Fernando Tola de Habich, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.
- Rosen Jélomer, Boris, presentación a Manuel Payno, *Obras completas* II. *Crónicas de viaje. Memorias e impresiones de un viaje a Inglaterra y Escocia*, México, Conaculta, 1997.
- Rosenmeyer, Thomas G., *The Green Cabinet. Theocritus and the European Pastoral Lyric*, Oakland, University of California Press, 1969.
- Ruedas de la Serna, Jorge, *Arcadia. Tradición y mudanza*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006
- , “De zagales y mayoresales. Notas para la historia de la Arcadia de México”, en Belem Clark de Lara y Elisa Sepeckman Guerra (comps.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México deci-*

- mónonico I. *Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- Ruedas de la Serna, Jorge, *Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
- , *La formación de la literatura nacional (1805-1850) I. Prolegómenos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011.
- , (ed.), *La misión del escritor. Ensayistas mexicanos del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014 (Ida y regreso al siglo XIX).
- Salado Álvarez, Victoriano, *La vida azarosa y romántica de don Carlos María de Bustamante*, prólogo de Carlos Pereyra, México, Jus, 1968.
- Schiller, Friedrich, *Sobre la dignidad y la gracia. Sobre poesía ingenua y poesía sentimental, y una polémica Kant, Schiller, Goethe y Hegel*, traducción de Juan Probst y Raimundo Lida, Barcelona, Icaria, 1985.
- Schneider, Luis Mario, “La primera revista literaria del México independiente”, en *El Iris. Periódico crítico y literario por Linati, Galli y Heredia*, I y II, edición facsimilar de María del Carmen Ruiz Castañeda y Luis Mario Schneider, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.
- Sebold, Russell P., “Contra los mitos antineoclásicos españoles”, *Papeles de San Armadans*, Madrid–Palma de Mallorca, vol. xxxv, núm. 103, octubre de 1964.
- Sierra, Justo, “Ignacio Ramírez, el iconoclasta”, en Ignacio Ramírez, *Obras completas* VIII. *Páginas sobre Ignacio Ramírez*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989.
- , “En los funerales de Ignacio Ramírez”, en Ignacio Ramírez, *Obras* VIII. *Páginas sobre Ignacio Ramírez*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989.
- Sierra, Justo, Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel, *Antología del Centenario. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de independencia. Primera parte, 1800-1821 (1910)*, I y II, introducción de José Luis Martínez, edición facsimilar, México, Secretaría de Educación Pública, 1985.

- Spell, Jefferson Rea, prólogo a José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarniento*, México, Porrúa, 1959.
- , Prólogo a José Joaquín Fernández de Lizardi, *Don Catrín de la Fachenda y Noches tristes y Día Alegre*, México, Porrúa, 1959.
- Tavira, Luis de, Prólogo a Ignacio Ramírez, *Obras completas v. Teatro*, edición de Boris Rosen Jélomer y David R. Maciel, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1989.
- Tenorio, Martha Lilia, *El gongorismo en la Nueva España*, México, El Colegio de México, 2013.
- Thiegem, Paul Van, *Le préromantisme. Études d'histoire littéraire européenne*, I y II, Ginebra, Slatkine, 1973.
- Tola de Habich, Fernando, Estudio preliminar a *El Año Nuevo de 1937*, I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- , Prólogo a José Joaquín Pesado, *Obra literaria I. Miscelánea*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.
- Toussaint, Manuel, “Nuevos aspectos en la biografía de fray Manuel de Navarrete”, *Revista Mexicana de Literatura*, año 1, núm. 2, septiembre-octubre de 1940, edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- , Antología, edición de Arnulfo Herrera, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011.
- Urbina, Luis G., *La vida literaria de México y la literatura mexicana durante la guerra de Independencia*, México, Porrúa, 1946 y 1965.
- Valadés, José C., *Alamán: estadista e historiador (1937)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.
- Valdés y de la Torre, Emilio, *Antología herediana*, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1939.
- Valera, Juan, *Cartas americanas (1888)*, en *Obras completas III. Correspondencia. Historia. Política*, Madrid, Aguilar, 1958.
- Varela, Félix, *Jicoténcal*, edición y atribución de Luis Leal y Rodolo J. Cortina, Houston, Arte Público Press, 1995.
- Vasconcelos, José, *Ulises criollo. La tormenta*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Vigil, José María, “Reseña histórica de la poesía mexicana”, en *Antología de poetas mexicanos (1894)*, preámbulo de Francisco Monterde, 3ª ed. facsimilar, México, Ediciones del Centenario de la Academia Mexicana, núm. 3, 1979.

- Virgilio, *Bucólicas*, traducción de Tomás de la Ascensión Recio García, Madrid, Gredos, 2000.
- Vogeley, Nancy, “Heredia y el escribir de la historia”, en Lelia Area y Mabel Moraña (comps.), *La imaginación histórica en el siglo XIX*, Rosario, UNR Editora, 1994.
- Weinberg, Liliana, Estudio preliminar a Ignacio Ramírez, *La palabra de la Reforma en la República de las Letras. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación para la Letras Mexicanas–Universidad Nacional Autónoma de México, 2009 (Biblioteca Americana-Viajes al siglo XIX).
- Wellek, Rene, *Historia de la crítica moderna (1750-1950). La segunda mitad del siglo XVIII*, Madrid, Gredos, 1969.
- Wold, Ruth, *El Diario de México, primer cotidiano de Nueva España*, Madrid, Gredos, 1970.
- Yáñez, Agustín, “El Pensador Mexicano” (1945), en *Fichas mexicanas*, presentación de José Luis Martínez, México, Conaculta, 1991.
- Young, Edward, *The Poetical Works*, I, Londres, 1813.
- Zaid, Gabriel (compilador y prologuista), *Ómnibus de poesía mexicana*, México, Siglo XXI, 1972.
- Zavala, Lorenzo de, *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, prólogo de Horacio Labastida, edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica–Instituto Cultural Helénico, 1985.
- Zorrilla, José, *Memorias del tiempo mexicano*, edición, notas y prólogo de Pablo Mora y Silvio Salgado, México, Conaculta, 1998.
- , *México y los mexicanos*, edición de Pablo Mora, México, Conaculta, 2000.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abad, Diego José: 40
Acuña, Manuel: 31, 53-56, 64, 69, 395, 552
Agamenón: 92
Aglaya: 393, 394
Agreda, Fernando: 509
Aguilar, Luis Miguel: 106, 123-125, 128, 129, 137-141, 143, 145, 146, 148-152, 153n, 163, 170, 393, 394n, 425, 555-558, 588, 603
Aguilar Rivera, José Antonio: 550n
Agustín I: 148, 243
Ahuizotl: 518, 520-522, 611
Alamán, Lucas: 10, 227, 230, 251, 253, 255, 256, 258, 260, 267, 273, 363, 368, 375, 386, 388, 411, 428, 464-469, 470n, 471, 472, 478, 480, 481, 491, 497, 505, 550, 551, 579, 590, 596, 596, 599, 604, 606, 607, 609
Alatorre, Antonio: 37-39, 40n, 66, 67, 135n
Alcalá Galiano, Antonio: 111, 115
Alcaraz, Ramón Isaac: 58, 456, 477
Alegre, Francisco Javier: 40, 101
Alejandro de Rusia: 376
Alejandro Ipsilanti: 376
Alemán, Mateo: 35, 201
Alfaro Aguilar, Norma: 105n
Alfieri, Vittorio Amedeo: 30, 125, 141, 150, 354, 430, 604
Ali-bajá: 376
Allende, Ignacio: 332
Almeida, Teodoro: 207
Alonso, Amado: 315, 361
Alonso, Dámaso: 20, 31-33, 39
Alpuche, Wenceslao: 58, 422, 425
Altamirano, Ignacio Manuel: 9, 38, 53, 57, 64, 210-212, 214, 278, 395, 432, 443, 446, 447, 463, 475, 500, 504, 506, 507, 511-517, 527, 528, 530n, 536, 550, 551, 560, 563, 581, 582, 586, 603
Altenberg, Tilmann: 294n
Alvarado, Pedro de: 318, 319
Alvarado Tezozómoc, Fernando: 101
Álvarez, Juan: 514
Álvarez de Cienfuegos, Nicasio: 94, 145, 297
Alzate, José Antonio: 101
Amante, Adriana: 350n
Anacreonte: 79n, 100, 115, 145, 167, 359
Anatole France: 94
Anderson Imbert, Enrique: 311
Andrónico: 610
Apodaca, Juan Ruiz de: 242
Apolo: 88, 119, 120, 132, 149, 172, 180, 211, 351
Aquilés: 92

- Arago, François: 518
 Arango y Escandón, Alejandro: 53, 429
 Area, Lelia: 377
 Arenas, Reinaldo: 226, 333, 334, 596
 Ariosto: 393
 Arista, Mariano: 473, 478, 481, 514
 Aristóteles: 81, 100, 117
 Arnáiz y Freg, Arturo: 272, 273n, 278
 Arnault, Antoine: 358
 Arriaga, Ponciano: 480
 Ártemis o Artemisa: 168, 538
 Atahualpa: 306
 Attellis Santangelo, Horacio: 338
 Auden, W.H.: 160
 Augier, Ángel: 289n, 297n, 308n, 310n, 335n, 341n, 374
 Augusto: 135, 136
 Aurelia: 612
 Aurora: 568
 Azanza, Miguel José de: 284
 Azorín (José Martínez Ruiz): 108, 589
 Azuela, Mariano: 217
- Bach, Johann Sebastian: 134
 Baco: 145
 Báez Camargo, Gonzalo (*véase* Pedro Gringoire)
 Báez Jiménez, Margarita: 82n, 316n
 Balbuena, Bernardo de: 33, 35, 59, 176, 301, 394
 Balcárcel, Blas: 212
 Balmes, Jaime: 48
 Baltasar del Alcázar: 141
 Balzac, Honoré de: 18, 418, 487, 549, 562, 564, 571
 Barazábal, Mariano: 102, 133, 138
- Barradas, Isidro: 363, 371
 Barthélemy, Jean-Jacques: 102, 145, 325
 Baudelaire, Charles: 32, 223, 380, 435, 592
 Bazaine, François Achille: 548, 552
 Beaumarchais, Pierre-Augustin de: 141
 Bellini, Vincenzo: 427, 609
 Bello, Andrés: 26, 30, 50, 68, 79, 292, 293, 300
 Bénichou, Paul: 411
 Bentham, Jeremy: 256, 273
 Béranger, Pierre-Jean de: 359, 360, 436
 Beristáin de Souza, José Mariano: 173, 188, 189, 196, 228-230, 442, 597
 Bermúdez de Castro, Jerónimo: 44
 Bernarda (bailadora): 543
 Blair, Hugh: 83, 101
 Blake, William: 94
 Blanchard, Jean-Baptiste: 207
 Blanco, José Joaquín: 36n, 473, 474, 476, 588
 Blanco White, José María: 229, 243, 268
 Bloom, Orlando: 98
 Boileau, Nicolas: 40, 81, 87-89, 91, 101, 109, 141, 172
 Bolaños, Joaquín: 102
 Bolívar, Simón: 26, 43, 147, 230, 243, 290, 291, 295, 310, 337, 364, 366, 375, 566
 Bonald, Louis de: 526
 Bonaparte, José: 162, 228, 346, 398, 591
 Bonaparte, Luis: 533
 Borges, Jorge Luis: 30, 131, 232, 461, 557, 567, 588

- Borunda, José Ignacio: 230, 233, 234, 443, 522
- Boscán, Juan: 20, 116, 158
- Bosero, Rosario: 425
- Boswell, James: 18, 539
- Boturini, Lorenzo: 101
- Bossuet, Jacques Bénigne: 88, 101
- Bouterwek, Friedrich: 423
- Brandes, Georges: 21
- Bravo, Nicolás: 183, 367, 451, 496
- Bretón de los Herreros, Manuel: 485, 529
- Bryant, William Cullen: 310, 311, 314
- Bueno, Salvador: 349
- Burke, Edmund: 256, 364, 465
- Burns, Robert: 348, 349
- Bustamante, Anastasio: 262, 335, 345, 363, 367, 368, 387, 407, 455, 459, 537, 538
- Bustamante, Carlos María de: 10, 78, 79, 86, 93, 100, 102, 116-119, 133, 138, 148, 149, 151, 161, 173, 174, 179-181, 221, 230, 249-262, 264n, 265-269, 274, 278-286, 288, 289, 304, 306, 311, 317, 331, 375, 381, 392, 400, 410, 417, 419, 421, 443, 463-465, 472, 484, 487, 499, 505, 518, 523, 533, 586, 589, 594-600, 605-607
- Byron (George Gordon), lord: 44, 63, 68, 69, 288, 292, 297-299, 304, 310, 328, 329, 337, 339-342, 356, 357, 360, 364, 375, 377, 378, 381, 390, 397, 411, 414, 415, 427, 434, 446, 447, 483, 485, 487, 582, 586, 598, 601, 608
- Cabo Aseguinolaza, Fernando: 19, 423n, 613n
- Cacamatzin: 261
- Cadalso, José: 40, 87, 89, 99, 109, 126, 127, 204-206
- Caillet-Bois, Julio: 315, 361n
- Caín: 483
- Calderón, Fernando: 10, 27, 46, 58, 64, 69, 80, 350, 350-352, 354, 379, 406, 407, 410, 414, 415, 419, 420, 429-435, 438-440, 559, 604, 609
- Calderón de la Barca, Madame Fanny: 379, 498
- Calderón de la Barca, Pedro: 18
- Calleja, Félix María: 148-150, 173, 189, 191, 250, 252, 258, 260, 278, 535, 599
- Camargo, Josefa (*véase* Clorila)
- Campanella, Tommaso: 524
- Campazas, Gerundio de: 518
- Campbell, Thomas: 343
- Campo, Estanislao del: 30
- Campos, Haroldo de: 612
- Campos, Marco Antonio: 420, 421n
- Campuzano, María de las Mercedes: 287, 289, 309
- Canalizo, Valentín: 451
- Cano, José Luis: 94
- Capo d'Istria, conde: 337
- Carlomagno: 88
- Carlos II (El Hechizado): 524
- Carlos III: 40, 109
- Carlos IV: 112, 118, 162, 424, 591
- Carlos V: 35, 525
- Carlos Isidoro: 424
- Carlota de Bélgica: 537, 548
- Carlyle, Thomas: 507, 539
- Caro, José Eusebio: 30
- Carpentier, Alejo: 242
- Carpio, Manuel Eulogio: 10, 27, 38, 47, 48, 51-53, 64, 69, 71, 272,

- 383-388, 394-406, 414, 417, 420, 425, 427, 429, 430, 460, 465, 477, 478, 486, 511, 602, 604, 606
- Carranza, José María: 118, 119
- Casal, Julián del: 23, 31
- Caso, Antonio: 505, 506n, 507, 518
- Castelán Rueda, Roberto: 250n, 259, 260, 261n, 286n
- Castelar, Emilio: 518, 524, 525, 529, 532, 605
- Castera, Pedro: 397
- Castillo y Lanzas, Joaquín M. del: 272, 344, 429
- Castillo, Florencio M. del: 561, 564, 577, 608, 609
- Castro Leal, Antonio: 85n, 226, 232n, 238n, 311, 425, 455n, 565n, 566, 567, 572, 610n
- Castro, José Agustín: 102, 137
- Catalina II: 376
- Catón: 179
- Catulo: 143
- Ceballos, Juan Bautista: 478
- Cervantes de Salazar, Francisco: 35, 59
- Cervantes Saavedra, Miguel de: 20, 180, 187, 197, 200, 212, 261, 284, 326, 393, 502, 503
- César: 179, 252, 496
- Cetina, Gutierre de: 34
- Chacón y Calvo, José María: 315, 374n
- Chafaldin (capitán): 239
- Chanfaina (escribano): 194
- Chateaubriand, François-René: 45, 52, 53, 77, 85, 92, 101, 102, 215, 243, 281, 295-299, 310, 322, 324, 344, 346, 349, 353, 360, 362-365, 383, 384, 398, 401, 420, 423, 432, 478, 526, 552, 570, 598, 600
- Chencinsky, Jacobo: 168n, 175, 185n, 190, 191
- Chénier, André: 49, 90
- Chénier, Marie-Joseph: 346
- Chimalpopoca García, Faustino: 385, 392, 593
- Chesterfield, lord: 101
- Cicerón: 100, 182, 207
- Cimarosa, Domenico: 134
- Cioran, Emil: 588
- Clarín (Leopoldo Alas): 18, 20, 361
- Clark de Lara, Belem: 136n, 292n
- Clavijero, Francisco Javier: 101, 421
- Clay, Henry: 450
- Clément de Dijon: 96
- Clori: 144, 168
- Clorila (Josefa Camargo): 85, 120, 121, 130, 131
- Cocles, Horacio: 397
- Coleridge, Samuel Taylor: 18, 157
- Collado, Casimiro del: 64
- Colón, Cristóbal: 350, 524, 579
- Comonfort, Ignacio: 514, 515, 537, 562, 565, 577, 608
- Comte, Auguste: 505, 507, 518, 530, 605
- Condillac, Étienne Bonnot de: 102, 518, 530, 605
- Connolly, Cyril: 166
- Considerant, Victor: 548
- Constant, Benjamin: 92, 273, 344, 359, 363, 364, 423, 600
- Constantino: 189, 253, 260, 596
- Córdoba Ramírez, Irina: 563n
- Cortés, Hernán: 33, 35, 39, 279, 310, 317-324, 331, 391, 441-443, 453, 466-468, 480, 497, 505, 512, 514, 524, 535, 536, 600, 607
- Cos, José María: 189

- Courier, Paul-Louis: 92
 Couto, José Bernardo: 53, 273, 278, 386, 394, 429
 Crébillon, Prosper Joliot de: 292
 Crescimbeni, Giovanni Mario: 133
 Cristina de Suecia, reina: 133
 Croce, Benedetto: 21
 Croft, Herbert: 94
 Cruz Soto, Rosalba: 78n
 Cruz, Juana Inés de la: 18, 37, 186, 417, 578
 Cuauhtémoc o Guatimoc o Guatimozín o Quauhtemotzin: 45, 227, 306, 319, 392, 418, 427, 431, 439, 440, 442-444
 Cuéllar, José Tomás de: 57, 80
 Cuenca, Agustín F.: 69
 Cuesta, Jorge: 46
 Cueto, Leopoldo Augusto de: 111n
 Cueva, Juan de la: 34
 Cumplido, Ignacio: 493, 515, 572
 Curiel, Fernando: 271n, 378n, 384n, 412, 413, 506n
- Dacier, André: 100
 Dante Alighieri: 390, 393, 427, 432, 440, 503, 524
 Dantón: 393
 Darío, Rubén: 23-25, 32, 67, 529, 593
 Darwin, Charles: 505
 Daudet, Léon: 605
 David: 50
 David, Jacques-Louis: 336, 599
 De Sanctis, Francesco: 21
 Defoe, Daniel: 215
 Deidamia: 168
 Delavigne, Casimire: 359, 436
 Delille, Jacques: 91, 108, 298, 355, 588
- Demerson, Georges: 110, 111n, 112n, 114, 116n
 Demócrito: 186, 187
 Demóstenes: 88
 Denis, Ferdinand: 343
 Derrida, Jacques: 317n
 Díaz, José de Jesús: 58
 Díaz, Porfirio: 70, 517, 552, 555, 559, 577, 603
 Díaz Cíntora, Salvador: 176n
 Díaz Covarrubias, Juan: 10, 559-561, 577, 608
 Díaz del Castillo, Bernal: 33, 46, 176, 279, 318, 319, 606
 Díaz Mirón, Salvador: 57, 64
 Díaz Plaja, Guillermo: 23n
 Dickens, Charles: 418
 Diderot, Denis: 18, 29, 55, 101, 156, 356
 Dido: 435
 Dioniso: 538
 Doblado, Manuel: 542
 Domínguez Michael, Christopher: 229, 237n
 Donoso Cortés, Juan: 390
 Dorila: 144
 d'Ors, Eugenio: 216
 Dostoievski, Fiódor: 192
 Ducis, J.F.: 355
 Duclos, Robert: 564n, 575
 Dumas, Alexandre: 98, 281, 436, 545
 Duque Job (*véase* Manuel Gutiérrez Nájera)
- Echeverría, Esteban: 25, 30, 350
 El Nigromante (*véase* Ignacio Ramírez)
 El Pensador (*véase* José Joaquín Fernández de Lizardi)

- Elizondo, Salvador: 433
 Emerson, Ralph Waldo: 449, 507,
 539, 606
 Empson, William: 166
 Eneas: 26
 Engels, Friedrich: 498, 606
 Enrique VIII: 610
 Enríquez, Camilo: 27
 Ercilla, Alonso de: 30, 35, 45, 47,
 100, 149
 Escipión: 167
 Escóiquiz, Juan de: 98, 127, 204,
 207
 Espinel, Vicente: 101, 192
 Espinosa, Pedro: 188
 Espronceda, José de: 44, 80, 81, 415,
 430, 529, 583
 Esquilo: 91
 Estelrich, Juan: 67

 Federico II: 348
 Feijoo, Benito Jerónimo: 100, 186,
 207
 Felipe II: 193, 525
 Felipe III: 192
 Felipe IV: 192
 Fénelon, François: 90, 103, 108, 141,
 185, 207, 215, 536, 571
 Fernández de Lizardi, José Joaquín
 (El Pensador): 10, 37, 41, 99, 104,
 105n, 106, 147, 161, 162, 165,
 168-186, 187n, 188-223, 227,
 228, 232, 236, 238, 241, 242,
 244, 245, 250, 255, 272, 274,
 275, 278, 288, 299, 304, 317,
 329, 331, 413, 417-419, 427,
 429, 432, 462, 465, 476, 499,
 532, 564, 567, 573, 578, 586,
 587, 591-595, 597, 588, 600, 612

 Fernández de Moratín, Leandro:
 101
 Fernández de Oviedo, Gonzalo: 45,
 319
 Fernández de San Salvador, Agustín
 Pomposo: 132
 Fernández Ledesma, Enrique: 384,
 385n
 Fernández Madrid, José: 310, 337,
 361
 Fernando VII: 98, 109, 118, 142,
 147, 148, 162, 174, 190, 230, 235,
 252, 293, 324, 333, 334, 368, 423,
 424, 534, 591, 600, 602
 Fielding, Henry: 101, 324, 327
 Flaubert, Gustave: 557, 583
 Flavio Josefo: 519
 Flores, Manuel María: 31, 53-56, 69,
 529, 552
 Florián: 292
 Fontenelle, Bernard Le Bovier de:
 156
 Fornaris, José: 31
 Forner, Juan Pablo: 89, 101, 106,
 186
 Foscolo, Ugo: 103, 125, 333, 458
 Fourier, Jean-Baptiste: 579
 Fowler, Will: 420, 449n, 450, 452,
 460n, 470n, 498
 Franchini, Gaspar: 336
 Franco, Francisco: 21
 Fraser Tytler, Alexander (*véase* lord
 Woodhouselee)
 Frías y Soto, Hilarión: 500n, 501,
 510, 515
 Froidi, Rinaldo: 113n
 Fuentes, Carlos: 151, 605
 Fumaroli, Marc: 527, 585

- Galeana, Hermenegildo: 183
Galileo: 501, 524
Gallego, Juan Nicasio: 68, 346, 351
Galli, Florencio: 336, 337, 342-344
Galván Rivera, Mariano: 410
Gandolfi, Laura: 11, 568, 572n, 577, 611
García Baamonde, Salvador: 313, 314
García Garófalo, Manuel: 292n, 332n, 333n, 364n, 369n, 375n, 377n
García Guyena, Rafael: 278
García Icazbalceta, Joaquín: 34, 60, 256, 284
García Márquez, Gabriel: 242
García Morales, Alfonso: 22n, 24n, 25
García Tassara, Gabriel: 44
García Torres, Vicente: 468, 581n
Garro, Elena: 606
Garza y Ballesteros, José Lázaro de la: 480
Gener, Tomás: 368
Gessner, Salomon: 92-94, 100, 108, 114, 122, 143, 156, 158, 588
Gibbon, Edward: 101, 321, 329
Giron, Nicole: 475
Glantz, Margo: 478
Gluck, Christoph Willibald: 109, 134
Godoy, Manuel: 168, 591
Goethe, Johann Wolfgang von: 63, 68, 75, 93, 96n, 99, 103, 137, 156, 206, 215, 287, 328, 350, 558, 600
Gógol, Nikolái: 418
Gómez de Avellaneda, Gertrudis: 30, 313
Gómez de la Cortina, José Justo: 10, 58, 97, 423, 424, 602
Gómez Farías, Valentín: 254, 273, 375, 387, 388, 407, 453, 455, 467, 506, 566, 575
Gómez Pedraza, Manuel: 363, 369, 416
Góngora, Luis de: 20, 29, 31-33, 39, 43, 89, 91, 101, 104, 141, 154, 158, 171
Gonzaga, Tomás Antônio: 135
González, Manuel Pedro: 298, 304n
González Acosta, Alejandro: 11, 82n, 292n, 310n, 311-314, 316n, 317, 318, 324, 325, 328, 377, 415, 598, 600
González Camargo, José: 31
González de Eslava, Hernán: 35, 58
González Obregón, Luis: 181, 285
González Ortega, Jesús: 388
González Pedrero, Enrique: 448
González Peña, Carlos: 86, 206
González y González, Luis: 294, 409, 410n, 499, 510, 539, 580, 607
Gorostiza, José: 386
Gorostiza, Manuel Eduardo de: 43, 64, 272, 336, 406, 419, 423
Goya y Lucientes, Francisco de: 236, 485
Goytisoló, Juan: 242
Graça Aranha: 533
Granados, Luis Fernando: 459n
Grandville, J.J.: 485
Grant, Ulysses S.: 449
Gratty (cura): 390
Gravina, Gian Vincenzo: 117, 133, 134
Gray, Thomas: 96, 333
Greenberg, Amy S.: 449n
Grégoire (obispo): 229, 243
Gringoire, Pedro (Gonzalo Báez Camargo): 431

- Guarini, Guarino: 134
 Guerrero, Vicente: 253, 270, 271, 345, 363, 367
 Guevara (cura): 479, 509
 Güido, Juan José de: 132
 Guizot, François: 255, 274, 279, 360, 363, 598
 Gutiérrez, Juan María: 11, 38, 83, 159, 278, 429
 Gutiérrez Estrada, José María: 280, 467, 497
 Gutiérrez Nájera, Manuel (Duque Job): 23, 31, 57, 64, 398-400, 528, 554, 602
 Guzmán Moncada, Carlos: 22n
 Guzmán, Martín Luis: 479
- Habacuc: 543
 Haendel, Georg Friedrich: 134
 Hale, Charles A.: 272, 273
 Harrison, Tony: 557
 Hawthorne, Nathaniel: 395
 Haydn, Joseph: 114
 Hazlitt, William: 329, 360
 Héctor: 88
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich: 85, 507, 598, 609
 Heine, Heinrich: 20
 Helguera, Jesús: 305, 601
 Hemingway, Ernest: 94
 Henkel, Fernando: 577
 Henríquez Ureña, Pedro: 17, 28, 31, 46, 70n, 85, 104, 132, 141, 148n, 150n, 159, 226, 261, 262, 284, 285n, 290, 291n, 311
 Heráclito: 186, 187
 Hércules: 135, 530
 Herder, Johann Gottfried: 93, 156
 Heredia, Ignacio: 308
 Heredia, José María: 10, 11, 26, 27, 30, 47, 50, 58, 64, 68, 69, 82, 83, 90, 138, 151, 163, 164, 197, 210, 278, 283, 284, 287-301, 302n, 303-318, 320, 321, 323-364, 365n, 366-381, 385, 394, 400, 404, 406, 407, 410, 414, 415, 418, 420, 422, 424, 425, 429, 430, 435, 438, 447, 478, 497, 527, 566, 586, 589, 590, 591, 593, 594, 598, 599-603, 606, 609, 612
 Hernández, José: 30
 Hernández García, Jesús: 220
 Herrera, Fernando de: 34, 424
 Herrera, José Joaquín: 409, 410, 448, 453, 512, 564
 Herrera y Reissing, Julio: 31
 Hervey, John: 96
 Hesíodo: 63
 Hidalgo y Costilla, Miguel: 103, 129, 136, 141, 150, 151, 159, 160, 164, 175, 181-183, 205, 212, 232, 234, 251, 263, 278, 282, 332, 367, 459, 503, 505, 534, 536-538, 560, 561, 578, 590, 607
 Highet, Gilbert: 135, 136, 157 166
 Hipócrates: 427, 437
 Hölderlin, Friedrich: 18, 103, 586
 Horacio: 29, 32, 44, 49, 51, 68, 136, 145, 289, 347, 392
 Horacio Flaco: 149
 Horge, Antonio Lorenzo de: 130
 Huerta, Efraín: 176
 Hugo, Victor: 21, 30, 44, 56, 68, 91, 159, 212, 297, 354, 359, 360, 411, 415, 418, 420, 430, 433, 436, 437, 462, 473, 477, 501, 571, 589, 604
 Huitzilopochtli: 151, 518, 520

- Humboldt, Alexander von: 274,
289, 387, 499
- Hume, David: 329, 356
- Iglesias, José María: 456
- Illades, Carlos: 548n, 578n
- Ingres, Dominique: 109
- Iriarte, Tomás de: 40, 89, 102, 115,
137, 153, 284
- Irving, Washington: 350
- Isabel II: 424
- Isaías: 543
- Isla, José Francisco de: 100, 192,
193, 201, 236, 596
- Iturbide, Agustín de: 129, 138, 144,
147, 148, 150, 181, 183, 221, 227,
243, 244, 253, 254, 262, 270, 332,
338, 364-367, 387, 413, 426, 427,
463, 537, 594, 608
- Iturriaga, Manuel: 130
- Iturrigaray, José de: 129, 136, 161,
230, 250, 590
- Jackson, Andrew: 448
- Janin, Jules: 281
- Jerjes: 135
- Jiménez, Juan Ramón: 32
- Johnson, Samuel: 92, 94, 154-156,
162, 165, 539
- Jouy, Étienne de: 333
- Jovellanos, Gaspar Melchor de: 62,
94, 104, 109-111, 238, 591
- Juan Diego: 228, 234
- Juana la Tangos: 543
- Juárez, Benito: 385, 407, 489, 501,
514, 515, 517, 533, 538-545, 547,
549, 569, 577, 605, 608
- Júpiter: 81, 132, 237
- Juvenal: 174, 207
- Kant, Emmanuel: 305, 594, 595,
599, 600
- Kierkegaard, Søren: 580, 584
- Kleist, Heinrich von: 103
- Klopstock, Friedrich Gottlieb: 390
- Kock, Paul de: 566
- Krauze, Enrique: 253, 254, 255n,
463, 466
- Krudner, Madame de: 327
- La Boétie, Étienne de: 539
- La Fontaine, Jean de: 89
- La Rochefoucauld, François de: 343
- Lacunza, José María: 313, 405, 409,
416, 420, 421, 429, 477, 479, 517,
600
- Lacunza, Juan María: 104, 105n,
133, 138, 171, 172, 173, 179
- Lacunza, Juan Nepomuceno: 409
- Lafayette, Madame de: 327
- Lafragua, José María: 37, 84, 313,
425, 429, 439
- Lamartine, Alphonse de: 49, 50, 99,
281, 359, 360, 384, 411, 415, 426,
428, 429, 432, 436, 476, 478, 485,
487, 497, 523, 526, 561, 570, 604
- Landívar, Rafael: 26
- Lao-Tsé: 518, 530, 605
- Larra, Mariano José de: 93, 415
- Larrañaga, Antonio: 424
- Las Casas, fray Bartolomé de: 243,
276, 322
- Lastarria, José Victorino: 30
- Laurencio, Ángel Aparicio: 349
- Lawrence, D.H.: 605
- Le Tourneur (traductor): 97, 98,
110, 127, 207
- Leal, Luis: 311, 322n, 350
- Leblond (traductor): 284

- Legarza, Juan José: 429
 Legouvé, Gabriel-Marie: 358
 Lemercier, Népomucène: 358
 Leñero, Vicente: 259
 León XIII: 597
 León, fray Luis de: 49, 83, 100, 116,
 117, 284, 390, 437
 Leopardi, Giacomo: 18, 49, 68, 418,
 429, 446, 447, 564
 Lerdo de Tejada, Sebastián: 555
 Lerma, duque de: 193
 Lesage, Alain-René: 101, 167, 185,
 192-194, 198, 201, 202, 215, 220,
 324, 326, 327, 329, 562
 Lessing, Gotthold Ephraim: 29, 104
 Lewis, Sinclair: 215
 Lezama Lima, José: 225, 226, 287,
 294, 301, 338, 596
 Linati, Claudio: 336, 337, 342
 Llorente, Juan Antonio: 110
 Locke, John: 269, 518, 530, 605
 Lombardo de Miramón, Concep-
 ción: 543
 López de Gómara, Francisco: 319
 López de Santa-Anna, Antonio:
 262, 448, 461, 473, 596
 López Portillo y Rojas, José: 57,
 516n, 551, 552, 555
 López Rayón, Ignacio: 252
 López Velarde, Ramón: 215, 423,
 603
 Louis David: 599
 Lucano, Marco Anneo: 149, 472
 Lucrecio: 55, 96, 165, 289, 526, 531
 Luis XIII: 348
 Luis XIV: 91, 376, 428
 Luis XVI: 112, 588, 610
 Luis XVIII: 349
 Luis el Grande: 488
 Luis Felipe: 63, 268, 273, 374, 465,
 506
 Lutero, Martín: 397, 402, 437, 501,
 610
 Luzán, Ignacio de: 29, 40, 89
 Lycidas: 155
 Macanaz, Melchor de: 237
 Macaulay, Thomas: 315
 Machado, Antonio: 24, 32
 Macpherson, James: 84, 92, 93, 108,
 333, 588
 Madame de Staël: 92, 100, 104, 328,
 358, 360, 363, 527, 600
 Madame de Warrens: 356
 Madero, Francisco I.: 577
 Magariños, Alejandro: 31
 Mago, Simón: 239
 Mahoma o Mahomet: 394, 518,
 523, 524, 534, 551, 605
 Maistre, Joseph de: 247, 364, 613
 Malebranche, Nicolas: 269
 Malinche o Malintzin: 319, 323,
 536
 Mallarmé, Stéphane: 32, 533
 Malón de Chaide, Pedro: 426
 Manco-Capac: 306
 Mangino, José María: 311
 Manzoni, Alessandro: 49, 68, 427
 Maquiavelo: 125, 524
 Marchena, José María: 38
 Marchena y Ruiz de Cueto, José:
 110
 Marco Polo: 604
 María Antonieta de Austria: 112,
 135, 191
 María Cristina de Borbón: 22, 373
 Marino, Giambattista: 133
 Mármol, José: 30

- Marón Dáurico (*véase* Ramón Roca)
- Márquez, Leopoldo (El Tigre de Tacubaya): 539, 559
- Marrast, Robert: 412n, 423n
- Marte: 283, 351, 536
- Martí, José: 23, 31, 288, 289, 293, 294, 354, 375, 552
- Martínez, José Luis: 17, 104n, 181, 208n, 211n, 261n, 262, 271, 272, 283n, 529, 531, 552, 555, 556, 582n
- Martínez Carrizales, Leonardo: 104n, 527, 528, 531
- Martínez de la Rosa, Francisco: 417, 437, 478, 571
- Martínez de Navarrete, Manuel: 10, 41, 42, 62, 68, 78n, 79-86, 89, 104, 108, 116-119, 120n, 121-132, 136, 137, 143, 146, 160, 164, 175, 185, 221, 231, 241, 353, 354, 361, 414, 429, 587, 597, 599, 603, 611
- Martínez Luna, Esther: 11, 78n-80n, 84, 85n, 86n, 93n, 100n, 102, 104n, 105, 106, 119, 132n, 163, 168n, 588
- Martínez Ocaranza, Ramón: 148
- Martínez Peñaloza, Porfirio: 528n
- Martínez Ruiz, José (*véase* Azorín)
- Martino (poeta): 134
- Marx, Karl: 498, 507, 607
- Masi, Ernesto: 134n
- Mateos, Juan A.: 551
- Mateos, Soledad: 551, 556
- Maurras, Charles: 297
- Mavorte: 149, 370
- Maximiliano: 9, 66, 245, 389, 409, 415, 444, 462, 467, 511, 517, 518, 537, 538, 541, 546, 548, 550, 561, 564, 569, 577, 594, 603, 605, 608
- Maxiscatzin: 318, 320, 322, 331
- Mejía, Tomás: 515
- Meléndez Valdés, Juan: 10, 40, 41, 62, 81, 86, 87, 89, 94, 99, 101, 104, 108-112, 113n, 114-117, 119, 121, 122, 125, 131, 141, 143, 145, 153, 162, 171, 238, 298, 329, 351, 352, 360, 392, 414, 419, 424, 437, 587, 588, 591, 601
- Melito: 130, 131
- Melville, Herman: 395
- Méndez, Roberto: 301, 303n
- Méndez de Cuenca, Laura: 57
- Mendizábal, Luis de: 137
- Menéndez Pelayo, Marcelino: 9, 17-37, 38n, 39-44, 46-53, 55-61, 63, 64, 66-73, 81, 82, 83, 85, 88, 90-92, 97n, 109, 122, 131, 141, 142, 146, 148, 149, 151, 152, 156, 158, 159, 163, 223, 290, 291n, 292-297, 300, 305, 325, 357, 361, 380, 385, 388, 398, 431, 440, 442, 532, 552, 554n, 578, 587, 593, 599, 608, 609, 612, 613
- Menéndez y Muñoz, Mariano: 429
- Mengs, Rafael: 29
- Mera, Juan León: 38
- Mercier, Sébastien: 101
- Mérimée, Prosper: 51
- Merquior, José Guilherme: 134, 588
- Mesonero Romanos, Ramón: 413
- Metastasio: 117, 134, 390
- Meyerbeer, Giacomo: 609
- Michelet, Jules: 501
- Mier, Servando Teresa de: 10, 103, 175, 185, 189, 193, 205, 221, 225-239, 242-245, 250, 254, 255, 269, 274, 283, 304, 308, 324, 333, 334, 392, 400, 443, 465, 497, 519, 523, 569, 594, 597, 598, 605

- Mignet, François-Auguste: 360
 Miguel Ángel: 125, 524
 Miguélez, Manuel F. : 67
 Mill, John Stuart: 394, 395n
 Milner, Max: 610
 Mina, Francisco Xavier: 183, 226,
 228, 235, 266, 597
 Minerva: 263, 351, 371
 Mira de Amescua, Antonio: 346
 Mirabeau, Honoré Gabriel Riqueti,
 conde de: 433
 Miralla, José Antonio: 310, 333
 Miramón, Miguel: 537, 543
 Miranda, Francisco de: 243, 269,
 291, 342
 Moctezuma: 45, 151, 257, 261, 276,
 306, 319, 321, 323, 324, 391, 392,
 418, 422, 445, 505, 518, 593, 600,
 604
 Moisés: 251, 261, 484, 525, 534, 560
 Molière: 89, 432, 437
 Molina, Tirso de: 89, 440
 Moloc: 151
 Monsiváis, Carlos: 413, 461, 462,
 473, 501, 502, 508
 Montaigne, Michel: 245, 539, 594
 Montagu (lady): 101
 Montaña, José Luis: 199
 Monte, Domingo del: 291, 307,
 312, 351, 374
 Monteleone y Terranova, duque de:
 466, 467, 468
 Montemayor, Jorge de: 137
 Monterde, Francisco: 17, 59n, 69,
 86, 116, 117, 119n, 125, 127, 163,
 433, 533n
 Montes de Oca, Ignacio (Ipandro
 Acaico): 57, 64, 66, 69, 391, 593
 Montesquieu: 289, 564
 Monteverde (militar): 343
 Monti, Vincenzo: 427
 Moore, Thomas: 339, 360, 362, 601
 Mora, José María Luis: 10, 255n,
 256, 257, 258n, 267, 268, 271-278,
 280-283, 354, 360, 363, 371, 381,
 416, 429, 478, 479, 498, 503, 551,
 586, 594-596, 598, 599
 Morábito, Fabio: 90, 106, 107n, 121,
 153, 154, 162, 163, 588, 590
 Moraña, Mabel: 377
 Moratín, Nicolás: 40, 89, 437
 Morelos y Pavón, José María: 78,
 129, 145, 147, 150-152, 170, 173,
 174, 181, 183, 250-252, 258, 259,
 261, 264, 265, 267, 279, 281, 332,
 367, 484, 578, 591, 592, 594, 599,
 607
 Moreto, Agustín: 440
 Moya (padre): 284
 Mozart, Wolfgang Amadeus: 134
 Munárriz, José Luis: 83
 Munguía, Clemente de Jesús: 428,
 511
 Muñoz, Rafael F.: 448
 Muratori, Ludovico: 133
 Muray, Philippe: 500, 501n, 502,
 585
 Musset, Alfred de: 55
 Múzquiz, Melchor: 362, 363, 369,
 375
 Nabokov, Vladimir: 173
 Napoleón: 62, 91, 100, 110, 229,
 324, 337, 339, 341, 350, 358, 359,
 364, 453, 496
 Napoleón III: 415, 526
 Navarrete, Manuel de: 87, 107, 123,
 131

- Necker, Anne-Louise Germaine (*véase también* Madame de Staël): 359
- Nerón: 149
- Nerval, Gérard de: 436, 612
- Nervo, Amado: 38n, 39, 237
- Netzahualcóyotl: 38, 51, 282, 285, 392, 442, 513, 593
- Netzula: 420
- Newton, Isaac: 101
- Nicolson, Harold: 378
- Nietzsche, Friedrich: 19, 245, 391, 438, 522, 583, 594
- Nisard, Désiré: 88
- Novalis (Friedrich von Hardenberg): 18, 93, 126
- Novo, Salvador: 128, 176, 474, 511
- Núñez de Arce, Gaspar: 68
- Núñez de Haro, Alonso: 233, 234
- O’Gorman, Edmundo: 226, 256
- Ocampo, Melchor: 434
- Ochoa y Acuña, Anastasio de: 43, 62, 80, 105, 133, 140, 142n, 143, 144, 146-148, 152, 171, 175, 179, 429, 586, 612
- Olaguíbel, Francisco Modesto de: 411, 512, 606
- Olivares, conde-duque de: 193
- Olmedo, Bartolomé de: 322-324
- Olmedo, José Joaquín de: 26, 43, 50, 68, 69, 147, 295
- Olmedo y Lama, José: 85
- Ordaz, Diego de: 317, 318, 322, 323
- Orestes: 92
- Orfeler (“general”): 420
- Orol, Juan: 393
- Orozco, José Clemente: 304
- Orozco y Berra, Fernando: 10, 11, 580-583, 612
- Orozco y Berra, Manuel: 82, 83
- Ortega, Eulalio María: 421, 428, 443
- Ortega, Francisco: 42, 43, 63, 148, 151, 152, 352, 411, 412, 416, 421, 426
- Ortega y Gasset, José: 18, 163, 505
- Ortiz, Luis Gonzaga: 560
- Ortiz de Ayala, Tadeo: 439
- Ortiz de Domínguez, Josefa: 536
- Ortiz Monasterio, José: 269n
- Orwell, George: 598
- Ossian: 92, 93, 100, 289, 310, 333, 339, 344, 346, 588
- Otero, Mariano: 364, 578
- Othón, Manuel José: 57, 64
- Ovidio: 100, 108, 121, 141
- Oviedo, José Miguel: 349, 350n, 414, 415n, 601
- Owen, Albert K.: 548
- Pablos, Juan: 78
- Pacheco, José Emilio: 393, 401, 418, 476, 592
- Pacheco, J.R.: 426
- Padura, Leonardo: 291, 374
- Paganini, Niccolò: 427
- Pagaza, Joaquín Arcadio: 57, 64, 601
- Palacios, Francisco: 168
- Palacios Hernández, Benjamín: 232n, 233n
- Palazón Mayoral, María Rosa: 104n, 169n, 170, 172, 175, 176n, 179n, 186, 187n, 209, 220n, 222n, 245n, 591
- Palti, Elías: 11, 223, 255n, 268, 270, 272, 274, 275n, 560, 573, 580-583, 592, 596, 609, 610
- Pani, Erika: 363

- Paredes y Arrillaga, Mariano: 453, 464, 465
- Parnell, Thomas: 96
- Parra, Porfirio: 57, 64, 505, 555
- Pascal, Blaise: 269
- Payno, Manuel: 10, 11, 37, 80, 226, 231, 379, 411, 412, 419, 420, 425, 427, 429, 430n, 432, 433, 434n, 435, 446, 454, 455n, 456, 462, 477, 499, 512, 557, 561-577, 579, 580, 583, 586, 597, 601, 603, 605, 606, 608-613
- Paz, Ireneo: 474
- Paz, Octavio: 216, 217, 306, 443, 474, 535, 557, 589, 598
- Pelagio y Labastida (arzobispo): 547
- Pelletan, Eugène: 526
- Peña y Llerena, Rosario de la: 54, 529, 551, 552, 556, 608
- Peña y Peña, Manuel de la: 460
- Peón Contreras, José: 57, 64
- Peredo, Manuel: 58
- Pérez Galdós, Benito: 18, 89, 462, 568
- Pergolesi, Giovanni Battista: 134
- Pesado, José Joaquín de: 10, 30, 47-53, 64, 68, 71, 272, 283, 383-395, 398, 400, 401, 406, 407, 411, 414, 417, 418, 420-422, 424-427, 429, 430, 432, 443, 477, 478, 486, 511, 512, 520, 543, 571, 578, 593, 598, 602, 604, 606, 609
- Petrarca: 427
- Peza, Juan de Dios: 57, 64
- Pimentel, Francisco: 38, 41, 60, 82, 83, 390, 391, 397, 398, 433, 440, 442, 443, 504, 517, 531, 532, 602
- Píndaro: 359
- Pineyro, Enrique: 293
- Pizarro, Nicolás: 10, 453, 568, 576-579, 583, 606, 612
- Platón: 102, 530
- Plutarco: 100, 207
- Poe, Edgar Allan: 395, 427
- Poinsett, Joel R.: 269
- Polifemo: 154
- Poliziano, Angelo: 123
- Polk, James K.: 449, 453, 460
- Pombal, marqués de: 135
- Pope, Alexander: 96, 98, 110, 141
- Popoca: 305
- Posada, José Guadalupe: 214, 476, 504
- Pound, Ezra: 49
- Poussin, Nicolas: 100, 166
- Praz, Mario: 570, 571n
- Prescott, William H.: 256, 319, 463
- Prieto, Andrés: 338
- Prieto, Guillermo: 10, 53, 57, 64, 80, 83-85, 163, 210, 214, 270, 271n, 278, 280, 281, 352, 378, 379, 383, 384, 392, 394, 401, 406-418, 420, 422, 423n, 424, 427-431, 434, 435n, 451-464, 468, 469, 471-489, 491-499, 501, 504, 506, 508, 510-512, 518, 523, 539, 540, 542-545, 547, 549-552, 555, 557, 562, 563, 565, 568, 574-576, 581, 583, 586, 588, 600, 603-607, 609, 612
- Prieto de Landázuri, Isabel: 58
- Primo de Verdad, Francisco: 118, 254, 259
- Propercio: 91
- Proudhon, Pierre Joseph: 526
- Puga y Acal, Manuel: 57
- Pushkin, Alexandr: 418
- Quasimodo, Salvatore: 218, 431, 462

- Quetzalcóatl o Quetzalcohuatl: 233, 243, 283, 522
 Quevedo, Francisco de: 43, 101, 141, 175, 187, 188, 196, 202, 477, 503, 589
 Quidam: 168, 169
 Quintana, Manuel José: 33, 42, 44, 68, 81, 104, 117, 145, 150, 298, 351, 361, 414, 436, 508, 509
 Quintana del Azebo, Ramón: 133, 138
 Quintana Roo, Andrés: 42, 43, 63, 147, 150, 151, 368, 370, 371, 373, 378, 386, 406, 407, 410, 411, 414, 416, 417, 420, 429, 455, 478, 602
 Quintiliano: 207
 Quirarte, Vicente: 84n, 210n, 417n, 499
 Quiroga, Vasco de: 276

 Rabasa, Emilio: 462
 Racine, Jean: 91, 92, 141, 348, 390, 397, 432, 437, 501
 Rama, Carlos M.: 22n, 25
 Ramírez, Fernando: 547
 Ramírez, Ignacio (El Nigromante): 10, 38, 53, 54, 64, 212, 214, 230, 406, 407, 416, 427, 454, 462, 463, 474, 476, 477, 484, 487, 489, 499, 500-545, 546n, 547-552, 554-558, 559n, 560-562, 564, 570, 574, 578, 583, 586, 593, 600, 602, 604-609, 611, 612
 Ramírez, Lino: 500
 Ramón y Cajal, Santiago: 19
 Ramos, Samuel: 217
 Rangel, Nicolás: 85n, 148n, 150n
 Ranke, Leopold von: 315
 Remos y Rubio, Juan José: 349
 Renan, Ernest: 21, 399, 505, 523
 Rétif de la Bretonne: 101
 Revueltas, José: 202, 495
 Rexach, Rosario: 361n
 Reyes, Alfonso: 17, 29, 31, 70-72, 85, 107, 152, 158-161, 163, 164, 191, 192n, 196n, 200, 215-217, 226, 384, 391, 392, 399, 400, 474, 532-534, 538, 590, 597, 603
 Reyes, Bernardo: 71
 Reyes Heróles, Jesús: 501
 Reyes Palacios, Felipe: 170n, 181n, 184, 200n, 201-203, 204n, 206
 Richardson, Samuel: 101, 324, 327
 Richelieu, cardenal: 312, 348
 Rimbaud, Arthur: 32
 Riva Palacio, Vicente: 57, 64, 325, 397, 426, 462
 Rivas, duque de: 44, 415, 437, 478, 604
 Rivera, Diego: 214, 511
 Roa Bárcena, José María: 64, 66-70, 386, 387, 389, 390, 578, 579, 611
 Robespierre, Maximilien: 156, 610
 Roca (capitán): 106
 Roca, Ramón: 40, 105, 148-150, 152
 Rocafuerte, Vicente: 308, 310, 331, 366, 411
 Rodríguez, Gaspar: 578
 Rodríguez, Simón: 243
 Rodríguez del Castillo, José Mariano: 133, 138, 171
 Rodríguez Galván, Ignacio: 10, 46, 47, 64, 283, 392, 406-408, 409n, 410-415, 418, 420, 422, 425-427, 429, 431, 432, 435-447, 520, 559, 570, 590, 593, 603, 604
 Rodríguez Puebla, Juan: 506
 Rojas, Rafael: 272-274, 279, 363, 366, 367, 372, 373n, 374, 375, 598

- Rojas, Ricardo: 29
 Rojas Garcidueñas, José: 311
 Roldán: 88
 Romero, Matías: 549, 565
 Romero Rubio, Carmen: 552
 Ronsard, Pierre de: 88
 Rosains, Juan Nepomuceno: 266
 Rosas Moreno, José: 31, 53
 Rosen Jélomer, Boris: 38n, 271n, 278n, 281n, 378n, 384n, 392n, 430n, 416n, 474, 475, 477n, 500n, 506n, 527n, 529n, 533n, 535n, 540n, 549n, 552n, 564n
 Rosenmeyer, Thomas G.: 127, 128n, 131, 163, 164n, 165, 166, 587
 Rossini, Gioachino: 609
 Rousseau, Jean-Jacques: 87, 100, 103, 104, 110, 114, 134, 137, 157, 164, 186, 201, 232, 298, 324, 325, 3237, 355-358, 360, 588, 599, 610
 Ruedas de la Serna, Jorge: 84n, 135, 136n, 137, 140n, 158, 161, 439n, 588
 Rugiero: 571-574, 576, 579, 609-611
 Ruiz, Joaquín: 480
 Ruiz Castañeda, María del Carmen: 97n, 138n, 205n, 207n, 336n, 361n
 Ruiz de Alarcón, Juan: 30, 59, 394
 Ruiz de León, Francisco: 39
- Saavedra de Guzmán, Antonio: 59
 Saavedra, Ángel de (*véase* Rivas, duque de)
 Sade, marqués de: 571
 Sáenz Hayes, Ricardo: 539
 Safo: 294
 Said, Edward: 161
 Saint-Aubin, marqués de: 104
 Saint-Lambert: 110, 114, 356
 Saint-Pierre, Bernardin de: 298, 325
 Saint-Simon, Henri de: 579
 Sainte-Beuve, Charles Augustin: 15, 21, 91, 97, 166, 192, 343, 355, 360, 380, 586
 Saintsbury, George: 21
 Sáinz Rodríguez, Pedro: 19, 25n
 Saladino: 398
 Salado Álvarez, Victoriano: 255n, 462
 Salas, José Mariano: 467
 Salazar de Alarcón, Eugenio: 34, 35, 59
 Salinas, Pedro: 22, 115, 588, 589
 Samaniego, Félix de: 40, 153
 San Francisco: 122
 San Jerónimo: 60, 207
 San Juan Bautista: 293
 San Juan de la Cruz: 393, 539
 San Juan Nepomuceno: 257
 San Martín, José de: 243, 308
 Sánchez de la Barquera, Juan Wenceslao: 78, 93, 119, 196
 Sánchez de Tagle, Agustín: 146
 Sánchez de Tagle, Francisco Manuel: 42, 43, 58, 62, 63, 80, 102, 132, 138, 144-147, 150, 152, 175
 Sanctis, Francesco de: 21, 97
 Sandoval y Zapata, Luis de: 60
 Sanguily, Manuel: 377n
 Sannazaro, Jacopo: 106, 137
 Santa Teresa de Ávila: 528, 539
 Santa Teresa de Jesús: 100
 Santayana, George: 306, 594
 Santillana, Gil Blas de: 192, 193, 198, 201
 Santo Tomás: 225, 230, 233, 236, 243, 244, 281, 283, 400, 518-520, 535, 609

- Sarmiento, Domingo Faustino: 25, 30, 465
- Sarmiento, Pedro: 193, 194
- Sartorio, José Manuel: 40, 41, 118, 132, 137-140, 146, 147, 175, 251, 346, 361
- Scarlatti, Domenico: 134
- Schyfter, Guita: 434
- Schiller, Friedrich: 68, 93, 103, 106, 157, 158, 160, 162, 165, 418, 427, 589, 590
- Schlegel, Friedrich: 583
- Schlegel, Wilhelm: 100
- Schneider, Luis Mario: 168n, 175n, 336-338
- Scott, Walter: 44, 45, 197, 200, 210, 265, 312, 315-317, 325, 326, 328-331, 339, 360, 369, 439, 544, 570, 594, 600, 601
- Scott, Winfield: 450, 463, 467
- Sebold, Russell P.: 89
- Segovia, Tomás: 317n, 612
- Segura, José Sebastián: 58
- Segura, Manuel Ascencio: 313
- Serna, Enrique: 448
- Sertorius: 263
- Shakespeare, William: 63, 91, 97, 131, 326, 347, 348, 355, 432, 439, 501
- Sibelius, Jean: 381
- Sierra, Justo: 57, 64, 85n, 148n, 150n, 262n, 505, 516, 555
- Sierra O'Reilly, Justo: 462
- Sigüenza y Góngora, Carlos de: 36, 39, 60, 528
- Silva, José Asunción: 23, 31
- Smith, Adam: 102, 364
- Sócrates: 360
- Solís, Antonio de: 311, 317, 319, 322, 325
- Solís, Domingo: 346
- Solón: 526
- Sosa, Francisco: 57, 83, 387, 394, 396-398
- Soulié, Frédéric: 545, 562, 566, 571, 572, 601
- Speckman, Elisa: 136n, 292n
- Spell, Jefferson Rea: 184, 195, 208
- Spencer, Herbert: 505
- Sprague, Charles: 342
- Stavelly, William: 314
- Stendhal (Henri Beyle): 18, 63, 169, 247, 457, 583, 584
- Sue, Eugène: 211, 212, 456, 487, 566, 567, 570, 571, 601
- Tablada, José Juan: 151, 605
- Tacón y Rosique, Miguel: 320, 373, 375
- Taine, Hippolyte: 21, 390
- Talma, François Joseph: 496
- Tasso, Torquato: 49, 134, 397
- Tavira, Luis de: 549, 606
- Tell, Guillermo: 357
- Tenorio, Martha Lilia: 39, 40n
- Teócrito: 35, 49, 79n, 94, 153-156, 165
- Teódato: 205, 206
- Teodora: 610
- Teodosio: 189
- Teófilo: 205, 206
- Terán, Manuel: 196-201, 350
- Terrazas, Francisco de: 35, 59
- Thiers, Adolphe: 360
- Thomas, Antoine-Léonard: 207
- Thorvaldsen, Bertel: 109
- Tíbulo: 91, 352, 457
- Ticknor, George: 38
- Tieghem, Paul van: 93, 96n, 98, 157n

- Tito Livio: 133, 466
 Tocqueville, Alexis de: 256, 280, 366, 450
 Tola de Habich, Fernando: 80n, 204, 352, 385, 386n-388n, 390n, 396n, 406, 407n, 409n, 417, 419n, 420, 421, 425, 427-429, 430n, 434, 435, 436n, 444-446, 475, 602
 Tolsá, Manuel: 424
 Tornel, José María: 285, 286, 407, 410, 411, 426, 428, 430, 432, 438, 446, 470, 479, 491, 509, 607, 609
 Torres, Manuel: 310
 Torres Villarroel, Diego de: 101, 167, 175, 187, 196, 232, 503
 Tossiat Ferrer, Manuel: 409, 417
 Tosta, Dolores: 494
 Toussaint, Manuel: 116, 119, 123, 127, 128, 130, 131
 Tupac-Amaru: 306
- Unamuno, Miguel de: 18, 20, 24, 32, 67, 208, 294, 525
 Urbina, Luis G.: 57, 64, 85, 139, 141, 142, 148, 149, 150n, 163, 165, 184, 202, 205, 212-215, 597
- Valadés, José C.: 467, 468
 Valdés y de la Torre, Emilio: 289n, 309, 333, 335
 Valencia (general): 459, 460
 Valenzuela, Jesús E.: 157
 Valera, Juan: 21, 22, 24, 25, 57
 Valerio Máximo: 397
 Valjean, Jean: 462
 Valle, Juan: 58
 Valle-Arizpe, Artemio de: 226
 Valle-Inclán, Ramón del: 24
 Varela, Félix: 309-314, 322n, 324
- Vargas, Lorenzo de: 319
 Vasconcelos, José: 29, 443, 505, 512, 527, 530, 605
 Vega, El Inca Garcilaso de la: 46
 Vega, Garcilaso de la: 34, 36, 49, 86, 111, 116, 149, 158, 480
 Vega, Lope de: 101, 117, 390, 424, 432
 Vega Olmedo, Ventura de la: 30
 Velázquez, Ruy: 437, 440
 Vélez de Guevara, Juan: 503
 Venegas, Francisco Javier: 173, 184, 188, 191, 263, 264, 535
 Venus: 81, 178, 459, 553
 Verne, Jules: 602
 Verney, Luís António: 136
 Viau, Théophile de: 88
 Vicario, Leona: 103
 Victoria, Guadalupe: 183, 221, 231, 314, 331, 333-335, 345, 363, 367, 372
 Victoria (reina): 279
 Victoria, Vicente: 118
 Vidaurri, Santiago: 545
 Vieuxtemps, Henri: 485
 Vigil, José María: 38, 59, 60-66, 70, 72, 558, 587, 608, 612, 613
 Vigny, Alfred de: 293, 297, 312, 360
 Villaurrutia, Jacobo de: 78, 79, 102, 130, 161, 249
 Villavicencio, Pablo de: 222
 Villemain, Abel-François: 79, 360, 380, 585
 Virgilio: 26, 40, 49, 68, 79n, 88, 91, 94, 100, 108, 133, 136, 137, 153, 155, 159, 164, 165, 285, 289, 427
 Viteli, Dolores: 130
 Vitier, Cintio: 290, 293, 294, 298, 299
 Vives, Juan Luis: 100
 Vogeley, Nancy: 177n, 376, 377n, 381, 598

- Volney, Constantine François de: 311, 313, 317-320, 322-324, 331, 247, 249, 269, 281, 290, 303 600
- Voltaire, François-Marie Arouet: 18, 87, 91, 93, 96, 103, 110, 112, 134, 137, 192, 326, 327, 347-349, 356, 393, 477, 517, 553, 558, 580, 588, 610
- Ware, William: 395
- Warner, Ralph: 311
- Washington, George: 296, 346, 357, 364, 371, 375, 448, 534
- Wharton, duque de: 96
- Weinberg, Liliana: 212n, 501-503
- Wellek, René: 21n, 95n
- Whitman, Walt: 449
- Winckelmann, Johann Joachim: 104
- Wold, Ruth: 87, 100, 121, 138, 145, 146n, 153, 154
- Woodhouselee, lord: 376
- Wordsworth, William: 18, 103, 111, 144, 157, 299, 598
- Xicoténcatl Ayacatzin: 319
- Xicoténcatl Xocoyotzin: 261, 310,
- Yáñez, Agustín: 174, 208, 214-219, 275, 592
- Yáñez, Jacoba: 335
- Young, Edward: 11, 92-100, 108, 110, 117, 122, 127, 151, 204, 205, 207, 265, 357, 391, 588
- Zaid, Gabriel: 476
- Zamora Plowes, Leopoldo: 448
- Zaragoza, Ignacio: 542
- Zarco, Francisco: 37, 390, 515, 544, 609
- Zavala, Lorenzo de: 10, 256, 257, 266-271, 274, 279-283, 360, 362, 368, 369, 373, 375, 381, 586, 594-596, 598
- Zayas Enríquez, Rafael de: 57
- Zenobia (reina): 290
- Zeus: 170
- Zorrilla, José: 41, 42n, 44, 45, 73, 81, 82, 163, 388, 435, 498, 499n, 549
- Zuazua, Juan: 539

La innovación retrógrada.

Literatura mexicana, 1805-1863,

se terminó de imprimir en mayo de 2016
en los talleres de Editorial Color, S.A. de C.V.,
Naranjo 96 bis, P.B., Col. Santa María la Ribera,
06400, Ciudad de México.

Portada de Pablo Reyna.

Composición tipográfica y formación:
Socorro Gutiérrez, en Redacta, S.A. de C.V.

ISBN: 978-607-462-924-8



9 786074 629248

C EL COLEGIO
M DE MÉXICO